Ignacio Martínez de Pisón

Castillos de fuego

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Libro primero. Noviembre de 1939 a junio de 1940
Libro segundo. Julio a diciembre de 1941
Libro tercero. Abril a octubre de 1942
Libro cuarto. Septiembre de 1943 a marzo de 1944
Libro quinto. Febrero a septiembre de 1945
Nota del autor
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Madrid, 1939-1945. Muchos luchan por salir adelante en una ciudad marcada por el hambre, la penuria y el estraperlo. Como Eloy, un joven tullido que trata de salvar de la pena de muerte a su hermano encarcelado; Alicia, taquillera en un cine que pierde su empleo por seguir su corazón; Basilio, profesor de universidad que afronta un proceso de depuración; el falangista Matías, que trafica con objetos requisados, o Valentín, capaz de cualquier vileza con tal de purgar su anterior militancia. Costureras, estudiantes, policías: vidas de personas comunes en tiempos extraordinarios.

Castillos de fuego es una novela que encierra más verdad que muchos libros de Historia y que transmite el pulso de un tiempo en el que el miedo casi arrasa con la esperanza que, de forma natural, se abre camino entre la devastación. Una época de reconstrucción en la que la guerra ha acabado solo para algunos pero en la que nadie está a salvo, ni los que se alzaron a los pies del dictador ni los que lucharon por derrocarlo.

Ignacio Martínez de Pisón regresa con una ambiciosa novela coral en la que mezcla una soberbia y documentada ambientación histórica con el fascinante devenir de un puñado de personajes inolvidable, y que supone la culminación de una gran trayectoria literaria coronada por libros tan celebrados por crítica y público como *La buena reputación, El día de mañana y Dientes de leche* .

Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón
Castillos de fuego

LIBRO PRIMERO

NOVIEMBRE DE 1939 A JUNIO DE 1940

Hacía casi tres horas que había caído la noche. A ambos lados de la carretera, las hogueras señalaban la ruta desde las lomas cercanas. En las cunetas se apiñaban los vecinos de la comarca. Llevaban esperando desde primeras horas de la tarde. Para combatir el frío daban unas pisadas sin moverse del sitio y bajo sus suelas se oía el crujido de la escarcha, cri-cri. Quienes se habían provisto de cirios y hachones los encendieron al ver aparecer a los motoristas que abrían camino al cortejo. Algunos se santiguaron. Otros hincaron la rodilla en la tierra. Una mujer lanzó un lamento desgarrador. Alguien trató de consolarla: —¡Ánimo!

Eran cuatro los motoristas. Llegaron a la curva de la destilería y se detuvieron a esperar, cruzados en mitad del pavimento. De lo alto del silo colgaba una pancarta con la efigie de José Antonio y la palabra PRESENTE en letras muy grandes. La había puesto al mediodía un grupito de flechas, que ahora, medio dormidos y muertos de frío, se arracimaban en torno a una hoguera. Un jefecillo de Falange los espabiló a gritos: —¡Vamos, vamos! ¡Ya están aquí!

Los chicos corrieron a formar delante del único muro que quedaba en pie del almacén. El servicio de orden, integrado exclusivamente por falangistas, ocupaba el borde de la carretera. Valentín, en segunda fila, alargó el cuello. Creyendo que era buen sitio, se había situado en un apartadero de ganado. Ahora comprendía que se había equivocado. Desde allí no vería llegar al cortejo hasta que lo tuviera justo delante. Echó a andar en dirección a las primeras casas. Subidas a un murete de piedra que marcaba el lindero entre dos campos había unas niñas de expresión afligida. Se puso junto a un grupo de campesinos que apretaban la boina entre las manos. Los motoristas, entretanto, habían vuelto a adelantarse. Pasaron unos minutos y, por fin, se hizo visible el indeciso resplandor de los faroles. Unos sacerdotes con casullas blancas acompañaban la cruz alzada que encabezaba el séquito. Todos, a su paso, contuvieron el aliento conmovidos. Luego, de forma casi unánime, levantaron el brazo para recibir el féretro, que venía una veintena de metros por detrás. Estaba colocado sobre dos largas andas y cubierto por una bandera de Falange. Cargaban con él dieciséis jóvenes que desafiaban el frío con sus camisas desabrochadas y sus mangas recogidas hasta el antebrazo. Valentín observó el paso de los portadores, de movimientos cortos pero rápidos, las rodillas apenas flexionadas, las suelas pegadas al terreno como si lo estuvieran midiendo. En el silencio de la noche se distinguía perfectamente el sonido agitado de sus respiraciones. El jefe

de ruta, también con la camisa arremangada, caminaba en paralelo diciendo a media voz: —Izquierda, derecha, izquierda, derecha…

Se oyó entonces una breve serie de sollozos que desembocó en un agudo chillido. Las niñas del murete, dominadas por la emoción, lloraban a lágrima viva. Las madres, sin ocultar su satisfacción, acudieron a consolarlas mientras los jefes de centuria que seguían al féretro las observaban comprensivos. Detrás de ellos avanzaban los hombres que debían efectuar el relevo. Una escuadra de jóvenes con faroles y otra con los fusiles apuntando hacia abajo, a la funerala, los separaban del siguiente grupo, uno de los más numerosos del cortejo. Valentín buscó con la mirada a Revilla, que no podía andar muy lejos. Lo reconoció por sus andares levemente bamboleantes, los hombros caídos, la cabeza gacha. Como había órdenes de respetar en todo momento un riguroso silencio, solo se atrevió a susurrar su nombre: —¡Don Matías…!

El hombre, que acababa de llevarse un pañuelo a la boca, le saludó con la mano libre. Valentín se unió a la marcha y fue poco a poco abriéndose camino para llegar hasta él.

—¿Qué tal anda tu madre?

—Sigue muy desanimada, don Matías. Comprenderá usted que…

Les interrumpió el estruendo de las salvas de ordenanza. Las campanas de la iglesia empezaron a doblar a muerto. Alguien desde la cabeza del cortejo dio la orden de mantener las distancias.

—Galapagar —murmuró Revilla, deteniéndose.

El centro del pueblo quedaba a la derecha, detrás de una línea de viviendas modestas con emparrados en la entrada. De algún lugar llegaban vaharadas de olor a granja. Revilla aprovechó la pausa para examinar el pañuelo, sucio de sangre.

—Avitaminosis —dijo—. Tengo las encías podridas.

—Lo siento mucho.

—¡Bah!

—¿Alguna novedad sobre el estanco?

El otro se las arregló para elevar el tono sin subir la voz:

—¿Cómo tengo que decírtelo? Hay miles de viudas con más merecimientos.

Valentín agitó la cabeza, pesaroso, y Revilla remachó:

—Miles no: ¡millones!

Reemprendieron la marcha con lentitud, pero enseguida volvieron a parar. Los sacerdotes rezaban un responso ante una cruz de flores. Un centenar de metros más adelante se había erigido un inmenso arco del que pendían grandes colgaduras con crespones negros y la fórmula de ritual: ¡JOSÉ ANTONIO, PRESENTE! A un lado del arco, un coro de la

Sección Femenina entonó un salmo: *De profundis clamavi ad te, Domine; Domine, exaudi vocem meam…* Al otro lado aguardaban las autoridades locales, que tenían previsto sumarse al cortejo y llegar hasta El Escorial. Revilla se inclinó hacia Valentín y señaló con la cabeza a un anciano harapiento que caminaba detrás de ellos.

—¿Ves a ese? Viene desde Albacete. Una semana sin parar de andar y alimentándose solo de pan y agua. Dijo que tenía una promesa que cumplir.

A partir del arco, la cuesta se hacía más empinada. El siguiente relevo debía realizarse en una glorieta rodeada de cruces y banderas. En ese tramo, cientos de obreros de la Central Nacional Sindicalista hacían guardia con marcial apostura. Estaban agrupados por oficios, y al frente de cada sección un niño enarbolaba un banderín con el dibujo de la herramienta característica. Esa parte del trayecto estaba iluminada por el fuego de multitud de antorchas, que se reflejaba en los rostros impasibles. Olía a madera quemada, a incienso y, sorprendentemente, a pan. Una salva aislada anunció el relevo. Era una ceremonia cargada de solemnidad. Los miembros de las respectivas centurias la habían ensayado hasta la extenuación.

—¡Alto!

La comitiva frenó en seco. El jefe saliente levantó el brazo. El nuevo jefe de ruta devolvió el saludo y dio la orden a sus hombres, que avanzaron hacia el féretro y las andas hasta ponerse en paralelo. Permanecieron así, con la mirada al frente, hasta que los portadores a los que debían sustituir les hicieron entrega de sus armas, que desde la salida de Alicante habían ido pasando de retén en retén.

—¡Relevad!

Se procedió al intercambio de posiciones. Luego, mientras unos formaban fuera de la glorieta en actitud de homenaje y respeto, los otros, concentrados y firmes, esperaban órdenes. Todos esos jóvenes eran conscientes de estar participando en un momento irrepetible, histórico, y sus evoluciones eran seguidas por los asistentes con una atención fervorosa. Tras una breve serie de salvas, llegaron las nuevas órdenes: —¡Alzad el féretro!

Hubo entonces una pausa larguísima en la que solo se oyó el rumor de la brisa. El jefe volvió a gritar:

—¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha…!

Los portadores reiniciaron la marcha y, con ellos, el resto de la comitiva, cada vez más numerosa: las patrullas motorizadas y las escoltas de uniforme, la cohorte de religiosos, las autoridades, los camaradas, la caravana de camiones y vehículos auxiliares. Cerraba el cortejo una variopinta multitud que se había ido sumando a su paso

por Madrid. Al llegar al repecho de un pequeño puente, Valentín se volvió a mirar a esa oscura masa de gente. Eran hombres y mujeres de toda edad y condición. Se diría que no existía un solo español que no quisiera estar en ese momento allí, acompañando los restos del gran líder hasta la que debía ser su morada definitiva. Revilla sacó de nuevo el pañuelo y buscó una esquina que no estuviera manchada.

—¿Quiere el mío, don Matías?

—Dame, hijo.

Se enjugó ceremoniosamente la sangre de las comisuras. Tras examinar el resultado con gesto aprobatorio, le devolvió el pañuelo haciendo algún remilgo.

—¿Se ha fijado en las iniciales bordadas? —dijo Valentín—. Son las de mi padre.

—¡Qué buen hombre fue! Si no hubiera sido por… —Aquí Revilla bajó la voz—. Te recuerdo que tenía carné de la UGT. Y tú… ¡de las juventudes comunistas!

—Nos cogió la guerra en el lado equivocado. Eso fue todo.

—Bueno, no volvamos a hablar de eso.

—¿Pero nos va a ayudar o no, don Matías?

—¿Fuiste a ver al comisario?

—Le di una lista completa de nombres y direcciones.

—Tendrás que hacer algo más. Esa gente no puede estar en la calle como si tal cosa.

—Yo ya dije que haría todo lo que estuviera en mi mano.

—¿A cuántos han detenido gracias a ti?

—No sabría decirle…

—Te lo digo yo: a ninguno. —Y, para que no hubiera dudas, silabeó—: Nin-gu-no.

Un poco más adelante, en el cruce con la carretera de Colmenarejo, esperaban varios automóviles con los faros encendidos. Uno de ellos era el de Ramón Serrano Suñer, cuñado del Caudillo y ministro de la Gobernación, pero, sobre todo, amigo íntimo del fundador de Falange, que poco antes de ser fusilado le había nombrado su albacea. No tardó en propagarse la noticia de su presencia, y una oleada de respeto y devoción agitó a la multitud. Flanqueado por dos edecanes, pasó a solo un par de metros de distancia de Valentín, que, al igual que los demás, contuvo el aliento y lo siguió con la mirada. Vestía con sobriedad (gorra de plato con la banda de gala y el escudo nacional, abrigo largo de doble botonadura, botines de invierno) y mantenía la cabeza gacha y los ojos entornados. La suya era la expresión viva del dolor, que en él se percibía como algo superior: un dolor más profundo, más intenso, más noble que el

de cualquier otro. Tras mostrar sus respetos al féretro con una prolongada inclinación de cabeza y rechazar con humildad el lugar de privilegio que le ofrecía la escuadra de fusileros, se situó entre los jefes de centuria como un camarada más. Revilla acercó su cabeza a la de Valentín para decir: —Fue el último en despedir a Fernando, el hermano de José Antonio, cuando lo asesinaron los rojos en la Modelo. ¡Menuda carnicería! Él iba a ser el siguiente y se salvó por los pelos. Cada vez que lo veo, me parece que es un hombre llegado del otro mundo: un resucitado, alguien que ha estado muy cerca de Dios… Hasta que logró escapar estuvo siempre más cerca de ser asesinado que de seguir con vida. ¿No leíste lo que escribió este verano en el *ABC* ?

Valentín frunció los labios y el otro, medio en broma, medio en serio, murmuró:

—Me pregunto si no andarías tú por allí, con esa gentuza…

—¡Le juro que no, don Matías!

Eran ya más de las doce y faltaban aún unas cuantas horas para llegar al monasterio. De allí en adelante, las cuestas cada vez más pronunciadas no les iban a conceder ningún descanso. Pasados los momentos de mayor densidad emocional, lo que quedaba era el frío y el cansancio, que ascendían desde las puntas de los dedos y atenazaban músculos y articulaciones. En la oscuridad de la noche, el fuego de las antorchas teñía de naranja las nubes de aliento que colgaban de los labios. Hubo un nuevo relevo al cabo de diez kilómetros, en pleno campo. La ceremonia era siempre la misma: las salvas de ordenanza, el saludo de rigor, la entrega de las armas, el intercambio de posiciones. Un centenar de metros más allá esperaban los coches oficiales, que les habían adelantado por el camino de los sembrados. Serrano Suñer abandonó la marcha con la misma discreción con que se había incorporado. Revilla soltó un bufido casi inaudible. Luego buscó con la vista al anciano de los harapos, que clavaba en el negro cielo unos ojos de místico.

—Ese sí —dijo—, ese sí que está cerca de Dios.

De golpe, su humor se había vuelto sombrío. Un capellán que caminaba junto a ellos empezó un paternóster, que los otros acompañaron de forma maquinal. Con sus andares inseguros y sus espaldas encorvadas, parecían un ejército de sonámbulos. Revilla esperó a que los bisbiseos concluyeran para inclinarse otra vez hacia Valentín.

—¿Te he dicho que una vez viajé con él?

—¿Con José Antonio?

—Con Serrano Suñer. Fue a principios del treinta y seis, antes de

las elecciones. Me pidieron que fuera con mi coche a buscarlo a Alcalá. Míralo ahora: ministro, jefe supremo de Falange… Entonces yo era ya falangista. Él todavía no.

En su voz había una mezcla de sorna y orgullo. Valentín escrutó su rostro con disimulo: ¿eso era una sonrisa? Por si acaso, se mantuvo en silencio. Pasaron varios minutos y Revilla, como siguiendo el hilo de un único pensamiento, volvió a hablar: —¿Sabes qué te digo? Que cuando estemos a punto de llegar, yo me encargaré de que te sitúes por delante. Conviene que te vean. Que tu cara les resulte familiar. Que sepan quién eres. Si todo consiste en ser un aprovechado y un oportunista… —Dejó la frase a medias y, al cabo de unos segundos, agregó—: ¿O no?

Le hicieron esperar en la antesala. De las paredes colgaban, ordenados cronológicamente, los retratos de los sucesivos rectores. Los más antiguos de esos retratos habían sido pintados setenta u ochenta años atrás. No era la primera vez que Basilio estaba en esa antesala y, ahora que lo pensaba, siempre se había sentado en el mismo sitio, en ese mismo banco de madera oscura, el primero del lado izquierdo. Todo le resultaba al mismo tiempo extraño y familiar. Se levantó y dio unos pasos. Aunque caminaba con sigilo, le pareció que el suelo de madera crujía estrepitosamente bajo sus zapatos. Se detuvo a observar los retratos más recientes. Esos cuadros siempre habían estado allí. ¿Qué había cambiado desde la última vez? Sí, siempre habían estado allí pero en otra disposición, sin tanto espacio entre ellos. Lo entendió todo de golpe. Faltaban varios rectores, todos del periodo republicano. Hizo memoria: Cabrera, Giral, Sánchez-Albornoz, Fernando de los Ríos, Gaos… Descubrir que de un plumazo habían borrado diez años de historia de la universidad le provocó una intensa congoja.

—¡Morgado!

Era Ballesteros, que le hablaba desde la puerta del despacho. Basilio sintió una punzada de vergüenza, como quien es sorprendido en una situación indecorosa, y carraspeó un titubeante buenas tardes. Ballesteros pasó junto a él terminando de abotonarse la gabardina.

—Tengo una reunión con los decanos. Me temo que no voy a poder recibirte.

—Será solo un minuto…

—Si vienes por lo de tu expediente, sabes que no depende de mí.

Hablaba con un tono de cordialidad y resignación. Basilio, caminando a su lado, apeló a su amistad de juventud: ¿qué tal Loreto?, ¿y los niños?, ¡hechos unos hombrecitos, seguro! El otro, a su

vez, se interesó por su hija: Gloria, ¿verdad? El intercambio de cortesías concluyó cuando el bedel les abrió la puerta y llegaron a las escaleras. Ballesteros le dio una palmadita en el brazo, en una actitud que Basilio consideró fraternal, e intentó nuevamente despachar el asunto: —Está todo en manos de la comisión, que cuando termine su trabajo trasladará sus conclusiones a la junta técnica.

—Me preguntaba si no habría alguna manera de… De acelerar el proceso, ya me entiendes. Es lógico que quiera saber…

—Tú ya hiciste lo que tenías que hacer, ¿no? Declaraste tu lealtad a España, te pusiste al servicio de las autoridades, contestaste a todas las preguntas… Pues entonces solo te queda lo más sencillo: esperar. Las cosas de palacio van despacio, ya sabes. Una vez que se ha abierto el expediente depurador, se solicitan informes sobre la conducta pública y privada, se comprueban los antecedentes políticos, se formula un pliego de cargos…

—¿Un pliego de cargos? —La voz de Basilio tembló—. ¿Cómo que un pliego de cargos? Eso será cuando haya algo que no esté en regla. Y en mi caso… Tú sabes que nunca me he metido en política. Si es por eso…

Ballesteros se puso los guantes y bajó el primer escalón.

—Hablo en general.

Basilio, consciente de estar gastando el último cartucho, hizo ademán de seguirle.

—Comprende mi inquietud —dijo—. A nadie le gusta que le quiten la plaza y luego…

—Dejemos las cosas claras. —El otro, aunque severo, le habló con dulzura—. A ti no te han quitado ninguna plaza. Tú, sencillamente, no tenías plaza. Ni tú ni nadie. ¿O es que crees que seguimos viviendo en la República? Son otros tiempos, Morgado. Nuevos tiempos. Espero no tener que recordarte que todo el personal docente fue separado del servicio y tuvo que solicitar su depuración. Todo el personal docente, desde el catedrático insigne hasta el profesor primerizo… Yo lo hice. Todos lo hicimos. Tú también, claro. ¿Por qué tendrías que ser la excepción?

—¿Y crees que es normal que aún no…?

—¡Por supuesto que es normal!

—O sea que no significa nada.

—¿Qué tendría que significar? Hay muchos que están igual que tú. No te preocupes. No hay motivo. Y ahora me voy, que me están esperando.

Bajó los escalones de dos en dos. Basilio empezó a decir:

—Me quitas un peso de… —Pero, al ver que el otro no le oía, lo

dejó a medias.

Salió a la calle San Bernardo y echó a andar hacia los bulevares. A esas horas los escaparates estaban ya iluminados, lo que le transmitió una tranquilizadora sensación de orden: al fin y al cabo, las cosas funcionaban. Al llegar a su casa, en Cardenal Cisneros, estaba de un humor excelente. Salió su hija a recibirle.

—¿Qué tal ha ido? ¿Qué te ha dicho el vicerrector?

—Que no me preocupe. Que no hay motivo.

La chica lo abrazó y soltó un suspiro de alivio. Basilio trató de alargar el momento:

—Literalmente: este retraso es normal, no significa nada, están todos como tú.

—¡Menos mal!

—Dice Juan Manuel que no puede hacer nada. ¿Qué va a decir? Pero yo sé que sí puede. Y que por mí hará todo lo que esté en su mano. Si está donde está, es gracias a mí. Yo formé parte de su tribunal y le defendí a muerte frente al otro candidato. Él lo sabe. Esas cosas no se olvidan.

Gloria fue a su cuarto a buscar sus libros y cuadernos. Él, mientras colgaba del perchero del recibidor el abrigo y el sombrero, echó un vistazo a la hornacina con el Sagrado Corazón.

—¿Qué hace esto aquí? —dijo para sí.

Era un Cristo tallado en madera, con un cajoncito en la base para los donativos. Lo llevó al salón y lo colocó en el centro de la mesa, convertida así en una especie de altar. Cuando su hija se asomó a la puerta, se sintió obligado a decir: —No quiero que piensen que…

No quería que nadie pensara que una imagen como esa no era tratada con el debido respeto, o que tenían prisa por desembarazarse de ella, o que… Gloria asintió con la cabeza. En los últimos meses, sus vidas se habían llenado de sobrentendidos y frases incompletas.

—Bueno, yo me voy.

Justo en ese momento llamaron al timbre. Eran las voluntarias de Acción Católica, que venían precisamente a llevarse la hornacina. Basilio las acogió con una efusividad algo estudiada y, al tiempo que les indicaba el salón, lanzaba a su hija una mirada de súplica: espera un minuto, por favor. Sin soltar los libros, Gloria siguió a las tres mujeres. La que más hablaba era doña Eulalia, una anciana reseca, huesuda, que estaba empeñada en captar a Basilio para la Adoración Nocturna. Los miembros de la Adoración se reunían por la noche para orar ante el Santísimo Sacramento.

—¿Ahora, con este frío? —dijo Basilio, que ya había agotado el catálogo de evasivas.

—Por Nuestro Señor todo sacrificio es pequeño, ¿no cree?

—En eso le doy la razón.

—Comulgamos bajo las dos especies y luego nos turnamos durante la madrugada para hacer vela. ¡No sabe usted qué gozo espiritual, qué sensación de plenitud…!

Gloria se decidió a interrumpir:

—Tendrán que disculparme. Llego tarde a clase.

—¿Clase? ¿De qué?

—De inglés.

—Ah —dijo doña Eulalia con aspereza.

La chica echó a correr escaleras abajo y, tal como imaginaba, vio a Eloy en la esquina de la mercería. Nunca quedaban para ir juntos. Si hasta un par de semanas antes se limitaba a hacerse el encontradizo, ahora la esperaba todas las tardes en el mismo sitio. Podía ser que fuera demasiado atrevimiento por su parte, pero a ella no le disgustaba.

—He traído paraguas por si llueve —dijo él a modo de saludo.

La academia estaba en la calle Españoleto, en un entresuelo que olía a cocido porque era también la vivienda de sus propietarias y únicas profesoras, las hermanas Linares. Tenía solo dos aulas, que eran en realidad las dos mitades del antiguo salón, separadas por una puerta corredera. Esta, muy fina, poco más que un panel, no impedía el paso del sonido, de forma que en el aula de inglés se oían perfectamente las lecciones de francés y viceversa.

—*May we come in?* —preguntó Gloria desde el pasillo.

Mientras ocupaban sus sitios (Gloria delante, Eloy al fondo, junto al balcón), Rosalía aprovechó para sacarse el pañuelo de la bocamanga y secarse la humedad de la nariz. Luego repartió unos folios con el membrete ACADEMIA LINARES y leyó con voz cantarina:

—*It was the best of times, it was the worst of times, it was the age of wisdom…*

Recurría siempre a Dickens para elegir los textos de los dictados porque eso le daba pie para hablar del Londres de su infancia, no tan distinto, según ella, del que había recreado el escritor en sus novelas. Con el pelo ondulado a la moda de años atrás y la ropa algo gastada, Rosalía y Conchita Linares, hijas y nietas de diplomáticos, eran la viva imagen de cierta burguesía venida a menos y no desperdiciaban ninguna oportunidad de evocar su juventud privilegiada y cosmopolita.

—… *it was the age of foolishness, it was the epoch of belief, it was the epoch of incredulity…*

Después del dictado repasaron los verbos irregulares y el genitivo

sajón. La hora pasó casi sin que se dieran cuenta. Los otros alumnos recogieron sus cosas y desfilaron hacia la salida. Eloy sacó de su cartera un objeto envuelto en papel de periódico.

—Recién llegada del pueblo.

—Ahora vengo —dijo Rosalía, encaminándose hacia la cocina.

El chico pagaba las clases con miel que le mandaban unos parientes. Cada semana entregaba un tarro nuevo y se llevaba vacío el de la semana anterior. Cuando reapareció Rosalía, los estudiantes de francés se estaban ya despidiendo. Eloy esperó unos segundos e hizo un gesto hacia el cuarto de estar.

—¿Pasamos?

—Si es para escuchar inglés… —dijo Rosalía.

—La BBC —asintió él con picardía.

La radio, una Bertran de cantos redondeados y frontis de baquelita, estaba en un mueble auxiliar al lado de la mesa camilla. Giró con determinación la ruedecilla del dial y una melodiosa voz masculina saludó desde algún lugar del éter: estación de Londres de la BBC…

—Voy a acabar pensando que solo venís para esto —protestó Conchita, que había agarrado un atizador largo y torcido y había empezado a rascar las cenizas de la caldera—. ¡Mientras no vayáis a nadie con el cuento!

El servicio para España de la BBC constituía su principal fuente de información sobre la guerra europea. La prensa nacional, que no hacía sino celebrar el imparable avance de las tropas alemanas y la debilidad militar de los aliados, no les inspiraba ninguna confianza. Esa misma noche, por ejemplo, la BBC dio una noticia que en España se había silenciado: el ataque de la aviación británica sobre una isla llamada…

—¿Heligoland? —repitió Gloria.

—Voy a buscar el atlas —dijo Rosalía.

Era un islote perdido en el mar del Norte, cerca ya de Dinamarca. Como para subrayar su pequeñez, Gloria lo señaló con el meñique y soltó una risita.

—Ellos sabrán por qué lo hacen —dijo Eloy—. Algún motivo habrá. Tendrá un valor estratégico. O estará llena de submarinos. ¡El día que los ingleses consigan acabar con los submarinos alemanes tendrán media guerra ganada!

—A ver si te aclaras —replicó la chica—. No puedes desear al mismo tiempo que gane Stalin y que pierda Hitler. ¿Aún no te has enterado de que son aliados?

Conchita, con expresión de apuro, se llevó un dedo a los labios. El

simple hecho de que alguien expresara simpatías por el comunismo la llenaba de pavor.

—Estamos en confianza —la tranquilizó su hermana.

Metieron un poco de leña en la caldera. Debido a la escasez, los periódicos no solían tener más de cuatro páginas, así que para prender el fuego había que aprovechar hasta el papel que envolvía el tarro de miel.

—Acabaremos quemando libros para no morirnos de frío —murmuró Conchita, echando las primeras paletadas de carbón.

Concluido el parte informativo, sonó la sintonía habitual, una versión de la marcha *Lillibullero* de Henry Purcell.

—¿Te acuerdas, Rosalía?

Las dos mujeres se cogieron de la mano y canturrearon los primeros versos: *I, a tender young maid, have been courted by many. Of all sorts and trades as ever was any…*

—¡Qué tiempos! —exclamó Conchita, melancólica.

Luego, como quien borra las huellas de un delito, se apresuró a buscar Radio Nacional en el dial. Se oyó un mensaje que, tomado de un famoso discurso de Franco, difundían a todas horas: —«… Españoles, alerta. España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos…»

Eloy, que de tanto oírlo se lo había acabado aprendiendo, ahuecó ridículamente la voz:

—«… España, con el favor de Dios, sigue en marcha, una, grande, libre, hacia su irrenunciable destino. ¡Arriba España! ¡Viva España!»

Gloria soltó una risita pero ninguna de las dos hermanas la secundó.

—¡Qué tiempos! —exclamó ahora Rosalía y, dando la velada por concluida, añadió—: No te olvides del paraguas, Eloy.

El cine estaba en Bravo Murillo, pasado Cuatro Caminos. Era uno de esos edificios con forma de barco que se habían puesto de moda a comienzos de la década. Este, además, tenía una pequeña torre acristalada que recordaba un faro. Gloria se detuvo bajo la marquesina a mirar el cartel de la película. Una mujer de aire contrito, una carabela alejándose hacia el horizonte y el título: *La golondrina cautiva* . Desde la taquilla, Alicia saludó con la mano.

—Alemana —dijo Gloria con fastidio—. ¿De qué va?

—De amores imposibles. Una mujer que va a la cárcel para que no vaya su amado…

—No, más dramas no, por favor. ¡Bastantes dramas tiene la vida!

—¿A mí qué me cuentas? Si quieres, entras. Si no, no.

Además de vecinas, eran buenas amigas, y no se andaban con melindres. Gloria tamborileó con los dedos contra el cristal. Llevaba las uñas largas pero algo descuidadas. Su repiqueteo evocaba el galope de un caballo.

—¿Hay gente? —dijo.

—Es martes. ¿Cómo quieres que haya?

Sin esperar respuesta, Alicia se incorporó en su asiento e hizo una señal a Guillermo, el portero. Gloria iba siempre entre semana y a la última sesión, porque era cuando su amiga la podía colar sin problemas. También porque entonces Alicia no quedaba con ningún pretendiente y volvían las dos a casa dando un paseo. A mitad de película, con la taquilla ya cerrada y la caja hecha, Alicia se sentaba a su lado y conversaban en voz baja.

—¿Qué tal?

Gloria soltó un bufido que quería decir: ni fu ni fa.

—La de la semana que viene sí que es americana. Y comedia, como a ti te gustan. Se llama *Al servicio de las damas* . Con esa actriz tan guapa, la que se casó hace poco con Clark Gable…

—¿Carole Lombard?

En la pantalla, las presas, encadenadas a sus respectivos camastros, trataban de conciliar el sueño en el tétrico dormitorio colectivo. Las dos chicas se desentendieron de la película.

—¿Y tu padre? ¿No tenía una reunión importante?

—Ayer. Con el vicerrector. Que no se preocupe. Que no hay nada contra él.

—Pues ya está, ¿no?

—No sé, no sé… Siguen sin devolverle las llaves del despacho y sus cursos los da otro profesor.

—A un tío mío de Burgos lo echaron de la Escuela Normal. Y le prohibieron ejercer en toda España. Tuvo que volverse al pueblo a recoger patatas.

—¡Alicia, hija! ¿Así pretendes animarme?

Cuando acabó la sesión, el público, cumpliendo la ley, se puso de pie y mantuvo el brazo en alto hasta que sonó la última nota del *Cara al sol* . Guillermo, ya en ropa de calle, esperaba en el vestíbulo a que salieran los últimos espectadores para cerrar las puertas y apagar las luces. Las dos chicas echaron a andar por Bravo Murillo, que por esa parte estaba completamente a oscuras. A ambos lados de la calzada, entre pequeñas fábricas y bloques de pisos que la guerra había dejado a medio hacer, se adivinaban descampados llenos de basura y escombros. Algo más abajo, delante de un convento abandonado que

solía ser punto de encuentro de los estraperlistas, estaba el solar en el que se iba a construir el nuevo mercado. Entre los escasos postes de electricidad había unos cables tendidos de los que pendían unos faroles solitarios. Al pasar bajo uno de ellos, que casi ni iluminaba, Alicia se soltó del brazo de su amiga, improvisó unos pasos de claqué y giró varias veces sobre sí misma.

—¿Quién soy? —preguntó.

—¿Eleanor Powell?

—¿No te encantó?

Se referían a la película de la semana anterior, *La melodía de Broadway 1938* , que había tardado varios meses en llegar desde los cines de la Gran Vía a los cines de barrio como el Tetuán.

—¡Qué guapo es Robert Taylor! —exclamó Alicia—. Eso es lo que quiero yo: un Robert Taylor de aquí, enterito para mí. Seguro que estará por algún lado. ¿Dónde se habrá metido? Ya ves: por las mañanas, taquigrafía y mecanografía; y el resto del día, vendiendo entradas… Así, ¿cómo lo voy a encontrar? Pero no pido tanto. El primero que me diga algo bonito, me largo con él.

—¿Qué fue de aquel que te mandaba flores?

—¿Patricio? ¿El de la relojería? Tú sabías que estaba divorciado, ¿verdad? Pues ahora dicen que los divorcios no valen.

—¿O sea que sigue casado con su antigua mujer? ¿Y qué tiene que hacer? ¿Volver con ella, que a lo mejor le odia?

—Ni lo sé ni me importa. —Alicia adoptó un tono de complicidad —. ¿Y tú? ¿Ese chico?

—¿Qué chico?

—No te hagas la tonta. Ya sabes tú qué chico. El cojito. El que te espera todas las tardes delante de la mercería.

Gloria hizo ademán de abofetearla y dijo:

—¡No le llames cojito!

Se despidieron ante el portal de Alicia. El de Gloria era el siguiente. Nada más entrar en el piso, oyó la respiración poderosa de su padre, que se había quedado dormido en la mecedora con la manta por las rodillas. Sobre su regazo, con el lapicero a modo de marcapáginas, descansaba un libro titulado *La vida de los insectos* . La chica lo cogió y lo abrió por la última página leída, en la que había unas líneas subrayadas.

—«Esta admirable metamorfosis de la porquería debe ejecutarse en el más breve plazo; la salubridad general lo exige…» —leyó.

Basilio parpadeó varias veces.

—Te parecerá ridículo pero las costumbres del escarabajo sagrado son apasionantes. —Soltó un hondo suspiro—. ¿Qué hora es?

—¿Por qué no lees acostado? —Gloria le reconvino con dulzura —. Estarías más cómodo. ¡Y con este frío…!

—¿Qué película has ido a ver?

—Hala, a dormir. Ahora mismo te preparo la bolsa de agua. ¿Quieres que te caliente las sábanas con la plancha?

El hombre se levantó despacio y acarició la mejilla de su hija.

El más alto de los edificios que se mantenían en pie era el Hospital Clínico. Las cargas de mortero habían arrancado de cuajo la fachada más cercana a la línea de fuego, pero la estructura, de hormigón armado, aguantaba. Las pilastras de uno de los pabellones habían cedido y los suelos se habían doblado hasta montarse unos sobre otros, como persianas venecianas a medio cerrar. Daba la sensación de que una simple patada bastaría para hacerlo caer. Una montaña de cascotes cegaba el acceso a la planta baja. Balbino se encaramó a lo más alto y, haciendo bocina con las manos, gritó: —¡Eco, eco, eco…!

—No seas burro —dijo Eloy, asomándose a un parapeto de sacos terreros—. ¿Cómo va a haber eco aquí?

Una viga cruzada en el parapeto descendía como un tobogán hacia un boquete abierto en el cemento. Eloy extendió los brazos y la recorrió a pasitos cortos, como un funambulista. Cuando llegó al extremo, se agachó a mirar: el alcantarillado pasaba por ahí abajo. Balbino, tres años más joven, le seguía como un corderito.

—¿Qué buscas?

—Mira cómo te has puesto.

El chico se sacudió la culera del pantalón. Eloy levantó la vista hacia los pabellones y señaló los huecos de las ventanas, que parecían bocas desencajadas y ojos desorbitados.

—¿Qué ves ahí? ¿No ves caras? ¿No ves personas? Tienen la boca muy abierta porque están gritando. Nos están gritando: ¡no quereeemos moriiir!, ¡no quereeemos moriiir! Y allí arriba, ¿no ves ojos? Son las cuencas vacías de las calaveras. ¡Los muertos de la guerra! Aquí ha muerto mucha gente.

Unos bloques caídos al otro lado del boquete formaban una irregular escalera que no conducía a ningún sitio. Eloy subió hasta arriba y miró a su alrededor.

—En este lado estaban los fascistas. Y en ese… —Señaló las ruinas de las facultades—. En ese estaban los nuestros.

—¿Los rojos?

—Eso es. Los rojos.

—Mi padre dice que…

—¡Tu padre puede decir misa!

De repente, dio un salto y desapareció en un terraplén. Cuando Balbino se acercó a mirar, no se le veía por ninguna parte.

—¡Eloy!

Un camino entre los cúmulos de escombros señalaba hacia el Asilo de Santa Cristina, que había quedado reducido a ruinas. Algunos trozos de fachada se sostenían apoyados en puntales de madera. Otros se sostenían solo porque sí, sin nada detrás, como decorados de teatro. Por todas partes había pintadas e inscripciones. Las había de los dos bandos, superpuestas. Las más antiguas (VIVA RUSIA , NO PASARÁN , COLUMNA DURRUTI) todavía resultaban legibles debajo de las más recientes: ARRIBA ESPAÑA , VIVA FRANCO , ROJOS MARICONES . Aquel muro había formado parte de la iglesia. Unos metros más allá, los restos del campanario cortaban el camino. Balbino retrocedió hasta un lugar en el que había habido una puerta y probó a avanzar por el otro lado. Al subir al pretil, el pantalón se le enganchó en una alambrada. Se detuvo a mirarse: tenía sangre en el muslo. En medio de aquel paisaje de desolación, le entraron ganas de llorar. Se escupió en la palma de la mano y limpió como pudo la herida, que había empezado a escocerle. Caminó solo un poco más y vio a su amigo agachado detrás de un montón de ladrillos.

—¡No me has esperado!

Eloy, por señas, le mandó callar. Un camión del ejército acababa de detenerse a unos doscientos metros de allí, entre una antigua zona de trincheras y una hilera de árboles escuálidos que habían sobrevivido milagrosamente a los bombardeos. Bajaron tres soldados y apartaron la lona del remolque. Balbino se acuclilló al lado de Eloy.

—¿Por qué nos escondemos?

—¿No has visto los carteles?

Se refería a los carteles de PROHIBIDO EL PASO - PELIGRO DE EXPLOSIONES . Añadió:

—Pero no seas gallina.

—¡No soy gallina!

Los soldados empezaron a descargar sacos de escombros y a vaciarlos dentro de las trincheras entre sucias nubes de polvo. Uno de ellos orinó contra un árbol. Otro le lanzó una piedra. Les llegaron retazos de risas mezcladas con voces incomprensibles. El tercer soldado recogía los sacos vacíos y los devolvía al camión. Cuando ya no quedaba ninguno, se sentaron en el estribo a fumar. Pasados unos minutos, subieron al camión, que maniobró para salir en dirección a Aravaca. Eloy estiró las piernas para desentumecerlas y señaló una boca de alcantarilla con la tapa partida limpiamente en dos.

—Voy a bajar.

Apartó los dos trozos de tapa y observó la cadena de escalones de forja, que se perdían en la oscuridad del fondo. Tras comprobar la resistencia del primer escalón, se deslizó con cautela en el interior del pozo. Balbino asomó la cabeza y achinó los ojos. Eloy bajaba poco a poco, sin mover un pie antes de tener el otro bien apoyado. A esa hora de la mañana la luz caía de forma oblicua, así que la figura de su amigo no tardó en confundirse con las sombras. Contuvo Balbino la respiración, tratando de distinguir algún sonido. Pasaron varios minutos antes de que volviera a notar algún movimiento allá abajo. Por fin, vio subir a Eloy. Lo hacía con la misma lentitud y la misma prudencia con que había bajado. Llevaba un macuto colgado en bandolera. Sacó medio cuerpo fuera de la superficie y apoyó la carga en el borde de la alcantarilla.

—Ayúdame.

Balbino mantuvo el fardo en alto mientras el otro se desasía. A través de la tela recia tentó el contenido.

—¡Son armas!

Eloy se incorporó, metió la mano y sacó una pistola.

—Astra 400, nueve milímetros, semiautomática… Bonita, ¿eh?

Se entretuvo manipulándola, fascinado: sacaba el cargador, que estaba vacío, y lo volvía a meter, ponía y quitaba el seguro, la amartillaba.

—¿Cómo sabías que había armas escondidas? —preguntó Balbino.

—Me lo dijo Bernabé. —Le tendió la pistola—. Toma. Cógela. ¿A que pesa más de lo que parece?

El chico la sostenía en la palma de la mano como si fuera un pájaro muerto.

—Pero agárrala bien, hombre. ¿Cuándo has visto agarrar así una pistola?

Al ir a cerrar los dedos en torno a las cachas estuvo a punto de caérsele.

—¡Además de gallina, manitas de plata!

—¿Echamos unos disparos? —Balbino, herido en su orgullo, hizo un gesto hacia el macuto—. Ahí debe de haber munición.

—Y si nos pillan, ¿qué?

—¿Quién nos va a pillar? Los soldados ya se han ido.

—No le tienes miedo a nada, ¿no? —Le quitó la Astra y la metió en el macuto—. Mejor, porque he pensado que todo esto me lo vas a guardar tú. En el taller de tu padre. En el altillo. Hay sitio de sobra. Pero que no se entere nadie. Ni tu padre ni tu madre ni nadie. Como le vayan con el cuento a la policía, vais todos derechitos a la cárcel. O

peor aún: al paredón. ¡Supongo que sabes que por esconder armas te fusilan!

De repente, Balbino se había quedado mudo. Eloy lo vio tan asustado que no pudo evitar reírse.

—¡Qué! ¡Ahora ya no eres tan valiente!

Se puso de nuevo el macuto a la espalda y descolgó las piernas por el hueco de la alcantarilla.

—¿De verdad me crees tan tonto como para dejarlas al alcance de cualquiera?

Giró el tronco, se agarró al primer escalón e inició el descenso. Balbino esperó a que desapareciera de su vista e hizo un gesto de alivio. Al cabo de un minuto, Eloy estaba de vuelta en la superficie, ya sin el macuto. Arrastró con el pie los dos trozos de tapa y los colocó en su sitio, asegurándose de que quedaban encajados. Se sacudió el polvo de las manos y añadió: —Mejor olvídate de lo que has visto. Lo de las armas, como si no.

Su caldo de gallina era famoso. A veces, para que cundiera un poco, le echaban trozos de boniato o de pan duro. Pero lo importante era que lo servían siempre hirviendo: en días fríos como aquellos, resucitaba a un muerto. Valentín, en un extremo del mostrador, sostenía el tazón entre las manos y lanzaba miradas al camarero. Este, con un trapo al hombro, remojaba la vajilla en un balde de agua turbia. Pegadas al espejo había dos ramitas de acebo y unas cuartillas de colores con frases del tipo: CRISTO NACE PARA TODOS. EN CADA CORAZÓN, UNA CUNA; EN CADA ESPAÑOL, UN CRISTIANO . Eso y un cartel que deseaba FELIZ Y PRÓSPERO AÑO 1940 constituían toda la decoración navideña. Desde la cocina, separada por una puerta de vaivén, apareció Maite con un amplio delantal con puntillas que no ocultaba su avanzado estado de gestación.

—¡Pajaritos fritos! —pregonó.

—¡Ya verás como vuelan! —bromeó uno de los escasos clientes.

La mujer sonrió, dejando a la vista una dentadura pobre e irregular, y volvió a la cocina. Valentín hizo tintinear las monedas en el borde del platillo y se fue. Un minuto después, el camarero salió a vaciar el balde en el sumidero de la esquina. Valentín le esperaba junto a la farola.

—Tengo miedo, Amancio. Creo que me están siguiendo. Necesito contactar con alguien del Partido. Ellos sabrán dónde esconderme.

—A mí déjame. Yo no sé nada de nadie —replicó el otro sin mirarle.

Se colgó el cubo del brazo y se secó las manos en el trapo. Añadió:

—Y, aunque supiera, no te lo diría. No quiero líos. Bastante tengo con lo que tengo. Estamos esperando un crío, mi suegro tiene la tisis… —Señaló el letrero con el nombre del negocio, BODEGA LA TOLEDANA —. ¿Por qué te crees que me he hecho cargo de esto?

Pasó el tranvía de Ciudad Lineal haciendo sonar la campana. Tres chicos de no más de quince años viajaban encaramados al parachoques trasero. Al otro lado de la calle estaba la plaza de Ventas, que a la luz de las primeras horas parecía de color naranja, casi amarillo.

—Tú, a lo tuyo, y a los demás que nos parta un rayo. —Valentín, desdeñoso, sacudió la cabeza—. ¡Qué gran comunista! Me acuerdo de cómo cantabas el himno, con qué entusiasmo: «Somos la joven guardia que va forjando el porvenir…».

—Tú no vives cerca del cementerio y no oyes los tiros. —Hizo un gesto con la cabeza hacia un lugar indeterminado más allá de la plaza de toros, que era donde acababa la ciudad—. Todas las noches hay fusilamientos. Todas.

—«… Nos templó la miseria. Sabremos vencer o morir…»

—Es mejor que te vayas —le interrumpió el otro—. No conviene que nos vean juntos. Alguien no ha parado de dar nombres. Los de la JSU están cayendo como moscas.

—Precisamente por eso. Tenemos que protegernos unos a otros. Tenemos que organizarnos.

—No me has entendido. Es justo al revés. No te puedes fiar ni de tu padre. Cualquiera podría ser el chivato.

Asomó Maite, que observó a Valentín con desconfianza y dijo:

—Se ha vuelto a ir la luz, Amancio.

—Buenos días, señora —dijo Valentín con una inclinación de cabeza, pero ella lo ignoró:

—Y tienes gente esperando.

Era uno de los pocos barrios que los bombardeos habían respetado. Los edificios se mantenían intactos y los comercios habían reanudado su actividad anterior a julio del 36. Paseando por las amplias aceras arboladas de la calle Lista, podía uno llegar a creer que la ciudad no había sufrido ninguna guerra o que esta no había sido tan devastadora. A la altura de Torrijos, esa ilusión de pacífica vida burguesa se desvanecía de golpe. En el cruce había un nido de ametralladoras, emplazado sobre una torre de madera protegida por

sacos terreros, y la calle, patrullada sin cesar por miembros del ejército, había sido cerrada al tráfico con grandes rollos de alambre de espino. La sensación allí era precisamente la de estar atravesando una ciudad en guerra. Eloy siguió hasta General Pardiñas para luego regresar por Padilla hasta la entrada principal, que, protegida también por torres de vigilancia, estaba en Hermanos Miralles. Esta calle había sido rebautizada en homenaje a tres mártires de la Cruzada, pero todo el mundo la seguía conociendo por su antiguo nombre, General Díaz Porlier, o simplemente Porlier. Con la prisión ocurría lo mismo. Durante la guerra, la cárcel de Porlier había albergado a varios miles de reclusos derechistas, lo que había preservado aquella zona de los ataques de la aviación franquista. La fachada del edificio, con abundancia de ventanas y elegantes galerías rematadas en arcos de medio punto, recordaba su función original como colegio religioso. Delante de la entrada, los rollos de alambre delimitaban un camino en zigzag que cruzaba la calzada y llegaba al lugar en el que los familiares de los presos estaban autorizados a esperar. En ese momento había unos cuarenta. Eloy los observó desde la esquina: mujeres con canastos bajo el brazo, un par de ancianas vestidas de oscuro, algún hombre de gesto sombrío que no se atrevía a levantar la vista del suelo. Un sargento rechoncho apareció por una puerta lateral y gritó: —¡Se acabaron las visitas por hoy! ¿Me han oído? ¡Ya no hay más visitas! ¡Vayan circulando!

Hubo un murmullo de disgusto y poco a poco el grupo se fue disolviendo. Diez o doce personas se detuvieron al llegar a la esquina. Eloy oyó rezongar a una mujer: —Vengo desde Navalcarnero. —En su voz había descontento pero sobre todo resignación—. Me he despertado a las cinco para llegar a tiempo y voy a tener que volverme sin ver a mi marido.

—Eso es que vienen las rubias —dijo otra, señalando los grandes portones que unos funcionarios se disponían a abrir.

—¿Y tenían que llegar justo ahora? —se lamentó la primera.

Llamaban rubias a los furgones que trasladaban a los presos porque tenían la carrocería de madera amarilla. Eloy, que no lo sabía, lo dedujo cuando los vio aparecer por el otro extremo de la calle. El primer furgón se detuvo ante la entrada de vehículos. La parte de atrás tenía, a modo de ventanilla o respiradero, una larga abertura sin cristal. Los presos, con los rostros encajados en el hueco, miraban hacia fuera en busca de una cara conocida. Entre un preso y otro no parecía haber ni un centímetro libre.

—Los llevan como a corderos… —murmuraron a su espalda—. ¡No hay derecho!

Las mujeres los saludaban con la mano y les mandaban sonrisas: era lo único que podían hacer. A pesar de la distancia, Eloy creyó distinguir en sus miradas tristeza y cansancio. Eran hombres jóvenes, como su hermano. Eran muchachos atrapados por la guerra a los que ahora aguardaba el pelotón de fusilamiento o, en el mejor de los casos, una condena a muchos años de cárcel. El segundo y el tercer furgón se pararon también. De uno de ellos brotó un aullido: —¡Madre!

Una mujer que estaba al lado de Eloy alargó los brazos.

—¡Pablo, hijo! ¡No te veo! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, madre, aquí! —seguía gritando el otro.

—¡Yo te saco de ahí, hijo mío! ¡Te lo juro!

La mujer hizo ademán de saltarse el perímetro de seguridad, pero alguien la contuvo tirándole del brazo. Desde una de las patrullas de vigilancia la apuntaron con sus armas.

—¡Está prohibido dirigirse a los presos! —bramó el sargento rechoncho, que luego añadió—: ¡Circulen! ¡Aquí no pueden estar! ¡Váyanse!

El grupo retrocedió unos pasos. Seguían llegando nuevos furgones cuando ya los primeros habían desaparecido en el interior del recinto penitenciario. Entró el último y el grupo empezó a dispersarse. Aunque ya nadie del convoy podía oírla, la mujer volvió a gritar: —¡Te juro que te saco, hijo!

Eloy la observó: cerca de cincuenta años, abrigo de paño ordinario, una boinita verde inclinada con coquetería. La mujer echó a andar en dirección a Lista. Eloy, más ligero, no tardó en ponerse a su altura.

—¿Por qué está tan segura de que lo va a sacar de la cárcel?

—¡Porque sé cómo hacerlo! —contestó ella, todavía alterada.

—¿Cómo? Dígame cómo, por favor. Me gustaría saberlo.

La mujer recapacitó, ladeó la cabeza con recelo y dijo:

—Disculpe. Tengo un poco de prisa.

La vio dirigirse hacia la plaza del Marqués de Salamanca, esperar a que pasaran los escasos vehículos y atajar por la glorieta. Caminaba detrás de ella a una distancia razonable. Temió perderla cuando la vio torcer por Núñez de Balboa. Entre los modernos edificios de viviendas y los palacetes de estilo neoclásico quedaba alguna casucha con huerto y corral de cuando aquello todavía eran las afueras. ¿Dónde se habría metido? Siguió hasta el cruce con Ramón de la Cruz. A un lado había una fábrica de productos químicos y al otro, un viejo jardín abandonado. Oyó a su espalda la voz de la mujer: —¿Me quiere decir por qué me sigue?

—Quiero saber cómo tiene pensado sacar a su hijo.

—No me haga caso. —La mujer soltó una risita que sonó como un hipido—. A veces, con los nervios, se dicen cosas que…

—A mí me ha parecido que hablaba muy en serio.

—¿Se imagina usted a alguien como yo organizando una fuga?

—¿Dónde cogieron a su hijo?

—En Alicante, en el puerto. Como a tantos otros.

—¿Pasó por Albatera? —A Eloy se le iluminó la mirada—. Entonces puede que conozca a mi hermano, que estuvo hasta octubre, hasta que cerraron el campo. Ahora está en Valencia. En San Miguel de los Reyes. Pero uno de estos días lo traerán.

La mujer rebuscó en su bolsito hasta dar con las llaves y se volvió hacia una puertecita con un buzón adosado.

—¿Le apetece una infusión? Otra cosa no tengo.

Para llegar a la vivienda había que atravesar la oficina, con las paredes forradas de archivadores, y un patio lleno de sacos.

—Huele a cola —dijo Eloy.

—Es la fábrica. Hacen pinturas.

Al final de un pasillo había una salita con un techo de claraboya en el que se recortaban nítidamente las siluetas de ramas, hojas de árboles y pájaros muertos.

—Cuando vives de prestado, no te puedes quejar —se justificó la mujer.

Sacó un hornillo de petróleo de una vitrina con el cristal rajado y puso el agua a hervir. Hizo un gesto hacia el azulejo blanco de las paredes.

—Esto era el laboratorio.

La mujer se llamaba María Luisa y había perdido su casa en un bombardeo. El dueño de la fábrica, casado con una prima suya, le dejaba vivir ahí mientras no encontrara nada mejor. Entre las pertenencias que había logrado rescatar estaba el álbum de fotos. Lo cogió y buscó directamente la última página, en la que había una fotografía de estudio de dos gemelos idénticos con uniformes del Ejército Popular. El de la derecha era Pablo; el otro, Federico, que había conseguido llegar a Francia.

—Pero hace meses que no sé nada de él. Y con esa guerra que hay en Europa… ¡Quién sabe si volveré a verlo algún día!

Le enseñó también fotografías de una hija, muerta de meningitis cuando solo tenía cuatro años.

—De tres que traje al mundo solo me queda uno y está en la cárcel. ¿Entiende ahora por qué he jurado sacarlo de ahí?

La tetera empezó a silbar. María Luisa se envolvió la mano en un

trapo para no quemarse con el asa.

—¿Y usted no tiene fotos de su hermano?

Eloy, pesaroso, se encogió de hombros.

Un cartel ante la entrada principal del Banco de España anunciaba una exposición organizada por la Comisión Revisora de Viviendas y Muebles. Había habido varias exposiciones de bienes recuperados, pero esa era la primera que incluía objetos procedentes de cajas de seguridad. Se trataba principalmente de alhajas, relojes, pequeñas obras de arte, colecciones de monedas o sellos cuyos propietarios no habían podido ser identificados. La naturaleza de los objetos había despertado un interés imprevisto, así que, para ahuyentar a curiosos y fisgones, los responsables de la comisión habían optado por cobrar la entrada. Los soldados del vestíbulo conocían a Avelina, la mujer de Matías Revilla, y por supuesto la dejaban pasar sin exigirle los cincuenta céntimos del tique.

—Va usted muy elegante, doña Lina —la cumplimentó el cabo, ceremonioso.

Ella, regordeta, negó con coquetería. Llevaba el abrigo de astracán de todos los días, pero también un sombrerito negro con redecilla que solo se había puesto un par de veces.

—¡Qué zalamero! —dijo.

La exposición se había montado en uno de los salones nobles, con suelos de mármol, galerías con arcos y cuatro alturas de cristaleras con el escudo del águila. Los distintos lotes se exhibían en unas largas mesas vitrinas dispuestas en paralelo. La mujer dio unos pasos y buscó a su marido con la mirada. El cabo, que seguía pendiente de ella, hizo una señal hacia una de las salitas laterales. A través de un cristal se veía a Revilla hablando con alguien. Avelina alzó la barbilla e hizo el gesto de ¿quién es?

—Uno que lo ha perdido todo —dijo el militar—. Como tantos otros.

Para hacer tiempo se entretuvo curioseando entre los lotes, que conocía de anteriores visitas. De los objetos más grandes o de más valor se exponían fotografías, que iban acompañadas de una breve descripción: crucifijo de marfil con incrustaciones de piedras preciosas, reloj de bronce con fanal, cubertería de plata, edición prínceps del *Quijote* . Llegó al extremo de la mesa y se volvió hacia la salita. Ahora la perspectiva le permitía ver de medio perfil al interlocutor de su marido: rostro anguloso, bigote a lo Errol Flynn, aspecto distinguido. Entre los dos hombres, apoyada en un mostrador,

había una bandeja metálica con piezas procedentes de algún lote. Trató de captar la atención de su marido, pero no lo consiguió hasta que se colocó junto a la entrada, a un par de metros. Le hizo un gesto de apremio al que él respondió con un movimiento de cabeza, como afanándose por despachar el asunto que tenía entre manos.

—Son las normas, señor Ruiz…

—Llámeme Aníbal, por favor.

—Ya le he dicho que, tratándose de joyas y objetos de valor, es imperativo dejar un depósito…

—¿Objetos de valor? —le interrumpió el otro—. ¿Valor material, quiere decir? En todo caso, valor sentimental. ¿Me permite? En este reloj me enseñó mi abuelo Leocadio a leer las horas. Han pasado… ¡yo qué sé cuántos años!

Era un reloj de bolsillo con leontina. Lo devolvió a su sitio, agarró un camafeo y mostró la figurita femenina tallada en ónice.

—¿Sabe quién es? Mi bisabuela. La madre de mi abuelo Leocadio. Vaya usted a vender esto a una joyería y se le reirán en la cara. Estas cosas solo tienen valor para mí porque me recuerdan que alguna vez tuve una familia… Los rojos se lo llevaron todo. Me dejaron sin recuerdos familiares. ¿Se da cuenta de lo que es eso? De mis propios padres, ¡de mis propios padres!, ni siquiera tengo…

El hombre, que se esforzaba por mostrar aplomo y entereza, se vino abajo de repente. Emitió un fuerte sollozo y se tapó la cara con las manos. Avelina, compadecida, se aproximó y le tocó el hombro.

—¿Se encuentra bien, Aníbal? ¿Le pido un vaso de agua? No se preocupe tanto. Ya verá como todo se acabará arreglando. Lo que es suyo es suyo. —Miró a su marido—. Para eso está la comisión. ¿Verdad, Matías? Para que nadie se quede sin lo que le pertenece.

Aníbal sacó un pañuelo, se sonó ruidosamente y dijo con la voz entrecortada:

—Discúlpenme, por favor. Lo último que querría…

Los esfuerzos de aquel desconocido por contener las lágrimas conmovían a Avelina, que siguió intercediendo por él hasta que su marido, haciendo un gesto de impaciencia, se dio por vencido: —Déjeme por aquí la declaración jurada y vuelva el lunes. Veré lo que puedo hacer.

El hombre juntó las palmas de las manos e hizo una pequeña reverencia.

—¡Gracias, gracias!

—No le prometo nada.

Avelina esperó a quedarse a solas con su marido, sacó la Medalla de Sufrimientos por la Patria y se la puso en la guerrera, justo por

encima del bolsillo con el yugo y las flechas.

—Nunca está de más.

Un minuto después estaban ya camino del Teatro Español. Fueron por la calle del Prado y no por Alcalá, siempre llena de mendigos. Avelina, del brazo de su marido, no podía quitarse de la cabeza al bueno de Aníbal Ruiz.

—Hazlo por mí, Matías. Ayuda a ese hombre.

—¿Tú sabes cuánta gente viene por la comisión reclamando cosas? ¡Si tuviéramos que hacerles caso a todos…! Por eso precisamente pedimos una fianza.

—¿Qué fianza se le puede pedir a alguien como él? No hay nadie que no haya perdido algo en esta guerra, pero algunos lo han perdido todo. Todo.

—¿Cómo sabes que no es un pícaro?

—Tengo buen ojo para las personas. Ese dolor y esas lágrimas eran de verdad.

Decenas de vehículos oficiales atascaban las calles que confluían en la plaza de Santa Ana. Mientras los Revilla esperaban para cruzar, vieron al alcalde y su mujer salir de un coche. Numerosas autoridades habían confirmado su asistencia. Los carteles anunciaban: LECTURA PÚBLICA DE SU NUEVA OBRA - AVES Y PÁJAROS - DE CARÁCTER SIMBÓLICO - A CARGO DEL ILUSTRE DRAMATURGO DON JACINTO BENAVENTE . Era la primera aparición pública del escritor desde el final de la guerra. Revilla murmuró:

—¿Pero Benavente no estaba con los rojos?

—Lo tenían secuestrado. El propio Negrín lo amenazó de muerte.

—Y además…

No concluyó la frase. Con gestos pausados, se enjugó la sangre de las encías y observó las manchas en el pañuelo. Se había acostumbrado a hacerlo cuando no se encontraba a gusto. Avelina se lo afeó con la mirada.

—Y además, ¿qué?

—Y además, maricón —añadió él.

—¡Matías, por favor! —La mujer fingió escandalizarse mientras hurgaba en el bolso en busca de las invitaciones.

En el patio de butacas no quedaba una sola localidad libre. En cambio, bastantes de los palcos estaban medio vacíos. Solo los más cercanos al escenario, los de las autoridades y la gente de postín, estaban plenamente ocupados. A Avelina le gustaba llegar pronto a esa clase de actos para ver caras conocidas. Acercó los labios al oído de su marido e hizo un gesto hacia el segundo piso: —Mira quiénes están ahí: Pemán, Luca de Tena, Arniches… Es él, ¿no? Carlos Arniches, el de los sainetes. ¡Qué viejito está! Y allí mira: Fernando Díaz de Mendoza, María Guerrero… El de al lado debe de ser su

hermano, el aviador. Un héroe de guerra.

Revilla asentía con desgana. De golpe reconoció en otro de los palcos el perfil aguileño del director general de Propaganda, Dionisio Ridruejo, y se incorporó en el asiento como movido por un resorte. Se mantuvo alerta, como un perro cazador, hasta que consiguió atraer la atención del mandamás, que acabó mirándole. Revilla no dejó escapar la ocasión y le envió un gesto de salutación, que fue correspondido con una inclinación de cabeza.

—¿Has visto? —Orgulloso, se volvió hacia su mujer—. Es Dionisio. Me ha saludado.

Sonaron varios timbrazos prolongados, se atenuaron las luces del patio y lentamente se alzó el telón. En el escenario no había más que una mesita alta, con un atril, un vaso de agua y una rosa en un jarroncito de cristal. Se oyeron toses y carraspeos procedentes de los puntos más alejados. Pasado un minuto, la enjuta figura del insigne escritor salió de entre las bambalinas y se dirigió al atril. Era un anciano bajito, de aspecto atildado, que caminaba como si a cada paso tuviera que hacer un gran esfuerzo por despegar del suelo las suelas de los zapatos. El público lo recibió con aplausos. Situado en el centro del escenario, el reflejo de los focos se multiplicó en su calva brillante. Con voz atiplada anunció su intención de pronunciar un pequeño discurso antes de dar lectura a su última obra.

—Algún día referiré cuanto he presenciado en Valencia y Barcelona. Hoy todavía la indignación se sobrepone a todo. No quiero escribir de todo ello sin haberme limpiado de odios y rencores y recuperado la serenidad. Pero sí os diré que mi persona interesaba más viva que muerta, para propaganda. Estuve detenido en Barcelona, dormí seis o siete noches en el suelo, comparecí ante una checa que me dejó en libertad en atención a mis años…

Los Revilla intercambiaron un gesto dolorido de escepticismo: ¿qué eran aquellas penalidades al lado de la pérdida de un hijo? El orador, cada vez más exaltado, prosiguió: —¡Ideas! En la España roja se trataba de todo menos de ideas. ¿Qué les importaban a ellos las ideas? ¿Socialismo? ¿Comunismo? ¿Qué sabían ellos de eso? Eran los hombres los que importaban. Eran los directores de una masa ciega, que arrastraba unas veces y otras era arrastrada, sin otra aspiración que la material codicia de poseer con el más desenfrenado egoísmo. Cuando alguien se ha atrevido a reprocharme ¿pero usted era rojo?, solo he contestado: pues si yo hubiera sido rojo, mi indignación sería mayor al ver de ese modo deshonradas y envilecidas mis ideas…

Continuó así unos minutos más. Luego, tras una larga pausa dramática, hinchó el pecho y adoptó una apostura marcial para hacer

el saludo romano y concluir con un ardoroso ¡arriba España! que los asistentes, puestos en pie y con el brazo en alto, corearon unánimemente. Revilla observaba de reojo a Ridruejo y solo se decidió a bajar el brazo cuando le vio hacerlo a él. Benavente se pasó un pañuelo por la frente sudorosa, se aclaró la garganta y empezó a leer:
—«*Aves y pájaros* , obra de carácter simbólico dividida en dos prólogos y cuatro cuadros…»

La casa de huéspedes estaba en plena avenida de José Antonio, cerca de la Red de San Luis. La habitación, sin ser buena, era ventilada y luminosa. Por las mañanas entraban unos rayos de sol que caían de refilón sobre la cama, trepaban despacio por el empapelado de la pared y desaparecían de golpe hasta el día siguiente. Sentado en ropa interior en el borde del colchón, Aníbal Ruiz, con gestos de zahorí, hacía oscilar ante sus ojos el reloj de bolsillo. Cuando los rayos incidían de lleno sobre la plata de la carcasa, un centelleo sutil bailoteaba por las paredes y los muebles. Aníbal, aburrido, lo perseguía con la mirada por la madera oscura del armario. Desde el pasillo llegó la voz de doña Matilde: —Preguntan por usted.

—¿Quién?

—Un buen amigo, ha dicho.

—¿Qué demonios…? —masculló él—. Dígale que ya voy.

Se puso los pantalones y el albornoz. En el salón, observando el tráfico de la calle a través de los visillos, esperaba un hombre corpulento con un puro a medio fumar entre los dedos. Aníbal tardó en reconocer a Revilla porque era la primera vez que lo veía sin uniforme. De la cocina llegaban voces femeninas mezcladas con música de la radio. Revilla no se molestó en saludar. Hizo una seña hacia el templete *art déco* de la calle Montera, que la gente abandonaba apresuradamente en dirección al tranvía.

—Al salir del metro se me ha ocurrido subir en el ascensor. Y he tenido que pagar. ¿Qué le parece? Una perra chica. Ya sé que no es mucho, pero no están los tiempos para ir tirando el dinero.

Comprobó que el puro se le había apagado, encendió una cerilla y dio un par de fuertes caladas. Aníbal se mantenía a la expectativa. Revilla sacudió la cabeza y pasó a hablarle de tú.

—No pensarías que me ibas a engañar, ¿no? Comprenderás que, estando donde estoy, las he visto de todos los colores. —Sonrió—. ¡Esas lagrimitas…!

El otro reaccionó con estupor:

—¡No tiene usted derecho a hablarme así!

—Reconozco que la interpretación no fue mala. ¡Qué gran actor! ¡El nuevo Julián Romea!

Aníbal se llevó la mano al bolsillo y sacó el reloj, que tendió al otro con aire de dignidad ofendida.

—Tome. Quédeselo. Si es por esto…

Revilla no se movió.

—¿Pero no tenía tanto valor sentimental? «El reloj del abuelo Leocadio, en el que aprendí a leer las horas…» Ya te digo que la actuación fue buena. ¡A mi mujer lograste conmoverla! Es una bendita, siempre preocupándose por los demás… Ayer mismo volvió a preguntarme por ti.

—¿Qué es lo que quiere?

Revilla caminó hasta el tresillo, se sentó en el sofá y echó un vistazo a su alrededor. Las paredes estaban decoradas con escenas de caza y paisajes. Estratégicamente colocada, una vitrina con abanicos de nácar trataba de ocultar cercos y manchas de antiguas humedades en el empapelado. Aníbal insistió: —¿Qué quiere? Son viejos recuerdos de familia, créame. Pero reconozco que no puedo demostrarlo. Sería injusto que tuviera que devolverlos.

—¿Devolverlos a quién? Nadie más los ha reclamado. Pero eso no quiere decir que sean tuyos. Simplemente quiere decir que no tienen dueño. Me picó la curiosidad y busqué tu nombre en las listas de la comisión. Y ahí estabas: Aníbal Ruiz Flores. Un lote de muebles en septiembre…

—Eran de mi familia.

—Y otro de vajilla y cubertería en octubre. De tu familia, supongo. Y otro de lámparas en diciembre… También de tu familia, lo sé. La ciudad entera, ¿qué digo yo?, ¡España entera era de tu familia! Solo que no puedes demostrarlo. Claro. Como los rojos te lo quitaron todo…

—Igual que yo no puedo demostrarlo, nadie puede demostrar lo contrario.

—¿Te he dicho que tengo un amigo comisario que me ha hablado de ti? Me ha contado que antes de la guerra conseguiste vender a diferentes compradores un terreno que ni siquiera era tuyo. También me ha dicho que te hacías pasar por policía y recaudabas donativos para el Montepío. Y que luego hiciste algo parecido disfrazado de sacerdote. ¡Disfrazado de sacerdote! Ibas a los sitios pidiendo dinero para reconstruir tu parroquia, que habían destruido unos hombres sin conciencia… ¡Menudo pájaro estás hecho!

Sopló en la punta del puro para reavivarlo e indicó una butaca. Aníbal se sentó. Aunque no había nadie más en el salón, Revilla bajó

la voz.

—¿Qué hiciste con esos muebles y esas lámparas?

En vez de responder, Aníbal estudió su rostro con detenimiento.

—¿Me está proponiendo —dijo por fin— que trabajemos juntos?

—¿Quién te crees que eres? En todo caso, trabajarías para mí. —Dejó pasar unos segundos antes de añadir—: ¿Me vas a contestar?

—Tengo clientes. Buenos clientes. Anticuarios. Gente así.

—¿Qué anticuarios?

Aníbal torció el gesto.

—Ya veo. No te fías. Pues tendrás que fiarte.

Por el pasillo apareció doña Matilde secándose las manos en el delantal. Era una mujer bajita y redonda, con aspecto de viuda reciente.

—Lo tiene usted todo muy bien arreglado —dijo Revilla, adulador.

—Se me ha quedado una habitación libre. Si supiera usted de alguien…

El otro se levantó y dijo a modo de despedida:

—Una casa tan bonita y un sitio como este. Huéspedes no le van a faltar.

Llamaban galerías a los diferentes pisos del antiguo colegio. La primera era la galería provisional, en la que estaban los condenados a muerte. A Bernabé lo habían metido en la cuarta. Nada más llegar, para despiojarlo, le habían afeitado hasta el último pelo del cuerpo. Cuando por fin le autorizaron a recibir visitas, un fino tapete de color castaño le cubría ya el cráneo. El aula que se usaba como locutorio estaba presidida por un enorme crucifijo y el lema del Servicio Nacional de Prisiones: LA DISCIPLINA DE UN CUARTEL, LA SERIEDAD DE UN BANCO, LA CARIDAD DE UN CONVENTO . En las otras paredes había otros lemas: TODO SE PUEDE PERDER MENOS EL ORGULLO DE SER ESPAÑOLES . La estancia estaba dividida en dos mitades por un enrejado que llegaba hasta el techo. En el lado de los familiares esperaban más de cincuenta personas, algunas de ellas apretujadas contra la pared, otras sentadas en unos bancos corridos. Los presos llegaban esposados de dos en dos y el funcionario nunca tenía prisa en soltarlos. Ansiosos, Eloy y Cristina se incorporaron en el banco y saludaron a su hermano. Cuando él trató de corresponderles, la mano del otro preso colgó flácida junto a la suya.

—¡Familiares de Bernabé Donoso! —gritó el funcionario.

Corrieron a sentarse en el primer banco. Entre este y los barrotes

había un estrecho pasillo por el que deambulaban los funcionarios encargados de revisar los paquetes. La distancia, sin ser excesiva, bastaba para obligar a todos a hablar a gritos. El vocerío era considerable.

—¡Qué flaco estás! —Cristina trató de parecer alegre.

—¿Qué dices? —dijo Bernabé.

—¡Que qué flaco estás!

—¡Y tú qué guapa! ¿Cómo está la madre? ¿Se levanta de la cama?

Eloy negó con la cabeza.

—¿Pero se sabe ya qué tiene?

—¿Qué va a tener? —dijeron a la vez los otros dos, y Cristina añadió—: Tristeza. Eso es lo que tiene.

—¿Le llegó mi carta?

—Se la leemos de vez en cuando. Es lo único que la consuela: saber que estás bien. ¡Qué más querría ella que poder venir a verte!

—Contadme algo alegre. Dadme buenas noticias.

—Ya tengo el diploma de corte y confección —dijo Cristina—. Y me han hablado de un taller de costura de Arganzuela en el que buscan chicas…

—¿Eso son buenas noticias? —bromeó Bernabé, y Eloy preguntó:

—¿Qué tal en la celda? ¿Sois muchos?

—Salimos a cuatro baldosas por cabeza. Pero no me quejo. En San Miguel salíamos a dos.

—¿Y la comida?

—¿Comida, dices? —Hizo el gesto de ir a vomitar—. ¡Bazofia!

Bernabé era como Eloy pero en alto y en huesudo: la misma mirada franca, la misma boca grande que parecía hecha solo para reír. Llevaba puesto un mono que apenas si lo protegía del frío. Cristina le señaló el hombro.

—Enséñame eso.

—Ya veo —se burló el hermano mayor, desabrochándose los botones de arriba—. Ahora tú haces de madre. Una madrecita de dieciocho años.

—¡Dios santo! Lo tienes en carne viva. ¡No se te ocurra rascarte!

Desde el cuello le bajaba un sarpullido que cubría por completo la parte del pecho que quedaba a la vista. Cristina rebuscó en su cesta de mimbre, llena de pequeños paquetes protegidos con trapos y papel de periódico. Sacó un frasquito y trató de captar la atención de algún funcionario. Bernabé, mientras tanto, echó un vistazo a los otros envoltorios.

—¿Castañas?

—Estaban en un jardín abandonado. Había a montones, todas por

el suelo. Solo teníamos que agacharnos a cogerlas. De todas formas se iban a pudrir —se justificó Eloy—. Aún nos queda un saco.

—¡Me encantan!

—La próxima vez te traeremos tabaco. De la tarjeta de fumador. Como no fumamos…

—¿Por qué no lo revendéis o lo cambiáis?

—También tú puedes cambiarlo ahí dentro.

El funcionario, que llevaba un vergajo colgado del cinturón, metió la mano entre los distintos bultos para ver si había algo escondido. Luego cogió la hogaza de pan y la partió por la mitad: tampoco entre la miga se ocultaba nada. Finalmente leyó la etiqueta del frasco: —ANTISÁRNICO MARTÍ .

Lo miró al trasluz, le quitó el tapón y olisqueó su contenido. Con una especie de gruñido autorizó la entrega. Cristina fue pasando las cosas a través de las rejas: la botella de linimento, los atadijos de ropa, los paquetes de comida. Pasó asimismo una tela de cuadros para que su hermano hiciera un hatillo con todo. El funcionario volvió a gruñir y les dio la espalda. El trasiego en el locutorio era constante, con presos que entraban y salían y familiares que cambiaban de banco o se marchaban. Entre los recién llegados siempre había mujeres jóvenes con niños pequeños que no paraban de berrear. Eloy bajó la voz: —¿Se sabe ya la fecha?

—Ni idea. Lo mismo nos juzgan mañana que dentro de un año. Lo que es seguro es que nos pedirán la pena de muerte. Y a todos estos también… —Bernabé hizo una seña hacia los otros presos—. ¿Cuántos morirán fusilados?

—¿Pero por qué? —protestó Cristina con voz trémula—. ¡Tú no has hecho nada!

—¡Hijos de…! —murmuró Eloy.

Hablaban los tres en el tono cauteloso de los conspiradores. Cristina se acercó temerariamente a los barrotes para decir con expresión anhelante: —Eloy tiene un plan.

—¿Un plan?

—Para sacarte de aquí.

Ahora el que se aproximó demasiado fue Eloy, que dijo:

—Sé de una mujer que ha conseguido sacar a su hijo. Su contacto es un abogado. Un funcionario de confianza hace desaparecer el expediente judicial y el abogado acude a la junta clasificadora. Como no hay ninguna acusación, la junta está obligada a poner al preso en libertad. El hijo de esa mujer ya está en la calle.

—¿No será una estafa? —le interrumpió su hermano.

—¿No te digo que ese chico está en la calle? Se llama Pablo. Y

como él hay otros que…

—Aunque no sea una estafa. Querrán dinero. Mucho dinero. ¿Cuánto pagó esa mujer?

—Diez mil pesetas. —Eloy bajó la cabeza.

—Diez mil pesetas. Yo no tengo diez mil pesetas. ¿Tú tienes diez mil pesetas?

—Podríamos pedir prestado.

—¿A quién? No conocemos a nadie que tenga diez mil pesetas.

Con la excitación se habían desentendido de los vigilantes y casi se tocaban las manos a través del enrejado. El funcionario del vergajo golpeó los barrotes, gritando: —¡Distancia! ¡Distancia!

Esperaron a que se diera la vuelta y reanudaron el diálogo.

—¿Cómo se llama ese abogado? —dijo Bernabé, muy serio—. ¿Y el funcionario?

—Es secreto. Comprenderás que…

—Y la mujer. ¿Tampoco sabes cómo se llama la mujer?

—María Luisa.

—¿María Luisa qué?

Eloy, ruborizándose, solo supo decir:

—Todo se arreglará.

—¡Claro que sí! —Cristina apoyó la cabeza en su hombro y trató de animarle—. Es dinero. Solo eso. De algún sitio lo sacaremos.

Bernabé volvió a bromear:

—¿Y tú, hermanita, ya tienes novio? A ver con quién andas. Como se te ocurra ir con alguno que no esté a tu altura, me escapo y… —Puso las manos en forma de garras—. Y le retuerzo el pescuezo. Como lo oyes: ¡le retuerzo el pescuezo!

Ella hizo un gesto de coquetería y se echó a reír.

—¡Pues si así conseguimos que salgas de aquí…!

—¡Parece un palacio! —exclamó Cristina, mirando la fachada de la estación.

—A ti cualquier cosa te parece un palacio —se burló Eloy, que había hecho ese viaje varias veces.

Llevaban sendas maletas. Aparte de ellos, solo una familia había bajado en Aranjuez. El jefe de estación hizo sonar su silbato y el tren arrancó entre nubes de humo negro. Pegados a los andenes, en el lado de la sombra, quedaban pequeños montones de nieve sucia. Cristina estornudó varias veces seguidas.

—Eso es la carbonilla —dijo él, haciendo el gesto de sacudirle el polvo.

Cruzaron el vestíbulo, salieron a la explanada delantera y se volvieron a mirar el reloj de la torre, detenido en las seis menos cuarto, y la crestería de piedra que coronaba el edificio.

—Más que un palacio, parece un castillo. —Cristina volvió a estornudar—. Pero un castillo de cuento de hadas.

—Vamos.

Echaron a andar hacia el cruce con la carretera. Ella observó que la cojera de su hermano se acentuaba cuando caminaba sobre adoquines. Luego se detuvo a mirar con arrobo los altos álamos que flanqueaban la calzada.

—Aquí veraneaban los reyes —explicó él—. ¿Por qué te crees que es todo tan bonito?

—Podríamos ir a ver el Tajo. Nunca he visto un río como Dios manda.

—¿No te basta con el Manzanares?

Rieron los dos. Al cabo de unos minutos vieron aparecer la tartana. El tío Germán, como todos en su familia paterna, era un hombre de pocas palabras.

—¿Había Guardia Civil? —dijo a modo de saludo.

—No hemos visto.

—Después habrá.

Subieron a la carreta y, con las maletas sobre los muslos, se hicieron sitio en la caja, junto a cepillos, rejillas y otros utensilios de apicultor. Cristina miró con curiosidad un raro bidón metálico atornillado a un fuelle como de acordeón.

—Es el ahumador —dijo Eloy—. Si les echas humo a las abejas, se tranquilizan y no pican. ¿Verdad, tío?

—Verdad.

El pequeño caserío estaba en una zona algo apartada que se llamaba Infantas. Los ladridos de los perros anunciaron su llegada en cuanto asomaron por la curva del camino. Embutida en sayas y refajos y sujetándose la toquilla a la altura del cuello, la tía Antonia salió a recibirles. Sabiendo del hambre que se pasaba en Madrid, siempre saludaba a su sobrino diciendo: —¡He preparado un pequeño almuerzo!

El interior de la casa estaba en penumbra y olía a gallinero y a sarmiento quemado. Una lámina con la imagen de Pío XII impartiendo la bendición desde la silla gestatoria constituía toda la decoración. Sobre la mesa había platos con queso, cecina, embutido de jabalí y rebanadas de pan. Hablaron del frío que hacía. Nadie recordaba un invierno como aquel.

—¿Sabíais que en la Casa de Fieras había un oso polar? Pues ya

no está. Murió hace unos días. De frío.

Eloy pensaba que sus tíos reaccionarían de algún modo, pero se mantuvieron imperturbables, escrutándole nada más.

—¡Uno oso polar muerto de frío! —Cristina acudió en su ayuda—. Te lo has inventado.

—Claro —mintió—. Me lo he inventado.

Entonces sí que se rieron. Para celebrar la ocurrencia, el tío sacó una botella de vino peleón y llenó solo dos vasos: uno para él y el otro para su sobrino. A través de la ventana, a un centenar de metros, se veían las colmenas. Eran tres filas y, con sus paredes de madera y sus tejadillos, formaban una pequeña ciudad de casitas de juguete. Eloy trataba de animar al tío Germán, que no parecía muy convencido: —De este modo sacarás más dinero. Ya verás cuando hagamos cuentas.

—¿Y Florencio? Lleva comprándome toda la producción desde antes de la República.

—Dile que tus abejas se han vuelto perezosas.

Permanecieron un rato en silencio, hasta que el tío dijo:

—Os vais ya. Cuanto más tarde, peor.

La miel, metida en tinajas de diferentes tamaños, estaba en el cobertizo que usaban como almacén. En cada maleta cabían cuatro tinajas de las medianas. Cristina cogió su maleta, que estaba a punto de reventar, y la levantó con una mueca de esfuerzo.

—¡Cómo pesa! ¿Resistirá?

Lo cargaron todo en la tartana y montaron. Los perros los despidieron igual que los habían acogido, con fuertes ladridos. Cuando ya estaban llegando a la estación, Eloy pidió a su tío que siguiera hasta el río. Dejaron el carro en una pradera cercana y se asomaron a un pequeño barranco que había junto al puente del ferrocarril. Debido a las nevadas de los últimos días, el Tajo bajaba con fuerza, levantando grandes olas de espuma y arrastrando ramas que tropezaban con la vegetación de la orilla. Cristina lo miraba con expresión seria.

—Si me metiera en una barquita y me dejara llevar por la corriente…

—¿Ya estás pensando en escapar? —bromeó su hermano.

—¿Dónde terminaría?

—En Portugal, supongo. En Lisboa.

—A veces pienso que no estamos viviendo la vida que nos corresponde. Que esa vida no está donde tiene que estar sino en otro sitio. Quién sabe. Tal vez en Portugal.

El tío, que no les escuchaba, dijo:

—Si os cogen, ni se os ocurra decir mi nombre.

Se entretuvieron tanto que acabaron teniendo que apresurarse para no perder el tren. En un extremo del andén estaba la pareja de la Guardia Civil, con sus máuseres y sus capotes gastados, que se mimetizaban con el entorno. El tío no pudo reprimir un gesto de alivio al ver que, tras llevar a cabo una somera inspección del tren a través de las ventanillas, permanecían en la estación. El vagón de tercera iba atestado de gente. Eloy y Cristina tuvieron que cruzarlo entero hasta encontrar dos sitios libres. Mientras recorrían el pasillo, intercambiaban discretas miradas en dirección a escondrijos en los que se adivinaba el bulto de un saco o un paquete. Los había en todos los rincones imaginables. En cuanto se sentaron, Eloy se inclinó hacia su hermana.

—¿Has visto?

Al menos la mitad de los viajeros eran estraperlistas. Ahora ella señaló a una mujer sentada al otro lado del pasillo. Mostraba una expresión de total ensimismamiento y movía los labios como quienes rezan el rosario. Sus largas sayas oscuras tapaban los bajos del asiento. No hacía falta ser un lince para imaginar que también allí se ocultaban paquetes de comida. Algo más allá, otra mujer cambió momentáneamente de posición y dejó a la vista una tosca jaula de madera llena de gallinas.

—¿Y si nos cogen? —susurró Cristina.

—¿Por qué a nosotros? Con toda la gente que hay. ¡Mala suerte sería!

El tren paraba en todos los pueblos, y en todos subía gente con fardos. Durante los minutos que estuvo detenido en Seseña, Cristina mantuvo la cara pegada al cristal para asegurarse de que no subía nadie con pinta de policía. Volvió a hacerlo en Ciempozuelos y en Valdemoro, cuya estación estaba medio en ruinas. Eloy hizo un gesto de suficiencia. Cristina levantó la barbilla con chulería.

—¿Qué? —dijo.

—Nada. Que si te ha gustado la cecina.

—Qué rica estaba.

—Está claro: en los pueblos se vive mejor. Si tienes un campito y unas gallinas…

—¿Con esto sacaremos las diez mil pesetas?

Eloy negó con la cabeza.

—Por algo se empieza.

Habían hecho ya la mitad del camino. Cristina, más tranquila, trató de distraerse mirando el paisaje, árido, ceniciento, enmarcado por suaves montañas desprovistas de vegetación. Pasado Pinto, proliferaban las fábricas alineadas junto a la vía. Más allá, en el lado

de la carretera, se sucedían pequeñas colonias de casitas modestas, muchas de ellas con huerto y corral en la parte trasera. Estaban en esa franja intermedia en la que el campo ha dejado de ser campo pero todavía no es del todo ciudad. El tren redujo la velocidad para atravesar una zona de curvas y, de pronto, se desató un intenso trajín en el interior del vagón. Los pasajeros se agolpaban junto a las ventanillas de un lado, que alguien acababa de abrir, y por todas partes afloraban fardos y envoltorios. Eloy y Cristina se miraron sin comprender. En algún momento dio la sensación de que el tren, con un traqueteo extenuado, iba a parar del todo. No fue así, pero durante un buen rato avanzó muy despacio, a paso de caminante. Entretanto se habían hecho audibles voces de chiquillería y los estraperlistas se apresuraban a descolgar bultos fuera de la ventanilla. Los dos hermanos lo miraban todo boquiabiertos: los paquetes rodando por el terraplén, unos chavales que corrían a atraparlos, otros que los escondían entre los cañaverales… Asomando medio cuerpo fuera del vagón, un hombre con una gorra a cuadros parecía supervisar la operación. En poco más de un minuto esta se había completado y, como si el maquinista hubiera recibido alguna señal, el tren recuperó la velocidad habitual. Los viajeros regresaron a sus asientos. El hombre de la gorra a cuadros se detuvo junto a las dos maletas, que seguían en mitad del pasillo.

—¿Y esto? —dijo, pero lo dijo casi con cariño, como un padre tolerante a un hijo tarambana.

Eloy se encogió de hombros y, en vez de contestar, hizo una seña hacia el exterior.

—¿Cómo hacen después?

El otro, que tenía el ojo izquierdo velado por una telilla gris, se volvió hacia la ventanilla e indicó un poblado de casetas más allá de los primeros sembrados.

—Dígame cuándo va a viajar y procuro arreglarlo —dijo.

—¿Y la policía?

—Por estos barrios la policía no asoma.

Tras pensárselo un instante, Eloy torció la cabeza.

—La mercancía que llevamos es frágil —dijo.

El hombre hizo un gesto de indiferencia y siguió su camino.

—Has hecho bien en no fiarte —susurró Cristina.

Poco después el convoy entraba en la estación, que todavía muchos llamaban del Mediodía. En cuanto pusieron el pie en el andén, tuvieron la sensación de estar llamando la atención. Eran escasos los viajeros que cargaban con tanto equipaje, y el suyo, tan pesado, les obligaba a pararse cada pocos metros a recuperar fuerzas. La gente

avanzaba con premura, esquivándolos. Ellos se miraron con expresión de apuro.

—¿Qué hacemos? —dijo Cristina.

—Ya no podemos echarnos atrás.

—Por lo menos déjame descansar.

Eloy, malhumorado, agarró las dos maletas y echó a andar. Pero el ímpetu le duró apenas un minuto. Llegó hasta el final de la vía y allí se detuvo. De algún lugar salió el hombre de la gorra a cuadros, que señaló a dos individuos con pinta de policías que fumaban junto a la salida.

—Son del control de Abastos —dijo—. Y fuera puede haber más. ¿Lleváis la guía?

—¿Qué es eso? —dijo Eloy.

—La documentación de la mercancía. Que si la tenéis en regla. —Y, como no decían nada, añadió—: Pues ya sabéis lo que os espera.

—¿Qué?

—Primero, el decomiso. Luego, el acta, el juicio, la sanción, quién sabe si la cárcel.

—¿Qué hacemos? —volvió a decir Cristina, pero ahora dirigiéndose a él.

El hombre señaló el último andén.

—Al final de todo están los talleres. Preguntad por Rufo. Decidle solo que vais de parte del Tuerto. Él os saca la mercancía por la puerta de talleres. Vosotros dad toda la vuelta y recogedla fuera.

Hicieron lo que les dijo. El tal Rufo, apoyado en la pared, liaba un cigarrillo. Cuando le mencionaron al Tuerto, miró a uno y otro lado con aire furtivo, como quien teme que le estén vigilando. Luego hizo una seña en dirección a la calle Méndez Álvaro y añadió en tono misterioso: —Un cuarto de hora.

Dejaron las maletas y, ahora sin prisas, recorrieron nuevamente el andén. Buscaron al Tuerto en el vestíbulo pero no se le veía por ningún lado. Y, lo más sospechoso de todo, tampoco se veía Policía Armada ni Guardia Civil. Eloy se volvió hacia los hombres con pinta de policías, que en ese instante apagaban sus cigarrillos y se despedían con un abrazo. De repente no parecían policías.

—¡Ay, Dios! —murmuró, consternado.

—¿Qué ocurre?

—¡Hijos de puta!

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué pasa, Eloy?

—¡Hijos de puta, hijos de puta…! ¡Nos han engañado!

La cola llegaba hasta la calle de Atocha ramificándose en todas las transversales, lo que quería decir que no había una sino diez o doce colas, que abarrotaban los alrededores de la iglesia. Del servicio de orden se ocupaban los padres capuchinos y los cofrades de la Esclavitud del Nazareno, que estaban desbordados. Sus esfuerzos por mantener despejada una parte de la calzada eran inútiles. La muchedumbre, como un gigantesco fluido, ocupaba los huecos en el instante mismo en que quedaban libres. La única manera de reducir las aglomeraciones consistía en regular el acceso desde las primeras calles, donde varias unidades de policía a caballo trataban de establecer unas líneas de seguridad. Aun así, una vez dentro del perímetro, resultaba imposible dar un paso. Había mujeres con cirios en las manos que, en cumplimiento de algún voto, caminaban descalzas. También había hombres que al menos el último tramo lo hacían de rodillas. Algunas de esas personas llevaban allí desde la tarde anterior y habían pasado la noche al raso. La multitud avanzaba muy despacio porque quienes después de tantas penalidades lograban acceder al Cristo no se daban ninguna prisa en besarle los pies y pedirle los tres dones.

La extraordinaria afluencia de peregrinos estaba más que justificada. Durante la guerra, para protegerla de los bombardeos, la preciada figura se había sacado de Madrid, y la tradicional adoración del primer viernes del mes de marzo había tardado cuatro años en reanudarse. Por eso había más gente que nunca y se respiraba ese ambiente de fervor y exaltación. Tras muchos forcejeos y una paciente espera, Basilio había conseguido situarse en una esquina de la calle Cervantes. Desde allí, rodeado de hombres con brazalete negro y mujeres con mantilla, vigilaba la salida de los fieles por una de las puertas laterales del templo. Otra de esas puertas estaba reservada a las autoridades, que no podían pasar con los coches oficiales y accedían a pie desde el paseo del Prado. En la última hora, Basilio había visto a varios gerifaltes del régimen entrar en la iglesia. Había reconocido a dos generales y varios ministros. A uno de ellos, el de Hacienda, José Larraz, lo había tenido de alumno veinte años atrás. Pero el que le interesaba era el de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, que había entrado con su pequeño séquito diez minutos antes. Mientras esperaba a que salieran, pasaron unas monjitas vendiendo escapularios. Eran grandes, cuadrados, con una cruz bordada en rojo y azul y una rudimentaria reproducción del Cristo. A su alrededor todos compraban. También él lo hizo. Se lo colgó del cuello y siguió esperando. Pasados otros diez minutos, reapareció por fin la delegación del ministerio. Un sacerdote con bonete y dalmática

terminaba de hacerles los honores cuando Basilio, con mansedumbre, se abrió camino entre la gente.

—¡Ballesteros! ¡Juan Manuel!

El aludido, al verle, no pudo reprimir un gesto de fastidio. El grupito caminaba ya hacia el paseo, y Basilio tuvo la habilidad de mezclarse con ellos sin suscitar recelos. El ministro le dedicó a través de sus gafas redondas una mirada fugaz y somera, sin acabar de reparar en él.

—¡Ballesteros! —volvió a decir.

Ahora el otro no tuvo más remedio que detenerse. Basilio se llevó la mano al bolsillo, sacó un papel y lo desdobló con dedos temblorosos. Era la página del *Boletín Oficial del Estado* con la orden por la que se le suspendía de empleo y sueldo durante dos años.

—¿Pero tú lo has visto? ¡Dos años! ¿Qué hago yo estos dos años? ¿De qué vivo mientras tanto? ¡Tiene que ser un error! ¡Dime que se han equivocado!

Ballesteros, incómodo, hizo una seña hacia los otros, que seguían su camino.

—Comprenderás que no es el momento. Pero seguro que todavía estamos a tiempo de hacer algo. A lo mejor si consigues el aval de alguien influyente… Pásate el lunes por mi despacho y hablamos.

—Estuve ayer. Y anteayer. Y no estabas. —Un matiz de resentimiento tiñó la voz de Basilio—. O eso me dijeron.

—Piensa que te has librado de algo peor… —Le cogió el papel y señaló otra de las órdenes—. «Separación definitiva del servicio, con pérdida de todos sus derechos…» Lo tuyo son dos años. Lo de estos…

—Aún tendría que estar contento, según tú. Me echan de mi plaza, pierdo cualquier posibilidad de promoción en la universidad, me despido de mi sueño de llegar a catedrático… Me convierto en un apestado ¿y todavía debería dar las gracias?

—No te estoy diciendo eso. Te estoy diciendo que… —Inclinó un poco la frente y adoptó un tono paternal, como si se dispusiera a reñirle—. He oído decir que han encontrado tu firma en ciertos manifiestos…

Basilio tardó en reaccionar.

—¿Qué manifiestos?

—Manifiestos republicanos.

—¿Republicanos?

—Del Ateneo.

—¡No eran manifiestos! ¡Eran homenajes! ¡Homenajes a juristas, científicos, pensadores…! ¡Que alguno de ellos fuera republicano no tiene nada que ver! En esos homenajes participaba muchísima gente.

—De repente, se le iluminaron los ojos—. A no ser que te refieras a lo de Marañón, cuando le pusieron aquella multa y lo metieron en la cárcel por la Sanjuanada… Fue en la época de Primo, en el 26. Eso sí era un manifiesto. Y firmé, claro que firmé. Todo el mundo firmó. También tú. ¿No te acuerdas?

—¿Me estás acusando de algo? —Cualquier atisbo de cordialidad o calidez se esfumó de golpe—. Si tienes algo que denunciar, acude a la Comisión Depuradora. Para eso está. Y es tu deber como español.

Basilio, acobardado, se apresuró a decir:

—No es eso, Juan Manuel, no es eso… No me entiendas mal.

Ballesteros se volvió hacia el grupo del ministro, que no se había detenido a esperarlo.

—¿Y tú no podrías avalarme? —preguntó el otro.

—¡Pero qué cosas estás diciendo! ¡Sería una irregularidad! —Soltó un bufido que pretendía ser una risita—. Bueno, te dejo. Veremos lo que se puede hacer. —Y se apresuró a reunirse con los suyos.

Inmóvil en mitad de la calzada, Basilio no sabía muy bien hacia dónde tirar. Los transeúntes tropezaban con él y lo observaban como a un estorbo: ¡a quién se le ocurre estar ahí! Al igual que los niños cuando quieren volverse invisibles, cerró con fuerza los ojos. Oía un rumor denso hecho de voces indistintas, tañido de campanas, sirenas de ambulancia. Notó que el aire le empezaba a faltar. Dando boqueadas, consiguió abrirse camino hasta una pared cercana. Se apoyó sobre el hombro derecho y se aflojó el nudo de la corbata. Poco a poco empezó a recuperar el aliento. Lo primero era salir de allí, apartarse de la multitud. Echó a andar y, sin saber muy bien cómo, logró llegar a la plaza de las Cortes. Mientras buscaba un banco en el que sentarse, oyó que alguien le llamaba.

—¡Basilio! ¿Es usted?

Era doña Eulalia, la de la Adoración Nocturna. Llevaba un bastón e iba del brazo de un curita con cara de búho, vestido con sotana, manteo y teja. Basilio, aunque no estaba para muchas cortesías, saludó con una inclinación de cabeza. La anciana, que exhibía un escapulario idéntico al suyo, estaba radiante. Sostuvo en alto una estampa con la efigie del Nazareno irguiéndose sobre el monumento al Sagrado Corazón, en el Cerro de los Ángeles.

—¿Ha visto usted qué hermosura? Tengo varias. Le voy a dar una. —Rebuscó en su bolso hasta encontrarla—. Yo las guardo todas. Y las reparto por la casa para tener siempre alguna a la vista. Ver a todas horas la imagen del Altísimo me hace sentirlo más próximo, más…, ¿cómo decirlo?, más mío. Y eso es todo un privilegio, ¿no cree? Como

poder besarle los pies al Cristo. ¿Sabe lo que haría si no hubiera tanto gentío? Me pondría una y otra vez en la cola y le besaría los pies tantas veces como pudiera. ¡Qué sensación de éxtasis, de bienestar espiritual, de elevación mística…! ¿Usted no siente lo mismo?

Basilio hizo un gesto fatigado de asentimiento. La otra, por primera vez, lo observó con atención.

—¿Se encuentra bien? No tiene muy buen aspecto.

—Estoy algo cansado. Solo es eso.

Tras sopesar sus palabras, doña Eulalia señaló con el bastón hacia algún lugar indeterminado.

—Un poco de paseo y algo de conversación le sentarán bien. Vamos en la misma dirección —dijo y, sin darle tiempo a responder, exclamó melindrosa—: ¡Pero si aún no he hecho las presentaciones!

A él lo presentó como profesor de Derecho Romano (era de Historia del Derecho) y a su hijo, Paulino, como doctor en Teología y canónigo lectoral. Mientras cruzaban hacia Marqués de Cubas, adoptó una actitud confidencial para explicar: —Para que se aclare, es el teólogo titular de la diócesis. ¿A quién se cree que recurre monseñor ante cualquier asunto de doctrina? Y cuando digo monseñor me refiero a monseñor Eijo, el obispo. No es porque sea mi hijo, pero todos le auguran un gran porvenir en la curia. ¿Se acuerda de la misa de las Salesas, al día siguiente del Desfile de la Victoria?

—¡Madre, haga el favor! —la interrumpió Paulino con modestia.

Ella, ufana, lo ignoró.

—¿Se acuerda o no?

Se refería a una magna ceremonia religiosa celebrada diez meses antes, en la que una veintena de obispos y arzobispos habían homenajeado al Caudillo, héroe providencial y gran defensor de la cristiandad. Para realzar la significación histórica del momento se habían expuesto el arca con las reliquias de Don Pelayo, el pendón de las Navas de Tolosa capturado a los moros, la lámpara votiva del Gran Capitán, la linterna del barco capitaneado por Juan de Austria en Lepanto… Basilio hizo el gesto de ¿cómo no me voy a acordar? y la anciana, de buen humor, exhibió una sonrisa en la que brillaban varios dientes de oro.

—Fue él quien se encargó de negociar los detalles de la liturgia con el nuncio vaticano. ¿Me oye, Basilio? ¡Con el nuncio!

A sus espaldas, su hijo hacía gestos de protesta: fruncía los labios, arqueaba las cejas, abría aún más los ojos de búho. Ella, medio riendo, se encaró con él.

—¿Me vas a hacer quedar como una embustera? ¡Ni que me lo hubiera inventado! —Y con una inesperada mueca de claudicación

admitió—: Lo sé. Hablo demasiado. Siempre he hablado demasiado.

En el cruce con Zorrilla se detuvieron para dejar pasar un coche. De la caldera de gasógeno salía un humo blanquecino y maloliente. Reanudaron la marcha, y la conversación volvió al besapiés. Doña Eulalia dijo sentir curiosidad por los dones que los fieles pedían al Cristo.

—Sé que no está bien, pero la verdad es que me gustaría asomarme a la cabeza de algunas de esas personas y enterarme. Me lo imagino: salud para los seres queridos, suerte en los negocios… Pero también habrá inconscientes que pidan, no sé, el premio gordo de la lotería, una vajilla de plata, una entrada para Las Ventas…

—Hay quienes no distinguen entre bienes materiales y espirituales —dijo Paulino—. Estos últimos podemos pedirlos *ad infinitum* y nos son concedidos por la simple fuerza de la fe. ¿No es maravilloso?

—A ver si adivinas qué le he pedido —dijo su madre, juguetona.

—Es un secreto entre el Cristo y tú.

—¿La salvación de las almas? —intervino Basilio, que casi no había abierto la boca.

—¿Cómo lo sabe? —La anciana estaba sinceramente sorprendida —. Lo ha acertado. A la primera.

—Estaba seguro de que usted, siempre tan… preocupada por los demás, lo tendría muy presente en sus plegarias.

—¿Y mis otros dos deseos?

—Esos sí que son un secreto entre el Cristo y usted.

Sonrieron los tres. Doña Eulalia, complacida, quiso saber si también sus tres dones eran de naturaleza espiritual.

—Me temo que mi petición principal está más del lado de lo material. Pero es que lo mío… —Basilio se hizo el misterioso—. Lo mío es complicado.

—Para Dios Nuestro Señor nada es complicado —objetó Paulino.

—Cuente, Basilio, cuente.

Sin pretenderlo, había logrado captar toda su atención. Hacerles un rápido resumen le sirvió de desahogo. El expediente depurador incoado a todos los docentes, sus sospechas de que alguien estaba maquinando para quedarse con su plaza, la severa sanción que le había sido impuesta por un error de apreciación, la urgente necesidad de conseguir la intercesión de alguien importante… No pudo decir mucho más porque de repente se le quebró la voz. La anciana trató de consolarlo.

—Lo que le está ocurriendo es injusto. Muy injusto.

Estaban ya en Alcalá, en la esquina del antiguo Círculo de Bellas

Artes. Los rodearon varios críos mugrientos y andrajosos que se ofrecían para pararles un taxi a cambio de unas monedas. Algunos de ellos trataban de vender frascos con carpas recién pescadas en el estanque del Retiro.

—Un buen cristiano como usted, que solo quiere dar sus clases… —siguió diciendo la mujer, impertérrita—. Pero tiene que haber alguna solución.

Se volvió hacia su hijo, que trataba de ahuyentar a los niños dando manotazos al aire. Como no se iban, acabó repartiendo algo de calderilla.

—¡Largo de aquí, granujas!

—¿Verdad, hijo? ¿Verdad que tiene que haber una solución? Solo es cuestión de que interceda alguien influyente. ¿No crees tú que podría hacer algo monseñor, que es consejero nacional de Falange?

El religioso apretó los labios de un modo extraño que le formó unas profundas arrugas en los mofletes. Basilio, incapaz de interpretar el gesto, miró a la mujer, que hizo una señal hacia el escapulario: —¿Ve usted? Los caminos del Señor son inescrutables. ¿No tiene la sensación de que nuestro encuentro responde a un designio divino? Yo diría que el Altísimo nos ha puesto donde nos ha puesto por algún motivo. Es su manera de contestar a su petición. —Y, mientras el otro buscaba una fórmula con la que expresar su gratitud, añadió—: ¿Sabe qué le digo, Basilio? Que ya tiene usted mejor color.

La película se llamaba *Un corazón y una copa* . Balbino señaló la marquesina y pronunció a la española el apellido del protagonista:

—Be-e-ry.

—Biry —le corrigió Eloy.

—¿No es el de *La isla del tesoro* ?

Se habían parado en la esquina, fuera del ángulo de visión de la taquillera. Eloy llevaba el dinero en un monedero que se cerraba con una lengüeta. Como allí la luz era escasa, tuvo que acercárselo a los ojos para distinguir las monedas. Sacó tres pesetas y se las dio a Balbino.

—Toma. Ya sabes.

Junto a la taquilla solían arremolinarse los clientes asiduos. Alicia, al tiempo que despachaba las entradas, ofrecía un breve resumen de la película: era la historia de un borracho que se enfrentaba a un banquero metido en negocios turbios… Si alguien mostraba más curiosidad, seguía con la cháchara:

—El actor murió de una paliza… No, el borracho no. El banquero tampoco. El otro. —Y sacaba la mano fuera de la ventanilla para señalar una foto en la que Beery, con los ojos entornados y aspecto de alcohólico, se inclinaba sobre Ted Healy—. En *Radiocinema* dicen que fue Wallace Beery el que lo mató. La policía lo está investigando. Están convencidos de que fue él.

Para acceder a la sala había que pasar por delante de la taquilla. Eloy se aseguró de que Alicia estuviera distraída y cruzó el vestíbulo en dirección a la cola de entrada. El portero le preocupaba menos que Alicia porque apenas si habían coincidido y difícilmente podría reconocerlo. Aun así, prefirió que fuera Balbino quien le tendiera las entradas mientras él, a su espalda, ladeaba el rostro. Ocuparon sus asientos. Balbino, escamado, susurró:

—¿Me lo vas a explicar?

—Te dije que te invitaba al cine si no hacías preguntas.

Como la película era corta, completaban la programación unos viejos noticiarios sobre la Alcazaba de Málaga, la encomiable labor del Auxilio Social y la visita de unos diplomáticos a las checas de Barcelona. Entre los noticiarios y el largometraje hubo una pausa en la que se encendieron las luces para que abandonaran la sala quienes habían llegado a mitad de la sesión anterior. Se reanudó la proyección. Balbino, absorto, no percibía la intranquilidad de Eloy, que se removía en su butaca y miraba para todas partes como explorando el terreno. Cuando la película ya estaba acabando, susurró

a su amigo:

—Ahora no me esperes.

—¿Me tengo que ir solo?

—¿No te he dicho que no hagas preguntas?

Unos minutos después, la sala se había vaciado y Alicia se despedía del portero:

—¡Hasta mañana, Guillermo!

Eloy, escondido tras las cortinas de damasco, lo sintió deambular de un lado para otro, apagando luces y cerrando puertas. Oyó a lo lejos el ruido de las cadenas que aseguraban la cerradura exterior. Se asomó a la oscuridad de la sala y echó a andar a tientas, midiendo los pasos, asiéndose a los respaldos de la última fila de butacas. En el vestíbulo entraban algunas hilachas de luz del exterior. Mientras esperaba a que sus pupilas se acostumbraran, sacó un objeto que llevaba oculto entre la ropa. Era una de esas barras de hierro acabadas en curva que se utilizaban para sacar clavos. En el taller del padre de Balbino, de donde la había cogido, la llamaban pata de cabra. Se acercó a la puerta de la taquilla, encajó el extremo entre el marco y la hoja e hizo palanca. Al primer tirón saltó la moldura, al segundo se abrió la puerta. Una vez dentro, se mantuvo unos segundos a la expectativa. A esas horas era improbable que pasara gente por la calle, pero no quería correr riesgos. Los cajones estaban cerrados con llave. Los fue forzando con la barra hasta encontrar el dinero, que estaba en el de abajo. Le brillaron los ojos en la penumbra. Era la recaudación de todo el fin de semana: seis fajos desiguales de billetes, unidos con gomas, preparados para hacer el ingreso en cuanto abrieran los bancos, y una bandeja con monedas. ¡Ahí había cinco mil o seis mil pesetas, tal vez más! En otro cajón había visto una caja de latón como las de los mantecados. Metió los billetes y le puso la tapa. Luego agarró las monedas, se las repartió por diferentes bolsillos y volvió al vestíbulo.

Ya solo tenía que salir de allí, pero no iba a ser fácil. Enseguida se dio cuenta de que, aunque lograra hacer saltar la cerradura, le sería imposible retirar la cadena, que estaba en el exterior, lejos de su alcance. Y las puertas eran demasiado grandes y pesadas para desencajarlas con la pata de cabra… Buscando otras salidas acabó en la cabina de proyección. Era un sitio extraño, con las estanterías llenas de latas metálicas y herramientas, media docena de bobinas colgando de la pared y un cubo rebosante de colas de películas. Olía a fruta podrida, como la acetona, y a Eloy le pareció que la atmósfera en el interior de un submarino no podía ser muy distinta. Encendió el proyector, echó un vistazo a la sala a través de la mirilla y acercó las

manos a la lente para calentárselas. Quiso entretenerse haciendo sombras chinescas, pero no había suficiente distancia y la silueta agigantada de sus manos cubría la pantalla entera. En algún lugar había unas mantas viejas de las que se usaban en las mudanzas. Improvisó con ellas un camastro y se tumbó de lado, abrazado a la caja del dinero. La excitación se mezclaba con la ansiedad por lo que pudiera ocurrir por la mañana, cuando llegaran a recoger la recaudación. ¿Tendría que abrirse paso a golpes para poder escapar? Se le pasó por la cabeza que la persona encargada de hacer los ingresos fuera la propia Alicia. ¿Tendría que golpearla hasta la muerte con la pata de cabra para evitar que lo delatara?

Creía Eloy que no podría conciliar el sueño, pero no tardó ni diez minutos en quedarse dormido. Lo despertaron unas voces que llegaban de abajo. Por los tragaluces del techo se filtraban unos débiles rayos de sol. Desde la escalera de caracol vio a dos mujeres barriendo entre las primeras butacas. Bajó sin hacer ruido y comprobó que la puerta de la taquilla seguía como la había dejado: todavía nadie se había percatado del robo. Una vez en la calle, apuró el paso. Había sido todo más sencillo de lo previsto.

En un descampado se deshizo de la pata de cabra. Un poco más abajo había una zona de chabolas, con perros famélicos, niños semidesnudos y viejas revolviendo entre bidones. Luego, cerca ya de la glorieta de Cuatro Caminos, volvía a haber edificios de viviendas. En el pasillo del metro se acercó a uno de los chicos que revendían el tabaco de la tarjeta de fumador. Eran unos paquetes cuadradotes, feos, con el escudo del águila y las palabras: COMPAÑÍA ARRENDATARIA DE TABACOS — CIGARRILLOS SUPERIORES .

—¿No tienes nada mejor?

El chico lanzó una mirada furtiva a su alrededor y sacó un paquete de Camel. Eso no era tabaco del racionamiento. Eso era de contrabando. Un auténtico lujo. Eloy, sin regatear, le pagó con calderilla. No solía fumar, pero la ocasión lo merecía. Dijo:

—Lumbre. —Y dando una larga calada entró en el vagón.

Veinte minutos después llegó a la fábrica de pinturas, que estaba todavía cerrada. Llamó varias veces a la puerta. Apareció María Luisa en camisón, envuelta en un chal. Llevaba el pelo recogido en una redecilla. Se frotó los párpados, hizo el gesto de ¿pero usted sabe qué hora es? y se apartó para dejarle pasar. Eloy se abrió la cazadora para mostrar la caja de latón.

—Tengo el dinero. No todo, pero lo tengo.

Cruzaron la oficina y entraron en la salita de la claraboya. Eloy vació la caja sobre la mesa y empezó a contar los billetes. María Luisa

se retiró para cambiarse y luego trasteó un poco entre los cajones. Le quedaban algunas galletas. También algo de pan de centeno, que, mojado en la infusión, podía hasta llegar a ser comestible… Eloy, con aire sombrío, miraba los montoncitos de billetes. Los había contado y sumaban apenas cuatro mil pesetas: bastante menos de lo que pensaba. La mujer, ajena a todo, encendió el hornillo de petróleo para calentar el agua.

—Recoja eso —dijo—. Van a empezar a llegar los empleados. No quiero que me vean con un desconocido contando dinero.

Eloy alargó el cuello hacia el cuarto que servía de dormitorio.

—¿Dónde está su hijo?

—En Bilbao, en casa de mi hermana. Dice que en Madrid no se siente seguro. Que podrían volver a detenerlo en cualquier momento.

El agua no tardó en hervir. María Luisa acercó un taburete e hizo un gesto de resignación. El desayuno no podía ser más modesto.

—Avisaré hoy mismo al abogado.

Eloy se volvió hacia la vitrina, en la que ya no había instrumental de laboratorio sino unos marquitos de madera con fotos de la familia: de los gemelos, de la hija muerta a los cuatro años, del marido también muerto prematuramente.

—No es fácil convertir esto en un hogar —dijo ella, respondiendo a una pregunta no formulada.

—¿Cuál de los dos es Pablo?

—El de la derecha. Siempre igual: a la izquierda, Federico; a la derecha, Pablo. He tenido que poner una foto antigua, de antes de la guerra. Por no exhibir uniformes republicanos, ya me entiende.

—La he oído hablar muchas veces de él. Incluso la oí llamarlo a la entrada de la cárcel. Pero nunca he llegado a verlo. ¿Seguro que existe? ¿No será una invención?

La mujer frunció los labios en una media sonrisa, como esperando la continuación del chiste. Pero no era ningún chiste.

—No he visto nunca a su hijo. No he visto a ese abogado ni a ese funcionario de prisiones. Solo la he visto a usted, a la que casi no conozco. No sé por qué tendría que fiarme. —La señaló con el dedo, muy serio—. Se lo advierto: no me voy a dejar engañar.

La otra se llevó una mano al pecho como para notarse el corazón. Estaba tan dolida que no acertaba a reaccionar.

—Solo estaba tratando de ayudar —dijo finalmente, poniéndose de pie.

—¿Cuánto le paga ese hombre? Porque digo yo que por llevarle clientes alguna comisión le dará. Dígame cuánto le paga. ¿Un diez por ciento? ¿Un veinte? Si no me lo dice, pensaré que tiene miedo de que

le haga la competencia…

María Luisa, sin acabar de creérselo, movía la cabeza a uno y otro lado. Su expresión traslucía un dolor profundo, total, que no podía ser fingido.

—Recoja su dinero y váyase.

Eloy, de repente, fue incapaz de replicar.

—¿No me ha oído? —Abrió la puerta y mantuvo cogido el tirador —. Váyase.

Al otro lado del pasillo y del patio empezaban a oírse las voces de los empleados que iniciaban la jornada. Eloy, avergonzado, agachó la cabeza.

—Perdone. No tenía que haberle hablado así. No me lo tenga en cuenta. Póngase en mi lugar: todo esto me sobrepasa. He sido muy injusto. Usted me ayuda de forma desinteresada y yo… —Su voz estaba a punto de quebrarse—. Perdóneme… Le suplico que me perdone.

Tras un largo silencio, María Luisa soltó la puerta, que se cerró arrastrada por la tensión del muelle, y volvió a sentarse en el taburete. Eloy se acercó a ella, puso la mano sobre la caja del dinero y habló otra vez en tono persuasivo.

—Aquí hay cuatro mil pesetas. Dentro de unos días tendré el resto. Pero voy a necesitar su ayuda. Entre los dos seguro que convencemos al abogado.

El taller, al igual que la vivienda, estaba en la calle Hortaleza. Un rótulo en el portal lo anunciaba en letras blancas sobre fondo negro: ESTEBAN RUIZ FLORES — PROTÉSICO DENTAL — 2º DCHA . Aníbal se encaminó hacia la escalera sabiendo que el portero asomaría la cabeza con expresión vigilante, el brazo izquierdo colgándole como un pingajo, la insignia de Caballero Mutilado brillando sobre el guardapolvo azul.

—Buenas tardes, Herminio.

No hizo falta que llamara al timbre. La pequeña Rocío, que lo había visto desde el mirador, estaba esperándolo en el rellano.

—¿Qué tal está mi heredera? —La llamaba así porque no tenía otros sobrinos—. ¡Más guapa que nunca, ya lo veo!

Ella se echó en sus brazos. Él apartó el paquete que llevaba envuelto en papel de seda. Su cuñada, Rosario, se apresuró a ponerlo a salvo, al tiempo que protestaba con muchos remilgos: ¿pero por qué se había molestado?

—Brazo de gitano —dijo él—. De La Mallorquina.

La joven criada terminó de servir la merienda en la mesita

redonda del salón. Rocío seguía agarrada a su tío y le hablaba del colegio de monjas con atolondramiento. Aníbal alzó el dedo índice y lo movió en círculos.

—Aquí ha habido cambios.

—El papel de la pared —dijo la mujer—. ¿Tanto hace que no nos visitas? Lo puse nuevo después de Reyes. ¿Te gusta?

—Tú siempre has tenido buen gusto… —Guiñó un ojo con picardía—. Menos para elegir marido.

Rosario fingió escandalizarse. Su hija se volvió hacia el pasillo y, aunque su padre no podía oírla desde el taller, gritó:

—¡Papá, papá! ¡Si supieras lo que dicen de ti…!

—Nosotros vamos merendando. Ha dicho Esteban que ahora mismo venía.

Tardó casi veinte minutos. Llevaba puesta la bata blanca, como si hubiera dejado a medias algo importante. Esteban era el más joven de los dos hermanos pero el cabello ralo, la gran papada y una expresión constante de preocupación le hacían parecer mayor. Aníbal cantaba:

—«… Regando las flores hay una monjita, que como ellas tiene carita de flor y que se parece a aquella mocita que tras la cancela le hablaba de amor…»

Era una popular canción de antes de la guerra, pero la niña estaba convencida de que era *su* canción, compuesta para ella por su tío. Él se la cantaba siempre, y siempre del mismo modo: entornando los párpados, moviendo las manos con afectación, exagerando el deje andaluz.

—«… Rocío, ay, mi Rocío, manojito de claveles, capullito *florecío* …»

—¿Y para mamá no hay ninguna canción?

—Tu madre ya tiene una ciudad, que es más importante. ¿No lo sabías? En Argentina, junto al río Paraná. —Abrió mucho los ojos y gesticuló como un payaso—. ¿Para qué? ¡Para *ná* !

Mientras la madre y la hija celebraban sus gracias con aplausos y risitas, Esteban daba cabezadas de asentimiento. Cortaron nuevas porciones de brazo de gitano. Parecía que iba a sobrar, pero acabaron comiéndose hasta la última miga. Luego Rosario se llevó a la niña a su cuarto y los dos hermanos pasaron al taller. Era un buen taller, amplio, luminoso, con azulejos blancos en las paredes, muebles con la superficie metálica y una gran lámpara central como las de los quirófanos. De un tablero colgaban todo tipo de herramientas, ordenadas por grupos y tamaños: pinzas, buriles, punzones, cuchillas, tijeras, alicates, espátulas, limas, cubetas. Aníbal, con ademanes de prestidigitador, sacó de algún sitio una cadena de oro y la agitó como

si fuera una campanilla.

—¿Qué te parece?

Su hermano la acercó a la luz, la rascó con la uña y la analizó con una lupa de relojero. Luego la pesó en la balanza.

—¿De dónde la has sacado?

El otro meneó el bigote al estilo de Charlot. Era el viejo gesto con el que en casa se hacía perdonar las trastadas. Esteban, muy serio, lo miró a los ojos.

—¿En qué andas metido, Aníbal? Trabajo para los mejores dentistas de Madrid. ¿Qué gano yo con esto, aparte de correr riesgos? —Con un bufido de resignación sacó del armario el soplete, el crisol y los moldes—. ¡Y supongo que te correrá prisa, como siempre!

—Si quieres, la fundes. Si no, no. Su procedencia es completamente legal.

Esteban torció la cabeza como diciendo: no me tomes por ingenuo, te conozco muy bien. Aníbal se echó a reír.

—Es para ti. Aún te debía lo del abogado, ¿no? Estamos en paz. Si tú no la quieres, para la niña. Nada me hace más ilusión que hacerle regalos a mi sobrina.

La vacilación de Esteban duró apenas un instante. Luego, conmovido, rodeó a su hermano con los brazos y lo apretó con fuerza. Aníbal soltó un grito de dolor mezclado con una carcajada y apretó también. Como en la infancia, jugaban a hacerse daño sin llegar a hacérselo.

—De todos modos… —dijo Esteban, situándose de nuevo ante el instrumental para fundir metales.

—Te aseguro que nadie la va a reclamar. —Aníbal le hizo un gesto afectuoso de reproche—. ¿No te fías?

—Ni me fío ni me dejo de fiar. —Colocó la cadena en el crisol, enroscada sobre sí misma como una lombriz—. Nunca está de más.

—De repente me van bien las cosas.

Esteban sacó de un cajón unas gafas como de aviador, con las lentes encajadas en un antifaz, y se las sujetó a la coronilla con el elástico. Luego se puso unos guantes y probó el soplete lanzando una llamarada al aire.

—Aparta.

El oro alcanzó pronto una incandescencia que lo convirtió en el centro de todo. Por unos minutos, parecía que los otros objetos del taller eran lo que eran solo por su relación con ese punto de luz y energía al que era imposible sustraerse. Había en él algo extraordinario, irreal, hipnótico, como si formara parte de un universo que raras veces podía ser observado: el universo de las grandes

constelaciones y los cuerpos celestes, el de las criaturas microbianas. Aníbal contenía la respiración mientras veía aquella masa candente virar del rojo al amarillo y serpentear entre el crisol y el molde, que su hermano movía con destreza para conseguir una distribución uniforme.

—Ya casi está. Solo falta pulir —dijo Esteban, colocando el lingote bajo el chorro de agua fría.

—¡Qué pequeño! Parece una chocolatina.

—¿Qué te esperabas? ¿Un lingote como los del Banco de España? Yo no hago milagros. —Se quitó las gafas—. ¿En qué trabajas?

—Estoy de ayudante de un alto cargo. Soy su mano derecha, su hombre de confianza. No me puedo quejar. Gano un sueldo razonable y he hecho buenos contactos. Contactos que te pueden proteger el día que lo necesites.

El otro reaccionó con suspicacia:

—Ya nadie se acuerda de eso. Si en todos estos meses no ha salido mi nombre, ya no saldrá.

Para no ser malinterpretado, Aníbal evitó hacer el menor gesto. Aun así, Esteban lo miró con una mezcla de alarma e irritación.

—¿Estás tratando de decirme algo? ¿Hay algo que tú sepas y yo no?

Aníbal negó alegremente con la cabeza y trató de cambiar de tema. Habló de lo hacendosa que era Rosario, elogió el nuevo papel pintado del salón, se felicitó de que el edificio no hubiera sufrido los efectos de los bombardeos. De un modo natural acabó preguntando por Herminio, el portero, y al hacerlo parodió sus movimientos, encogiendo el brazo como si lo tuviera atrofiado.

—Perdió el brazo en Brunete pero ganó una pensión y un empleo para toda la vida. No es mal negocio para un muerto de hambre. —Esteban volvió a meter el lingote en el molde e hizo un gesto de despreocupación—. Claro que ni tú ni yo nos cambiaríamos por él. ¡A lo mejor hasta se cree importante por ser «jefe de casa»! En el colegio los llamábamos chivatos, ¿no? Si lo dices por eso…

Aníbal trató de negarlo, pero fue inútil. En la actitud de su hermano había una acusación implícita: ¡todas esas perífrasis para llevarme de nuevo al mismo tema!, ¿me vas a decir de una vez lo que quieres?

—Mi conducta se considera intachable. —Su tono se había vuelto severo—. Me lo dijo uno de Falange que está metido en la Inspección de Barrios y ha visto los informes. Y tú sabes que lo que hice lo hice por necesidad, por entrar en los repartos de alimentos. Era la única manera de conseguir harina, fruta, leche para la niña… Compré

algunas piezas de oro. Pocas, muy pocas: dos o tres puentes nada más. Y siempre a sus propietarios. ¿Cómo podía yo saber si esos individuos eran unos asesinos y si ese oro se lo arrancaban a sus víctimas?

Del pasillo llegó ruido de pasos. Se abrió la puerta y apareció Rocío con un papel en la mano. Era un dibujo de Aníbal subido al tejado de una casa.

—¡Qué bonito! —dijo él—. ¿Me lo regalas?

—Estás cantando mi canción. —La niña señaló la boca abierta y unas letras torcidas que componían su nombre, R-O-C-Í-O—. ¿Lo ves?

Esteban cogió unas pinzas y levantó el pequeño lingote.

—Mira lo que te ha traído el tío Aníbal. —Lo sostuvo en alto—. Te lo guardaré yo hasta que seas mayor. Pero es tuyo. Y es oro.

—¡Oro! —exclamó ella, fascinada, tratando de alcanzarlo con las manos.

Un sol de primavera se filtraba entre los pliegues de las sábanas e iluminaba a medias sus cuerpos desnudos. Se sentían más cómodos tapados: él, por esconder la deformidad del pie; ella, por simple pudor. Eloy se había quedado dormido y su respiración sonaba pausada y poderosa. Sus facciones estaban sometidas a una rara actividad en forma de tics minúsculos, casi imperceptibles. Cuando no apretaba los labios como preparándose para silbar, arrugaba el entrecejo o hacía el gesto de tragar. A Gloria esos pequeños actos reflejos la tenían fascinada. ¿Era así como dormían los hombres? Alargó la mano para acariciar el relieve de sus costillas. Lo hizo sin apenas rozarlas, como el pianista que se familiariza con las teclas. Eloy, con los ojos aún cerrados, se dio la vuelta y le puso la mano en la cadera.

—No has parado de hacer muecas —susurró ella—. ¿Qué estarías soñando? A lo mejor todos lo hacemos, no sé. ¿No será que a veces nuestro cuerpo quiere seguir despierto mientras nosotros dormimos?

Él le deslizó la mano por los muslos y los palpó con delectación. Parecía un escultor modelando una figura de barro. Luego le besó el pecho, el costado, la axila.

—¡Me haces cosquillas! —Gloria trataba de apartarse, pero él se las arreglaba para seguir besándola—. ¡Para! ¡Que pares, te digo!

La cama no era muy ancha. Su intento de escapar la dejó colgando del borde, sostenida apenas por la propia sábana. Eloy la agarró por la cintura y la apretó sin esfuerzo contra sí.

—¡Caray! ¡Con lo escuchimizado que pareces!

—¿Escuchimizado yo?

Solo por jugar, le dio unos azotes en las nalgas. Ella, también por jugar, fingió enfadarse. Luego rieron, se besaron y volvieron a reír y a besarse. Después de un largo silencio, Gloria soltó un suspiro.

—No estés preocupada.

—¿Cómo no lo voy a estar? Si no entra dinero en casa… También yo tendré que buscar trabajo. Y gastar menos. No sé si no tendré que dejar las clases de inglés… —Miró la hora en el despertador—. ¡Pero qué tarde se nos ha hecho!

—¿Qué prisa hay? Alicia ya sabe que estamos.

—Prefiero que no nos encuentre aquí.

Se puso la ropa interior sin salir de la cama y se levantó para terminar de vestirse. Eloy le dedicó un silbido de admiración.

—¡No me mires! —protestó ella con coquetería.

Él empezó a recoger su ropa, esparcida por la parte abuhardillada del cuarto. Encorvado, se detuvo ante un mueblecito con media docena de fotos enmarcadas: Alicia con unos familiares de aspecto rústico, Alicia delante del Palacio Real, Alicia en la taquilla del cine Tetuán, Alicia junto a un acordeonista con un peine asomándole del bolsillo…

—¿Quién es este del acordeón? ¿Su nuevo novio?

—Quién sabe. —Gloria, ya vestida, se agachó junto a él—. Con Alicia no es fácil mantenerse al día. Sé que últimamente sale mucho con un francés. Uno que escapó de Francia por miedo a que llegaran los alemanes.

—¿Escapó? ¡Qué tontería! ¡Como si hubiera alguna posibilidad de que los alemanes invadan Francia! ¿Para qué te crees que está la línea Maginot? Primero Francia parará el avance de Alemania y luego le torcerá el brazo.

La vivienda, en el último piso, era un tabuco: dos cuartitos, una cocina diminuta y una galería con la letrina y el lavadero. En un rincón estaba el barreño que Alicia utilizaba para asearse. Gloria sacudió las sábanas y volvió a hacer la cama, ajustándolo todo de forma que no quedaran arrugas. Eloy observó el embozo perfecto, tan liso como los de su casa antes del bombardeo, cuando todavía su madre estaba en condiciones de ocuparse de los asuntos domésticos. Entretanto, Gloria repasaba las instrucciones: aquí todos me conocen, tú sales primero mientras yo termino de arreglar esto, a ver si no me olvido de dejar la llave debajo del felpudo, nos vemos dentro de diez minutos en la esquina de la mercería… Eloy volvió a silbar.

—¡Guapa!

Gloria bajó las escaleras caminando de puntillas para no llamar la atención de los vecinos. Eloy hacía tiempo mirando escaparates. En

cuanto ella apareció, echaron a andar hacia Luchana.

—Me da la sensación de que la gente me mira y puede leer en mi cara lo que acabamos de hacer —murmuró.

—¡Están muertos de envidia!

A la altura de Apodaca vieron un corro de gente en torno a unas ambulancias. Se había desplomado una casa. Unos operarios remojaban los escombros con las mangueras mientras unos enfermeros con las camillas plegadas buscaban supervivientes. Entre grandes aspavientos, uno de los mirones contaba cómo la casa se había venido abajo de golpe, levantando una gigantesca nube parda. No se había caído el edificio entero, solo la fachada, que se había desprendido de la estructura y se había derrumbado sobre la calzada. Con los muebles intactos y los cuadros en las paredes, lo que quedaba en pie era una enorme casa de muñecas. En uno de los pisos, la lámpara del cuarto de estar seguía aún balanceándose. Los bomberos estaban rescatando con sus largas escaleras a los vecinos, que habían conseguido bajar por sus propios medios hasta el primer piso. En una esquina alguien había puesto una silla para que una anciana totalmente cubierta de polvo se recuperara del susto. Entre los curiosos estaba Alicia, que volvía del curso de taquimecanografía.

—¡Gloria!

Fueron los tres a la glorieta de Bilbao y entraron en el café Marly, que había tenido que españolizar su nombre y ahora se llamaba Marlín. Era un local de cierta categoría, con camareros de chaquetilla blanca y pajarita. En el Marlín aún se podía conseguir un buen vaso de leche con cacao. Se sentaron en una mesita junto al gran espejo de pared. Alicia tomó a su amiga por la muñeca.

—¿Te conté que robaron en el cine? Pues lo han vuelto a hacer.

—¿Otra vez?

—Otra vez. Solo una semana después. Y exactamente del mismo modo: se escondieron al terminar la última sesión, agarraron la recaudación y escaparon por la mañana, cuando llegaron las empleadas de la limpieza.

—¿Y no habíais hecho nada? ¿No habíais tomado ninguna medida? —preguntó Gloria.

—¿Cuándo han caído dos rayos en el mismo árbol?

—Ya. Precisamente porque ya había ocurrido, no pensabais que pudiera volver a ocurrir, ¿no? Lo lógico sería que lo intentaran en otro cine.

—¡Pero vete a explicárselo a los policías! No hacían más que mirarse entre ellos y acariciarse la barbilla, como diciendo: aquí hay gato encerrado.

—¿Te han interrogado?

—Ayer por la mañana. —Más que preocupada, Alicia parecía excitada—. Me preguntaban por mis amigos íntimos, como ellos decían. No decían mis novios, mis enamorados, mis pretendientes, no. Decían mis amigos íntimos. ¡A saber qué les habrán contado de mí! Está claro que sospechan. ¡Qué estupidez! ¡Como que me voy a enamorar yo de un ladrón!

Eloy, con la vista clavada en el borde de la mesa, no hizo en ningún momento ademán de intervenir. Las dos chicas siguieron con su parloteo hasta que Gloria se volvió hacia él y dijo:

—¿Y tú qué? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

—A ver si me ven. —Hizo señas en dirección a la barra—. No tienen muchas ganas de cobrar aquí.

Se acercó por fin un camarero.

—Seis pesetas.

Eloy se llevó la mano al bolsillo, sacó un buen puñado de monedas y fue separando las perras gordas y las perras chicas, de las que quería desprenderse. Como la operación se alargaba, Gloria y Alicia trataron de ponerle nervioso con sus comentarios: ¿dónde irás con tanta calderilla?, ¡te estás quitando un peso de encima…! El chico sumaba las cantidades en voz alta y aun así se equivocaba. Al final, las cuentas acabaron cuadrando y el camarero arrastró las monedas hasta el borde de la mesa para dejarlas caer sobre el platillo. Eloy, para compensarle por la espera, apartó una moneda más y dijo con aplomo:

—Y esto, para usted.

Las ventanas seguían tapiadas y protegidas con tablones, y la maleza se había apoderado del jardín. Esteban llevaba todo un año tratando de evitar esa calle y ahora su hermano lo citaba precisamente allí, en Francisco de Rojas, delante del viejo palacete requisado por los comunistas durante la guerra. Lo vio venir desde la esquina de García Morato en compañía de un individuo delgado y moreno. En un intento por controlar los nervios, se quitó las gafas y se afanó en frotarlas con el pañuelo. Aníbal le presentó al otro. Era Valentín, que le saludó con sequedad y señaló el edificio.

—Se podrá echar un vistazo, digo yo.

Se metieron por un callejón lateral que en el pasado había sido entrada de carruajes. Unos metros más allá, un trozo del enrejado, que había sido arrancado de cuajo arrastrando consigo parte del muro de ladrillo, descansaba sobre los troncos de los primeros árboles. Ya dentro del jardín, el único de los tres que se entretuvo sacudiéndose el

polvo fue Esteban. Fueron a la parte de atrás, en la que unos descuidados setos de boj flanqueaban el camino hacia la pérgola, medio derruida. Las inmundicias llenaban los parterres y en algunos puntos la tierra estaba removida, como si alguien hubiera empezado a hacer un huerto y lo hubiera dejado a medias. Valentín se encaramó al antepecho de una ventana en busca de un resquicio por el que acceder al interior. Esteban, mientras tanto, miraba a Aníbal con rencor.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo has podido? Si le haces esto a tu hermano, ¿qué no serás capaz de hacerle a un desconocido?

—¡Pero qué equivocado estás! —Aníbal sonreía con mansedumbre y, al tiempo que se quitaba los guantes de piel, le hacía gestos tranquilizadores—. Hago esto precisamente porque eres mi hermano. ¿No te das cuenta de que es por tu bien? De hecho, es lo mejor para ti. Se trata de que nadie te moleste, ¿no? Pues ya lo tienes: a nadie se le ocurrirá molestarte. Lo que te he conseguido es protección. Así de sencillo. Y así de importante: pro-tec-ción.

Sus explicaciones estaban lejos de convencer a Esteban.

—¿Y este qué quiere a cambio?

—¿Qué va a querer?

—¿Nombres? —Su hermano hizo un gesto de asentimiento y él siguió hablando—: Solo conocí a unos pocos. ¡Y ni siquiera sé si de verdad se llamaban así! ¿Lo ves? ¿Ves en qué lío me has metido? Tu amigo va a creer que estoy tratando de encubrir a alguien, pero no es cierto.

—No va a creer nada que no sea verdad.

—¿Y si me acusa de complicidad?

—Valentín no te va a acusar de nada. —Aníbal se armó de paciencia—. Te va a proteger.

Ahora el otro se había agachado junto a un ventanuco que estaba a ras de suelo. Era imposible ver nada a través del cristal, sucio de barro, así que lo rompió golpeándolo con una piedra. Se asomó a mirar y preguntó, volviéndose hacia Esteban:

—¿Aquí era donde los torturaban?

—Eso era el almacén. Cuando había reparto de alimentos, la cola llegaba hasta…

—No te pregunto por la comida —le interrumpió Valentín, irritado—. Te pregunto por las torturas. —Y se levantó y le dio la espalda para seguir inspeccionando el lugar.

Aníbal esperó unos segundos para inclinarse hacia su hermano y susurrar:

—Eso sí. Tendrás que colaborar un poco.

Valentín reapareció por el otro lado tras completar la vuelta al

edificio y se sacó del bolsillo una cuartilla escrita a máquina, que mostró a Esteban. Era una lista de nombres.

—¿A cuántos de estos conoces?

Esteban los fue leyendo uno a uno, muy despacio, silabeándolos. Ninguno de ellos le resultaba familiar. Su decepción era sincera: si había previsto no delatar a nadie que no estuviera ya fichado, no tenía nada a lo que agarrarse.

—Así, por los nombres… —Encogió los hombros—. ¿No hay fotos?

—Si hubiera, no te necesitaría.

Dio un nuevo repaso a la lista y se la devolvió haciendo un gesto de negación.

—Pero algún nombre me podrás dar. —Valentín señaló el palacete a su espalda—. ¿O es que no había nunca nadie?

Luego miró a Aníbal como pidiéndole explicaciones. Este, sosegado, afectuoso, apoyó una mano en el hombro de su hermano.

—¿A quién conocías tú aquí? Con alguien hablarías cuando venías al reparto.

Esteban se resistía a contestar, pero ya sin motivos. Solo estaba tratando de ganar unos segundos antes de dar el paso inevitable. Un paso que intuía definitivo: si eres delator una vez, lo eres para siempre. Su hermano lo apretó contra su pecho y volvió a decir:

—¿A quién conocías? ¿Eh? ¿A quién?

Unos minutos después se encontraban los tres parados en una esquina, a pocos metros de un local con el letrero HERMANOS HERNANDO — TAPICERO . Desde donde estaban se veía una pared con rollos de tela apoyados, largos listones de madera y lo que parecía ser un sillón destripado. Ahora se comunicaban solo por señas. Valentín agitó la cabeza. Esteban pasó por delante del local, los otros dos pasaron también y se reunieron con él en la otra esquina. Valentín lo miró arqueando las cejas. Esteban se llevó el dedo índice al labio superior.

—El del bigote —aclaró, aunque no hacía falta—. Se apellida Paniagua. Sé que es comunista porque se ocupa de cobrar las cuotas del Socorro Rojo. Un día quiso venderme unos cupones.

Ya estaba. Ya le había dado un nombre. Ya le había entregado a una persona. Ya podía irse a casa y tratar de olvidar… Pero Valentín no hizo ningún gesto que le autorizara a marcharse.

—¿Por qué a ti? —dijo—. ¿Eres comunista?

—¡Nooo! Ni lo soy ni lo he sido nunca.

—¿Entonces por qué creía ese que podía venderte unos cupones? Los comunistas solo piden dinero a los que saben que son comunistas. ¿Eres comunista o no?

Esteban contuvo el aliento. Aníbal intervino, risueño:

—Te está tomando el pelo. Ya sabe él que no.

—Así que Paniagua… —susurró Valentín.

—Es un buen tipo, incapaz de hacer daño a nadie.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no era de los que torturaban o asesinaban? ¿Estabas a todas horas con él?

Algunas preguntas no buscaban averiguar sino intimidar, pero saberlo no proporcionaba ningún alivio.

—Casi no lo conozco —farfulló Esteban—. Lo he visto muy pocas veces en mi vida.

—¿Era él el que te vendía el oro?

—Compré muy poco. —Negaba insistentemente con la cabeza—. Y siempre a sus propietarios.

—Eso es lo que tú dices. ¿Por qué tendría que creerte?

Aníbal, muy serio, se encaró con Valentín:

—Se acabó. Ya tienes lo que querías. —Y mirando a su hermano se puso los guantes e hizo el gesto de vámonos—. Tú no te preocupes. Has hecho lo que tenías que hacer.

Un cuarto de hora después, Valentín vio salir a Paniagua. Llevaba dos sillas, una en cada brazo, y al caminar ocupaba buena parte de la acera, estrecha y con árboles. Le dejó llegar hasta Almagro, y allí le salió al paso.

—Buenos días, Paniagua.

El otro apoyó las sillas en el suelo y lo observó con desconfianza.

—¿Nos conocemos?

—Un camarada me ha pedido que… No perdamos más tiempo. —Trató de entregarle con disimulo varios billetes de una peseta, que Paniagua no cogió—. Para el Socorro Rojo.

—¿Qué camarada?

—No te lo puedo decir. Pertenece al radio 9. Igual que tú.

Los radios eran los órganos de dirección del Partido en los pueblos pequeños y los barrios. Emplear ese tipo de términos debía ayudar a convencer a Paniagua, pero este seguía dudando.

—Habría venido él, pero te puedes imaginar… —insistió Valentín con un gesto de preocupación—. Está escondido. Tiene miedo. Como todos. Nadie se fía de nadie.

—Y yo, en cambio, me tengo que fiar de ti, que ni siquiera me dices de parte de quién vienes. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Julio. Y estoy limpio. Por eso te puedes fiar de mí. —Volvió a tender los billetes—. Toma.

El otro, tras aplastarse el bigote con la mano, acabó cogiéndolos.

—No te preocupes por los cupones. —Valentín hizo un gesto

hacia el otro extremo de la calle—. Si el camarada me los pide, sé que estás allí. En el taller. —Y se fue sin despedirse.

Basilio, que acababa de cambiar la cinta de la máquina de escribir, se cruzó con Benítez en el pasillo.

—Me lavo y termino el escrito —dijo, mostrando los dedos, negros de tinta.

Cuando salió del baño, Benítez seguía allí, fingiendo que consultaba algo en los archivadores. En realidad, estaba esperando para decirle:

—¿Se da cuenta de la hora que es? Hace tiempo que se han ido los demás.

—Tú vete a casa. Ya cerraré yo.

Aunque los términos de la relación se habían invertido, seguían usando el tú y el usted como en los tiempos de la universidad, cuando uno era el alumno y el otro, el profesor. Félix Benítez había sido su discípulo más brillante. Basilio había tratado de incorporarlo al departamento, pero la esperada vacante nunca había llegado a producirse y él había acabado estableciéndose como procurador de los tribunales. El afecto mutuo se mantenía intacto. Benítez, que había encontrado por casualidad en el *BOE* la orden con la suspensión de empleo y sueldo, había corrido a interesarse por la situación de su antiguo mentor. Ahora Benítez era el jefe y Basilio, el empleado.

—No me gusta dejar las cosas a medias —insistió este, testarudo —. Serán cinco minutos.

Al final no fueron cinco sino veinte los minutos. El otro, para no incomodarle, se sentó ante su escritorio y buscó algo que hacer. Por encima del cristal esmerilado de la mampara le llegaba con claridad el sonido del teclear, torpe y lento. No salió hasta estar seguro de que había concluido. Mientras bajaban por las escaleras hablaron sobre el que había sido uno de sus grandes temas de debate en la facultad: las teorías de Spengler acerca de la decadencia de la civilización occidental. Fueron juntos hasta Bárbara de Braganza, donde sus caminos se separaban. Basilio solía aprovechar el momento de la despedida para reiterar su agradecimiento: no sabes, Félix, lo importante que esto es para mí, necesitaba estar ocupado, si no fuera por este trabajo no sé lo que haría… Benítez daba manotazos en el aire como si estuviera espantando moscas y exclamaba: ¡ojalá pudiera pagarle un sueldo mejor, como usted se merece!, ¡ya me gustaría a mí…! Esa tarde, Basilio parecía más animado que otras veces.

—No trates de engañarme. Basta de mentiras piadosas. Sé que soy

una carga para el despacho y que solo me has acogido por el cariño que me tienes. ¡Si tardo el triple que los otros en pasar las cosas a máquina! Pero no te preocupes. Todo esto es temporal. Mi intuición me dice que pronto tendré noticias de la Comisión Depuradora. Y que esas noticias serán buenas.

—Nada me alegraría más, pero le aseguro que no es usted ninguna carga. Todo lo contrario: no imagina lo honrado que me siento de tenerlo al lado.

Aunque no había probado bocado desde el mediodía, Basilio se encaminó a la parroquia sin pasar por casa. Era el segundo viernes del mes y tenía cita con la Adoración Nocturna. Cuando llegó, una treintena de personas esperaban ya a la entrada de la iglesia, que era la de Santa Teresa y Santa Isabel, en Martínez Campos. A algunos los recordaba de la vez anterior, en el mes de marzo, pero solo le interesaba doña Eulalia. No tardó en localizarla. Estaba en el atrio, conversando con el párroco. Se deslizó entre los distintos grupitos haciendo discretos gestos de salutación y se las arregló para llegar a su lado justo cuando el sacerdote la dejaba sola para entrar en el templo. Fingió no haberla visto hasta ese instante.

—¡Muy buenas, doña Eulalia!

—¿Me ayuda con las insignias, Basilio? —dijo la anciana, medio suplicando, medio ordenando—. Yo sola no voy a poder.

Se pasaba lista antes de entrar y se entregaban insignias a quienes habían acumulado la cantidad de vigilias necesarias para ascender en el escalafón: de adorador base a adorador veterano, de adorador veterano a adorador veterano constante. Una crucecita dorada sobre un fondo esmaltado en blanco y azul acreditaba a los adoradores de la máxima categoría, que la exhibían con orgullo en sus ojales. Por no mostrar ansiedad dejó pasar unos minutos antes de preguntar a doña Eulalia por su hijo. Iba a hacerlo una vez concluida la entrega pero justo entonces, revisando la lista de los adoradores, la mujer encontró algo que no cuadraba.

—A ver, a ver, a ver… —Estaba realmente preocupada y no descansó hasta dar con el error—. ¡Ya sé lo que es! Un apellido cambiado. Nada más. Está todo bien. —Se volvió hacia Basilio al tiempo que doblaba la lista y echaba a andar apoyándose en el bastón —. Vamos para adentro.

Mientras recorrían el pasillo central, no se separó de ella ni un instante. Solo al ver que por la disposición de la gente no iba a poder sentarse a su lado, se apresuró a decir:

—¿Qué tal Paulino? —Miraba a uno y otro lado tratando de aparentar naturalidad—. ¿Sigue viendo a monseñor?

—Todos los días. Con decirle que le está asesorando en un tratado sobre santo Tomás y la mística…

—¿Y ha tenido ocasión de comentarle…? Ya me entiende: el asunto de mi aval.

El sacerdote reclamó la atención de la anciana, que rebuscó en su bolso hasta encontrar la lista con el reparto de los ministerios: quién sería el acólito, quién el director de los misterios del rosario, el lector para las lecturas de la misa, el salmista, etcétera. Doña Eulalia se la pasó a Basilio para que a su vez se la entregara al cura y dijo:

—¿Qué me decía?

—Le preguntaba si Paulino había tenido ocasión de hablar con el obispo.

—Si no lo ha hecho, lo hará cualquier día. ¿No le digo que se ven todos los días? —Y cuidando de no tropezar en el reclinatorio ocupó su sitio.

Se dio comienzo a la liturgia. Tras la invocación al Espíritu Santo, el oficiante reflexionó en voz alta sobre las obligaciones del adorador hacia Jesús Sacramentado y sobre la necesidad de prepararse para el «gran misterio» y el «banquete espiritual». Luego exhortó a defender el dogma de la sagrada eucaristía y las prerrogativas de la Virgen María, madre de Dios, tal como enseñaba el magisterio de la Iglesia católica. ¿Por qué habían prometido leal acatamiento a cuanto enseñaban y mandaban en el ejercicio de su santa misión apostólica el Papa y los obispos en comunión con la Santa Sede? ¡Porque creían! ¡Porque tenían el tesoro de la fe…! Basilio apenas si le prestaba atención. Sentado en un extremo del tercer banco, seguía con la mirada la enorme grieta que recorría en diagonal una de las paredes. Para distraerse, se dedicó luego a buscar más huellas de antiguos bombardeos: los desconchados de la bóveda, el techo negro de hollín, las vidrieras remendadas con cartones y maderas, los restos de mobiliario amontonados en una de las naves laterales, aislada del resto del templo por grandes lonas. Había en todo eso mucha más verdad que en la solemne palabrería del sacerdote, que ahora se explayaba sobre las virtudes de la eucaristía, el sacramento del cual recibían su eficacia todos los demás, el banquete que reunía en torno al Padre a los miembros de la gran familia de los hijos de Dios.

—Contemplando el misterio eucarístico desde la perspectiva de la comunión con Cristo, descubrimos lo que exigen de nosotros la caridad y el amor. La eucaristía, al tiempo que nos introduce en el sagrado misterio del amor de Dios, nos pide entrega, sacrificio, ponernos siempre a disposición de los demás…

Basilio estaba irritado. Irritado consigo mismo. Había sido

incapaz de extraerle a la anciana un compromiso serio y, salvo que lograra abordarla de nuevo a la salida, no volvería a presentársele una nueva oportunidad hasta la siguiente adoración, ¡un mes después! Le envolvió un rumor de toses y de pasos cuando los adoradores más veteranos, que debían turnarse para rezar los misterios del rosario, se levantaron para acudir ante el altar mayor. Después del rosario vendrían la oración de vísperas, la proclamación del Santo Evangelio, la comunión bajo las dos especies sacramentales, el canto del *Magnificat* , la exposición del Santísimo, el *Pange Lingua* … Miró discretamente el reloj y calculó con resignación las horas que le quedaban por delante.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* .

—*Amen* .

Llegó por fin el momento de los turnos de vela. Se realizaban en grupos pequeños, de no más de cinco personas, arrodilladas a escasa distancia del ostensorio que custodiaba la sagrada forma y aplicadas a lo que el sacerdote llamaba «oración personal». Cada turno duraba alrededor de media hora. Durante ese tiempo, los fieles vivían una experiencia de espiritualidad extrema, pues no muchas veces les era dado alcanzar un grado semejante de intimidad con Dios, al que ahora podían hablar de tú a tú, sin intermediarios, como Moisés a Yahveh en el monte Sinaí. Basilio oía desde el banco el bisbiseo de los adoradores, que a menudo trataban de alargar la conversación más allá de los límites establecidos. Cuando el sacerdote tenía que apremiar a alguno, lo hacía dando unas palmadas silenciosas y susurrando:

—Recuerda, hijo, que somos adoradores de noche y apóstoles de día. —Lo que quería decir que para esa persona la adoración nocturna había terminado.

Como se procedía según un estricto criterio de antigüedad, a Basilio le correspondió formar parte del último relevo, más allá de las tres de la madrugada. Durante todo ese tiempo la atmósfera de religiosidad no había parado de espesarse. Él mismo, distanciado de la Iglesia desde la juventud, se sentía atrapado y como paralizado por una emoción intensa, extraña, a la vez desasosegante y placentera, que le devolvía a los hervores místicos de la pubertad. De rodillas ante el altar, le parecía estar en el centro de una refulgencia que le llegaba de todas partes, como si apuntaran hacia él rayos de luz que procedían de las llamas de los cirios, de los pulidos candelabros, del oro de la custodia, de los recamados del mantel. Se sabía al mismo tiempo presa de una rara sugestión e incapaz de sustraerse a ella. Desvió la mirada hacia la grieta de la pared, a través de la cual intuyó la negra noche

estrellada. Miró también los desconchados del techo y las vidrieras rotas. En ese contraste entre boato y precariedad creyó distinguir un mensaje oculto. Un mensaje que le hablaba de sufrimiento, sacrificio, penitencia, santidad. Eran palabras no muy distintas de las que el sacerdote había pronunciado poco antes, pero ahora se le representaban cargadas de sentido, de un sentido propio, autónomo, desvinculado del que cualquiera podría atribuirles. Por un instante hasta se sintió trasladado a un lugar y un tiempo que no eran aquellos. O que lo eran pero solo en parte, porque seguían a la vista la alta y oscura bóveda, los recios arcos de piedra, las paredes con la pintura desportillada, el frío suelo de baldosas irregulares, pero no los ornamentos litúrgicos ni los ropajes ostentosos ni los grandes hachones encendidos, y Basilio imaginó, o más bien supo, que así era como celebraban sus ritos los primeros cristianos, cuando la religión tenía de verdad sentido, cuando todavía la Iglesia era obra de Dios, antes de que siglos de guerras, intrigas y traiciones la hubieran convertido en una institución corrupta, hipócrita, cruel…

—Adoradores de noche y apóstoles de día —oyó decir al sacerdote, y solo entonces se dio cuenta de que era el único que permanecía ante la sagrada forma.

—Disculpe, padre.

Mientras regresaba a su sitio, vio algunas caras de sueño y algún bostezo reprimido. Estaban ya todos cansados, pero para concluir la vigilia aún había que recitar las preces expiatorias, cantar los himnos eucarísticos y entonar el *Salve Regina* , que precedía a la bendición y las fórmulas de despedida.

—*Benedicat vos omnipotens Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus* .

—*Amen* .

—*Ite, missa est* .

—*Deo gratias* .

Los fieles empezaron a abandonar el templo. Pasados unos minutos, solo quedaban los más ancianos, incluida doña Eulalia, que caminaba despacio, más encorvada que nunca, ayudándose del bastón. Basilio la siguió con la mirada. Habría podido alcanzarla antes de que llegara a la calle, pero no lo hizo. Esperó a que saliera todo el mundo. El sacristán, entretanto, iba de aquí para allá apagando cirios y hachones con el matacandelas. Cuando la iglesia ya estaba casi completamente a oscuras, Basilio se santiguó y se levantó para marcharse.

El despacho estaba en la calle del Príncipe, en un entresuelo mal

iluminado. Eloy iba y venía por la acera de enfrente y escrutaba con disimulo las siluetas de la ventana. Estaba nervioso. Vio salir del portal a dos hombres, que tal vez vinieran de allí. Subió los escalones de dos en dos y llamó al timbre. Abrió Casilda, la secretaria. Iba peinada a la moda alemana, con el pelo recogido en unas elaboradas trenzas que le daban la vuelta a la cabeza.

—Ah, es usted. Ha dicho el señor Rubiños que vuelva el viernes.

—Habíamos quedado en que lo tendría preparado para hoy.

—El señor Rubiños ha dicho…

—Quiero ese dinero ahora. Es mi dinero.

La joven iba a replicar, pero algo en la actitud de él la disuadió. Se apartó y señaló una silla de anea en un cuartucho en el que se amontonaban sumarios y expedientes.

—Voy a ver qué puedo hacer.

Aunque el piso era un cuchitril, los techos altos y las grandes molduras sugerían que en algún momento había formado parte de una vivienda amplia y suntuosa. Eloy cruzó los brazos sobre el pecho solo para sentir el bulto de la cazadora. En el bolsillo interior llevaba una pistola, la Astra semiautomática de la Ciudad Universitaria. Aguzó el oído y percibió un silencio espeso, hecho de murmullos y suspiros, como en las casas en las que ha entrado la enfermedad. La secretaria, que había salido por una puerta, reapareció por otra. Le tendió un sobre con billetes, que él, puesto en pie, contó sin sacarlos del todo.

—Aquí falta.

—A mí es lo que me han dado.

Casilda se retocó el peinado ante el cristal de una vitrina y se encaminó hacia la salida para abrirle la puerta.

—Tengo que hablar con él —dijo Eloy.

—Ahora no puede.

En vez de seguirla, se dirigió al despacho. No llegó a abrir la puerta porque el abogado, que había estado escuchándolo todo, le salió al paso. Agustín Rubiños era un hombre gordo y sudoroso que respiraba ruidosamente por la boca y se abanicaba con las páginas de la *Hoja del Lunes* . Le habló con irritación, señalándole con el dedo.

—La culpa de todo la tienes tú. ¿Cómo no me dijiste que tu hermano estaba en ese grupo?

—¿Qué grupo?

—Ahora mismo son los huéspedes más conocidos de Porlier.

—Mi hermano solo es un preso más.

—Tu hermano es del grupo de Eugenio Mesón. ¿No sabes quién es? ¿Tampoco sabes quién es Ascanio? Te lo explicaré brevemente: si la Pasionaria fuera Jesucristo, ellos serían los apóstoles. ¿De verdad

pretendías que traspapeláramos su expediente? Se habrían dado cuenta a los diez minutos y los que ahora estaríamos en la cárcel seríamos tú y yo. No vuelvas a aparecer por aquí. ¡Qué imprudencia! ¿Cómo sé yo que no te están vigilando?

Eloy enseñó el sobre, con los billetes asomando.

—¿Y el resto? —dijo.

—Te he devuelto mi parte. La del otro reclámasela a él.

—Yo se lo di todo a usted.

—Qué ingratitud. No sé ni por qué te he devuelto nada.

—Págueme lo que falta.

—Lárgate.

El abogado le dio la espalda y Casilda, con gesto despectivo, indicó nuevamente la salida. Eloy la siguió cabizbajo. Cuando ya estaba en el descansillo, se detuvo y sacó la pistola. Rubiños, que se había sentado en su escritorio y estaba hojeando el periódico, se levantó al oír el grito de su secretaria.

—¡Ay, madre!

Entraron en el despacho, ella con las manos a la altura de los hombros, él apuntándola a la espalda. La única pared en la que no había libros de derecho estaba llena de orlas y diplomas.

—De mí os podéis burlar. De los míos no —dijo Eloy.

Casilda fue a colocarse junto al abogado, que se ponía en pie muy lentamente y sudaba más que nunca.

—No se te ocurra hacer ninguna locura, hijo.

El chico no tenía ganas de hablar. Le bastaba con tenerlos a los dos así, asustados, temblorosos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Me vas a devolver hasta la última peseta.

Rubiños señaló un chifonier. Eloy, solo por exhibirse, amartilló la Astra.

—Que te vea las manos.

El abogado sacó un cajón, lo dejó sobre la mesa y, al tiempo que sumaba las cantidades en voz alta, fue separando billetes de cincuenta y cien pesetas. Cuando llegó a las cinco mil, hizo un gesto de indecisión.

—¿Sigo?

—Ponle una goma.

—Una goma, una goma… —Metió los dedazos en un plumier de madera taraceada—. ¡Una goma!

—Y ahora poneos contra la pared y no os volváis hasta que yo os lo diga.

Veinte minutos después, Eloy estaba paseando por una de las

zonas más apartadas y solitarias del Retiro. El parque, que durante la guerra había perdido buena parte de su arbolado y se había usado como cementerio de automóviles, permanecía en un estado casi agreste, con los arriates desbordantes de malas hierbas y los senderos borrados por la incuria. En según qué puntos, el paseante podía llegar a pensar que se encontraba en campo abierto, lejos de Madrid, lejos de todo. Pero no. Eloy estaba en el corazón de la ciudad, con una pistola y un montón de billetes que bastarían para llevarle a la cárcel. Las manos le temblaban, en parte por excitación, en parte por miedo. Consiguió tranquilizarse un poco y echó a andar hacia Alcalá. Era ya la hora de comer. Esperó en la esquina de Ramón de la Cruz a que fueran saliendo los trabajadores de la fábrica y llamó al timbre. María Luisa, con expresión cautelosa, le hizo pasar al antiguo laboratorio. Olía a lentejas recién hechas. El sol entraba a plomo por la claraboya.

—Mira qué lujo: tocino —dijo ella, y sin preguntarle le sirvió un plato.

Eloy se sentó en el taburete. Dijo no tener hambre pero se comió sus lentejas con voracidad. Entre cucharada y cucharada se lo contó todo: cómo Rubiños se había echado atrás y había tratado de engañarlo con el dinero, de qué modo le había obligado a reembolsárselo todo.

—De los míos nadie se burla, le he dicho.

Se abrió la cazadora y acarició la culata de la pistola.

—Si los hubieras visto: ese tono de voz, esas sonrisitas desdeñosas… Habría podido aguantar sus mentiras, sus traiciones, sus insultos… Habría podido aguantarlo todo menos su desprecio. —Representando una escena imaginaria, sacó la Astra y apuntó al hornillo en el que María Luisa había calentado la comida—. «Me da lo mismo que me temas o me odies. Lo que no te voy a permitir es que me desprecies. ¡Aquí el único despreciable eres tú, rata inmunda!»

—Guarda eso —le ordenó ella, que hasta ese momento no había visto el arma.

Eloy obedeció pero muy lentamente, demorándose en abrocharse el botón del bolsillo y subirse la cremallera. Mientras lo hacía, trataba todavía de aclarar sus ideas:

—Me pregunto hasta dónde somos capaces de llegar con tal de no sentirnos humillados. Para eso llevaba la pistola, ¿no? Para estar seguro de que nadie iba a reírse de mí. Tenía miedo, pero miedo de mí mismo. Miedo de dejarme engañar, de acobardarme, miedo de que ese picapleitos me convenciera con su blablablá. Llevaba la pistola para asegurarme de que siempre podría hacer algo si ese hombre intentaba humillarme, aunque fuera algo extremo, como herir o matar. Estaba

dispuesto a llegar hasta donde hiciera falta. Es la primera vez en mi vida que he apuntado a alguien con un arma, y no sabes qué sensación de…, ¿cómo decirlo?, de euforia. Era como dejar salir algo que llevaba tiempo quemándome por dentro. Como si de golpe me hubiera convertido en otra persona, en alguien más fuerte, más grande, más seguro de sí mismo. ¡Qué sensación de poder, de fuerza, de dominio, tener a ese sinvergüenza allí delante, tan sumiso, tan modosito, incapaz de ocultar lo aterrorizado que estaba…!

María Luisa, que le había escuchado con creciente inquietud, le interrumpió muy seria:

—¿Pero tú te das cuenta de lo que has hecho? Ese hombre sabe quién eres, dónde vives… ¡Esto no es un juego! Si decide tomarse la revancha, el primero que cae eres tú por hacerte el gallito, pero justo después vamos los demás. Empezando por mi hijo y por mí. ¡Solo me faltaría eso: que por hacerte un favor, por ayudar a tu hermano, volvieran a meter a Pablo en la cárcel! ¿Quién te crees que eres, entrando así en mi casa, con ese dinero, con esa pistola? No, a nosotros no nos pongas en peligro.

—¿Qué piensas? ¿Que me va a denunciar? —Eloy, confundido, soltó una risita forzada—. Un abogado corrupto que soborna a funcionarios de prisiones: el primer interesado en que no se descubra el pastel es él.

—Tienes que irte. —María Luisa se levantó con tanto ímpetu que derribó su taburete—. Tú y yo no nos conocemos. No nos hemos visto nunca.

—Pero…

La mujer señalaba la salida. El chico se puso en pie, titubeante, y la siguió a través del patio y la oficina. Antes de abrir la puerta de la calle, María Luisa se despidió diciendo:

—Deshazte de esa pistola en cuanto puedas. Te gusta tener en tus manos la vida de otras personas. Has descubierto el placer de hacer sufrir. Estás a un paso de ser como ellos.

Era una corrala por la zona de Antón Martín. Gloria conocía el sitio pero nunca había llegado a entrar. Parada en el portal, se asomó al patio, que a esa hora estaba muy concurrido. Unos niños hacían carreras en la escalera, dos hombres golpeaban colchones con sacudidores de mimbre, unas jóvenes lavaban sábanas en barreños de zinc. El bullicio llegaba de todas partes: voces, canciones, gritos infantiles. Levantó la mirada. La ropa tendida a diferentes alturas de lado a lado del patio proyectaba sobre el suelo una cambiante malla

de luces y sombras. Una mujer quiso saber qué quería. Ella preguntó dónde estaban los buzones. La otra negó con la cabeza: allí el único buzón era doña Sole, la portera.

—Traigo un sobre para Eloy Donoso.

La mujer se volvió hacia las chicas del lavadero.

—¡Preguntan por tu hermano!

Se acercó Cristina frotándose las manos en el delantal. Gloria, que llevaba una cesta tapada con tela de saco, le entregó el sobre.

—Los apuntes de inglés. Como hace días que no aparece por clase…

—¿Eres Gloria?

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Qué te ha contado Eloy?

—Eloy nunca cuenta nada.

Cristina señaló la cesta. Gloria levantó el trapo por una esquina. Había allí una veintena de libros.

—Voy a ver si los vendo. Algo me darán por ellos.

—Voy contigo y te ayudo a llevarlos.

—Solo si me dices por qué sabes cómo me llamo.

—El otro día le vi llenando una libreta con tu nombre: Gloria, Gloria, Gloria. No puedes imaginarte cómo se puso cuando le pregunté. —A Cristina le costaba aguantar la risa. Dejó los apuntes en la portería, confió su colada a las otras lavanderas y añadió—: ¿Vamos?

Cogieron cada una de un asa y salieron en dirección a la Cuesta de Moyano. Se acababan de conocer pero ya parecían amigas de toda la vida. Dos chicas de edades semejantes que habían vivido experiencias similares. Gloria explicó que aquellos libros procedían de la biblioteca de su padre. Todas las semanas se llevaba unos pocos sin que él se enterara y el producto de su venta le daba para comprar una docena de huevos en el mercado negro.

—En este momento una tortilla francesa es mucho más importante que Alexis de Tocqueville.

—¿Que quién?

Rieron las dos. Gloria hizo un gesto hacia los libros y dijo que, de todos modos, su padre tardaría mucho en necesitarlos. Le habló del proceso de depuración y de cómo había tenido que aceptar un empleo de mecanógrafo.

—¿Tu padre es rojo?

—Él nunca ha sido ni rojo ni nada. El problema es que ahora no ser nada es como ser rojo. Y más si eres un profesor, un intelectual. Mira.

Se paró y rebuscó en la cesta hasta dar con un tomito de tapas

claras titulado *Los intelectuales y la tragedia española* .

—¡Qué ganas tengo de perder de vista este libro! ¿Ves cuántas líneas subrayadas? Mi padre se lo ha leído un montón de veces. ¡Cómo le gusta sufrir! Si me pregunta, le diré que lo he quemado. —Señaló un párrafo y lo leyó en voz baja—: «Hace falta practicar una extirpación a fondo de nuestros enemigos, de esos intelectuales productores de la catástrofe…». ¿Lo has oído? ¡Practicar una extirpación! —Pasó unas páginas y volvió a leer—. «Los intelectuales y pseudointelectuales prepararon una campaña de corrupción de los más puros valores éticos, una infernal labor antipatriótica que pretendía desarraigar del alma española la fe en Cristo y el amor a nuestras legítimas glorias nacionales.» O sea que la culpa de todo la tiene la gente como mi padre, que siempre ha tratado de vivir en paz y nunca ha matado una mosca, y no los que montaron la guerra ni los que aprovecharon para asesinar, violar y robar. Y en cuanto a lo de desarraigar la fe en Cristo…

—¿Qué?

—Si vieran ahora a mi padre, que se pasa horas y horas en la iglesia…

—¿Un meapilas?

—Nunca lo había sido. El otro día le pregunté por qué de repente se había vuelto tan religioso si yo jamás le había oído hablar de la existencia de Dios. No es cuestión de si existe Dios, de si hay algo más allá, me dijo. —Frunció el ceño y puso voz de hombre para decir—: «Yo solo sé que la religión me alivia, me da paz. Y ahora mismo eso es todo lo que pido. Que las cosas me den paz».

Reanudaron la marcha en silencio. En torno al Hospital Provincial, con los muros aún medio derruidos, había unas vallas que obligaban a cambiar de acera. Pasaron junto a un solar tapiado. Cristina torció el gesto y dijo:

—Aquí fue donde les cogió la bomba. ¿Te acuerdas de cuando empezaron con los bombardeos nocturnos? Pillaban a la gente por sorpresa porque las alarmas no detectaban las escuadrillas. Ellos venían de una cola del racionamiento. De repente todo el mundo empezó a correr y a gritar y se les vino la casa encima… Quedaron aprisionados bajo los hierros de un balcón. Cuando los sacaron, el que parecía que estaba peor era Eloy, que tenía el pie destrozado: un amasijo de sangre y huesos. Mateo, en cambio…

—¿Mateo?

—El más pequeño de todos. Tenía doce años y era tan gracioso y tan bueno… Parecía que estaba bien. Cubierto de polvo y con un pequeño dolor de tripa, que pensaron que sería del susto. Hasta que se

puso a vomitar sangre. Murió allí mismo, en brazos de mi madre. ¿Por qué te crees que está como está, que no se levanta de la cama?

—Lo siento. No lo sabía.

Se habían puesto serias. Cristina hizo un gesto cómico de desesperación y trató de bromear.

—¡Este Eloy…! ¿Y de Bernabé tampoco te ha hablado?

—Es el que está en la cárcel, ¿no? Tienes razón. Nunca cuenta nada.

—¿Pero vosotros sois novios? —preguntó Cristina, maliciosa, y Gloria no pudo evitar ponerse colorada.

—¡Novios, novios…!

Dejaron que pasara el tranvía y se apresuraron a cruzar el paseo. Cuando empezaron a subir por Moyano, amenazaba lluvia. Algunos libreros guardaban cajas y retiraban mesas y tenderetes. Gloria iba a tiro hecho. Pasó por delante de las primeras casetas sin desviar la mirada y se plantó ante un hombre con blusa de campesino y boina calada.

—Buenos días, don Mariano.

Fue sacando los libros uno a uno y colocándolos en abanico. Cuanto más los elogiaba ella, más se esforzaba él por fingir indiferencia. Aquello no era tanto una negociación como un teatrillo en el que cada cual se limitaba a interpretar su papel. Gloria dijo que su padre se había gastado una fortuna en libros y que muchos de ellos se los había comprado a él, a don Mariano.

—Y no precisamente baratos.

También ese tira y afloja parecía responder a un guion preescrito, y el librero sonreía como diciendo: ¿cuántas veces vas a utilizar ese argumento? El regateo concluyó con unas frases que formaban parte del ritual:

—Estos libros tienen poca salida.

—Algunos no tienen ni cinco años. Y están nuevos. Como recién comprados.

—Te doy dos duros.

—¿Ni una peseta por libro?

—Tres duros. —El hombre sacó unos billetes roñosos e hizo un gesto de fatalidad—. Y pierdo dinero.

Gloria se guardó el dinero y dijo adiós con la mano. Las chicas cruzaron de nuevo el paseo y, ya bajo la lluvia, volvieron por la calle Santa Isabel. Junto al solar en el que estaban construyendo un mercado había un ultramarinos con cajas de arenques y sacos de legumbres. De un poste con unos pinchos en forma de ese colgaban grandes racimos de plátanos. Gloria compró dos y le dio uno a

Cristina.

—Toma. Tu parte.

—¡Ya ni me acuerdo de a qué saben! —Cristina se peló el plátano, le dio un mordisco y puso los ojos en blanco—. ¡Hum! ¡Qué rico!

—Antes era porque las Canarias cayeron en zona fascista. Ahora, porque no hay nada de nada…

—Y, si hay, no hay con qué pagarlo. —Se quedó mirando a Gloria y añadió—: Oye, ¿a ti Eloy no te habrá pedido prestado dinero?

—¿A mí? —La otra negó con la cabeza—. ¿Para qué?

Cristina se lo resumió delante del portal, cuando ya se habían acabado los plátanos y estaban despidiéndose:

—Si pagábamos a no sé qué funcionario, destruirían el expediente de Bernabé y los de la cárcel tendrían que ponerlo en libertad.

—¿Pagar? ¿Cuánto?

—Diez mil, creo. En fin, qué sé yo… —Hubo un silencio extraño y Cristina añadió—: ¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara? —Gloria trató de sonreír—. No pongo ninguna cara.

—¿Vendrás a buscarme otro día?

—Claro.

Cristina echó a correr hacia el patio. Gloria cruzó la calle, pensativa. Había dejado de llover.

El coche, un Hispano-Suiza, llevaba en las puertas el rótulo de la Comisión Revisora, además de la torre y el león rampante de la Primera Región Militar. De vuelta de Ciudad Real tuvieron un reventón en la recta de entrada a Illescas. El vehículo dio unos bandazos a derecha e izquierda y acabó apuntando con el morro hacia un campo abandonado.

—¡Dios santo! —Revilla, que iba medio dormido en el asiento de atrás, dio un respingo.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Aníbal, con las manos sobre el salpicadero.

Salió con el conductor a echar un vistazo. Dos días antes habían tenido otro reventón llegando a Puertollano y el día anterior, un pinchazo cerca de Miguelturra. Habían gastado, por tanto, las dos ruedas de recambio. Apoyó un pie en el estribo y señaló una de las ruedas viejas, encajada en el hueco del guardabarros, a la derecha del motor.

—Ve a buscar un taller —dijo—. Que te pongan un neumático nuevo.

—Necesitaré dinero para pagarlo —dijo el soldado.

Revilla gritó desde dentro del coche:

—¡Que envíen la factura a Capitanía! ¡Diles que, como se les ocurra protestar, los mando a la cárcel por desacato a la autoridad!

—A sus órdenes, don Matías.

—¡Pero date prisa! ¡Solo me faltaría tener que pasar la noche en este lugar de mierda!

Mientras el chico se alejaba corriendo en dirección al pueblo, Revilla salió a mear. El terreno era tan llano que la mirada parecía llegar más allá del horizonte. Solo el rojo intenso de las amapolas alegraba un poco el paisaje. Se oía el rumor del viento, que levantaba efímeras nubes de polvo.

—¿No hay aquí ni un mísero árbol? —dijo, malhumorado, oteando los campos.

Aníbal se volvió de espaldas para dejarle orinar a gusto, cosa que hizo sobre uno de los postes de electricidad alineados al otro lado de la carretera. Volvió abrochándose la bragueta y se detuvo detrás del Hispano-Suiza. Señaló el portaequipajes.

—Ábreme esto.

En su interior, metidos en sendos cajones de fruta, había dos petates llenos de alhajas, relojes antiguos, colecciones de monedas, cubiertos de oro y plata, figuritas talladas en metales preciosos. Aníbal aflojó el nudo corredizo y vació el contenido del primer petate en el cajón. Luego hizo lo mismo con el segundo. Estaba todo mezclado de cualquier manera, como en los tesoros de los cuentos infantiles. Por la rendija de la portezuela entraba un rayo de sol que rebotaba en las joyas extrayendo de ellas los destellos más vistosos. Revilla hundió la mano en uno de los montones y lo revolvió como si fueran granos de café. Soltó un suspiro de aprobación. En las provincias que habían estado bajo administración republicana hasta el final de la guerra la ganancia siempre era mayor que en las que habían estado desde el principio en el lado nacional, como Ávila o Toledo. El botín de ese viaje había sido notable.

—¿Aparto el oro? —preguntó Aníbal.

Fue seleccionando una a una las joyas más valiosas y metiéndolas en un maletín de cuero como los de los practicantes. El resto lo repartía a bulto entre los dos petates: la plata, en uno; lo demás, en el otro.

—¿Qué problema tienes con tu hermano? —dijo Revilla.

—¿Con mi hermano? —Aníbal negó con la cabeza—. Ya ha visto usted que hace todo lo que yo le digo.

—Me dijo Valentín que os lleváis como el perro y el gato.

—¿Eso le dijo?

Siguió separando el oro de la plata. Cuando una de las piezas le parecía sospechosa, la frotaba contra la carrocería del coche y estudiaba la marca que dejaba. Otras veces les pasaba por encima un imán en forma de u. Mostró a Revilla un collar que colgaba de los dos polos del imán como si fuera una culebra.

—Quincalla. —Lo lanzó a la cuneta—. ¡Adiós!

—¿Me lo vas a contar o no?

—¿El qué?

—Lo de tu hermano. ¿Por qué os odiáis?

—Esteban siempre fue el preferido de mi padre. El serio, el formal, el trabajador. Mientras él dedicaba las noches a estudiar, yo las pasaba en tabernas y burdeles. O directamente en el calabozo. Estuve un tiempo fuera. Primero, en África, en la Legión; luego, en Canarias y Andalucía, trabajando como payaso. Cuando volví, nuestro padre había muerto y todo lo que tenía se lo había quedado él. ¡Y luego me echaba la bronca si alguna vez le pedía dinero para pagar al abogado!

Se encogió de hombros como dando a entender que eso era todo pero, pasados unos minutos, prosiguió exactamente donde lo había dejado:

—Una parte de ese dinero era mía. Si me hubiera dado lo que me correspondía, no habría tenido que pedirle nada. ¿Hay algo más humillante que tener que mendigar lo que te pertenece? —De repente se echó a reír—. Le voy a contar cuál ha sido mi venganza. A Rosario, su mujer, la conocí yo antes que él. Nunca fuimos novios ni nada de eso, pero él sospecha que pudo haber algo entre nosotros. Más de una vez se habrá preguntado si Rocío es hija suya o mía. Yo hago todo lo que está en mi mano por ganarme el corazón de la niña. ¡Cuanto más cariño me tiene, más nervioso se pone el padre, ja, ja! ¡No hay más que verle cada vez que le llevo algún regalo, ja, ja! Esa ha sido mi venganza: hacerle sentir como un cornudo.

En todo ese tiempo no había pasado ningún vehículo. Vieron llegar un autobús de línea con la baca atestada de fardos y maletas. Se detuvo junto a ellos y el conductor se ofreció a ayudar, pero Revilla, por gestos, le ordenó seguir. Se volvió hacia Aníbal.

—¿Trabajando como payaso?

—El payaso Patatín.

—Así que había un Patatán. ¿Qué fue de él?

—Ni idea. Le perdí la pista. Era bastante rojillo. Vaya usted a saber.

Concluyó la selección y apretó las cuerdas de los petates. Después levantó el maletín y trató de hacer un cálculo aproximado:

—¿Tres kilos? ¿Cuatro?

—Y seis también —dijo Revilla, que luego añadió muy serio—: ¿Te crees que no me doy cuenta de que me estás robando?

Aníbal negó con la cabeza pero, al ver que el otro no alteraba el semblante, acabó admitiendo:

—Alguna vez me he guardado algún detallito para Rocío. Solo eso. Le juro que ha sido muy poca cosa, don Matías.

Revilla emitió un bufido y dijo, armándose de paciencia:

—Vamos a ver si me explico. Lo que no es de nadie no es de nadie. Está claro, ¿no? Y, si no es de nadie, no hay ningún motivo para que yo no lo coja. Pero si tú coges algo de aquí lo estás robando, porque todo esto es mío. ¿Entendido?

—Sí, don Matías.

—Muy bien. —Lanzó una mirada en la dirección en la que se había marchado el soldadito y agregó—: ¡A ver si vuelve de una vez este imbécil!

Como Bernabé no hacía más que frotarse la muñeca, Eloy creyó que seguía teniendo sarna.

—No. No es sarna. Son forúnculos. Por la mala alimentación. —Hizo un gesto hacia el funcionario del vergajo y añadió—: Y estos salvajes, que nos atan demasiado fuerte.

El hombre, que estaba justo al lado, no quiso darse por aludido. Bernabé levantó la voz para asegurarse de que le oía:

—Vas a la enfermería y no tienen ni tintura de yodo. ¡Chinches y piojos! ¡Es lo único que hay!

Eloy abrió la cesta de mimbre y mostró su contenido. El funcionario metió una mano y rebuscó a tientas entre los paquetes. Bernabé miraba a su hermano pero seguía hablándole al funcionario:

—¿Sabes lo que hacen los enfermos para que las chinches no suban a las camas? Meter las patas de las camas en unas latas llenas de agua. ¡Pero ni aun así! Suben por la pared y se descuelgan desde el techo. ¡Qué listas son las chinches!

El funcionario autorizó la entrega con un movimiento de cabeza y se alejó un par de metros. Bernabé adoptó un tono confidencial para decir:

—Aquí solo te respetan si eres más chulo que ellos. Es la ley de la cárcel. ¿Y Cristina?

—No ha podido venir.

—¿Y esa cara tan triste?

—Te he conseguido tocino. No ha sido sencillo.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

El chico, avergonzado, le confesó el fracaso de su plan: los que tenían que facilitar su salida de prisión se habían echado atrás en el último momento. Pero al menos no le habían engañado: había recuperado el dinero y ahora no sabía muy bien qué hacer con él… Bernabé le interrumpió con sequedad:

—¿Qué tal si le pagas al tío Germán toda la miel que te llevaste?

Eloy, contrariado, trató de adivinar qué era lo que su hermano sabía y lo que no.

—¿Cómo te has enterado? ¿Cuándo ha estado Cristina aquí? ¿Qué más te ha contado? ¿Te ha contado lo que ocurrió en la estación? ¿Y cómo es que viene a verte y no me dice nada?

—Seguro que tampoco se lo has dicho tú hoy.

Aunque se comunicaban en murmullos, sus palabras les llegaban precisas y definidas por encima de la algarabía general. Eloy se llevó una mano al entrecejo. Parecía un niño a punto de llorar.

—Me he arriesgado, he luchado… —dijo—. No puede ser que mi esfuerzo no sirva para nada.

—No le des tantas vueltas. Las cosas no siempre salen como tendrían que salir. Mírame a mí. —Señaló con la cabeza la fila de presos apiñados contra los barrotes—. Mira a todos estos.

Eloy bajó aún más la voz para decir:

—Tiene que haber alguna manera de sacarte de aquí. ¿No hay nadie en el Partido que sea experto en fugas? Seguro que sí. ¿Cómo no va a haber? Necesitarán dinero para los preparativos. Yo qué sé: herramientas, vehículos, documentación falsa… ¿Bastará con las diez mil pesetas? Tú me dices a quién tengo que entregárselas y yo…

—Las cosas no funcionan así —le cortó Bernabé con semblante serio, y Eloy, decepcionado, no podía parar de repetir:

—¿Cómo funcionan? ¿Eh? ¿Cómo funcionan? ¿Me vas a decir cómo funcionan?

Los presos entraban y salían a espaldas de Bernabé mientras los funcionarios recitaban nombres en voz alta y reclamaban la atención de las familias. Entre los que se sentaron en su mismo banco había un hombre de abundante pelo negro. Era Guillermo Ascanio, un héroe del Ejército Popular, uno de los militares más queridos por los madrileños. A Eloy el nombre le resultaba familiar: era uno de esos apóstoles de la Pasionaria que había mencionado el abogado Rubiños. Bernabé le contó que, como se mantuvo fiel a Negrín en el levantamiento de Casado, había terminado la guerra encerrado en una cárcel republicana.

—Allí se lo encontraron los fascistas. No tuvieron ni que

molestarse en buscarlo. Yo al menos tuve la oportunidad de escapar. En cambio, él… Ya lo ves: primero, preso de la República y luego, preso de Franco. Sin salir de la celda.

Eloy lo observaba ahora con un fervor casi religioso. Aquel hombre, además de un héroe, era un personaje de tragedia, un ser injustamente condenado por el destino, la encarnación misma de la lealtad frente a la traición.

—También a él habría que sacarlo de aquí, ¿no crees? —Bernabé levantó la barbilla hacia la fila de reclusos—. Y a ese de ahí, y a ese… ¿Te cuento sus vidas? No vale la pena. Pero acuérdate: nuestra causa es más importante que nosotros. ¿Tú quieres ayudar?

—Dime qué tengo que hacer y lo hago.

—Derribar el régimen. Solo eso. —Su sarcasmo era involuntario —. Tenéis que organizaros los que estáis fuera. Es la única manera de ayudarnos.

El funcionario estaba otra vez junto a ellos, que ahora, más que pronunciar las palabras, se limitaban a silabearlas, dibujándolas en el aire.

—Seguimos teniendo mucha gente ahí fuera, pero están todos desperdigados —prosiguió Bernabé—. Nadie sabe lo que tiene que hacer. Y menos así, en la clandestinidad. La vida se ha vuelto peligrosa. Si de verdad quieres ayudar, se pondrán en contacto contigo.

—¿Quién?

Su hermano frunció los labios y se encogió de hombros: él no tenía que preocuparse por eso. Eloy sonrió y para disimular ante el funcionario dijo:

—Esos forúnculos. Tendrás que cuidártelos.

El cuarto de su madre, que era también el de Cristina, estaba siempre en penumbra. Eloy, con los ojos entornados, asomó medio cuerpo.

—Tengo que salir —dijo—. ¿Te encuentras mejor?

Oyó el roce de las sábanas y su vocecita temblorosa.

—¿Por qué vas así vestido?

—Eso le he preguntado yo —dijo Cristina desde fuera.

Se había puesto un traje de Bernabé que estaba casi sin estrenar. Le colgaba por todas partes y se le formaban unos pliegues grandes y feos. Parecía uno de esos enfermos que salen por primera vez a la calle después de una larga convalecencia. Cristina abrió del todo la puerta para que entrara la luz del patio. Llevaba en la mano la caja de pastillas de café con leche que usaban como costurero.

—Te sobran mangas, te sobran hombros… Deja al menos que te ponga unos imperdibles.

Eloy se sentó en la cama de Cristina y agarró la mano de su madre. Esta se esforzaba por sonreír. De golpe su rostro se contrajo en una mueca. Todo la hacía llorar, incluidas las manifestaciones de cariño. El chico esperó a que cesaran los sollozos para decir:

—Anímate un poco.

—No es nada. No tengo ganas de vivir. Solo es eso.

—Hay que mirar adelante. No nos queda otra.

—¿Mirar adelante? ¿Te digo lo que veo delante?

Eloy le besó el dorso de la mano y se puso de pie. Cristina, que estaba improvisando un dobladillo, protestó:

—¿Te quieres estar quieto? Así no hay manera.

Terminó de ajustarle el traje en la cocina. Era una labor complicada porque había que evitar que los imperdibles quedaran a la vista.

—Cuando no lo necesites, se los quito y ya está. Podrá ponérselo él.

—¿Él? ¿Quién? ¿Bernabé?

Cruzaron una mirada fugaz: ¿volvería su hermano a ponerse un traje alguna vez? Cristina le preguntó de nuevo por qué se había arreglado tanto.

—¡Pero qué fisgona eres!

Mientras ella guardaba el costurero, él aprovechó para coger un sobre escondido bajo el armario de su cuarto. Era el dinero. Se lo guardó en el bolsillo interior, se abrochó la chaqueta y se fue. Cristina se asomó al patio y lo siguió con la mirada por las escaleras. La vivienda familiar daba a un callejón trasero. Para ver quién entraba o salía del portal tenía que colarse en alguno de los pisos del otro lado: ¡la de horas que había pasado en la infancia mirando la calle desde la ventana de la gorda Anita! Durante el día todos los vecinos dejaban las puertas abiertas. Entró corriendo y apartó los visillos. Anita, a su espalda, soltó un bufido de advertencia cuando Eloy cruzó la calle. Apenas unos segundos después, como si hubiera estado agazapado en algún sitio, se le unió otro hombre, tan trajeado como el propio Eloy.

—¿Quién es ese? —preguntó Anita.

—No tengo ni idea.

—Muy peripuestos van los dos.

Era Amancio, el de la bodega junto a la plaza de toros, aunque ante Eloy se había presentado como Perico. Eloy, a su vez, tenía que adoptar su propio nombre de guerra.

—¿Ya lo has decidido?

—Había pensado en Donato.

—Es casi como tu apellido.

—¿Qué más da eso?

—Por si acaso. Mejor Renato. Y recuerda: nadie del Partido tiene que saber tu verdadero nombre.

Callejearon en dirección a la Puerta de Toledo y luego torcieron hacia la iglesia de la Paloma. Era día de primeras comuniones. La ceremonia acababa de concluir y la plaza se había llenado de gente: adultos con ropa de domingo, ancianas con mantilla y misal, niños vestidos de blanco que jugaban a perseguirse entre las columnas del pórtico, adolescentes que fumaban detrás de los árboles. Un griterío de patio de colegio rebotaba en las fachadas cercanas. En la esquina más alejada, en torno a una niña que era toda tules y gasas, como si la hubieran disfrazado de novia o de hada, había una docena de personas que se mantenían ajenas a esa atmósfera alegre y bulliciosa. Amancio y Eloy se dirigieron hacia allí y el grupo echó inmediatamente a andar.

El convite era la tapadera. Se celebraba en una azotea decorada con banderitas de colores, como en las fiestas de los pueblos. Las mujeres iban de aquí para allá con marmitas de ponche y bandejas de buñuelos y sardinas fritas. Junto a los tendederos unos chicos armaban un globo de papel de seda. Bajo el tejadillo de la escalera había una guitarra y unas panderetas, por si a alguien le daba por cantar. Nunca la policía sospecharía de una fiesta así.

—Por aquí —oyeron decir.

El que había hablado era Quintín, un individuo de acento canario con las gafas remendadas con esparadrapo. Junto a él esperaban cuatro hombres sobre los que parecía tener cierta autoridad. Uno de esos hombres era Paniagua, el tapicero, a quien todos conocían como Bienvenido. Entre los recién llegados y los que ya estaban allí sumaban once personas, todos hombres, todos vestidos con una elegancia pueblerina y extemporánea. Parecían actores de una compañía pobre preparándose para representar una comedia de costumbres. Eloy no conocía a nadie pero Amancio sí, incluido uno que había llegado con Paniagua. Aunque se hacía llamar Julio, no era otro que Valentín. Paniagua quiso felicitar a Amancio por el nacimiento de su hijo, pero él negó con la cabeza. Murmuró:

—Cuanto menos sepamos unos de otros, mejor. —Y lanzó a Valentín una mirada de desconfianza.

—Abel os indica —dijo Quintín.

El tal Abel era el padre de la comulgante y, por tanto, el que había proporcionado el lugar para la reunión. Lo siguieron al otro

extremo de la azotea, junto a un pequeño gallinero levantado con unos tablones y una malla metálica arrancada de quién sabía dónde. El sitio, aunque incómodo y mal ventilado, estaba a salvo de miradas indiscretas. Alguien mostró un ejemplar manoseado y viejo de *Mundo Obrero* . Eran dos hojas mal impresas que les habían hecho llegar los camaradas de Toulouse, donde el ilegalizado Partido Comunista se movía en la clandestinidad. Varios de los artículos anunciaban la inminente caída del régimen, víctima de sus propias contradicciones. Quintín, con un brillo de exaltación en la mirada, resumió su contenido:

—La situación está a punto de saltar por los aires. En algunas ciudades, falangistas y requetés se enfrentan a tiro limpio por las calles. Y la guerra europea ha puesto en marcha varias conspiraciones contra Franco: servicios secretos, generales… ¡Dicen que Franco y Serrano Suñer se odian a muerte y que solo esperan la ocasión de traicionarse el uno al otro! Todo eso, por supuesto, no llega a la gente, al pueblo. ¡Menudos esfuerzos ha de hacer la censura para que no nos enteremos! —Se llevó una mano a la nariz con gestos teatrales—. ¿No lo oléis? ¿No oléis la descomposición? La dictadura es un organismo agusanado, putrefacto, moribundo. No hará falta ni agitarla para que caiga como fruta madura.

La inflamada oratoria de Quintín fue poco a poco enardeciendo a aquellos hombres, incluidos los que al principio se habían mostrado más reticentes. El propio Eloy, aunque no creía que en Toulouse estuvieran mejor informados que en Madrid sobre la situación española, sentía cómo aquellas palabras lo transportaban a una realidad superior, más limpia, más hermosa.

—La lucha continúa. ¿Quién dice que la guerra ha terminado? La guerra solo terminará cuando *nosotros* cantemos victoria. Yo os digo, camaradas, que ese momento está mucho más cerca de lo que parece. Un comunista no se rinde nunca, ¡y menos cuando su sacrificio y su lucha son más necesarios!

Un hombrecito pequeño y calvo en el que Eloy no había reparado levantó la mano para intervenir. Habló de forma vacilante, deteniéndose en mitad de las frases, como si cada palabra le costara un gran esfuerzo.

—Yo ya no sé qué pensar. ¿Os acordáis de cuando decíamos que había que…, que había que seguir combatiendo porque en cualquier momento estallaría la guerra en Europa? Se suponía que esa guerra llegaría a España y que los otros países nos ayudarían a derrotar a Franco. Por alargar la guerra tuvimos que pagar un alto precio en sangre y sufrimiento. ¿Os habéis olvidado de la traición de Casado? ¿Y

de todos los camaradas que acabaron muertos o en la cárcel? —Hizo aquí una larga pausa—. Ahora me pregunto qué países…, qué países eran los que nos habrían ayudado. ¿Rusia?

—Estás hablando de la patria de los trabajadores —le interrumpió Quintín, severo.

—Estoy hablando de Stalin, que ha pactado con Hitler. ¿Cómo nos va a ayudar a derrotar a los fascistas alguien que está en el mismo bando que los fascistas?

—¿No estarás sugiriendo que Stalin ha traicionado a los trabajadores?

—Yo solo digo que desde cuándo se combate el fascismo aliándose con él… —dijo el otro, bajando la cabeza—. Has hablado de las contradicciones de aquí. Pero donde de verdad hay contradicciones es allí fuera, en Europa…

—Esa es una guerra imperialista y la clase obrera no tiene por qué tomar partido.

—¿Imperialista? Es una guerra entre la democracia y el fascismo. Y Stalin se ha puesto del lado de Hitler para repartirse el botín con los fascistas. ¿En eso consiste el internacionalismo proletario?

Quintín estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Pero tú quién te crees que eres, Remigio? ¿Te crees superior a Stalin? ¿Te crees que sabes más que él? ¿De dónde te viene esa arrogancia? Digo yo que, si Stalin hace lo que hace, será por algo. Tendrá sus razones. Lo que no tiene es la obligación de contárnoslas ni a ti ni a mí. —Adoptó un tono burlón—. ¿O piensas que sí? ¿Piensas que Stalin, el padre de los pueblos, el constructor del socialismo en el mundo, se va a colar en una fiesta de primera comunión para darte explicaciones a ti, que no tienes ni estudios? «Atiende, Remigio, te voy a consultar mis planes…»

Se oyó alguna risa aislada. Valentín, abstraído hasta ese momento, se encaró con el hombrecito:

—¿Esa es la disciplina de los comunistas? ¿Desde cuándo un comunista discute las decisiones del politburó? A lo mejor es que en realidad no eres un comunista sino un…, un socialdemócrata. ¿Sabes cómo llamábamos en la guerra a los tipos como tú? Derrotistas. ¿Y sabes lo que les pasaba a los derrotistas? —Se pasó el dedo índice por el pescuezo—. Solo te digo una cosa: quien diga que Rusia traiciona a la clase obrera es un traidor.

Siguió a sus palabras un murmullo de conformidad. Remigio, avergonzado, se marchó sin despedirse. Quintín dedicó a Valentín un gesto de aprobación.

—Bien dicho, camarada Julio. ¿Alguien más? ¿Alguien más se

quiere ir? —Miró a los otros, uno a uno, y, como vio que nadie se movía, añadió—: Stalin confía en nosotros. ¡No vamos a ser nosotros los que desconfiemos de él!

Luego explicó la situación del Partido en España. Que la dirigencia estuviera fuera no quería decir que estuvieran solos. Quería decir que tenían que estar preparados, más preparados que nunca. Su primera misión era reorganizarse: en todas las provincias se estaban celebrando reuniones como aquella para constituir los comités. Era el momento de repartir los cargos. Nadie discutió el nombramiento de secretario general, que solo podía corresponderle a él. Cuando hubo que asignar las secretarías de organización, propaganda y solidaridad, Valentín fue de los que levantaron la mano. Amancio habló al oído del canario:

—¿Qué hace ese aquí? —No hacía falta decir que se refería a Valentín—. No me fío.

—Fue de las JSU.

—En las JSU se metieron muchos fascistas.

—¿Pero no has oído lo que acaba de decir? Si hay un buen comunista entre nosotros, es él. Y está haciendo mucho por el Partido. Se está volcando con el Socorro Rojo. Desde que colabora con Bienvenido, recaudan el doble con los cupones y podemos llevar algo de comida y medicamentos a los presos.

Intuyendo que estaban hablando de él, Valentín les hizo un gesto con la cabeza. Amancio zanjó la conversación:

—Te digo que no me fío.

A espaldas de Eloy, las gallinas los observaban con sus miradas antipáticas y sus crestas arrugadas. Algunas de ellas, escuálidas, hambrientas, picoteaban las cuerdas que sostenían la malla. Abel las espantaba dando golpes con una tabla. Los animales soltaban un cacareo de protesta, aleteaban con furia y se refugiaban en los ponederos, dejando en el aire un revuelo de plumón. Amancio hizo una señal a Eloy, que le entregó el sobre del dinero.

—De parte del camarada Renato —dijo en alta voz, para que todos lo oyeran.

Tendió el sobre a Paniagua, que sacó un fajo de billetes y pasó el pulgar por el canto. Se oyeron exclamaciones de asombro. No era para menos. Saltaba a la vista que allí había un dineral. Quintín preguntó a Eloy por su procedencia, pero el que contestó fue Amancio:

—Lo ha heredado de su abuelo aristócrata. —Algunos rieron—. ¿Qué más da eso? Si lo hubiera robado, nos serviría igual, ¿no? De hecho, tenemos que empezar a pensar en nuevas fuentes de ingresos. Por ejemplo, montar atracos.

Los camaradas, sobrecogidos, guardaron silencio. Aquellos hombres eran obreros, artesanos, maestros, oficinistas. Pero no eran delincuentes. No habían entrado en el Partido para atracar estancos o estafetas de correos. Habían entrado para ayudar a realizar un sueño de justicia e igualdad.

—¿No decís que la guerra continúa? Pues las guerras cuestan dinero. ¡Si tenemos que depender de los cupones…! —Amancio dedicó a Paniagua una media sonrisa—. Yo solo os digo que no debemos tener miedo. Ahora sabéis lo que es la clandestinidad. La clandestinidad es disparar con fuego real. Y saber que te pueden detener o matar. Y confiscar dinero para el pueblo. Eso también es la clandestinidad. ¿O no?

Se oyó un rumor de protesta y varios de los presentes se pusieron a hablar a la vez, quitándose la palabra unos a otros. Unos aprobaban el plan de robar para el Partido, otros lo entendían pero no lo compartían, otros ni lo uno ni lo otro. Había también quien decía que para qué tanto hablar de la clandestinidad si de verdad iban a volver a ser legales pronto… Quintín trataba de poner orden y repartir los turnos de intervención, pero no era sencillo. El alboroto concluyó cuando desde el otro extremo de la azotea les llegó el grito unánime de la chiquillería:

—¡Aaaaarrriba!

Acudieron a ver qué ocurría. Era el globo. El globo de papel. Finalmente la mecha de cáñamo había prendido y el globo, al tiempo que se hinchaba con el aire caliente, empezaba a alzar el vuelo. Se elevaba muy lentamente sobre el suelo de terrazo y se dirigía hacia el antepecho, como si su intención fuera encaramarse para tomar impulso y saltar a la calle. Un olor intenso a parafina se mezclaba con el humo de la fritanga. En la embocadura del globo se dibujaba, debido a la refracción, un halo que alteraba las formas y las proporciones. Un leve cambio en la dirección del viento lo llevó a chocar contra un remate de ladrillo, en el que parecía que fuera a quedarse atascado. Pero fue solo un instante. Con un suave contoneo superó el obstáculo y pasó al otro lado, sosteniéndose en el vacío.

—¡Aaaaarrriba!

Los niños aplaudían entusiasmados. Los de la reunión clandestina, que se habían mezclado con la fiesta, lo miraban sonrientes. Abel levantó en brazos a su hija, vestida de novia diminuta, para que no se perdiera el espectáculo. El globo flotaba majestuoso entre ese edificio y el de enfrente, y a la luz del mediodía su sombra se dibujaba con nitidez sobre el adoquinado. Cuando parecía que perdía altura y estaba a punto de caer sobre chimeneas o balcones, remontaba el

vuelo con inesperada ligereza. Era de un color naranja muy vivo, casi amarillo, y recordaba las ilustraciones de medusas en los libros de ciencias naturales. Una ráfaga de viento lo impulsó de golpe hacia arriba y, tras un momento de inmovilidad, otra ráfaga hizo lo mismo, con más fuerza. Ahora, más cerca del cielo que del suelo, lo que todos veían no eran ya casas sino nubes. El globo se alejaba definitivamente y para siempre. Aquello era sin duda la metáfora de algo, pero nadie sabía de qué.

Cuando Basilio entró, estaba concluyendo un funeral. Se sentó en el extremo del último banco y esperó. El muerto no debía de ser un cualquiera. El templo estaba casi lleno y las condolencias, que los deudos agradecían con sobriedad desde el presbiterio, se prolongaron durante diez minutos. Los feligreses tardaban en salir y luego se demoraban en el atrio con las despedidas. Al cabo de un rato, cuando ya solo quedaban esas cinco o seis personas desperdigadas que siempre hay en las iglesias, buscó un sitio desde el que no tuviera que ver a nadie y acabó sentándose en el primer banco. El recuerdo del gentío reciente aumentaba la sensación de soledad. Ante sí tenía el altar, el sagrario y el suntuoso retablo, enmarcados por unas columnas salomónicas. La mirada, sin embargo, se le iba hacia la grieta de siempre, la enorme hendidura en forma de i griega que descendía en diagonal por la pared. El cielo, al otro lado, más que verse se adivinaba, y Basilio pensaba en las tormentas de verano y en los rayos, que al resquebrajar el firmamento desvelaban por unas décimas de segundo una inmensa claridad escondida, acaso la luz del infinito. El misterio le atraía mucho más que cualquier cosa que estuviera a la vista, por grandiosa que fuera, y sin duda intuía mucho más misterio en esa humilde grieta y en la bóveda deteriorada y en el sucio techo que en las resplandecientes figuras del retablo. Si Dios estaba en algún sitio, era ahí, en los rincones más modestos y discretos. Recordó una cita del Nuevo Testamento oída muchos años atrás en clase de religión y no pudo sino pronunciarla entre dientes:

—«Vengan a mí quienes estén cansados y yo les daré descanso.»

Desde luego, el recogimiento y la serenidad que se respiraban en aquella iglesia procuraban a su alma ese cálido reposo que en los últimos años le había sido tan necesario y tan esquivo. A veces rezaba alguna de las oraciones aprendidas en la infancia o repetía para sus adentros el estribillo de una vieja canción de iglesia, pero en general no hacía falta nada de eso. Le bastaba con estar. Estar allí, a solas con Dios o, en el peor de los casos, consigo mismo. Eso le proporcionaba

fuerzas para seguir vivo y le hacía sentir que una parte de él había renacido. Cerró los ojos y aspiró con fuerza por la nariz. Olía a cera derretida, a barniz y a incienso. Luego se concentró en el silencio, que no era un silencio vacío sino lleno, un silencio resonante como el que queda flotando en el aire cuando el organista termina de interpretar una pieza. Sin darse cuenta, Basilio iba desprendiéndose de sí mismo, ausentándose de todo lo tangible y material que lo rodeaba. Dejaba de sentir el respaldo del banco en los riñones y el asiento de madera bajo las nalgas y el peso del sombrero sobre los muslos y el tacto de la ropa en la piel y el puente de las gafas sobre la nariz… Era una sensación que le gustaba, una especie de trance en el que la consciencia se retiraba poco a poco, sin alcanzar nunca el total desvanecimiento. Lo más parecido sería un duermevela, si el duermevela fuera un estado en sí mismo y no la fase intermedia entre el sueño y la vigilia. En ese estado el tiempo entraba en suspenso, como algo que no existe o que no es posible medir, y Basilio tenía la certidumbre de estar viviendo un pedazo de eternidad, la ansiada eternidad de los creyentes…

Un sonido lo sacó abruptamente de su ensimismamiento. Mientras recuperaba la plena noción de la realidad lo identificó como un sollozo, un sollozo de mujer, y por algún motivo dio por hecho que procedía de los confesionarios. Pero no tardó en refutarse a sí mismo:

—¿A estas horas confesando?

Le llegó un nuevo sollozo, similar al anterior. Se volvió a mirar. En una de las filas centrales, una mujer arrodillada se tapaba la cara con las manos y sacudía la cabeza, cubierta por un velo negro de organdí. Había alguna otra persona en el templo, pero estaba claro que la gimiente era ella. Aunque la postura, la distancia y la escasa iluminación no ayudaban, distinguió en esa mujer algo que le resultaba familiar. Dejó pasar unos segundos. Luego se sacudió el sombrero en las rodillas como si se le hubiera ensuciado y se levantó para salir. La reconoció algunos metros antes de llegar. Era Alicia, la amiga de su hija. Para inclinarse hacia ella se apoyó en el pasamanos del reclinatorio.

—¿Pero qué te ocurre, chiquilla? —Hablaba en susurros—. ¿Qué es eso tan grave?

Alicia se sonó ruidosamente y se esforzó por sonreír.

—No es nada, Basilio. Muchas gracias.

—¿Seguro?

—Seguro, seguro… No es nada. De verdad.

—¿Y tu familia? ¿Están todos bien?

—Sí, sí… Todos bien. En el pueblo.

Quiso enjugarse las lágrimas con el pañuelo pero estaba tan usado

que no encontró una esquina limpia. Basilio sacó su propio pañuelo y se lo tendió sin desdoblarlo. Alicia se pasó el borde por las comisuras de los párpados y trató de devolvérselo. Él, al tiempo que negaba con la cabeza, se fijó en sus uñas, mordisqueadas y feas, con restos de pintura.

—¿Necesitas algo? ¿Puedo hacer algo por ti? Tengo una idea. ¿Por qué no te vienes hoy a cenar y hablas un poco con Gloria? ¡Es tan importante tener alguien con quien hablar! Ah, claro, que esta noche trabajas… ¡Qué cabeza tengo! Bueno, ya sabes que para mí eres como de la familia. Una hija más. Cualquier cosa que necesites…

Ella forzó la sonrisa un poco más y negó insistentemente con la cabeza. Basilio le hizo un gesto de despedida y se encaminó hacia la salida. Cuando ya estaba llegando a la puerta, notó que ella lo seguía. La esperó. Alicia, aún llorosa, se detuvo delante de él.

—Un abrazo. Es todo lo que necesito. —Aun susurrante, su voz rebotaba en las altas bóvedas—. Abráceme, Basilio, por favor.

El hombre abrió los brazos y la chica buscó refugio entre ellos. Permanecieron así, inmóviles, durante más de un minuto. Después ella se apartó lentamente, volvió a enjugarse las lágrimas y dijo sin levantar la vista:

—Muchas gracias.

Se detuvo un instante a recuperar el resuello y luego subió a la carrera el último tramo de escaleras. La buhardilla de su amiga estaba al final de un angosto pasillo en forma de ele. Desde antes de llegar a la esquina se oía un ruido como de arrastrar muebles. La puerta estaba abierta y la portera se asomaba al interior del piso con gesto aprensivo. Pero era su gesto habitual. Aunque no sabía su nombre, Gloria la conocía de toda la vida.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Ocurrir? —La mujer se apartó haciendo la señal de véalo usted misma y repitió—: ¿Ocurrir?

Gloria entró hasta el pequeño dormitorio, en el que un hombre con un blusón manchado de pintura apoyaba la cama contra la pared más alta. El barreño estaba volcado en el suelo, delante de un charquito de agua, y los escasos muebles se amontonaban en un rincón cubiertos con sábanas viejas. De las fotos, la ropa y el resto de pertenencias de Alicia no había ni rastro. La portera, que se había decidido a entrar, dijo:

—Estas paredes llevan sin pintarse desde los tiempos de Maricastaña.

Gloria se volvió hacia ella.

—¿Dónde está Alicia?

—Se ha ido al pueblo.

—¿Así? ¿De repente? ¿Sin despedirse? —Reflexionó unos segundos y exclamó—: ¡No habrá sido por lo de los robos…!

—¿Qué robos?

—En el cine. Les han entrado dos veces a robar.

La mujer negó con la cabeza, dando a entender que sabía más cosas de las que podía contar.

—¿No ha dicho cuándo pensaba volver?

—¡Volver! —repitió la otra, hundiendo la barbilla en la papada y abriendo mucho los ojos.

—¿Dónde vive su familia? Tiene que haber alguna nota con la dirección, una carta, algo… —Levantó una de las sábanas que protegían los muebles y la dejó caer. Luego miró fijamente a la portera —. ¿No estará enferma? ¿Le ha pasado algo?

La mujer esbozó una sonrisa en la que se mezclaban la lástima y la malicia. Bajó la voz para decir:

—El otro día le dio un mareo en el portal. ¡Como si fuera la primera vez que una ve algo así…! —Y, como Gloria no terminaba de entender, añadió—: Ya le digo yo que esa no vuelve en unos cuantos meses.

Ahora sí que la chica lo entendió. Con un silbido de sorpresa, se llevó una mano a la tripa.

—¿Está…? ¡Oh, Dios mío! —Y, haciendo un gesto de despedida, salió del piso.

Cuando apenas se había alejado un par de metros, volvió sobre sus pasos y levantó el felpudo por una esquina. Dijo:

—Recuerde que aquí hay otra llave.

Ya era casi la hora de la clase de inglés. Salió a la calle y vio a Eloy en la esquina de la mercería. Apuró el paso hacia su portal, fingiendo no verlo, pero él fue más rápido y llegó antes. Saludó con una alegría algo impostada y soltó de carrerilla un monólogo que parecía memorizado:

—Muchas gracias por los apuntes. ¡Qué bien me han venido para ponerme al día! Querría habértelo dicho antes pero no sabía cómo. ¡Si fuéramos ricos y tuviéramos teléfono…! Ahora tengo que esforzarme para recuperar las últimas lecciones. —Abrió la cartera para devolverle los apuntes y de paso le enseñó un tarro como los que solía llevar a las hermanas Linares—. Mira lo que te he traído. Miel. Mejor te la doy luego, a la vuelta, así no tienes que subir ahora…

Gloria, que en todo momento había esquivado su mirada, agarró

el sobre de los apuntes.

—Esta es mi casa —dijo y, como él se negaba a darse por aludido, añadió con sequedad—: Aparta. Déjame pasar.

—Lo sé, lo sé. —Eloy asentía con la cabeza, dando a entender que comprendía su reacción—. Lo primero que tengo que hacer es pedirte disculpas…

—No es necesario.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? Bueno, tú no me has visto a mí, pero yo sí te he visto a ti… Sueño todas las noches contigo. No lo puedo evitar. Y nadie me lo puede prohibir. Ni siquiera tú. ¿Te imaginas? «¡Pues no lo hagas!, ¡te prohíbo que sueñes conmigo!» —Él trataba de bromear pero, al ver que ella no le seguía la corriente, volvió a ponerse serio—. Por favor, deja que te explique… De repente mi vida se ha vuelto muy complicada. Ha sido todo un poco…

Gloria se llevó un dedo a los labios para hacerle callar y dijo:

—Solo quiero que me jures una cosa.

—¿Qué?

—Los robos en el cine Tetuán. Júrame que no tienes nada que ver.

Él, que no se esperaba una petición así, la observó boquiabierto.

—No finjas que no sabes de qué estoy hablando. Los robos. Lo contó Alicia en el Marlín. Tú también estabas.

Hizo Eloy un vago gesto de asentimiento, que no bastó para satisfacer la curiosidad de Gloria.

—Júramelo. Júrame que no son cosa tuya. Que no has participado en esos robos. Que ni tú ni nadie que tú conozcas tiene nada que ver.

Ahora él negaba con la cabeza, pero era una negación que podía entenderse como una afirmación. No estaba claro si juraba que no o si no juraba.

—Pero dilo. —En la voz de Gloria la súplica se superponía a la irritación—. Di: te lo juro, te juro que no he robado nada en el cine Tetuán. Es todo lo que te pido.

Él se mantuvo en silencio. Ella, a punto de echarse a llorar, corrió a meterse en el portal.

—¡Espera, por favor! ¡No te vayas así! —A su espalda, la voz del chico se iba desvaneciendo hasta hacerse inaudible—. ¡Déjame que te explique…!

Aunque ella ya había desaparecido en la oscuridad de la escalera, Eloy tardó aún unos segundos en apartar la mirada. Luego se apostó en la otra acera en actitud vigilante. La habitación de Gloria no daba a la calle sino al patio interior, pero eso no quería decir nada. Aguzó la vista. Entre el cristal del balcón y la persiana, enrollada hasta media

altura, había un resquicio que dejaba ver una pared forrada de libros. Cualquier movimiento, por leve que fuera, la delataría, y él lo consideraría una pequeña victoria. Pero no. Ahí dentro no se movía nadie. Dejó pasar aún unos minutos más antes de echar a andar hacia la academia de idiomas.

—*To begin my life with the beginning of my life, I record that I was born on a Friday, at twelve o'clock at night…* —dictaba Rosalía.

Sentado en su lugar habitual, al fondo de todo, sacó papel y lápiz. Rosalía, que paseaba entre los pupitres con el libro sobre el pecho, observó que la página de la libreta seguía en blanco y le interrogó con la mirada. Eloy soltó un bufido. Rosalía, paciente, repitió la última frase:

—*… It was remarked that the clock began to strike, and I began to cry simultaneously* .

Terminada la clase, Conchita los esperaba en la cocina.

—Nos tenías preocupadas. No sabíamos nada de ti. Pensábamos que estabas enfermo. Tampoco Gloria tenía noticias tuyas. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido? ¿Sabes algo?

—Ni idea.

Eloy, expeditivo, dejó sobre la mesa dos tarros de miel. Rosalía los cogió con muchos melindres y los metió en un cazo con agua, preparado para el baño maría.

—¿Dos? De verdad, no tenías que traer nada. No te sientas obligado. ¡Y menos, sin venir a clase!

El chico no le prestaba atención. Sentado junto a la radio, manipulaba el dial en busca de una emisora que hablara de la noticia del día: la capitulación de París. Encontró una en inglés.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

Las hermanas se turnaron para traducir una crónica según la cual, en el momento de la entrada de las tropas alemanas, París era una ciudad de calles desiertas, silenciosa como una tumba. La prensa calificaba de portentosa la victoria, que se había producido solo cinco semanas después del comienzo de la ofensiva en el oeste. En tan corto tiempo habían alcanzado un objetivo militar que se les había resistido durante toda la Gran Guerra. Aquello se consideraba el principio del derrumbamiento del conjunto del frente francés, que sería cuestión de semanas, si no de días… Eloy, furioso, golpeó la mesa con el puño.

—¿Ya está? ¿Ya ha caído París? ¿O sea que ya ha acabado todo? Quien dice París dice Francia, y quien dice Francia dice Europa… Dentro de poco, todo el continente estará en manos de Hitler. ¿Cuánto falta para que ese loco domine el mundo entero?

Hablaba para sí mismo, con la mirada extraviada, pero las dos

hermanas se sentían obligadas a intervenir por simple cortesía.

—A mí este Hitler no me gusta ni pizca —dijo Conchita.

—Pues a mí aún menos. —Rosalía levantó los brazos como un orador dirigiéndose a una multitud—. ¡Esa manera de hablar, tan desagradable!

—¿Os habéis enterado de lo de Tánger?

Volvió a mover el dial. En Radio Nacional, una voz engolada daba lectura a un comunicado que ensalzaba la clara inteligencia del Caudillo por haber sabido ganar para España nuevas e importantes rutas.

—«… En este momento en que tenemos la dicha de vivir una época histórica afortunada que recuerda los antiguos resplandores de la España imperial, tenemos en el corazón y en el pensamiento el nombre de una ciudad cuyo recuerdo no puede olvidarse porque con titulación histórica y geográfica es nuestra…»

—Resumiendo —dijo Eloy—. Si Hitler toma París, Franco toma Tánger. Donde no llega el señor de la casa llega el mayordomo.

Esa misma mañana, con el pretexto de garantizar la neutralidad de la ciudad norteafricana, Franco había ordenado su invasión, violando su estatus de zona internacional. El comunicado lo justificaba por el riesgo de anarquía e indefensión.

—«… Es pues en cumplimiento del espíritu de los acuerdos internacionales por lo que España, única no beligerante entre las potencias rectoras, interviene para prevenir esas contingencias mediante las fuerzas de la Mehalla jalifiana, que por su carácter predominantemente policiaco e indígena definen claramente el propósito español…»

—¡Como para pensar en defender Tánger están ahora los franceses! —exclamó Eloy.

Rosalía, que había salido un momento, volvió con un libro de tapas grisáceas. Era *Gone with the Wind* , de Margaret Mitchell.

—Por fin lo he encontrado. Supongo que verás a Gloria antes que yo. Había quedado en prestárselo.

El chico cogió el volumen sin ser del todo consciente de lo que hacía. Luego, tras unos segundos de vacilación, lo dejó sobre la mesa.

—No —dijo nada más.

—¿Cómo que no? ¿Ha pasado algo?

—Me voy. —Agarró la cartera—. Se me ha hecho tarde.

—¡Te tengo que dar el tarro viejo! —exclamó Conchita.

—Da lo mismo. El próximo día. —Y se encaminó hacia la puerta.

En realidad, no era tan tarde como otras veces, y en esa época del año los días se alargaban tanto que aún parecía más temprano. Bajó

por García Morato hasta Alonso Martínez, que estaba más concurrida de lo habitual. Se detuvo a mirar la riada de gente que se dirigía por los bulevares hacia el paseo de la Castellana, rebautizado como avenida del Generalísimo. Había más hombres que mujeres y más jóvenes que viejos, y abundaban las camisas azul mahón y los brazaletes con el yugo y las flechas. Habría podido seguir en dirección a Hortaleza pero se dejó llevar por el aluvión. Cuanto más avanzaba por la calle Génova, más crecía y se apretaba la multitud, que doscientos metros más adelante invadía ya buena parte de la calzada, impidiendo el paso del tranvía. Unos municipales con casco y correaje blanco se afanaban por desviar el tráfico a golpe de silbato. De vez en cuando todavía se abría entre la gente algún pasillo estrecho, que aprovechaban motoristas con banderas al viento. Luego nada. Desaparecieron los huecos y ya solo había una masa compacta, sin resquicios. A la altura del palacio de Uceda el taponamiento era total. Por encima de las cabezas solo se veía el monumento a Colón, que tendía el brazo hacia la muchedumbre como preguntando a qué se debía tanto alboroto.

Esa tarde Franco inauguraba en la Biblioteca Nacional una exposición de Regiones Devastadas y muchos ciudadanos de Madrid se habían echado a la calle para festejar con su Caudillo la españolidad de Tánger. Delante de Eloy, un grupo se estiró para desplegar una pancarta en la que, entre abundantes signos de exclamación, se leía ¡¡¡TÁNGER ES ESPAÑA!!! Los gritos de los manifestantes, sin embargo, hablaban poco de la ciudad norteafricana. Las apelaciones a Gibraltar, que al principio llegaban desde distintos puntos, diferenciadas, como ecos de sí mismas, se convirtieron enseguida en un clamor unánime que lo invadía todo:

—¡Gibraltar español, Gibraltar español!

Eloy quiso retroceder y salir de allí, pero ya era tarde. Ni siquiera era posible detenerse o apartarse, porque la marea lo arrastraba con una fuerza mansa pero arrolladora. Había dejado de ser autónomo para subsumirse en un órgano superior que le imponía su voluntad y decidía por él. En ese instante no era nadie, solo una parte de una masa que avanzaba despacio, como lava por una ladera, y que ocupaba hasta el último palmo de terreno. En algún momento, llegando ya a la avenida, las apreturas empezaron a atenuarse y Eloy pudo abrirse paso hasta una zona más desahogada. Se detuvo ante un elegante palacete de cuyos balcones de piedra colgaban grandes pendones rojos con esvásticas. Sin darse cuenta había ido a parar a la embajada alemana, que, como todos los edificios cercanos, se había engalanado para honrar al Caudillo. En realidad, había banderas y

gallardetes en todas las fachadas cercanas, pero aquellos le impresionaron más, quizá porque la simbología nazi parecía confirmar sus peores presagios. Desolado, hundido, fue incapaz de apartar la mirada hasta que, desde el otro lado de la plaza, un lejano runrún hecho de gritos y marchas militares reclamó su atención. La multitud aclamaba a Franco mientras este, en compañía de otras autoridades, abandonaba la exposición. Vio a algunos jóvenes trepando a los árboles del paseo. La comitiva tenía por fuerza que dar la vuelta a la plaza y todos tomaban posiciones para ver pasar al Caudillo, aunque fuera de lejos. El propio Eloy se encaramó al borde de una jardinera de cemento y, agarrado a una rama baja para no perder el equilibrio, oteó la lejanía. El sol declinaba ahora con rapidez. Delante de la escalinata de la biblioteca formaban varias centurias de Falange que, vistas desde allí, eran solo una mancha azulada untada en el pardo de los árboles. Cesó el sonsonete de la música militar y asomaron los primeros vehículos oficiales al tiempo que arreciaban los gritos de ¡Franco, Franco! Los jóvenes falangistas del servicio de orden se esforzaban por contener a la muchedumbre fuera de la calzada. La excitación general era una energía difusa que electrizaba el aire. Pasaron varios motoristas en fila de a dos y media docena de automóviles enormes con los faros encendidos. La caravana describió una curva muy amplia para rodear la glorieta central. En mitad iba un coche descubierto en el que resultaba perfectamente visible la rechoncha figura de Franco, que, vestido con una sahariana blanca y una gorra también blanca, refulgía en la luz del crepúsculo con la intensidad de una aparición. El vocerío era ensordecedor.

—¡Franco, Franco, Franco!

Y ahí, a poco más de cincuenta metros, en medio de aquella multitud enfebrecida que saludaba brazo en alto, estaba él, Eloy, siguiéndolo con la mirada mientras los coches concluían el giro de la plaza y enfilaban de nuevo el paseo de Calvo Sotelo para perderse en la distancia. Cuando ya hacía varios minutos que la caravana había desaparecido de su vista, el gentío seguía sin dispersarse. Quedaba en la atmósfera una ebriedad como de fin de fiesta que se resistía a extinguirse. Cerca de Eloy, unas chicas de la Sección Femenina se arrancaron de forma espontánea a cantar el *Cara al sol* . La gente se les fue uniendo y, en un momento dado, todo el mundo cantaba. Los miles de brazos tendidos hacia un punto indeterminado en el centro de la plaza sugerían elaboradas geometrías naturales, como en las colmenas o las minas a cielo abierto. «Impasible el ademán, y están presentes en nuestro afán…», clamaba una voz unánime mientras Eloy bajaba de su pequeña atalaya y trataba de irse de allí. Le salió al paso

un fornido falangista con las mangas de la camisa recogidas hasta el hombro.

—¿Y tú qué? —dijo.

—¿Quién? —Se hizo el distraído—. ¿Yo?

El otro lo observaba con expresión desafiante mientras la multitud seguía cantando enfervorizada: «Si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí…». Apareció otro falangista y acercó tanto su rostro al suyo que podía sentir el roce de su aliento. Eloy, intimidado, hizo el saludo romano mientras los otros dos, también con el brazo en alto, le gritaban a la cara los versos siguientes, «volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz…», y se unió a la muchedumbre para cantar las últimas estrofas:

—«… Volverá a reír la primavera que por cielo, tierra y mar se espera. ¡Arriba, escuadras, a vencer, que en España empieza a amanecer!»

Llegaron después, atronadores, los vítores de rigor, y con el último golpe de voz el falangista fornido le dio un manotazo en el hombro. Fue un manotazo seco, fuerte, pero en él ya no había amenaza. Los dos jóvenes se fueron por un lado y Eloy por otro, deseoso de alejarse, humillado, triste. Cruzó el paseo y se metió por la primera bocacalle. Era ya noche cerrada: en las callejuelas del viejo Madrid el sol se ponía antes que en las amplias avenidas. En varias esquinas se encontró con grupitos que se resistían a dar la celebración por terminada. Eloy trataba de esquivarlos cambiando de acera o de calle. En la zona de Infantas y la Reina se había producido uno de los habituales apagones, y algunos vecinos, asomados con candelabros a los balcones, hablaban a gritos de un lado a otro de la calle. El apagón se extendía a varios tramos de la avenida de José Antonio, que para Eloy seguía llamándose Gran Vía. Esta, la más iluminada de las calles de la ciudad, estaba en algunos puntos completamente a oscuras, como una inmensa pizarra en la que los faros de los automóviles hicieran efímeras composiciones.

—¡Franco, Franco! ¡Gibraltar español!

También allí había grupos de falangistas que con sus gritos se obstinaban en prolongar la fiesta. Por más que se afanaba en esquivarlos, no dejaba de encontrárselos allá donde iba. Muchos de ellos pertenecían a las centurias a las que Franco había pasado revista delante de la biblioteca. Desde Cibeles llegaban camiones atestados de chicos y chicas que, al tiempo que agitaban banderas y pancartas, cantaban briosas canciones militares. A Eloy le pareció que una de esas pancartas de TÁNGER ES ESPAÑA era la misma que había visto en la calle Génova. Pasaban también muchas motos, que en realidad eran

siempre las mismas, haciendo siempre el mismo recorrido: de la plaza del Callao al cruce con Alcalá y del cruce con Alcalá a la plaza del Callao. Una de esas motos, que llevaba sidecar, intentó un giro temerario y acabó estrellándose contra el escaparate de una joyería. En torno a un perro disfrazado como la cabra de la Legión se había congregado mucha gente. Al grito de *Heil Hitler!* , el perro estiraba una de las patas delanteras y todos, regocijados, lo celebraban con risas y aplausos. Había un ambiente de feria o parque de atracciones, como si estuvieran a la espera de montar en la noria o el tiovivo. Y era verdad que estaban a la espera de algo, pero no de eso. De repente todo el mundo levantó la vista hacia el cielo, desgarrado por decenas de cohetes que ascendían en vertical y desaparecían en la noche. Hubo una serie de fuertes explosiones, que provocaron oleadas de gritos y aplausos, y luego unas salvas más suaves que sonaban como silbidos. Eran las bengalas, que por unos segundos proyectaron una luz casi diurna sobre la gente, los vehículos, las casas. Había algo sobrenatural en todo eso. Eloy miró a su alrededor: chicas que se tapaban los oídos con las manos, chicos que estiraban el cuello y achinaban los ojos, sombras que vibraban y se multiplicaban sobre los adoquines, una niña encaramada al techo de un automóvil que seguía ondeando su bandera, el perro legionario que no paraba de ladrar… El castillo de fuego estaba instalado en el rascacielos de Telefónica, pero no en la azotea sino en una de las terrazas del séptimo piso. Se elevaron varias palmeras de luz con los colores de la bandera, rojo, amarillo, rojo, y hubo luego una profusa lluvia de centellas, que caían despacio, sin peso, como copos de nieve. Olía a pólvora y a papel quemado. Una nube de humo fino descendía con suavidad sobre sus cabezas mientras se extinguía el resplandor de los últimos cohetes. Algunos tosían. Otros se tapaban la boca con la mano. Eloy notó cómo las lágrimas le afluían a los ojos. Sacó el pañuelo para enjugárselas.

—El humo —trató de justificarse, aunque nadie le había preguntado nada.

LIBRO SEGUNDO

JULIO A DICIEMBRE DE 1941

Desde el parto, el sueño de Maite se había vuelto ligero y quebradizo. Cualquier ruido la despertaba: el rumor de los desagües en el patio, las toses de su padre en el otro extremo de la casa, los sollozos con los que el niño reclamaba su ración de leche. Había un sonido que, además de despertarla, la desvelaba definitivamente: el de los disparos contra las tapias del cementerio. Ahora que debido al calor dormían con las ventanas abiertas, ese sonido le llegaba con aterradora nitidez. Primero, el inesperado estrépito de la descarga. Después, los tiros de gracia, que se sucedían con implacable regularidad y era imposible no contar: uno, dos, tres, cuatro, y así hasta quince esa noche de principios de julio. Amancio, que fumaba en la oscuridad, esperó a que sonara la última detonación y dijo:

—Vuelve a la cama.

—No tengo sueño.

—Es como una advertencia. Los fusilan cuando hay más silencio para que todo el mundo lo oiga.

La mujer encendió la luz de la cocina y se entretuvo recogiendo la ropa tendida, que ya estaba seca. Luego puso agua a calentar para lavar los pañales. Volvió junto a su marido y apoyó la cabeza en su hombro. Las primeras luces del día asomaban al otro lado de la plaza de toros.

—¿Has preguntado lo de las manchas? —dijo él.

—Se le irán solas. Todos los niños tienen.

—¿Lo ha dicho el médico?

—Para algo así no hacen falta médicos.

Oyó el borboteo del agua en ebullición y entró en la cocina a apagar el fuego. Después cogió a Amancio de la mano y lo llevó a la habitación. El pequeño Juan dormía plácidamente en la cuna de madera que les había regalado un carpintero cliente de La Toledana. Del otro cuarto llegó una de esas toses largas y feas que avanzaban como tropezando en sí mismas y, tras un instante de ahogo, acababan resolviéndose en un escupitajo final y un suspiro de alivio.

—He vuelto a preguntar lo del sanatorio —dijo Maite—. Creen que en un par de meses tendrán plazas libres. Me han dicho que, si fuera de la Hermandad de Excombatientes, sería todo más rápido. ¿Tú no conoces a nadie que le pueda conseguir el carné?

—Querrás decir falsificar.

—Lo que sea.

Sentado en el borde de la cama, Amancio no podía apartar la mirada de la carita de su hijo.

—¿Hay algo más hermoso que ver dormir a un niño?

—Mira cómo se me ponen las tetas cuando lo tengo al lado. —Maite se tocó una, que estaba a punto de reventar—. Quince meses largos y sigo como el primer día. ¡Voy a tener que despertarlo para no echar la leche a perder!

Amancio, travieso, hundió la cara en el pecho de su mujer y respiró con fuerza. Ella emitió un ronroneo de satisfacción y le acarició el pelo. Una nueva tanda de toses fulminó aquel momento de intimidad. Permanecieron en silencio mientras oían al anciano salir a oscuras a la galería y enjuagar en el lavadero el orinal que usaba como escupidera. Lo hacía siempre que expulsaba sangre, como si eliminando los rastros eliminara también la enfermedad.

—¿Un par de meses? —susurró Amancio—. ¿Tú crees que va a aguantar tanto?

Una hora después bajó a abrir la taberna. Entró por la puerta interior, la del zaguán, y abrió la de la calle desde dentro. Era una puerta de madera, con altos postigos que todas las mañanas desmontaba para volverlos a montar por la noche. Sacó uno de ellos de sus goznes y lo metió en el local. Encendió la bombilla del almacén pulsando la pera que colgaba del techo. Para llegar hasta allí con el postigo tenía que pasar con cuidado entre las mesas, todas ellas cubiertas por sillas vueltas del revés, las patas apuntando hacia el cielo. Hizo todo el recorrido, apoyó el postigo en la pared y volvió en busca del otro. Cuando ya lo había descolgado, notó una presencia que acechaba desde el portal contiguo. Era Eloy, que llevaba un buen rato esperando. Amancio, furioso, lo agarró de las solapas.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo me has encontrado? No tienes que saber ni dónde vivo ni dónde trabajo ni cómo me llamo. Para ti yo soy Perico, y punto. ¡Eso es todo lo que tienes que saber de mí!

El chico se mantuvo inmóvil, con aire de desolación. Saltaba a la vista que no había dormido en toda la noche. Amancio se apartó un poco e hizo un gesto en dirección al cementerio.

—¿Bernabé?

—Bernabé… —Eloy asintió con los ojos cerrados.

—¿O sea que los otros catorce eran Ascanio, Mesón y los demás? ¡Hijos de puta…! —Y tras una larga pausa añadió—: Lo siento, chaval. Créeme que lo siento. Imagino lo mal que lo estás pasando. Nunca nos acostumbraremos a la injusticia y el asesinato. Pero algún día nosotros…

—Me dijiste que…

—¿Qué te dije?

—Me dijiste que lo sacaríais de ahí. Y yo te creí. —Eloy conseguía

apenas contener las lágrimas, y la voz le salía estrangulada—. Para eso os di el dinero. Para que organizarais la fuga.

—Qué fácil, ¿no? «Toma estas diez mil pesetas y saca de la cárcel a quien yo te diga.» Dices que eres comunista pero un comunista nunca hablaría en esos términos. «Satisfacción garantizada. Si no queda satisfecho, le devolvemos su dinero.» ¿A qué ha venido el señorito? ¿A reclamar? —Amancio lo vio tan aturdido que abandonó el sarcasmo y se apiadó de él—. Vamos. No te quedes afuera. Entra y come algo.

El otro tardaba en reaccionar. Amancio fue a rodearle los hombros con el brazo y reparó en su macuto. Dijo:

—¿Qué llevas ahí? —Pero lo adivinó antes incluso de terminar la frase y, cogiéndolo del cuello, lo empujó contra la pared—. ¿Tú estás loco?

Le obligó a entrar. Luego se asomó a la calle para asegurarse de que nadie los había visto y cerró la puerta. Abrió el macuto y echó un vistazo a su contenido. Eran sobre todo pistolas del tipo Astra. Gritó:

—¿Quieres que nos maten a todos? ¿Eh? ¿Eso es lo que quieres?

—Tenía que hacer algo. Tenía que impedirlo. He estado varias noches vigilando el cementerio, pero al final… —Eloy, lloroso, se frotaba el cuello dolorido—. Ahora solo me queda vengar su muerte. ¡Era mi hermano! No sé quién, pero te juro que alguien pagará por el asesinato de mi hermano. ¡Aunque sea lo último que haga! ¡Aunque tenga que morir también yo! ¿No decías que no debíamos tener miedo? Yo no lo tengo. En cambio, tú… ¡Mírate! Y avergüénzate. ¡Avergüénzate de ti mismo!

Vio que el otro apretaba el puño, dispuesto a golpearle, y apartó la cara como los niños que temen ser abofeteados. Amancio, finalmente, logró contenerse. Apoyó la suela del zapato sobre el macuto y lo desplazó unos centímetros.

—Llévatelas de aquí. Vuelve a dejarlas donde estaban. O mejor: deshazte de ellas.

Eloy, sin mirarlo a la cara, agarró la bolsa de las armas y se la colgó a la espalda. Amancio le clavó el dedo en el pecho.

—Lo que te he dicho no es un consejo ni una sugerencia. Es una orden, ¿me has oído? Una orden. ¿No comprendes que, si uno se pone en peligro, pone en peligro a todos los otros? Ahora, ¿cómo voy a estar tranquilo? ¿Qué tengo que hacer? ¿Pegarte un tiro? Es la única manera de asegurarme de que no me van a coger por tu culpa. —Por el espejo del mostrador vio llegar el tranvía, cuya campana solía anunciar la llegada de los primeros clientes—. Lárgate. Venga. Fuera. Lárgate. —Y volvió a mostrarle el puño cerrado.

El hombre dejó las dos maletas sobre la cama y se enjugó el sudor de la frente. El paño del traje era bueno aunque demasiado abrigado para la estación y algo gastado en los codos. La ventana estaba entornada. Doña Clarita la abrió del todo y apartó los visillos, que se hincharon levemente con la brisa de la tarde.

—Vienen muchos viajantes de comercio por aquí —dijo.

—Madrid, ya se sabe —dijo él, asomándose al patio interior—. ¿Y esos cantos?

—El del primero, que cría canarios. ¿De dónde es usted?

—De Santander.

—Nadie lo diría. —Como el hombre no decía nada, añadió—: Por el acento lo digo.

—He corrido mucho mundo.

—Además tiene usted ese aspecto…

—¿Qué aspecto?

—No sé. De extranjero. De alemán, supongo.

—Le aseguro que no soy alemán. —El hombre hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Y dígame. —Doña Clarita señaló las maletas con la barbilla—. ¿Qué tipo de productos representa?

—Piezas para maquinaria. Rodamientos, juntas metálicas, cosas así.

—¡Ya podían ser perfumes o medias de seda!

Quiñones volvió a quedarse en silencio. La mujer probó la lamparita, que proyectaba una luz mortecina sobre la mesilla, adornada con un tapete de ganchillo. Luego abrió el armario de dos cuerpos para indicar que no faltaba nada (perchas, espejo, toallas, pastillas de alcanfor) y, poniéndose de puntillas, enderezó el crucifijo de la pared, que en realidad ya estaba recto.

—Todo en orden, ¿no? Si le gusta, es suya.

—Me gusta, me gusta.

—Luego rellenamos la ficha. —Dejó el juego de llaves sobre la almohada y salió de la habitación diciendo—: La cena es a las nueve. Que descanse, Anselmo.

En su cédula ponía Anselmo García Gómez, nacido en Santander en 1905, pero desde que vivía en España era Heriberto Quiñones, nacido en Gijón en 1907, y antes de eso había tenido otros nombres y otros orígenes, todos bastante exóticos. De su paso por Argentina le había quedado un deje melifluo y musical poco frecuente en Madrid. Colgó la americana del respaldo de la silla y buscó con la mirada la ventana de los pájaros. Las jaulas estaban dispuestas unas sobre otras

en ambos extremos del alféizar, formando dos torres simétricas. Varias de las ventanas que alcanzaba a ver estaban abiertas de par en par. Desde el principal escapaban las titubeantes notas de unos estudiantes de piano que practicaban escalas. En alguno de los pisos superiores una voz de mujer se quejaba del calor. Se oyó también la descarga de un retrete. Quiñones siguió con la vista el curso de las bajantes, que trazaban caprichosas diagonales antes de desembocar en la tubería principal y perderse detrás de un resalte de ladrillo.

Descorrió los visillos, se descalzó y se quitó la camisa. Tenía unos brazos cortos y fuertes, acostumbrados a levantar pesos. La red de cicatrices que surcaba su pecho y su espalda acreditaba un largo historial de estancias en cárceles y comisarías. Abrió las dos maletas. En una había una máquina de escribir, varios manuales de carácter técnico, libros de contabilidad, catálogos, folletos, albaranes. La otra estaba llena de ropa y efectos personales, que distribuyó ordenadamente por perchas, estantes y cajones. Como en el altillo del armario no había sitio para las maletas vacías, fue a guardarlas debajo de la cama. Metió una, pegada a la pared. Antes de meter la otra, volvió a abrirla y buscó una esquina en la que el forro de tela había sido cortado cuidadosamente, formando un doble fondo. Allí, en ese compartimento secreto que solo quien estuviera al tanto de su existencia podría localizar, había una pequeña foto con los bordes dentados. Era la imagen de una madre y una hija: la madre, una mujer joven, morena, de rasgos finos y sonrisa amplia; la niña, de unos cinco o seis meses, vestida de blanco, el pelo corto y alborotado, la mirada puesta en algún punto encima de la cámara, una manita agarrada con fuerza a los dedos de su madre. Quiñones observó largamente la foto, la besó con emoción y la devolvió a su escondite, asegurándose de que la incisión de la tela quedara disimulada debajo de un pliegue. Luego cerró la maleta y la metió bajo la cama al lado de la otra.

Mientras el conductor buscaba un sitio a la sombra donde aparcar el coche, Revilla y el comisario hacían tiempo mirando el Manzanares, que en pleno verano era cualquier cosa menos un río: una retorcida alfombra de humedad sobre un lecho de fango. Rebosantes de hierbajos, las riberas tendían a invadir el cauce, roto aquí y allá por grandes islotes de barro y piedras. En algunos puntos, pequeñas masas de zarzas y juncos amarillos creaban una ilusión de naturaleza agreste que la acumulación de desechos no tardaba en desmentir. Sillas desfondadas, neumáticos rajados, restos de loza. De entre el lodo emergía un maniquí sin brazos ni piernas, como un cadáver que

hubieran abandonado después de una sesión de tortura. No mucho más allá desaguaba una fila de albañales, congregando tábanos y libélulas. De algún lugar llegaban ocasionales vaharadas de olor a putrefacción. La insalubridad lo impregnaba todo y, aun así, decenas de jóvenes semidesnudos se arremolinaban junto a los escasos regatos y los charcos para disfrutar de su exiguo frescor. Varios de esos jóvenes se entretenían revolcándose en el fango y acababan mimetizándose con la suciedad del terreno.

—Parecen gorrinos —dijo Revilla—. ¡Ay, Santos, cuántas cosas quedan por cambiar en este país!

—Pero, hombre, no me llames por el apellido.

El comisario Santos era su amigo más antiguo. Su padre había tenido la humorada de ponerle como nombre el propio apellido y, durante toda su vida, Santos Santos, adelantándose al chiste ajeno, se había acostumbrado a decir: no me llames por el apellido, llámame por el nombre. O por el contrario: no te tomes confianzas y llámame por el apellido, ¿quién te ha dado permiso para llamarme por el nombre?

—¡Qué inmundicia! —dijo Revilla, ignorando la vieja bromita.

—¡Y qué calor, por Dios! —Echó un vistazo a la estación, delante de la cual se había juntado un centenar de personas con pancartas de ¡RUSIA ES CULPABLE! y LA FALANGE, EN MARCHA CONTRA EL COMUNISMO —. Dan ganas de irse con esos chicos.

—¡Más fresquitos estaríamos, sí!

—No te he dicho… —El comisario bajó la voz—. Tenemos noticias de que anda por Madrid un agente de la Komintern. Esos comunistas…: están tratando de reorganizarse. ¡Como se habían quedado sin dirigentes desde el fusilamiento de Ascanio y los otros…!

—¿Tú crees que esos tipos decidían algo desde la prisión?

El otro hizo un gesto que quería decir: esos se las saben todas. Y añadió:

—También este estaba en prisión.

—¿Este? ¿Quién?

—El de la Komintern. Estaba encerrado en Valencia. ¿Sabes cómo escapó? Sobornando al capellán. ¡Dios santo! ¿Cómo va a funcionar este país si hasta el clero se deja comprar por agentes soviéticos? —Sacudió la cabeza—. Los curas… ¿Pero no hicimos la guerra precisamente por ellos?

Caminaron hasta el paseo de la Florida y Revilla preguntó:

—¿Estás contento con el chico que te recomendé?

Santos se tomó unos segundos para reflexionar y dijo, concluyente:

—Caza menor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no está mal comer perdiz, pero algún día me gustaría probar el ciervo. ¡Por supuesto que hay que meter en la cárcel a todos los comunistas! Pero que no me traiga más muertos de hambre. Tráeme a ese tipo, Quiñones, el agente soviético: ¡eso sí es caza mayor! Si ese chico, Valentín, no sirve para este oficio, mejor que se aliste para ir a Rusia. Allí será más útil y… —Dejó pasar unos segundos antes de completar la frase—: Y nos sacará de dudas.

—¿Sigues sospechando de él?

—Yo solo sé que estuvo con los comunistas.

—¿Temes que pueda estar protegiendo a alguien?

—Mientras no me demuestre lo contrario…

Fueron llegando los otros coches. Santos y Revilla se juntaron con el resto de miembros de la comitiva. Como ellos mismos, eran todos camisas viejas que habían sabido hacerse un hueco en la nueva administración surgida tras la victoria. El último en sumarse al grupo fue el de más rango, José Luis Arrese, emparentado con José Antonio y ministro desde hacía un par de meses. Arrese paseaba entre los corrillos repartiendo abrazos y palmadas. Cuando les tocó el turno a ellos dos, hizo un comentario que seguramente había repetido varias veces a lo largo del día:

—Quién tuviera unos años menos para marchar voluntario, ¿eh?

—A nosotros danos un cañón y dinos dónde están los rusos.

—¡Así se habla, Santitos! No me negaréis que Hitler es un genio de la guerra. —Cortó el aire con una espada imaginaria—. Cuando menos se lo esperaban los rusos…, ¡zas!

—El efecto sorpresa —dijo Revilla.

El ministro ladeó la cabeza y adoptó el tono de las confidencias:

—¿Os habéis enterado de lo de Stalin y su pasaporte? Sé de muy buena tinta que ha pedido visados para viajar a Egipto, Irán y la India. ¿Qué significa eso? ¡Que está viendo lo que le viene encima y ya solo piensa en escapar! —Luego indicó la estación y añadió eufórico—: ¡Vamos para allá!

En el vestíbulo había aún más gente que en el exterior: padres, hermanos y novias de los voluntarios, así como cuadros de Falange que no querían perderse la despedida. Abundaban los uniformes. Los divisionarios se distinguían porque en la manga lucían el emblema del cuerpo, que combinaba las flechas de Falange y la bandera española con la esvástica nazi y la cruz negra de la antigua Orden Teutónica. Pero sobre todo se distinguían porque todo el mundo competía en agasajarlos. Se les acercaban desconocidos con paquetes de tabaco,

bolsas de caramelos, galletas para el viaje. Las chicas les obsequiaban con gruesas bufandas tejidas por ellas mismas, repartían escapularios con el corazón de Jesús y el «detente, bala» y se ofrecían como madrinas de guerra para mantener correspondencia. Los niños los perseguían con cuadernos en los que recogían autógrafos y dedicatorias. Y se diría que todos sin excepción aspiraban a retratarse con ellos. La gente se disputaba a los fotógrafos ambulantes, que sin tomarse un respiro iban de grupo en grupo mientras sus ayudantes se ocupaban de anotar las direcciones y cobrar. Se respiraba una atmósfera de emoción y júbilo, como en las grandes celebraciones militares, porque nadie dudaba de la inminencia de la victoria. Los héroes que esa tarde partían hacia el frente ruso eran una versión renovada de los héroes de 1936. La historia no se equivocaba: la cruzada que había vencido al bolchevismo en suelo español iba a completarse, de la mano de Hitler, con una nueva cruzada que lo expulsaría definitivamente del vasto territorio europeo, lo que era como decir el mundo entero.

En algún sitio, unos pocos se lanzaron a cantar:

—«Rusia es cuestión de un día para nuestra infantería, tómala, sí, un día, tómala, sí, un, dos.» —Y se les fueron sumando voces hasta que, al llegar al estribillo, constituían un auténtico clamor—. «¡Volveremos a empezar, tomaremos Gibraltar!»

—Dos semanas de instrucción y ya tienen sus himnos y canciones —comentó alguien al lado de Revilla, que exclamó, admirado:

—¡Y qué camaradería!

Los voluntarios se agruparon junto al lugar que se había reservado a las autoridades. Santos, que había conseguido colocarse en tercera fila, hizo señas a Revilla para que se pusiera a su lado. Por delante de ellos solo estaban los principales responsables militares y políticos. Hablaron primero unos dirigentes de la Asociación Hispano-Germana, luego el general Muñoz Grandes, que juró ante sus soldados que España cumpliría con su deber, y finalmente Serrano Suñer, cuya inflamada arenga fue interrumpida una y otra vez por ovaciones espontáneas:

—… En la memoria del mundo entero está la historia de nuestra guerra civil, promovida por el comunismo ruso. Los españoles no olvidan la colaboración de Alemania en nuestros momentos más difíciles. Junto a esta consideración, está también el convencimiento político de que la lucha emprendida por el Reich es mucho más que una guerra cualquiera: es una cruzada del orden europeo contra la barbarie. Jamás España ha estado ausente en las guerras ideológicas en las que se defendían los ideales más fuertes de su espíritu nacional.

¡Camaradas! ¡Soldados! En los momentos de vuestra partida, venimos a despediros con emocionada alegría y con envidia porque vais a defender los destinos de una civilización que no puede morir. Porque vais a destruir el sistema infrahumano, bárbaro y criminal del comunismo ruso…

Sonaron otra vez vítores y aplausos. El tren estaba a punto de partir. Mientras algunos divisionarios desfilaban por el andén con el petate al hombro, otros apuraban los segundos para dar los últimos abrazos. Revilla vio pasar a Dionisio Ridruejo, que, siendo miembro del Consejo Nacional de Falange, se había alistado como soldado raso. Santos, que andaba por ahí, lo llamó a gritos.

—¡Dionisio!

Era Ridruejo un hombre extremadamente delgado, con esa delgadez ascética y monacal que solo se alcanza mediante sacrificios y privaciones. Incluso en un ambiente como aquel, de euforia y exaltación desbordadas, su mirada brillaba con un fulgor de iluminado o de faquir.

—¡No sabéis qué deseos tengo de entrar en combate! —dijo—. No me importa arriesgar la vida si sé que es por algo grande. Y lo que estamos haciendo es grandísimo: ¡estamos construyendo un mundo nuevo que durará mil años!

Revilla, que no tenía con él tanta familiaridad como Santos, se sumó a la conversación cuando evocaron algunos de los lugares sagrados del falangismo: el Teatro de la Comedia, en el que se había celebrado el acto fundacional, y el Café Lion, con La Ballena Alegre en el sótano…

—¡La de veces que estuve allí con José Antonio! —exclamó, tratando de ponerse a la altura del propio Ridruejo, uno de los próceres del partido, compositor de varios versos del *Cara al sol* .

Santos vio pasar a un fotógrafo y lo agarró del brazo.

—Ahora mismo nos hacemos una foto los tres.

El fotógrafo colocó el trípode, alzó el cable del disparador y, al tiempo que cerraba el paso a desconocidos, reclamó una sonrisa para la cámara. Los tres, viejos camaradas, posaron cogidos de los hombros. El ayudante del fotógrafo, que, como un hombre anuncio, llevaba colgados del cuello unos cartones llenos de fotos, se les acercó con la libreta. Cuando Santos empezó a dictar su nombre, Ridruejo se acordó del viejo chiste:

—¿Pero por qué le das el nombre? ¡Dale el apellido!

Ahora Eloy se ganaba la vida comprando bicicletas viejas y

arreglándolas para venderlas. Como su cuarto se había llenado de herramientas y piezas de recambio, solía salir a trabajar al pasillo del patio. Desde allí, a la vez que seguía pendiente de las posibles llamadas de su madre, veía a la gente que entraba y salía de la corrala, de modo que no tenía ocasión de aburrirse. Colocó la bicicleta del revés e hizo girar las ruedas como si fueran la ruleta de un casino. Había repintado el cuadro, sustituido las cubiertas y enderezado los radios. Como la cadena estaba rota y oxidada, aprovechó la de otra bicicleta, aunque era algo más larga. La abrió, le quitó tres eslabones y la volvió a cerrar, asegurándose de que rodillos, pasadores y placas quedaran bien encajados. Mientras la engrasaba con un pincel, vio subir a su hermana, que volvía del taller de costura.

—¿Qué tal? —preguntó Cristina, haciendo un gesto hacia la puerta abierta de la vivienda.

—¿No necesitas una bicicleta para ir al trabajo? Como nueva. Muy bien de precio.

—Que qué tal ha pasado el día, te digo.

—Insisto: muy bien de precio. —Accionó lentamente el pedal y comprobó el alineamiento de las ruedas—. Una auténtica ganga.

Se oyó a la madre llamándola con voz mortecina desde el dormitorio:

—¿Eres tú, hija?

Entró en el cuarto y notó un crujido bajo los pies. Había trozos minúsculos de cristal por todas partes y un charquito junto a la mesilla.

—¿Pero qué ha pasado?

—He ido a dar un sorbo y…

—¿No estaba Eloy para ayudarte? ¿Y tampoco ha valido para limpiarlo?

Pálida y ojerosa, la mujer mostraba una delgadez cadavérica. Últimamente lloraba menos que antes, pero era porque casi no tenía fuerzas. Cristina le dio un beso en la frente y mintió:

—Tienes mejor aspecto.

Mientras barría, la puso al corriente de los cotilleos del taller: tal compañera se había echado novio, a tal otra siempre la esperaba el mismo chico, había dos muchachas que ya tenían fecha para la boda… Arrastró el montoncito de cristales hasta la pared y sacó de su cesta unos restos de tela a cuadros.

—Los iban a tirar. ¿A quién se le ocurre? De aquí igual salen unas cintas para el pelo. Y de aquí, no sé, unas servilletas… —Calculó el tamaño plegando el retal—. Para ti, para mí, para Eloy…

Su madre entreabrió los ojos para decir:

—Y para Bernabé.

—Y para Bernabé.

—¿Han dicho algo más? Ya no recuerdo la palabra… *¿Indultación?*

—Conmutación. —Aprovechando que su madre había vuelto a cerrar los ojos, la chica observó con tristeza su nariz afilada y sus mejillas consumidas—. Pero tenemos que tener paciencia. Están revisando los casos uno a uno, y luego Franco tiene que poner la firma.

—¡Ese Franco de los demonios! —Se enfurruñó como una niña pequeña—. Pero si hay que escribirle una carta se le escribe. Yo lo que no quiero es morirme sin volver a ver a mi hijo.

Cristina intentó que su voz sonara festiva:

—¿Quién habla de morirse? Te vas a poner bien, ya lo verás. —Y, como le pareció que su madre se estaba quedando adormilada, fue bajando la voz poco a poco—. Me han hablado de un sitio en el que tienen sandías. En el mercado nuevo. ¡No sabes qué mercado tan moderno y tan bonito! En cuanto mejores un poco, iremos tú y yo…

Su madre, ya dormida, soltó un pequeño ronquido. Cristina vació la cesta sobre la colcha de su cama y salió sin hacer ruido. Eloy ya no estaba en el pasillo. Al pasar por la plaza lo vio probando la bicicleta en la calle del León. El chico la alcanzó cuando ella ya casi había llegado al mercado, un edificio cuadrado semejante a una fábrica o un hangar, con puestos que daban directamente a la calle y se cerraban con persianas metálicas.

—Monta. Te llevo.

—Pero si ya estoy.

—Que montes.

Cristina se acomodó como pudo en el manillar, con los pies apoyados en las palomillas de la rueda y la cesta apretada contra el vientre. A las primeras pedaladas la bicicleta empezó a torcerse hacia uno y otro lado. Estuvieron a punto de chocar con un carro cargado de hielo, pero Eloy, haciendo contrapeso con el cuerpo, consiguió recuperar el equilibrio y enderezar la trayectoria. Pedaleó con fuerza. Sobre el adoquinado, las ruedas resonaban con ruido de madera, como si fueran zuecos.

—¡Para, para! —gritó Cristina, fingiéndose enfadada—. ¡Se me está clavando el timbre en el culo!

Él siguió adelante, escogiendo al azar las callejuelas, apurando los giros para que su hermana, que temía que fueran a golpearse contra cada esquina, tuviera nuevos motivos de protesta. Al llegar a Tirso de Molina, la cadena saltó de repente por los aires y los pedales giraron

en el vacío, sin encontrar resistencia. El chico, malhumorado, echó el pie a tierra.

—¡Me cago en la Virgen!

—No blasfemes, no te vayan a multar.

Estaban en el centro de la plaza, junto a la estatua. Eloy se sentó en los escalones del basamento y trató de recomponer la cadena. Cristina lo observaba, apoyada en el pedestal.

—¿Cómo era nuestro padre? —dijo.

—¿A qué viene eso ahora?

—Fíjate en mamá. Primero no nos atrevimos a decirle la verdad, luego empezamos con las mentirijillas… Pero así son las cosas: sigue creyendo que Bernabé está vivo y lo seguirá creyendo hasta el final. ¿No te das cuenta de que son nuestras palabras las que lo mantienen vivo? Por eso te pregunto por papá: porque hablar de él es también una manera de mantenerlo vivo. ¿Cómo era? Tengo pocos recuerdos suyos y quiero seguir teniéndolos. No quiero que se pierdan, porque sería como si se volviera a morir, y esa vez para siempre. Con Bernabé, lo mismo. Y con Mateo. El día que tú y yo los hayamos olvidado ya no quedará nada de ellos. Si no recordamos nosotros a los nuestros, ¿quién los recordará? —Dejó pasar unos segundos—. Dime.

—¿Qué?

—Que cómo era.

—Yo tenía ocho años cuando murió, solo uno más que tú.

—Háblame de cuando nos llevó a Alicante a ver el mar. Tú de eso te acuerdas, yo casi no.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Lo del caballito de mar que metimos en un bote con agua y por la mañana apareció muerto, flotando? ¿O lo de la isla esa que quería visitar, que él decía que era de piratas?

—Lo de la fiesta.

Eloy levantó la cadena, que se enroscó en sí misma, formando algo parecido a un ocho.

—Nosotros dormíamos en una pensión modesta, una casa de huéspedes. Pero no muy lejos de allí, en el paseo, había un par de hoteles de categoría. En uno de ellos anunciaban una fiesta de disfraces. Era una fiesta para ricos y, por supuesto, no estábamos invitados. Pero nuestra madre se empeñó en ir: quería saber cómo eran las fiestas de la alta sociedad. Compró unos rollos de papel de seda y se puso a hacer flores de colores. Nos hizo ponernos el traje de baño, nos echó unas cuantas guirnaldas por la cabeza y los hombros y nos puso betún en la cara: ¡una familia hawaiana!

—¿Y?

—Pero si ya lo sabes…

—Quiero oírtelo contar.

—Bueno, nuestro padre dijo que con él no contáramos, ¡ni hablar del peluquín!, y se quedó en la pensión. Pero ella, erre que erre. Y no solo nos colamos en la fiesta sin levantar sospechas sino que estuvimos a punto de ganar uno de los premios. Había una orquestina y un pequeño escenario. Salió ella, seguida por los cuatro niños, como la pata con los patitos, y empezó a mover las caderas y los brazos como se supone que hacen los de esas islas. Nosotros repetíamos sus movimientos y decíamos: aloha, aloha…

—¿Yo también?

—Y Bernabé. Y Mateo. Todos.

—¿Y qué más?

—Nada más. —Eloy, dándose por vencido, mostró los dedos, sucios de grasa—. Eso es todo.

Como no había ninguna fuente cerca, se limpió en el tronco de un árbol, dejando unas marcas oscuras en forma de ele y equis, como letras de un alfabeto rudimentario. Luego levantó la bicicleta y señaló la calle de la Magdalena.

—Ya ni me acordaba de que mamá fue alguna vez una mujer risueña, bromista, divertida —dijo Cristina—. ¿Lo ves? Eso es lo que no quiero: que se borre todo eso.

Llamaron a la puerta preguntando por Antonio, su marido.

—Ahora no está. ¿Qué desean?

—Esperaremos.

Emilia, intimidada, se apartó para dejarles pasar. Lucían los dos un bigotito recto y fino, como pintado al carboncillo. No hacía falta tener mucho trato con policías para saber que estos lo eran. García, rapado, corpulento, con nariz de boxeador, caminaba delante, pero el que hablaba era Salazar, un hombre menudo, algo estrábico, con cara de ardilla.

—Bonitos dibujos.

Se refería a dos retratos al pastel que adornaban una de las paredes del cuarto de estar: Cecilia con un año menos, Rosita con tres, las dos vestidas de primera comunión.

—Y muy guapas sus hijas.

Ella agradeció el cumplido con un parpadeo y, aferrándose a la esperanza de que esos hombres estuvieran allí para hacer un encargo, sacó una de las carpetas.

—En cuestión de niños, no hay mejor retratista en todo Madrid —

dijo, repitiendo una fórmula que había escuchado al propio Antonio —. Miren, miren.

En realidad, todos los retratos eran un poco iguales: niños de carita redonda con las pupilas iluminadas, reflejos dorados en el pelo y una especie de aura sobre el fondo gris de la cartulina. Más que retratos de niños, lo que Antonio dibujaba era una versión depurada y perfecta de la infancia, un modelo ideal al que debía aproximarse cualquier niño que fuera digno de ser retratado. Salazar pasaba las láminas haciendo leves gestos de asentimiento. Luego dijo:

—Si no tiene inconveniente… —Y con un movimiento de cabeza ordenó a su compañero que fuera a husmear por la vivienda, al tiempo que seguía dando muestras de aprecio—: Bonitos dibujos, muy bonitos.

Ahora Emilia estaba más pendiente de lo que ocurría al final del pasillo, de donde llegaba un rumor de muebles arrastrados, cajones desencajados, objetos que rodaban por el suelo. Desde la distancia se percibía una brusquedad deliberada, como si cada ruido y cada golpe fueran también una admonición. Contra toda evidencia, Salazar insistía en comportarse como si la suya fuera una visita de cortesía.

—¿Y adultos? —preguntó—. ¿No cree que le iría mejor dibujando a adultos?

—No sabría decirle.

—Lo digo porque no le faltaría gente a la que retratar. Con la cantidad de amigos que tiene su marido…

La mujer lo miró con suspicacia. Un nuevo ruido en la otra punta de la casa provocó en ella un pequeño estremecimiento.

—¿Qué me dice de Heriberto Quiñones? Seguro que lo conoce… Un hombre alto, bien parecido, con acento argentino. Me han dicho que Antonio y él son buenos amigos. A lo mejor hasta ha estado en esta casa alguna vez… —Aunque Emilia no hacía sino encogerse de hombros, él seguía con su interrogatorio como si tal cosa—. Dígame. ¿Quiénes son los amigos de su marido? ¿Cómo se llaman? Y no me diga que no le viene ningún nombre a la cabeza. Vamos a ver…

Entretanto, García había empezado a registrar el cuarto de estar, moviendo butacas, derribando sillas, estrujando almohadones.

—Tenga cuidado, haga el favor… —imploraba Emilia.

De repente llegó de la cocina un intenso olor a quemado y tuvo que correr a apartar la plancha, que había dejado calentándose sobre unas ascuas. Salazar, que estaba más cerca, la levantó antes que ella y fue a dejarla en su base de hierro. Esta, que parecía una horma para zapatos de niño, estaba al otro lado de la pila. Salazar fue hasta allí y, antes de depositar la plancha, la sostuvo un instante en el aire con la

actitud de quien calcula el peso de un proyectil. Había algo amenazador en ese ademán.

—Vamos a ver —volvió a decir—. ¿Quién les ha visitado recientemente? ¿Quién se ha quedado a comer o cenar? Es imposible que no lo recuerde. Haga un esfuerzo.

En el pasillo, García se llevó un dedo a los labios e hizo una señal hacia las escaleras. A través de la puerta se oyeron las risas de las niñas, que siempre volvían de la escuela armando alboroto.

—A ver si su marido tiene mejor memoria —murmuró Salazar.

Cuando Antonio vio a los dos hombres y la casa revuelta, lo adivinó todo. Por si hubiera alguna duda, el otro policía, que hasta ese momento no había dicho ni mu, le saludó diciendo:

—Buenas tardes, Abel.

—Me temo que no soy yo el que andan buscando. —El dibujante, intentando mostrar aplomo, miró a su mujer—. ¿No les has dicho a estos señores que me llamo Antonio?

Las dos niñas, presintiendo algo, se callaron de golpe y empezaron a hacer pucheros. Salazar habló muy despacio, vocalizando:

—Ya sabe usted a qué hemos venido…, Abel. A llevarnos unas cosas que tiene escondidas. ¿Nos va a decir dónde están?

El otro señaló los cajones abiertos y las sillas derribadas, como diciendo: no sé qué buscan pero ya lo han visto, no hay nada. Los policías, que parecían estar disfrutando de la situación, intercambiaron una mirada. Luego Salazar lo agarró del brazo y lo condujo al rellano.

—Vamos para arriba. —Su tono de voz se había vuelto imperioso —. Usted, señora, no se mueva de aquí.

Unos minutos después estaban en la azotea, delante del gallinero. Salazar retiró la barra de hierro que bloqueaba la portezuela y se agachó para entrar. Por el suelo había cáscaras rotas de los huevos que las propias gallinas se comían. Una de ellas, parda, de ojos amarillos, lo observó inmóvil, con una pata a medio levantar. El hombre la ahuyentó golpeando el suelo con la barra. Sonó algún cloqueo de disgusto y las otras gallinas, desafiantes, se agitaron un poco sin llegar a apartarse.

—Tienen hambre. —García le tendió un cubo con peladuras de fruta y de patatas que había a la entrada—. Échales esto.

Salazar volcó el cubo junto al bebedero. Las gallinas, indiferentes a todo lo demás, se lanzaron en tromba sobre los desechos. El dibujante miraba para otro lado y soltaba unos jadeos que podían ser de rabia o de cansancio. García, de un manotazo, le aplastó la cabeza

contra la malla metálica.

—Tú quietecito.

Los dos policías ya no hacían preguntas, porque sabían muy bien dónde iban y lo que tenían que hacer. Salazar caminó hasta el rincón, donde, medio cubierta por unas tablas, había una repisa de obra que en algún momento se había usado como leñera. Metió el brazo y sacó una vieja lechera de latón, abollada, cubierta de cagadas, con desconchaduras en el esmalte. Deshizo el nudo de la cuerda que sujetaba la tapa, inclinó la vasija para explorar su contenido y la vació sobre el suelo de terrazo. Se desparramaron varios papeles. Algunos de ellos, los más grandes, estaban enrollados como canutos. Eran ejemplares atrasados de *Nuestra Bandera* y *Mundo Obrero* . Cogió uno y lo desplegó: la cabecera en un color rojo algo desvaído, la hoz y el martillo como cortados con un troquel. Un titular anacrónico le hizo sonreír: NUESTROS SOLDADOS RESISTEN HEROICAMENTE TODOS LOS ATAQUES ENEMIGOS .

—Nos vas a tener que explicar por qué guardas todo esto —dijo, y mostró el periódico a su compañero, que leyó el titular siguiente silabeándolo, como los niños cuando aprenden las vocales:

—NO-CON-SE-GUI-RÁN-A-BA-TIR-NOS …

De repente, Salazar parecía estar de buen humor. Recordó el popular estribillo de Celia Gámez:

—«No pasarán, decían los marxistas. No pasarán, gritaban por las calles…»

Y García se animó a canturrear:

—«Ya hemos *pasao* , decimos los facciosos. Ya hemos *pasao* , gritamos los rebeldes…» —Dio un empujón al dibujante y gritó—: ¡Andando!

Amancio, en el almacén, llenó la botella hasta arriba, le quitó el embudo y la cerró con un corcho. Luego repitió la operación con la botella siguiente. Era viernes. Todos los viernes, un cliente que tenía familia en Jaén le llevaba una damajuana de aceite, que daba para una veintena de botellas. Las botellas que no gastaba las vendía a gente de confianza (no quería líos con la Fiscalía de Tasas). Llenó la tercera botella, le puso el corcho y la alineó en el rincón junto a las otras. Desde esa perspectiva, a través de la puerta entreabierta, se tenía una visión parcial de la taberna: los barriles, la mesa del fondo, el extremo del mostrador. Algo parecido a una corazonada le hizo volver la cabeza en el instante mismo en que Salazar y García se acodaban a la barra. En ese momento, Maite salía con una fuente de

gallinejas. Amancio fue a esperarla a la cocina, que se comunicaba por detrás con el almacén. Junto a la puerta, en la esquina más alejada del fuego, tenían al pequeño Juan detrás de una valla hecha con maderas y cartones de vivos colores. Amancio se agachó y le acarició la barbilla. El niño, sonriendo, se llevó su mano a la boca y le mordió. Le estaban saliendo los dientes y no desaprovechaba ninguna ocasión de clavarlos donde fuera. Volvió la mujer con una pila de cacharros sucios.

—Hay dos hombres ahí que preguntan por ti.

—¿Qué han dicho?

—Solo eso. Que si estabas.

—Diles que he salido pero no tardaré. —Se quitó el delantal y lo colgó de la escarpia de los trapos—. Que he tenido que ir a comprar una bombilla.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? ¿Qué quieren de ti? —preguntó Maite, preocupada.

Amancio la besó en la mejilla y con aire furtivo se deslizó al zaguán. Salió a la calle procurando no ser visto desde el interior. Justo en ese momento acababa de pasar el tranvía, así que no le quedó más remedio que echar a andar. Desde allí hasta Antón Martín había no menos de cuarenta minutos a buen paso. Atajó por unos desmontes próximos a la calle de Alcalá y luego, pensando que la sombra de los árboles le proporcionaría algún alivio, se metió por el Retiro. Pero hacía el mismo calor en todas partes, un calor denso que anunciaba tormenta. Cuando llegó a la corrala, estaba sofocado y sudoroso. Eloy, que había trasladado su tallercito de bicicletas a la esquina del patio más cercana al lavadero, se alarmó al verlo entrar. Amancio, sin resuello, habló de forma entrecortada:

—Tienes que irte…, tienes que esconderte… La policía llegará en cualquier momento. Busca un sitio seguro, en el que no puedan encontrarte… Y no se te ocurra decírselo a nadie. Ni a tu hermana ni a tu madre. ¡A nadie!

Eloy, todavía con la llave de tubo en la mano, lo observaba confundido e incrédulo, sin saber qué decir.

—¡Estaba seguro! —exclamó el otro—. ¡Estaba seguro de que nos traicionaría! Esos elogios a Stalin, ese entusiasmo por colaborar con el Socorro Rojo…

—¿Pero quién?

—¿Quién va a ser?

La bicicleta con la cadena arreglada estaba apoyada en la pared. Amancio la agarró por el manillar, probó los frenos y preguntó, casi afirmándolo:

—¿Me la dejas? La necesito.

—¿Dónde puedo ir? —El chico seguía aturdido—. ¿No sabes de nadie que…?

—¿Qué quieres? ¿Que detengan a más gente? A ver si lo entiendes de una vez: yo no tengo que saberlo. ¡Nadie tiene que saberlo! Es una cuestión de vida o muerte. Si nos cogen… —Hizo con el índice el gesto de rebanarse el cuello—. ¿Está claro o no?

Mientras Amancio salía de allí en la bicicleta, Eloy alzaba la mirada al cielo en actitud implorante. Entre las sábanas tendidas distinguió el rostro sonriente de su hermana, que, ajena a todo, conversaba con otras vecinas de un extremo al otro del patio. Hablaban del mantón de Manila y el pañuelo de chulapa que tenían pensado ponerse en la verbena de ese año. Todos los veranos por esas mismas fechas había conversaciones así. Era increíble que bajo aquella apariencia de normalidad se ocultara una amenaza tan grave como la que Amancio acababa de formular.

—¡Huy, qué nubes tan negras! —oyó exclamar a Cristina, que se apresuró a retirar la ropa tendida.

La lluvia cogió a Amancio en la Gran Vía. Era el clásico chaparrón de verano, furioso, desbocado, que lo inundaba todo en un instante y luego cesaba de golpe y como si nada. Refugiado debajo del voladizo de una relojería, aprovechó para recogerse los bajos del pantalón. Reemprendió la marcha tratando de no pasar por los charcos, pero había partes en las que era inevitable, y con las ruedas levantaba olas de agua marrón que brincaban sobre el bordillo. A la altura de Santa Bárbara volvía a lucir el sol y en Almagro el pavimento se había secado casi del todo. A medida que se acercaba al taller de tapicería pedaleaba más despacio. Cuando ya tenía a la vista los rollos de tela y la pila de sillas desguarnecidas, echó un pie a tierra. Paniagua, que estaba en la entrada con la grapadora en la mano, lo miró con gravedad. Amancio se limitó a asentir con la cabeza. Se habían conocido en la Cárcel Modelo durante la dictadura de Primo de Rivera. Eran veteranos, por tanto, y sabían que cuando había que ponerse a salvo sobraba el palabrerío. Sin más, Amancio volvió a pedalear.

Entretanto, Salazar y García habían llegado a la corrala y llamaban al timbre. Que la puerta estuviera cerrada quería decir que los estaban esperando, pero ellos no tenían por qué saberlo.

—Tenemos que hablar con Eloy Donoso.

—No sabemos dónde está. Hace días que no lo vemos. —Se oyó la voz de Cristina desde el interior—. ¿Quién lo busca?

—Policía. Abra.

El rostro de la chica apareció a través de una rendija. Estaba asustada. Los hombres la obligaron a apartarse empujando la puerta con determinación. Llevaban todavía una sombra de humedad en los hombros de la americana.

—¿Cuál es su cuarto?

Mientras García rebuscaba aquí y allá, Salazar se asomó al dormitorio de la madre. La mujer, haciendo grandes esfuerzos, trataba de incorporarse en la cama. Sus muñecas eran tan delgadas que parecía que fueran a quebrarse en cualquier momento. Cristina corrió a ayudarla y le acomodó los almohadones detrás de la espalda. El policía, con el respeto que inspiran la enfermedad y la muerte, se quitó el sombrero. Echó un vistazo bajo las camas, abrió un par de cajones al azar y dijo:

—¿No sabe dónde puede haberse metido? ¿Ni quiénes son sus amigos?

La mujer, displicente, estiró mucho el cuello y permaneció en silencio. El policía insistió:

—¿Solía traer gente? Usted está todo el día en casa. Trate de recordar.

—No sé dónde está mi hijo ni qué hace ni con quién va. Y le aseguro que, si lo supiera, tampoco se lo diría —dijo con dignidad.

Ahora Salazar la observaba como calibrando la magnitud de la ofensa.

—Tiene la obligación de colaborar, señora. —Su tono de voz era amenazador—. ¿Se da cuenta de que eso que acaba de decir le podría salir muy caro?

Ella se limitó a soltar un hondo suspiro. El policía, tras una breve vacilación, salió de allí diciendo:

—Buenas tardes tenga usted. —Y se volvió a cubrir la cabeza.

Los dos hombres se reunieron delante de la habitación de Eloy, que estaba llena de herramientas, botes de aceite y de pintura, piezas sueltas de bicicleta, cajas con tuercas y tornillos. La propia cama, sobre la que había un montón de cámaras y llantas, parecía formar parte de un viejo taller abandonado. En el pasillo, Cristina hizo un gesto que quería decir: ya lo ven, hace tiempo que ahí no duerme nadie.

—¿Has mirado en la cocina? —dijo Salazar, que luego no prestó atención a la respuesta del otro.

En la pared de la ventana había un estante de madera con un atado de cartas, algunos papeles, una docena de libros, un álbum de fotos. Salazar echó un vistazo a las fotografías, entre las que había varias de Gloria. Después se detuvo en los apuntes de inglés, que

estaban unidos con una pinza de oficina. Los cogió, los hojeó y, como un ciego leyendo un texto en braille, acabó pasando las yemas de los dedos por el membrete de la Academia Linares.

—No sé qué esperaban encontrar… —insistió Cristina.

—Nos vamos —dijo él.

Salieron dejando la puerta abierta. La chica volvió con su madre. Se sentía a la vez temerosa y aliviada.

—¡Qué valiente has estado, mamá! —exclamó, y trató de imitarla —. «No sé dónde está mi hijo y, si lo supiera, no se lo diría.» ¡Qué orgullosa estoy de ti! ¡Si todo el mundo les hablara de ese modo…!

—¿Qué le van a hacer? —clamaba la otra—. ¿Qué le van a hacer esos demonios?

Los dos policías llegaron a la calle Españoleto cuando se estaban apagando los luminosos amarillos del balcón. Se cruzaron en el portal con unos jóvenes con pinta de estudiantes, subieron el pequeño tramo de escaleras y esperaron a que Conchita despidiera a los últimos alumnos.

—Estamos buscando a Eloy Donoso.

Como los sábados solo tenían clases particulares, los viernes dejaban los pupitres alineados contra la pared. Es lo que estaba haciendo Rosalía cuando oyó voces que no le resultaban familiares y acudió a ver. Conchita soltaba sus típicas risitas.

—Qué chico tan simpático… ¡Y tan guapo, ji, ji!

—¿Sigue estudiando aquí?

—Hace mucho que no le vemos el pelo. Pagaba las clases con miel del pueblo de su familia. ¡Qué miel tan buena! —Volvió a reír—. Quién sabe… A lo mejor se les murieron las abejas y por eso dejó de venir.

En el atolondramiento de Conchita había algo inocente que le daba credibilidad. Rosalía, en cambio, se mostraba tensa y azorada. Seguramente los dos policías se habrían marchado si no hubiera intervenido para hacer callar a su hermana:

—A estos señores no les interesa de qué manera nos pagan nuestros alumnos.

—¿Por qué dice eso, señora? Cualquier información que nos proporcionen… —Salazar la observó con curiosidad—. Háblenme de esa miel. ¿De dónde se la traían?

Ocurrió que, al mismo tiempo que Rosalía sacudía la cabeza para dar a entender que no lo sabía, Conchita exclamó ¡Aranjuez! A ello siguió un intercambio de reproches mudos entre las dos hermanas, y en solo un instante la curiosidad de Salazar se convirtió en suspicacia.

—Aranjuez. ¿Y me ha dicho que Eloy tiene familia allí? ¿Algún

tío, algún primo?

—En realidad, yo no he dicho que…

Rosalía guardaba un silencio obstinado que quería decir: estás hablando demasiado, Conchita, siempre hablas demasiado.

—No les importará que echemos una ojeada —dijo el policía.

Los dos hombres entraron en las aulas, que, con la puerta corredera abierta y sin el estorbo de los pupitres, volvían a ser el viejo salón de la casa familiar. Salieron de nuevo al pasillo y lo recorrieron despacio, asomándose a las habitaciones. Rosalía intentó disuadirles diciendo:

—Eso ya es la vivienda. —Pero de ese modo solo consiguió incitarles.

Salazar encendió la luz del cuarto de estar. Su mirada se detuvo en el aparato de radio, que estaba en el mueblecito de siempre.

—¿La enciendo? —preguntó con un retintín lúgubre.

Hasta la ingenua de Conchita se dio cuenta de cuál era el juego. Si resultaba que en la radio estaba sintonizada una emisora prohibida, podían acusarlas de actividades subversivas y llevárselas detenidas. Por menos de eso había acabado en prisión mucha gente.

—Haga lo que quiera —dijo Rosalía.

Como el gato que se entretiene con el ratón antes de darle el zarpazo definitivo, el policía optó por mantener el suspense. Primero acercó la mano con decisión, luego titubeó un poco y, cuando parecía que desistía, se decidió a girar la ruedecilla. Si alguien allí creía que iba a oírse la BBC o algo peor, estaba equivocado. Lo que sonó fue la clásica advertencia de Radio Nacional, que, dos años después del fin de la guerra, continuaba emitiéndose todas las horas:

—«… Españoles, alerta. España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos. España, con el favor de Dios, sigue en marcha, una, grande, libre, hacia su irrenunciable destino…»

Salazar no apagó la radio hasta que sonaron los ¡arriba España! de rigor. Luego torció un poco la cabeza, como admitiendo deportivamente su derrota, y se encaminó hacia la salida. Al pasar por delante de la cocina, García se asomó a echar un vistazo. Salazar, impaciente, le hizo el gesto de vámonos, pero él no se movió. Delante de la carbonera había un capazo rebosante de carbón.

—¿Por qué hay tanto? —preguntó con un tono de voz algo arrastrado, nasal.

—Lo que sobró del invierno —dijo Conchita.

—Nadie tiene tanto carbón solo para cocinar.

—No lo íbamos a tirar —dijo Rosalía.

Salazar no sabía adónde quería ir a parar su compañero, que apartó el capazo, bajó la tapa de la carbonera y se remangó la camisa hasta el codo. Con la mirada puesta en el techo, hundió el brazo en el receptáculo. Mientras Conchita lo observaba con curiosidad, Rosalía contenía la respiración. El policía dijo:

—Ya lo tengo… —Y sacó un bulto cubierto de carbonilla.

El ruido del macuto al chocar contra el suelo no dejaba lugar a dudas sobre su contenido. García apartó la solapa y asomaron las pistolas. Salazar agarró una y se volvió hacia las dos mujeres.

—No lo entiendo… —murmuró Conchita, asustada.

Salazar miró a la otra mujer y dijo:

—Y usted, ¿tampoco lo entiende?

Rosalía, con voz llorosa, trató de justificarse ante su hermana:

—Me dijo que no había peligro. Que serían solo unos días. Y estaba tan triste por la muerte de su hermano que no supe decirle que no…

Como si estuviera a punto de sufrir un ataque de ansiedad, Conchita se llevó una mano al pecho y abrió mucho la boca.

—¿Qué va a pasar ahora? —dijo.

Eloy recorría arriba y abajo la calle Cardenal Cisneros tratando de no llamar la atención. Se detenía un instante delante del portal de Gloria y oteaba con disimulo su balcón. Que por debajo de la persiana se adivinara una claridad lejana quería decir que debían de estar en casa, pero eso no le servía de mucho. Una cosa era hacerse el encontradizo y otra muy distinta irrumpir a esas horas en casa del señor Morgado pidiéndole… ¿Pidiéndole qué? ¿Que lo escondiera de la policía? ¿Que le permitiera despedirse de su hija, a la que hacía más de un año que no veía?

—¡Las once y sereno!

Cuando por tercera vez se cruzó con el mismo sereno, comprendió que tenía que empezar a buscar un sitio donde pasar la noche. Llevaba una pequeña maleta, en la que había tenido tiempo de meter solo lo imprescindible. Pasó nuevamente por delante del portal y recorrió por última vez Cardenal Cisneros hasta su desembocadura en Viriato. Su idea era encontrar algún rincón discreto en los jardines del canal, junto a los depósitos de agua, pero, cuando se disponía a cruzar General Sanjurjo, vio a un hombre mirándolo desde un coche aparcado. En sus ojos había sospecha y desconfianza, o eso le pareció a él, que en cuanto pudo cambió de dirección.

Dejó atrás Bravo Murillo y se metió por un camino que la gente

llamaba Callejón de los Cementerios. Esa parte de la ciudad, en la que había varios cementerios abandonados, era conocida como el Campo de las Calaveras. El camino, apenas un sendero entre zarzas e higueras, iba bordeando las tapias desde el Cementerio General del Norte, cerca de la glorieta de Quevedo, hasta los de La Patriarcal y San Martín, más allá de Cea Bermúdez y la avenida de Filipinas. Eloy conocía la zona porque, de día, los jóvenes se juntaban para jugar al fútbol en los descampados que había entre los cementerios. Pero no era fácil orientarse a la luz de la luna. Acompañaba su caminar el canto de las cigarras, que parecían respetar las distancias, callando a su paso y chirriando de nuevo en cuanto se alejaba un poco. El vuelo ocasional de las luciérnagas, que cruzaban el aire como minúsculas estrellas fugaces, aportaba a la noche un cariz sobrenatural. En un recodo medio oculto detrás de unos arbustos adivinó más que vio una hendidura que partía la tapia de arriba abajo. Era por allí por donde los chicos entraban a recuperar los balones que se les colaban. Unas piedras amontonadas a modo de peana permitían auparse hasta la parte ancha de la grieta, por la que alguien de su tamaño podía deslizarse sin dificultad. Una vez dentro, superado el primer muro de nichos, dejaron de oírse las chicharras. Años atrás, cuando todavía él tenía el pie bien y podía jugar al fútbol, había visto a un chico salir de ese cementerio exhibiendo un cráneo resplandeciente: entre la maleza había restos humanos procedentes del vaciado de la fosa común. Eloy avanzaba despacio, temiendo tropezar con alguna lápida rota o algún féretro desenterrado. Llegó a una callecita flanqueada por mausoleos con forma de pequeñas iglesias. En muchos de ellos, las rejas de hierro forjado estaban abiertas o arrancadas porque durante la guerra se habían utilizado como refugios antiaéreos. No sin aprensión, se introdujo en uno cuyo frontis estaba presidido por un ángel de piedra sosteniendo lo que parecía ser un libro. Allí estaría a salvo, al menos por una noche. Abrió a tientas la maleta. Sacó algo de ropa, hizo con ella un rebujo para que le sirviera de almohada y se dispuso a dormir.

Pasado un cuarto de hora, empezó a oír ruidos. Primero fue un silbido prolongado, de pastor; luego, unos pasos apresurados; más tarde, unas risas. Se acordó de algo que había oído decir en alguna ocasión: que aquel era un lugar de encuentros furtivos entre homosexuales. Se asomó al exterior sin llegar a salir y trató de distinguir algún movimiento en la oscuridad. Nada. Se tranquilizó pensando en lo improbable que sería que algunos de esos hombres fueran a buscar intimidad precisamente en ese panteón (había muchos más) y casi se rio imaginando el susto que se llevarían cuando se encontraran con él. Al cabo de un rato volvió a oír voces, primero

muy próximas, luego atenuadas por la distancia. Quienquiera que fuese parecía encaminarse hacia la abertura de la tapia. Probablemente las citas tenían lugar fuera, en el callejón, y desde allí las parejas pasaban al interior del cementerio. Prendió una cerilla para mirar el reloj: eran las dos menos cuarto.

Cuando se despertó con las primeras luces, tuvo la sensación de estar siendo observado. Y, en efecto, desde el exterior del panteón una cabrita parda moteada de blanco lo miraba con curiosidad al tiempo que masticaba las flores de un cardillo crecido entre las grietas de los escalones. Eloy se incorporó y alargó el brazo como ofreciéndole algo de comer. Tentado de acercarse, el animal estiró el cuello y agachó la cabeza. Luego, de repente, dio un saltito y desapareció. El chico sacó medio cuerpo fuera y echó un vistazo. Algunos de los mausoleos eran grandiosos, con cúpula y columnata. Lo demás eran cruces derribadas o torcidas, lápidas medio cubiertas por hierbajos, alguna vieja tumba reducida a tierra y cascotes. Nada de eso le llamó la atención, porque ya antes de la guerra el cementerio estaba muy deteriorado. Lo que le llamó la atención fue que no quedara en pie ningún árbol. Vio la larga fila de tocones y supuso que, como en tantos sitios, los vecinos habían arrasado los cipreses para hacer leña. Orinó contra una balaustrada oscurecida por el moho. No muy lejos de allí, la cabrita ramoneaba junto a unos matojos. Ahora al lado del animal había una niña acuclillada mirándolo con seriedad.

—Hola. —La saludó con la mano—. ¿Cómo te llamas?

La niña, que iba vestida con una camiseta roñosa y llevaba el pelo enmarañado, echó a correr hacia un extremo del recinto. Allí, mimetizándose con el paisaje, había unas chabolas hechas con restos de nichos, losas desparejas y tela de arpillera. Así pues, no había sido Eloy el único que había dormido en el cementerio. Por suerte, era todavía temprano y esa gente no parecía muy madrugadora. Volvió a su rincón, metió sus escasas pertenencias en la maleta y buscó un sitio donde esconderla.

Pasado un rato, estaba otra vez subiendo y bajando Cardenal Cisneros. Procuraba sobre todo no llamar la atención de los porteros, que eran, casi sin excepción, aplicados informantes de la policía. Poco a poco empezaban a abrir los comercios, lo que le permitió disimular un poco, deteniéndose aquí y allá a curiosear el género. Su puesto de observación favorito era la mercería, en la que sin embargo cualquiera que saliera del portal lo localizaría con facilidad. Ese era el problema: que por un lado debía procurar no ser visto y, por otro, sentía un deseo irracional de ser descubierto. Se desvió por una de las transversales y enseguida volvió sobre sus propios pasos. Las pocas

veces que perdía de vista la casa lo hacía por muy poco tiempo, y luego escrutaba atentamente la calle para asegurarse de que Gloria no hubiera ido ni para un lado ni para el otro.

En una de esas la vio salir, con esa belleza suya, despreocupada, fresca, fragante, que despertaba en él el recuerdo de una ternura infinita. Para Eloy, la palabra amor estaba asociada de forma natural a ese rostro, esa sonrisa, esa mirada, esa voz que tan estúpidamente había dejado escapar. Aunque ya no llenaba libretas con su nombre, todavía le emocionaba el sonido de esas dos sílabas: Glo-ria, Glo-ria. Su hermana Cristina mantenía cierta amistad con ella, y cada vez que él la oía mencionarla un calambre le recorría el cuerpo, empezando por la cerviz y llegando hasta la punta de los pies. También ahora, mientras se situaba en un lugar desde el que verla sin ser visto, un estremecimiento lo sacudió por dentro. Detrás de Gloria salió su padre, avejentado, cabizbajo, caminando a pasitos cortos, como esos ancianos que temen la caída fatal. Dejó Eloy que se alejaran una cincuentena de metros y los siguió a distancia. Sabía por Cristina que ahora Gloria era secretaria en el mismo despacho en el que trabajaba Basilio, su padre. Dio por sentado que todos los días hacían idéntico recorrido, cruzando el bulevar por el mismo punto y continuando después por la misma acera de Fernando VI.

Llegaron. En el portal destacaba la placa de FÉLIX BENÍTEZ — PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES . Se disponían a entrar cuando alguien los saludó con la mano desde la otra esquina de la calle. Era el propio Benítez. Se detuvieron a esperarlo e intercambiaron cortesías. Eloy, que temía que esa fuera a ser la última vez que viera a Gloria, apuraba esos instantes y prestaba atención a todos los detalles. No se le escapó que Benítez dejó pasar a Basilio y que, cuando este no podía verlo, acarició con los dedos el codo de ella. Gloria, recatada, le correspondió con una sonrisa. No fue más que eso: una caricia levísima, una sonrisa, gestos mínimos pero cargados de un significado profundo. Alguien que no estuviera enamorado tal vez habría sido incapaz de captar esos indicios o de interpretarlos correctamente. Pero Eloy lo estaba, y aquello le cortó el aliento. Pegó la espalda a la pared como si deseara desaparecer, no estar allí. Luego bajó la cabeza, apesadumbrado. Ahora sí que podía marcharse.

El centro de detención estaba en Chamartín de la Rosa, más allá de la colonia de El Viso. Era un caserón de ladrillo oscuro que había sido concebido como quinta de veraneo. En la parte delantera, una hilera de cipreses ceñía la alta tapia, coronada de cristales puntiagudos, y

por encima del edificio sobresalían las paredes verdes de un frontón. A la bodega se accedía a través de una puerta en forma de arco. Era allí donde, levantando unos tabiques, habían improvisado los calabozos, unos cubículos húmedos, angostos, sin más luz que la que proporcionaban las bombillas de la escalera y sin apenas ventilación. La atmósfera estaba cargada de un pestilente olor a heces que el zotal parecía intensificar. Antonio tanteó el suelo y las paredes hasta dar con un cazo con agua y un cubo de zinc para sus necesidades. Encontró también el respiradero, que estaba a ras de tierra. En cuanto lo dejaron a solas, se agachó y torciendo el cuello preguntó:

—¿Hay alguien? —No obtuvo respuesta pero, por si acaso, insistió—: ¡Si hay alguien ahí, que lo diga!

Aguzó el oído pero solo le llegó el clic-clic de una cañería que goteaba en algún lugar. Luego, como si los tímpanos pudieran habituarse al silencio del mismo modo que la retina se adapta a la oscuridad, empezó poco a poco a captar más sonidos. Oyó primero unas voces ininteligibles que venían del piso de arriba; después, los ladridos de uno o varios perros en el jardín trasero; más tarde, el ruido de un motor que daba acelerones sin moverse del sitio, como si lo estuvieran arreglando… En algún momento hasta creyó distinguir un lejano sonido metálico y visualizó unas herramientas chocando contra el suelo. Nervioso y asustado, intentó tranquilizarse canturreando la canción con la que arrullaba a sus hijas cuando eran pequeñas: ahora que vamos despacio, ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras, tralará, vamos a contar mentiras… Luego se sumió en un silencio espeso que igual pudo durar veinte minutos que una hora. La oscuridad y el aislamiento alteraban la medida del tiempo y producían una rara sensación de irrealidad. Se acurrucó en un rincón y trató de descansar. Pese a la tensión y a la incomodidad, llegó a conciliar brevemente el sueño, lo que aún lo aturdió más. Cuando en mitad del duermevela oyó el ruido de unos pasos en la escalera, ya no sabía si era de día o de noche. Pegando la mejilla al ventanuco vio de refilón cómo encerraban a alguien en una de las celdas. Aunque floja y desfallecida, reconoció la voz de Amancio, que enseguida empezó a protestar:

—Tengo sed. Y aquí no hay agua. ¡Dame agua!

Se acercó el vigilante, que a contraluz era poco más que una silueta negra. Antonio golpeó con el cazo la reja del ventanuco.

—¡Yo también! ¡Quiero agua!

En un rincón había una jarra de brazo muy largo, como una regadera, pero estaba vacía. El guardián subió a llenarla y los dos hombres aprovecharon para contar cómo habían sido sus respectivas

detenciones. A Amancio lo habían agarrado en Torrelaguna, el pueblo de su hermana. Al tratar de escapar de los guardias civiles había caído de la bicicleta y se había roto dos costillas, que le dolían al menor movimiento. Por eso hablaba con la voz quebrada.

—He intentado avisar a la gente —dijo—. Espero que alguno haya conseguido escapar. ¿Ya te han interrogado?

—Aún no.

—Primero dejan que te cuezas en tu propia salsa. Y luego…

Volvió el vigilante y les rellenó los cazos. Era muy joven y llevaba tanta brillantina en el pelo que la escasa luz se reflejaba en él como en un estanque. Amancio trató de sonsacarle:

—¿Esto qué es? ¿Una comisaría?

—¿Quién te ha dicho que tienes derecho a hacer preguntas?

—No es delito, que yo sepa. —Y no dejó pasar ni un segundo antes de volver a la carga—. ¿Hay más gente detenida o estamos solo nosotros?

—Aquí se habla cuando yo lo digo. —El chico impostaba la voz para parecer más rudo—. ¿Entendido?

—Tienes aspecto de estudiante… ¿Estás en la universidad?

El otro recurrió a la cólera como un atajo para recuperar la autoridad perdida. Lanzó al suelo la jarra, que rebotó varias veces con estrépito, y gritó:

—¿Pero no te he dicho que te calles? ¡Como vuelvas a abrir la boca…! —Y dejó la amenaza flotando en el aire.

En mitad del silencio los sonidos llegaban cada vez más nítidos: algún portazo, unas voces lejanas, unos ladridos aislados, una rata o un ratón correteando al otro lado del tabique. En algún momento deslizaron sendas escudillas por los respiraderos.

—¿Y la cuchara? —dijo Amancio.

—Con la mano.

Aquello era incomestible: una maseta insípida y espesa, hecha tal vez de arroz, con la consistencia grumosa del engrudo y trozos de una sustancia correosa imposible de identificar. Amancio escupió el bocado y alejó la escudilla con el pie.

—Esto no se lo dais ni a los perros.

Le llegó la voz casi inaudible de Antonio canturreando una canción de su infancia que él mismo acabó coreando: por el mar corren las liebres, por el mar corren las liebres, por el monte, las sardinas, tralará… Al cabo de un rato bajaron a un tercer detenido. Era Paniagua, que había intentado burlar a la policía escondiéndose en un altillo del taller.

—Estamos cayendo todos —murmuró Amancio con desánimo.

Lo cierto, sin embargo, es que pasaban las horas y no llevaban a nadie más. Eso les infundió un poco de esperanza: los que habían conseguido escapar sabrían organizarse sin ellos.

—¿Qué nos van a hacer? —dijo Antonio, el único de los tres que nunca había sido detenido.

—Tú cáete al suelo cada vez que te peguen —dijo Amancio—. Así ganas unos segundos.

—Y en el suelo mantén los puños cerrados para que no te pisen los dedos y te los rompan —añadió Paniagua—. ¡Porque supongo que querrás volver a dibujar…!

Pasaron cinco o seis horas y el joven vigilante apareció acompañado de García, el forzudo. Había llegado el momento. Sacaron a Amancio, le ataron las manos a la espalda y lo llevaron al jardín de atrás, el del frontón. La luz del sol se le clavaba en los párpados como si quisiera perforarlos. Cuando por fin pudo abrir los ojos, se encontró cara a cara con Valentín, que se abanicaba con un ejemplar de *Arriba* y lo observaba medio sonriendo.

—¿Sorprendido? Nooo… Seguro que algo te olías. Por lo menos no podrás decir que soy un traidor. Para ser un traidor, primero tendría que haber sido de los vuestros. Y está claro que no lo fui, nunca lo fui, ni siquiera en la guerra, cuando estaba en las juventudes comunistas. ¡Supongo que sabes que muchos nos metimos ahí solo para salvar el pellejo!

Amancio se mantenía en silencio, la mirada puesta en una esquina del frontón en la que había un desconchado con la forma de África. Valentín abrió el periódico y mostró un titular que decía: A LO LARGO DE TODO EL FRENTE, EL EJÉRCITO ROJO SE RETIRA .

—¿Te lo leo? «Veinte mil rusos se rinden en la bolsa de Minsk después de fusilar a sus comisarios políticos…» ¿Sabes qué quiere decir esto? Que yo tengo razón y tú no. Que yo he ganado y tú has perdido. Que, en todo el mundo, tú y la gente como tú tiene que escapar o rendirse. ¡Puede ser que al final te ocurra como a esos comisarios y hasta te acaben matando los tuyos! —Lanzó el periódico al suelo—. Amancio, tú no eres como los otros. Tú eres inteligente. Y la inteligencia consiste en saber adaptarse a las circunstancias. Yo he sabido adaptarme. ¿Por qué tú no? Todavía estás a tiempo. Lo único que tienes que hacer es colaborar…

Amancio hizo una mueca de rechazo y le volvió la cara con brusquedad. Valentín, decepcionado, soltó un bufido.

—Esa actitud no te va a servir.

A su lado estaba Salazar, que dijo:

—¡Si fueras solo tú, si no tuvieras una mujer y un hijo…! No seas

tan egoísta. No pienses tanto en ti. Piensa un poco más en ellos. ¿Qué sentido tiene que ahora te hagas el héroe si dentro de unos minutos estarás de rodillas, suplicándonos que no toquemos a tu familia?

—Te conviene colaborar. —Valentín frunció el ceño, condescendiente—. Y lo acabarás haciendo. Cuanto antes, mejor. Así nos ahorraremos todos estos engorros.

Amancio habló por fin:

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me hables de ese Quiñones. —Como vio que el otro no reaccionaba, endureció el tono—: Y conmigo no te hagas el tonto.

—Te juro que no sé de qué me hablas.

—No jures en falso, que es pecado —dijo Salazar.

—Nunca antes había oído ese nombre.

Valentín exageró su extrañeza:

—¿Mandan a un tipo a reorganizar el Partido y ningún comunista ha oído hablar de él?

—Tú también estabas en las reuniones del comité. ¿Oíste hablar del tal Quiñones? No, ¿verdad? Pues yo tampoco.

—No te creo.

—Tienes que creerme. Te estoy diciendo la verdad.

—Eso lo veremos —dijo Salazar.

Lo llevaron a una especie de cochera sin puerta y, de buenas a primeras, se echaron sobre él y empezaron a darle puñetazos y patadas. Le golpeaban por todas partes y al unísono, sin concederle un segundo de descanso, de forma que era imposible protegerse. Si trataba de cubrirse la cabeza, buscaban su abdomen para obligarle a bajar los brazos y, cuando los bajaba, atacaban sus costillas y su espalda. Como un pelele en pleno manteo, se mantuvo unos segundos en pie por efecto de los propios golpes. Luego, al caer al suelo, trató de encogerse en sí mismo. Pese a tener el juicio nublado y los sentidos embotados, observó que el que más se ensañaba era el policía jovencito. Este, que se llamaba Marcelino, seguía aún pateándolo con brutalidad cuando ya Valentín había dado la orden de parar. Notó en la boca el sabor de la sangre y en los párpados una hinchazón que crecía por momentos. García lo arrastró hasta la pared y lo ató a una argolla. Quedó en una posición extraña, con los brazos en alto, el cuerpo torcido y la barbilla medio encajada en la axila. Valentín, el único de los cuatro que no había participado en la paliza, se agachó a su lado y le habló casi con dulzura:

—Heriberto Quiñones —dijo—. ¿Verdad que ahora el nombre te empieza a sonar?

—Vas a querer mucho a tu hermanito —dijo Aníbal, llevándose la mano al vientre y dibujando en el aire la curva del embarazo.

Sentada en sus rodillas, la niña protestó:

—¡Hermanito no! ¡Hermanita!

—Aún no sabemos. —Su madre asintió comprensiva—. Hermanito o hermanita.

Ante la puerta del salón esperaban las maletas, todavía sin cerrar. Algunos de los muebles estaban protegidos con fundas. La criada buscó un sitio donde dejar las sábanas con las que tapar el sofá y los sillones.

—Vuelve a la cocina, Adela. —Las pulseras tintinearon cuando Rosario agitó la mano—. No te quedes ahí como un pasmarote.

Al igual que con el primer embarazo, tampoco con este había engordado demasiado. La prominencia de la tripa era aún imperceptible. Rocío se le acercó, pegó la oreja y la auscultó con expresión seria. Su madre marcó los latidos moviendo el dedo como un diapasón: pam-pam, pam-pam…

—¿No lo oyes? ¿No oyes el corazón?

La niña puso morritos.

—Yo no oigo nada.

En el centro de la mesita había una bandeja con restos de bizcocho y tazones sucios de chocolate. Esteban, con el gesto sombrío que se había vuelto habitual en él, soplaba en su taza de té. Sobre la frente llevaba las extrañas gafas de montura elástica que utilizaba para fundir. Su hermano, tan jovial como siempre, bromeó:

—¿Ya tenéis nombre? ¿Por qué no Aníbal? Suena bien.

—¡Tiene que ser niña! —Rocío hizo un mohín—. ¡Le guardo mis muñecas!

—De acuerdo. Si es niño, Aníbal. Y si es niña…

—Si es niña, Azucena —zanjó la pequeña.

Aníbal se volvió malicioso hacia su hermano.

—¿Tú no tuviste una novia que se llamaba Azucena?

El otro se encogió de hombros y su hija lo observó incrédula.

—¿Tuviste una novia que no era mamá? ¿Pero eso puede ser?

—¿Tú qué te crees? —Aníbal resopló por la nariz—. ¿Que tus padres no tuvieron una vida antes de nacer tú?

La niña se volvió entonces hacia su madre, que acababa de descargar el matamoscas sobre la esquina de la mesita.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Tuviste algún novio antes de casarte?

La mujer buscaba en la rejilla y el suelo con expresión confusa: si había pillado la mosca, no solo había muerto sino que se había volatilizado. Miró a su cuñado y le recriminó con blandura:

—¡Pero qué tunante estás hecho! ¿Ves la que has organizado?

—¿Tuviste algún novio o no? —insistió su hija.

—Eso fue hace mucho tiempo. —Ahora Rosario afectó indiferencia—. Antes de conocer a papá.

Rocío se enfrentaba por primera vez a los misterios de la existencia. Las cosas que le habían contado de la vida no encajaban del todo en la realidad. Permaneció unos segundos en silencio e hizo una pregunta que sonó como una acusación:

—¿Cómo sería yo si os hubierais casado con otros?

—Bueno, no serías exactamente tú —dijo Rosario, tratando de sonreír.

—¿Qué quiere decir *exactamente* ? ¿Sería yo o no sería yo? ¿O lo sería pero solo a medias? ¿La mitad de mí estaría en una niña y la otra mitad en otra? Entonces, ¿yo quién sería? ¿Ninguna de las dos niñas o las dos a la vez?

—¡Qué cosas tienes, cariño! —Su madre arqueó las cejas—. ¿Cómo vas a ser dos personas a la vez?

Esteban, incómodo, dejó su taza en la bandeja e hizo una seña a su hermano.

—Bueno, ¿aprovechamos un poco la tarde?

—¿A qué hora sale vuestro tren? —dijo el otro, levantándose.

La labor de la Comisión Revisora estaba aún lejos de concluir y Revilla seguía apropiándose de joyas, muebles y obras de arte que nadie reclamaba. En la mayoría de los casos, los propietarios estaban fuera de España o muertos, así que no había motivos para temer que pudiera descubrirse el pastel. Y si algún día eso llegara a ocurrir, tampoco sería tan grave: delante de un republicano, a alguien como Revilla siempre le asistiría la legitimidad de la victoria. Con la garantía de la impunidad, el pillaje no había cesado de crecer, lo que había vuelto más necesarios que nunca los servicios de Esteban, que incluso había tenido que modernizar su instrumental. El pequeño crisol que siempre había utilizado para las prótesis y los puentes ya no era suficiente. Ahora trabajaba con un crisol mucho más grande, ya no de protésico dental sino de profesional de la orfebrería, y también había tenido que adquirir moldes de diversos tamaños, con capacidad para hasta doscientas onzas, casi seis kilos.

Aníbal vació el maletín sobre la mesa al grito de:

—¡El cofre del tesoro!

Abundaban, como siempre, las cucharillas, las figuritas, los collares, las cadenas. Tras examinar las distintas piezas con la lupa, Esteban las agrupó según la calidad y la pureza del oro. Luego pesó los montoncitos y, quitando de aquí y allá, trató de igualarlos. Se colocó

bien las gafas, se puso los guantes y agarró el soplete. Antes de encenderlo, dijo muy serio:

—¿Hasta cuándo, Aníbal?

—¿Hasta cuándo qué?

—¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿Hasta cuándo me vas a tener trabajando para ti? Es como una deuda que nunca se termina de saldar. Al contrario: cuanto más trabajo, más parece que te debo. Y yo no te debo nada. Hay muchos que saben fundir metales preciosos. Buscad a otro.

—Si lo que quieres es que te paguemos más… —Daba la sensación de estar considerándolo, pero enseguida rectificó—: Pues no. No puede ser. Lo que cobras es lo que tienes que cobrar.

—¿De verdad crees que es eso? ¿Que estoy tratando de regatear?

Permanecieron un rato en silencio. Luego Aníbal hizo un gesto de impaciencia.

—¿Así me agradeces lo que hago por ti? ¿Te ha pasado algo? ¿Les ha pasado algo a Rosario o a Rocío? ¿Os ha amenazado alguien? ¿Os han puesto la mano encima? Yo me encargué de que estuvieras protegido. Y ahora lo estás. Gracias a mí. ¿Te acuerdas de Paniagua, el tapicero? He oído decir que lo han detenido…

—¡Paniagua, detenido! Pero si ese hombre es incapaz de… ¡Seguro que no ha hecho nada malo!

—¿A ti qué más te da lo que haya hecho o lo que no? A ti lo que te tiene que importar es que su detención es buena para ti, porque demuestra que colaboras con la justicia. ¿O ya no te acuerdas de quién puso sobre su pista a la policía? Fue un acierto por tu parte. Enhorabuena. —Su voz se tiñó de condescendencia—. Pero espero no tener que recordarte que por mucho menos de lo que tú hiciste hay gente pudriéndose en la cárcel… Tú, en cambio, ya lo ves: preparándote para irte de vacaciones.

—Tengo miedo.

—¿Pero miedo de qué? —exclamó Aníbal en el tono de quien no admite réplica—. Preocúpate por tu trabajo, por tu familia, por el niño que va a nacer, y no tengas miedo de nada.

Todavía con el soplete en alto, Esteban colocó unas cuantas joyas en la cavidad del crisol y se dispuso a fundirlas. La sombra de la montura impedía ver las lágrimas que le empañaban los ojos. Aníbal le dio una palmadita en la espalda.

—¿Miedo de qué? —volvió a decir—. Hala, hala, disfruta de esas vacaciones… ¡Bien que te las has ganado!

En los escasos cuatro meses que Gloria llevaba trabajando en la oficina, se había familiarizado con expresiones que nunca antes había oído, como *apoderamiento apud acta* , *diligencia de embargo* o *litispendencia* . Su puesto era impreciso, a medio camino entre una secretaria y un oficial de confianza, y con frecuencia Félix Benítez le pedía que asistiera a sus reuniones con abogados y tomara algunas notas. Su mesa era la primera, la más cercana a la entrada, porque también se ocupaba de recibir a las visitas y acomodarlas en la pequeña sala de espera. Ese día, por ser el último laborable, tuvo que abrir a Chaparro, el contable, que saludaba siempre con el clásico:

—Bueno, bueno… —Y después, como dándose la razón a sí mismo, lo completaba en voz baja—: Se casó Moreno.

Chaparro llevaba un brazalete negro cosido a la manga, pero nadie sabía si guardaba luto por su madre, fallecida al final de la guerra, o por algún muerto más reciente: la muerte se había convertido en algo rutinario. Gloria lo acompañó a una sala en la que lo esperaban los libros de contabilidad, la máquina de escribir y una calculadora mecánica con manivela que emitía un ruido de cascabeles. El hombre se encerraba allí a hacer sus sumas y sus restas y luego, tras un carraspeo protocolario, salía con los sobres. Gloria, que era la encargada de tener preparados los recibos, se sabía de memoria el redactado: el abajo firmante, empleado en la categoría X, ha recibido la cantidad de X pesetas con X céntimos como importe de sus honorarios del mes de la fecha… El contable recorrió las mesas rellenando los recibos y entregando los sobres. Cuando le llegó el turno a ella, leyó la cifra y lo miró sin comprender.

—Las reclamaciones, al maestro armero —dijo el fúnebre Chaparro, encaminándose ya hacia la salida.

Benítez asomó por la puerta del despacho.

—Gloria, por favor, ¿tiene por ahí los oficios que le dije?

Ella agarró una carpeta y se levantó. Todos en la oficina estaban al corriente de su relación pero hacían como que no, y ellos dos contribuían al teatrillo hablándose de usted cuando había otras personas delante. Maliciosas, las compañeras que compartían mesa con Gloria la siguieron con la mirada sin dejar de teclear. Ella, como la puerta del despacho estaba abierta, hizo el gesto de golpear con los nudillos en el aire.

—Con permiso.

Se quedó a cierta distancia del escritorio. Sus siluetas difuminadas se intuían a través del cristal esmerilado de las mamparas. Estas, además, no llegaban hasta el techo, lo que les obligaba a hablar en voz baja para no ser oídos desde fuera. Todo eran cautelas.

—¿Quinientas cincuenta pesetas? —La chica mostró el recibo—. ¡Es una barbaridad!

—Considéralo una gratificación veraniega. —Benítez contenía la risa.

—¿A los demás también les has dado?

—No me dejaste que te regalara esos zapatos. Ahora puedes comprártelos tú. Y todos contentos.

Gloria alargó la carpeta y elevó el tono de voz para decir, no sin recochineo:

—Los oficios, señor Benítez.

Él continuó hablando en susurros:

—Y en el fondo, ¿qué más da? Si te doy algo de dinero es como si me lo cambio de un bolsillo a otro. Pronto estaremos casados.

—¿Pronto? —dijo ella con picardía, y se dispuso a guardar los documentos.

En el lado de los archivadores estaba el único punto ciego de la habitación, un pequeño espacio que podía verse desde el extremo del pasillo pero no desde la sala general. Su novio la siguió y la agarró por la cintura.

—Es ridículo que sigamos escondiéndonos —susurró él—. Algún día tendremos que hacerlo público y fijar la fecha de la boda.

—Mientras mi padre no vuelva a las aulas… Dar clase es lo más importante para él. Es lo que le da la vida.

—¿Cuánto falta para que se cumpla la suspensión? ¿Ocho meses?

—Siete, pero no me fío. Y no pienso dejarlo solo hasta que las cosas vuelvan a ser como antes.

Se miraron con ternura y se dieron un beso. De repente, como avisándoles de algo, el sonido del teclear que llegaba de la sala se volvió más lento y desganado. Regresaron prudentemente junto al escritorio y continuaron hablando en voz baja.

—Últimamente lo veo mejor: más optimista y animado. —Gloria miró a través del cristal la figura borrosa de su padre, que escribía con la cara pegada al rodillo de la máquina—. Es como si lo hubieran sometido a una serie de pruebas y las hubiera ido superando una detrás de otra. Como si dijera: bueno, todo eso ya quedó atrás.

—Dios aprieta pero no ahoga.

—Para él lo más duro fue ver la cantidad de colegas que no movieron un dedo por ayudarle. O peor aún: que le dieron la espalda. No te imaginas cuántos mediocres han ascendido en el escalafón gracias a las depuraciones. Pero, bueno… ¿No dicen que el tiempo todo lo cura? En cuanto vuelva a dar clase, verás como todo se arregla. —Gloria, mimosa, alargó la mano y le acarició las yemas de

los dedos—. ¡Cuánto te agradezco lo que estás haciendo por nosotros! Si no hubiera sido por ti…

—Lo de tu padre no tiene que ver contigo. Era una deuda personal mía. ¡A saber dónde estaría yo ahora si no se hubiera cruzado en mi vida! Tu padre me hizo amar el derecho, las leyes, los procedimientos que el ser humano ha inventado para que la justicia predomine sobre la injusticia. Gracias a él seguí adelante con una carrera que al principio me interesaba bastante poco. No pude especializarme en su asignatura, pero no me quejo. Y ya ves en qué consiste mi vida: en ir y venir de un juzgado a otro. Tu padre es un sabio. Un sabio de verdad, de esos que comparten su sabiduría porque no hay nada más noble que sembrar esa semilla. No podía tolerar que alguien como él se quedara sin nada, en la calle, como un mendigo, un pordiosero. —Ahora era él el que le acariciaba los dedos—. Y en cuanto a ti…

—¿En cuanto a mí? —Fingió ponerse a la defensiva.

—A ti te contraté porque de todas las que se presentaron para el puesto eras la mejor con diferencia. Solo por eso. —Dejó pasar unos segundos y añadió con aire juguetón—: De todos modos, tampoco tú vas a durar mucho aquí. Cuando estemos casados…

—«Cuando estemos casados, te ocuparás de la casa, de los niños…» —Gloria, burlona, había aprendido a imitar el acento extremeño de su novio—. ¿Y si precisamente lo que quiero es trabajar?

—¿No me estarás saliendo demasiado moderna?

—¿Y tú, demasiado antiguo?

Sonó el timbre.

—Voy —dijo ella, mandándole un beso.

De camino hacia la puerta, intercambió una sonrisa con su padre. Luego, sabiéndose envidiada por sus compañeras, se detuvo un instante ante el espejo del vestíbulo para alisarse la ropa y retocarse el peinado. La felicidad la embellecía.

Arrodillada y de espaldas a la puerta, Elvira frotaba el suelo de la cocina con un cepillo. Lo hacía al ritmo de *Ojos verdes* , cuyo estribillo canturreaba distraída (verdes como el trigo verde y el verde, verde limón), y el faldón de la bata se agitaba levemente, dejando al descubierto las corvas y parte de los muslos. De vez en cuando se incorporaba para desentumecer los músculos y arqueaba la espalda como si le dolieran los riñones. Una de esas veces descubrió a Goyo observándola desde el pasillo con la corbata a medio poner.

—¿Tú qué miras?

—¿Qué voy a mirar?

—¿Y si se lo cuento a Magdalena?

—¿Qué le vas a contar?

—Que estás todo el rato así, echando la caña.

—Cuéntaselo. A lo mejor le gusta y tenemos una buena tarde de pesca.

La mujer amenazó con lanzarle el cepillo y dijo:

—¡Eres un degenerado!

Pero lo dijo con sorna y como esperando una réplica ingeniosa. El otro, al que en esa casa conocían como Augusto, se limitó a sonreír. Elvira volvió a la faena, solo que ahora sabiéndose observada.

—Si supieras a quién me recuerdas… —dijo él al cabo de un rato.

—Ni lo sé ni me importa.

—No te importa porque no lo sabes.

Seguramente porque él mismo se había encargado de pregonar una supuesta fama de mujeriego y libertino, sus frases parecían siempre cargadas de dobles sentidos.

—Guárdate ese piquito para mi hermana, Augusto. Conmigo ya sabes que no…

Dejó la frase a medias y se ahuecó la bata, que con el sudor se le pegaba a la espalda. Los dos sabían que el gesto no era del todo inocente.

—¿Que no qué?

—Que no nada.

—Porque tengo que irme y ya llego tarde. Que si no… Pero si tú quieres me quedo.

—No, no. Vete.

Ella volvió a frotar con brío y él interpretó sus meneos como una invitación. Dejó la corbata en cualquier sitio y tendió la mano.

—Déjame ese cepillo. ¡La de suelos que fregué yo en el ejército! Era un demonio. «¡Gallego, a barrer! ¡Gallego, a fregar! ¡Gallego, a limpiar las letrinas!» Me tenían siempre castigado.

Elvira, que usaba un trapo para protegerse las rodillas, le hizo un hueco a su lado. Estaban ahora tan cerca que sus caderas se tocaban. Goyo se apoyó en ella para hundir el cepillo en el cubo de agua.

—Lo importante es meterlo hasta… ¡dentro! —dijo.

La otra soltó una risita y se apretó aún más a él.

—¿Pero tú no llegabas tarde?

En efecto, acabó llegando tarde a la cita que tenía con Quiñones. Habían quedado junto a un puesto de helados y refrescos en la zona de Nuevos Ministerios. Muy cerca de allí, en las tapias que rodeaban el

solar del antiguo hipódromo, acababa la avenida del Generalísimo, lo que era como decir que acababa la ciudad, y a la caída de la tarde muchos madrileños se acercaban a curiosear las obras de prolongación del paseo. Era un buen sitio para citarse porque había poca vigilancia y resultaba fácil pasar inadvertido. La construcción del complejo ministerial había quedado interrumpida durante la guerra. Ahora los edificios estaban casi terminados y la cadena de arcos, que permitía entrever los futuros jardines, crecía día tras día en dirección norte. El lugar resultaba lo bastante pintoresco para que la gente pagara por recorrerlo en una vieja calesa tirada por un cochero con ropa de época. El inicio del recorrido estaba justo al lado del kiosco de los helados. Para no llamar la atención, Quiñones fingía hacer cola mientras se abanicaba con el sombrero de paja. Vio a Goyo Larín venir por Ríos Rosas.

—He dado un rodeo. Quería asegurarme de que no me seguía nadie.

Quiñones soltó un bufido de incredulidad.

—Cuando mientes, se te nota más el acento gallego.

Fueron hacia los Altos del Hipódromo. En la explanada del Palacio de las Artes y la Industria, en mitad de un amplio corro, unos jóvenes practicaban la sogatira. Algunos llevaban ropa deportiva; otros, con traje y corbata, debían de ser espontáneos que se habían sumado sobre la marcha. El esfuerzo que reflejaban sus semblantes tenía algo de desproporcionado e irreal porque, por más que tironeaban, la soga apenas si se desplazaba unos milímetros: el mérito del deporte residía en la improductividad. Entre los dos equipos había un hombre con la mano en alto que hacía de juez. En un momento dado, el hombre bajó el brazo y dio un grito. Los jóvenes soltaron la cuerda, se dejaron caer y se refrescaron con el agua de unos botijos.

—¿Quién ha ganado? —dijo Goyo.

Quiñones echó a andar sin contestarle. Tenían que subir la cuesta y rodear el edificio. Goyo se detuvo en seco para asomarse a una cristalera. Quiñones iba a reprocharle que se parara en todas partes, pero también él se detuvo a mirar. Desde allí, entre las altas columnas de hierro forjado, se veían grandes vitrinas con cocodrilos, cebras, avestruces. Ese pabellón era el del Museo de Ciencias Naturales, que estaba medio abandonado. Como niños curiosos, se asomaron también a la cristalera de la siguiente sala, en la que había jirafas, osos y tapires, y a la de la siguiente, llena de águilas reales y de buitres atrapados en el instante mismo de alzar el vuelo. Pasaron por delante de la puerta de entrada. Desde el vestíbulo les daba la bienvenida un enorme elefante de largos colmillos.

—¡La madre que me parió! —exclamó Goyo—. ¡Si parece que está vivo!

El lugar de la cita estaba en la parte de atrás, entre los chopos que señalaban el camino hacia la Residencia de Estudiantes y los edificios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, varios de ellos aún en obras. Por precaución, llegaron por separado. Quiñones no se dejó ver hasta que Goyo hizo la señal convenida de agacharse y tocarse la punta del zapato. Por el otro extremo de la arboleda apareció Teodoro Fernández, el hombre que estaba tratando de reorganizar el comunismo vasco. Quiñones lo esperó fumando un cigarrillo.

—Te dije que para no levantar sospechas te pusieras tu mejor ropa.

—Es el traje de mi boda. —Teodoro, que llevaba una tosca chaqueta de paño, separó los brazos con ademanes de banderillero—. ¡Y me estoy asando!

—¿El viaje bien?

—Por lo menos no me ha dado problemas el salvoconducto.

Echaron a andar hacia la calle Serrano, que por esa zona tenía algunos tramos sin pavimentar. Goyo, vigilante, caminaba unos metros por detrás. Teodoro ojeaba en silencio unas cuartillas que Quiñones le acababa de entregar. Encontraron una placita discreta y se sentaron en un banco.

—¿Qué es lo que entiendes por Unión Nacional? —preguntó Teodoro, reticente.

—Una especie de Frente Popular.

—¿Un Frente Popular con monárquicos y gente de derechas?

—Hay muchos que están enemistados con la Falange. Debemos aprovechar las grietas del régimen. Nosotros solos no tenemos la suficiente fuerza.

El otro volvió a mirar las cuartillas, en cuyo encabezamiento podía leerse ANTICIPO DE ORIENTACIÓN POLÍTICA , y se las guardó en el bolsillo.

—¿Y eso de… Buró Político Central?

—Suena mejor que Comisión Central Reorganizadora.

—Da la sensación de que pretendes sustituir a la dirigencia. No les va a gustar. Buró Político solo hay uno.

—¿Y dónde está? ¿En México, en Francia o en Moscú? ¿O en los tres sitios a la vez? Para misterios, prefiero el de la Santísima Trinidad. —Como vio que el vasco no se decidía, insistió—: ¿Qué tenemos que hacer? ¿Quedarnos de brazos cruzados hasta que alguien en el extranjero se acuerde por fin de nosotros? —Ahora Quiñones bajó la voz—: Me hablaron de aquella fábrica de cemento, en Buñol,

cuando ya la guerra se había perdido… Allí estaban todos, escondidos como conejos, esperando a que llegaran los aviones. Mientras algunos corrían a ponerse a salvo fuera de España, otros como tú y como yo nos quedamos aquí para jugarnos la vida. ¿Y son ellos los que pretenden decirnos lo que tenemos que hacer?

—No sé qué decirte.

—Dime solo que puedo contar contigo.

A su espalda había un viejo palacete con hiedra hasta media altura. Algunos árboles, que llevaban años sin podarse, extendían sus largas ramas por encima de la tapia. Teodoro señaló uno.

—Ciruelas.

Goyo, que andaba por allí, arrancó un par y se llevó una a la boca.

—Están verdes —dijo, escupiendo el mordisco.

Quiñones volvió a la carga:

—Supongo que sabes que de la anterior comisión no queda nadie. Unos han huido y viven escondidos, otros están en la cárcel… Suerte que los de la Social se precipitaron. Podría haber sido peor. Podríamos haber caído también nosotros.

—¿Qué te crees? ¿Que no caeremos? Nos acabarán cogiendo a todos: a ti, a mí, a él… Por eso tenemos que darnos prisa en organizar comités en los pueblos, en los barrios… Cuando nosotros caigamos, tiene que haber otros que ocupen nuestro puesto. Y cuando ellos caigan, otros. El canalla de Franco podrá cortar la hierba pero no arrancarla de raíz. Y la raíz es el futuro. Por eso lo hacemos, ¿no? Por el futuro. No lo hacemos por nosotros. Lo hacemos por los que vienen detrás, para dejarles un mundo mejor.

Permanecieron un rato en silencio, como si ya no tuvieran nada que decirse. Luego el vasco agitó la cabeza con pesar.

—Supe lo de Aurora. ¿Con quién dejaste a tu hija?

—Con unos parientes lejanos. En la isla. Esto no es vida para una niña.

—También supe lo de los hermanos de Aurora, lo de su padre… ¡Qué hijos de…!

—Agarraron al viejo y lo tiraron por un acantilado. Por lo visto, no valía la pena gastar una bala en él. —Quiñones lo miró a los ojos y añadió—: ¿De verdad piensas que esto que hacemos lo hacemos por el futuro?

Pasados unos minutos, se fue cada uno por su lado. De vuelta en la pensión, Quiñones se encaminó a su dormitorio. Doña Clarita, que estaba en la mesa de la cocina limpiando lentejas, le habló sin volverse:

—Buenas tardes, Anselmo. Ha venido un hombre preguntando por usted.

—¿No ha dicho quién era ni qué quería? ¿Tampoco ha dicho si volvería?

—No ha dicho nada más.

—¿Cómo era?

—Era… No sabría decirle. Moreno, delgado. —La mujer observó con satisfacción el montoncito de piedras diminutas—. Ya lo ve: mañana, lentejas.

Quiñones prefirió no insistir para no exteriorizar inquietud.

—Si quieres las comes… —dijo, jovial.

—…Y, si no, las dejas.

Se encerró en la habitación y permaneció un rato pensativo, la espalda apoyada en la pared. Un par de minutos después volvió a oír la voz de la casera, que hablaba con alguien en el recibidor. Pegó la oreja a la puerta y captó retazos de la conversación, que cada vez sonaba más cerca. Sin pensárselo dos veces, abrió la ventana y estudió las posibles vías de escape. De la academia de música llegaba, como siempre, un rumor espeso de voces e instrumentos. Pasó las piernas por encima del antepecho, se giró sobre el abdomen y se agarró con las dos manos al marco de madera. Empezó a descolgarse en el momento mismo en que llamaban con los nudillos a la puerta de su habitación. Estiró los brazos y pataleó en el vacío buscando a ciegas un punto de apoyo en el alféizar del piso inferior. Con la punta del zapato tocó una de las jaulas. Si conseguía posar un pie en la torre de jaulas del lado derecho, no tendría problemas para posar el otro en la del izquierdo. Trató de sostenerse a pulso mientras buscaba la máxima estabilidad posible. Cuando por fin se decidió a descargar el peso sobre las jaulas, estas cedieron de golpe con unos crujidos que sonaron como una carraca. Él, tras rebotar en el tejadillo del principal, cayó de costado en el pequeño patio. En el suelo quedaron varios trozos de jaula, un canario muerto por aplastamiento y otros tres pajarillos aturdidos que aleteaban en círculos, a poca altura, sin decidirse a alzar el vuelo. Quiñones se sacudió el polvo de la ropa y a través de una galería acristalada accedió a la academia de música, en la que las clases seguían como si tal cosa. Echó a andar por el pasillo. De cada habitación que dejaba atrás salían sonidos diferentes, no siempre armoniosos: chicas que ejercitaban la voz lanzando gorgoritos, párvulos que se iniciaban con la flauta en la práctica de escalas, un profesor que se permitía pequeños lucimientos en el piano.

Llegó al descansillo sin que nadie reparara en su presencia. Bajó hasta el portal y se escondió detrás de la garita del portero, que estaba

vacía. Se quitó la corbata y prestó atención a los sonidos que descendían por el hueco de la escalera. Primero, voces; luego, pasos y algún silbido. Era un hombre joven, delgado, más alto que bajo. Tan pronto como lo tuvo a su alcance, se abalanzó sobre él, le rodeó el cuello con la corbata y lo arrastró hasta la entrada del sótano, donde estaban apilados varios calderos de zinc vueltos del revés. El otro, al tiempo que zapateaba desesperadamente en el aire, daba grandes boqueadas y trataba en vano de aflojar la presión con las uñas. Quiñones lo arrojó contra el rincón de los calderos y encendió una cerilla para verle la cara.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

Con los ojos desorbitados, el hombre tragó aire y luego tosió con fuerza, como intentando expulsar una espina que se le hubiera clavado en la garganta.

—¿Eres policía? —dijo Quiñones.

El otro, gesticulando con vehemencia, consiguió decir:

—Me envía… el Partido.

—¿Cómo te llamas?

—Lo…, Lobo…

—Lobo. Buen apodo.

—Es mi nombre auténtico… Leandro Lobo…

—Tú eres imbécil. ¿Estás solo?

Negó con la cabeza e hizo una señal en dirección a la calle. Un par de minutos después se reunieron con su compañera, Irma, que, acodada a la barra, los esperaba en una concurrida cafetería de la calle Álvarez de Castro. No era la única mujer del local, pero sí la única que no estaba acompañada. A su espalda, unos tipos la observaban con descaro, dando por hecha su condición de buscona. Quiñones la saludó fingiendo conocerla.

—¿No podíais haber encontrado un sitio peor? —Hablaba en voz baja pero era incapaz de disimular su irritación—. Hay una comisaría aquí mismo, en García de Paredes. Todos esos de ahí son policías.

Pidieron unos chatos de vino para no llamar la atención. Se los bebieron con rapidez y salieron a dar un paseo. En los escasos minutos que habían pasado allí dentro se había hecho de noche. Bajaron hacia el mercado de Olavide, una mole de hierro y hormigón que a la débil luz de las farolas tenía algo de pagoda. De los balcones y ventanas llegaban retazos de conversaciones domésticas. Buscaron refugio en una de las entradas de mercancías. Habló primero Quiñones:

—¿Sois solo vosotros dos o han enviado a más gente? —Y, sin dar tiempo a responder, prosiguió—: Espero que traigáis instrucciones y algo más. Por ejemplo, dinero. La clandestinidad sale muy cara. Hay

que montar empresas tapadera, hay que pagar sobornos, ayudar a los enlaces… ¿Y cómo vamos a hacer propaganda si no tenemos ni una triste imprenta?

—¡Una imprenta! —exclamó Irma, cuyos grandes ojos de eterna sorpresa brillaban en la penumbra—. ¿No estás pidiendo demasiado?

—Pido lo que tengo que pedir. ¿A qué habéis venido?

—A preparar el terreno —dijo Lobo.

—¿Qué significa eso?

—Significa establecer los contactos, recoger información…

—Yo te hablo de hacer cosas y tú me hablas de recoger información. ¿Y qué haréis después? ¿Os marcharéis, entregaréis la información y volveréis a por más? ¿Y luego os volveréis a marchar y otra vez lo mismo?

Siempre que se enojaba, Quiñones se acercaba mucho a su interlocutor, hasta casi tocarlo con la frente.

—¡Te voy a dar información! Este es un país ocupado por su propio ejército. No hay un palmo de terreno que no esté bajo control de los militares. No hay un instante del día en el que uno no se sienta vigilado. Pero la ocupación va aún más allá, porque llega hasta lo más íntimo de tu ser. Aquí, si quieres vivir, si quieres tener algún derecho, tienes que volverte como ellos, convertirte en un colaboracionista, en un carcelero, en un chivato, en un traidor. ¿Te parece suficiente información? Estamos ocupados por fuera pero también por dentro. ¿Quieres más información o te basta con esto?

Un camión que daba la vuelta al mercado los iluminó brevemente con sus faros. Lobo, que había ido poco a poco retrocediendo hasta acabar pegado a la pared, aprovechó para apartarse. Quiñones, desdeñoso, le dio la espalda.

—Espero que no me pidáis nombres ni direcciones…

—Claro que no —replicó el otro, ofendido—. ¿Por quién nos has tomado?

Haciendo un gesto de despedida que se perdió en la oscuridad, Quiñones echó a andar hacia la pensión. Cuando llegó, doña Clarita jugaba al solitario en la mesa de la cocina.

—Me preguntaba dónde… —empezó a decir.

Quiñones, compungido, anunció que a primera hora de la mañana abandonaría la pensión.

—Tengo que volver a Santander.

—¿Así? ¿De repente?

—Me acaban de decir que mi hermano mayor… —Hizo un gesto de fatalidad—. En fin, que voy a tener que hacerme cargo del negocio familiar. Ya sabe usted cómo son estas cosas.

—La vida es un valle de lágrimas, querido Anselmo. —La mujer cabeceaba, conmovida—. Si necesita algo, si quiere que le guarde algo o le recoja los mensajes… Para usted las puertas de esta casa siempre estarán abiertas. No abundan los huéspedes así. ¡Hay tan poca formalidad!

La carretera de Extremadura había sido línea del frente y ninguna casa había quedado intacta. Las pocas que se mantenían en pie mostraban todavía sus heridas: las fachadas agrietadas, los tejados hundidos, los balcones sin voladizo. En lo alto de un pequeño cerro, mirando hacia la Casa de Campo, había habido una mansión con forma de castillo que primero las bombas y luego el saqueo habían reducido a escombros. Con sus vigas y sus rejas se habían armado algunas de las chabolas del otro lado de la carretera, en una zona de trincheras llena de inmundicias, agua estancada y granadas sin explotar. Algunas de esas chabolas no eran más que tramos de la propia trinchera cubiertos con una techumbre. En ellas vivían decenas de familias en una atmósfera de insalubridad absoluta. Era la suya una pobreza antigua, de reminiscencias bíblicas: ancianos postrados entre hierbajos, hombres sin otra posesión que sus harapos, mujeres esqueléticas de mirada vidriosa, niños desnutridos con bubones en el cuerpo.

Avelina colocó sobre la báscula a un bebé que lo observaba todo con los ojos muy abiertos y exclamó:

—¡Dios mío de mi alma y de mi corazón!

Hacía menos de un mes que se había inaugurado el centro, que en la terminología del Auxilio Social recibía el nombre de Hogar. Era un edificio algo tosco, alargado, con paredes de ladrillo visto y tejado a dos aguas. Si no fuera por el pequeño porche de la entrada, podría parecer una granja o un almacén. Avelina, colaboradora entusiasta del Auxilio Social, se había ofrecido voluntaria para trabajar en ese barrio, el más mísero de la ciudad: puestos a hacer el bien, había que hacerlo donde más necesario era. Aunque siempre estaba disponible para echar una mano en el reparto de ropa y alimentos o en el comedor, su principal responsabilidad era la asistencia a madres lactantes y a niños menores de tres años.

—¿Cuánto? —preguntó el doctor Ponce ajustándose las gafas en el puente de la nariz.

—Cuatro kilos doscientos gramos.

—¿Cuatro kilos a los cinco meses?

—No hay más que ver cómo se le marcan las costillas.

Avelina terminó de limpiarle la roña con un paño húmedo y lo

colocó sobre la camilla. El médico le examinó el cuello en busca de ganglios y le auscultó el pecho con el fonendo. Luego le palpó la tripa y le estiró con cuidado las piernas, flacas y disparejas.

—Está a un paso del raquitismo —murmuró.

Apareció María Elena, la directora, que solía estar presente en las visitas del médico. Al igual que el resto de voluntarias, llevaba la clásica camisa azul mahón y el delantal blanco con el yugo y las flechas bordados en rojo. Lo que no llevaba era la cofia blanca que usaban para recogerse el pelo. Avelina y ella estaban dispensadas en razón de su edad y su rango. Echó un vistazo al cuadro en el que Avelina llevaba la cuenta de los resultados y comentó:

—Todos por debajo del peso que les corresponde.

—¡Criaturitas!

Ponce se volvió hacia una mujer oscura y consumida que esperaba junto a la puerta.

—Le sigue dando pecho, me imagino…

Quedó en el aire una acusación velada. La mujer sacudió la cabeza con aire contrito, sin atreverse a contestar. Tanto si daba pecho como si no, parecía estar reconociendo alguna culpa. El médico no insistió, pero hizo un gesto que quería decir: prefiero callarme lo que estoy pensando.

—Este niño necesita calcio y vitaminas. —Y, como si la madre no estuviera presente, añadió—: Esta pobre gente solo tiene una enfermedad. Y esa enfermedad tiene un nombre: hambre. ¡Hambre! Que pase el siguiente.

Avelina vistió al niño y acompañó a la mujer a una estancia que llamaban Sala de Madres. Allí otras voluntarias entregaban paquetes de ropa para los pequeños y los alimentaban con papillas de frutas y purés de verdura. De vuelta a la consulta, se desvió por el pasillo de la cocina, de la que salía un bullicio de risas y voces femeninas. Sin llegar a entrar, dio unas palmaditas para advertir de su presencia. Las cocineras, todas muy jóvenes, se callaron al verla.

—¿Todo bien, señoritas?

—Todo bien, doña Lina —replicaron a coro.

—Recuerden que no estamos aquí para jugar. Ayudar a quien lo necesita es algo muy serio.

—Sí, doña Lina.

Volvió sobre sus pasos. Una carita de niño asomó por una esquina. Ella, al descubrirlo, puso los brazos en jarras y gritó, atiplando la voz:

—¡Te he visto, Rubén! ¡Te he visto!

El niño desapareció corriendo. Cuando la mujer llegó a la

esquina, debía de estar ya en la casa cuna con los demás. En la consulta, el médico, al tiempo que examinaba a una niña de aspecto agitanado, preguntaba a María Elena por alguien a quien Avelina no tardó en identificar.

—¿Has hablado con ella? ¿Le has insistido? —decía—. Estos niños son los adultos del mañana. ¿Queremos que España sea un país de inútiles y lisiados? No puede faltarles leche, fruta, pescado. Si hay alguien que puede conseguirlo…

—Volveré a hablar con ella.

—¿No me dijiste que erais buenas amigas?

—Uña y carne no, pero casi.

Se referían a una de las fundadoras de la institución, la popular escritora Carmen de Icaza. Había sido ella quien, en compañía de diversas autoridades, había representado al Auxilio Social en la ceremonia de inauguración del Hogar, con bendición incluida del obispo Eijo y Garay. Ahora Ponce sentaba a la niña en la camilla y le hacía abrir la boca.

—Así. —Sacó mucho la lengua—. Aaahhhh…

Pasaron varias madres más con sus respectivos niños, todos escuálidos, todos con la misma mirada temerosa y huidiza, como de anciano. Avelina y María Elena se turnaban después en acompañarlos a la Sala de Madres para entregarles ropa y comida y los emplazaban para la siguiente visita. El vestíbulo estaba presidido por una enorme cruz de madera y los retratos oficiales de Franco y José Antonio. Salieron las dos al porche a despedir al médico. En el jardín, sentado en una moto con sidecar, esperaba un soldado. Llamaban jardín a lo que no era más que una explanada en la que aún no se había plantado nada y quedaban tramos de trincheras sin colmatar. Ponce se acomodó en el sidecar y dijo adiós con la mano desde el caminito que llevaba a la carretera.

—¡Hambre! —volvió a decir—. ¡Así se llama la enfermedad!

María Elena sacó a escondidas un paquete de Lucky.

—Bueno, por fin un rato libre…

Avelina fingió escandalizarse. La otra, con gesto pícaro, le ofreció un cigarrillo.

—Tabaco americano. Se lo regalan a José Mari. No sé qué capitoste amigo suyo se lo trae de Tánger.

—No me tientes, no me tientes. —Avelina, remilgada, se llevó una mano a la sien—. No quiero ni probarlo, no sea que me guste… ¡Digo yo que si todos los hombres fuman, algo bueno tendrá!

Su amiga se echó a reír y acabó tosiendo.

—¡Pero si ni siquiera sabes tragarte el humo! —le reprochó la

otra, medio en broma.

María Elena dio solo un par de caladas más, tiró la colilla al suelo y la pisoteó hasta no dejar ni rastro. Luego señaló el ventanal de la casa cuna, por el que asomaba una cabecita infantil. Un niño las estaba espiando.

—¡Te ha salido un admirador!

—¿Por qué a mí y no a ti? —replicó Avelina, que reconoció al niño y adoptó un tono de voz algo afectado—. ¡Hola, Rubén! ¿También ahora te vas a echar a correr?

El pequeño, en efecto, desapareció al saberse descubierto, y solo vieron una figura confundiéndose fugazmente con los reflejos del cristal. Se encaminaron hacia el comedor, que a esas horas tenía que estar listo.

—¿Por qué le llamas Rubén? —preguntó María Elena.

—Oí a su madre llamarle así.

—¿Su madre? Si este niño no tiene familia… No tiene a nadie. —Tras recapacitar un instante, añadió—: Ya sé por qué lo dices: por aquella mujer, la bizca, la de los gemelos. Uno de ellos se llama Rubén. A este le dio unos días por seguirla como un perrito. Pero no es hijo suyo.

El comedor tenía capacidad para más de cien niños: unas treinta mesitas bajas sobre las cuales las jóvenes voluntarias terminaban de disponer los manteles de hule, las jarras de agua, los cubiertos. Las dos mujeres intercambiaron una mirada de satisfacción. Daba gusto ver a esas chicas, con ese espíritu de sacrificio y a la vez con esa alegría. María Elena se dirigió a la cocina mientras Avelina se apostaba ante la puerta trasera. El patio, al igual que el jardín, carecía de árboles y de plantas, pero tenía una parte pavimentada con cemento y losas en la que los niños se juntaban a jugar al balón. Era en esa zona donde estaba previsto construir un pabellón nuevo con dormitorios para internos. Avelina sacó el silbato del bolsillo del delantal y lo hizo sonar con fuerza. En menos de un minuto se formaron las cuatro filas, las niñas a un lado, los niños al otro, muchos de ellos con la cabeza rapada, todos con el brazo estirado sobre el hombro del de delante para calcular la distancia de separación. Un nuevo toque de silbato les autorizó a bajar el brazo. Las voluntarias recorrían las filas poniendo baberos limpios a todos. En la fila de Avelina estaba el niño al que ella llamaba Rubén.

—¿Cómo te llamas? ¿No quieres decirme cómo te llamas? —le preguntó mientras le hacía el lazo. Y, como el niño se limitaba a apretar los labios y mirarla con sus grandes ojos oscuros, añadió—: Pues si no tienes nombre, habrá que ponerte uno. ¡Hasta los perros

tienen nombre!

El niño, muy serio, asintió con la cabeza. Avelina volvió a soplar el silbato y las filas fueron pasando al comedor, empezando por la más cercana a la puerta. Cada voluntaria llevaba de la mano a un niño de su fila, generalmente al más pequeño. En la fila de Avelina, que era la última de todas, el niño sin nombre se agarró con fuerza a su mano y se negaba a soltársela. Los chiquillos se repartieron por las mesas y, de pie junto a sus sillas, levantaron el brazo derecho para entonar el *Cara al sol* . Cuando concluyeron y pudieron tomar asiento, el niño buscó a Avelina con la mirada. A ella se le escapaba la risa.

—Buen provecho —dijo—. Que no quede ni una miga.

María Elena, con gesto de águila, vigilaba desde la puerta del pasillo. Avelina se reunió con ella, que sin más preámbulos le habló del niño.

—Te ha cogido cariño, ¿eh? Son como animalillos. Cachorritos que no pueden vivir sin una madre. Primero se encariñó de la bizca, ahora de ti… Me gustaría saber quién lo acoge por las noches, ¡si es que lo acoge alguien! De aquí no se va hasta que se apagan las luces, y al punto de la mañana lo tenemos en la puerta, esperando. A saber dónde duerme… Pero yo no puedo hacer más. Hasta dentro de un año no estará construido el internado, y en los otros Hogares están más o menos igual. Me pregunto cuántos de estos niños no llegarán al verano que viene. Porque ahora, con el calor, se pueden meter en cualquier sitio, pero en cuanto empiece el frío…

Como intuyendo que estaban hablando de él, el pequeño se volvía de vez en cuando a mirar a Avelina. Esta dijo:

—¿Por qué no habla? Sordo no es.

—Según el médico, hay niños que pierden el habla debido a una experiencia…, ¿cómo dijo?, traumática. Eso: una experiencia traumática.

—¡Pobrecito! ¡Lo que habrán visto esos ojos!

—¿Te he dicho ya que el Auxilio Social ha solicitado su patria potestad? En estos casos es siempre así. Estamos esperando a que se resuelva el expediente.

De la cocina trajeron varias hogazas de pan, que ellas mismas cortaron sobre el aparador y repartieron por las mesas. Era un pan oscuro, feo, áspero, de mal sabor y miga basta como el cartón, pero ningún niño renunciaba a su segunda ración. Cuando las dos mujeres volvieron a juntarse, María Elena retomó la conversación donde la había dejado:

—Puede ser que averigüen su identidad, pero eso no cambiaría las cosas. Supongo que sabes lo de esa ley nueva…

—¿Qué ley?

—Lo único que nos guía es el bien de los niños. Por su bien hay que apartarlos de la gente con malos antecedentes. ¿Quién sabe? —Señaló con la cabeza la mesita del niño—. No me extrañaría que su madre estuviera en la cárcel por roja. Para eso se ha aprobado esa ley. Para cambiarles los apellidos y que luego no pueda venir nadie reclamando nada. O sea que en realidad nos daría lo mismo si no averiguaran su nombre, porque…

—Sé por dónde vas. —Avelina hizo con la palma de la mano el gesto de ¡alto ahí!—. ¿Pero tú me has visto, María Elena? ¡Yo ya no estoy en edad!

—No estamos aquí para pensar en nosotras. Estamos aquí para pensar en ellos.

—Eso es verdad.

—Míralos. Pobrecillos. ¡Qué culpa tendrán ellos de ser hijos de quien son! Por eso el gobierno está haciendo tantos esfuerzos para simplificar los trámites. Cuanto antes solucionemos cada caso, mejor para todos. Y especialmente para el niño, que es lo único que debería importarnos. ¿Lo hablarás con Matías?

—Lo hablaré, pero ya te digo que no entra en nuestros planes volver a ser padres.

Concluida la comida, se formaron las filas entre las mesas y fueron saliendo por orden. Avelina se agachó junto al niño para enderezarle los pantalones, que llevaba sujetos con unas cintas a modo de tirantes. Susurró:

—Dime qué nombre te gusta. ¿Te gusta Rubén? —Y, como le vio buscar con la mirada a los dos gemelos, añadió—: Sí, ya sé que hay otro Rubén, pero eso no importa. ¿Qué te crees? ¿Que yo soy la única en el mundo que se llama Avelina?

A media tarde pasó a buscarla el Hispano-Suiza de la Comisión Revisora. Tras una breve parada en la iglesia de Santa Cristina para entregar un donativo que había prometido al párroco, se dirigió al despacho de su marido, en la calle Prim, en el edificio del Servicio Geográfico y Cartográfico del Ejército. Antes de entrar en el coche, Revilla arrancó una página de su agenda con un croquis y se la entregó al conductor.

—Vamos a Barajas. Junto a la plaza.

Durante el trayecto, Avelina elogió la labor del Auxilio Social: ¿qué sería de todos esos niños si no fuera por esas benditas y abnegadas mujeres, que se desvivían por ellos y los cuidaban como si fueran sus propios hijos?, ¡algunos eran huérfanos que no tenían en el mundo a nadie más que a las voluntarias del Auxilio Social…! Habló

de varios casos que le parecían particularmente desgarradores y acabó centrándose en un pequeño que, por no tener, no tenía ni nombre: ¿podía concebirse una indigencia mayor? En algún momento, Revilla, como oliéndose algo, señaló una bocacalle que acababan de dejar atrás.

—Mira, ahí estaba la sede de Protección de Menores, ¿te acuerdas? ¡Ya no sé ni cuántas veces tuve que venir! Hablé con varios miembros del patronato, revolví Roma con Santiago… Cuando conseguí la autorización, los de Represión de la Mendicidad lo tenían todo listo para devolverlo a… ¿Adónde era? ¿A Albacete? ¿A Almería?

Avelina, tan parlanchina hasta ese momento, no contestó. Su marido, condescendiente, le cogió una mano.

—Eres una santa. Eso es lo que pasa: que tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Si de ti dependiera, te llevarías a casa a todos esos granujillas que andan por ahí… En fin, no te lo reprocho. Forma parte de tu manera de ser: si eres así, eres así. Pero hay muchos problemas en el mundo y una persona sola no puede arreglarlos todos. —Depositó un beso en el dorso de su mano y prosiguió—: Te empeñaste en traerte a aquel chiquillo a casa, tratarlo a cuerpo de rey, leerle cuentos… ¿Y todo para qué?

—Ay, Matías, ¿me vas a estar recordando toda la vida lo de la colección de monedas? Y tampoco fue para tanto. La policía no tardó ni una semana en recuperarla.

Al llegar a Cibeles, el coche rodeó la fuente en dirección a la zona de Ventas. Pasada la plaza de toros, los últimos tranvías daban la vuelta y la calle de Alcalá se convertía en la carretera de Aragón. El trayecto no podía ser más sencillo, porque esa carretera llevaba directamente al pueblo. Aun así, Revilla, desconfiado, se mantenía atento al itinerario y cada cierto tiempo dedicaba al conductor un vago gruñido de aprobación.

—La pena fue que Isidro… —empezó a decir Avelina, y él la interrumpió para exclamar:

—¡Isidro, eso es!

—Sí, Isidro. Claro que sí. ¿No te acordabas? Isidro. —De repente era como si se hubiera roto un tabú y no solo se pudiera pronunciar el nombre sino que hubiera que repetirlo—. Qué lástima de chico, Isidro… Me pregunto qué habrá sido de él. ¿Dónde estará ahora? Sigo pensando que con un poco de paciencia habría podido enderezarlo. Pero las cosas son como son. Isidro, a pesar de su edad, había vivido mucho y estaba ya, ¿cómo decirlo?, maleado, echado a perder. Con un niño más pequeño nada de eso habría ocurrido. Por ejemplo, ese niño, el que te he dicho que no tiene ni nombre, el que se niega a hablar…

Su marido la observaba con preocupación creciente.

—Espero que no estés pensando otra vez en…

—¿En qué? ¿En adoptar? Yo solo estoy pensando en ayudar. Pero si para eso hace falta adoptar, pues se adopta. Me ha dicho María Elena que ha salido una ley que…

Ahora él se llevó una mano a la frente.

—¡Pero, mujer! ¡Que ya no estamos en edad!

—¿Ya no estamos en edad? —repitió ella con una risita.

—¿Qué he dicho? —Se puso a la defensiva—. ¿Qué te hace tanta gracia? ¿Que diga que no estamos en edad?

—Esa frase me resulta familiar.

—Te voy a dejar las cosas bien claras. Pienso que estás tratando de llenar el vacío dejado por Arturo. Teníamos un hijo y ya no lo tenemos. Hubo una guerra y nos lo mataron. Es terrible, pero no tiene arreglo. Nadie nunca podrá sustituirlo. Nadie podrá ser lo que él fue. Por muchos niños maravillosos que encuentres por la calle, ninguno será como Arturo.

—¿Y tú? ¿Desde cuándo eres psicólogo? ¿Desde cuándo te interesan los motivos profundos de las personas? —replicó ella con rencor—. Pero puede que tengas razón. Puede que en todos esos niños esté buscando al hijo que perdí. Dime: ¿dónde lo estás buscando tú? Cuando te concedieron la Medalla de Sufrimientos por la Patria, dijiste que nada podía compensar su muerte. Ni esa medalla ni mil medallas ni todo el oro del mundo. ¿De verdad no ves ninguna relación? Todos esos tesoros que acumulas gracias a tu cargo… ¿No te parece que es una manera de cobrarte la muerte de Arturo?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Quién te crees que eres? —dijo él, que resopló con fuerza, sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca —. ¿Lo ves? Ya lo avisó el médico. Ya dijo que si me subía la tensión… ¡Mira! ¡Las encías! ¡Otra vez!

Casi con orgullo, mostró las manchas de sangre del pañuelo. Avelina, arrepentida de su acceso de rabia, le acarició el pelo.

—Perdona, cariño. No pretendía… ¿Estás mejor?

Él, reticente, dobló el pañuelo con cuidado y lo guardó en el bolsillo.

—¿Estás mejor? Dime que estás mejor.

—Sí, no ha sido nada. —Dejó pasar unos segundos, esbozó una sonrisa tensa y agregó—: ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a hacer una buena compra de comida, aunque sea en el mercado negro, y os la voy a enviar. ¿O prefieres una donación? Háblalo con María Elena. Una donación generosa. Para que a esos niños no les falte comida. Eso también es ayudar. ¿O no?

Barajas era un pueblo minúsculo, una treintena de casas de una o dos alturas encajonadas entre los terrenos del aeródromo y la vieja plaza porticada. El estanco estaba situado en la que llamaban la Avenida, una calle tan corta y tan estrecha como las demás pero con algún comercio: una tienda de ultramarinos, una cestería, una bodega, una tahona. Ocupaba un pequeño local entre la tahona y el zaguán de una casa medio abandonada que se usaba como granero y almacén. En el zaguán, fresco pero lleno de moscas, habían dispuesto dos mesas corridas con bandejas de arenques, pucheros de caracoles, fuentes de ensalada y porrones de vino. Era la fiestecita de inauguración con la que Jacinta, la madre de Valentín, quería darse a conocer a los vecinos y, sobre todo, agasajar a Matías Revilla, su benefactor. Entre los invitados del pueblo, que no podían probar la comida hasta la llegada de Revilla, estaban el párroco, el veterinario y un par de pequeños propietarios agrícolas. Apareció el Hispano-Suiza por el lado de la plaza y Valentín le hizo señas con las manos.

—¡Aquí, aquí!

Avelina bajó del coche y, con ademanes de gran señora, dedicó a los presentes un saludo colectivo. En cambio, Revilla, que seguía de mal humor y tenía ganas de despachar aquello rápidamente, ignoró a todo el mundo y fue directo hacia Jacinta, una mujer apocada, menudita, con dientes de conejo, que no paraba de hacer reverencias y hablaba con aturullamiento:

—No sabe usted lo afortunada, quiero decir, lo agradecida que… ¡Ay, qué orgulloso estaría mi marido si…! Sebastián me hablaba mucho de usted. Me decía: el día que necesites algo, pídeselo a Matías, él te ayudará… Me decía: cuando he tenido que ayudarle, le he ayudado, y, cuando me ha tenido que ayudar él, lo mismo… Me decía: Matías no es que sea un amigo, Matías es mucho más, Matías es mi hermano… —Se volvió hacia Valentín—. ¿Sabías, hijo, que tu abuela Josefa fue el ama de cría de don Matías? Por eso estaban tan unidos: porque durante sus primeros años de vida mamaron la misma leche…

—En realidad, fueron solo unas semanas. Pero sí, éramos como hermanos.

Revilla hacía gestos de falsa modestia que no ocultaban su incomodidad: esas zalemas no eran ni desinteresadas ni sinceras porque reiteraban la imprescriptibilidad de una vieja deuda. La mujer, emocionada, se sonó la nariz haciendo un ruido de trompeta.

—¡Lo feliz que estaría ahora Sebastián sabiendo que…! —Y con una esquinita del pañuelo se enjugó unas lágrimas.

—Vamos, vamos, vamos, Jacinta…

Valentín, convertido en maestro de ceremonias, presentó a Revilla

a unos y otros y abrió el estanco, que se comunicaba con el zaguán por una puerta trasera. Las estanterías estaban todavía medio vacías y olía a madera recién barnizada. En un rincón había una mesita y dos sillas desiguales, como cogidas de cualquier sitio. El único adorno era un calendario de propaganda de papel de fumar Bambú con una imagen de Cristóbal Colón señalando el horizonte. Como no había mucho más que mirar, los invitados iban de aquí para allá sin saber qué hacer. De la puerta trasera llegaba el olor a comida. Revilla, al que todos observaban de reojo, se volvió hacia el cura para decir:

—Vamos, padre, eche ya la bendición, que aquí la gente se muere por probar ese vinillo. —Y los demás se echaron a reír.

Un coro de niñas amenizó la fiesta, y el veterinario, algo borracho, se empeñó en tomar la palabra para expresar en nombre del pueblo los mejores augurios. Alguien trajo una radio, en la que empezaron a sonar fragmentos de zarzuela: huertanica de mi vida, huertanica de mi vida, mira si yo te querré que, aunque te cases con otro, en jamás te olvidaré… Llegaron más vecinos y aumentó el bullicio. Revilla y Valentín salieron a la calle e hicieron un aparte. Esforzándose por mostrarse alegre, Valentín habló del gran futuro que esperaba a ese pueblo, con el aeropuerto ahí al lado: estaban ampliando las pistas, pronto habría vuelos a todos los rincones del mundo, quién sabía cuánta riqueza podía traer todo eso… Revilla le interrumpió:

—No te veo muy contento. ¿Cuál es el problema?

Y el otro acabó admitiendo:

—Que esto está muy lejos, don Matías.

—Cómo te conozco. ¿Has visto? A ver, dime.

—Es solo que… mi madre no está para hacer este viaje todos los días. Voy a tener que buscarle una habitación por aquí. Y, aunque puede que este pueblo tenga un gran futuro, tampoco es que ahora un estanco aquí sea una bicoca. ¿Qué puede vender? Un poco de picadura, algún sello de vez en cuando… Pero no me haga caso, don Matías, ¡no sabe cómo le agradecemos todo lo que está haciendo por nosotros!

Revilla frunció el ceño. Su expresión daba a entender que estaba considerando las circunstancias y buscando posibles soluciones. Dijo:

—Tú lo que quieres es un buen estanco para tu madre, ¿verdad? Uno bien situado, cerca de su casa para que no tenga que mudarse ni viajar, a ser posible cerca de un ministerio, donde la gente haga cola para comprar papel timbrado…

Valentín, confiado, asentía con la cabeza. El semblante de Revilla se endureció de repente.

—Pues gánatelo. ¿Sabes lo que quiero decir? Solo eso. Que te lo ganes. ¡Gánatelo! Te libré de ser investigado, te metí en la policía, te recomendé ante los mandos, ahora le he conseguido esto a tu madre… Algo tendrás que poner de tu parte, ¿no? Me han dicho que los rojos se están reorganizando en toda España, ante vuestras narices, y que no os enteráis de nada… ¿También de eso me voy a tener que ocupar yo? ¿Voy a tener que hacer tu trabajo? Ya me has oído. Si quieres que siga ayudando a tu madre, si quieres llegar algún día a ser inspector, ¡gánatelo!

Avelina, que no andaba muy lejos de ahí, notó algo raro.

—¿Ocurre algo?

—No. ¿Qué va a ocurrir?

—No sé. Me ha parecido que…

Apareció también Jacinta, que, alarmada, volvió a preguntar lo mismo.

—¿Ocurre algo? ¿Qué ocurre?

—Que mi mujer y yo nos vamos ya. Eso es lo único que ocurre. Vámonos, Avelina. —Y sin añadir una palabra más llamó por gestos al conductor, que ganduleaba junto al Hispano-Suiza, aparcado en la esquina de la plaza.

Anita cogió a Cristina del brazo y dijo:

—Vamos a la cocina. Tú y yo aquí no pintamos nada.

Pero su amiga negó con la cabeza:

—Es mi madre. Y no tiene a nadie más. Solo le quedo yo. Quiero estar. Quiero estar delante mientras la amortajan.

Siempre que había un fallecimiento llamaban a doña Catalina, la madre de la gorda Anita. Nadie en el vecindario estaba tan familiarizado con los usos y diligencias de la muerte. Su autoridad era incontestable. Fue ella la que decidió dónde debía exponerse el cadáver (en la habitación de Eloy) y la que aportó todos los aderezos funerarios: el paño negro con el que cubrir la cama, el crucifijo para la cabecera, los velones con sus correspondientes candeleros, las cortinas de luto. Le cerró la boca y los ojos, le puso una baldosa en el estómago para que no se le hinchara y le lavó el cuello y los brazos con agua hervida con hojas de laurel. Lo hacía todo con esmero y delicadeza pero sin exteriorizar sentimiento alguno. En un momento dado, se acercó a Cristina y le susurró al oído:

—¿Dejó dicho con qué ropa quería ser enterrada? —Y, como la chica se encogió de hombros, le advirtió—: Pues tendrás que ir pensándolo.

—¿Qué se hace en estos casos?

—Normalmente se les pone su mejor ropa. Pero también hay quien prefiere el clásico sudario. Como Nuestro Señor Jesucristo. —Se santiguó—. Y búscame algún objeto por el que sintiera un cariño especial. Es bonito despedir a la gente rodeada de sus cosas favoritas.

Cristina miró el cadáver semidesnudo de su madre, que era puro pellejo, los huesos muy marcados, los ojos hundidos en sus cuencas. La visión de la baldosa sobre el camisón aportaba a la imagen un extemporáneo aire de irrealidad. Le subió un poco la sábana.

—No quiero que esté así, tan a la vista —se justificó.

—Estamos solas. No hay nadie más.

—No le habría gustado. Tú sabes lo pudorosa que era.

Fue al otro dormitorio y abrió el armario. Las escasas prendas bonitas de su madre eran de hacía muchos años, cuando era aún una mujer alegre, lozana, llena de vida, cuando todavía la coquetería tenía sentido. Anita, a su espalda, no lo dudó:

—Ese.

Se refería a un vestido de florecitas azules, largo, oscuro, con los hombros abullonados y botones hasta el cuello.

—Está muy pasado de moda… —empezó a decir y, anticipándose

a las objeciones de su amiga, se apresuró a añadir—: ¡Pero tampoco es que la estemos preparando para un concurso de belleza!

Anita le alisó las arrugas con la plancha y le echó unas gotas de perfume. Cristina, mientras tanto, rebuscaba entre los objetos de su madre: joyas modestas, peines de nácar, flores de tela. Al final se decidió por una foto del famoso viaje de verano a Alicante. Una foto hecha junto a las casetas de baño de la playa del Postiguet: los cuatro hijos en primer término, alineados de mayor a menor, y el matrimonio detrás, ella con un albornoz oscuro, él con una camiseta blanca a rayas horizontales, de marinero. Volvió junto a su madre. Doña Catalina, ayudada ahora por la portera, había terminado de vestirla, peinarla y maquillarla.

—Está guapa, ¿verdad? —dijo con orgullo.

—Está guapa pero no es ella. Nunca iba tan pintada y no creo que se haya puesto colorete en su vida. —Señaló los brazos, estirados, algo tensos—. Y esa postura no es suya. Mamá siempre cruzaba los brazos como si tuviera frío.

—¿Enterrarla con los brazos cruzados? ¡Ni hablar! —exclamó doña Sole, horrorizada—. ¿No sabes que entonces el alma se queda dentro y no puede subir al cielo?

Colocaron la foto en un pequeño atril a los pies de la cama. La observaron en silencio.

—Qué bonita. ¿De cuándo es?

Prendieron una cerilla y encendieron los grandes cirios, lo que equivalía a dar el velatorio por inaugurado.

—Ya podemos abrir la puerta. En cualquier momento empezarán a llegar. —Doña Catalina miró a su hija, que estaba detrás de Cristina —. ¿Te has acordado de pegar las esquelas? ¿Y de mandar los telegramas?

Media hora después, la casa estaba llena de gente. Mientras los hombres conversaban en voz baja en el pasillo, las mujeres, la mayoría con mantilla, se turnaban para entrar en el dormitorio y rezar junto al cadáver. En el cuarto de estar, Cristina agradecía con humildad las muestras de cariño. De algún sitio habían salido botellas de anís y aguardiente y bandejas de queso y magdalenas, que las chicas del vecindario ofrecían a los presentes. Entretanto, Anita iba y venía desde su casa con grandes jarras de café de puchero. Una de esas veces se cruzó en el pasillo con los padres de Balbino, el amigo de Eloy, que venían a dar el pésame. Antes de entrar, la mujer la agarró del codo y le preguntó por Cristina:

—¿Qué tal está? ¡Pobrecita, se ha quedado tan sola! Pero si necesita algo, que lo sepa: aquí nos tiene para lo que haga falta.

El interés de algunos vecinos por Cristina era solo el pretexto para indagar acerca de su hermano Eloy, cuyo nombre sobrevolaba todas las conversaciones pero nadie se atrevía a mencionar. El padre de Balbino se cubrió los labios con la mano aún sucia de la grasa del taller y dijo, bajando la voz:

—¿Se sabe algo de…? —Y, como la chica negó con la cabeza, añadió un comentario en el que la compasión apenas si enmascaraba el reproche implícito—: Qué familia: uno, fusilado; el otro, buscado por la policía…

—La madre está en el dormitorio; la hija, en el cuarto de estar. —Anita hizo un gesto con la propia jarra—. Síganme. Yo les indico.

Cristina, vestida de negro de la cabeza a los pies, recibía los abrazos de unos y otros y se esforzaba por mostrar entereza y gratitud. Acomodaba a los ancianos en las mejores sillas y los trataba con obsequiosidad, ofreciéndose personalmente a servirles de comer y de beber. Como tanto la familia paterna como la materna estaban desperdigadas por pueblos de Madrid, Guadalajara y Toledo, no empezaron a llegar parientes hasta bien entrada la tarde. A algunos de ellos los acompañó a la habitación y permaneció a su lado mientras rezaban por el alma de la fallecida y se despedían de ella. Lo hizo por ejemplo con el tío Germán, que acababa de llegar de Aranjuez. El hombre, con la boina apretada en una mano, hacía una y otra vez la señal de la cruz, al tiempo que recitaba entre dientes:

—*Per signum Sanctae Crucis de inimicis nostris libera nos, Domine Deus noster…*

A su lado, Cristina lo observaba con ansia porque pensaba que, si alguien podía tener alguna noticia de su hermano, era él, el tío Germán, al que tantas veces había recurrido Eloy y al que acaso habría vuelto a recurrir para buscar refugio en el campo. Pero el hombre, con esa solemnidad suya de campesino antiguo, no hacía otra cosa que persignarse y repetir latinajos:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti…*

Volvieron al cuarto de estar. Tan parco como siempre, el tío Germán vació el zurrón sin decir nada. Los que estaban en el pasillo miraron con codicia las piezas de queso y cecina mal envueltas en papel de periódico. Cristina dio las gracias y preguntó por la tía Antonia.

—No ha podido venir.

—¿Y el negocio de la miel?

—Ahí seguimos.

—Ahora en verano recibirán más visitas…

—Como en invierno. De ciento a viento.

La chica no se atrevía a preguntar abiertamente por su hermano y trataba de acercarse a la cuestión por medio de rodeos e indirectas, pero él no soltaba prenda. Lo intentó por última vez:

—Si hubiera novedades, supongo que nos habríamos enterado.

—¿Qué novedades podría haber? —replicó él, casi ofendido.

Cada cierto tiempo, doña Catalina se encerraba con la muerta y le retocaba el maquillaje, que el calor y la propia descomposición estropeaban con rapidez. Como si eso fuera señal de algo, varios de los presentes aprovechaban la ocasión para despedirse. Gloria apareció a la caída de la tarde, cuando solo quedaban las ancianas de la corrala, que no tenían nada mejor que hacer. Después de tantos pésames y condolencias, Cristina estaba exhausta pero de buen humor, como un atleta tras una carrera. Se dieron un largo abrazo. Se habían encontrado unas semanas antes paseando por Cibeles. Cristina la había puesto al corriente de la situación familiar y Gloria le había presentado a Félix Benítez.

—¡Qué buen mozo tu jefe! —Le guiñó un ojo con picardía—. Parecíais dos tortolitos.

Gloria se llevó una mano a la oreja y se acarició el pendiente, redondo, de plata, con una perla en el centro.

—Eran de su madre —dijo—. ¿Te gustan?

—O sea que la cosa va en serio…

—¡Muy en serio!

—Por eso estás tan guapa. ¡Cómo se nota que estás enamorada!

Entraron al cuarto a ver el cadáver, que a esas alturas ya nadie se molestaba en velar. Después del bullicio del día, su soledad era más aparatosa pero también menos áspera. Era como si hubiera dejado de ser su madre. Como si, en algún momento a lo largo de esa tarde, se hubieran evaporado los últimos restos que quedaban de ella y aquel cuerpo se hubiera deshumanizado, vaciado.

—Hay que ventilar esto —murmuró.

Descorrió cortinas y visillos y abrió la ventana. Los ruidos de la calle liquidaron aquel silencio mortuorio que había quedado como estancado, y la escasa luz que llegaba de fuera se mezcló enseguida con la tenebrosa claridad de los velones. De pie frente a la cama, Gloria juntó las manos en actitud de recogimiento. Cristina la agarró del brazo y se recostó contra ella, como una niña buscando la protección de un adulto. Gloria señaló la foto del atril.

—Qué guapos estáis todos. Ese de ahí es Bernabé, supongo.

—¿Sabes que mi madre murió sin enterarse de que lo habían fusilado? Al principio no sabíamos cómo decírselo y, pasado un tiempo, ya no había necesidad. Durante estos dos meses, Bernabé ha

seguido vivo en la imaginación de mi madre. Creo que hicimos bien ocultándoselo. ¿De qué habría servido decirle la verdad? Los últimos días, en plena agonía, todavía decía que a ver cuándo se decidía Franco a conceder el perdón. Bueno, la *indultación* . Ella lo llamaba así. Y me decía: ¿habrá *indultación* también para Eloy?, ¿tú crees que podrá volver a casa? Eso sí que no pude ocultárselo. Ella misma habló con los policías que vinieron a detenerlo.

Gloria miró a su alrededor como cayendo en la cuenta de algo. Cristina trató de leerle el pensamiento:

—Este era su cuarto. —Hizo un gesto hacia el armario—. Por ahí deben de estar tus apuntes de inglés. Y fotos. Y cartas. ¿Quieres echarles un vistazo por si hay algo que…?

La otra negó con la cabeza.

—Hablas como si no fueras a verlo nunca más.

—Me he acostumbrado a prepararme para lo peor.

Salieron al pasillo del patio a tomar el aire. Unos niños correteaban por las escaleras huyendo de sus madres, que los llamaban a gritos y amenazaban con molerlos a palos si no volvían inmediatamente a casa. Uno de ellos, silencioso y rápido como un ratón, se escondió entre las piernas de Gloria, que lo cogió en brazos y le susurró algo al oído. Cristina, que no oyó sus palabras, vio cómo el pequeño asentía con convicción y echaba a correr feliz hacia su madre. Gloria sonrió.

—Siempre se me han dado muy bien los niños.

—¿Para cuándo la boda?

—Habíamos hablado de la primavera, pero…

—¿Pero qué?

—No es tan fácil.

Esperó a que la gorda Anita, que brujuleaba por ahí con un cubo lleno de restos, se alejara un poco y añadió en voz baja:

—¿Te acuerdas de que a mi padre lo echaron de la universidad? Durante dos años. Se cumplen en febrero. Mi idea era no irme de casa hasta que terminara esta mala racha y pudiera volver a su vida de siempre. De ahí lo de casarnos en primavera. Pero uno del juzgado le ha dicho a Félix que quieren aplicarle una ley nueva que definitivamente le impediría volver a dar clases. Eso mi padre no lo soportaría. Acabaría con él. Lo mataría.

—¿De qué le pueden acusar ahora?

—Ni idea. Pero tampoco antes podían, y ya lo viste. Mi padre es incapaz de hacer daño a nadie.

—Y tu novio, ¿no puede hacer nada? ¿No conoce a nadie que pueda ayudarle?

—Por lo visto, es jurisdicción militar. Y ahí él ni pincha ni corta. El caso es que no sabemos si retrasar la boda hasta que… —Se frotó el entrecejo—. En fin, ¿para qué seguir? Bastantes problemas tienes tú ahora como para que venga yo y… Lo único cierto es que hay que vivir. Bueno, me marcho.

—Te acompaño a la calle.

Se detuvieron en el portal. Gloria le dio otra vez el pésame y echó a andar. Cuando apenas había dado unos pasos, se volvió y dijo:

—Si consigues hablar con Eloy, le dices que… —Pero, tras pensárselo mejor, sacudió la cabeza—. Bah, no vale la pena. Mejor no le digas nada.

Como siempre, Basilio insistió en quedarse en la oficina hasta terminar lo que tenía entre manos. Normalmente lo dejaban solo y él mismo se encargaba de apagar luces y cerrar puertas. Esta vez Benítez esperó en su despacho. En cuanto notó movimiento al otro lado de la mampara, lo llamó:

—Basilio, ¿puede venir un momento?

Apareció el otro con manchas de papel de calco en la camisa y una pila de carpetas que había que archivar.

—¿Pasa algo, Félix?

Benítez hizo un gesto ambiguo con las cejas. Mientras ponían en orden los papeles, oyeron llegar a Gloria, que había salido a hacer un recado antes de que cerraran las tiendas. La chica entró en el despacho y observó a su padre con semblante grave.

—Siéntate, papá. Tenemos algo que decirte.

—¡Qué caras más serias! —Trató de adoptar un tono jocoso—. ¡Me estáis asustando!

—Ciertamente, no son buenas noticias —dijo Benítez.

Se sentaron los tres. Gloria acercó su silla a la de su padre y le agarró la mano. Benítez miraba al techo como buscando por dónde empezar. Acabó diciendo:

—No sé si sabe que desde el mes de abril funciona el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo…

Basilio, inmóvil, no reaccionó. Los otros dos intercambiaron una mirada furtiva antes de que Benítez, haciendo un gesto que los abarcaba a ambos, volviera a tomar la palabra.

—Nosotros creemos… —Carraspeó—. Hemos llegado a la conclusión de que se trata de una confabulación. Sean quienes sean, quienes en su momento consiguieron su suspensión están dispuestos a cualquier cosa con tal de impedirle regresar a las aulas. Por supuesto,

no todo está perdido. Cuando se abra el expediente, necesitarán pruebas, testigos… De momento, es solo una denuncia. Pero, aunque fuera falsa, una denuncia ante ese tribunal podría tener un efecto demoledor. ¿Tiene alguna idea de quién puede estar detrás de todo?

Intervino Gloria, apurada, nerviosa:

—Estoy segura de que es ese vicerrector… ¿Cómo se llama? Ballesteros. Nunca me he fiado de él. Ya sé que lo apadrinaste, que formaste parte de su tribunal, que gracias a ti entró en la universidad… Pero precisamente por eso. La gente que debe favores es la más peligrosa. ¿Qué mejor manera de saldar la deuda?

Basilio, con la cabeza gacha, seguía sin decir nada.

—Lo que quiero que le quede claro es que… —Nuevamente Benítez buscó inspiración en el techo—. Una condena en ese tribunal es algo muy grave: años de cárcel, inhabilitación a perpetuidad, confiscación de bienes por la Ley de Responsabilidades Políticas… Pero creo que el asunto no va por ahí. Me juego cualquier cosa a que retirarían la acusación si usted renunciara para siempre a la universidad. No parece que busquen más que eso: purgarlo, expulsarlo definitivamente. Sí, Basilio, robarle una plaza que le pertenece legítimamente, apartarle de una asignatura que nadie imparte tan bien como usted… Yo he sido alumno suyo. He sido su discípulo. ¿Cree que no me doy cuenta de lo injusto que es? Es injusto, ¡muy injusto! Para usted dar clases lo es todo, y clama al cielo el solo hecho de que algún mediocre usurpe su plaza con esas triquiñuelas… Pero seamos prudentes. En un juicio así puede pasar cualquier cosa. ¿Quién sabe? Si alguien es capaz de montar una acusación falsa, también es capaz de sacarse de la manga un par de testimonios hechos a su medida. ¿Se imagina que, además de acabar con su carrera académica y de convertirlo en poco menos que un apestado, le obligaran a responder con su patrimonio? ¿Se imagina que acabaran, por ejemplo, echándolo de su casa? Por lo que a mí respecta, el puesto de trabajo en esta oficina lo tiene asegurado. Usted sabe el afecto que siento por usted y por su hija.

—Piénsalo, papá. —Ahora Gloria le apretó con fuerza la mano—. Por mucha pena que te dé despedirte para siempre de la universidad, tendrías garantizada una vida cómoda y sin sobresaltos. ¡Creo que, para los tiempos que corren, no está tan mal!

—¿Qué me dice? ¿Me permite que recurra a mis contactos para que hagan llegar esa propuesta a quien corresponda? Si esa gente, sea quien sea, retira la acusación, usted renuncia a la universidad. Así de sencillo. ¿Me lo permite?

Basilio entornó los ojos como cuando se lee con poca luz. Luego,

al tiempo que una mueca deformaba su rostro, se tapó la boca con la mano. Benítez temió que estuviera a punto de derrumbarse y trató de animarle:

—Sea fuerte, Basilio. No se me venga abajo. Ya le he dicho que por el momento ni siquiera se ha abierto el expediente.

En realidad, el hombre estaba sonriendo. Su voz sonó serena y casi jovial cuando empezó a recitar:

—«Abre tu alma a todas las corrientes del humanismo: a la amistad, a la fraternidad, al amor. Somete tu bien al bien general de todos los hombres. No olvides nunca que tu vida es solidaria con la de todos los seres del mundo, y que el más repugnante y culpable de los vicios es el egoísmo.»

Los otros dos lo miraban sin comprender. Basilio hizo una pausa antes de proseguir:

—Podrían parecer los mandamientos de la ley de Dios, ¿verdad? Pues no. Es un párrafo de una carta que a mi mejor amigo de infancia le escribió su abuelo. —Interrogó con la mirada a su hija—. ¿Nunca te he hablado de mi amigo Demófilo? El abuelo le escribió la carta al poco de nacer, pero no se la entregó hasta que llegó al uso de razón. Demófilo la leía todos los días y se la sabía de memoria. Yo mismo, de tanto oírsela, me aprendí algunos trozos. «Destierra de tu alma el orgullo, la soberbia y la vanidad. Sé sencillo, afectuoso y benévolo, sobre todo con los de estado inferior al tuyo. Ampara a los débiles…» ¿No es hermoso? ¿No es lo más hermoso que un niño puede llegar a concebir: un mundo regido por la amistad, el amor, la fraternidad, la bondad…? Mi querido amigo Demófilo de Buen…, ¡quién sabe ahora por dónde andará! Se especializó en Derecho Civil mientras yo me orientaba hacia la Historia del Derecho, pero hasta entonces estuvimos muy unidos y, cuando él decidió iniciarse en la masonería… No hace falta que siga. Demófilo llegó a gran maestre, yo no pasé de los primeros grados. —Miró otra vez a su hija, ahora como disculpándose —. Fueron solo unos años. Tú eras muy pequeña. A lo mejor ni habías nacido. Pero si no lo sabías no fue porque yo quisiera mantenerlo en secreto. Para mí aquello estaba olvidado: había pasado el tiempo y no había sido tan importante. Y desde luego nunca imaginé que pudiera llegar a considerarse un crimen. ¿Cómo va a ser un crimen creer en la amistad, en el amor y en la benevolencia? Pero así son las cosas. Primero, la Ley para la Represión de la Masonería; ahora, el Tribunal Especial ese… Entonces me di cuenta del enorme peligro que corría si mi antigua pertenencia a la masonería acababa descubriéndose. No era suficiente con que la universidad me hubiera declarado desafecto. Podía ocurrir que un consejo de guerra me condenara por… criminal.

¡Criminal!

Permanecieron los tres en silencio. Del pasillo llegaba el tictac del reloj de péndulo. Benítez adoptó un aire ecuánime y profesional, como un médico interesándose por un cuadro clínico.

—¿Cómo se llamaba la logia?

—Condorcet. Y mi nombre simbólico era Atlante. ¡En aquella época me sentía capaz de sostener todo el firmamento sobre los hombros!

—Logia Condorcet. —A la vez que hablaba, Benítez tomaba notas en una libreta—. ¿De Madrid? Sí, de Madrid, claro. Tendrá que darme algunos nombres, si es que se acuerda. Intentaré averiguar a quién más han denunciado. Pero mucho me temo que…

Basilio, de repente, se echó a reír. Al principio fue un sonido áspero, gutural, un amortiguado je-je-je que parecía que iba a extinguirse por sí mismo y que, por el contrario, dio paso a unas risitas agudas, temblonas, que a su vez se convirtieron en una serie de ruidosas risotadas en las que parecía atragantarse y quedarse sin aire…

—¿Estás bien, papá?

La preocupación de la hija no hacía sino acrecentar la hilaridad del padre. Entre carcajada y carcajada fue capaz de sacar el pañuelo y sonarse la nariz. Se enjugó después las lágrimas y se secó el sudor de la frente. Los otros dos esperaron a que se le pasara del todo el ataque para preguntarle si ya estaba mejor. Él, aún con la risa bailándole en los ojos, asintió con la cabeza y volvió a sonarse la nariz.

—Sabía que tarde o temprano acabaría sabiéndose —dijo—. ¡Qué alivio no tener que preocuparme más! Por fin todo se ha acabado. Ya no tengo que ocultar nada. ¡Qué descanso!

El taller de costura estaba en el paseo de las Delicias, cerca de la estación del mismo nombre, en un edificio que en otro tiempo había sido un almacén de coloniales. Trabajaban en él unas cuarenta mujeres: ocho filas con cinco máquinas cada una, todas muy juntas, todas orientadas hacia el mismo sitio como en una clase de párvulos. Las cristaleras de la derecha, que solían estar cerradas para que no entrara carbonilla, daban directamente a una zona de apartaderos y vías muertas. En cambio, las de la izquierda permanecían abiertas mientras la temperatura lo permitía, y el zumbido simultáneo de las cuarenta máquinas Singer llegaba hasta el otro lado del paseo, que parecía estar siendo atacado por una plaga de langostas. Quiñones, medio oculto tras un poste de electricidad, esperaba en la esquina del

taller. Desde allí el ruido recordaba el de una tormenta intensa o una granizada. El sonido estridente de una sirena señaló el fin de la jornada. Las mujeres salieron sin prisas, formaron grupitos y se repartieron en varias direcciones. A medida que avanzaban, los grupitos iban como deshilachándose. El de Cristina se partió en dos en el cruce con la calle de Miguel Primo de Rivera, que todo el mundo conocía como ronda de Atocha, y siguió reduciéndose a lo largo de toda Santa Isabel. Pero no se quedó sola hasta llegar a la bocacalle de su casa. Fue allí donde Quiñones se decidió a abordarla.

—¿Cristina Donoso?

—Si le envían a usted del ayuntamiento…

—No, no me envían de ningún ayuntamiento.

La chica lo observó con atención. La frente despejada, la mirada atenta, la barbilla erguida, tenía Quiñones un aire senatorial que intimidaba un poco. Cristina se esforzó por comportarse con desenvoltura.

—Pues si no es por los gastos del entierro…

—Aprovecho para darle el pésame. Créame que…

—¿Me va a decir qué quiere?

—No aquí. —Miró a la gente que iba y venía—. No delante de todo el mundo.

Cristina se puso a la defensiva:

—¿Dónde? ¿En mi casa? ¿Y que me vean las vecinas? ¡Usted lo que quiere es acabar con mi reputación!

Quiñones señaló un punto indeterminado a su espalda.

—¿Me acompaña al mercado? Quiero comprar algo de verdura.

—Mire. No sé quién es usted. —La actitud afable del hombre la indujo a suavizar el tono e improvisar alguna justificación—. Estoy cansada. Llevo todo el día trabajando y lo único que ahora me apetece…

Sin darle tiempo a terminar la frase, Quiñones le entregó una carta. El sobre no llevaba sello y estaba dirigido a una tintorería de la calle Barquillo. Cristina, encogiéndose de hombros, leyó en voz alta el nombre del remitente:

—¿Emilio Suárez?

—Quien le escribe esta carta no puede firmar con su verdadero nombre. —Esperó a que sus palabras surtieran efecto y, mientras ella volvía a mirar el sobre para reconocer la caligrafía algo desmañada de su hermano, añadió—: Y tampoco espere que le cuente muchas cosas.

Cristina fue a abrir la carta con dedos temblorosos pero el otro la disuadió.

—Guárdela. Ya la leerá más tarde.

—¿Dónde está? ¿Qué sabe de él? ¿Cómo se encuentra?

—¿A que ahora sí que me acompaña a comprar verdura?

Inaugurado ese mismo año, el mercado de Antón Martín era limpio, ordenado, moderno. Parecía más una clínica que un mercado. A esa hora había ya más puestos cerrados que abiertos, por lo que, mientras buscaban acelgas y coliflores, no les resultó difícil encontrar un lugar discreto en el que detenerse a conversar.

—Dígame solo si se encuentra bien —dijo ella y, como él asintió, siguió hablando de forma atolondrada—. Cuando vinieron esos tipos a buscarlo, temí que… Pero, si no ha vuelto a haber noticias suyas, digo yo que será porque ha conseguido escapar. Se ha echado al monte, ¿verdad? Quiera Dios que no le pase nada malo. No sé si está hecho para llevar una vida así, de bandolero. Me lo imagino escondido en alguna cueva o algún bosque. ¿Por qué zona está? ¿Por la zona de Aranjuez? Seguro que acudió a pedir ayuda al tío Germán y que este… El tío es un hombre arisco y, ¿cómo se dice?, lacónico. Nunca le oirá decir una palabra afectuosa y, sin embargo, ¡qué gran corazón tiene! Sería incapaz de dejar a Eloy en la estacada. Dígame solo eso: ¿le ayudó a escapar el tío Germán?

—No me haga esas preguntas, por favor.

—O sea que sí. Que le ayudó. —Sonrió Cristina como una niña traviesa—. Porque, si no le hubiera ayudado, a usted no le importaría decírmelo.

—No puedo decirle nada. Cuanto menos sepa, mejor para todos. Se pondría en peligro usted misma y pondría en peligro a otras personas. Dígame una cosa: ¿ha tenido últimamente la sensación de estar siendo vigilada? Piénselo. ¿Ha visto a alguien que le llamara la atención? ¿Alguien merodeando, haciendo preguntas, metiendo la nariz donde no debía…?

La chica sacudió la cabeza.

—¿A mí? ¿Por qué iban a vigilarme a mí? —Pero tras una breve reflexión, añadió—: Claro, ¡qué tonta!, no es por mí. Es por Eloy, por si se le ocurre volver. Pero no volverá. No de momento, ¿verdad?

—Vámonos. —Quiñones indicó un pasillo—. No quiero levantar sospechas.

—¿Pero usted no tenía que comprar verdura?

En lugar de salir por Santa Isabel, lo hicieron por Fernán Núñez. De camino hacia la esquina, Cristina supo que disponía de unos pocos segundos. Hizo una seña hacia el bolso, en el que había guardado la carta, y dijo:

—Si mi hermano me ha escrito, también puedo escribirle yo. ¿O no? Por lo menos para que sepa lo de nuestra madre.

—No es tan urgente. Tampoco ustedes se dieron prisa en decirle a ella lo de Bernabé.

La chica se frenó en seco.

—¿Quién es usted? ¿Por qué lo sabe todo de nosotros? —Y, como el otro seguía andando, alzó la voz—. ¿Cuándo volveré a tener noticias de Eloy? ¿Tengo que estar esperando a que usted se decida a aparecer por aquí? ¡Tiene narices que usted esté en contacto con él y yo, que soy su hermana, no!

Quiñones parecía decidido a marcharse sin despedirse, pero finalmente se detuvo.

—¿Qué tal son sus compañeras de trabajo? ¿Se lleva bien con ellas? ¿Son de confianza?

—No le entiendo.

—Estoy buscando empresas que puedan usarse como tapadera para recibir correspondencia. Las cartas llegarían al taller, usted las recogería y yo enviaría a alguien a buscarlas. Pero primero tengo que asegurarme de que no corremos demasiados riesgos…

—¡Uf! —Soltó un bufido tan fuerte que hasta le removió el flequillo—. ¡Las costureras, bien; pero las secretarias…! ¡En administración todas son de la Sección Femenina!

Con un ademán en el que se mezclaban el disgusto y la resignación, el hombre echó nuevamente a andar. Cristina tuvo la sensación de haberle defraudado. Tras un instante de indecisión, apuró el paso y caminó a su lado. Seguía tan aturullada como al principio.

—¿Por qué no domicilios particulares? Mi casa es segura. ¡Con decirle que vivo sola…! Bueno, supongo que ya lo sabe. ¿Qué le puedo contar que usted no sepa?

—¿Y la portera? ¿Y los vecinos? ¿Qué pensarán cuando vean que recibe más correo del habitual?

—Algo me inventaré.

—No sé, no sé…

—Diré que son patrones. Patrones de costura. —Asintió con energía, como cargándose de razones—. Todos saben que cuando llego a casa sigo haciendo encargos particulares y que tengo alguna clienta que vive fuera.

—En fin —dijo él—. Volveremos a vernos.

Se separaron allí, sin añadir nada más. Cristina corrió a su casa y cruzó el patio sin saludar a nadie. En cuanto llegó al piso, se encerró en la cocina a leer la carta, que decía lo siguiente:

Hermana querida:

Espero que te encuentres bien cuando estas líneas lleguen a ti. La prudencia me impide contarte tantas cosas como me gustaría, pero quiero que sepas que pienso a todas horas en ti y en mamá y que os echo mucho de menos.

Por razones que no pude explicarte, me fui de casa en circunstancias extrañas y sin tiempo para despedirme. Aún estoy viendo vuestra expresión de incredulidad cuando os dije que me marchaba en ese mismo instante y que no sabía cuándo nos volveríamos a ver. Pensabais que estaba bromeando, ¿verdad? Eso me pasa por ser como soy, que para una vez que hablo en serio nadie me cree. Me pregunto cómo estará mamá, la pobrecita, y qué le habrás contado para explicarle mi desaparición.

Lo único bueno de estar lejos es que puedo recordaros como me apetezca: a mamá, como cuando éramos niños, con el pequeño Mateo en brazos y llamándonos a gritos desde la escalera, y a ti… Bueno, a ti, en vez de recordarte, prefiero imaginarte, porque seguro que estás mucho más guapa que cuando me fui. (¡Si lees esta carta a mamá, sáltate este párrafo, por favor!)

No sé por qué te hago preguntas que no puedes contestarme. Cosas mías: ya ves que en el fondo sigo siendo el mismo de siempre.

Te escribo solo para decirte que estoy bien y que no tienes que preocuparte por mí. Mi vida es ahora más dura de lo que lo ha sido jamás, pero también yo soy más resistente. No me reconocerías.

¿Cuándo volveré a veros? No lo sé. Ojalá que pronto, muy pronto. Es el deseo que formulo todas las noches antes de quedarme dormido. De tanto desearlo, digo yo que tarde o temprano se cumplirá. Sería muy injusto y muy cruel que toda esa energía acabara evaporándose y quedando en nada, ¿no crees?

Ahora solo te pido una cosa: que quemes esta carta en cuanto termines de leerla. No te lo tomes a guasa. Tampoco ahora estoy bromeando. Quema esta carta y quédate con la idea de que cuento los días que faltan para volver a veros.

Os mando muchos besos a las dos.

P. D.: El otro día soñé que te casabas con un príncipe extranjero. Él llevaba un uniforme azul y un sombrero con un penacho y tú, con un vestido largo, brillante, parecías una de esas actrices tan guapas de las películas yanquis. ¡A ver si, cuando vuelva, resulta que es verdad que te has casado con un príncipe y no me dejan ir a visitarte a vuestro palacio!

Con los ojos húmedos y un nudo en la garganta, Cristina hizo una mueca extraña, a medio camino entre la risa y el llanto. Leyó la carta un par de veces más y con una cerilla le prendió fuego por dos de sus cuatro esquinas. Luego la dejó caer en un puchero y observó cómo el papel se ennegrecía, se abarquillaba, se retorcía y finalmente se consumía, quedando reducido a unas pocas cenizas que podía dispersar con un simple soplido.

Empezaron a llegarle sobres esa misma semana, algunos con franqueo y otros sin. Llegaban abiertos y llevaban estampado el sello azul de la censura militar. Algunos llevaban también impresa la efigie de Franco junto a la leyenda ¡SALUDO A FRANCO! ¡VIVA ESPAÑA! ¡ARRIBA ESPAÑA! En

otros, el remitente, tal vez queriendo darles un aire más oficial, había escrito a mano uno de los encabezamientos de rigor: POR DIOS, POR ESPAÑA Y POR SU REVOLUCIÓN NACIONAL SINDICALISTA . De vez en cuando llegaba también alguna tarjeta postal con una imagen del Caudillo en uniforme de campaña encima de un ¡VIVA FRANCO! y, al dorso, un texto breve firmado por alguien a quien no conocía. Supuso que era la forma más eficaz de burlar la censura: acogiéndose a la advocación del propio dictador y mostrándose a plena luz, sin ocultamientos. El texto de esas tarjetas no podía ser más anodino: alguien que informaba de pequeñas novedades domésticas o del estado de salud de un familiar, o que enviaba sus felicitaciones por una reciente conmemoración, o que aprovechaba para mandar recuerdos de una tercera persona… Cristina leía y releía esas postales en busca de la clave que le permitiera desentrañar el mensaje secreto, pero era en vano. ¿Quiénes serían esos remitentes, que tenían apellidos corrientes como Pérez o García y solían esconder su nombre tras la escueta opacidad de una inicial? ¿Y qué querrían decir con frases tales como «ha llegado el momento de separar el grano de la mies» o «si no me proporcionas el material difícilmente podré retejar la casa» o «sigo a la espera de tu decisión sobre lo que conviene hacer con las eras»? Cristina intuía que esas frases encerraban algún tipo de orden o instrucción que alguien daba o reclamaba, pero era incapaz de adivinar su significado profundo. Y no dejaba de sorprenderla la familiaridad con la que la trataban los remitentes de las tarjetas, que al fin y al cabo estaban dirigidas a ella. Era como si tuviera una segunda vida en otra parte. Como si hubiera otra Cristina Donoso a la que iban dirigidos todos esos besos y esos abrazos y esos buenos deseos, y la duda era cuál de las dos era la auténtica y cuál la copia, cuál estaba viviendo la vida que le correspondía y cuál no.

Cada vez que entraba o salía de casa, echaba un rápido vistazo a su alrededor en busca de alguien que pareciera estar pendiente de sus movimientos. Si alguna vez hubo por ahí algún policía vigilándola, no llegó a detectarlo. En cambio, al enlace del Partido lo identificó a la primera. Era un chico esmirriado, paliducho, feo, que andaba siempre encorvado y con la cabeza gacha, como caminando contra el viento. El chico, que se hacía llamar Virgilio, conocía sus horarios e igual podía abordarla a primera hora del día que en la pausa para la comida o al final de la jornada. Cristina se acostumbró a llevar en el bolso la correspondencia de los últimos días. El chico aparecía por cualquier esquina, la seguía con esos extraños andares suyos y, cuando llegaban a un lugar poco concurrido, se ponía a su altura y tendía la mano al tiempo que decía en voz baja:

—Salud, camarada.

Era todo muy rápido. Ella le entregaba el fajo de cartas y él embocaba la calle más cercana sin añadir una sola palabra. Y a los dos o tres días la escena volvía a repetirse con escasas variaciones:

—Salud, camarada.

En realidad, Cristina no estaba convencida de ser una camarada. Lo que hacía no lo hacía ni por el padrecito Stalin ni por los parias de la tierra ni por las famélicas legiones de proletarios. Lo hacía por sus hermanos: por Bernabé, al que de ese modo rendía una especie de homenaje, y por Eloy, al que creía sentir más cercano gracias a ese trasiego de cartas que iban y venían. Seguro que Bernabé y Eloy estarían orgullosos de ella.

Uno de esos días, Virgilio se presentó con un paquete envuelto en papel de estraza y unas instrucciones muy precisas:

—Le llevas esto a Amadeo Rubio, que está en Porlier. Él ya sabe. Lo está esperando. Si te preguntan, di que sois parientes. —Se guardó las cartas en el bolsillo, le tendió el paquete y se despidió con el clásico—: Salud, camarada.

Sin tiempo para reaccionar, Cristina lo vio desaparecer por la boca de metro. Echó un vistazo receloso al paquete, que abultaba bastante pero pesaba muy poco. No era que no quisiera colaborar. Era que no le gustaba que tomaran decisiones por ella y habría preferido tener unos segundos para pensarlo. Llegó a casa y se preparó un almuerzo con los productos que esa semana entraban en la cartilla de racionamiento: pan negro, arroz con zanahoria, dulce de membrillo. Aún con la comida en la boca, entró en el cuarto de Eloy y observó el paquete, que estaba sobre la cama. Cortó el hilo de bramante y apartó el papel de estraza. Había allí varios rollos de algodón hidrófilo envueltos en papel azul, una cajita de latón con sesenta comprimidos de calcio y un frasco de antisárnico similar a los que había comprado para Bernabé año y medio atrás. Cada artículo llevaba su correspondiente precinto, lo que no dejaba de ser sospechoso… Abrió el frasco y revolvió el contenido con el dedo. Luego hizo lo mismo con las sales de calcio. En realidad, no sabía muy bien qué buscaba. Se quedó mirando los rollos de algodón, ordenados, simétricos, perfectos, bonitos como productos de repostería. De hecho, tenían algo de brazo de gitano, con la misma espiral en cada extremo, el blanco en lugar de la crema, el azul en lugar del bizcocho. Daba pena tener que desmontarlos pero, ya puestos, no tenía sentido dejar la cosa a medias.

—Me lo imaginaba —susurró enseguida.

En el interior de uno de los rollos había una cuartilla encabezada con un SALUDO DEL BURÓ POLÍTICO A LOS PRESOS EN ESPERA DE CONDENA .

Cristina leyó las primeras líneas, que hablaban de «promover el debate fraternal» entre reclusos de todas las ideologías. Luego dobló la cuartilla, se dejó caer en la cama y, como si su hermano estuviera tendido a su lado, dijo:

—¿Qué harías tú, Eloy? —Cerró los ojos y soltó un bufido—. ¿Pero para qué pregunto? Sé muy bien lo que harías.

En cuanto tuvo ocasión, se presentó en Porlier con su cesta de mimbre y pidió ver a su primo Amadeo. En el locutorio todo seguía igual que cuando visitaba a Bernabé: el mismo crucifijo enorme, los mismos lemas en las paredes, el mismo enrejado hasta el techo, el mismo bullicio de mujeres compungidas y niños ruidosos. Mientras esperaba en el banco a ser llamada, se fijó en uno de los reclusos. Aunque no conocía su nombre, estaba casi segura de que era aquel individuo tan peripuesto que en cierta ocasión había acudido a recoger a Eloy. Sí, era Amancio. Su aspecto la impresionó: hacía varias semanas que había salido del centro de detención, pero tenía todavía el tabique nasal roto, las cejas inflamadas, los globos oculares encarnados como si le hubieran estallado todas las venas del cerebro. Recibía Amancio la visita de su mujer, que no paraba de enjugarse la nariz con un pañuelo, y de su hijo, un niño de un año y medio que lo miraba todo con expresión asustada.

—¡Familiares de Amadeo Rubio! —oyó.

El tal Amadeo, aún joven, vestido con un mono de mecánico, la buscó con la mirada mientras le soltaban las esposas. Ella le saludó con la mano y se acercó al enrejado. Él la observó de arriba abajo, como escrutándola, y luego, con una voz algo aflautada que contrastaba con su rudeza y su corpulencia, le pidió novedades de la guerra europea.

—Los alemanes están a punto de entrar en Leningrado —dijo Cristina—. Los periódicos dicen que la División Azul no va a tener que pegar ni un tiro. Que, para cuando terminen la instrucción y lleguen al frente, Hitler ya habrá ocupado toda Rusia.

—¿Y tú te lo crees?

—Yo solo te digo lo que dicen los periódicos.

—Los periódicos mienten. ¡No se te ocurra creerte nada! Y cuando digo nada es nada. Tampoco hablan de nosotros, ¿verdad? Pues ya verás como enseguida, en cuanto terminemos de reorganizarnos… —El hombre, creyendo percibir en Cristina un fondo de escepticismo, remachó en voz baja—: A Franco, ese asesino, lo vamos a echar muy pronto de España. ¿Me crees o no me crees?

—Te creo.

Cristina tenía la sensación de estar siendo sometida a algún tipo

de prueba, lo que la colocaba en una posición subalterna que le parecía insultante. ¿A qué venía darse esos aires? Ella, en ese momento, no era menos que él. Si él estaba en la cárcel, ella estaba corriendo un riesgo que podía igualmente conducirla a prisión. Alzó la cesta y dijo, para abreviar:

—Te he traído esto. Algodón, calcio y no sé qué más.

Amadeo no dijo nada. Cristina sabía que él sabía, pero también sabía que él no sabía que ella sabía. Reclamó por gestos la presencia de un funcionario. De repente, las cosas habían cambiado: ahora era ella la que estaba poniendo a prueba a Amadeo. El funcionario volcó en el suelo el contenido de la cesta y murmuró con desgana:

—Vamos a ver qué hay aquí…

La chica observaba a Amadeo mientras este, conteniendo la respiración, desviaba la mirada hacia el techo. El funcionario hizo lo mismo que había hecho ella: revolver el contenido de los envases, desplegar los rollos de algodón, palparlos en busca de algo que pudiera estar escondido. En cuanto el hombre autorizó la entrega y se dio la vuelta, Amadeo dejó escapar un suspiro. Ella se acercó a las rejas.

—Cuando me toque la oreja, te agachas —susurró.

Los funcionarios estaban ahora más pendientes de los reclusos que entraban y salían. Cristina, que había doblado la cuartilla hasta reducirla al tamaño de un naipe, aprovechó para dejarla caer, empujarla con la punta del zapato y hacer la señal convenida. Amadeo se agachó y guardó el papel en un bolsillo. Sabiendo que se había ganado el respeto de aquel hombre, Cristina dijo:

—Hablaré con Virgilio. —Agarró la cesta—. Las cosas que tenga que hacer las haré a mi modo.

De camino hacia la salida, echó un último vistazo a Amancio y a su mujer, que tenía la nariz roja e hinchada de tanto frotársela con el pañuelo.

Tenían unos puntos ya establecidos para las citas de seguridad, generalmente en lugares muy concurridos y cerca de alguna boca de metro. Aquel día la cita era en la glorieta de Bilbao. Desde la esquina de Luchana, Quiñones miró a los viandantes que cruzaban por el centro de la calzada, rodeando la estatua de Bravo Murillo y abriéndose paso entre el escaso tráfico de tranvías, taxis y bicicletas. Luego paseó la mirada por las terrazas de los cafés, con los toldos recogidos para aprovechar el sol de la tarde. La Española, el Café Comercial, el Marlín… A esa hora quedaban pocos huecos libres en los

veladores. Caminó hasta el comienzo de Carranza y se agachó junto a un árbol para atarse los cordones. Desde ahí podía inspeccionar las distintas calles y avenidas sin llamar demasiado la atención. Vio a Goyo Larín aparecer por la esquina de Fuencarral y encaminarse despacio hacia Sagasta. Era una de las prácticas habituales: dar la vuelta más amplia posible para que el camarada pudiera comprobar si lo seguían. Del mismo modo que él se había detenido en un lado, Goyo se detuvo en el otro. Quiñones dejó pasar un par de minutos. Cuando tuvo la certeza de que la presencia de su amigo no había provocado movimientos sospechosos, echó a andar hacia él, completando el círculo que poco antes había dejado a medias.

—No los he visto —dijo Quiñones—. Y no he tenido ningún aviso.

—Yo no sé muy bien cómo son pero… —dijo Goyo.

—Mala señal.

—Sí. Mala señal.

—¿Qué te dije? ¡Una panda de inútiles!

Del bolsillo de la americana le asomaban unos cuadernillos de aspecto humilde llamados *Reglas de Aligación* , *Interés y Descuento* o *La Gaita y la Lira* , que tomaba el título de un famoso artículo de José Antonio Primo de Rivera. Tras su inocente apariencia se ocultaban los boletines internos de la organización, elaborados por el propio Quiñones.

—¡Mis revistas favoritas! —exclamó Goyo cuando el otro se las entregó.

Aquellos boletines incluían numerosas reflexiones sobre el nuevo papel de Inglaterra en el conflicto bélico europeo desde que se había convertido en el principal aliado de la Unión Soviética. Abundaban también las exhortaciones a combatir cualquier posibilidad de que España se implicara directa o indirectamente junto a las potencias del Eje. Goyo cogió un número de *La Gaita y la Lira* , lo abrió por una página cualquiera y engolando la voz fingió leer:

—«La gaita es el instrumento típico de Galicia. De hecho, todos los niños gallegos vienen al mundo con una gaita, que aprenden a tocar antes que a hablar. Y en cuanto a la lira, ¿qué se puede decir de la moneda italiana…?»

Pero Quiñones no estaba para bromas. Dijo:

—¿Qué hora es? —Y sin mirar el reloj añadió—: Demasiado tarde. Siempre es demasiado tarde. Vámonos.

Se dirigieron a su anterior pensión, la de doña Clarita. Las calles de Chamberí, por las que apenas si circulaban vehículos desde el endurecimiento de las restricciones, habían sido tomadas por grupos de chicos que hacían carreras o se lanzaban piedras o jugaban al

churro va. Solo muy de vez en cuando la chavalería tenía que apartarse para dejar pasar algún coche o moto o alguno de los carros tirados por mulas que en Eloy Gonzalo se ofrecían para transportes y pequeñas mudanzas. En Álvarez de Castro el alboroto era mayor que en otras calles porque unos jóvenes habían improvisado un partidillo de fútbol con una pelota hecha con trapos. Al ruido de sus gritos y sus pelotazos se unía el de los instrumentos musicales de la academia del entresuelo. En la otra acera, Quiñones y Goyo se pararon un instante a curiosear. Quiñones echó un vistazo instintivo al segundo piso, el de la pensión, y murmuró:

—Mira a tu izquierda. Al fondo de todo.

Se refería a un individuo con gabardina que, sin perder de vista el portal, se distraía mirando jugar a los futbolistas.

—A un policía siempre se le nota. Aunque sea de la secreta —dijo Goyo—. ¿Dejaste algo? ¿Alguna agenda, algún cuaderno, algún papel?

—No, pero es igual. Ya sabes lo que esto significa. Que los han cogido y han cantado como cotorras. Que hay que ponerse en movimiento. Cuanto antes, mejor. Tú también. Tienes que darte prisa.

—Pero esos dos nunca han sabido dónde vivo.

—Créeme, tu piso no es seguro. Caerán otros camaradas y cantarán también. Esta noche ya no tienes que pasarla allí.

—¿Y dónde encuentro yo ahora una habitación?

Quiñones hizo un gesto que quería decir: me da igual como lo hagas, tú hazlo. Goyo asintió con la cabeza y se despidió. Su vivienda estaba a menos de diez minutos. Abrió la puerta y lo recibieron desde la cocina los gritos de alborozo de sus dos caseras, Elvira y Magdalena, que ya no lo llamaban Augusto sino Tito: Tito por aquí, Tito por allí…

—¡Ven, Tito! —dijo una—. ¡Te estamos esperando para echar una brisca! ¿O prefieres jugar a las siete y media?

—¡Por mí jugaríamos al burro, pero necesitamos a uno más! —dijo la otra—. ¡Pero tú decides, Tito! ¿A qué te apetece jugar?

El aludido farfulló un saludo desde el pasillo y se metió en su dormitorio a hacer el equipaje. Sacudió el polvo de las dos maletas, las dejó en el suelo y fue amontonando la ropa sin ningún orden, a la diabla. Las hermanas no tardaron ni un minuto en asomar la nariz. Goyo notaba sus miradas clavadas en su nuca. En el aire flotaba un reproche silencioso. Magdalena, la mayor de las dos, se decidió a hablar:

—¿Qué ocurre, Augusto?

Goyo seguía dándoles la espalda. En solo un minuto había dejado de ser Tito.

—Tengo que irme. Me han llamado del pueblo.

—¿Quién te ha llamado?

—Me han llamado. Eso es todo.

—Tu mujer, ¿a que sí? —intervino Elvira—. Nos dijiste que eras soltero pero… Es eso, ¿verdad?

—Y seguro que tienes hijos. ¿Tres hijos? ¿Cuatro hijos? —Magdalena hizo una mueca de espanto—. ¿Diez, doce? ¿Cuántos hijos hace falta tener para salir huyendo como tú hiciste?

—¡Ya sabíamos nosotras que ocultabas algo!

Volvió a instalarse entre ellos un silencio incómodo, desabrido. La aflicción de Goyo parecía sincera.

—Os lo avisé —dijo—. Os dije que en cualquier momento tendría que marcharme. Y que sería así, repentinamente. Siempre he pagado por adelantado. También esta semana. Pero si creéis que os debo algo…

—No nos debes nada, Tito, no nos debes nada… —dijo Magdalena con tristeza.

Solo entonces, como si el regreso a la abreviación lo hubiera redimido de algo, se volvió a mirarlas. Vio a las dos mujeres en el hueco de la puerta, apoyadas en las jambas, con los brazos cruzados, jóvenes las dos, vigorosas, lozanas, espigadas, de formas armoniosas y piel sonrosada, como a él le gustaban. Habló nuevamente la mayor:

—Por lo menos, antes de irte, jugarás un rato con nosotras.

Y la pequeña la secundó:

—A eso no te puedes negar.

—Una partidita puedo —consintió Goyo—. Pero solo una.

—No estamos hablando de la brisca. —A Elvira, traviesa, se le escapó un gorgorito—. ¡Ni del burro!

—¡No me hagáis esto! —exclamó él con un gesto de súplica algo teatral.

Unos minutos después estaban en el dormitorio de Magdalena jugando a lo que desde niñas llamaban «las faraonas». Era un juego inventado por ellas en el que una hermana hacía de reina de Egipto y la otra, de esclava. Corrían visillos y cortinas, encendían unas cuantas velas, se vestían con sedas, velos, transparencias, se adornaban con plumas, pendientes, abalorios, y la que hacía de esclava estaba obligada a obedecer en todo a la otra. Esa tarde hacía de faraona la mayor, que, tendida en la cama al lado de Goyo, sostenía en alto un racimo de uvas y ordenaba con displicencia:

—¡Esclava! ¡Quítale la camisa al legionario romano! ¡Y dale un masaje en el cuello y los hombros! ¡Luego frótale el pecho con una esponja para refrescarlo!

La hermana pequeña obedecía con mansedumbre y Goyo se dejaba hacer. Magdalena no paraba de dar órdenes.

—¡Ahora canta, esclava! ¡Canta esa canción babilonia que tanto nos gusta al legionario y a mí!

Y Elvira, caliente como una gata en celo y melindrosa como una niña consentida, daba unos pasos de baile, se contoneaba un poco y cantaba con vocecita de novicia:

—«¡Ay, ba…! ¡Ay, ba…! Ay, babilonio que marea… ¡Ay, ba…! ¡Ay, ba…! Ay, vámonos pronto a Judea…»

Medio desnudo, recostado entre almohadas y cojines, mordisqueando alguna que otra uva, Goyo estaba en la gloria. A pesar de todo, aún tuvo energía para fingir un poco de firmeza y determinación:

—En cuanto termine la canción, me voy.

—Claro —dijo Magdalena, limpiándole un resto de hollejo de la comisura de los labios—. No queríamos que te fueras sin llevarte un buen recuerdo.

Y la otra, alzándose la combinación hasta exhibir el muslo entero y parte de una nalga, continuaba:

—«¡Ay, ba…! ¡Ay, ba…! ¡Ay, vámonos allá!»

Cuando llamaron a la campanilla de fuera, Alfonso había plantado el caballete al lado del estanque y trataba de atrapar con los pinceles el reflejo de la luz de otoño en las hojas de los álamos.

—¡Abre! —le ordenó su madre, asomándose al mirador.

Alfonso era el primogénito y, hasta tres meses antes, hijo único de los señores. Alicia, que estaba en la cocina pelando patatas, lo siguió con la mirada desde la galería. Era el cartero. Este, sin desmontar de la bicicleta, entregó la correspondencia a través de las rejas de la cancela. El chico rodeó la cuadrícula de setos que llamaban el Laberinto, subió los escalones de la entrada y se detuvo un instante a mirar los sobres. Alicia se asomó a la zona noble de la casa. Todas las puertas estaban abiertas. Alfonso entró primero en el despacho y luego en el salón, del que se podía salir por los dos lados. Alicia lo vio reaparecer por el más cercano, el del comedor, que daba a la escalera.

—¿Hay algo para mí? —se oyó la voz de doña Teresa desde el piso de arriba.

—¡Te lo he dejado en la cómoda, mamá! —contestó él, que luego se acercó a Alicia y susurró con aire misterioso—: Esta tarde va a ir a la modista. Puede ser un buen momento para…

—¿Para qué? —También ella hablaba en voz baja.

—Para las fotos.

—Sabes que no puede ser. Alguien tendrá que hacerse cargo del niño.

—Ha dicho mamá que se llevará a Eugenio. Todavía hay amigas suyas que no lo conocen.

—¿Y Rosaura?

—Rosaura ha quedado con ese medio novio suyo, el de la pata de palo.

Alicia hizo con la cabeza un gesto de negación, sabiendo que él lo interpretaría a su manera.

—Yo hoy estoy liada —dijo, por decir algo.

Alfonso mostró un sobre que hasta ese momento había escondido a su espalda. A ella se le iluminaron los ojos.

—¿Para mí?

—¿Quién es… Secundino Cano? —El chico leía el remite, escrito con una caligrafía esforzada e infantil—. ¿Tu novio del pueblo?

Alicia quiso coger la carta pero el otro la apartó y, protegiéndola contra el pecho, se volvió hacia la columna. Se inició un leve forcejeo. Si ella trataba de atraparla por un lado, él la esquivaba torciendo el cuerpo hacia el otro, y así todo el rato, la chica intentando sorprenderle, el chico revolviéndose con agilidad y escapando a saltitos para que ella lo siguiera. Alicia, harta, se plantó en la entrada del salón con los brazos en jarras.

—¿Me la vas a dar o no?

—Solo si me dices quién es Secundino.

—Te lo puedes imaginar.

—Quién.

—Mi padre.

El chico fingió no creérselo solo para prolongar el jueguecito, pero acabó entregándosela. Ella la agarró sin decir nada y echó a correr escaleras arriba.

—¿No me das ni las gracias?

—Muchas gracias, marquesito.

—Que no me llames así. Para ti yo soy Alfonso.

Aunque los primeros días había compartido habitación con la cocinera, no habían tardado en arreglarle un cuarto contiguo al dormitorio de los señores, para tenerla cerca cuando el pequeño Eugenio se despertara hambriento en mitad de la noche. Era un antiguo vestidor, una estancia esquinada, sombría, no muy grande, pero a Alicia le parecía la habitación más lujosa a la que jamás podría aspirar. La tulipa con flecos encajada en el rosetón del techo, el armario de nogal con motivos geométricos, los detalles florales del

empapelado, las láminas con bodegones y escenas de caza coincidían con la idea del refinamiento y la distinción que se había formado a partir de las revistas y las películas. Cerró la puerta con cautela, se sentó en el borde de la cama y, emocionada, dejó pasar unos segundos antes de abrir el sobre y sacar la foto de un niño que miraba a la cámara con expresión asustada y como si estuviera a punto de llorar.

—¡Narciso, mi Narcisito, mi flor querida, mi… maravilla! —exclamó, sin terminar de encontrar las palabras.

Era un retrato de estudio con el sello del fotógrafo en una esquina. El niño, sentado en una trona, posaba ante un decorado de bambúes y palmeras. Alicia se apretó la foto contra el pecho en el lado del corazón. Luego se la llevó a los labios y la besó diciendo:

—¡Felicidades, cariño mío, muchísimas felicidades! —Y soltó un largo suspiro.

Ese mismo día, el pequeño Narciso cumplía nueve meses. Además de la asignación que Alicia enviaba regularmente para su manutención, en la última carta había incluido una cantidad extra para que lo llevaran a Sigüenza y le hicieran una foto. Tenía previsto hacer lo mismo cada dos o tres meses para no perderse el crecimiento de su hijo, que le parecía el niño más guapo del mundo. Echaba de menos su voz, su sonrisa, su respiración, su olor, y le gustaría que la tuvieran al corriente de todos sus cambios y progresos. En la nota que acompañaba la foto, su padre se limitaba a informarla de que el niño crecía con salud, lo que era como no decir nada. Besó nuevamente el retrato y buscó un sitio donde ponerlo. Acabó encajándolo en el marco más próximo al cabecero de la cama, que era lo último que veía cuando se acostaba y lo primero cuando se despertaba.

Del otro lado de la puerta llegó la voz de Rosaura:

—¡Esas patatas siguen esperando!

Junto a la obligación de amamantar a la criatura, echar de vez en cuando una mano a la cocinera era su única tarea. Depositó un beso en las yemas de los dedos y lo envió volando hacia la foto. Rosaura insistió:

—¿Me has oído? ¡Las patatas!

—¡Voy!

Cuando terminó de pelar patatas, comió un pequeño almuerzo y permaneció un rato junto a la cuna del bebé, que dormía plácidamente. Luego se cambió el delantal de diario por uno más elegante, de batista, con encaje de puntilla, y ayudó a poner la mesa. Puso la cubertería de plata y una vajilla de porcelana decorada con dibujos de pájaros. Ese día no tenían invitados, pero a doña Teresa le gustaba mantener las formas aunque estuvieran en familia. Llegó el

señor, que era banquero y siempre andaba con prisas. A los cinco minutos estaban el matrimonio y el primogénito sentados a la mesa. Rosaura se encargaba de servir la comida y Alicia de retirar los platos sucios, mientras la madre y el hijo oían a don Alfonso divagar sobre la actualidad del régimen: qué sectores ganaban o perdían influencia dentro del gobierno, qué políticos ascendían o caían en desgracia, quiénes se habían granjeado la confianza de Carmen Polo, la esposa del Generalísimo… Señalando el reloj de pared, doña Teresa miró a Alicia e hizo un gesto que quería decir: a las tres te toca, ve preparándote. El gesto, que dibujaba una teta en el aire, resultó involuntariamente lascivo. Alfonso soltó un leve bufido para captar la atención de Alicia y le guiñó discretamente un ojo. Ella lo ignoró y dijo:

—Sí, señora.

Se puso sobre los hombros una mañanita de punto y cogió en brazos al niño, que acababa de despertarse y se observaba los dedos de las manos como si reparara por primera vez en su existencia.

—¡Vamos allá, querubín!

A esa hora solía dar el pecho en la butaca del saloncito, encajada entre almohadones, los pies en alto para facilitar la circulación. Se desabrochó los botones superiores de la bata y cubriéndose púdicamente con la mañanita se sacó un pecho. El niño, con un hilo de baba colgándole del labio, se lanzó sobre el pezón en cuanto lo tuvo a su alcance.

—Glotón, que eres un glotón… —susurró Alicia tras soltar una breve serie de arrullos.

Entretanto, doña Teresa había acercado una silla y los contemplaba con devoción y envidia. ¡Qué más quisiera ella que disfrutar de ese grado de intimidad física con su hijo! Celebraba con regocijo los pequeños eructos y las toses, los amagos de atragantamiento, las pausas para tomar aire. Cuando lo veía apartar la cabeza, lo cogía con determinación, se lo apoyaba en un hombro y le daba palmaditas para que expulsara los gases: era su modo de participar en la lactancia. Si pasado un rato lloriqueaba un poco, se lo devolvía a Alicia para que siguiera mamando. Si por el contrario se mostraba tranquilo, lo paseaba en brazos por la casa y le enseñaba los retratos del salón al tiempo que le decía con voz cantarina: este señor era tu abueeelo; este, tu bisabueeelo… La chica, todavía con la mañanita puesta, volvía a poner la teta en su sitio y se abotonaba la bata.

—Si la señora no manda otra cosa…

—Yo me encargo de vestir al niño.

De camino a la habitación, Alicia se detuvo en la despensa, manoseó las frutas del cajón y se comió una manzana a dentelladas. Rosaura, que estaba calentando agua para la colada, la vio meterse una mandarina en el bolsillo del delantal.

—¿Pero es que tú siempre tienes hambre? —le reprochó.

—¡No es por mí! ¡Si fuera por mí…!

Era una manera de desviar las responsabilidades hacia la señora, que la animaba a seguir comiendo incluso cuando ya no tenía apetito. Sin duda, doña Teresa, macilenta, ojerosa, algo amarilla, asociaba el aspecto robusto y saludable del ama de cría con la mejor calidad de su leche. El vapor del agua había inundado la cocina y empezado a empañar los cristales. Alicia limpió con la mano el vaho de la alacena y miró su reflejo.

—No me reconozco.

En el poco tiempo que llevaba en esa casa, había engordado varios kilos. Sus caderas, sus nalgas y su pecho habían adoptado unos volúmenes y unas formas que todavía le causaban sorpresa, como si el cuerpo que veía en los espejos no fuera el suyo sino el de otra mujer.

—Eso me pasa por llevar esta vida tan… principesca —dijo.

La cocinera soltó una risotada, mostrando una dentadura oscura e irregular.

—¿Principesca?

La propia palabra, que tantas veces había encontrado Alicia en los reportajes de las revistas, cobraba por fin algún sentido en la realidad. Sí, muy bien podía decirse que llevaba una vida principesca en una casa principesca. Tenía poco que hacer, no le faltaba de nada y todos los meses ahorraba para enviar algo de dinero al pueblo.

—Principesca —asintió y, guardándose un par de mandarinas más, añadió—: Bueno, me voy a echar una siesta.

La despertaron unos golpecitos en la puerta. Eran unos golpecitos dados con la punta de las uñas, el tamborileo de alguien que no pide permiso para entrar sino que transmite un mensaje en clave o una señal convenida. Para cuando Alicia reaccionó, Alfonso estaba ya dentro de la habitación.

—Se han ido todos —anunció, sonriente, y sin darle tiempo a contestar avanzó hacia el cabecero y señaló la foto de Narciso encajada en el marco—. Es él, tu sobrinito, ¿no? ¿Cómo se llama?

Alicia no pudo evitar imaginarse al adolescente entrando en el cuarto cuando ella no estaba e inspeccionándolo todo: su ropa, sus fotografías, sus modestas piezas de bisutería. Al mismo tiempo, trataba de determinar si en su manera de pronunciar la palabra sobrinito había algún retintín. ¿Qué sabía de ella? ¿Qué le habían contado o

había oído decir en casa?

—Se llama Narciso —dijo, poniéndose de pie—. ¿A que es una preciosidad? Es el hijo de mi hermana mayor. Pero lo quiero tanto que es como si fuera mi propio hijo.

Estudió el semblante de Alfonso en busca de alguna reacción, pero él, sin prestarle atención, se acercó a la ventana. Era ahí, en el antepecho, donde Alicia guardaba sus revistas favoritas: *Cine-Novela* , con biografías de estrellas de cine, y *Primer Plano* , con largas entrevistas y fotos en color. El chico cogió un ejemplar y observó la cubierta torciendo el gesto.

—Betty Grable —dijo ella—. ¿De verdad no sabes quién es? Salía en *La alegre divorciada* . ¡Sí, hombre! ¡Aquel musical tan bueno con Fred Astaire y Ginger Rogers! Ahora ha hecho una que se llama *Se necesitan maridos* . ¡Tengo unas ganas de verla!

—Eres extraña. No eres la típica chica de pueblo. Normalmente, las chicas como tú no…

—¿… No se interesan por nada, no leen revistas, ni siquiera saben leer?

—Normalmente, las chicas como tú no saben nada de nada. ¡Me fascina que conozcas los nombres de todos los actores y las actrices!

Alicia no quería que supiera que había trabajado en la taquilla de un cine porque le parecía que eso le restaba encanto.

—Pues ya ves —dijo, pestañeando con coquetería—. ¡Y eso solo para empezar!

La joven, que se había acercado también a la ventana, notó movimiento al otro lado del laberinto de setos. Era Rosaura, que acudía a su cita. Alicia protestó:

—¿Pero no me has dicho que se habían ido todos?

Vieron a la cocinera abrir la cancela, saludar castamente al novio, que caminaba con muletas, y alejarse los dos en dirección a la carretera.

—Ahora sí que se han ido —anunció Alfonso.

—¡Me has mentido!

—Solo me he adelantado a los acontecimientos.

—¡Será insolente el marquesito!

Cogió un cojín y se lo lanzó. El chico lo atrapó al vuelo, lo devolvió a la cama y dijo:

—Vamos. Tengo la cámara preparada. —Ella exageró la mueca de estupefacción y él añadió—: Unas veces porque hay gente en la casa, otras porque tienes que hacerte cargo de Eugenio… Hoy no tienes ninguna excusa.

—¿Pero cuántas veces tengo que decirte que no?

—Lo que me dijiste es que no te importaría posar desnuda.

Alicia, fingiendo escandalizarse, puntualizó:

—Para un pintor, dije. Para un artista como Velázquez. O como Goya. No para una cámara de fotos.

—¿Qué diferencia hay? Tú te pones ahí y yo…

—Una cosa es el arte y otra, hacer cochinadas.

—Algún día te haré un retrato. ¡Un retrato mejor que *La maja desnuda* ! ¡Seguro que acabará en un museo! ¿No te gustaría estar en la pared de un museo y que todo el mundo se parara a admirarte? Pero hoy no nos va a dar tiempo. —Y, como vio que la otra empezaba a ceder, insistió—: Tú y yo tenemos muchas cosas en común. Somos especiales, somos creativos, sensibles, el arte nos eleva el espíritu, buscamos la inspiración, el genio… ¿Quién dice que la fotografía no es arte, creatividad? ¡Solo un palurdo se atrevería a sostener algo así!

La Voigtländer de su padre se guardaba en el armario del hueco de la escalera. Mientras él iba a buscarla, ella husmeó un poco por la casa, como asegurándose de que realmente estaban solos. Apareció el chico con un bolso de piel, del que sacó la cámara. Era una de esas cámaras de fuelle que triplicaban su tamaño cuando se liberaban de la funda. Alicia le vio colgarse la cámara del cuello, accionar la pestaña de apertura y encajar las guías en sus topes. Luego manipuló la ruedecilla dentada del objetivo. Debajo de este había tres palabras escritas en rojo (LANDSCAPES — GROUPS — PORTRAITS) y una manecilla en forma de flecha que Alfonso movía de un lado a otro mientras decía:

—Lo ponemos aquí, en PORTRAITS , retratos…

Alicia, que observaba el artilugio con desconfianza, hizo un último intento por resistirse:

—Pero artística, ¿eh? Hemos dicho que una fotografía artística.

—¡Si el retrato es lo más artístico que hay! ¡Donde esté un buen retrato…!

—Y de espaldas. Sin que se me vea la cara. No quiero que luego…

—De espaldas, de espaldas.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Salieron al jardín. Pasado el estanque, a salvo de miradas indiscretas, había un camino que bordeaba la alameda. La parte más alejada de ese camino avanzaba en paralelo a un murete que, llegado a un punto, se interrumpía de golpe, como si su constructor se lo hubiera pensado mejor y hubiera optado por dejar la obra a medias. En el extremo de ese murete había un pedestal de base hexagonal. Los desconchados de la escayola le proporcionaban cierta prestancia. Se diría que alguna vez había sostenido la estatua de un almirante o un

general.

—Aquí —dijo Alfonso—. ¡Y mira qué hojas tan bonitas! Como las de Adán y Eva en los cuadros antiguos.

Se refería a las hojas de los álamos que el viento había dispersado.

—Las fotos, solo de espaldas. —Alicia puso morritos—. Me lo has jurado.

—Solo de espaldas.

El visor de la cámara estaba en la parte superior, de forma que había que inclinar la frente e hincar la barbilla en el pecho para ver a la modelo, cuya imagen aparecía cabeza abajo, invertida. Alfonso dio unos pasitos a derecha e izquierda hasta encontrar el encuadre ideal. Luego movió la cabeza dando a entender que estaba todo listo y solo faltaba ella: puedes ir desvistiéndote. Alicia hizo todavía algún remilgo antes de desabrocharse el primer botón.

—Ahora no mires. —En su voz se mezclaban el azoramiento y la excitación—. ¿Me has oído? No quiero que me mires.

—Pero si te voy a ver igual.

—Pues mírame, pero a través de la cámara.

Él, obediente, se inclinó hacia el visor. Ella, dándole la espalda, terminó de desabotonarse la bata, la plegó y la dejó sobre el pedestal. Luego se descalzó sin necesidad de agacharse. Ahora solo llevaba puesta la ropa interior: un sujetador alto y picudo y una braga gigantesca que le llegaba al ombligo. Cuando terminó de desnudarse, hizo un montoncito con la ropa y los zapatos y lo sostuvo en el aire como diciendo: ¿qué hago con esto?

—Dame —dijo Alfonso, y lo depositó todo sobre el bolso de piel.

—¿Tengo marcas? —dijo ella, refiriéndose a la huella rojiza del sostén.

—Estás resplandeciente. Eres Venus, eres Afrodita…

La suya era una belleza robusta, curvilínea, de muslos apretados y ancas generosas que contrastaban con la relativa delgadez de su cintura. El peso que había ganado desde que vivía en la casa se había distribuido de forma armoniosa, añadiendo volumen a su cuerpo juvenil sin alterar las proporciones. La redondez de sus nalgas, enormes, algo caedizas, evocaba una idea de plenitud y no de gordura. Solo unos pliegues carnosos en mitad de la espalda anunciaban un riesgo cierto de obesidad futura.

—Eres la diosa del amor, la diosa de la belleza…

Siempre de espaldas, Alicia se encogió sobre sí misma como si tuviera frío. El chico, imperioso, no paraba de dar instrucciones.

—Así no, que parece que estás escondiéndote. Erguida. ¡Erguida!

—Cada pocos segundos se oía el clic-clic del disparador—. ¿Cuándo se ha visto a una diosa avergonzándose de sí misma? Sube los hombros, estira el cuello, alza el mentón, ponte de puntillas como si quisieras alcanzar el cielo…

—¿Así? —preguntaba ella con timidez.

—Así. Ahora saca la cadera y tuerce un poco el torso…

—¿Así?

—Más, un poco más. Apoya un codo voluptuosamente, inclina la cabeza… Y vuelve la cara hacia mí.

—La cara no. Ya lo sabes.

—¿Pero por qué? Solo un momento. Un segundo. Ni siquiera eso: ¡medio segundo! —decía el otro, enardecido, cachondo—. ¡Lo que estamos haciendo es arte!

—Te he dicho que no y es que no. Solo de espaldas. Y yo creo que ya está. ¿No has tenido bastante? Te dejo que hagas una fotografía más… Bueno, dos. ¿Cuántas has hecho? Un montón, seguro.

A partir de cierto momento, ya solo habló ella. Una polución espontánea, además de mancharle el pantalón, había fulminado las ambiciones artísticas del chico, que de repente no tenía ni ganas de hacer fotos.

—¿Me vas a contestar o no? ¿Por qué no dices nada? Dime algo, Alfonso. Este silencio no me gusta nada. —Forzó una sonrisa taimada —. Ya lo entiendo. Es un truco, ¿verdad? Un truco para que me vuelva y entonces… ¡fotografía al canto! Pues no. No me voy a dejar fotografiar por delante. De espaldas, ya lo sabes: todas las fotos que quieras. Pero por delante, ¡nanay! Si te crees que con estos trucos lo vas a conseguir, estás muy equivocado.

Ahora Alfonso sentía una mezcla de cansancio, vergüenza e irritación. ¿Por qué aquella chica se negaba a cumplir sus órdenes? ¿Quién se creía que era? Sin hacer ruido, agarró el montoncito de ropa y el bolso de la cámara y se alejó de allí. Ella, que ahora se cubría con las manos el pecho y el pubis, seguía con su soliloquio. Ya no se tomaba la libertad de llamarle marquesito y su voz sonaba cada vez más suplicante.

—Alfonso, por favor, habla… Dime algo. Estoy empezando a ponerme nerviosa. Si es una broma, ya ha durado demasiado, ¿no crees? ¿Sabes qué te digo? Que no pienso volverme. Conozco muy bien tus trucos. Porque es un truco, ¿verdad? Alfonso, por caridad, dime algo, no me tengas así…

Cuando por fin se decidió a lanzar una mirada de soslayo y descubrió su soledad, se sintió débil, ridícula, despreciada. ¿Qué hacía ella allí, en ese camino, entre esos árboles, desnuda como solo se está

desnuda en los malos sueños? Buscó su ropa, que no se veía por ningún lado. El caballete, solitario, seguía junto al estanque. Sin pensárselo un segundo echó a correr hacia la casa. Los guijarros del camino se le clavaban en las plantas de los pies y la hacían sangrar. Pero no le preocupaba. Lo importante era encontrar refugio en el interior del edificio. Trató de entrar por la puerta de atrás, que casi siempre dejaban abierta, y se la encontró cerrada.

—No, por favor, esto sí que no… —gimoteó.

Rodeó el edificio pegándose a las sombras de la pared, porque esa parte de la finca era visible desde el exterior. Llegó a la puerta delantera. También cerrada: cerrada por dentro. Ya no había dudas. Se tapó la cara con las manos y lloró desconsoladamente. Luego, sucia de mocos y de lágrimas, se acercó a una ventana y trató de escrutar el interior.

—¡Abre, Alfonso, te lo ruego…! ¡Como broma ya ha estado bien…! —Con la llantina, las palabras se le atascaban en la garganta —. ¡Abre, por lo que más quieras! ¿No te das cuenta de que me pueden ver?

El chico, acurrucado junto al armario de la escalera, oculto detrás de la columna, estaba fuera del alcance de su mirada. Con los ojos cerrados y una media sonrisa en los labios, se limitaba a escuchar. En el jardín, el cuerpo de Alicia parecía más blanco que nunca a la luz de la tarde.

Cristina esperaba en la esquina de Bárbara de Braganza. Apareció Gloria con expresión de apuro.

—No tengo mucho tiempo. Y no me gusta mentir. He tenido que decir que me había olvidado unos papeles en el juzgado —dijo, lanzando vistazos a su espalda como si se sintiera vigilada—. Espera un segundo.

Entró en el portal y reapareció con una cesta de mimbre. Exageró el gesto de levantar un objeto pesado.

—Le he dicho al portero que me la guardara.

La agarraron cada una de un asa y Cristina dijo:

—¿Vamos?

Caminaron hasta Calvo Sotelo y cogieron el metro en Cibeles. Desde allí eran cinco estaciones hasta Ventas. Una parada antes, Cristina, que llevaba un rato sin abrir la boca, dijo:

—Bajamos en Manuel Becerra.

—La siguiente nos deja más cerca.

—No quiero pasar junto al cementerio.

—Tu hermano —susurró Gloria, comprendiendo.

—Me acuerdo de Bernabé y me dan ganas de echarme a llorar.

Construida durante la República, la cárcel de mujeres, de módulos geométricos y techos planos, parecía hecha con las piezas cúbicas de un enorme rompecabezas. No tenía torres de vigilancia ni estructura panóptica, y sus paredes, blancas con unas franjas grisáceas a la altura de las ventanas, eran más propias de un hospital que de una prisión. Solo el alto muro escalonado indicaba la naturaleza del conjunto. La entrada estaba situada en un pabellón independiente que daba a Marqués de Mondéjar. Hicieron unos minutos de cola, anotaron sus nombres en el libro de visitas y se sometieron al registro reglamentario. Luego se sumaron a un grupito de personas que esperaba junto a una funcionaria y una monja. La claridad del exterior se difuminaba en los visillos de las ventanas y formaba charcos de luz en el ajedrezado del suelo. Echaron todos a andar hacia la pequeña estancia enrejada que comunicaba los dos edificios. Gloria no se despegaba de su amiga, que llevaba la cesta apoyada en la cadera como las floristas de la calle de Alcalá y se movía con soltura por aquellos pasillos. Saltaba a la vista que no era la primera vez que estaba en ese sitio. Llegaron a un antiguo taller reconvertido en salón de actos. Allí, en fechas señaladas, tenían lugar pequeñas representaciones teatrales, entregas de ropa y juguetes, sesiones de catequesis y preparación para los sacramentos, conferencias de damas de la Sección Femenina. En horarios de visita se usaba también como locutorio.

—¿Ahora qué? —preguntó Gloria.

Sonó un silbato, se abrió una puerta y se produjo una pequeña avalancha de presas que, entre resbalones, empujones y codazos, se apresuraban a coger sitio en los bancos. Muchas de las presas llevaban niños en brazos, y siempre había alguno que rompía a llorar desaforadamente. Sus berridos rebotaban en el alto techo haciendo eco. Las guardianas contribuían al alboroto general haciendo sonar sus silbatos y exigiendo silencio a gritos. Desde la puerta delantera vieron llegar a Rosalía, la mayor de las hermanas Linares, que miraba a uno y otro lado con expresión aturdida.

—Es ella, ¿verdad? —dijo Gloria—. Está muy desmejorada.

—Te espero aquí.

Pero su amiga no se decidía a moverse.

—¿Por qué no vas tú? Hoy no me siento con fuerzas. Te juro que la próxima vez…

—Tienes que hacerlo. —Cristina, inflexible, le tendió la cesta—. Es tu deber. Todos, en un momento u otro, tenemos el deber de dar

consuelo.

—Es que me siento un poco… culpable.

—¿Y yo no? Eloy ni siquiera era tu novio y, que yo sepa, sigue siendo mi hermano, así que a ver cuál de las dos debería sentirse más culpable. Estamos aquí precisamente por eso: porque nos sentimos culpables.

Rosalía, sentada en el extremo de un banco, miraba a su alrededor con leve aprensión. Cuando vio acercarse a su antigua alumna, hizo un esfuerzo por sonreír.

—¡Qué alegría me he llevado cuando me han dicho que habías preguntado por mí!

—No sabía qué había sido de vosotras. Solo sé que fui a la academia y me la encontré cerrada.

—Pues ya ves, hija. Nos detuvieron, nos juzgaron, nos condenaron. Y aquí estamos. —Le hizo un sitio en el banco—. Siéntate.

—Mi prometido es procurador de los tribunales. Quizá todavía se pueda hacer algo.

—Me temo que esto ya no lo cambia nadie.

Se llevó las manos a los oídos como si no pudiera aguantar el barullo. Gloria preguntó por Conchita. Rosalía sacudió la cabeza con pesar.

—Discúlpala, no quiere ver a nadie. Dice que sí, pero aún no me ha perdonado. ¿Cómo pude ser tan tonta, por Dios? Tenía que haber dicho lo evidente: que en mi casa no había sitio para esos chismes. ¿Pero quién habría podido imaginar que iban a venir unos policías a hacer un registro y que iban a buscar ahí dentro, entre el carbón?

La chica metió la mano en la cesta y sacó un libro de tapas grisáceas. Era *Gone with the Wind* , de Margaret Mitchell, que las hermanas Linares le habían prestado semanas antes de ser detenidas.

—Te lo devuelvo. ¿A que ya no te acordabas? Y me he tomado la libertad…

Sacó unos cuantos libros más: un librito de viajes por España de Emilia Pardo Bazán, una novela marinera de Pío Baroja (para no llamar la atención de los funcionarios la había forrado con papel de estraza), los dos volúmenes encuadernados en tela azul de *La montaña mágica* .

—Thomas Mann —leyó Rosalía—. Dicen que es muy bueno pero no sé qué decirte. Los escritores alemanes tienen fama de aburridos.

Cuando la cesta se quedó vacía, Gloria se la puso sobre las rodillas.

—No hace falta que me los devuelvas. Son de la biblioteca de mi

padre, pero él ya no lee estas cosas. ¡Desde hace un año no hay quien lo saque de sus lecturas sobre Dios, Jesucristo, los Evangelios!

Rosalía apoyó una mano sobre la pequeña pila de libros e hizo un gesto de gratitud.

—¿Qué tal Eloy?

—No sé nada de él. Solo sé que consiguió escapar.

En los labios de Rosalía se dibujó una sonrisa burlona.

—¡Qué enamorados estabais! Daba gusto veros, lanzándoos miradas y sonrisas, cogiéndoos de la manita cuando creíais que nadie os veía… Hacíais tan buena pareja…

La joven, sonrojándose, negó con la cabeza, pero a Rosalía no había manera de pararla:

—Sí, ya sé que estás comprometida y que te vas a casar. ¿Y qué? Ahora estás enamorada de otro, pero eso no quiere decir que no lo estuvieras antes, ¿no? El primer amor es para siempre. El primer amor nunca se olvida, así que no te esfuerces por borrarlo porque no lo vas a conseguir…

Gloria, que no ocultaba su incomodidad, logró interrumpirla:

—No había vuelto a pensar en Eloy hasta que supe que se había escapado. Y tampoco te creas que después he pensado mucho en él. —La otra hizo una mueca de incredulidad—. Te lo digo en serio. Créeme. A ti te parece que todas las personas somos iguales y nos comportamos del mismo modo. Y a lo mejor resulta que no. Que unas son de una manera y otras de otra.

—El primer amor es el único irrepetible. Podrás olvidar los amores que vengan después, pero no ese. De él solo se olvidan las cosas malas: las riñas, las escenas de celos, los malentendidos. Y al final te das cuenta de que te has quedado solo con lo bueno: amor, belleza, ternura, felicidad… ¿Entiendes ahora por qué te digo que, hagas lo que hagas, nunca podrás borrarlo de tu vida? Porque en realidad no deseas borrarlo. Porque a nadie se le ocurriría renunciar a lo más hermoso que tiene en su interior. Porque todo el mundo haría lo que hiciera falta con tal de conservarlo. Conservarlo para siempre…

De repente, en la voz de aquella solterona triste y avejentada ya no había escepticismo sino melancolía. Gloria comprendió que Rosalía estaba hablando de sí misma y que lo estaba haciendo de la única manera que podía hacerlo: hurtándose sus propios sentimientos y proyectándolos sobre los demás. Le habría gustado conocer a la persona cuyo recuerdo seguía aportando algo de belleza, ternura y felicidad a sus días. Sin algo así a lo que agarrarse, tal vez habría sido incapaz de soportar su situación.

—Conservarlo para siempre —repitió Rosalía, que dejó pasar unos

segundos e hizo un vaticinio—: El día que Eloy y tú os volváis a encontrar, entenderás de golpe todo lo que te estoy diciendo.

Gloria adoptó un tono risueño y ligero para decir:

—Entonces me temo que nunca lo entenderé. Es imposible que él y yo nos volvamos a encontrar. Imposible.

Tras abandonar la pensión de doña Clarita, había pasado por una buhardilla cercana a la Puerta del Sol, una casa de huéspedes en Carabanchel Bajo y un hotelito en Alcalá de Henares. En ninguno de esos sitios, por precaución, había permanecido más de un mes. Desde hacía unos días vivía en la zona de La Latina, en la vivienda de una pareja de asturianos silenciosos que hablaban entre ellos en murmullos y se pasaban el día en la cocina. Al ver que casi no usaban el comedor, se había apropiado de él instalando sus catálogos, su máquina de escribir y su cenicero rebosante de colillas. Desde la ventana de esa estancia convertida en su oficina se veía una parte del Viaducto asomando entre los tejados rojos y los oscuros campanarios. Ahora Quiñones acababa de meter papel en la máquina y se disponía a pasar a limpio el borrador que había redactado. Era una carta dirigida al Buró Político del exterior. En ella, después de informar de la detención de los camaradas Lobo e Irma, criticaba a quienes en México o en Moscú hubieran tomado la decisión de enviarlos:

> Primero la cogieron a ella, que se hartó de decir nombres, y como consecuencia le detuvieron a él, que es de la misma calidad que su compañera de fatigas y cantó también como una cotorra. Por culpa de esos dos ha habido detenciones en Vigo, Barcelona, Alicante, Hellín y Sevilla, es decir, en todos los lugares por los que pasaron antes de llegar a Madrid, y mucho me temo que también aquí acabaremos acusando el golpe.
>
> Francamente, no entendemos cómo pudisteis enviarnos semejante basura. Si el dinero que os habéis gastado en ellos hubiera llegado a nuestras manos, sería de provecho no solo para el Partido sino especialmente para la lucha del pueblo español en contra de la dictadura que padecemos.

Dejó de teclear, aguzó el oído y se volvió hacia el pasillo. Pero allí no había nadie. Sus caseros debían de estar, como siempre, en la cocina. ¿Por qué entonces esa sensación de estar siendo espiado? Buscó entre sus catálogos, albaranes y libros de contabilidad: no había entre esos papeles nada que pudiera comprometerlo. Luego fue a su habitación, sacó las maletas de debajo de la cama y comprobó que todo estaba en orden. Era allí donde escondía los boletines internos, encuadernados como si fueran folletos sobre técnicas contables o

legislación mercantil. De vuelta al comedor se paró un instante a escuchar ante la puerta de la cocina. Sabía que el matrimonio asturiano estaba allí, pero era como si no, tan silenciosos eran. Se sentó de nuevo ante la máquina de escribir y volvió a teclear:

> El camarada que seleccionó a Irma y a Lobo para venir a España, sea quien sea, tendrá que responder ante el Partido. No volváis a enviarnos a individuos sueltos e irresponsables. De ahora en adelante, la relación entre la dirección exterior y la interior se hará por correspondencia y de la misma manera que nosotros, en sobre cerrado.

Esa tarde, el punto de encuentro lo tenía muy cerca, en la plaza de Oriente. Se acercó primero a la estación de Ópera a comprar cigarrillos y luego caminó despacio por el paseo de las estatuas. No había mucha gente en la plaza, y la poca que había se arracimaba junto a la fachada del Palacio Real. Allí un vendedor de barquillos anunciaba su producto haciendo girar la ruleta de la barquillera y unos niños esperaban para montar en un carro adornado con banderolas que daba vueltas en torno al monumento de Felipe IV. Quiñones se agachó a limpiarse el polvo de los zapatos. Mientras sacudía el pañuelo en el aire, apareció Teodoro entre unos árboles. Llevaba la misma chaqueta de paño que las veces anteriores. Caminó cada uno por su lado y no se juntaron hasta la esquina de Bailén, donde Quiñones sacó los cigarrillos Benson que acababa de comprar. El vasco observó el paquete, blanco, elegante, con un ribete rojo y el escudo británico.

—¿Ingleses? —dijo, cogiendo un pitillo.

—Contrabando.

—Gibraltar, supongo.

—O Portugal, quién sabe.

Se detuvieron ante la parroquia de la Almudena, que estaba a medio construir, con una nave terminada y las otras no, pilastras que no sustentaban nada, torres desmochadas. No se veía a nadie por allí. Quiñones apuró su cigarrillo y le entregó la carta. Teodoro empezó a leerla pero, alarmado, no pasó de los primeros párrafos.

—¿Estás loco? —Le devolvió la carta—. ¿Sabes lo que van a hacer cuando la lean?

—¿Romperla? ¿Tirarla a la papelera?

El otro soltó un bufido que quería decir: esto es muy serio, te estás jugando el pellejo.

—Ya va siendo hora de que alguien les abra los ojos —dijo Quiñones—. Ninguno de ellos tiene el menor contacto con la realidad

del interior. Las pocas publicaciones que nos mandan son sencillamente ilegibles. La propaganda hay que montarla desde dentro. Pero para eso nos hacen falta medios: máquinas de escribir, multicopistas, clichés… Y, ¿por qué no?, una emisora para interrumpir las emisiones franquistas y dirigirnos por radio al pueblo español. Son tantas las cosas que necesitamos…, ¿y qué me envían? ¡A una pareja de inútiles que han caído a las primeras de cambio y nos han puesto a todos en peligro!

—Si crees que criticando al Partido vas a conseguir que te manden lo que pides…

—«El Partido nunca se equivoca —Quiñones ahuecó la voz—, el Partido siempre tiene razón.»

Teodoro replicó con aspereza:

—¿Por qué piensas que sigo creyendo en lo que hago? ¿Porque estamos cada vez más cerca de ver el triunfo de la revolución? ¿Porque ya falta menos para la emancipación de la humanidad? No, Heriberto, no soy tan ingenuo. Sigo creyendo porque no estoy solo. Porque sé que hay muchos como yo que también creen. Que dependen de mí como yo dependo de ellos. Que nunca me dejarán en la estacada. Eso, Heriberto, se llama disciplina. Dis-ci-pli-na. Para un comunista la disciplina es muy importante. Sin ella no somos nada. Ahora bien, si lo que quieres es hacer la guerra por tu cuenta…

—Sabes que no es eso —dijo el otro, conciliador—. Mi intención no es criticar al Partido, ni siquiera a los dirigentes. Mi intención es proporcionarles información correcta para que tomen las decisiones adecuadas.

Siguieron andando, ahora en silencio. Quiñones tendió la carta a Teodoro, que tardó en cogerla, y dijo a modo de despedida:

—Tú encárgate de hacérsela llegar.

Lo dijo con firmeza, pero no pudo reprimir un gesto de inquietud cuando el otro se dio la vuelta. Regresó a la vivienda. Subió las escaleras, abrió la puerta. Desde la entrada, cuando aún no había llegado a cerrar, vio a los propietarios esperándolo en el comedor. ¿La pareja de asturianos en el comedor que él había convertido en despacho? Por un instante pensó que tenían algo importante que decirle, pero enseguida adivinó la verdad: con su presencia allí le estaban avisando de un grave peligro. Se dio la vuelta y se encaminó rápida y sigilosamente hacia las escaleras. Demasiado tarde.

—¡Alto, policía!

En menos de un segundo, sin tiempo siquiera para verles las caras, varios hombres se echaron sobre él, lo tumbaron en el rellano y lo inmovilizaron clavándole las rodillas en la espalda y esposándole

las manos a la altura de los riñones. Sintió un dolor intenso en la caja torácica, que parecía a punto de reventar. La sangre le nublaba la vista, porque con el golpe se había roto una ceja, y en los labios tenía un sabor ácido, como a barniz o pintura. Los policías, alterados, hablaban a gritos: ¡quieto ahí!, ¡no te muevas o te abraso!, ¡no se te ocurra moverte!, ¡mirad a ver si lleva armas!, ¡que todos los vecinos se queden en sus casas!, ¿está claro?, ¡que no salga ningún vecino…! Desde el suelo, forzando el cuello, Quiñones logró ver al que parecía estar al frente de la operación. Era un hombre todavía joven, menudo, de rasgos finos y rostro lampiño. Era Valentín, que se agachó a su lado y le habló en un tono jovial, casi afectuoso:

—Heriberto, Heriberto, no sabes cuántas ganas tenía de conocerte…

El simposio se celebraba en el Instituto Rockefeller, uno de los edificios de la antigua Junta para Ampliación de Estudios que ahora pertenecían al CSIC. Basilio había pasado algunas veces por delante pero, seguramente porque albergaba disciplinas muy alejadas de la suya, nunca había llegado a entrar. Era una construcción austera, de tres alturas y líneas sencillas, con ventanas en arco y altas columnas que partían en dos la fachada de ladrillo visto. Subió la media docena de escalones del pórtico y se detuvo ante el letrero que anunciaba el PRIMER CONGRESO DE MODERNA CIENCIA HISTÓRICA , organizado por el Instituto Jerónimo Zurita. Cruzó el vestíbulo, se asomó al amplio pasillo y, dejándose llevar por la intuición, encontró la sala de conferencias, que estaba en el ala izquierda. El ordenanza que custodiaba la entrada le saludó ceremoniosamente con la cabeza.

—Buenas tardes tenga usted —contestó él.

La sesión inaugural ya había empezado. Entre los miembros de la mesa presidencial reconoció a varios estudiosos a los que el nuevo régimen había aupado a las más altas dignidades: el omnipresente marqués de Lozoya, el achacoso Elías Tormo, el ufano Jesús Pabón, que acababa de ganar la cátedra de Madrid. Mientras Basilio bajaba por el pasillo y buscaba un asiento libre, el rector de la universidad, Pío Zabala, tomó la palabra para dedicar un emocionado homenaje a Zacarías García Villada y Román Riaza, historiadores vilmente asesinados en Paracuellos de Jarama, víctimas del terror marxista. Luego habló de la voluntad de la nueva España de renovar su tradición historiográfica:

—A tal fin hay que imponer las ideas esenciales que han inspirado nuestro Glorioso Movimiento, en las que se conjugan las lecciones más

puras de la tradición universal y católica con las exigencias de la modernidad…

Basilio, que apenas si prestaba atención, se entretenía buscando rostros conocidos entre los asistentes. Muchos de los que estaban allí habían sido amigos, colegas, colaboradores, alumnos suyos. Algunos habían testificado ante la Comisión Depuradora que había visto su caso. Los testimonios más hostiles no habían sido de apostólicos furibundos o falangistas de primera hora, que al fin y al cabo eran minoría, sino de colegas que en el pasado habían compartido con él posiciones políticas moderadas y que, por miedo o interés, habían abrazado con ardor la causa de los vencedores. ¡Qué enojoso debía de resultar tener cerca a alguien que hubiera sido testigo de su transformación! Vio Basilio a Sánchez Nieto, León Sánchez Nieto, Leoncito, uno de sus discípulos predilectos, al que le había dirigido la tesis sobre los orígenes del Tribunal Contencioso-Administrativo y que le acusaba de «zaherir todo lo que tiene de grande, magnífico y original la historia de España». Vio a Castillejo, Ramiro Castillejo, amigo desde el primer año de carrera, uno de los escasos invitados a su boda, padrino de su hija Gloria, el bueno de Ramiro, que sin embargo lo había calificado de «representante clásico de la mentalidad liberal del pasado siglo, heredero de las interpretaciones darwinistas de la Historia». Vio también a Rubio Aranaz, al que había recomendado para una plaza de auxiliar en Zaragoza, el modesto y servicial Rubio Aranaz, que ningunas Navidades olvidaba enviarle guirlaches de su pueblo y cuyo testimonio podría reproducir sin errar una sílaba: «Sería dañoso para los intereses de la Patria y el prestigio de la Universidad mantener en el claustro a personas de tan peligrosas aquiescencias, cuando precisamente lo que requiere nuestro Glorioso Movimiento es firmeza de criterio y valor cívico para no apostatar en ningún caso». ¿Peligrosas aquiescencias? ¿Ese era el nombre que ahora daba a su entrega, su comprensión, su paciencia, su sacrificio, su dedicación, su buena disposición?

Cada vez que Basilio se incorporaba o se removía en la butaca, la madera lo delataba con un leve crujido. Su presencia no tardó en ser detectada. Hubo cuchicheos, murmullos, ojeadas más o menos indiscretas, personas a su lado que se levantaban y cambiaban de sitio. El revuelo, aunque ligero, acabó siendo percibido en la mesa presidencial y hasta provocó una breve distracción del orador:

—Nuestros objetivos, como quedó claramente establecido en el decreto fundacional de esta institución… —Aquí Zabala se detuvo, torció la cabeza para mirar por encima de las gafas y localizar a Basilio. Tras una pausa, siguió leyendo—: Nuestros objetivos, decía,

consisten en poner la producción científica al servicio de los intereses espirituales y materiales de la Patria o, lo que es lo mismo, al servicio del espíritu del 18 de julio…

Entre la sesión inaugural y las primeras ponencias estaba previsto un receso. En un lado del pasillo habían colocado una larga mesa con café, infusiones, bandejas de pastas. Basilio dejó que todos fueran saliendo y, cuando se acercó a la mesa a servirse un vaso de agua, observó las elaboradas estrategias que desarrollaban unos y otros para esquivarlo y darle la espalda: miradas hacia ningún sitio, giros a destiempo, recorridos innecesarios, rotaciones insólitas, rectificaciones. Todos allí eran conscientes de su presencia, y todos fingían no haberla advertido. Desde un extremo de la mesa observó fijamente a León Sánchez Nieto, Leoncito, a la espera de que sus miradas se cruzaran en algún instante, pero esto no llegó a ocurrir. Hizo luego algo parecido con Ramiro Castillejo, que se las arreglaba para mantenerse a distancia y de medio perfil. De repente, alguien lo agarró del brazo y tiró de él con suavidad.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

Era Ballesteros, que ahora tenía un alto cargo en el Ministerio de Educación Nacional y lucía camisa azul y correaje.

—Sigo siendo historiador —dijo Basilio—. Eso no dejaré de serlo nunca.

Se pararon en el vestíbulo. La luz del sol se multiplicaba en los cristales de las ventanas y dibujaba en las escaleras de enfrente una enmarañada red de cuadrículas. Ballesteros le pasó la mano por la solapa como alisándole una arruga. Su tono de voz era sosegado pero sus gestos tenían algo de perentorios.

—¿A qué has venido? ¿A provocar? ¿A montar un escándalo?

—¿Por qué dices eso? He venido como oyente. No tengo ninguna intención de intervenir. ¿Qué tiene eso de escandaloso? ¿Escuchar lo que dicen los demás puede resultar escandaloso?

—No me lo pongas más difícil, por favor. Es todo lo que te pido.

—¿Difícil?

—Ha venido a verme ese joven, el prometido de tu hija. Como supongo que sabrás, me he mostrado a favor de buscar una solución para tu… problema. Le he asegurado que haré todo lo posible por parar la causa en el Tribunal Especial. Pero también tú tendrás que colaborar un poco. Si no quieres perderlo todo, tendrás que poner algo de tu parte.

—No estoy haciendo nada malo, Juan Manuel. —El candor de Basilio parecía sincero—. Pero ya sé que con eso no basta: tampoco antes hice nada malo y ya me ves…

—No has entendido nada. Nada. No importa lo que hicieras o lo que no. Importa lo que puedas aportar al futuro. Importa lo que piensas, porque no podemos tolerar que transmitas pensamientos equivocados a la juventud. —Señaló con el mentón el grupo de congresistas—. ¿Que muchos de esos son unos mediocres comparados contigo? No lo dudo. ¿Que algunos de ellos son lo que son gracias a ti? Seguro que sí. ¿Que tus conocimientos son muy superiores a los de todos ellos? Por supuesto. ¿Pero qué más da eso? Los conocimientos, si no se tienen, se acaban adquiriendo. Lo que necesitamos son personas con espíritu de lucha, personas dispuestas a trabajar por la refundación moral de España. Ese espíritu no se adquiere. O se tiene o no se tiene. Y tú no lo tienes. No eres una de esas personas, Basilio. Así que no nos sirves.

Extrañamente, ahora el otro sonreía. Era la suya una sonrisa serena, beatífica, la sonrisa de los visionarios y los místicos, la de aquellos que han acertado a desligarse de las pasiones humanas para situarse en algún lugar desde el que todo es percibido como vano, terrenal. Dijo:

—En realidad, tendría que darte las gracias. Si no hubiera sido por ti, no habría descubierto lo pequeño, lo ocioso, lo… superfluo que es todo. Creemos que nuestra obligación es alcanzar objetivos, subir escalones, conseguir lo que nos proponemos, obtener cosas, retenerlas… Y es justo al revés. Se trata de no desear nada. De no tener apego a nada. De ser capaces de desprendernos de todo: de eso se trata. Ahora tú te crees en la obligación de echarme una mano para evitarme más perjuicios. ¿Para qué? No te molestes. Hubo un tiempo en que, sí, todo me causaba sufrimiento, desazón, pero ahora… Ahora no. Ya nada puede hacerme daño. Nada. No hay en mi alma espacio para la pena, para el dolor, para el miedo. No lo hay, Juan Manuel, y ha sido gracias a ti.

Ballesteros lo observaba con suspicacia.

—¿Te estás burlando? ¿Te estás riendo de mí? —Buscando aclarar las ideas levantó la vista hacia los arcos del pórtico y añadió displicente, sin mirar a Basilio—: Vete de aquí, por favor. Vete y no empeores las cosas.

Las chicas del taller de costura estaban ya guardando las batas en el armario y poniéndose abrigos y chaquetas. El vestuario daba a las oficinas a través de un pasillo. Cuando la puerta estaba abierta, se oía la radio que las empleadas de administración tenían siempre encendida:

—«… Con motivo de las próximas fiestas navideñas, su Excelencia el Generalísimo ha hecho un donativo de doscientas cincuenta mil pesetas para que las familias puedan desempeñar prendas de abrigo y herramientas de trabajo en el Monte de Piedad…»

Angustias, la de más autoridad entre las secretarias, también la más exaltada, dijo, vuelta hacia el vestuario:

—¿Lo oís, muchachas? ¡Qué gran corazón!

Y otra la secundó:

—En el tranvía hablaban de un mutilado que al punto de la mañana estaba esperando con la papeleta para recuperar su pierna artificial.

—¡Las Navidades! —exclamó una tercera—. ¡Mi época favorita del año!

—Como suele decirse, Cristo nace para todos. —Angustias se volvió hacia el vestuario—. ¿Quién no ha dado aún el aguinaldo para la División Azul? El plazo acaba el miércoles. —Inclinó la cabeza con indulgencia—. Ya lo sabéis, muchachas: cada una según sus posibilidades.

Cristina estudió con disimulo la reacción de las trabajadoras por ver si, a través de un chasquido, un pestañeo, una mueca sutil, dejaban intuir sus inclinaciones políticas. Había empezado a observarlas cuando Quiñones se interesó por ellas. Ese día comprendió que, para formar parte de un bando, primero tenías que saber que los bandos existían: por eso era tan importante la propaganda. Cristina sabía de qué lado estaba. También esas mujeres, las secretarias, de la Sección Femenina, lo sabían. ¿Qué otras compañeras lo sabían y hacían como que no?

—Hasta el lunes —dijo, abrochándose los botones de la chaqueta y encaminándose hacia la salida.

Los días se habían acortado mucho. A esa hora, el cielo de otoño parecía una pintura al pastel: el gris de los edificios, el desvaído azul del cielo y, en último término, unas nubes rojas, compactas, casi corpóreas, festoneadas de amarillo, que velaban la esfera solar y la deformaban, aplastándola como una pelota de tenis. El sol terminaba de ponerse durante los escasos veinte minutos que tardaba en llegar a su casa. Debido a las nuevas restricciones las calles estaban casi a oscuras, y la gente procuraba caminar por las vías principales, con vehículos, tiendas, escaparates. También Cristina, que después de una larga semana de trabajo solo tenía ganas de llegar a casa y tumbarse a descansar. Cuando, acompañada únicamente por el sonido de sus propios pasos, le tocaba meterse por callejuelas, se sentía como en mitad de la nada, desorientada y a ciegas. Esa noche notó

movimientos a su espalda y se puso alerta. Luego no notó nada y luego otra vez sí. Una voz se abrió paso entre las sombras:

—Soy yo.

—¿Tú? ¿Quién?

—Virgilio.

—¡Pues vaya susto que me has dado!

Salieron a la calzada, donde todavía los restos de una claridad lejana extraían tenues reflejos de los adoquines. Cristina volvió a regañarle:

—¿Se puede saber por qué llevas tanto tiempo sin dar señales de vida? Esto no es serio. ¡Yo, todos los días de aquí para allá con la correspondencia, que casi ni me cabía en la cesta, y tú, a saber dónde demonios estabas! Al final me harté y lo dejé todo en casa. ¡Si vieras el montón de cartas que…!

—Lo que veo es que no sabes nada —la interrumpió el otro, misterioso.

—¿Qué tendría que saber?

Buscando un rincón iluminado, llegaron a una plazoleta.

—Ha habido una operación policial. Han caído un montón de camaradas. Y los que no han caído están como yo, buscando dónde meterse. Necesito que me escondas en tu casa. No tengo donde ir. No puedes decirme que no. Piensa que tu seguridad depende de mí. Mientras a mí no me cojan, no tendrás nada que temer.

—¿También a Quiñones lo han cogido?

—También. Lo tienen encerrado en la Dirección General de Seguridad. He oído decir que le han partido un montón de huesos…

—¡Santo cielo! —Cristina necesitó unos segundos para asimilar todo ese torrente de información—. Pero él sabe dónde vivo…

—Por eso no te preocupes. No conseguirán hacerle hablar. —El chico, frunciendo los labios, hizo una pequeña reverencia para expresar admiración—. Es un hombre duro, un revolucionario de los de verdad, un héroe del proletariado. Se dejará matar antes que delatar a un camarada.

Cristina tragó aire y le señaló con el dedo.

—¿O sea que, en vez de correr a avisarme, estabas esperando a ver si me detenían? ¿Y encima pretendes que te esconda en mi casa? —Él, pasmado, no supo qué contestar. Ella echó a andar gritando—: ¿Sabes qué te digo? ¡Que te vayas a freír espárragos!

Estaba furiosa. ¿Qué sentido tenía meterse en líos cuando a su alrededor no había nadie en quien confiar? ¡Si su seguridad dependía de cretinos como ese, tenía serios motivos de preocupación! En cuanto llegó al piso, se preparó una infusión para entrar en calor y recuperar

la calma. Después, ya en bata y camisón, se sentó bajo la bombilla de la cocina, que era la que daba más luz, y retomó la labor donde la había dejado la noche anterior: unos almohadones desbordantes de encajes que formaban parte de un ajuar. Imitó la voz de su madre:

—«Te vas a dejar los ojos. Llevo toda la vida diciéndotelo.»

Luego imitó la de Bernabé:

—«¿Por qué siempre te traes trabajo a casa? Sal un poco. Sal y busca un chico honrado y trabajador que te quiera y cuide de ti.»

Y finalmente la de Eloy:

—«Estás desperdiciando tu talento. ¡Una chica tan inteligente como tú!»

Tenía sueño pero no quería dejar las cosas a medias. Acabó con los encajes y se levantó para cerrar ventanas. Un presentimiento la hizo mirar la calle. Allí, confundido con las sombras del callejón trasero, tiritando de frío, los brazos cruzados, las manos encajadas en las axilas, estaba él, Virgilio. Era lo más parecido a un perrillo abandonado. El chico, como si hubiera estado esperando ese instante, elevó la mirada hacia ella y juntó las manos en actitud suplicante: por favor, por favor. Cristina hizo un gesto de resignación. Unos minutos después, le abrió la puerta de la vivienda.

—¿Te has cruzado con alguien? —susurró a modo de saludo—. ¡Con lo chismosa que es la gente!

El otro se señaló una oreja.

—Mira. Sabañones. De dormir al raso.

Medio resfriado, sucio, ojeroso, llevaba varios días sin probar bocado. Sobre la mesa había una cesta de castañas, que Cristina dejó en una esquina.

—Me las trajo una vecina —dijo—. Si te quedas con hambre, ya sabes.

Le sacó un plato con pan y queso y calentó un poco de agua para prepararle una sopa con unos fideos y restos de tocino. Virgilio, que estaba curioseando en los cajones, agarró unas tenacillas de cocina y las observó con interés, como si no supiera muy bien para qué servían. Cristina explicó:

—Las usábamos para matar las chinches de las camas. Poníamos un algodón mojado en alcohol, lo quemábamos y lo pasábamos por los muelles del somier. ¡Plas-plas! Las chinches explotaban como petardos. ¡Y lo mal que olían!

Virgilio arrugó la nariz en un gesto de repugnancia y levantó una de las botellas de anís que habían sobrado del velatorio.

—¡Huy, huy, huy, lo que he encontrado por aquí! —Y agarró una taza de latón que colgaba de una escarpia.

La tina de hierro que Cristina utilizaba para asearse se guardaba en el hueco del fregadero. La señaló apartando la cortinilla con la pierna y dijo:

—Pondré un par de pucheros a hervir. Así, mezclándolos con agua fría, digo yo que estará lo bastante caliente.

Virgilio masticaba con avidez, acompañando los bocados con generosos tragos de anís. Cuando hablaba, lo hacía con la boca llena.

—Supongo que sabes que en realidad no me llamo Virgilio.

—No me lo digas. Es mejor que no lo sepa. —Como le pareció que el otro la observaba contrariado, trató de justificarse—: Por seguridad.

—¿Tampoco quieres saber por qué no fui al frente? Porque no tenía la edad. ¿A que parezco mayor?

Ahora él se llevaba a la boca frenéticas cucharadas de sopa, que sorbía ruidosamente. Se acabó el plato, lo empujó sobre el mantel de hule y rescató con la lengua un fideo que se le había quedado pegado a la comisura.

—Me gustaría afeitarme.

—Espera a ver.

Volvió Cristina con un neceser que había pertenecido a Eloy y una toalla. Virgilio, que había apartado la mesa y puesto la tina en mitad de la cocina, sacó la maquinilla y la desenroscó para comprobar la cuchilla. Luego contempló al trasluz el frasco de Floïd, de brillos ambarinos.

—Un espejo no me vendría mal.

En el siguiente viaje le llevó su espejito de mano, con marco de baquelita, y un buen montón de ropa de sus hermanos.

—Algo te servirá. La tuya hay que lavarla. Déjamela por ahí —dijo, cerrando la puerta de la cocina—. Aquí te quedas.

Mientras hacía la cama y ponía un poco de orden en el cuarto de Eloy, le llegaba a través del tabique el sonido del chapoteo, mezclado con suspiros de satisfacción y tarareo de estribillos: si te quieres por el pico divertir, cómete un cucuruchito de maní… Aunque tenía intención de acostarse pronto, sabía que difícilmente lograría conciliar el sueño mientras estuviera el otro trasteando por la casa y haciéndole sentir su presencia. Abrió el armario, vació la balda inferior, llena de herramientas y recambios de bicicleta, y apartó la madera. Era allí donde escondía la correspondencia del Partido, que ocupaba ya dos cajas de zapatos. Depositó las cajas sobre la cama y, como no terminaba de fiarse de Virgilio, volvió a dejar la balda como estaba. Se abrió la puerta de la cocina y apareció él con una camisa de Bernabé que le sobraba por todas partes. Las costuras de los hombros le colgaban casi un palmo, el faldón se le hinchaba como un paracaídas

y, si estiraba los brazos, apenas las puntas de los dedos le asomaban por la bocamanga. Más enclenque que nunca, tenía un aspecto verdaderamente extravagante. A pesar de eso, preguntó muy serio:

—¿Qué tal me sienta? —Y ella no pudo evitar soltar una carcajada:

—¡Me temo que no es tu talla, ja, ja!

Volvieron a la cocina y Cristina le ayudó a elegir ropa. Tras desechar unas cuantas prendas, se decidió por una camisa blanca.

—Pruébate esta. Te irá mejor. Es de Eloy, mi otro hermano. Dormirás en su cuarto. Te he dejado la correspondencia sobre la cama. Tú sabrás lo que hay que hacer con ella.

Él lanzó la otra camisa al montón de ropa sucia. En pantalón y camiseta, esperaba a que ella terminara de desabrochar los botones. Estaban muy próximos, en una rara intimidad. Cuando Cristina le tendió la camisa, Virgilio estiró el cuello y le estampó un beso en los labios. Ella, cogida por sorpresa, tardó un segundo en apartar la cara.

—¿Pero tú qué te has pensado?

—¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo me mirabas?

—¿Yo? —Cristina se frotaba la boca con energía, como tratando de borrar el rastro del beso—. ¿Mirarte?

—Ahora no te hagas la tonta —dijo él con chulería—. Reconoce que te ha gustado.

Alargó la mano para acariciarle la mejilla, pero ella lo rechazó dando un manotazo al aire. Virgilio no se daba por vencido:

—Que ya no somos unos niños. Cuando una mujer que vive sola admite a un hombre en su casa… —E hizo el gesto de: todos sabemos lo que viene después.

Cristina, sulfurada, tardaba en encontrar las palabras:

—Para mí eres un camarada. Un camarada con un nombre falso. Y en apuros. ¿Así me agradeces que te ayude? —Se hizo a un lado y señaló el pasillo—. Vete de mi casa. Ahora mismo.

—Sabes que no puede ser. —El otro, seguro de sí mismo, sonreía —. Tú y yo estamos juntos en esto.

—¡Pues no se te ocurra hacer más tonterías!

Se encerró en su cuarto. Desde la cama le oyó bostezar, resoplar, carraspear, hacer esa clase de ruidos corporales que también hacían sus hermanos. Luego le oyó abrir sobres y arrugar cuartillas. De la cocina le llegó olor a quemado. Supuso que se estaba deshaciendo de las cartas en la caldera.

—Mejor así —susurró—. Adiós papeles comprometedores. —Y se puso de costado para tratar de coger el sueño.

Se despertó en mitad de la noche con una sensación de

desasosiego. Recordaba vagamente un sueño en el que alguien llenaba vasos de un líquido rojo que podría ser zarzaparrilla y los repartía entre un grupo de hombres vestidos de toreros, de piratas, de esquimales. El único del grupo que no llevaba ropa estrafalaria era Virgilio, que al recibir su vaso lo alzaba para brindar, la buscaba con la mirada y le guiñaba un ojo sonriendo. Lo que causaba su desasosiego era que ella, en el lenguaje mudo de los sueños, le había dicho te quiero. ¿Qué significaba eso? ¿Qué parte desconocida de sí misma estaba tratando de manifestarse y salir a la superficie? ¿Podría ser que ese chico torpe, tosco, poco agraciado, con cara de viejo, le atrajera y que sin ser ella totalmente consciente hubiera tratado de seducirle, lanzándole por ejemplo algunas de esas miradas que los hombres interpretan como una invitación a besar? Estuvo un buen rato revolviéndose entre las sábanas hasta que, cansada, se levantó a beber agua. Virgilio dormía con la puerta entreabierta. Se detuvo en el pasillo a escuchar su respiración ruidosa. Era un sonido no de nariz sino de garganta que no llegaba a ser ronquido, un aj-aj-aj que podría parecer una risa sofocada o un jadeo. Sorprendida de su propia osadía, empujó la puerta y le miró dormir. Tenía Virgilio la manta a la altura del esternón y la cara vuelta hacia su lado. La luz de su propio dormitorio rebotada en la pared lo envolvía en una penumbra que suavizaba sus rasgos. Pensó Cristina que en realidad no era un chico tan feo. O más bien que sí, que era bastante feo, pero que ser feo o guapo no era tan importante. Se acordaba muy bien del instante previo al beso, él en camiseta, ella ocupada en desabotonar la camisa de Eloy, el aroma de la loción de afeitado flotando en el ambiente. Se acordaba sobre todo de la mirada de él justo antes de lanzarse hacia su boca. No era, por supuesto, la primera vez que captaba una mirada de deseo o de homenaje, pero en esta había algo que no había en las otras, un fulgor, un chispazo, el destello de algo especial. Y ahora sospechaba que, lejos de sentirse ultrajada o molesta, se había sentido halagada. ¿Por qué, entonces, había reaccionado con esa brusquedad? Volvió a dejar la puerta como estaba, entró a oscuras en la cocina y se sirvió un vaso de agua, que bebió a sorbitos, como un gorrión. Dejó el vaso en la pila procurando no hacer ruido y caminó de puntillas. Al pasar por delante del cuarto oyó un prolongado hummmm que, tras una pausa, desembocó en el aj-aj-aj habitual y se dijo que, si de repente Virgilio se despertara y la descubriera allí, en el pasillo, seguro que ocurriría lo inevitable, ella en camisón, él medio desnudo, los dos dispuestos, deseándolo. No se lo pensó dos veces. Volvió a la cocina a por un cuchillo afilado, se lo puso en el cuello y le presionó con la hoja mientras le cogía del pelo como Dalila a Sansón. Virgilio

se despertó aterrado. Aunque Cristina mantenía la punta lejos de la yugular, no parecía estar para bromas.

—¿Quién sabe que estás aquí? Nadie. —Hablaba en voz baja pero el tono era inequívocamente amenazador—. Si ahora te corto el cuello, no se entera nadie. A nadie se le ocurriría venir a buscarte aquí. Así que no me vuelvas a faltar al respeto. ¿Lo has entendido? Quiero oírtelo decir: no te volveré a faltar al respeto. ¡Vamos! ¡Dilo! No te volveré a faltar al…

—No te volveré… a faltar… al respeto…

—Eso es —dijo ella, apartando el cuchillo—. Así sí. —Y cerró la puerta al salir.

Al día siguiente se levantó temprano y cruzó al piso de Anita. La mayoría de los domingos hacían lo mismo: dedicar un rato a la labor, ir a misa de doce en la iglesia del Santísimo Cristo de la Fe y dar un paseo cogiditas del brazo. Después, como era costumbre, doña Catalina le sugirió que se quedara a comer y ella, haciendo una excepción, asintió con la cabeza. A Virgilio no lo vio hasta que volvió a casa a media tarde. Estaba en la cocina. Seguía con la ropa del día anterior, había arrimado una silla a la ventana y miraba la calle a través de los visillos. Sobre la mesa había un plato lleno de restos de castañas. Cristina tiró las cáscaras a la basura y dejó el plato para lavar.

—¿Te las has comido crudas?

—Por si acaso —contestó el otro sin atreverse a mirarla—. Para no hacer ruido.

—Muy bien.

De eso se trataba: de que supiera que en esa casa mandaba ella, Cristina. Esta, al tiempo que pasaba un trapo por los cacharros, le echaba miradas de reojo. Era un chico tan escuálido que hasta la ropa de Eloy le quedaba grande. Verlo en esa silla, encogido en sí mismo, tan pequeño, tan apagado, tan mustio, daba un poco de pena. Dijo:

—En el estante hay algunos libros. Y en el armario tiene que haber unas cartas. Pero no cuentes conmigo. Lo digo por si te entretiene jugar al solitario.

Virgilio agachó la cabeza. Iba a ser una convivencia extraña, sin nada que decirse, evitándose en todo momento en un piso tan pequeño.

—Buenas noches —dijo ella, secándose las manos con el trapo.

Por la mañana se levantó temprano y se fue a hacer la cola del racionamiento. Compró boniatos, garbanzos y doscientos gramos de unas galletas hechas con una harina basta y llena de semillas oscuras. Compró también el tabaco que le correspondía por la tarjeta de

fumador de Eloy. Se asomó luego a una tiendecilla de la calle del Olmo en la que vendían alpargatas, sandalias y cuerdas de esparto. La atendía un chico con el pelo al rape y la cara picada de viruela que no tendría ni catorce años. En cuanto vio llegar a Cristina, sacó dos latas de leche condensada. Ella le tendió tres de los cuatro paquetes de cigarrillos. El chico apartó las latas y dijo, insolente:

—¿Ahora le ha dado por fumar?

—Eso a ti no te importa.

—El precio es el que es. Si en vez de cuatro me da tres, pues ya sabe.

—Dile a tu padre que…

—Yo a mi padre no le digo nada.

Dos paquetes, una lata: así se cerró el trato. Cristina volvió al piso. Virgilio, con aspecto de haberse despertado un minuto antes, estaba otra vez en la silla, junto a la ventana de la cocina.

—No sabía si fumabas o no —dijo ella, depositando los dos paquetes en la mesa.

Él, silencioso, se apresuró a encenderse un cigarrillo con las cerillas de la cocina. Ella, sin añadir nada, dejó las cosas en cualquier sitio y salió a toda prisa hacia el taller de costura.

En el vestuario, mientras se cambiaba de ropa, echó un vistazo a las oficinas. Varias secretarias se habían reunido alrededor de la radio y cuchicheaban con aire misterioso. Le llamó la atención que la radio estuviera a un volumen casi inaudible. Se sentó ante su máquina Singer. Una de las chicas, que se llamaba Pilita, comentó:

—¿Te has enterado? Los japoneses han bombardeado unos aviones norteamericanos en…

—En Honolulu —intervino otra—. ¿Dónde demonios estará eso?

—Mientras no esté cerca de aquí… —Pilita juntó los labios como para hacer una pedorreta—. ¡Solo nos faltaría eso, otra guerra!

No se volvió a mencionar el tema en toda la mañana. A la salida, Cristina se detuvo a comprar la *Hoja del Lunes* , que dejó sobre la mesa de la cocina para que Virgilio la leyera. Dijo:

—Por fuerza tiene que ser una buena noticia. Las de la Sección Femenina estaban muy preocupadas. —Se puso el delantal y le dio la espalda—. Voy a hacer puré de boniato. Espero que te guste. También queda algo de bacalao.

Los titulares decían: JAPÓN DECLARA LA GUERRA A EE. UU. Y GRAN BRETAÑA — LA AVIACIÓN JAPONESA BOMBARDEA LA BASE NORTEAMERICANA DE PEARL HARBOUR — SE ESTÁ LIBRANDO UN COMBATE NAVAL FRENTE A HONOLULU . Virgilio los leyó varias veces en voz baja. Luego pasó páginas en busca de más información.

—«Orden de movilización a todo el personal militar de los EE.

UU.» —Haciendo un gesto de disgusto, mostró la noticia, que ocupaba apenas una columna entre la última pastoral del obispo de Toledo y un anuncio de balanzas para comercios—. ¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿No dice nada más?

—¿Te parece poco?

Comieron en silencio, absorto cada uno en sus propios pensamientos. Cristina se levantó a retirar los platos. Virgilio se puso las manos a ambos lados de la cabeza, como si eso le ayudara a reflexionar mejor, y exclamó:

—¡Eso de estar en el mismo bando que los yanquis…! Me gustaría que estuviera aquí Quiñones. Él lo entiende todo a la primera y sabe lo que es bueno y lo que es malo.

—Si los americanos entran en la guerra, perfecto. ¿O no? Más posibilidades tenemos de que venga alguien a liberar España. ¿Quién sabe? Puede ser que se lancen ellos mismos a liberar Europa y empiecen por España.

—Pero el capitalismo yanqui es enemigo del proletariado, igual que lo es la Alemania nazi…

—Nuestro enemigo se llama Franco. Francisco Franco. Que te quede claro. Franco fusiló a mi hermano y fusilará a Quiñones. Franco nos fusilaría ahora mismo a ti y a mí solo por decir lo que estamos diciendo. ¿No ha fusilado a nadie de tu familia? ¿No ha mandado a ninguno a batallones de trabajo, a campos de concentración, a la cárcel? ¿No ha tenido que escapar ninguno de España? Cuando tengas dudas, cuando no sepas qué pensar, piensa en ellos y sabrás por qué estamos haciendo esto.

El otro la miró muy serio y dijo:

—¡Lo que daría por una radio!

El poco rato que tenía Cristina antes de volverse a marchar lo dedicó, como siempre, a echar una breve siesta. Otra vez en ropa de calle, se asomó a la cocina. Él, con un cigarrillo colgándole de los labios, seguía concentrado en la lectura del periódico, como buscando una clave que se le hubiera escapado. De los dos paquetes de tabaco solo le quedaba uno.

—Esto lo cambia todo —dijo Cristina—. Tenemos que saber a qué atenernos. Tú sabrás cómo contactar con los camaradas. Y no me digas que están todos detenidos. No puede ser que quedemos solo tú y yo.

Virgilio, silencioso, rehuyó su mirada.

Horas después, cuando Cristina volvió, el piso estaba vacío y a oscuras. En el taller había conseguido no darle muchas vueltas a la cabeza, pero de camino a casa su pensamiento se había desbocado. ¿Y si Virgilio, tras localizar a algún enlace, decidía no regresar? Sería

razonable. Ningún camarada al que recurriera en busca de refugio lo despertaría por la noche amenazándolo con un cuchillo. Barrió un poco la casa, se preparó una cena ligera y retomó la labor. En un par de ocasiones, incapaz de concentrarse, se clavó la aguja en la yema del pulgar. Cuanto más tiempo pasaba, más convencida estaba de que Virgilio no reaparecería, pero la preocupación le impedía irse a la cama. Una cosa era evidente: si lo detenían a él, la detendrían también a ella. Como el propio Virgilio había dicho, estaban juntos en eso. Lo que Cristina no tenía claro era si su preocupación era solo por sí misma o también por él… ¿También eso, al igual que su sueño de la primera noche, debía interpretarlo como una señal de una atracción profunda que no quería reconocerse a sí misma?

Hacia la medianoche, cuando se disponía a acostarse, lo oyó llegar. Salió en bata y se apresuró a abrir desde dentro para no hacer ruido. Mientras ella comprobaba que no hubiera vecinos asomados al patio, él fue hasta la cocina, se quitó la gorra y la lanzó sobre la mesa.

—No te lo vas a creer —dijo, consternado.

Desde el pasillo, Cristina lo miraba expectante.

—Es un traidor, un infiltrado. Trabaja para los servicios secretos británicos. —Se frotó la cara con las manos—. Lo que es peor: se sospecha que además ha estado pasando información a la policía de Franco.

—¿Me estás hablando de Quiñones?

—¿De quién si no? —Ella hizo un gesto de negación y él insistió —: ¿No te fijaste en su tabaco? Siempre cigarrillos ingleses.

—¿Y eso qué demuestra?

—Y los boletines con opiniones favorables a Inglaterra… ¿tampoco demuestran nada?

—¡Inglaterra y Rusia son aliados! ¡También los ingleses están peleando contra Hitler!

—Tienen todas las pruebas. Hay testigos. Hay documentos. Hay cartas que demuestran que lleva tiempo intentando destruir el Partido desde dentro, saboteando el trabajo de la dirigencia, preparando futuras escisiones…

—Si fuera como dices, nos habrían detenido el primer día y no estaríamos aquí, hablando tan tranquilos.

—¿Lo ves? —Virgilio hizo un gesto triunfal—. Así es como trabajan los agentes provocadores: haciendo que uno piense una cosa y otro la contraria, enfrentándonos entre nosotros, erosionando el Partido desde dentro. Son como la carcoma.

—¿Pero no decías que la policía lo había molido a golpes?

—No seas ingenua. Eso lo hacen para protegerlo. Si no lo

torturaran, lo estarían señalando: ¡ese de ahí, ese es el traidor! Menos mal que esta vez no ha colado… Me dijiste que, cuando tuviera dudas, pensara en los fusilados y los encarcelados. Aplícate el cuento. Piensa en todos los que han ido a prisión, en todos los que han muerto por culpa de traidores y chivatos.

Cristina se dio por vencida: la vida le había enseñado que las cosas casi nunca eran como uno querría. Se sentía, de repente, muy desgraciada. Solo le apetecía echarse a llorar. Dijo:

—Me gustaría vivir en un mundo en el que nadie estuviera obligado a ser un héroe. A veces me parece que nada de esto vale la pena, que sería preferible rendirse, abandonar… ¿Por qué las cosas tienen que ser así? Servicios secretos, infiltrados, ¿cómo has dicho?, agentes provocadores: todas esas palabras que utilizamos como si fuera lo más normal del mundo… —Hizo una pausa como para coger aire y añadió—: Pero lo malo no son las palabras que ahora decimos sino las que antes decíamos y ahora no. Palabras como *alegría* , *felicidad* , *esperanza* , *futuro* . ¿Cuánto hace que no usamos palabras así?

—Estás asustada. Y triste. Y contrariada. Seguramente no es más que eso —dijo Virgilio.

De una manera instintiva, se habían ido acercando el uno al otro en busca de consuelo. Cristina empezó una frase:

—Estoy… Ya no sé ni lo que estoy.

Incapaz de continuar, se limitó a apoyar la cabeza en su hombro. Virgilio, tras un instante de vacilación, la rodeó suavemente con el brazo y la estrechó contra sí.

LIBRO TERCERO

ABRIL A OCTUBRE DE 1942

A comienzos de la primavera el cielo se cargaba de nubes grises y blancas. La negra columna de humo de la locomotora se recortaba con nitidez contra la cal de las lomas y luego se deshilachaba sobre ese fondo de nubes apretadas. El tren procedente de Segovia había pasado un rato antes. Ahora llegaba el de Madrid, con apenas un cuarto de hora de retraso. Aníbal asomó medio cuerpo por la portezuela del vagón de primera clase. Cuando aún el convoy no había terminado de detenerse, saltó sobre el andén haciendo una pequeña cabriola y aprovechó la inercia para, sosteniendo el maletín con ambas manos, girar sobre sí mismo con gracia de bailarín. Llevaba un abrigo de pelo de camello que le llegaba hasta los tobillos.

—¿Qué te parece? —dijo, exhibiéndose.

—Un poco ostentoso, la verdad —contestó su hermano.

—¡Pero qué soso eres!

Bajaron tres o cuatro viajeros más y subieron otros tantos, sin duda trabajadores de los aserraderos cercanos. El tren reanudó la marcha. Los dos hermanos rodearon el pequeño edificio de la estación. En la explanada los esperaba un viejo carro de dos ruedas. Sujetando las mulas por la cabezada había un campesino de piel bruñida y mandíbula cuadrada, vestido de negro de los pies a la cabeza.

—¡Hola, Angelito! —saludó Aníbal, que luego bajó la voz para dirigirse a Esteban con aprensión—. ¿Me vas a hacer subirme en eso?

—Sabes que en el pueblo no hay taxis.

El tal Angelito había arrimado la trasera del carro a un murete, que utilizaron como escalón. En la parte de delante, entre sacos vacíos, cuerdas roñosas y restos de paja, había un par de palas, un rastrillo, un pico, un botijo. En la parte de atrás, un tablón de lado a lado hacía las veces de asiento, como en las barcas. El hombre se encaramó al pescante, agarró las riendas y chascó la lengua. Con el trote de las mulas empezaron a sonar los cascabeles del collar.

—Vamos por la cañada —ordenó Esteban—. Es más corto.

—¿A quién se le ocurriría poner las vías tan lejos? —refunfuñó Aníbal.

En las cumbres de las montañas había retales de nieve. Pero todo eso quedaba a mucha distancia. Dejaron atrás los aserraderos con sus altas chimeneas de ladrillo rojo y el pequeño núcleo de viviendas de los ferroviarios. Desde allí hasta el pueblo había seis kilómetros de puro páramo, con algún árbol solitario destacando sobre el color grisáceo de las tierras áridas. Cuando una de las ruedas pisaba un pedrusco, el carro se bamboleaba como agitado por las olas. Aníbal se

agarró a la estaca que hacía de barandilla y preguntó con retintín:

—Y este ¿qué? ¿Sigue siendo un amante de los animales, como san Francisco de Asís?

El aludido, que no era otro que Angelito, fingió no haberlo oído. Esteban reconvino con la mirada a su hermano, que se estaba refiriendo al pasatiempo favorito del campesino cuando los tres eran unos niños: atrapar perros sin dueño y ahorcarlos en los árboles tras someterlos a crueles sesiones de tortura. En aquella época no pasaba una semana sin que apareciera algún perro colgando muy tieso de la rama de un árbol. Aníbal, tras soltar un bostezo largo y teatral, empezó a cantar un charlestón que había estado de moda años atrás:

—«Al Uruguay-guay yo no voy-voy porque temo naufragar. Mándeme a París, si-si-si es que le da igual. Al Uruguay-guay…» —Se acarició la punta de la nariz—. ¿Pero tú no estuviste en América, Angelito? ¿Dónde fue? ¿En Uruguay, en Paraguay…?

—En Argentina —contestó el otro con sequedad, y Aníbal volvió a cantar:

—«Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido. El farolito de la calle en que nací…» —Se interrumpió de golpe para seguir preguntando con falso candor—: ¿Y qué pasó? Dicen que allí es fácil ganar dinero. ¿Te hiciste rico? Me imagino que no. Cuéntame. ¿Por qué no te quedaste?

—Porque no.

—¿Así? ¿Sin más? ¿Solo porque no?

—Prefiero esto.

—¿En qué trabajabas?

—En el puerto.

—¿Pero ocurrió algo? ¿Te pagaban mal y lo dejaste? ¿Te cansaste?

Buena parte del tiempo que Angelito había pasado en Argentina lo había pasado en la cárcel. Aníbal lo sabía y, para entretenerse, le tiraba de la lengua:

—¿No estabas bien allí? ¿No te gustaba la gente, la comida, el clima?

—Prefiero esto —volvió a decir el otro.

—Prefieres esto…

Esteban le pidió calma con las palmas de las manos. Aníbal, aburrido, cantó otra vez el estribillo de *Al Uruguay* . Luego, siguiendo un peculiar hilo de pensamiento, añadió:

—La gente en los pueblos acaba volviéndose loca. Menos mal que estuve poco tiempo. ¡Habría terminado matando a alguien!

Angelito, que hasta entonces le había hablado sin volverse, le

lanzó una mirada cargada de amenaza. Esteban hizo a su hermano un gesto de ¿qué te estoy diciendo? Si Angelito había pasado años en la cárcel, era porque había matado a un tipo en una reyerta. Aníbal aspiró ruidosamente y cantó lo primero que le vino a la cabeza:

—«Si vas a París, papá, cuidado con los apaches. Si en juerga de taxis vas, procura salvar los baches…»

Tardaron casi una hora en llegar a El Espinar. Tuvieron que detenerse a la altura de la calle Real para que pasara una procesión. Era todo bastante lamentable: unos pasos de Semana Santa pobretones, unos Cristos esmirriados, unas vírgenes ataviadas con camisones, las túnicas raídas de los nazarenos, la insoportable monserga de los cánticos… Hasta el incienso parecía oler allí peor que en otros sitios. Aníbal, que no había vuelto por el pueblo desde hacía más de diez años, lo observaba todo con desdén.

—¡Por fin! —murmuró cuando terminaron de pasar las mujeres con mantilla que cerraban la procesión.

La casa familiar estaba a espaldas de la iglesia de San Eutropio. Como las otras edificaciones de esa calle, era modesta, de dos pisos, estrecha. Se distinguía de las otras por tener la fachada remozada, con azulejos de Talavera hasta media altura. Esteban dio dos golpes con la aldaba. Rocío apareció en el balcón.

—¡Ya era hora! ¡Llevo toda la mañana esperando!

Aníbal, que aún no había bajado del carro, se puso de puntillas y alargó el brazo, tratando de agarrarla por los pies. Ella se apartó con un gritito.

—¿Cómo estás, heredera?

En el zaguán, con la pequeña Azucena acomodada en una cadera, los esperaba Rosario, que protestó cómicamente:

—¡Qué abandonados nos tienes! ¡Tendrías que visitarnos más!

—¡Qué más quisiera yo!

Azucena había nacido en Nochebuena, así que durante las fiestas no había habido reuniones familiares. Luego, los viajes para la Comisión Revisora habían tenido muy ocupado a Aníbal. Esteban abrevió las salutaciones dirigiéndose a la criada, que asomaba por la puerta:

—Ve poniendo la mesa, Adela.

—Primero tendré que lavarme un poco. —Aníbal se quitó el abrigo de pelo de camello—. Llevo tres horas tragando humo y carbonilla.

—Te hemos puesto en la habitación china —dijo Rosario.

—El cuarto del abuelo —aclaró Esteban—. Ahora lo llamamos así.

Habían colgado un tapiz de flores azules y amarillas y colocado

en una esquina un tibor de aspecto vagamente oriental. Por lo demás, todo seguía más o menos como siempre. Hasta la cama era la misma en la que había muerto el abuelo el año de la gripe. Echó agua en la jofaina y se remojó la cara y las manos. Luego, solo por hacer esperar a los demás, se entretuvo cortándose las uñas con las tijeritas del neceser. Del otro lado de la puerta le llegaron unos chiflidos desacompasados, sucios. Se asomó y vio a Rocío esforzándose, con gran efusión de babas, por extraer algún sonido de una flauta. La niña se justificó:

—Estoy aprendiendo. —E hinchó los carrillos para soplar con fuerza.

La flauta, de aspecto rudimentario, corta, gruesa, decorada con una cenefa en forma de trenza, la había tallado muchos años atrás el padre de Aníbal y Esteban, aficionado a la artesanía.

—¡A comer! —oyeron.

Al pie de la escalera los esperaba Esteban, que agarró la flauta y susurró:

—Dame. No me gusta que juegues con eso.

En el comedor, Rosario y la criada terminaban de disponer viandas y manjares: la cazuela con el bacalao de Cuaresma, las fuentes de alcachofas y patatas, la de pimientos asados, el pan ya cortado, las salseras. Parecía demasiada cosa para una mesa como aquella, no muy grande, y transmitía una sensación de ostentación y abundancia. Y todavía había más:

—Las sopas de ajo. —Rosario inclinó la cabeza como disculpándose—. Para entrar en calor.

—¿Pero no son días de ayuno y abstinencia? —bromeó Aníbal.

Durante la comida hablaron sobre todo de eso, de comida. En los pueblos era más fácil comprar según qué cosas. Allí todos se conocían y los consumeros no se pasaban el día persiguiendo a la gente para reclamarle el impuesto correspondiente. El problema era llevarse algo a Madrid: ¿y si los registraban en la estación y los denunciaban a la Fiscalía de Tasas? Rosario, al tiempo que mecía distraídamente la cuna de Azucena, dijo:

—Tienes que probar el fiambre de gallina que hacen las hijas de… —Se volvió hacia su marido en busca de ayuda:

—Las hijas de Zoilo. ¡A ver quién es capaz de abstenerse de eso!

—¿Habláis del fiambre de gallina? —dijo Rocío, que solo a medias seguía la conversación—. ¡Me encaaaanta el fiambre de gallina!

Estaban todos de buen humor, y aún lo estuvieron más cuando apareció Adela con las torrijas y los pestiños. Aníbal, pese a que decía

estar empachado, se comió dos de cada. Luego apartó la silla como si necesitara espacio. Rocío se apresuró a sentarse en sus muslos.

—¿Hoy no me vas a cantar mi canción?

—Hoy voy a hacer algo mejor. —Aníbal, misterioso, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Sabes lo que es una pelucona?

Ceremonioso, solemne como un sacerdote manejando la sagrada forma, mostró una moneda con la efigie de Felipe V.

—¿Te gusta? Es de oro.

La niña la observaba embobada.

—Pero casi no brilla.

—Porque es antigua, muy antigua. Tiene más de doscientos años. Cuando la hicieron, no habían nacido ni tu padre ni tu abuelo ni el abuelo de tu abuelo… —Se la entregó—. A ver si puedes leer lo que dice.

Rocío se la acercó tanto a la cara que sus ojos bizquearon.

—HIS-PA-NET-IND-REX … —leyó, y la gravedad de su semblante hizo sonreír a los adultos.

—¿Te gusta tu regalo?

—¿Es para mí?

—Es para ti. —Y ella, feliz, apoyó la mejilla en el pecho de su tío: gracias, gracias, gracias.

Todo había ido bien hasta ese momento. Entonces Esteban, haciendo una seña en dirección a la cuna, dijo:

—Es para las dos.

Los otros lo miraron sorprendidos. Rocío protestó:

—Es para mí. Lo ha dicho el tío. Soy su sobrina favorita. Siempre dice que soy su heredera. —Se abrazó con más fuerza a Aníbal—. ¿Verdad que soy tu favorita?

—Es para las dos —volvió a decir Esteban—. Para ti y para Azucena. Ya no eres nuestra única hija. Ahora tienes una hermana. Y no podemos hacer distingos. Tendrás que ir acostumbrándote.

Hubo un instante de desconcierto y Rosario se decidió a intervenir:

—Azucena es muy pequeña. Cuando tenga la edad de Rocío, también recibirá buenos regalos. Pero de momento… ¡Ya has visto la ilusión que esa moneda le hace a la niña! Además, si Aníbal ha decidido regalársela, no sé yo por qué nosotros…

Los dos hermanos se observaron en silencio, ignorándola. Rocío, a su vez, los observó a ambos con expresión suplicante. Era aún muy joven para entender que, cuando los adultos hablan de una cosa, pueden estar hablando de otra bien distinta. Esteban, inflexible, zanjó

el asunto:

—Es para las dos y no hay más que hablar.

Por la tarde fueron a misa de cuatro. Luego los feligreses siguieron al sacerdote hasta una capilla lateral en cuyo altar, adornado con velas, flores y colgaduras, había un sagrario con la portezuela abierta. El sacerdote introdujo las formas consagradas, dirigió los rezos de exaltación de la eucaristía e hizo señas para que los fieles de las primeras filas fueran saliendo y dejaran sitio a los que esperaban detrás. En los pueblos como El Espinar, las preceptivas siete visitas a los monumentos quedaban concentradas en una o dos, así que los turnos de oración tenían que ser breves para evitar aglomeraciones. A la salida de la iglesia, los vecinos se demoraban intercambiando cortesías. De espaldas a todos, Aníbal, para no tener que saludar, indicaba a Rocío los nidos de cigüeña de los contrafuertes. Luego Rosario y la niña volvieron a casa y los dos hombres dieron un paseo hasta el cementerio.

La tumba de sus padres estaba detrás de la pequeña capilla, casi pegada a la tapia. Era una tumba austera, una losa rematada por una sencilla cruz de granito y protegida por una barandilla de hierro. A diferencia de las tumbas más cercanas, devoradas por la maleza y el orín, la del matrimonio Ruiz Flores presentaba un aceptable estado de conservación. Esteban se agachó para arrancar unas malas hierbas que habían crecido junto a la barandilla, las lanzó lejos y se frotó las manos para limpiárselas.

—Todos los años, para Todos los Santos, trato de adecentarla un poco.

Aníbal lo miró en silencio, sopesando su comentario, que igual servía para darle explicaciones que para pedírselas. Cauteloso, empezó a decir:

—Sabes lo ocupado que estoy con la Comisión Revisora. Tenemos que estar siempre de aquí para allá…

Y su hermano, sacudiendo la cabeza, se apresuró a deshacer el malentendido:

—¡Claro! ¡Claro que lo sé!

En un cobertizo junto a la capilla había un par de escobas hechas con ramas. Esteban fue a buscar una y apartó los restos de hojas. Voluntaria o involuntariamente, sus palabras habían avivado la suspicacia de Aníbal, que dijo:

—Acuérdate. Yo estaba fuera. Estaba en África.

—En África —repitió el otro con algo de sorna mientras volvía a dejar la escoba en su sitio.

Su padre, viudo desde poco después de nacer Esteban, había

muerto a finales de la dictadura de Primo de Rivera. Ahora Aníbal lo tenía claro: su hermano no le perdonaba que durante sus últimos años se hubiera desentendido de él, del padre.

—Lo siento —dijo—. Te dejé solo. Pero tampoco había mucho que yo pudiera hacer. Y al final no te puedes quejar…

Esteban comprendió que se estaba refiriendo a la herencia, sobre la que ya habían discutido otras veces. Hizo un gesto de cansancio.

—No te lo repetiré más. A nuestro padre le fueron mal los negocios y tuve que acudir en su ayuda. —Señaló con el mentón la calle por la que habían llegado—. La casa, que al final era lo único que tenía, se la compré para que no se quedara sin blanca. No la heredé. La compré. La pagué a tocateja, un billete encima de otro. —Con los nudillos de una mano golpeó, pom-pom-pom, la palma de la otra—. Así que no creo que puedas reclamarme nada. A lo mejor el que tendría que reclamarte algo sería yo. ¿Quién pagó los médicos, el hospital, el entierro? ¿Los pagaste tú? Dime: ¿los pagaste tú? ¿Y quién te pagó los abogados cuando los necesitaste?

Aníbal soltó un bufido y apartó la mirada. Esteban sacó un pañuelo, se inclinó sobre la lápida y frotó los nombres de sus padres. Con la erosión de la piedra el propio concepto de tiempo había empezado a desvanecerse y relativizarse. Catorce años habían pasado desde la muerte del padre y treinta y cuatro desde la de la madre, pero, observando el desgaste del cincelado, ambas muertes parecían pertenecer a un mismo pasado, inconcreto, remoto. Esteban sacudió el pañuelo en el aire, ladeando un poco la cara, y volvió a la carga:

—Pero acabemos con esto de una vez. Dime qué es lo que quieres. ¿La casa? ¿Los campos, que también se los pagué? Si de verdad crees que tienes derecho a algo, dímelo. ¿Hay algo que quieras, algo que creas que te pertenece? No me gusta sentirme en deuda con nadie. —Aquí hizo una pausa—. Y menos contigo.

—Vámonos ya. —Aníbal metió las manos en los bolsillos del abrigo—. Tengo frío.

Realmente había refrescado. Cuando llegaron a la casa, Rosario y Adela se afanaban en avivar la lumbre. El viejo horno, enorme, cuadradote, con la mampostería a la vista, estaba situado en el corazón del edificio, entre la cocina y el comedor, y repartía el calor por todas las estancias. En la repisa, junto a un fuelle, un atizador y varios candelabros con las velas a medio consumir, estaban algunas de las viejas artesanías de madera de su padre: un barquito que recordaba el arca de Noé, un molino con las aspas rotas, un perro de caza en posición de acecho, también la flauta con la cenefa en forma de trenza.

—Eso es lo que quiero —dijo Aníbal.

—¿La flauta?

—¿No me has preguntado si quería algo de la herencia de nuestro padre? Pues sí. Quiero algo. La flauta. Eso es lo que quiero. Solo eso. Es un bonito recuerdo familiar, ¿no te parece?

Esteban asintió, complacido. Su hermano agarró la flauta y la sostuvo entre el pulgar y el índice, como si fuera un termómetro. Rocío, que estaba cenando en la cocina, se asomó y habló con la boca llena:

—¿Me la dejarás alguna vez?

—Claro que sí. Tienes que seguir aprendiendo.

Los tres adultos se sentaron a la mesa del comedor en cuanto Rosario terminó de acostar a las niñas. Fue una cena tranquila, en la que Esteban puso a Aníbal al día de las novedades del pueblo: qué habían hecho unos y otros en la guerra, quién se había comportado como un héroe, quién había muerto o se había tenido que marchar. Luego, como Adela estaba ya en su cuarto, Rosario se levantó a recoger. Esteban rebuscó en la alacena hasta dar con una botella de coñac. Aunque estaba limpia, le pasó una servilleta por el cuello antes de dejarla sobre la mesa.

—Caballero —Aníbal leyó la etiqueta—. Buen coñac.

—La ocasión lo merece.

Bebían a sorbos, paladeando el licor, al que la débil luz de las bombillas extraía suaves brillos ambarinos. Aníbal observó el reflejo de los muebles en el cáliz redondo de la copa. Era como esos espejos en ojo de pez que en los cuadros flamencos reproducían en miniatura la composición completa.

—¿Te acuerdas de aquel espejo redondo, el del salón, el que estaba encima de la chimenea? ¿Qué habrá sido de él?

—¿Te estás burlando de mí? Sabes muy bien que lo rompí sin querer. Cuando tenía diez o doce años. Lo descolgué un día para hacer no sé qué experimento y se me cayó al suelo.

—No me acordaba, la verdad.

—¡Y menuda zurra que me llevé! ¿Tampoco te acuerdas de eso? Llegó nuestro padre a casa, notó que faltaba el espejo y casi sin preguntar lo que había pasado… —Aquí Esteban hizo una mueca de sufrimiento—. Me dejó el culo tan dolorido que estuve dos días sin poderme sentar.

Buscaron en la radio un programa de música, pero solo encontraron una de esas habituales emisiones sobre la División Azul en las que se transmitían noticias y saludos a los divisionarios. La señal, además, llegaba muy sucia y con interferencias. Aníbal apagó la

radio, agarró la botella y rellenó las copas. Su hermano, que no solía beber, se lanzó a hablar de su padre.

—No sé por qué estás tan convencido de que yo era su favorito. Me acuerdo de cómo se reía con tus gansadas. Por ejemplo, con tus imitaciones de animales. El búho, ¡wiu-wiu-wiu-wu-wu-wu!, y movías así la cabeza, con los ojos muy abiertos. O el pato, ¡cue-cue-cue-cre-cre-cre!, y caminabas con los pies separados, como un hombre rana.

—Eso fue al principio, cuando éramos niños. Luego ya…

—¿De verdad crees que me quiso más a mí?

—Se acababa de quedar viudo. Tú eras el más pequeño, el más desvalido. Era lógico que te quisiera más.

—Te voy a contar una cosa. —Esteban adoptó un tono confidencial—. Cuando nuestro padre tenía visita, me escondía debajo de la mesa camilla para espiarles. Muchas veces hablaban de nosotros y alguien acababa diciendo que lo que tenías era celos. Pero no decían celos sino pelusa. «Tu chico mayor lo que tiene es pelusa.» Yo no sabía qué era eso. ¿Pelusa? Me sonaba a enfermedad, como las paperas.

—¡Qué bueno! ¡Pelusa, una enfermedad! —Aníbal, que reía de buena gana, echó un vistazo a su reloj y bostezó—. Bueno, ya va siendo hora de que me retire a la… habitación china.

Al día siguiente se levantó con las luces del alba para llegar a tiempo de coger el primer tren. Aparte de Adela, que trajinaba en algún lugar de la casa, los únicos que estaban levantados eran nuevamente los dos hermanos. Aníbal, con el abrigo puesto y el maletín en la mano, insistía en ir a pie a la estación.

—Me apetece caminar.

—¿Seguro que no quieres que avise a Angelito? Voy a buscarlo y te llevamos en carro.

—No vale la pena. No tardo ni una hora.

Esteban lo envolvió en un cálido abrazo de despedida. Aníbal correspondió con unas palmadas desfallecidas, se subió el cuello del abrigo y echó a andar. Diez minutos después había dejado atrás el pueblo y caminaba a buen paso por la cañada. La mañana era fresca y luminosa, con esa extraña quietud de los campos vacíos. A él, que se había esforzado por borrar los recuerdos de su infancia rural, la inmensidad de la naturaleza lo sobrecogía. La expresión máxima de la soledad era algo como eso: caminar por la mañana entre cultivos abandonados, avanzar por un paraje desierto en el que era improbable que se encontrara con nadie, y más siendo Viernes Santo. Aspiró aire tratando en vano de captar alguna fragancia inhabitual. Luego aguzó

el oído en busca de un sonido que no fuera el de su propia respiración o el del viento silbando entre cañas y hierbajos. Cuando estaba a mitad de camino entre el pueblo y la estación, le llegó por la espalda el tintineo de unos cascabeles. Era el carro de Angelito, que se detuvo delante de él, como cerrándole el paso. De pie en la parte de atrás, Esteban le tendió una mano para ayudarle a subir. Aníbal, con el maletín en el pecho como si fuera un escudo, trató de resistirse:

—¿Pero no te he dicho que me apetecía caminar?

—Vamos, sube. ¿Para qué te vas a cansar? —Hizo un gesto hacia el asiento—. Ponte aquí, a mi lado. En diez minutos estamos. ¡Angelito, arréale!

En su amabilidad se percibía una rara afectación. Aníbal lo miró con el rabillo del ojo, sospechando. Con el traqueteo del carro sus torsos y cabezas se bamboleaban sincronizados, como obedeciendo a una modesta coreografía. Pasaron varios minutos antes de que Esteban se decidiera a hablar:

—¿Hoy no cantas?

—Hoy no.

—Pues ayer bien que cantabas.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

Ahora el semblante de Esteban era severo.

—Cuando te has marchado, he ido a encender el horno y mira lo que he encontrado. —Se llevó una mano al bolsillo y mostró un fragmento requemado de la flauta, aún reconocible la cenefa—. ¿Me vas a decir cómo ha llegado allí?

Si esperaba una explicación alambicada e inverosímil a la que poder aferrarse, estaba muy equivocado. La reacción de su hermano consistió en arquear las cejas y mover el bigote como Charlot. Normalmente hacía eso para hacerse perdonar. Esta vez lo hacía para burlarse. Esteban volvió a la carga:

—Ni siquiera te has molestado en asegurarte de que se quemaba del todo. Tarde o temprano, removiendo los rescoldos, tenía que encontrarla. ¿Era esa tu intención? ¿Que la encontrara? Y si la dejaste allí para que la encontrara… —Sacudió la cabeza y trató de sonreír—. Dime una cosa: ¿cuándo se te ha ocurrido? ¿Se te ha ocurrido esta mañana o lo tenías pensado desde ayer? Dímelo.

—¿Qué más da? —dijo el otro, desdeñoso—. ¿Es importante?

—Dijiste que querías quedarte con la flauta como recuerdo. «Un bonito recuerdo familiar.» Cuando lo dijiste, ¿tenías ya pensado destruirla? Dime al menos que no lo tenías previsto. Que se te ha ocurrido después, sobre la marcha. Que esta mañana te has levantado con el pie izquierdo, te ha dado la ventolera y, sin saber muy bien lo

que hacías…

En los ojos de Esteban brillaban con la misma fuerza la esperanza y la ansiedad.

—¿Eso es lo que quieres que te diga? Pues te lo digo: se me ha ocurrido de repente, por la mañana. Lo he hecho así, sin pensar. ¿Satisfecho?

—No. No estoy satisfecho. Porque eso en realidad no cambia las cosas. Y el fondo del asunto sigue siendo el mismo: ese instinto que te lleva siempre a buscar la manera de hacerme daño. ¿Cómo voy a estar satisfecho?

Sus palabras sorprendieron a Aníbal, que forzó una risita.

—¡Pero mira que eres retorcido! No es más que un trozo de madera mal tallada. ¿Quieres una flauta? Te regalaré una flauta, pero una flauta de verdad, la más cara que encuentre en Madrid.

—Este trozo de madera es mucho más que eso. Es nuestro padre. Este trozo de madera somos tú y yo. Somos nosotros. ¡Nosotros!

Esteban, que seguía sosteniendo la reliquia en una mano, le cogió del codo con la otra. Su mirada, como la de un enajenado, tenía algo que intimidaba. Aníbal torció el tórax, tratando de desasirse.

—¿Sabes qué te digo? —dijo—. Que prefiero ir andando. ¡Para, Angelito!

Angelito consultó con la mirada a Esteban, que hizo un gesto leve de asentimiento. Empezó entonces el carro a reducir la velocidad. Esteban soltó a su hermano al tiempo que este agarraba el maletín y se ponía de pie. No hubo movimientos bruscos, pero un ligero tambaleo bastó para que Aníbal pisara donde no debía, perdiera el equilibrio y saliera impelido por la parte de atrás. Cayó en mitad del camino y quedó inmóvil, doblado, sucio de polvo.

—¡Mira lo que has conseguido, imbécil! —exclamó con un hilo de voz—. ¡Me duele mucho! ¡Me he roto algo! ¡Creo que me he roto las costillas!

Por ser la hora que era, el sol estaba todavía bajo. Aníbal sintió a su hermano acercarse pero, debido al contraluz, no reparó en la pala que llevaba apoyada en el hombro. Solo la distinguió cuando la tuvo encima, su sombra cubriendo a medias la esfera solar. Esteban, sin pensárselo, le lanzó un golpe contra el cráneo. El ruido metálico quedó por unos instantes resonando en el aire, como una campanada. Aníbal miraba a su hermano con expresión incrédula, como pidiendo explicaciones: ¿pero qué estupidez era esa?, ¿qué demonios estaba haciendo? Luego se incorporó un poco y, emitiendo por la boca un soplido ronco, se frotó con rabia la cabeza. Antes de que llegara a darse cuenta, Esteban lo volvió a tumbar con un nuevo golpe, más

potente que el anterior, la pala alzándose más arriba y cayendo con más violencia. Aníbal, tendido de costado, sin fuerzas para protestar, hizo acopio de sus reservas de energía para tratar de escabullirse en dirección a Angelito, que se había descolgado del pescante para recoger el maletín y permanecía al lado del carro. Avanzaba muy poco a poco, arrastrándose como una bestia herida de muerte, el abrigo colgándole de un hombro y enredándosele en las piernas, la cara sucia de sangre y polvo, y su hermano lo seguía a pasitos cortos con la pala.

—¡Haz algo, Angelito…! ¡Angelito, por favor…!

Pero este, que lo observaba todo en silencio, no hizo ningún movimiento. En su expresión impávida había apenas una sombra de curiosidad.

—¡Angelito…! —volvió a suplicar, y el tercer golpe, ¡zas!, lo detuvo en seco.

Se dejó caer boca arriba, los ojos muy abiertos. Detrás de él había quedado un rastro de tierra removida. Buscó a Esteban con la mirada y murmuró entre jadeos:

—Soy tu hermano… ¿Se puede saber por qué…?

El otro se agachó a su lado y le habló al oído:

—¿De verdad no lo sabes? ¿De verdad no sabes por qué lo hago?

—Si es por lo del oro…

—No. No es por eso.

—¿Por lo de Paniagua?

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué?

—Piénsalo. Piensa en mi familia. Piensa en Rocío, mi hija. Piensa en tu *heredera* .

Aníbal comprendió de golpe y negó con la cabeza:

—¡Es mentira! ¡No sé qué te habrán contado pero te juro que todo eso es mentira!

Su hermano empuñó la pala por el mango como si fuera un remo. Estaba preparándose para dar el golpe último y definitivo. Las palabras de Aníbal brotaban cada vez más perentorias.

—¡Te juro que yo a Rosario siempre la he respetado! ¡Para mí es como una hermana! Haz una cosa. Vuelve al pueblo. Pregúntale. Si te dice que alguna vez, ¡aunque sea solo una vez!, me he intentado propasar con ella, ven y termina lo que has comenzado… ¡Lo tendré bien merecido!

Esteban estiró los brazos y alzó la pala por encima de la cabeza. Aníbal, desesperado, no paraba de hablar:

—Repito: una vez. ¡Con que solo hubiera sido una vez, lo tendría bien merecido! Pero yo a tu mujer siempre la he respetado. ¡Ve al

pueblo y pregúntale!

El otro movió otra vez la pala, pero para cambiarla de lado y descansarla en un hombro. Hubo una pausa de unos segundos. Aníbal supo que había conseguido lo más difícil: hacerle dudar. Pero aún tenía que terminar de convencerlo. Habló ahora con un tono de voz emocionado, persuasivo, cordial:

—¿Cómo has podido pensar que yo…? Sois mi familia, mi única familia. No tengo a nadie más en la vida. Y Rocío… Claro que Rocío era mi favorita o, como me gusta decir en broma, mi heredera. ¿Cómo no lo iba a ser si era mi única sobrina? Pero ahora lo son las dos. A Azucena la voy a querer tanto como a Rocío, ya lo verás.

Las lágrimas afluyeron a los ojos de Esteban, que ladeó la cabeza. Aníbal empezaba por fin a experimentar cierto alivio, lo que probablemente contribuyó a que se le hiciera más presente el dolor físico.

—Me duele la cabeza, Esteban… El dolor me baja por el cuello y los hombros y me llega hasta… Me duele todo… Y tengo sed, mucha sed… Tráeme agua, por favor.

Ahora su hermano era un hombre agotado, de movimientos torpes, pesados, alguien que después de hacer un esfuerzo hercúleo apenas si podía sostenerse en pie. Dejó la pala en cualquier sitio, se agarró al costado del carro como si temiera caerse y estiró el brazo hacia el botijo. Angelito, que estaba más cerca, se lo alcanzó. Él, para compensar el peso, torció el tronco hacia un lado. Visto desde abajo, tenía un aspecto ligeramente cómico, estrafalario, con un brazo encogido y el otro estirado, la base del botijo rozando la tierra del camino.

—Tienes que llevarme al médico —seguía diciendo Aníbal, implorante—. ¿Hay alguno bueno por aquí o tienes que llevarme a Segovia? Busca un coche, una ambulancia… Mira cómo sangro. Estoy sangrando mucho. ¿Tú crees que voy a morir desangrado?

Esteban llegó a su lado, hincó la rodilla en el suelo y le echó agua en los labios. Aníbal, más que saciar la sed, trataba de aclararse la boca, haciendo buches y escupiéndolos. La mitad inferior de su cara estaba ahora cubierta por un emplasto de sangre y barro. Cada varios segundos, su hermano apartaba el chorro para darle tiempo a respirar y luego se lo volvía a acercar muy despacio, con mimo. Había entre ellos una intimidad extrema, de madre e hijo. Aníbal, que poco a poco se iba recuperando, dijo:

—Gracias, gracias… Tenía la boca seca.

Esteban, que acertaba apenas a soltar unos gemidos suaves, se inclinó un poco más sobre él y le sostuvo la cabeza por el cogote como

improvisando una almohada. Parecía un gesto de afecto o protección, pero no. Fue solo un gesto de despedida. Pasados unos instantes, dejó la cabeza en el suelo, se puso de pie y alzó el botijo hasta la altura del pecho, el agua salpicándole las mangas de la chaqueta. Ahora su actitud no dejaba lugar a dudas. Aníbal tuvo apenas un momento de lucidez antes de que Esteban le reventara el cráneo con un golpe seco y certero. Sonó un ruido como de madera astillada. Unos espasmos ligeros, poco más que un temblor, le sacudieron el brazo izquierdo. Esteban agarró de nuevo el botijo y se lo volvió a estrellar en la cabeza. Lo hizo una tercera vez y una cuarta. Cada vez que lo hacía, la bóveda craneal se le hundía un poco más y el rostro se le desencajaba hasta quedar reducido a algo así como un inmenso grumo, un amasijo informe de sangre y cartílago. Con el último golpe el botijo se rompió. El cuerpo de Aníbal estaba ya inmóvil. Esteban respiraba ruidosamente por la boca. En la mano conservaba un fragmento de botijo, sucio de sangre, con restos de masa encefálica. Lo tiró al suelo y se volvió hacia Angelito. A modo de explicación dijo:

—No podía volverme atrás. Lo entiendes, ¿verdad?

Angelito dejó el maletín en el carro y acudió a su lado. Luego movió el cuerpo con la punta del pie como para certificar que no quedaba en él ni un resto de vida. Esteban volvió a decir:

—¿Lo entiendes? Tenía que hacerlo. Dime que lo entiendes. —Y dejó pasar un largo minuto antes de añadir con voz de niño—: ¿Y ahora qué, Angelito? ¿Ahora qué hago?

El otro le limpiaba la sangre con un pañuelo, le atusaba el pelo, le ajustaba la chaqueta.

—Arréglate un poco. Termina de limpiarte en cuanto llegues a casa. —Le dio un par de fuertes palmadas para sacudirle el polvo—. Si alguien pregunta, di que no lo has visto. Que nosotros íbamos por la cañada y que él seguramente atajó por un campo.

—Y con… —Esteban señaló el cadáver—. ¿Qué vas a hacer?

—Yo me encargo. Tú lárgate y no te preocupes.

—¿Lo vas a enterrar en algún sitio?

—Que te largues, te digo.

Esteban agachó la cabeza y echó a andar en dirección al pueblo.

Tenían previsto volver a Madrid por la tarde pero a primera hora de la mañana Esteban decidió adelantar el viaje. Las explicaciones que dio sonaron más bien vagas: viajaban con varias maletas y el cochecito de Azucena, era Domingo de Pascua, seguramente los últimos trenes vendrían llenos.

—Solo te digo que podías habérmelo dicho antes —replicó Rosario, todavía con la carraspera del sueño.

Mientras ella se levantaba a hacer el equipaje, él fue a buscar a Angelito, que vivía fuera del pueblo, pasada la plaza de toros, en una casa mal encalada, con ventanas pequeñas y asimétricas. Era una construcción bastante vulgar, descuidada, con hierba creciendo entre las tejas, con una veleta con forma de gallo como única peculiaridad. Esteban llamó a la puerta con la palma de la mano. Gritó:

—¡Angelito!

Pero no obtuvo respuesta.

Se asomó al cobertizo, del que sobresalían las largas varas del carro. Se asomó también al establo y echó un vistazo a las mulas. Si el carro y las mulas estaban en su sitio, no podía andar muy lejos. Rodeó la casa en dirección al secadero, una rudimentaria caseta de ladrillo con grandes huecos para que corriera el aire.

—¡Angelito! —volvió a gritar.

Como el otro seguía sin dar señales de vida, entró a mirar. Treinta o cuarenta pieles de jabalí colgaban del techo sujetas a unos marcos de madera. Parecían enormes murciélagos congelados en el momento de iniciar el vuelo. Estaban aún a medio curtir y despedían un olor ácido y penetrante que no era el olor de la putrefacción. A Esteban le pareció que en esas pieles todavía aleteaba un resto de vida. De repente, como en un fogonazo, le vino a la cabeza la imagen de su hermano, moribundo, semidesnudo, encajado en uno de esos marcos, los brazos en cruz como un Jesucristo, los ojos vueltos hacia él con expresión de leve reproche. Tuvo que taparse la cara con las manos y sacudir la cabeza para alejar de sí una visión tan siniestra. Salió de allí y aspiró con fuerza. Por el camino que llevaba al arroyo vio llegar a Angelito cargando con un voluminoso saco. Por ese lado estaba la cabaña en la que ahumaba la caza. Esteban supuso que serían perniles de jabalí. Dijo:

—Cambio de planes. Necesito que nos lleves ya a la estación.

El otro, despacioso, apoyó el saco contra la pared del secadero.

—¿Por qué esas prisas?

Justo entonces, como ratificando sus palabras, las campanas de la iglesia empezaron a sonar. Angelito apoyó un pie en el borde del pilón, empujó con fuerza la palanca de la bomba de agua y se remojó la cara y las manos. Esteban se aproximó, tratando de aparentar serenidad.

—De momento, nadie parece haberlo echado de menos. No han preguntado por él, no han… Claro que eso es aquí, en el pueblo. Supongo que, en Madrid, tarde o temprano… Pero tampoco tiene por

qué. ¿O sí? ¡Yo qué sé con qué gente se relacionaba! —dijo, embarullándose a medida que hablaba—. ¿Qué hiciste con él? ¿Lo enterraste? ¿Lo quemaste? Ya me entiendes. ¿Dónde lo…?

—Tú no tienes que saberlo.

—Es verdad. Mejor no saberlo. Así no… —Volvió a sumirse en sus pensamientos, de los que lo rescató el otro diciendo:

—¿En qué tren viajáis?

—El de las doce. Al de las diez ya no llegamos. ¡Por cierto! —Se dio una palmada en la frente y rebuscó en los bolsillos—. Toma. Esto es para ti.

Le entregó un sobre del que asomaban unos cuantos billetes de tamaños y colores desiguales. Angelito pasó la uña del pulgar por el borde y frunció los labios en un gesto de desprecio. A Esteban no le gustó su reacción. Tenía previsto explicarle que ese era todo el dinero que tenía en el pueblo. Ahora pensó que eso podía dar alas a su codicia y lo descartó. Se limitó a hacer una señal hacia el establo y el cobertizo.

—A las diez y cuarto nos recoges —dijo.

A la hora exacta, el carro esperaba delante de la puerta. Los dos hombres distribuyeron los bultos, aseguraron con correas el cochecito de Azucena y acomodaron en el asiento a las pasajeras. Como a Rocío esos viajes se le hacían muy largos, su madre trataba de amenizarlos leyendo en voz alta las fábulas de Samaniego:

—«Cantando la cigarra pasó el verano entero sin hacer provisiones. Allá para el invierno los fríos la obligaron a guardar el silencio y a acogerse al abrigo de su estrecho aposento…»

Esteban solía participar con comentarios que pretendían ser edificantes y Rosario, molesta con sus interrupciones, reanudaba la lectura con más brío: «Viose desproveída del precioso sustento: sin mosca, sin gusano, sin trigo, sin centeno…». En esa ocasión, sin embargo, Esteban, sentado en el pescante junto a Angelito, no prestaba la menor atención. La niña aprovechó una pausa para preguntar por qué había palabras como *aposento* o *desproveída* que le sonaban ajenas, como si no pertenecieran del todo a su lengua. Rosario, viendo que Esteban no decía nada, explicó:

—Es que son palabras antiguas, que ya casi no se usan. —Y le puso el libro sobre los muslos—. Ahora lee tú.

—«Habitaba la hormiga allí tabique en medio y, con mil expresiones de atención y respeto…»

Arrullada por la voz cantarina de su hija, Rosario estudió el perfil adusto e intranquilo de su marido. Cuando terminó de leer, Rocío cerró el volumen y contempló la ilustración de cubierta, en la que una

decena de chimpancés rodeaban el cuerpo yacente de un leopardo. Tal vez debido a la expresividad del propio dibujo, esa fábula era su favorita. Pedía que se la leyeran una y otra vez y no podía reprimir un escalofrío cuando se acercaba la estrofa en la que el felino dejaba de hacerse el muerto y se lanzaba sobre los monos: ¡pilla, mata, devora…! Se incorporó en el asiento y, tendiendo el libro, exclamó:

—¡Papá! ¿Me lo lees? —Pero él ni siquiera pareció oírla—. ¡Papá!

—Ten cuidado, no te vayas a caer —dijo Rosario, cogiéndola del brazo.

La niña hizo un mohín y volvió a sentarse. Su madre observó otra vez a Esteban, cuyo pensamiento se hallaba en esos instantes a muchos kilómetros de allí.

Durante todo el trayecto por la cañada los acompañó un viento de invierno que bajaba directamente de la sierra. Cuando llegaron a la estación, dejaron las cosas en la parte de atrás, más resguardada. Esteban fue a la taquilla a comprar los billetes. Rocío, asomada a la esquina, gritó:

—¡Yo vigilo el carro!

A Rosario le extrañó que el carro siguiera allí. Dejó a la pequeña al cuidado de Adela y se acercó a mirar. Al otro lado del edificio, en el callejoncito que llevaba a la caseta del guardagujas, Angelito y Esteban hablaban muy serios. Desde donde ella estaba era imposible distinguir lo que decían, pero de sus semblantes sombríos se deducía que estaban discutiendo. ¿Qué se traerían entre manos? Regresó junto a Adela y las niñas y cogió en brazos a Azucena, que se había puesto a llorar. Al cabo de unos minutos apareció Esteban con los billetes en la mano y cara de pocos amigos.

—¡El tren viene con retraso! ¡Me lo ha dicho el jefe de estación!

Finalmente, el retraso fue de apenas veinte minutos. Por suerte, su vagón iba solo medio lleno y no tuvieron que compartir con extraños el compartimento. Rocío, sentada en el lado de la ventanilla, se entretenía contando vacas. Rosario esperó a que Adela se quedara dormida para preguntar en voz baja:

—¿Estás bien, Esteban? Hace un par de días que…

—¿Un par de días que qué?

—¿De qué hablabas con Angelito?

—Vete a saber. De cosas del campo o de… Ya ni me acuerdo.

—No sé. Te noto extraño. Es como si estuvieras preocupado por algo.

Él, jovial, negó con la cabeza: ¿preocupado?, ¿por qué tendría que estar preocupado si estaban de vacaciones? Ella señaló a Rocío:

—Antes, en el carro, cuando la niña te ha pedido que… —Y

Esteban, como si acabara de caer en la cuenta de algo, zanjó el asunto diciendo:

—¡Esas fábulas! ¿Dónde están? Ha llegado el momento de leer una. Pero no una cualquiera. La fábula que más le gusta a mi querida hija. ¿Y cuál es esa fábula?

La niña, feliz, abrió el libro por la página correspondiente y se apresuró a sentarse a su lado. Él leyó los primeros versos con una indolencia irónica, casi risueña, y poco a poco fue adoptando una entonación lúgubre que aún se oscureció más al llegar al momento decisivo, ese momento que Rocío por igual temía y anhelaba:

—«… Levántase ligero y, más que nunca fiero, pilla, mata, devora, de manera que parecía la sangrienta fiera, cubriendo con los muertos la campaña, al Cid matando moros en España…»

Más que leer la fábula, la interpretaba. Sabía enfatizar las palabras clave de modo que compusieran un *crescendo* dramático que sugestionaba y sobrecogía a la niña hasta ponerla al borde de las lágrimas. Llegado a ese punto, su voz recuperaba su anterior calidez para agregar:

—¿Qué nos enseña esta fábula? Que no tenemos que fiarnos de nadie, ¿verdad? —Rocío, todavía temblorosa, asintió con la cabeza—. Que hay gente mala que trata de ganarse nuestra confianza… ¿para luego qué?

—¿Para hacernos daño?

—¡Eso es! Para luego, ¡zas!, hacernos daño, muuucho daño…

Esteban acarició el pelo de su hija, que sin levantarse del asiento volvió a situarse junto a la ventanilla. Rosario, más tranquila, envió a su marido una sonrisa de gratitud.

Nunca había habido en Madrid una sala de fiestas tan suntuosa. Nadie que entrara por primera vez era capaz de reprimir un gesto de admiración ante los fastuosos mármoles del vestíbulo, los imponentes candelabros de la escalera, las paredes decoradas con enormes espejos y con frescos. Todo allí estaba pensado para deslumbrar al cliente. Hasta el guardarropa, con mobiliario de estilo isabelino y profusión de jarrones con flores frescas, transmitía una sensación de opulencia. Valentín se quitó el impermeable y elevó la mirada hacia los altos techos, cuyos artesonados estaban revestidos con pan de oro.

—Esto es digno de la realeza —dijo, y en su voz resonó algún eco de su infancia de niño pobre.

—Dame —dijo Revilla, indicando el impermeable.

Estaba con ellos el comisario Santos. Habían salido a celebrar el

ascenso de Valentín y, de paso, a conocer Pasapoga, la sala de fiestas más lujosa de España y (decían) de Europa entera. Se dejaron guiar por un camarero que, bordeando dos de las pistas de baile, los condujo hasta un palco del segundo piso. Revilla, que estaba exultante y algo achispado, pidió una botella de champán.

—Pero del bueno. Francés —dijo—. ¡Me da lo mismo el precio!

El camarero se fue y Santos señaló una de las mesas de abajo.

—¿Habéis visto?

Los otros dos se incorporaron para mirar. Pero tampoco hacía falta asomarse demasiado. La barandilla, con forjados de formas caprichosas, estaba pensada para ver y ser visto.

—Celia Gámez —dijo Revilla.

—¿No estará con…?

Santos no terminó la frase pero todos sabían que se estaba refiriendo a Millán-Astray, del que se rumoreaba que era amante. La artista, con el pelo recogido en un moño y un vestido de noche de aires castizos, compartía mesa con media docena de caballeros que no apartaban la mirada de ella. También en las mesas vecinas estaban todos pendientes. Allá donde iba, Celia Gámez se las arreglaba para ser el centro de atención.

—Menudo es el Tuerto —murmuró Revilla.

—Querrás decir el Manco —murmuró Santos y, como Valentín todavía no podía permitirse ese atrevimiento, fue el propio Revilla el que remató el chiste:

—¡Quiero decir el Cojo! —Porque al fundador de la Legión se le conocía por cualquiera de esos apodos.

Aún estaban riendo cuando llegó el camarero y se dispuso a descorchar el champán. Como no parecía muy avezado, Santos, impaciente, le arrancó la botella de la mano.

—Deje, deje. Yo me encargo.

Presionó el corcho con los dos pulgares y, llegado el instante del taponazo, se apresuró a llenar las copas sin desperdiciar una gota. Los otros dos elogiaron su destreza y alzaron las copas para brindar. Revilla dijo:

—¡Por el nuevo inspector…!

Y Santos completó la frase:

—¡… de la Brigada Político-Social!

Hicieron chocar las copas y se las llevaron a los labios. A Revilla la espuma le subió por la nariz y le provocó un estornudo que sonó como una auténtica explosión. Del susto, dos mujeres de una mesa cercana dieron un respingo. Santos fue incapaz de reprimir la risa. Sus carcajadas, contenidas al principio, fueron creciendo en intensidad y

contagiaron primero a Valentín y a Revilla, luego a las propias mujeres y sus acompañantes, finalmente a otros clientes. Había en su alegría algo espontáneo, radiante, generoso, que hacía que nadie quisiera quedar excluido. Un estornudo y unas risas bastaron para que todos en ese palco parecieran formar parte de la misma fiesta, del mismo alborozo. Revilla se volvió hacia las otras mesas, levantó de nuevo la copa y señaló a Valentín.

—Aquí donde lo ven, con esa cara de niño… Aquí donde lo ven, que nadie le echaría ni quince años, este hombre es… Bueno, gracias a él pueden ustedes vivir tranquilos. Pueden dormir por la noche, pasear con sus hijos… ¡No digo más!

Su llaneza, unida a la seriedad de Valentín, que torcía el cuello con modestia, les granjeó la simpatía general. Santos, que también había bebido bastante, dijo:

—No irás a contarlo todo…

Pero lo dijo en un tono desafiante y socarrón que más bien animaba a seguir hablando. Revilla elevó la voz por encima del bullicio para decir:

—¡Pues claro que lo voy a contar! —Señaló nuevamente al joven inspector—. Él solo, escúchenme bien, él solo, bueno, con la ayuda de un puñado de policías, ha acabado con lo que quedaba del Partido Comunista. ¿Qué les parece? ¡Eliminado! *Kaputt!* Ya no hay comunistas en España, y los pocos que hay no se atreverán a salir de sus madrigueras… —Miró a Santos como buscando su aquiescencia—. ¡Ya, ya! Ya sé que estas cosas no deberían comentarse en público, pero yo las digo porque las buenas noticias hay que compartirlas, ¿no? Y porque estamos en buenas manos, en manos de la mejor policía del mundo: la policía de Franco. Y, sobre todo, porque…

Aquí hizo una pausa y pareció que se le había ido el santo al cielo. El propio Valentín acudió en su rescate:

—Le doy las gracias. Se las doy de corazón. Pero tampoco sé si a estos señores…

Revilla, que no le prestaba la menor atención, concluyó la frase con chulería:

—Y, sobre todo, porque… ¡Porque sí! ¡Por-que-sí! ¿No les parece suficiente motivo?

Los de las otras mesas, sonrientes, hicieron gestos de aprobación. Él se volvió hacia sus amigos y les rellenó las copas.

—¡Sigamos bebiendo! Para eso estamos aquí, ¿no? Para beber y celebrarlo. —Hizo señas al camarero para que les llevara otra botella —. ¿Verdad, Santitos? ¡Para celebrarlo!

La orquesta empezó a tocar un foxtrot. A diferencia de los

músicos, que iban enteramente vestidos de blanco, el cantante llevaba uno de esos trajes de hombros rectos y solapas tornasoladas que había puesto de moda Antonio Machín. Micrófono en mano, bajó hasta el borde del escenario, solo un escalón por delante del director, el orondo José Gea, y cantó:

—«La otra tarde mi amor encontré, esa chica que siempre soñé, elegante, graciosa y bonita, ¡che, qué chica, che…!»

La mesa de Revilla estaba muy cerca de la orquesta. Para hablar entre ellos tenían que acercar las cabezas y levantar mucho la voz, así que la conversación acabó quedando en suspenso. Un par de canciones después, a Santos empezó a entrarle el sueño.

—¿Qué hora es? —preguntó, reprimiendo un bostezo.

—Ahora no te puedes ir.

Indicó con la barbilla la mesa de Celia Gámez. La iluminación de la sala se había atenuado, y a Santos le costó reconocer al caballero que se había acercado a saludar y se resistía a soltarle la mano.

—¿Quién es? —dijo, forzando la vista—. ¿Arrese?

Lo vieron reunirse con su pequeño séquito de falangistas uniformados y cruzar la pista en dirección al bar. El pasillo estaba en el lateral del escenario, así que el grupito tenía que pasar justo por debajo de su palco. Revilla y Santos, esperando que el ministro levantara en algún momento la mirada, fueron incorporándose en sus asientos para no perderlo de vista y acabaron asomando medio cuerpo por encima de la barandilla. Volvieron a sentarse. Revilla preguntó:

—¿Y los otros? ¿Los conoces?

—Empleados de la Secretaría General, supongo. Tiene el despacho aquí al lado, en la sede de la calle de Alcalá.

—Tú haz lo que quieras. Yo tengo que hablar con él.

—¿De qué?

Revilla buscó con la mirada al camarero e hizo el gesto de pedir la cuenta.

—¿De qué va a ser? De lo mío. La Comisión no da para más. Las cosas duran lo que duran. Es el momento de cambiar de aires.

—¿Ya sabes qué cargo le vas a pedir?

—Algo en Abastos no estaría mal. O, si no, en Combustibles. Aunque no ignoro que todo se ha llenado de oportunistas y aprovechados…

Santos agitó la cabeza con escepticismo.

—Cuando un águila agarra a su presa, no hay manera de hacer que la suelte.

—¿Águilas? ¡Son peores que eso! Son buitres, ¡aves carroñeras!

Hablaban como si Valentín no estuviera presente. Revilla se hizo

cargo de la cuenta, dejando una generosa propina que el camarero agradeció con una pequeña reverencia. Se detuvieron al pie de la escalera. Desde allí se veía el bar, con la barra en forma de medio óvalo, taburetes giratorios y lámparas de araña que lo iluminaban todo con destellos de colores. Arrese, de espaldas a ellos, hablaba con sus acompañantes mientras un barman agitaba con brío la coctelera. Revilla se volvió hacia Valentín.

—No, tú no vengas —le dijo.

El otro lo miró perplejo. En un instante había dejado de ser el homenajeado para convertirse de nuevo en su subalterno. Pero fue solo eso, un instante. Revilla, dándose cuenta de que ya no iba a poder tratarlo como hasta entonces, rectificó antes de que Valentín llegara a expresar ninguna objeción:

—Tienes razón. ¿Por qué no? Ven y te lo presento. —Y, tras un breve titubeo, añadió—: ¿Has pensado en ingresar en Falange? Creo que te conviene, si quieres seguir ascendiendo. Últimamente están muy quisquillosos y no admiten a todo el mundo, pero no te preocupes. Si te avalo yo, no tendrás problemas.

—Muchas gracias, don Matías.

La música de la orquesta llegaba al bar muy amortiguada. El ministro los vio venir y los saludó con el chiste clásico del comisario:

—¿Cómo quieres que te llame hoy, Santos? ¿Por el nombre o por el apellido?

Intercambiaron abrazos, palmadas en la espalda, viejas bromas de camaradas. Al igual que Valentín, los subordinados de Arrese se mantenían en un discreto segundo plano. Eran los tres bastante jóvenes, tal vez de la edad de Valentín, y sus camisas azules parecían recién planchadas. Revilla los miró con ligero desdén: alguno de ellos ni siquiera habría hecho la guerra. La situación no podía ser más propicia.

—Supongo, José Luis, que te habrá llegado la memoria que he redactado… —dijo, y para sentarse en el taburete dio un calculado rodeo con el que consiguió aislar al ministro. Como este no parecía reaccionar, insistió—: La memoria de la Comisión Revisora, quiero decir. Te la volveré a mandar, por si se ha traspapelado. Échale un vistazo. Ahí está todo lo que he hecho durante estos años. Y lo que he hecho es… todo. Todo. Me he recorrido todas las regiones militares, he preparado un inventario exhaustivo de los bienes recuperados, los he devuelto a sus legítimos dueños… En resumen, no queda nada por hacer. Y ya sabes que yo no aguanto estar de brazos cruzados. Tengo que hacer cosas, tengo que trabajar, tengo que… Los de la vieja escuela somos así: donde haga falta echar una mano, allí estaremos. Si

hay que arrimar el hombro, siempre seremos los primeros. Supongo que entiendes lo que quiero decir.

Arrese, que no había parado de acariciarse el bigote, hizo un gesto de asentimiento y levantó una mano.

—Descuida, Matías. Alguien como tú, de una ejecutoria impecable, una lealtad a prueba de bomba… España no puede permitirse prescindir de sus mejores servidores. Déjalo en mis manos. Los nuevos nombramientos están al caer. Seguro que tu nombre anda por ahí. Y, si no, ya me encargaré yo. —Le dio una fuerte palmada en el hombro y se volvió hacia la barra, en la que un segundo barman terminaba de preparar un combinado de intenso color rojo—. ¡Esto sí que es un negroni! ¿Te apetece uno?

Santos se acercó y cerró el corrillo en torno al ministro. Este, que esa noche estaba particularmente locuaz, habló de la limpieza que había ordenado llevar a cabo dentro de Falange.

—¿Sabéis dónde está ahora mismo Gerardo Salvador? —Echó un vistazo cauteloso a su alrededor y adoptó el tono de las grandes revelaciones—. En Alemania. ¿Qué se le habrá perdido a él allí? Supuestamente ha ido para estudiar el modelo nazi y aplicarlo a la Organización Sindical, pero yo no me lo termino de creer. ¿Qué demonios estará tramando? No me extrañaría que dentro de poco tuviéramos que expulsarlo. —Dio un nuevo trago a su copa—. En fin, ¿os apetece probar el negroni o no?

Revilla, temiendo que la conversación se extraviara, trató de reencauzarla:

—Gerardo es solo uno de los muchos a los que hay que echar. Haces bien en poner orden. En Falange ha habido mucha manga ancha. Hemos admitido a demasiados revoltosos, demasiados oportunistas.

—Es lo que siempre he dicho: pocos pero buenos. —Arrese miró a Santos con malicia e hizo un ademán afectado fácil de interpretar—. ¿No le has contado lo de…?

Santos negó con la cabeza. Revilla no entendía nada.

—¿Pero de quién estáis hablando?

—¿De verdad no te has enterado? —Arrese volvió a fingir afeminamiento—. Felipe Ximénez.

Los rumores decían que el escritor Felipe Ximénez de Sandoval, delegado nacional de Falange Exterior, había sido descubierto con otro hombre en circunstancias más que comprometedoras.

—¿Felipe, un invertido? —dijo Revilla, sin acabar de creérselo.

—Como lo oyes. Serrano Suñer está intentando taparlo pero, cuando estalla un escándalo así, no hay manera de tapar nada. ¡Es una

verdadera bomba! Ya lo han echado del cuerpo diplomático. Y la expulsión del partido es inminente.

—Felipe, un invertido —repitió Revilla, pero ahora creyéndoselo.

De golpe, los tres se echaron a reír con la perversa alegría con que se celebran las desgracias ajenas. Sus palabras y sus risas se entrecortaban, ¡si ya decía yo que…!, ¡Felipito, Felipito…!, ¡ay, Felipe de mi alma!, y la algazara no se interrumpió hasta que Arrese hizo el gesto de acordarse de algo.

—¡Por cierto! Ya se ha abierto el plazo para la medalla. Cuanto antes la solicitéis, mejor. Hoy mismo se ha publicado en el boletín. —Dio un paso hacia sus jóvenes colaboradores y preguntó—: ¿Tenéis por ahí los dibujos? —Pero los otros hicieron gestos de negación y regresó junto a sus dos amigos—. La noticia es que ya sabemos cómo será.

Se refería a la recién creada Medalla de la Vieja Guardia, que iba a distinguir a quienes acreditaran ser miembros de Falange o la Comunión Tradicionalista con anterioridad a febrero de 1936. A dos camisas viejas como Revilla y Santos nada podía causarles más satisfacción: para los oportunistas, precisamente para ellos, no habría ninguna medalla.

—Once luceros dorados de cuatro puntas, un fondo de esmalte negro que representa el cielo nocturno, dos ramas de laurel alrededor… —prosiguió—. La cinta será roja y amarilla y llevará bordados el yugo y las flechas o…

Revilla, sin ocultar su desprecio, completó la frase:

—O la Cruz de Borgoña.

—O la Cruz de Borgoña —confirmó el ministro.

—¡Ay, los jodidos requetés!

Los falangistas de antes de la guerra seguían considerando una ofensa el Decreto de Unificación que los había obligado a juntarse con los tradicionalistas y no desaprovechaban la oportunidad de burlarse de ellos. Arrese, guasón, canturreó una versión paródica de una vieja canción carlista:

—«Tápate el culo, tápate, que se te ve el requeté…»

Nuevamente se echaron los tres a reír. Santos y Revilla seguían bromeando cuando Arrese reparó en la presencia de Valentín.

—Tú no serás requeté.

—No, señor, claro que no.

Intervino Revilla:

—Te presento a Valentín Aja, de la Brigada Político-Social. Estábamos celebrando su ascenso a inspector.

—Inspector —repitió pensativo el ministro, que luego añadió—:

¿Dónde hiciste la guerra, hijo?

Hubo un instante de silencio. Revilla, tras intercambiar una mirada con el joven policía, volvió a hablar:

—Se infiltró en los comunistas para sacarles información. Gracias a eso no levantan cabeza. Ni la levantarán.

—¿Se infiltró, has dicho?

—Exacto. Podemos decir que es un héroe de la quinta columna. ¿No te digo que, siendo tan joven, ya es inspector?

Sin faltar del todo a la verdad, modificando solo algún detalle menor, Revilla acababa de convertir en heroico un pasado deshonroso. Solo faltaba que Arrese, que seguía sopesando la información como si no terminara de creérsela, la diera finalmente por buena. Pasados unos segundos, se acarició de nuevo el bigote y dijo:

—Para la Medalla de la Vieja Guardia, me temo que eres demasiado joven. Pero, desde luego, méritos no te faltan. Enhorabuena, muchacho. Los españoles de bien estamos orgullosos de ti.

Siguió hablando de la medalla, que estaba previsto que el Caudillo en persona impusiera póstumamente a José Antonio el siguiente 18 de julio. Valentín buscó con la mirada a Revilla y le envió una sonrisa de reconocimiento y gratitud. Sus antecedentes como joven comunista habían quedado definitivamente sepultados.

El abrigo de pelo de camello le confería un aspecto estrafalario, como si fuera disfrazado. Era un viernes de mediados de abril y los fríos invernales habían quedado atrás. Ya ni los ancianos iban así de abrigados. El portero, receloso, asomó la cabeza fuera de la garita.

—¿A qué piso va?

—Al del señor Ruiz Flores —dijo Angelito.

—Segundo derecha —informó el otro innecesariamente, porque lo ponía en el rótulo del portal.

Esteban, que estaba trabajando en el taller, no pudo evitar un sobresalto cuando Adela le anunció su presencia.

—Voy —dijo, quitándose la bata blanca.

Angelito seguía en el rellano. Al verlo en la penumbra con aquel abrigo y aquel maletín, contuvo la respiración. De una complexión y una estatura parecidas a las de su hermano, por un instante tuvo la sensación de que había regresado de entre los muertos para pedirle explicaciones.

—¿Todo en orden, don Esteban? —gritó desde abajo el portero, que, agarrado a la barandilla con su brazo bueno, vigilaba a través del

hueco de la escalera.

—Sí, sí. Gracias, Herminio.

Se hizo a un lado e indicó el camino hacia el salón. Bien afeitado, oloroso a polvos de talco, el pelo aplastado por la brillantina, estaba claro que Angelito llegaba directamente de la barbería. Cuando se quitó el abrigo, a Esteban le pareció que lo hacía solo para exhibir su traje recién comprado, de botonadura cruzada y tela de espiguilla. Luego le vio echar un largo vistazo a su alrededor, demorándose en los objetos más valiosos (el reloj antiguo con la figura del dios Cronos, el bajorrelieve en plata de *La última cena* , la cómoda de roble con adornos de taracea), y pensó que la suya era una mirada de perito o de tasador. Mandó a Adela a la cocina a preparar café y se encaró con él.

—¿Estás loco? Dime lo que tengas que decirme y te vuelves al pueblo. No deberías haber venido. ¡Pero qué imprudencia, Dios mío!

Angelito, relajado, se dejó caer en un sillón.

—¿Por qué esas prisas? Aún no me han traído el café y ya me quieres echar. ¿Y tu mujer? ¿Y las niñas? ¿De paseo?

—Acabemos de una vez. Dime cuánto quieres.

—¿Me estás hablando de dinero?

—¿De qué, si no?

—A lo mejor no lo has entendido: ninguna cantidad será suficiente.

Esteban soltó una risa forzada.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que has matado a tu hermano. Por una cosa así, no sé si lo sabes, te mandan al garrote vil. ¿Y cuánto vale librarse del garrote? Dímelo tú: ¿cuánto vale? No, ya no puedes elegir entre vivir mejor o peor. Ahora tienes que elegir entre vivir y no vivir. Y eso no tiene precio. No se paga con dinero. ¿Entiendes por qué digo que cualquier cantidad será siempre insuficiente? —Al oír que Adela llegaba con la bandeja, bajó la voz—. ¿Qué te pensabas? ¿Que porque soy un salvaje no sé lo que valen las cosas?

—¿Lo sirvo en la mesita redonda?

La criada tardó solo un momento en poner las tazas, la jarrita de la leche, la cafetera, el azucarero y el plato de pastas, pero a Esteban se le hizo eterno. En cuanto la chica se alejó, volvió a hablar.

—A lo mejor no te has dado cuenta de que, si me cogen a mí, te cogen también a ti, que fuiste mi cómplice. Y un cómplice de asesinato es también un asesino. Al garrote vil iríamos juntos.

Angelito dio un mordisco a una pasta y la dejó en el borde del plato. Luego pasó varios segundos revolviendo su café. Se comportaba

con una mundanidad algo ostentosa, artificial, como si estuviera copiando los gestos de otra persona. Volvió a mirar el reloj, el bajorrelieve, la cómoda, y dijo:

—Tienes mucho que perder, Esteban. Un buen trabajo, una familia, una posición social. En cambio, yo… Yo tengo muy poco que perder y mucho, mucho que ganar. —Dejó la taza sin llegar a acabársela y buscó algo con la mirada—. ¿Dónde tienes el taller? ¿Por qué no me lo enseñas? Quiero ver dónde trabajas.

Esteban lo llevó al taller y, como si de verdad deseara satisfacer una curiosidad sincera, le fue diciendo el nombre y la función de cada herramienta: los buriles, las espátulas, las cubetas, los moldes, la balanza de precisión. Angelito tocaba las cosas, se las acercaba a los ojos y las volvía a dejar en su sitio. Esteban comprendió que la suya no era una mirada de perito o de tasador sino de propietario. La prótesis en la que estaba trabajando había quedado a medias sobre la encimera metálica. Era una corona con tres piezas de oro que tenía que entregar esa misma tarde. El otro dijo:

—Si es por mí… —Y le instó por señas a concluir su trabajo.

Esteban se puso la bata, se sentó y agarró la lupa, pero enseguida se avergonzó de su propia docilidad. Buscó con la mirada a Angelito, que había abierto el armario y sostenía el soplete como si fuera un pequeño revólver.

—Deja eso. No es un juguete —dijo y, como Angelito no le hizo caso, tuvo que levantar la voz—: ¿No me has oído? ¡Que dejes eso!

—Bueno, bueno, tampoco es para ponerse así… —contestó el otro, burlón.

—Ya va siendo hora de que liquidemos este asunto.

En el cajón inferior, el único cerrado con llave, había una caja de caudales. Era del tamaño y la forma de un ladrillo, con refuerzos de hierro en los cantos y remaches redondeados. Esteban la abrió y expuso su contenido como quien ofrece un puro habano.

—Es todo lo que tengo. Pensaba llevártelo al pueblo. He vaciado mi cuenta corriente. Te juro que no tengo nada más.

Había allí cuatro fajos de billetes de cincuenta y cien pesetas. Angelito hizo un rápido cálculo mental, la codicia brillándole en los ojos, y soltó un silbido de admiración: aquello era una pequeña fortuna. Como un tahúr que se dispone a barajar, cogió un fajo y le pasó el pulgar por el extremo. Luego, remedando el acento argentino, murmuró:

—Por la plata baila el mono. —Y empezó a repartirse los billetes por los distintos bolsillos.

Esteban, que solo quería acabar cuanto antes, salió un momento y

volvió con una cartera de piel.

—Aquí lo llevarás mejor.

—¿Y el maletín de Aníbal?

—No quiero que lo uses.

Angelito se encogió de hombros. Mientras él redistribuía parte del dinero, Esteban guardó la caja de caudales y cerró con llave el cajón. Después, sin saber muy bien por qué lo hacía, volvió a quitarse la bata. Se asomó a la puerta que daba acceso a la vivienda y gritó:

—¡El abrigo, Adela! ¡Angelito se va!

Un minuto después, lo acompañó hasta la escalera. Cuando ya se habían despedido y estaba a punto de cerrar, Angelito golpeteó con los nudillos la cartera y pasó la cabeza por la correa para colgársela en bandolera.

—No pensarás que con esto quedamos en paz —dijo.

—¿Estás bromeando? Tú nunca habías visto tanto dinero junto. Y te repito que no tengo nada más.

—¿Pero cómo voy a tener que explicártelo? Ahora todo lo tuyo me pertenece. Todo. Tu taller, tu casa, tu mujer, tus hijas… Todo. También tu tiempo. Por si no lo has entendido, ahora trabajas para mí. Yo soy tu jefe. Vendré todos los meses y me enseñarás las cuentas. ¡Y que no me entere yo de que intentas engañarme!

Incapaz de replicar, Esteban cerró la puerta, volvió al salón y se derrumbó en el sofá. El corazón le latía con tal fuerza que las palpitaciones le retumbaban en los oídos. Por escapar de un chantaje había acabado cayendo en otro. Por no venderle el alma a Aníbal se la había regalado a Angelito. Por librarse de un problema se había metido en otro mayor. Las cosas no habían podido salir peor.

Pero tampoco tuvo tiempo para lamentarse, porque enseguida volvió a oírse el ruido de la puerta. Era Rosario, que llegaba con las niñas. Rocío jugaba con una perinola que tenía cada faceta pintada de un color diferente.

—¡Si sale amarillo o rojo, gano yo! ¡Si sale verde o azul, ganas tú! —gritaba.

—Vete a tu cuarto —ordenó muy seria Rosario, que luego se acercó a su marido y susurró—: ¿Qué hacía ese aquí? ¿Y por qué llevaba el abrigo de Aníbal?

—¿A quién te refieres? ¿A Angelito? —Esteban trató de ganar tiempo haciendo alguna carantoña a la pequeña Azucena, que dormía en el cochecito con la boca entreabierta—. Tenía no sé qué asunto en Madrid y se ha pasado un momento a saludar.

—¿Y el abrigo?

—No me he fijado, la verdad. Pero seguro que no era el de…

—Y ese de ahí… —Señaló el sillón—. Es su maletín.

—¡Ah, sí! Para eso ha venido. Ha venido a traérmelo. Por lo visto, Aníbal lo perdió o se lo olvidó en algún sitio, alguien del pueblo lo encontró y Angelito, que tenía que venir a Madrid…

Rosario negó con la cabeza. Era evidente que no se creía ni una palabra.

—¿Qué ha pasado, Esteban? No me gusta nada ese hombre. ¿Qué líos te traes con él?

—¿Líos? ¿Por qué dices líos? Ni líos ni nada.

—¿De qué hablabais el otro día en la estación? Os vi discutir.

—¡Qué tontería! Estábamos hablando de… Fíjate si sería poco importante que ni me acuerdo.

Como en un impulso instintivo de defensa, Rosario subió la capota del cochecito, lo que obligó a Esteban a apartar el brazo. Rocío, que llevaba puesto el uniforme del colegio, se había sentado a jugar en el pasillo. Sin salirse de los límites de una baldosa, la perinola giraba sobre sí misma describiendo pequeñas constelaciones de círculos y se tumbaba de golpe con un pequeño repiqueteo. La niña cantaba los resultados con voz chillona: ¡amarillo!, ¡verde!, ¡amarillo otra vez! Rosario, acercando su cara a la de su marido, habló con voz trémula:

—¿Qué ha pasado? Dímelo. —Y, como él no contestaba, no le quedó otra opción que seguir preguntando—: ¿Qué sabes de tu hermano? ¿Has hablado con él últimamente? ¿Sabes si está en Madrid?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Supongo que sí, que estará en Madrid. Pero no lo sé. Ya es mayorcito. Sabe cuidar de sí mismo. No soy su guardián.

Del pasillo llegó nuevamente la voz de Rocío:

—¡He ganado, mamá! Ahora tú, papá. Elige los colores.

Pero su padre, que estaba a punto de perder el control de sí mismo, ni siquiera la escuchaba.

—¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Por qué ese interés? Si está en Madrid, bien. Y si no, bien también —continuó—. ¿No estás hablando demasiado de Aníbal? ¿Qué ocurre? ¿Que lo echas de menos?

Como si acabara de recibir una bofetada, Rosario se llevó una mano a la mejilla. La voz de Esteban adoptó un tono lúgubre, avieso:

—En el fondo, la culpa de todo la tienes tú. Si no hubieras dado pie, si no te hubieras mostrado tan…

—¿Tan qué…? Termina la frase.

—Olvídate.

—¡Oh, Dios! ¿De verdad has llegado a pensar que él y yo…? ¡Termina la frase! ¡Di lo que ibas a decir!

—No he hablado. No he dicho nada.

Pero en la imaginación de su mujer se habían abierto camino todas las posibilidades, hasta las más extremas.

—¿Qué has hecho? Dime qué has hecho. Júrame que no has hecho ninguna locura. Júrame que…

Esteban se puso la mano en la boca a modo de mordaza. Cuanto más le pedía ella que hablara, más vehementemente negaba él con la cabeza. No había creído a su hermano en la cañada, pero ahora sí creía a su mujer. Así pues, había matado a Aníbal para nada, sin motivo. ¿Cómo no tratar de acogerse al silencio y desear enmudecer para siempre, eternamente? Cualquier frase que pronunciara solo serviría para aumentar la crueldad de aquel sinsentido. Rocío, que había asistido a la última parte de la discusión, gritó:

—¡Estás sangrando, papá!

En su afán por mantenerse en silencio, había encajado los labios entre el pulgar y el índice y apretado los dientes hasta hacerse sangre. Observó con incredulidad el jirón de piel que le colgaba medio arrancado y se envolvió la mano en el pañuelo. Una mezcla de sangre y saliva le teñía el mentón de un rosa desleído y sucio.

—No es nada, no es nada… —dijo, y de repente clavó en la niña una mirada febril—. ¿No querías que jugara contigo? ¡Vamos a jugar! ¡Dame esa peonza y te enseño a lanzarla!

Pero ella, asustada, llorosa, corrió a guarecerse detrás de su madre, que no sabía cómo reaccionar porque nunca había visto a su marido comportarse así. Parecía otra persona, un desconocido que hubiera adoptado sus rasgos y su voz para hacer y decir cosas que él nunca haría ni diría. Parecía un endemoniado, uno de esos hombres a los que, según los viejos cuentos de brujas, el diablo se les metía en el cuerpo. Rosario acertó a decir:

—Esa herida la tiene que ver un médico. ¡Adela, sube a casa del doctor Ortega y dile por favor que…!

Pero él la interrumpió:

—No hace falta. Deja en paz a ese matasanos. Estoy bien. Estoy perfectamente. —Y sin mirar a la criada, que lo observaba todo desde el pasillo, ordenó—: Tráeme el gabán. Tengo que salir a hacer un recado.

El dolor no empezó a manifestarse hasta pasados varios minutos. Había echado a andar sin un rumbo preciso y se detuvo a mojarse la mano en una de las fuentes del paseo del Prado. Lavó el pañuelo, lo escurrió un poco e improvisó un vendaje. Le costaba mover los dedos

debido a la creciente hinchazón pero, en cuanto al dolor, casi lo agradecía porque era un dolor concreto, localizado, no como ese otro, difuso, indefinido, que lo corroía por dentro y dificultaba su respiración. Se pasó la manga por la cara. Con la ropa mal puesta y aire de enajenado, cualquiera podría tomarle por uno de esos pordioseros que mataban las horas en el Retiro esquivando a los policías municipales.

Unos minutos después, cruzó en dirección a la estación del Mediodía. En el vestíbulo, como siempre, el bullicio de los viajeros que entraban o salían de los andenes era enorme. Parado ante uno de los paneles informativos, se dijo que si sus pies lo habían llevado hasta allí sería por algo. ¿Debía obedecer ese oscuro impulso de escabullirse, huir, desaparecer? Llegó a ponerse en la cola de las taquillas, pero no aguantó demasiado. Cuando ya estaba a punto de tocarle el turno, abandonó la fila y salió por una de las puertas laterales, la que daba a Méndez Álvaro. La calle discurría en paralelo a los raíles, separada primero por unos almacenes y luego por una tapia. A partir de cierto momento la tapia desaparecía y quedaba a la vista una apretada geometría de vías que se abrían hacia el horizonte dibujando una palmera futurista. En la cabeza de Esteban aún resonaba la voz de Angelito diciéndole aquello de que ya solo podía elegir entre vivir y no vivir. ¿De verdad era esa su única disyuntiva? ¿Tan pequeña y limitada se había vuelto su existencia? Se acordó de su padre cuando, ya arruinado y enfermo, tuvo que vender sus escasas propiedades para indemnizar a los acreedores. ¿A eso quedaba reducida la vida de un hombre, después de todo?

El sol, entretanto, había empezado a esconderse detrás de los tejados. Esteban caminó por apartaderos y vías muertas, entre plataformas y vagones con aspecto de abandonados. Los escasos trenes que circulaban a esas horas repartían una luz desvanecida, como envuelta en neblina. Protegido por la oscuridad, echó a andar hacia la explanada central. No había nadie por allí, así que solo tenía que elegir la vía correcta y acurrucarse entre las traviesas. Las palabras de Angelito, unidas al recuerdo de su padre, le transmitían un mensaje inequívoco: échate a la vía, lánzate delante del primer tren, acaba de una vez con todo esto. Sin duda era eso lo único que podía hacer, pero había algo mucho más poderoso que cualquier certeza: el miedo. El miedo de Esteban era superior a todo. Superior a la lógica impecable de sus razonamientos, superior a su noción de oprobio o de dignidad, superior también a ese dolor interno que no lo abandonaba ni un solo instante, el dolor del alma. Si no había tenido valor para escapar, ¿cómo iba a tenerlo para matarse? Si no había sido capaz de subirse a

un tren, mucho menos lo sería de tenderse entre unos raíles y esperar a que una locomotora lo reventara, lo despedazara, lo redujera a una masa informe y sanguinolenta. Cruzó todas las vías sin llegar siquiera a detenerse. Cuando quiso darse cuenta, había pasado al otro lado, un descampado que se usaba como vertedero. Esteban cerró los ojos y soltó un gemido infantil. Siempre había sido un cobarde.

Ahora caminaba hacia ningún sitio. No tenía propósitos ni planes. Lo único que sabía era que no iría al encuentro de nada ni escaparía de nadie. Simplemente iría, y lo que tuviera que ser sería. Buscando una fuente en la que volver a lavarse, recorrió varias calles llenas de tabernas, mesones y tablaos. Acabó en la plaza de Santa Ana. En el Teatro Español representaban un drama de Benavente titulado *La honradez de la cerradura* . Era la hora de la sesión de noche. Entre la gente que se apiñaba ante las altas puertas pululaba una nube de pedigüeños, pícaros y ladronzuelos. Esteban pensó que en ningún sitio estaría mejor que allí dentro, en la platea, hundido en una butaca cualquiera, protegido por la penumbra, dejándose arrullar por las voces de los actores, las exclamaciones del público, las toses. Pero no se atrevió. Temió que, con las manchas de sangre, el vendaje sucio, el desaliño general, lo tomaran por un mendigo y le denegaran el acceso. Peor aún: temió encontrarse con algún conocido y que este lo alejara de sí como se aleja a un indeseable. Esteban había dejado de pertenecer a su mundo acomodado y burgués para incorporarse al lumpen. Su sitio no estaba ya entre los que esperaban para asistir a la función, sino entre los carteristas y rateros que permanecían al acecho de los posibles descuidos.

Cruzó la plaza, siguió hasta Carretas y salió a la Puerta del Sol. A esas horas las busconas abandonaban los tugurios de los callejones y se dejaban ver en los lugares más concurridos. Si durante el día estaban obligadas a mantenerse ocultas, por la noche se convertían en las auténticas dueñas de la calle. Aquel territorio era ahora suyo. Podían permitirse hacer lo que quisieran: exhibirse con descaro ante las filas del tranvía, abordar a los posibles clientes, incitarlos con zalemas y cumplidos. En la esquina de Montera, mientras se zafaba de una prostituta empeñada en colgársele del hombro, un presentimiento cruzó su cerebro a la velocidad de una centella: Angelito no podía andar muy lejos. Si no había llegado a tiempo de coger el último tren de vuelta o simplemente se había quedado en Madrid para festejar su buena racha, ¿a qué sitio sino a ese acabaría yendo alguien como él, tosco, primario, agreste? Llegó Esteban a la Gran Vía. A partir de allí avanzó despacio, asomándose a las bocacalles de uno y otro lado, que estaban en plena ebullición: Valverde, Chinchilla, Jacometrezo,

Libreros. Su actitud vigilante no pasaba inadvertida. Enseguida había alguna mujer de labios pintarrajeados y muslos reventones que se le acercaba con un provocativo meneo de caderas. Esteban decía:

—Estoy buscando a un amigo. —Y hacía una descripción somera de su apariencia, su ropa, su comportamiento—. Se llama Angelito.

Lo encontró veinte minutos después en una sórdida callejuela que daba a San Bernardo. Llevaba el abrigo mal puesto, tenía manchas de vino en las solapas y en ese momento estaba refregando el morro en los pechos de una prostituta, que lo celebraba con grandes risotadas. Sacudió a Esteban un violento arranque de odio. Fue algo instantáneo, fulminante, un impulso irracional que por un lado le enardecía reclamando venganza y por otro le premiaba con un efecto tonificante. Desearle a aquel tipo la muerte inmediata le hizo sentir vivo otra vez. De golpe, las cosas recuperaron la dirección, el sentido. Si en la estación le había faltado valor para escapar y para matarse había sido porque así lo había decidido el destino, que sin duda tenía otros planes para él. Durante las últimas horas había estado recibiendo un mensaje que no había acertado a descifrar. Ahora ese mensaje se le presentaba diáfano, transparente: liquida a esa escoria, elimina a ese desaprensivo, libera a la sociedad de esa hez, ¿por qué tendrías que sentir ningún escrúpulo, tratándose de un delincuente y un miserable?, haz justicia, haz que el bien se imponga sobre el mal, acaba con él y se acabarán tus problemas, devuelve la armonía a tu vida y contribuirás a devolver algo de armonía al mundo…

—¡Olé, toro, olé! —oyó que decía la puta, riendo alborozada.

En su jueguecito de borrachos se habían repartido los papeles: ella, el picador; él, el toro. Angelito se apartaba zigzagueando, emitía un torpe bramido e iniciaba la embestida, que solo concluía cuando lograba hundir la cara en el escote. Con esa comedieta daban vueltas sobre sí mismos pero apenas si se alejaban del sitio. Esteban observaba la escena desde la parte peor iluminada de la calle. Protegido por un sentido de la predeterminación, le invadía una sensación de total impunidad. Ahora, mientras decidía el cómo y el cuándo, se limitaba a tenerlo localizado. Luego haría lo que tuviera que hacer.

—¡Olé, torito, torito bravo! —seguía oyéndose la voz de la mujer.

Doña Matilde se acordaba muy bien de Revilla, aunque este no había vuelto por la casa de huéspedes desde la primera vez. Mientras lo guiaba por el pasillo, no paraba de repetir:

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Qué desgracia!

La habitación ya no era la de dos años atrás, estrecha e interior.

La de ahora era casi una suite: a la derecha, la alcoba, y a la izquierda, el saloncito, con un pequeño mirador que daba a la Gran Vía. Un biombo decorado con motivos florales señalaba simbólicamente la separación entre los dos espacios. A uno y otro lado, sendas tulipas amarillentas distribuían de forma desigual una luz vieja y gastada. La patrona siguió con su cantinela, ¡qué desgracia, qué desgracia!, hasta que Revilla la interrumpió:

—Vino la policía, supongo.

—No pararon de hacer preguntas.

—¿Se llevaron algo?

—Estuvieron rebuscando, revolviéndolo todo. Pero llevarse, llevarse…

—Agendas, papeles, documentos… Objetos de valor.

—No sabría decirle. ¿Papeles, dice?

Revilla estuvo seguro de que también la mujer había rebuscado por todas partes. Solo por probar, dijo en tono acusador:

—¿Y el reloj de oro?

—¿Qué reloj de oro? —contestó la otra, dando un respingo.

El armario, de dos cuerpos, estaba abierto. Había tanta ropa dentro que podría sostenerse por simple presión, sin necesidad de perchas. Doña Matilde estiró una manga y le pasó la mano por encima como para quitarle pelusas.

—Era muy presumido. ¡Mire qué tejido tan bueno! ¡Pura seda! Se gastaba fortunas en ropa. Alguien tendrá que hacerse cargo de esto. ¿Sabe usted si el señor Aníbal tenía más familia? Por aquí no ha venido nadie, salvo la policía y usted. ¿Quién puede ser su heredero?

Entre las filas de zapatos sobresalían las cabecitas redondas de sendas agujas de tejer. Revilla las sacó y las observó pensativo. Una de ellas, extrañamente, tenía la punta torcida.

—¿Le gustaba hacer ganchillo?

—No, que yo sepa.

Se sentó en el borde de la cama, que era de hierro, y con la uña fue golpeteando la cabecera, las patas, los tubos de la estructura. Todos menos uno sonaban a hueco. Desenroscó el remate de latón, que estaba casi suelto, e introdujo la aguja de la punta torcida. Sacó un primer fajo de billetes enrollados, después un segundo, luego otro más… A su lado, doña Matilde lo miraba con codicia pero sobre todo con rabia: ¿cómo no se le había ocurrido a ella buscar allí? Siguió hurgando dentro del tubo hasta que la propia resonancia del metal indicó que no quedaba nada más. En total había seis fajos de billetes. Se guardó cinco en un bolsillo y entregó el sexto a la mujer.

—Tome. Por las molestias. —Y, aunque no tenía que dar ninguna

explicación sobre el resto del dinero, se tocó el bolsillo y añadió—: Me encargaré de hacérselo llegar a los herederos.

Ella, vigilante como un ave de presa, señaló el armario.

—Y eso, ¿qué? ¿La ropa qué?

—Tírelo, tírelo todo —contestó el otro, camino ya del pasillo—. O véndalo. Haga lo que quiera.

El diario *Madrid* tenía la redacción en Marqués de Cubas, en un palacete incautado a un viejo periódico republicano. Junto a los escalones de acceso al jardín, un cartel decorado con banderas de España y hojas de laurel anunciaba el III CONCURSO DE JUGUETES PATRIÓTICOS . Avelina y Rubén esperaban justo delante.

—Ya estoy aquí, ya estoy… —dijo él.

—Saluda a papá, Rubén. Di hola, papá. Di buenas tardes, papá. ¿A ver cómo dices buenas tardes? —dijo ella con voz cantarina.

El pequeño Rubén seguía sin pronunciar palabra desde que, a principios de año, había sido adoptado. Avelina, que creía que para devolverle el habla bastaría con darle un trato afectuoso en un entorno familiar, se desvivía por él y lo cubría de mimos y atenciones.

—Bueno, cuando quieras hablar, ya hablarás —acabó diciendo, y entraron en el jardín.

Los prototipos seleccionados estaban expuestos en unas mesas forradas de hule blanco. Cada uno de ellos iba acompañado de una tarjeta con una breve descripción: juego de cartas Regiones de España, reproducción en cartulina del crucero Canarias, tablero para juego de mesa El Campeón Geográfico, serie de figuras para colorear Soldados de España, etcétera. Esa tarde se celebraba la entrega de premios. Había casi un centenar de invitados, que se movían despacio entre las mesas, separadas del público por unos cordones, como en los museos.

—«Avión de bombardeo. Con bombas» —leyó Avelina, achinando los ojos—. Allí las veo. Las bombas, digo. Acércate, Rubén. ¿Ves las bombas? ¿Las ves?

La obsesión de Avelina por el pequeño llegaba a tal extremo que de vez en cuando ella misma intentaba compensarla volcando un entusiasmo similar sobre cualquier otro asunto, lo que a menudo transmitía una impresión de desproporción. Lo hizo entonces a propósito de aquel avioncito. Buscó a su marido y, abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Qué realismo! ¡Qué riqueza de detalles! ¿Verdad, Matías?

—Pues sí —dijo él sin prestarle demasiada atención.

—Mira, Rubén. —Volvió a forzar la vista con el siguiente juguete —. Este se llama… Multicopista Bebé. ¡Qué ingenioso! ¿Te gusta?

Constaba de unos troquelados que se superponían al dibujo de un

muñeco para vestirlo de falangista, de legionario, de aviador… Mientras Avelina instruía al niño sobre su funcionamiento, Revilla miraba a su alrededor en busca de caras conocidas. Junto al estrado vio al director del periódico, Juan Pujol, un hombre de cuerpo hinchado, cabeza de huevo y ojos saltones que respiraba siempre por la boca, lo que le daba un aire de pez agonizante. A su lado estaban los miembros del jurado. Entre ellos reconoció a Mercedes Sanz Bachiller, fundadora del Auxilio Social.

—Allí la tienes —dijo él.

—A ver si viene María Elena… —dijo ella, echando un vistazo a la gente que entraba.

Avelina había insistido en acudir por la propia naturaleza de la exposición, que contendría un sinfín de estímulos para Rubén, pero también porque difícilmente iba a encontrar una ocasión mejor para pedir ayuda para *sus* niños de la carretera de Extremadura. Los alimentos y la ropa que recibían en el Hogar resultaban siempre insuficientes, y el proyecto de internado corría el riesgo de quedar en agua de borrajas: ni siquiera se habían iniciado las obras, que a esas alturas tenían que estar ya concluidas.

—Aquí está —dijo Revilla.

Llegó María Elena justo cuando Juan Pujol se disponía a tomar la palabra para presentar a los miembros del jurado, entre los que también se encontraba la escritora Carmen de Icaza, y leer el acta. El primer premio fue a parar a la reproducción del bombardero y Avelina lo celebró como si se lo hubieran dado a ella. Se abrazó a Rubén, lo besuqueó un poco y le dijo al oído:

—¿Has visto? ¡Ha ganado el avión de las bombas! ¡El que nos gustaba!

Los camareros preparaban unas bandejas con vino y salchichón mientras todavía de fondo seguía oyéndose la voz de Pujol:

—Los juguetes premiados, que revelan una concepción originalísima y un alarde constructivo magníficamente realizado, continuarán expuestos…

Concluyeron los discursos y María Elena hizo señas a Avelina para que fuera tomando posiciones. Esta, sin soltar a Rubén, se acercó a Mercedes Sanz, una mujer de mofletes rellenos y mirada infantil, con el pelo recogido en una compleja arquitectura de horquillas, que, aunque había vuelto a casarse, seguía vistiendo de negro para no renunciar a su condición de viuda de Onésimo Redondo, prohombre de Falange. María Elena, entretanto, se había aproximado a Carmen de Icaza, que, cuando sonreía, lo hacía apretando los labios, lo que transmitía una sensación de severidad y recelo. Revilla observaba las

evoluciones de una y otra. Dos o tres minutos les habían bastado para juntar y aislar a las dos jefas, que ahora estaban a su merced y centraban su atención en el pequeño Rubén, al que no paraban de hacer caricias y arrumacos. Cuando pasó por su lado para servirse un segundo vino, captó un retazo de frase de María Elena:

—Y como él hay cientos, miles de niños… —Que enseguida Avelina remató:

—Pero vosotras comprenderéis que no puedo adoptarlos a todos…

Apuró el vaso y se asomó a la calle. Pasados unos minutos, vio aparecer el coche de Santos, que dio instrucciones al conductor para que lo esperara en la esquina. Se reunieron en un lugar algo apartado, junto a una escultura deteriorada que igual podía representar a un angelote que a un sátiro. Sin perder el tiempo en preliminares, hablaron como continuando una conversación que acabaran de dejar a medias. Revilla estaba muy tenso.

—Tú eres el comisario —dijo—. Ha tenido que ser alguno de tus hombres.

—Te recuerdo que no estoy en la Brigada Criminal.

—¿Por qué ha tenido que salir la noticia?

—¿Qué querías, Matías? ¿Que lo silenciaran? Ha habido un asesinato y se ha resuelto con rapidez. De esas cosas la gente tiene que enterarse. No le des tanta importancia.

—Con esos detalles… ¿Qué necesidad había de mencionar a la Comisión?

—Han puesto eso como podían haber puesto, no sé…, que el muerto se dedicaba a amaestrar pulgas.

Estaban hablando de una nota de prensa que decía:

> Una reyerta nocturna ocurrida la noche del pasado día 17 en la céntrica calle de Manzana ha conducido al esclarecimiento de un crimen cometido semanas atrás en la localidad segoviana de El Espinar. La víctima ha sido identificada como Aníbal Ruiz Flores, de treinta y nueve años, soltero, empleado en la Comisión Revisora de Viviendas y Muebles. El director general de Seguridad, señor Gerardo Caballero, ha felicitado a los inspectores de policía por su diligencia en la resolución del caso.

—¿Quién lo ha redactado?

—¡Y yo qué sé! Un periodista de…

—¡… De Cifra! ¿Sabes lo que eso significa? ¡Que ha salido en todas partes!

Cifra era el servicio de información nacional de la agencia EFE, fundada por Serrano Suñer y otros falangistas a comienzos de 1939.

Sus notas y despachos se publicaban en todos los periódicos de España.

—Lo de hoy es solo eso: lo de hoy. Mañana será otro día. Mañana habrá otras noticias y nadie se acordará.

A Revilla la cachaza de su amigo le pareció exagerada.

—¿Quién es el asesino? —dijo.

—¡Ah! ¿Pero no lo sabes? A Aníbal lo mató su hermano. Su único hermano. Esteban Ruiz Flores. Protésico dental o mecánico dentista o como se diga. Casado, padre de dos niñas. ¿Quieres saber lo que ocurrió? —El otro, impaciente, le apremiaba por gestos a seguir hablando—. El viernes pasado, Esteban Ruiz atacó con una botella a un tipo, un tal Ángel Sánchez, que quedó malherido y estuvo a punto de morir desangrado. Parecía la típica trifulca: alcohol, prostitución, gente de mala vida… Pero no se trataba de eso. Este Esteban Ruiz no debe de estar muy en sus cabales. Se fue de allí creyéndolo muerto. Podía haberse marchado a su casa, tan tranquilo, y vete a saber si lo habríamos encontrado. Pero no. Mientras los agentes rastreaban la zona para dar con él, había ido a la Puerta del Sol a entregarse. «¡Soy un monstruo, un monstruo, hagan conmigo lo que quieran!», dicen que decía. No hubo ni que presionarle para que confesara lo de su hermano. El otro, Ángel Sánchez, le había ayudado a deshacerse del cuerpo y le estaba chantajeando. El cadáver de tu hombre…

—¿Mi hombre?

—… De Aníbal Ruiz, quiero decir. Su cadáver estaba en El Espinar, en una cabaña, enterrado junto a restos de ciervos, de jabalís… Parece ser que Ángel Sánchez se dedica a la caza furtiva.

—¿Cómo lo mató?

—Golpeándole con un botijo.

—Con un botijo. —Revilla trataba de encajar las piezas—. Fue en Semana Santa, ¿verdad? Su casera me dijo que se había ido el Jueves Santo y no había vuelto a saber de él.

—¿Y no te extrañaba que hubiera desaparecido de ese modo, sin decir nada?

—¿Ahora me vas a interrogar a mí? ¿Me consideras sospechoso?

Santos, armándose de paciencia, soltó un bufido.

—Joder, Matías. No te lo tomes todo a la tremenda.

—¡Van a por mí, Santitos! La nota de Cifra, la alusión a la Comisión… ¿Quién puede tener interés en implicar en esto a la Comisión, que es como implicarme a mí? Hay alguien en Falange que… Te lo digo: ¡no sé quién es, pero hay alguien que va a por mí!

—¡Qué tontería! Ves enemigos donde no los hay. El caso está cerrado. Habrá un juicio, habrá una sentencia, y a otra cosa, mariposa.

No se volverá a hablar del asunto.

Los invitados habían empezado ya a circular hacia la salida. Avelina, que había dejado a Rubén al cuidado de María Elena, se puso de puntillas y les habló desde detrás de un seto.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí, tan escondidos?

Ellos fueron a su encuentro exhibiendo una jovialidad algo forzada. Avelina estaba exultante porque el caso de Rubén había conmovido a Carmen de Icaza. Esta, en compañía de la mujer de Franco y otras autoridades eclesiásticas y civiles, había presidido recientemente el bautismo y la comunión de seiscientos niños, huérfanos de republicanos que no estaban ni inscritos en el Registro Civil. La ceremonia había tenido lugar en Hortaleza, en el Hogar Isabel Clara Eugenia, considerado modélico, y Carmen de Icaza se acababa de comprometer a organizar un acto parecido en el Hogar de la carretera de Extremadura. Dijo Avelina:

—¿Sabéis lo que eso significa?

Y María Elena, que llegaba con Rubén por el camino de gravilla, contestó:

—Que también nuestro Hogar va a ser un Hogar modélico.

—Que por fin tendremos internado.

—Y capilla.

—Y gimnasio.

—Y todo lo que haga falta.

Excitadas, las dos amigas seguían quitándose mutuamente la palabra cuando ya el grupo había salido a la calle. Se despidieron en la esquina, al lado del automóvil de Santos. Había allí otros coches, también oficiales, que dificultaban el paso. Sonaron algunos bocinazos. En mitad del barullo, Revilla encontró la ocasión de acercarse a su amigo y decirle al oído:

—Te lo repito: hay alguien que va a por mí.

Con dieciocho años, Balbino se había convertido en un chico desgarbado, larguirucho, con una nuez prominente y restos de saliva en las comisuras de los labios. Llevaba un buen rato merodeando por la calle Santa Isabel. En cuanto vio aparecer a Cristina, le salió al paso y le tendió un sobre.

—¿No sabes decir buenas tardes, como todo el mundo? —dijo ella, guardándoselo en el bolso.

—¡Que sea la última vez! —El chico, como siempre, parecía agobiado—. ¡Y ahora sí que va en serio! ¿Me has oído? ¡Muy en serio!

Cristina, sin hacerle caso, siguió andando. Él la alcanzó y caminó

a su lado.

—Me voy de Madrid. Me ha salido un trabajo fuera. ¿Entiendes lo que eso quiere decir? Que se ha acabado. Si llega otra de esas cartas y la abre mi padre, no respondo de lo que pueda pasar.

—La última vez me dijiste que te habías metido en las listas para emigrar a Alemania y, la anterior, que te ibas a no sé dónde a trabajar en una mina… Y al final, ni una cosa ni la otra. ¿De qué es el trabajo? ¿Y dónde?

—¡Qué más da eso! Solo te digo que no me utilicéis más. Es peligroso. Esas cosas se acaban descubriendo. Y, si se descubre, vamos todos derechos a la cárcel.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Cómo quieres que se lo diga? ¿Voy a Telefónica y les digo: pónganme con mi hermano, que anda pegando tiros por el monte?

Esa misma conversación la habían tenido otras veces. Cristina no podía decirle que, mientras el Partido no se reorganizara, difícilmente encontraría Eloy otro canal para contactar con ella. Balbino repitió una amenaza que sonó a vieja y gastada:

—Las romperé, ¿me oyes? Romperé las cartas y así nadie me podrá acusar de nada.

Cristina no se molestó en despedirse. Cruzó hacia la boca de metro esquivando unas bicicletas. El otro aún insistió una vez más:

—¡Te juro que las romperé! —Y echó a andar a grandes zancadas.

La chica leyó la carta en el andén, mientras esperaba.

Hermana querida:

¿Qué tal estás? ¿Y qué tal está mamá? Quiero creer que estáis bien las dos y que mamá se ha recuperado del todo y lleva una vida completamente normal. No hago más que pensar en vosotras, porque pensar en vosotras me anima y me consuela. Fíjate qué curioso: muy a menudo os imagino yendo juntas a comprar al nuevo mercado. Mamá aún no conocía ese mercado cuando tuve que marcharme, así que no se trata de un recuerdo. Puede que eso sea una buena señal, ¿no crees? Si no es una imagen del pasado, tal vez sea una imagen del futuro, una premonición que a lo mejor se ha terminado cumpliendo. ¡Ojalá! Nada me gustaría más que saber que lleváis una vida normal, saliendo a comprar juntas, paseando por el barrio, divirtiéndoos un poco.

Pronto llevaré un año fuera de casa. ¡Un año! ¿Te acuerdas de lo largos que nos parecían los años cuando éramos pequeños? Pero no sé ni por qué te lo digo, porque lo único que sabes de mí es precisamente eso: que llevo todo este tiempo fuera. En realidad, es todo muy sencillo: ya que eso es casi lo único que puedo decirte, te lo digo. No puedo hablarte del paisaje ni del clima ni de la gente ni de comidas ni de olores ni de sabores ni de cuáles son mis costumbres o mis horarios… Tampoco puedo hablarte de las cosas que hago o las que veo o las historias que me cuentan. Ya ves qué tontería: no puedo hablarte de nada y, sin embargo, te hablo. Bueno, te escribo. Te escribo para no decirte nada.

Otra de mis tonterías: hacerte preguntas que sé que no puedes contestar. ¿Estás bien? ¿Qué amigas tienes? ¿Adónde vais cuando salís? ¿Tienes muchos pretendientes? ¿Te has echado novio? Aunque no puedas contestar a estas preguntas, tengo que hacértelas. Si no, sería como si a esta carta le faltara algo o como si no fuera una verdadera carta. No sabes

lo importante que es para mí imaginarte con esta cuartilla entre los dedos. El simple hecho de saber que esto que escribo va a llegar hasta ti y lo vas a leer me hace sentir que, aunque no vaya a tener respuesta, la comunicación entre nosotros no se ha roto del todo. Y eso es muy muy importante para mí.

Espero que en el trabajo te traten bien y que te quede tiempo para leer, para estudiar, para informarte sobre las cosas que pasan en España y fuera de España. La educación y la cultura es lo que nos hace humanos y nos distingue de los animales. ¡No sabes lo que daría yo ahora por poder estudiar y seguir yendo, por ejemplo, a las clases de inglés, que tanto me gustaban!

Bueno, hermanita, te dejo ya. Como siempre, te envío muchos muchos besos para que os los repartáis entre las dos.

Ya en el vagón, volvió a leerlo todo desde el principio, deteniéndose en algunos pasajes como si quisiera memorizarlos. De vez en cuando inclinaba la cabeza y se enjugaba discretamente una lágrima con el dorso de la mano. Guardó la carta cuando el convoy llegó a la estación de Bilbao. Flanqueada por dos maletas enormes, Gloria la estaba esperando en la esquina de Luchana.

—Dame una —dijo Cristina.

—No pesan nada.

Agarró igualmente una de las maletas y la levantó sin esfuerzo. Gloria intentó bromear:

—Parecen de atrezo, ¿verdad? Como en el teatro.

Se encaminaron hacia Cardenal Cisneros. Era un domingo a la hora de la siesta. Gloria lo había preferido así para no encontrarse con vecinos. Lo último que le apetecía era ser objeto de lástima o compasión, que en todo caso sería lo mejor a lo que podría aspirar: ahora que su padre había sido condenado por su antigua pertenencia a la masonería, ¿cuántos de sus antiguos vecinos empezarían a mirarla con hostilidad o suspicacia? Abrió la puerta tratando de no hacer ruido y con un movimiento de cabeza invitó a su amiga a pasar. Como casi no quedaban bombillas, fue abriendo ventanas y balcones para que entrara luz. Mientras tanto, señalaba las distintas estancias: aquí el salón, eso es el despacho, al fondo las habitaciones… Aun en aquel estado de abandono, seguía siendo un buen piso, de techos altos, con suelos de madera noble, puertas vidrieras, radiadores de hierro fundido. Cristina, que nunca antes había estado allí, lo observaba todo con una mezcla de fascinación y tristeza.

—Qué pena… —susurró.

—Mejor no darle más vueltas.

Se asomaron a lo que había sido la biblioteca. Las estanterías seguían en su sitio pero vacías. En el empapelado del fondo, una geometría de sombras silueteaba grosores, alturas y volúmenes como expresando la nostalgia por los libros que ya no estaban.

—Qué bien hice en ir vendiéndolos poco a poco. Ahora habría tenido que deshacerme de ellos deprisa y corriendo, y a saber cuánto me habrían dado. También he vendido candelabros, espejos, jarrones, algunos muebles… ¿Y esta madera? —Golpeó con los nudillos el borde de un estante—. Seguro que esta madera es buena y que un ebanista me pagaría unos cuantos duros. ¡O aunque solo fuera para leña!

En un rincón había un rimero de revistas y folletos inservibles. Entre ellos sobresalía el canto de un libro. Gloria apartó con el pie unos papeles y quedó a la vista una cubierta de vivo color amarillo en la que unas abejas libaban unas flores de cardo. Era *La vida de los insectos* , de Fabre. Se agachó para cogerlo.

—¡El libro favorito de mi padre! Ahora no, porque ya no lee más que los Evangelios, pero antes… No se cansaba de leerlo. Lo habrá leído treinta veces. Si tuviera que salvar un libro, uno solo, de su biblioteca, seguro que sería este. —Le pasó la manga por encima para quitarle el polvo—. Lo guardaré como recuerdo. Es todo lo que ha quedado de su antigua biblioteca.

En el otro extremo del pasillo estaban los dormitorios. Fueron directamente al suyo, que tenía en el techo pintados al fresco los nueve planetas del sistema solar. Eran planetas con rasgos humanos, como en las películas de Méliès, y orbitaban en torno al plafón central, un sol amarillo de ojos muy grandes y expresión risueña.

—Lo mandó pintar mi padre cuando cumplí diez años. Pero esto sí que no me lo puedo llevar.

—¿De verdad no te da una pena inmensa?

—Imagínate. Era lo primero que veía al despertarme.

—No me refiero solo a esto. Me refiero a todo.

—Claro que me da pena. Pero las cosas son como son.

En la que había sido la habitación del servicio estaban amontonadas decenas de prendas diversas, entre las que seguro que había alguna aprovechable.

—Mira a ver —dijo Gloria.

La condena dictada por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo había ordenado la incautación del patrimonio de Basilio «con el fin de cubrir la responsabilidad por daños y perjuicios causados a España». Esa vivienda, heredada de sus padres, era todo lo que poseía. La fecha del lanzamiento estaba fijada para el día siguiente, lunes, así que lo que no se llevaran entonces ya no se lo podrían llevar.

—Tira de ahí —dijo Cristina.

Extendieron una sábana en el suelo y abrieron las maletas, que parecían dos inmensos moluscos. Fueron revisando las piezas una por

una. A la sábana iban a parar las que Cristina consideraba que, después de algún arreglo, podían servir para los presos. Las que Gloria quería conservar las metían en las maletas. Luego había otras tan deterioradas que no servían ni para trapos. Esas las dejaban por ahí, en cualquier sitio. Cristina sacudió en el aire unas viejas toallas de hilo y las desplegó para estudiarlas al trasluz.

—La casa es algo sagrado —dijo—. ¡Que te quiten tu casa solo porque sí! ¡Y precisamente unos jueces, que son los que tendrían que impedirlo!

—Los de ahora no son jueces, porque esta justicia no es justicia.

—¿No pudisteis hacer nada? Un recurso o como se llame. Tu marido, que trabaja en estas cosas…

—Aunque Félix hubiera podido, mi padre no se lo habría permitido. —Gloria balanceó la cabeza como solía hacer Basilio y le imitó—: «Renuncio a los bienes de este mundo. Me desprendo de todo lo material. Mi vida ya es solo espiritual…».

—Un santo varón, eso es lo que es —dijo Cristina, cautelosa.

La otra replicó en tono de guasa:

—¡Pues qué demonios! ¡Que no sea tan santo! —Y sonrieron las dos.

Entre la ropa que echaban a las maletas había camisas, sábanas, visillos. También algunas prendas femeninas más bien pasadas de moda: bombachos de seda, camisones de muselina, faldas con flecos, vestidos de tubo, camisolas de raso. Cristina supuso que habían pertenecido a la madre de Gloria.

—¿Cómo era? —preguntó, sabiendo que la otra comprendería.

—¿Por qué dices *era* ?

—¿Sigue viva?

—Supongo. No lo sé. Nos abandonó cuando yo era pequeña. Se fue a vivir su vida. Lo último que supe es que solicitó el divorcio en cuanto llegó la República y se aprobó la ley. Nunca más volvimos a tener noticias suyas. ¿Entiendes ahora por qué mi padre y yo estamos tan unidos? Solo él ha estado siempre ahí: cuando me ponía enferma, cuando no podía dormir por la noche, cuando llegaba a casa con las notas, cuando cantaba en el coro del colegio… Siempre él y solo él. Para mí mi familia es mi padre y nadie más. Y jamás perdonaré a los que le han hecho esto: primero echarlo de la universidad, ahora quitarle el piso… ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué más le pueden hacer? —Por un instante pareció a punto de desmoronarse, pero enseguida se repuso y proclamó con una sonrisa—: ¡Menos mal que está Félix, que es nuestro ángel custodio! No sabes la suerte que tenemos. Si no hubiera sido por él, no sé ni dónde estaríamos ahora.

—¿Qué tal vuestros primeros meses de casados? ¿Estás muy enamorada?

—¿No me estás oyendo?

—Una cosa es que te haya…, no sé cómo decirlo, socorrido. Y otra cosa es…

Pero su amiga, bromeando otra vez, no la dejó acabar:

—¿Socorrido? Solo te ha faltado decir que me sacó del arroyo. ¿Qué te crees que soy? ¿Una sinsustancia, como mi madre? ¿Una fresca? ¿Una perdida?

—¿Una pelandusca?

—¿Estás llamando pelandusca a mi madre?

—¡No, te lo estoy llamando a ti!

Entre risas y chillidos, cogieron unos trapos y empezaron a lanzárselos la una a la otra, persiguiéndose por la habitación como niñas excitadas. Se arrojaron también ropa de la que había en la sábana. Cuando Gloria buscó nueva munición en las maletas, Cristina trató de detenerla:

—¡Esa no, que es buena!

La otra miró lo que tenía en las manos, alguna prenda que había sido de su madre, y dijo:

—¿Sabes qué te digo? Que no entiendo cómo hemos conservado esto tanto tiempo. ¡Al trapero! —Y lo lanzó a un rincón.

Tardaron aún media hora más en terminar de clasificar la ropa. Al final, tenían las dos maletas a punto de reventar y un fardo del tamaño de un saco terrero. Cristina lo levantó para comprobar su peso y, refiriéndose a los presos, dijo:

—A algunos la ropa se les cae a tiras. Y si no tienen a nadie que les lleve nada…

—Tienes razón. Por mal que estemos, siempre hay otros que están peor. —Gloria volvió a abrir las maletas—. Llévales más cosas. Llévales estas sábanas. Y estos pantalones. A mi padre, con lo flaco que se ha quedado, ya no le servirán. Y esta camisa…

—¡Basta, basta! —decía la otra riendo.

Finalmente hicieron un segundo fardo. Gloria bajó la voz para decir:

—Veo que sigues metida en… —No se atrevió a terminar la frase.

—No te creas. Ya les dije que no volvieran a usar mi casa como estafeta. Eso se ha acabado. Todo lo que hago lo hago por mí, no porque nadie me lo ordene. ¿El Partido? Ni siquiera sabemos si existe, quiénes mandan, dónde están… Y en realidad me atrae poco eso del comunismo. Ahora mismo ser comunista es ser solo eso, comunista. Como las monjas, como los tuberculosos, que no pueden ser más que

monjas, tuberculosos… Y yo lo que quiero es ser muchas cosas, no solo una y ya está. No sé si me explico. Pero esto es distinto. Son los presos, son las cárceles. No sé si el Partido existe pero sí sé que sigue habiendo presos. ¡Y mientras pueda echarles una mano…!

—¿Qué va a pasar, Cristina? —Gloria, pesarosa, sacudía la cabeza —. A este Franco no hay quien lo mueva.

—Un amigo mío dice que uno de estos días saldrá escopeteado. La guerra en Europa está a punto de dar un vuelco y, cuando ganen los aliados…

—¡Lo hemos oído tantas veces! Yo lo que veo es que los alemanes no paran de bombardear Inglaterra. Para creer que van a ganar los aliados hace falta tener la fe del carbonero. Si lo viéramos cerca, si viéramos probable la caída del dictador, muchos estaríamos con vosotros ayudando en lo que hiciera falta. Yo, la primera. ¡Después de lo que le han hecho a mi padre!

—Mi amigo dice que Hitler cometió un inmenso error revolviéndose contra Stalin y que Rusia será la tumba del nazismo.

—¿Pero quién es ese amigo tuyo del que hablas tanto?

—No lo conoces. Se llama Pascual. —Aunque no era otro que Virgilio, que había tenido que cambiarse el nombre (y en realidad tampoco se llamaba Virgilio).

—Pascual, ¿eh? ¿Y es solo amigo o algo más que amigo?

—Amigo. —Cristina no pudo evitar ruborizarse—. Nada más.

—Ya, ya… —dijo la otra con retintín.

—Salimos algunos domingos a pasear juntos.

—¿O sea que te he fastidiado el plan? ¡Con lo bien que estarías ahora…!

—He dicho *algunos* , no *todos* los domingos.

Terminaron de preparar los bultos y los llevaron a la entrada. En aquel piso ya no quedaba nada. Gloria iba de habitación en habitación cerrando balcones y ventanas. Luego cerró también las puertas de las habitaciones, como si, al dejarlas así, vacías y a oscuras, estuviera suprimiéndolas, no solo clausurándolas. Era su manera de despedirse.

Entretanto, Cristina entró en la cocina y buscó unas cerillas para quemar la carta de Eloy. Tiró el papel al fregadero cuando la llama estaba a punto de alcanzarle las yemas de los dedos y no se fue de allí hasta que se consumió del todo. Gloria apareció por el pasillo e hizo con la nariz el gesto de oler a quemado.

—¿Qué era?

—Nada importante.

Pero su amiga lo adivinó:

—¿Qué sabes de él? ¿Cómo está?

—Bien. Eso es todo lo que sé. No cuenta nada. No puede. Y, si contara algo, tampoco yo podría contártelo a ti. El pobre ni siquiera sabe lo de nuestra madre. Y han pasado casi nueve meses.

Gloria soltó un hondo suspiro, agarró una maleta con cada mano y dijo:

—Ahora sí. Nos vamos.

Seguramente porque lo utilizaban muchos campesinos de las afueras, el tranvía arrastraba constantemente un tufo a hortalizas rancias y frutas pochas. A la altura de Ciudad Lineal subieron dos policías de paisano, que empezaron a pedir la documentación. En líneas como aquella, que rebasaba los límites del término municipal, esos controles eran muy habituales. Virgilio escondió dentro del pantalón su libretita de notas e intercambió con Cristina un gesto de inquietud. Viajaban en la parte de atrás, muy cerca de la puerta, pero para cuando el tranvía redujo la velocidad y se les presentó la ocasión de bajar los tenían ya encima. Cristina, nerviosa, se apresuró a preparar su cédula. Virgilio, en una innecesaria exhibición de temple, no sacó la suya hasta que le fue requerida.

—Documentación.

—Tenga.

—¿Adónde van?

—A Canillejas, a visitar a unos parientes.

El policía miró al chico a los ojos y luego estudió con atención su tarjeta. En vez de devolvérsela al momento, como había hecho con los otros pasajeros, la agitó en el aire y se volvió hacia su compañero, que andaba algo rezagado. Cristina contuvo la respiración. Según aquella cédula, ahora Virgilio era Pascual Limón Tejero, natural de Madrid, nacido el 20 de julio de 1922, de profesión albañil, con domicilio en la calle del Pez número 21. Cuando el otro policía llegó a su altura, el hombre señaló algo en la tarjeta. A Cristina el corazón le palpitaba con fuerza y el tranvía entero parecía retumbar a su alrededor. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era eso que les resultaba tan llamativo o sospechoso? El primer policía chascó la lengua y, después de una larga pausa, dijo con tono burlón:

—Tú Lima y él Limón. Así que ya lo sabes. —Y tarareó el estribillo de una canción de Concha Piquer que entonces estaba de moda—: «A la lima y al limón, tú no tienes quien te quiera, a la lima y al limón, te vas a quedar soltera…».

Soltaron los dos hombres una risotada breve y rasposa, ¡jaj!, y le devolvieron la documentación. Cristina, todavía turbada, no habló hasta que los policías bajaron en la siguiente parada.

—¿Entiendes ahora por qué no me gusta salir de…? —dijo—. ¿Y si se llegan a dar cuenta…?

—¿Vas a dejar todas las frases sin acabar?

—Ya sabes a qué me refiero.

Se refería a la cédula, que era obra de Antonio Simón, el

dibujante, también conocido como Abel. Este, mientras fingía trabajar en *Redención* , el periódico de los presos de Porlier, se dedicaba a falsificar cédulas, salvoconductos y pasaportes. Sus falsificaciones eran tan buenas que nunca habían levantado sospechas.

—Es un trabajo perfecto —dijo Virgilio, y Cristina volvió a la carga:

—Y tus anotaciones, ¿qué? Si te las llegan a encontrar…

El chico se sacó la libretita del pantalón, mostró unas páginas escritas en lo que parecía ser taquigrafía y dijo:

—No entenderían nada.

—Pues por eso. Peor aún.

Por simple prevención, Virgilio había desarrollado un sistema de signos, abreviaturas e iniciales que solo él entendía. Lo utilizaba para apuntar datos de miembros de la Brigada Social: matrículas de coches, direcciones, horarios, hábitos, lugares que frecuentaban, bares, familiares, amigos… Sonó la campana y el tranvía se detuvo. El final de línea estaba a la entrada de Canillejas, junto a unos castaños cargados de pequeñas flores amarillas. Para llegar a Barajas tenían que rodear el pueblo y recorrer unos cuatro kilómetros por caminos y desmontes.

—¿Para qué quieres todos esos datos? —preguntó Cristina.

—Hay que estar preparados.

—¿Pero preparados para qué?

Virgilio hizo un gesto misterioso que quería decir: para lo que pueda pasar. El camino atravesaba grandes extensiones de tierras de labor, dedicadas al cultivo del trigo. Este, de un intenso color verde, estaba muy crecido y las espigas, de un verde más claro, dibujaban al mecerse suaves ondulaciones marinas. Encontraron pocas edificaciones: pequeñas casas de labranza y míseras viviendas rodeadas de árboles raquíticos. Cruzaron una acequia y vieron una casa algo más grande, con un rudimentario reloj de sol en la fachada y una hilera de pinos marcando el límite del camino.

—Está deshabitada —dijo Virgilio.

—¿Por qué lo sabes?

—Por las piñas. —Señaló el suelo—. No se han recogido en años.

Se agachó, agarró una y la machacó con un pedrusco. Escarbó con los dedos entre los estambres, pero no encontró lo que buscaba. Ya no era temporada de piñones.

—¡Mierda!

Quiso lanzar la piña por encima del tejado, pero le falló la puntería y, tras rebotar en el alero, cayó delante de ellos. La apartó de un puntapié. El sol del mediodía caía a plomo sobre sus cabezas.

Virgilio, que tenía una piel muy blanca que se quemaba con el primer rayo de sol, sacó el pañuelo y, haciéndole un nudo en cada esquina, improvisó una especie de boina.

—¿En qué piensas? —dijo, echando a andar.

—En nada.

Mejor decir eso que decir la verdad: que vaya compañero se había echado, flacucho, débil, feo como un pecado, algo giboso, con un ridículo pañuelo en la cabeza. Y vaya manera de desperdiciar sus días de fiesta.

—En algo estarías pensando —insistió el chico.

—En que no me sale lo de llamarte Pascual.

—¡Pues te tendrás que acostumbrar!

—Dime una cosa: ¿tú y yo qué somos? Quiero decir: ¿somos novios o amigos o qué? ¿Qué somos? Eso es.

Virgilio hizo el mismo gesto misterioso de poco antes y dijo:

—Los hombres como yo no podemos pensar en esas cosas: tener novia, formar una familia, tener hijos.

—¿Los hombres como tú?

—Los hombres de acción.

A Cristina le dio la risa: ¡los hombres de acción, ja, ja! Virgilio, enfadado, no volvió a dirigirle la palabra hasta que llegaron al pueblo. En Barajas las calles estaban vacías. La plaza Mayor, con media docena de arbolitos en el centro, era una gran extensión de tierra delimitada por unas casitas bajas, uniformes, de muros encalados, con columnas de piedra y dinteles de madera. Virgilio corrió a meterse bajo los porches para protegerse del sol. Se quitó el pañuelo de la cabeza y se lo guardó en el bolsillo sin deshacer los nudos. Cristina, que para sacudirse el polvo de los zapatos taconeaba con ambos pies en la base de una columna, dijo:

—De acuerdo. No somos novios. Pero entonces no somos nada. ¡A ver si te piensas que haberme dado unos cuantos besos te da derecho a algo!

—Camaradas sí que somos.

—Amigos y nada más.

—¿Ya no eres comunista? ¡Si tus hermanos te oyeran…!

—Deja a mis hermanos en paz. —Abrió las manos con las palmas hacia arriba—. Aún no sé para qué hemos venido hasta aquí.

—Pronto lo sabrás.

La iglesia estaba muy cerca. Desde donde ellos se encontraban se veían la cubierta, la nave lateral y el campanario, que sobresalía enteramente por encima de los tejados. Cruzaron la plaza en diagonal. La fachada del templo exhibía una placa en memoria de los CAÍDOS POR

DIOS Y POR LA PATRIA , con los nombres de José Antonio Primo de Rivera y los mártires de la localidad: ¡PRESENTES! El gran portón de madera estaba abierto, pero del interior apenas si podían verse la arquería del techo y la luz que se filtraba por las vidrieras. El resto lo tapaban los feligreses que se apiñaban en la entrada formando una apretada barrera que llegaba hasta el atrio.

—Ahí dentro está todo el pueblo —murmuró Virgilio.

Como Cristina no llevaba ningún velo con el que taparse la cabeza, se quedó fuera de la iglesia mientras él se abría paso entre la gente y conseguía situarse en un lateral, junto a un confesionario. La misa iba ya por la eucaristía. Acogiéndose a la sombra de una columna, miraba con atención a los fieles que iban y volvían de comulgar. Saltaba a la vista que estaba buscando a alguien. La ceremonia prosiguió y el sacerdote impartió la bendición.

—*Ite, missa est* .

—*Deo gratias* .

Los feligreses se pusieron lentamente en movimiento. Arrastrado por la marea humana, también Virgilio fue marchando hacia la salida. En la calle se formaban corrillos que obstruían el camino. Cristina llegó hasta él y le preguntó al oído:

—¿Se puede saber a quién buscas?

—Pensaba que, al ser domingo…

Volvieron a la plaza y se apostaron en una esquina por la que pasaba todo el mundo. Abundaban las mujeres vestidas de negro desde la mantilla hasta el calzado. Parecían todas iguales, menudas, tristes, las manos entrelazadas como para sujetar el misal o contar los misterios del rosario. Virgilio no ocultaba su contrariedad.

—Está claro que no ha venido.

—¿Pero quién?

Entonces él observó con atención a una de esas mujeres pequeñas y oscuras, que atravesaba la plaza por el centro. La siguieron por los porches. Virgilio dijo:

—Es la madre de Valentín Aja. —Y, como a Cristina el nombre no le decía nada, explicó—: El peor de todos. Estuvo en el Partido y sabe cómo funcionamos. Está subiendo como la espuma dentro de la policía. Su especialidad somos nosotros, sus antiguos camaradas. ¿Quién detuvo y torturó a todos los del comité? Él, Valentín. Y tu hermano…, menos mal que consiguió escapar. Si lo llega a pillar Valentín, ¡a saber qué salvajadas le habría hecho!

—¿Pero qué tiene que ver la madre?

—No estoy aquí por ella. Estoy aquí para saber cuándo viene él a visitarla.

Jacinta, que durante un tiempo había vivido de pensión, se había acabado arreglando como vivienda el altillo del estanco. La vieron dejar atrás la plaza, pasar por delante de la tienda de ultramarinos, la cestería, la bodega y la tahona, todas cerradas, y detenerse ante la puerta del local. Aparte de ellos y de un perro flaco que sesteaba al sol, no se veía a nadie más en toda la calle. En el alféizar de la ventana había dos macetas de geranios. La mujer se entretuvo mirándolos y tardó en sacar la llave del bolso. Cuando por fin la encontró, la sostuvo en alto y se cambió el bolso de brazo. Sus movimientos eran lentos e inseguros.

—Es una vieja inofensiva —dijo Cristina.

—Si su hijo hubiera matado a golpes a tu hermano, te parecería…, ¡yo qué sé!, un monstruo, una bruja…

La puerta estaba atascada y la mujer se ayudó del hombro para terminar de abrirla. Luego, medio escondidos en un zaguán, la vieron reaparecer en la ventana para regar las flores con una jarrita de loza. Virgilio sonrió con picardía, sacó el chisquero e hizo girar la ruedecilla hasta que saltó una chispa.

—¿Y si le damos un susto? Quemamos unos trapos o unos papeles, los metemos por la gatera y nos vamos.

—¡Pero tú…! ¿De verdad vas por la vida dando sustos a la gente?

—Y despertar a alguien poniéndole un cuchillo en el cuello…, ¿eso no es dar un susto? —Se llevó instintivamente la mano a la garganta—. No tengo intención de hacerle daño. Solo de alarmarla un poco. Para que su hijo sepa que lo tenemos vigilado. Para no ser nosotros los únicos que pasamos miedo. Algún día, los sustos no serán suficientes, pero de momento…

—¿Estás hablando de matar, de asesinar?

—Estoy hablando de hacer justicia. La justicia del pueblo.

—¿Y quién decide a quién hay que matar y a quién no?

—El Partido.

—¿Serías capaz de matar a alguien solo porque te lo ordenaran?

—¿Por qué te crees que mata la gente en las guerras? Porque se lo ordenan. Solo por eso.

—¿Te das cuenta…? ¿Te das cuenta de en qué te estás convirtiendo?

—Hay cosas que quieres ver y cosas que… —Aquí Virgilio hizo una pausa—. ¿Qué crees que hacía Bernabé en el frente? ¿Y qué imaginas que estará haciendo Eloy en el monte?

Cristina, que no se esperaba una réplica así, echó a andar por la primera calle. Virgilio la seguía a la distancia. Tres casas más allá, se acababa el pueblo y empezaban las pistas de aterrizaje. Cristina miró a

uno y otro lado buscando el camino de Canillejas, pero lo que vio fueron los hangares del aeropuerto y la pequeña terminal con forma de barco. El chico se detuvo a su lado.

—¿Qué te pasa? Hace unos meses eras la primera que quería hacer de correo, ayudar a los presos, y ahora… Ahora ni siquiera te gusta que te llame camarada.

—Me pasa que estoy harta. —Cristina tenía lágrimas en los ojos y respiraba ruidosamente—. Que esto no es vida.

—Hay que tener paciencia. No va a ser siempre así. Algún día…

—¿Algún día qué? ¿Algún día vendrán los rusos a liberarnos? Ya me da lo mismo que manden unos o que manden otros. Yo solo quiero vivir. Ser una persona corriente y llevar una vida corriente. ¿Es mucho pedir? Quiero hacer las cosas que hace la gente normal. Y esto no es normal: ¡pasarse los domingos espiando a ancianas!

Virgilio, que no sabía qué decir, sacó el pañuelo, comprobó los nudos y se lo volvió a poner en la cabeza. Más allá de la pequeña torre de control vieron aparecer un avioncito oscuro, achatado, algo panzón, que se preparaba para despegar. El sol mandaba breves destellos de plata al rebotar en el metal del fuselaje, tan brillante que parecía recién regado. El avión dio un rodeo para llegar a la pista y casi sin detenerse inició la aceleración. El ruido no paró de crecer hasta que el aparato alzó el vuelo. Ya a cielo abierto, viró pronto hacia un lado y, por un efecto de perspectiva, permaneció durante varios segundos como flotando inmóvil en el aire. Para entonces el murmullo lejano del motor había dejado de resultar audible, lo que confería a la imagen una belleza etérea e inmaterial. Cristina no podía apartar la mirada. Virgilio, adivinando sus pensamientos, agachó la cabeza.

Llegó el pequeño Rubén hasta el Manzanares y no supo para dónde tirar. Estaba cerca de la Casa de Campo, en una zona usada como escombrera. La acumulación de desechos había alterado el curso del río, creando islotes y meandros. Tres niños algo mayores que él se entretenían matando ratas. Las perseguían entre las montañas de cascotes y, cuando conseguían acorralarlas, las obligaban con unos palos a abandonar su escondite. Luego les aplastaban la cabeza a pedradas, las ensartaban con los palos y las exhibían como preciados trofeos de caza. Lo hacían todo con alegría, entre gritos y canciones. Se pusieron los palos al hombro y, como soldados haciendo la instrucción, echaron a andar por la ribera. Rubén los seguía a la distancia, subido a un murete. Los tres niños se volvían de vez en cuando hacia él y agitaban los palos con las ratas muertas.

—¡Peligrooo, peligrooo! —exclamaban, riendo.

Llegaron a un punto en el que alguna vez había habido una pasarela o un pequeño embarcadero. Quedaban en pie los antiguos pilares de piedra, casi invisibles entre la maleza. Uno de los niños, el más alto, se encaramó, agarró una rata por el rabo y la hizo girar como una honda. Rubén bajó del murete y corrió a esconderse detrás de un árbol. El otro volvió a clavar el palo en el animal y bajó de un salto.

—¡Que te crees tú eso! —gritó.

Volvieron los tres a caminar por la orilla. Saltaban de piedra en piedra, se detenían a coger cantos rodados y los lanzaban sobre la superficie del agua tratando torpemente de hacer cabrillas. Ahora Rubén los seguía de cerca, como si formara parte del grupo. El más alto volvió a hablar:

—No pensarías que te la iba a tirar. ¡Y que luego te quedes tú con el dinero! —Lo observó con recelo y añadió—: ¿A ti qué te pasa? ¿Por qué no hablas? ¿Eres mudo?

Los otros dos se acercaron a mirar. Uno de ellos dijo:

—A ver. Di algo. Di rata. Vamos, dilo.

Rubén no se inmutó. Intervino el tercer niño:

—Yo creo que es mudo. Y sordo también. Los que son sordos de nacimiento no pueden hablar. —Le acercó los labios al oído y gritó—: ¿Eres sordooo?

Rubén, que no se lo esperaba, dio un brinco. Los otros se echaron a reír. Siguieron andando, ya juntos. Pasados unos minutos, el niño más alto dijo, refiriéndose a las ratas:

—¿Sabes qué vamos a hacer? Venderlas. Las pagan a dos reales cada una. Es muy fácil. ¿Quieres ganarte una peseta? Nos has caído bien. Nos pagas una peseta por las cuatro ratas y las vendes por dos. Cuatro ratas, dos pesetas. Un negocio redondo, ¿eh? Yo te diré dónde tienes que ir y con quién tienes que hablar. —Señaló por encima del hombro un lugar indeterminado junto al paseo de la Florida y la estación del Norte—. Pero primero dame la peseta. Y ahora no me vengas con que no llevas dinero. Esa ropa es buena.

—Y no parece que pases hambre —dijo uno de los otros, clavándole el dedo en la tripa.

De golpe, se le echaron los tres encima, lo tumbaron en el suelo y le vaciaron los bolsillos. No llevaba más que un pañuelo, un trozo de paloduz y unos dados de parchís.

—¿Tú qué te has creído? —dijo el más alto, enfadado—. ¿Que nos vas a engañar?

Mientras uno le arrancaba la cadenita del cuello, los otros le

quitaban los zapatos y el cinturón. Luego le echaron encima las ratas muertas y, antes de salir corriendo hacia el paseo, le gritaron:

—¡Toma! Y no te quejes. ¡Sales ganando!

Por la parte del puente de Segovia ya habían comenzado las obras de canalización del río. Rubén estaba sucio, dolorido, descalzo, pero no llamaba la atención en un Madrid como aquel, lleno de niños andrajosos, mugrientos, siempre listos para burlar las redadas del Patronato de Protección de Menores y el Servicio de Represión de la Mendicidad. Bajo la primera arcada, una familia asaba boniatos en una pequeña hoguera mientras unas mujeres lavaban trapos en la orilla. Habría querido pedirles algo de comida pero no se atrevió. Subió al puente, cruzó el río y siguió el trazado de las vías del tranvía hasta la iglesia de Santa Cristina, que conocía de haber acompañado a Avelina a entregar donativos. Los arcos de la entrada recordaban los de las ilustraciones de los libros de historia sagrada que les leían en el Hogar. Delante de la Puerta del Ángel, unos barrenderos con gorras de plato arrastraban cansinamente sus escobas de brezo. Aunque esa parte de la Casa de Campo estaba cerrada al público, sabía cómo entrar a través de un colector que partía del sótano de un edificio en ruinas. Era muy angosto, de la anchura de un niño o un perro. Reptó por su interior hasta llegar a un camino, que abandonó enseguida para internarse en la espesura. De golpe se había hecho de noche, o eso parecía. Pero él no tenía problemas para orientarse en la oscuridad. Como un animalillo que conoce bien el terreno que pisa, corrió entre los árboles, cruzó una explanada y subió a un repecho en el que había un pequeño fortín de la guerra, de piedra gris, con el techo abovedado y líquenes adheridos a los rincones. Las troneras habían sido cegadas con ladrillos para impedir el acceso, pero el aljibe a cielo abierto seguía tal cual. Rubén descendió hasta media altura por la escalerilla, agarró un fardo que estaba encajado en un hueco de la pared y volvió a salir a la superficie. Deshizo el fardo y a la luz de la luna fue repasando las pertenencias que durante meses había ido atesorando como una urraca: cucharas y tenedores robados en el Hogar, un muñeco de trapo sin cabeza, un despertador roto, varias cajitas de latón que alguna vez habían contenido pastillas para la tos, un frasco de cristal lleno de nueces. Vació el frasco sobre el suelo de cemento, cascó las nueces con una piedra plana y se las comió. Luego volvió a envolverlo todo en la tela de arpillera y lo dejó en su sitio.

A primera hora de la mañana, una joven voluntaria del Auxilio Social lo encontró acurrucado bajo el porche del Hogar.

—¡Madre del amor hermoso!

Menos de una hora después llegaron María Elena y Avelina, que

cogió al niño en brazos y lo llenó de besos. Desde que a media tarde del día anterior habían denunciado su desaparición, la policía no había cesado de buscarlo por la ciudad. Lo llevaron a la Sala de Madres, lo lavaron, le pusieron ropa limpia. Avelina, todavía alterada, se llevaba una mano al pecho y repetía:

—¡Quiera Dios que no hayas cogido una pulmonía o algo peor!

—¿Qué hago con esto? —preguntó la otra, haciendo un rebujo con la ropa sucia y mirándolo con aprensión—. ¡La verdad es que apesta!

Como si necesitara encontrar un culpable que jamás podría ser el niño, Avelina replicó:

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —Pero enseguida, tras soltar un largo suspiro, rectificó—: Perdona, querida. Últimamente todo son problemas. ¡Solo me faltaba que el niño…!

La otra, que estaba al tanto de la situación de Matías Revilla, movió la cabeza con indulgencia.

—Ya verás como todo se acabará arreglando.

El edificio, entretanto, empezaba a llenarse de niños y de madres que acudían por ropa o comida. Por encima del bullicio general se hizo audible el ruido de un motor. Era el doctor Ponce, que llegaba en el sidecar. Entró en la habitación diciendo a modo de saludo:

—Vamos a ver, vamos a ver… —Y sin perder un instante procedió a reconocer a Rubén.

Le tomó la temperatura, le examinó la lengua, le hizo flexionar brazos y piernas, le palpó las costillas y, mientras tanto, le hablaba en tono imperioso:

—Y tú, ¿se puede saber cuándo te decidirás a hablar? Yo sé que entiendes lo que te digo. Y si entiendes lo que te digo, es que puedes hablar. Vamos, habla. Di algo, cualquier cosa. Dinos qué has hecho y dónde has estado.

Rubén, ensimismado, mantenía la mirada clavada en el suelo. El médico, dejándolo por imposible, concentró su atención en los rasguños del codo y las pequeñas excoriaciones de las rodillas, donde aún quedaban restos de sangre seca. Pero su conclusión fue tranquilizadora:

—No tiene nada que no se hagan todos los críos jugando.

—¡Me quitas un peso de encima! —exclamó Avelina.

Ponce se volvió hacia el pasillo, por el que pasaban dos filas de niños en formación.

—Hoy no me toca, pero ya que estoy… —dijo.

Le acompañaron a la enfermería y organizaron la cola para la revisión. En solo un minuto, la antesala se llenó de madres de gesto

sombrío y niños de grandes ojos atemorizados. Avelina, que no se separaba de Rubén, llevó a María Elena al pasillo y le habló en voz baja:

—Matías cree que José Luis Arrese está detrás de todo. El otro día, en casa, no paraba de repetirlo. «¡Es Arrese, es Arrese, que me quiere hundir!» ¿Tú crees que alguien como Arrese, todo un ministro y secretario general del Movimiento, puede tener algún interés en acabar con él?

—No sé qué decirte, pero no puede ser tan grave. —La otra trataba de quitar hierro al asunto—. Seguro que no ha habido mala intención. José Mari leyó el artículo y dijo que, mientras no mencionaran a Matías…

—Pero volvían a decir que el muerto trabajaba en la Comisión Revisora. ¿Por qué tanta insistencia? Es como decir: mirad, asesinado en extrañas circunstancias, un individuo oscuro, con un pasado lleno de sombras, condenado por estafa…, ¡y ese hombre era la mano derecha de Matías Revilla! ¿Quién confiaría en alguien que escoge como colaborador a una persona así así, un delincuente?

—Decían que había trabajado como payaso…

—¡Figúrate! ¿Quién confiaría en alguien que escoge a un payaso?

Se referían a la nueva nota de la agencia Cifra, publicada el primer miércoles de junio. Pese a lo prometido en el titular («Más sobre el crimen de la calle Manzana»), no se aportaba ningún dato nuevo sobre el homicidio y sí alguno sobre los antecedentes policiales de Aníbal.

—¿Cómo se llamaba? ¿Patatín? Y la policía lo había investigado por la muerte de… ¿Patatán? Patatín y Patatán. Es gracioso.

—¿De verdad te parece gracioso? —replicó la otra, ofendida.

—Perdóname, Lina. No pretendía… ¿Tú qué crees? ¿Que será verdad que mató a su socio o que no?

—Ni idea. —Avelina respiró ruidosamente por la nariz—. Si por lo menos el artículo llevara alguna firma… Se le podría decir: ¡a ver, usted, de dónde ha sacado esas informaciones!, ¿y qué interés tiene en atacar a mi marido?

De la enfermería llegó la voz del doctor Ponce reclamando ayuda:

—¡María Elena, por favor!

—¡Voy! —dijo ella, pero su amiga, con expresión de apuro, la retuvo por el brazo.

—Dime una cosa. ¿José Mari ha solicitado la medalla esa, la de la Vieja Guardia? Porque el nombre de Matías no aparece por ningún lado. Ya sé que no han terminado de sacar todas las listas, pero…

—¿Pero cómo le van a denegar esa medalla a un camisa vieja

como tu marido? Te preocupas demasiado, Lina. Demasiado.

Volvió a oírse la voz del médico:

—¡María Elena! ¿Estás ahí?

Avelina se quedó a solas con Rubén. Se sentó en una silla para ponerse a su altura, le atusó el flequillo y, tratando de sonreír, dijo:

—A lo mejor tiene razón. Me preocupo demasiado.

La carretera no era sino un camino de tierra, más apropiado para el paso de rebaños que de tráfico rodado. El Hispano-Suiza había dejado atrás un sinfín de pueblos miserables antes de emprender el ascenso a la sierra. A partir de ahí todo eran curvas. Tras casi cuatro horas de incómodo viaje, Revilla no ocultaba su cansancio. Santos abrió la ventanilla y trató de animarle.

—¡Disfruta de la naturaleza, hombre! ¿Cuándo has respirado tú un aire tan limpio?

Cuanto más subían, más intenso era el olor a pino y a lluvia reciente. Curiosamente, por esa parte la carretera mejoraba: el pavimento se hacía más liso y regular, se ensanchaban los arcenes y no faltaban los mojones que indicaban el punto kilométrico. La explicación era sencilla: esa zona había sido una de las favoritas de Alfonso XIII para sus partidas de caza. El propio parador se había concebido inicialmente como pabellón de caza de la familia real y, según se decía, el emplazamiento había sido elegido personalmente por el monarca. En verdad, el sitio, rodeado de altas cumbres y bosques feraces, no podía ser más hermoso, y el edificio, de piedra gris y pizarra, austero, con aspecto de cuartel, dominaba el paisaje como una fortaleza antigua. Visto desde el aire, tenía forma de ele, con un mirador orientado hacia el sudoeste. El coche se detuvo delante de la fachada principal. Sin decidirse a salir, Santos asomaba piernas y brazos fuera del vehículo para desentumecer los músculos. Revilla, mientras tanto, daba instrucciones al conductor:

—Mira en el maletero a ver si todo ha llegado bien. El almuerzo está en una cesta; lo demás, en la otra. El vino también. Acuérdate del sacacorchos, que luego pasa lo que pasa. ¡Ah, y lleva un par de paraguas por si nos coge un chaparrón!

El sol se estaba abriendo paso entre las nubes. Santos se encajó la gorra en la cabeza y tiró de la visera hasta dejarla a la altura de las cejas. Iban los dos vestidos para la ocasión: botas de montaña, pantalones bombachos, chaquetas abrigadas. Antes de entrar en el edificio, Santos agarró a su amigo por el codo.

—¿Y si al final resulta que todo es mera coincidencia? Lo de la

medalla: no eres el único que no aparece en el boletín. Podría ser un error, un retraso, una cuestión técnica. Esas listas son provisionales. Te recuerdo que la tramitación es complicada: el informe del jefe provincial, el de la Junta Central de Recompensas…

—¿Y qué me dices de la nota de Cifra? ¿También es una cuestión técnica?

—Das por supuesto que el periodista tenía segundas intenciones y, ¿qué quieres que te diga?, puede que todo sean figuraciones tuyas…

—¿Figuraciones? ¡Pero mira que eres ingenuo! Primero me relacionan con el asesinato de Aníbal, luego añaden lo de la muerte del tipo ese, el payaso… ¿No lo entiendes? Me están apuntando. Me están señalando con el dedo. Como diciendo: a ese, al de la Comisión, hundidlo, acabad con su reputación, acabad con él.

—¿Y por qué piensas que detrás está la gente de Arrese?

—Santitos, Santitos… —le afeó el otro—. ¡No te estarás echando atrás!

—He hecho la gestión. Te he conseguido la cita. He venido hasta aquí. ¿Qué más quieres?

Apareció un botones, que, al ver que el conductor se ocupaba de las cestas, se limitó a sujetarles la puerta. Revilla bajó la voz:

—Y, aunque no fuera cosa de Arrese, el apoyo de Dionisio nunca estaría de más.

Santos se quitó la gorra antes de entrar.

—Tú déjame a mí. Lo conozco bien. No precipitemos las cosas. Hemos venido a hacer un poco de montañismo. Solo a eso. Lo que tenga que salir saldrá cuando tenga que salir.

Dionisio Ridruejo, convertido en un héroe tras su regreso del frente ruso, se había retirado a Gredos para recuperar la salud. El aire puro, los paseos por la sierra y una buena alimentación habían empezado a obrar el milagro, y de los más de treinta kilos perdidos ya había recuperado casi quince. Aun así, su estampa seguía siendo la de un hombre consumido: el pellejo pegado a los huesos, los ojos como excavados en las cuencas, la nariz afilada. Santos y Revilla lo esperaron junto a la chimenea del salón, entre cabezas de ciervos y grabados con escenas de caza. Cuando lo vieron llegar procedente de la biblioteca les pareció un hombrecillo a punto de quebrarse.

—¡Bienvenidos al paraíso! —saludó y, refiriéndose a su ropa, dijo —: Veo que venís preparados.

También él estaba ya vestido para la excursión. Apareció una doncella con chocolate caliente y bizcochos, que sirvió en una mesita junto a la ventana. Ridruejo hizo una seña con el brazo que abarcó el salón entero.

—¿Sabéis que José Antonio estuvo varias veces en este sitio? Aquí se reunía con los jefes territoriales, aquí hacía planes para levantarse contra la República… ¿Quién sabe? Puede que entre la tapicería todavía quede alguna célula suya, algún cabello… —Acercó la nariz al tazón—. ¡Hummm, esto resucita a un muerto!

Pero, cuando se disponía a darle un trago, un fuerte ataque de tos le obligó a depositarlo nuevamente. Se tapó la boca con un pañuelo y no lo apartó hasta que la tos acabó convertida en simple carraspeo. A modo de disculpa dijo:

—Esto no es nada. No sabéis cómo llegué a estar. Me acuerdo de un establo en Possad, el techo calcinado, las paredes medio caídas, yo ardiendo de fiebre y a la vez muriéndome de frío… Creí que no saldría vivo pero conseguí llegar a Grigorovo, al hospital. Cuando me quité los calcetines, ocurrió algo que nunca habría podido imaginar: que se me desprendió la piel de los pies. Tal cual. Como se desprende la corteza de los álamos enfermos. Pero, en definitiva, ¿qué era eso al lado del sufrimiento de los camaradas que agonizaban en la misma sala? Lo importante era que estaba vivo. Y vivo sigo, aunque no del mismo modo, no como hace un año, cuando nos vimos por última vez en la estación… La convivencia diaria con la muerte te enseña muchas cosas. Te enseña a mirarlo todo de otra manera, a valorar las cosas pequeñas, a sentir como un privilegio extraordinario el simple hecho de estar vivo. ¡Cuando pienso en los camaradas a los que sostuve la mano mientras exhalaban el último aliento…! Uno de ellos, que no tenía ni veinte años, no hacía más que decir: escribe a mi madre, dile que he muerto como un valiente… ¿Cómo no me voy a sentir un privilegiado por estar ahora aquí, con vosotros, tomándome un chocolate?

Ridruejo hablaba de sus penalidades en el frente sin coquetería ni jactancia. Llegado un momento, como si la exhibición de sus desventuras lo avergonzara, se palmeó las rodillas y exclamó:

—¡Bueno! ¡Es suficiente! ¿A qué esperamos para partir?

Apenas cinco minutos después estaban ya caminando por un viejo pinar cercano al parador. La senda, estrecha, zigzagueante, les obligaba a avanzar en fila india, Ridruejo a la cabeza, los otros dos algo más atrás y en último término el joven soldado que acarreaba las cestas con la comida y todo lo demás. Pese a su aparente debilidad, el exjefe de Propaganda de Franco se movía con ligereza, y a los otros, poco acostumbrados a las caminatas, les costaba seguir su ritmo. Su comunión con la naturaleza era reciente pero intensa. En solo unas semanas había aprendido a distinguir las diferentes variedades de árboles y arbustos y se había familiarizado con los nombres de las

plantas. De vez en cuando, sin pararse, señalaba un matorral y exclamaba ¡rosas silvestres! o ¡retamas! o ¡clinopodios! Con los pájaros, lo mismo: ¡pinzones!, ¡verderones!, ¡arrendajos…! Cada cierto tiempo, normalmente al llegar a una fuente o un arroyo, se detenía a esperarlos. Entonces aprovechaba para ampliar las explicaciones:

—El otro día vi un piquituerto. Era bien bonito, anaranjado, casi rojo. ¿Sabéis por qué se llama así? Porque tiene el pico torcido. —Trató de ilustrarlo con los dedos—. Como las tijeras de uñas pero sin encajar, una punta para arriba y la otra para abajo. Gracias a eso puede abrir las piñas y comerse los piñones. —Y, moviendo la mano como una raqueta de tenis, reanudó la marcha.

Revilla y Santos, sofocados, se quedaban cada vez más rezagados. Como el soldado, por respeto, no se atrevía a adelantarlos, el grupito acabó partiéndose. En algún momento los tres de atrás temieron haberse perdido, pero Ridruejo, que conocía bien el terreno, los esperaba en una pequeña vaguada.

—Son las botas estas, que me aprietan —se excusó Revilla—. Me han crecido los pies desde la última vez.

Dejaron atrás los últimos árboles y salieron a una pradera en la que pastaban en libertad vacas y caballos. El lugar elegido para el almuerzo estaba ahí mismo, junto a un viejo abrevadero de piedra. Entretanto, las nubes se habían retirado y la sierra se mostraba en todo su esplendor, las cumbres recortándose con nitidez contra el limpio azul del cielo.

—Unamuno lo llamaba el espinazo de Castilla. Hasta hace dos semanas todavía había nieve —dijo Ridruejo, extasiado—. ¿Entendéis ahora por qué digo que esto es el paraíso? Un paraíso abrupto, granítico, pero un paraíso.

El soldado extendió un mantel de cuadros, dispuso la vajilla y los cubiertos, sacó las fiambreras. Mientras tanto, Ridruejo fumaba con delectación y peroraba sobre la honda emoción del paisaje, la inigualable sensación de formar parte de la naturaleza: ser como la floración en primavera, como la lluvia que nutría los manantiales, una experiencia nueva en su vida, superior, una experiencia tan estimulante que no había podido resistirse a la tentación de convertirla en poesía. Dijo:

—Dejadme que os lea unos versos. —Y, sacando un cuadernito, empezó—: «Verde, amarilla, gris, blanca en la altura, la vasta sierra hacia la luz descansa como una ola quieta en su espuma más brava. Me detengo en el valle. Con raíces entre la hierba se me queda el alma: pasa a mis pies un agua, un sobresalto, encadenado al tiempo mis entrañas…».

Siguió a ese un poema en el que daba los buenos días a los «gallardos ventisqueros». Concluida la lectura, guardó el cuadernito y dijo:

—Será un libro sobre el reencuentro del poeta consigo mismo. Ya tengo hasta el título: *En la soledad del tiempo* . ¿Qué os parece?

Los otros dos, frunciendo los labios, asintieron con solemnidad. Ridruejo apagó el cigarrillo y exclamó:

—¡Pero basta ya de poesía, que el hambre aprieta!

Avelina les había preparado unas empanadillas, unas patatas con vinagreta y algo de carne empanada. El vino, algo rasposo, era un tinto de Villanueva de los Infantes que les mandaban unos parientes de Ciudad Real. De postre tenían dulce de membrillo y dátiles. Terminado el almuerzo, Ridruejo apoyó la espalda en el abrevadero y se encendió otro cigarrillo. Santos creyó llegado el momento de encauzar la conversación.

—¿Sabes algo de Serrano? —dijo—. ¿Lo has visto?

—Vino a recibirme al aeropuerto. Pero desde entonces… —Se encogió de hombros—. Él está a sus cosas, yo a las mías.

—¿Y de Arrese?

—A Arrese lo veré pronto. Muy pronto. Y le hablaré con franqueza…

Revilla contuvo la respiración a la espera de que continuara, pero Ridruejo no parecía muy interesado en el tema. Tras una breve divagación sobre el sentido último de la poesía, su monólogo se adentró en unos vericuetos de los que no parecía fácil rescatarlo: la épica del combate, la aspiración del ser humano a la trascendencia, etcétera. De golpe, y casi sin venir a cuento, regresó al punto de partida:

—Que estoy harto de politiqueos y politiquerías. Eso es lo que le voy a decir. Que no cuente conmigo si lo que quiere es seguir haciendo lo de siempre. Lo reconozco: estoy desanimado, descorazonado… ¡Falange nació para acabar con el aborregamiento, para reformar España, para revolucionarla, para que no siempre manden los mismos, los clanes conservadores, las jerarquías eclesiásticas! Le voy a recordar lo que somos, porque tenemos que regresar a nuestros orígenes, volver a ser lo que fuimos, recuperar nuestra revolución nacionalsindicalista, ¿no os parece? Sí, ya lo sé: la última palabra siempre la tendrá él, Arrese, que es el que manda. ¡Pero manda porque Franco lo ha puesto allí! ¡Solo por eso!

—Supongo que sabéis que no entró en Falange hasta febrero del 36. Y qué casualidad… ¿Cuál es la antigüedad que se exige para la Medalla de la Vieja Guardia? —Aquí Revilla hizo una pausa algo

artificiosa para mantener el suspense—. ¡Exactamente esa! ¡Febrero del 36!

Santos torció el cuello.

—¡Convertido en camisa vieja por arte de magia, ja, ja!

Y su amigo volvió a la carga:

—¡Aquí hay que estar a las duras y a las maduras! ¿Cuántos más habrá como él, que solo aparecen cuando se reparten enchufes y despachos? Para eso sí que se dan prisa, ¿eh? ¡Para eso sí! No corrieron tanto para ir al Teatro de la Comedia, donde no había cargos para repartir…

Y Santos se sintió obligado a matizar sus palabras:

—Se trata de seguir proclamando nuestro ideal, nuestros principios fundacionales. ¿Cómo se puede exigir lealtad a esos principios a gente que en su momento no los defendió?

Ridruejo asentía con la cabeza y concedía:

—Veo que me entendéis. Veo que entendéis lo que quiero decir.

Revilla se enardecía por momentos:

—¡Gente que ni siquiera estaba cuando había que estar! No podemos permitir que Arrese y su gente traicionen la historia de Falange. Que dilapiden nuestro capital político: la sangre de nuestros mártires, el altar de nuestra victoria, la bandera de la moral. Tenemos que defender todo eso, tenemos que…

Y, como no terminaba la frase, lo hizo Santos por él:

—Tenemos que ayudarnos entre nosotros, Dionisio. Tenemos que protegernos de esa gente, que está deseando desprenderse de los más auténticos, que somos también los más incómodos. Ahora mismo hay en marcha una burda operación para manchar la reputación de algunos de nosotros…

Ridruejo, demostrando que estaba al corriente del asunto, miró a Revilla y dijo:

—No os preocupéis por eso. Sabremos parar los golpes. Y devolverlos, si hace falta.

Los otros dos hacían esfuerzos por contener el entusiasmo.

—Tienes todo nuestro apoyo, Dionisio. Para lo que sea —dijo Revilla.

—Sabes que puedes contar con nosotros como nosotros contamos contigo —añadió Santos.

Dionisio movió la cabeza en señal de gratitud y dijo:

—Lo sé, camaradas, lo sé. —Y, poniéndose en pie, dio por concluida la conversación.

El camino de vuelta lo hicieron más despacio que el de ida. Tras atravesar un bosque de pinos jóvenes, recorrieron una pista forestal

flanqueada por pilas de troncos que esperaban a ser transportados. Desde el punto en que confluían la pista y la carretera eran visibles el parador a la derecha y el pueblo de Navarredonda a la izquierda. Ahí Revilla buscó un sitio donde sentarse, se aflojó los cordones de las botas y dijo:

—No puedo más.

El soldado corrió a buscar el Hispano-Suiza mientras Revilla terminaba de descalzarse y mostraba unos pies devastados por la hinchazón, las rozaduras, las llagas.

—Pero, hombre, ¿cómo no lo has dicho antes? —le regañó Santos, que luego trató de bromear—: ¡Un poco más y también a ti se te desprende la piel!

Nadie le rio el chiste. El coche tardó apenas diez minutos en llegar. En el parador estaban ya esperándolos con el botiquín preparado. Le limpiaron las heridas con tintura de yodo, le pusieron unas vendas y mandaron al soldado a comprar calzado en el pueblo. Revilla tiró sus viejas botas de montaña a un cubo de basura. Sintiéndose responsable, Ridruejo lo observaba todo con expresión sufriente. Repetía:

—Dime qué más puedo hacer por ti. —Y, debido a su aire de asceta, la preocupación adoptaba en él una dimensión espiritual, trascendente.

Apareció finalmente el soldado con una especie de babuchas de borreguillo, que era lo único que había podido encontrar. Entre unos y otros ayudaron al herido a llegar al coche. Desde la puerta, Ridruejo les decía adiós con la mano mientras el conductor maniobraba para enfilar la cuesta.

—Ya lo has oído —dijo Santos en cuanto lo perdieron de vista—. «No os preocupéis, sabremos parar los golpes.» ¡Estarás satisfecho!

—Solo hay una cosa que… Todo eso de los clanes conservadores, las jerarquías… ¡Y tanto hablar de la revolución nacionalsindicalista! ¿No crees tú que está un poco fuera de la realidad?

—¡Revolución, revolución! Si nos ponemos así, también tú y yo creemos en la revolución. ¿O no? Pero una cosa es la teoría y otra cosa es… Digamos que son maneras de hablar.

—Maneras de hablar… —murmuró el otro con recelo.

Unas vacas que marchaban sin prisa por la carretera los obligaron a parar. El sonido de los cencerros y los mugidos, unido a un olor acre, espeso, mezcla de sudor y leche cortada, invadió el interior del automóvil. Santos se acercó a su amigo y le habló en voz baja:

—Dionisio cobraba cuatro mil duros al año cuando llevaba la jefatura de Propaganda… ¿Estuviste alguna vez en su despacho del

edificio de la Audiencia? Yo sí. Muebles estilo imperio, cuadros de Goya… ¡Cuando te acostumbras al lujo, no lo dejas por una quimera revolucionaria! Que yo sepa, ahora no tiene otro sueldo que el de la revista esa, *Escorial* . ¡Alguien como él, un héroe de la guerra contra el comunismo! ¿Qué crees que va a pasar? Te lo digo yo. Le ofrecerán un cargo importante, un ministerio, ¡qué sé yo!, y verás como todos esos ardores revolucionarios se le pasarán de golpe.

El conductor, impaciente, hizo sonar el claxon. De algún sitio salió un perrillo flaco, desdentado, con una mancha en forma de parche alrededor de un ojo, y empezó a ladrar. Una de las vacas se apartó y el coche, apurando el arcén hasta el límite, pudo finalmente avanzar. Revilla no parecía muy convencido. Santos tuvo que insistir:

—Ahora hay que procurar que se enteren quienes se tienen que enterar. Tienes de tu lado a Dionisio, e indirectamente a Serrano Suñer. Si ellos son intocables, tú también. ¿Qué más quieres?

Revilla, por fin, esbozó una sonrisa. Santos le palmeó el brazo, se incorporó un poco y gritó al soldado:

—¡Acelera un poco! ¡A ver si llegamos a casa a cenar!

Sentado en el borde de la bañera, Revilla sofocó un gemido. Las heridas seguían supurando, y cada vez que se cambiaba los vendajes arrancaba diminutos jirones de piel muerta mezclada con costras todavía tiernas. La peor parte se la había llevado una uña, que debido a la presión de la puntera había acabado encarnándose y provocando una pequeña infección. Por no tener que dar explicaciones había renunciado a ir a la casa de socorro, y él mismo se hacía las curas en casa. Se levantó procurando pisar con los talones, abrió el armarito y cogió una cuchilla de afeitar. Luego, con sumo cuidado, apartó la carne inflamada y serró la esquina de la uña hasta que, dando un ligero tirón, consiguió desprenderla. Una gota de sangre descendió lentamente por el pliegue y se detuvo en la lúnula, dibujando algo parecido a una jota. Revilla cubrió el dedo con una de las vendas viejas y apretó con fuerza para detener la pequeña hemorragia. Del pasillo llegaba la voz de Avelina dando instrucciones al cerrajero:

—En esta puerta me pondrá usted otro. Bien alto, para que no llegue.

Tras la fuga de Rubén, la mujer había decidido poner cerrojos y candados en todas las puertas y ventanas que dieran al exterior.

—¿A esta altura? —dijo el hombre, señalando un punto en el marco.

—Más, más. Arriba del todo.

Los Revilla vivían en la calle Fortuny, en una elegante casita de dos pisos pegada al antiguo frontón Beti Jai, que los coros y las bandas musicales de Falange usaban para sus ensayos. Avelina sospechaba que el niño había escapado por el patio trasero, que estaba comunicado con el frontón, pero muy bien habría podido marcharse tranquilamente por la entrada principal. A partir de ahora no podría salir ni por un lado ni por otro porque, cuando ella o su marido no estuvieran delante, todas las puertas y ventanas permanecerían cerradas con llave. Revilla volvió a oír la voz de su mujer alejándose hacia la galería.

—Y ahora venga por aquí…

Comprobó que el dedo había dejado de sangrar y lo cubrió con un apósito, que aseguró con esparadrapo. Se puso los calcetines y los zapatos y probó a dar unos pasos flexionando las plantas de los pies. Sonó el teléfono, que estaba en el salón, en una mesita velador con pie de columna salomónica. Revilla se entretuvo guardando las cosas. Como el teléfono seguía sonando, asomó la cabeza fuera del cuarto de baño.

—¿Lo coge alguien o no?

Iba a contestar Avelina pero se le adelantó Honoria, la criada.

—Casa de los señores de Revilla. ¿Dígame?

Revilla estaba ya en el pasillo. Avelina, a la que el niño seguía a todas partes como un perrito, se había quedado a medio camino. Antes de volver al comedor, donde el cerrajero continuaba tomando medidas, dijo con voz atiplada:

—¿Has visto, Rubén? Papá está cojito. Corre a darle un beso.

El pequeño, en lugar de obedecer, le volvió la espalda y hundió la cara entre los muslos de su madre, que insistía inútilmente:

—¿Pero no ves lo malito que está? ¡Pobre papá!

La criada, entretanto, esperaba para decir:

—Es el señor Santos.

—Dile que ahora voy.

Primero fue a la cocina a tirar los restos de vendas y luego se sentó en la butaca a hablar por teléfono. Si en general abundaban en la casa los muebles de maderas nobles y las lámparas valiosas, el salón parecía directamente el gabinete de un coleccionista, con grandes relojes de pared, vitrinas llenas de antigüedades, tapices de la Real Fábrica y pinturas de artistas renombrados. En esos cuarenta metros cuadrados estaban sus tesoros más preciados, incluido un pequeño Greco que había pertenecido a un notario del Partido Radical y nadie había reclamado ante la Comisión Revisora.

—Dime, Santitos.

—¿Tú qué crees? ¿Que se ha vuelto loco?

—No sé de qué me hablas.

—¿De verdad no te has enterado?

Santos daba por supuesto que la noticia habría llegado a sus oídos: Ridruejo acababa de escribir una carta incendiaria al Jefe del Estado. El contenido exacto no había trascendido, pero entre los falangistas que se llamaban a sí mismos auténticos habían circulado algunos extractos.

—Que el régimen es un fracaso. Que están utilizando a Falange como una etiqueta para engañar a la gente. Que todo esto no es más que un tinglado… ¡Eso dice! ¡Tinglado! ¿Te lo puedes creer? Y no es que lo haya comentado en una reunión privada, delante de unos amigos… Lo ha puesto por escrito, lo ha metido en un sobre y lo ha enviado a El Pardo. ¡A Franco, al mismísimo Franco! Al final vas a tener razón tú. ¡Tanto hablar de revolución…!

Revilla no terminaba de creer lo que estaba oyendo. En una vitrina cerrada con llave había varias fotos enmarcadas, entre ellas la que se había hecho con Santos y Dionisio el día de la despedida de la División Azul. Apenas había transcurrido un año, y cuántas cosas habían pasado desde entonces.

—¿Qué más dice en esa carta? —dijo.

—Que la masa está ahora en manos de unos demagogos. Que los que ahora mandan son todos unos mediocres: ineptos, reaccionarios, acomodaticios… Que aunque son enemigos declarados nuestros, la mala fama nos la llevamos nosotros, los falangistas. Y lo peor de todo: le dice a Franco que no cuente con su lealtad incondicional… ¡Eso le dice! ¡Dionisio a Franco! ¡Que no es un incondicional suyo! ¡Que no es de los suyos!

—¿Cómo se ha atrevido a…? ¿No se da cuenta de que lo pueden meter en la cárcel, lo pueden fusilar? —dijo el otro, consternado, y tras una breve pausa añadió con un hilo de voz—: ¿Y a mí quién me protegerá ahora? Me dijiste que yo era intocable porque él lo era… ¿Y ahora? Dime, Santos: ¿qué soy ahora? ¿Qué me puede ocurrir? ¿Me he convertido en un paria?

—Necesitarás otros apoyos. Está claro que Dionisio ya no te sirve.

—Entonces, ¿quién? —Y, como temiendo que el otro no le hubiera oído, repitió—: ¿Quién?

Avelina, que había salido a despedir al cerrajero, percibió algo al pasar por el pasillo y se paró en la puerta a escuchar. A su espalda, medio escondido, estaba Rubén. Revilla, con la mirada clavada en la foto, mascullaba cosas que ella no alcanzaba a entender. Se acercó en cuanto lo vio colgar.

—¿Qué pasa, Matías?

Su marido se puso en pie, fingiendo indiferencia.

—Venga. Explícame eso de los cerrojos.

Hicieron un breve recorrido en el que Avelina fue señalando puertas y ventanas tanto del primer piso como del segundo, del que temía que el niño pudiera escapar deslizándose por los canalones. Rubén, cogido de su mano, asomó la cabeza por encima del alféizar y observó con curiosidad el entramado de cañerías, que recordaba el dibujo de los cactus en los libros de vaqueros. Su madre se agachó y le susurró con dulzura:

—Pero, aunque no hubiera cerrojos, tampoco lo volverías a hacer, ¿verdad? Júrame que nunca te volverás a escapar.

El niño bajó la cabeza, en un gesto que parecía de acatamiento o sumisión. Avelina se dio por satisfecha. De vuelta al piso de abajo, mandó a Rubén a merendar en la cocina y concluyó la explicación:

—Será la misma llave para todos los candados. Tú tendrás tu copia y yo la mía. Más sencillo así. —Y, como Revilla mantenía la expresión ausente, prosiguió—: ¿No vas a protestar? ¿No vas a decir que estoy convirtiendo la casa en una prisión?

—Estaba pensando… —dijo él, frotándose el mentón.

—¿Qué?

—¡Rubén!

El niño apareció con un bocadillo en la mano.

—Ven aquí, Rubén. —Revilla le puso la mano en el hombro—. ¿Está bueno el bocadillo? ¿De qué es? ¿De chocolate?

A Avelina casi la sorprendieron tantas manifestaciones de afecto. Su marido dijo:

—Estoy pensando que este niño no ha hecho la primera comunión. Y ya va siendo hora, ¿no crees? Lo celebraremos a lo grande. Montaremos una señora fiesta. Invitaremos a esas amigas tuyas tan importantes. Invitaremos a Carmen de Icaza y a Mercedes Sanz y les recordaremos sus promesas… ¿Para cuándo el internado de la carretera de Extremadura? ¿Eh? ¿Para cuándo?

—¿Una comunión en pleno verano? —protestó ella con timidez.

—¿Por qué no? ¿Está prohibido comulgar en verano? —Y se inclinó hacia el niño y le habló al oído—: ¡Ya verás qué fiesta tan bonita te vamos a organizar!

Avelina, con una sonrisa de felicidad, todavía fingía resistirse:

—No sé, no sé… Es que así, tan de repente…

En las paredes había esquemas del aparato reproductor, gráficos

alusivos al embarazo y dibujos del feto en diferentes posiciones. El doctor Sampedro repasaba la lista de pacientes con la enfermera, que era su propia mujer. Gloria, mientras tanto, terminaba de vestirse detrás del biombo. Oyeron algo parecido a un sollozo o un jadeo.

—¿Está usted bien? —dijo el médico.

Como no hubo respuesta, se acercaron a mirar. De espaldas a ellos y con la cara entre las manos, Gloria hacía grandes esfuerzos por contener las lágrimas. Al saberse descubierta, su resistencia se quebró definitivamente y el llanto brotó incontrolable.

—¡Pero, por favor…! —exclamó Sampedro.

La obligaron a sentarse y le ofrecieron un vaso de agua. Ella se sonó la nariz y protestó tímidamente:

—Tienen gente esperando. No me gustaría que por mi culpa…

—Que esperen.

—Usted no se va de aquí hasta que se le diga. —La mujer, oronda, afectuosa, maternal, le daba aire con el abanico—. ¿Tiene calor?

El médico arrastró una silla para sentarse a su lado. Tenía una manera de hablar lenta, sosegada, que inspiraba confianza.

—¿Se cree que no sé lo que le pasa? No se preocupe tanto, Gloria. Estas cosas son normales.

—¡Pero es que ya van dos veces! —replicó la otra con voz de niña.

—A eso me refiero cuando le digo que es normal. ¡Puede que haya una tercera vez…!

—¡…Y una cuarta! —La mujer, que seguía agitando el abanico, completaba las frases del marido—. Pero no tiene por qué ser siempre así.

—Ahora usted se piensa que le ha caído encima una maldición y que ya nunca podrá tener descendencia. Pues quíteselo de la cabeza. Es joven, muy joven. Tiene toda la vida por delante. ¡La de veces que he visto casos como el suyo y luego han tenido un montón de hijos! Hala, beba un poco más de agua… —Y nuevamente la mujer lo completó:

—Verá qué bien le sienta.

Gloria hizo un gesto de agradecimiento, se humedeció los labios y volvió a hablar:

—De pequeña estuve a punto de morir de una pulmonía…

—¿Qué quiere? ¿Que le diga que es estéril? ¿Que debido a una enfermedad de la infancia nunca podrá tener hijos? Pues no se lo voy a decir porque no es cierto. Y no le dé más vueltas. ¡Solo Dios sabe por qué unos embarazos llegan a término y otros no! —De repente, el médico la observó con suspicacia—. Veo que esta vez no la ha

acompañado su marido…

Ella dio unas explicaciones vagas e inconexas. El doctor Sampedro no se dejó engañar.

—No siga por ahí —la atajó—. ¿No le estoy diciendo que he visto un montón de casos como el suyo? Si es solo una vez, se lo cuentan al marido. Pero si vuelve a ocurrir empiezan a sentirse culpables y se lo callan. Y eso no. Eso sí que no.

Y su mujer la reprendió con dulzura:

—¿Qué culpa va a tener usted, alma bendita?

—¿Para qué darle esperanzas si luego…? —se defendió Gloria.

El médico la apuntó con el índice.

—Si el niño es de los dos, el embarazo también. No hay motivo para mantener nada en secreto. Prométame que lo primero que hará será decírselo. Diga: lo prometo,

prometo decírselo a mi marido. Vamos, dígalo. Que yo lo oiga: lo prometo.

—Lo prometo, lo prometo… —repitió ella, y se llevó la mano al pecho como si estuviera rezando el credo.

La consulta estaba a solo tres calles de la oficina. Para justificar su ausencia había dicho que tenía que pasar por la modista a recoger un traje. Pero ahora las cosas habían cambiado: como había decidido no ocultarle a su marido la visita al médico, la modista podía quedar para otro día. Cuando llegó al trabajo, Félix salió a recibirla con expresión perpleja.

—¿Y tu padre? Pensé que estaba contigo.

—¿Por qué iba a estar conmigo?

—No sé. Por aquí no ha venido.

Desde la boda vivían todos juntos. El piso, en la calle Velázquez, estaba dividido en dos mitades simétricas que daban la vuelta a un pequeño patio. Tenía espacio suficiente para que la convivencia no resultara engorrosa. Era un piso moderno, confortable, casi lujoso. Solo le faltaba el teléfono. La línea la habían solicitado en enero, antes incluso de contraer matrimonio, pero seguían sin saber cuándo se la instalarían. Entraron en el despacho. Félix consultó su agenda y marcó el número del vecino de rellano, un arquitecto jubilado con el que habían hecho buenas migas.

—Don Eladio, perdone que le moleste…

Mientras esperaban a que el vecino volviera a ponerse al aparato, Félix acarició la mejilla de Gloria al tiempo que silabeaba con claridad: GU-A-PA. Ella juntó los labios y le envió un besito. En la

oficina seguían comportándose con reserva y discreción, como cuando eran novios. Se oyeron ruidos en el otro extremo de la línea.

—Dígame, don Eladio… ¿Qué le ha dicho la chica?

Cuando colgó el teléfono, parecía intranquilo.

—Dice que después de misa no ha pasado por casa.

Gloria frunció el ceño y habló para sí:

—O sea que el último sitio en el que sabemos que ha estado… —Y, sin acabar la frase, echó a andar hacia la salida.

—¡Voy contigo! —exclamó Félix.

Aunque habían cambiado de barrio, Basilio seguía frecuentando su antigua parroquia, la de Santa Teresa y Santa Isabel, que finalmente estaba siendo reparada y tenía las naves laterales llenas de andamios. Mientras esperaban a que sus pupilas terminaran de habituarse a la penumbra, Félix se mojó los dedos en agua bendita y tendió la mano hacia Gloria para ofrecerle. Se santiguaron. La iglesia estaba casi vacía. Basilio se sentaba siempre en los primeros bancos y adoptaba una actitud de extremo recogimiento. Visto desde la entrada, parecía minúsculo, como un muñeco que hubieran olvidado después de una función infantil. Félix y Gloria avanzaron por el pasillo central y se sentaron a su lado. Basilio, con los codos clavados en las rodillas y las manos entrelazadas delante de los labios, no apartaba la mirada de la bóveda.

—¿Qué haces, papá? —susurró Gloria.

El hombre dio un leve respingo antes de responder:

—Escuchar, eso es lo que hago.

—¿Pero escuchar qué? —Y por un instante pareció que el silencio resonaba en las altas paredes del templo.

La bóveda era una de las pocas partes cuya reconstrucción se había completado, de modo que ya no existía la grieta por la que alguna vez había creído entrever el infinito. A su hija y a su yerno nunca les había hablado de esa grieta, que era su vía de comunicación con la divinidad. Por eso no pudieron entender su respuesta:

—Ahora tengo que afinar más el oído si quiero escuchar.

Gloria se impacientó:

—¿Pero te das cuenta de la hora que es?

Como quien regresa de un trance hipnótico, su padre la miró con los ojos muy abiertos y se dio una palmada en la frente.

—¡Es verdad!

Se ofrecieron a acompañarle a casa, pero él insistió en ir a la oficina y quedarse trabajando hasta la noche para recuperar las horas perdidas. Como caminaba despacio, con andares de anciano, tardaron bastante en llegar. Gloria le lanzaba miradas de preocupación que

Félix captaba con gesto resignado. Al llegar al portal, este se acordó de algo:

—¿Tú no tenías que recogerme el traje en la modista?

Ella dudó un instante y acabó mintiendo:

—Ah, sí. El traje. Me han dicho que aún no está. Que seguramente estará el lunes. Que vuelva la semana que viene.

—Pues nada. No hay prisa —dijo él, empujando la pesada puerta de madera.

Aunque su denominación oficial era Salón de las Columnas, quienes lo habían frecuentado antes de la guerra lo seguían llamando Salón de Baile. A Revilla le habían asignado un sitio algo esquinado, pero en primera fila y con visión directa de la tribuna. No conocía a ninguno de los que tenía sentados más cerca, cargos medios de Falange de los que no podía fiarse. En la tercera fila reconoció a un andaluz apellidado Palanca. Era un hombre enorme, oscuro, de aspecto feroz, al que en la República habían encarcelado por vengar a tiros la muerte de un camarada. No se veían desde entonces. Se enviaron un saludo por entre las muchas cabezas y trataron de mantener una conversación que el bullicio general hacía casi imposible. Acabaron comunicándose por señas. Como para resumir su trayectoria de los últimos años, Palanca hizo con el antebrazo un movimiento algo envarado y dejó colgando una mano enguantada que sugería una mutilación severa. Revilla le leyó los labios:

—¡Si yo te contara…!

En realidad, el resumen de sus últimos años lo llevaba prendido de la pechera de la camisa: la Laureada, la Cruz de Hierro y el parche de tela con los tres yugos dorados que lo identificaban como jefe provincial.

—¡Eso, eso! ¡Luego me cuentas! —dijo él, haciendo un gesto amistoso.

Siguió buscando caras conocidas. En su misma fila pero separado por una columna estaba Abelardo Villar, que presumía de haber frecuentado a José Antonio y tenía un cargo muy bueno en el Instituto Nacional de la Vivienda, y algo más allá vio al borrachín de Domingo Arteta, medio asesino, medio poeta, enchufado por Eugenio d'Ors en la Dirección General de Bellas Artes, y a su espalda reconoció a Pepe Polo, más conocido como Polito, también un camarada de los primeros tiempos… Pero en realidad daba lo mismo que estuvieran o no a su lado, porque tampoco habría podido sondearlos sobre posibles purgas internas. Todo era incierto: no sabía de quién se podía fiar y,

aunque lo supiera, tampoco podía arriesgarse a descubrir sus cartas al formularles según qué preguntas. El único con el que podía hablar libremente era Santos. Este había removido cielo y tierra para asegurarse de que Revilla estuviera presente en los actos del 18 de julio. La puntual recepción de la invitación fue interpretada por ambos como un buen augurio: que no se hubiera vetado su asistencia daba a entender que, al menos de momento, no estaba prevista ninguna medida disciplinaria contra él. Revilla se notó las sienes sudadas. Se levantó para sacar un pañuelo con el que secarse y aprovechó para buscar a su amigo con la mirada. Tardó un buen rato en encontrarlo. Lo habían sentado en la otra punta, cerca de los ventanales, y solo pudieron intercambiar un saludo lejano. Volvió a sentarse.

Estaba previsto que las autoridades, que venían de poner la primera piedra de una escuela de capacitación profesional en la Dehesa de la Villa, llegaran hacia las once. Unos minutos antes empezó a notarse movimiento. La centuria permanente de la Secretaría General se situó delante de la tribuna presidencial, protegida por un dosel y engalanada con ricos tapices. A la Vieja Guardia se le había reservado un espacio entre las columnas y la banda de cornetas y tambores. Eran los primeros miembros, más de setenta. Para llegar hasta allí, tenían que dar un largo rodeo, bordeando la zona de los invitados, con los que intercambiaban cortesías y saludos. Revilla, muy serio, no les quitaba el ojo de encima. Por la escalera asomaban ya los miembros del Consejo Nacional del Movimiento, que se situaron a la derecha de la tribuna. Entre los últimos en acceder al salón, medio oculto detrás de Yagüe y Girón de Velasco, los dos bastante corpulentos, se adivinaba la magra figura de Dionisio Ridruejo, pero resultó ser el también enjuto Ernesto Giménez Caballero. Instintivamente, Revilla estiró el cuello y dirigió la mirada hacia Santos, al que esta vez no acertó a localizar entre los numerosos asistentes. Entraron también el presidente de la Junta Central de Recompensas, Juan Francisco Yela, con su aspecto de viejo sacristán, y varios miembros del gobierno, entre ellos, con sahariana blanca y boina roja, José Luis Arrese, que como secretario general era el encargado de dar la bienvenida protocolaria al Caudillo. Un cornetín de órdenes anunció su llegada. Todos, puestos en pie, saludaron brazo en alto mientras la banda de música interpretaba los primeros acordes del himno nacional. La centuria permanente presentó armas. Franco, al que acompañaban varios integrantes de las Casas Civil y Militar, caminaba con paso sosegado pero firme, la barbilla señalando los altos techos. Permanecieron todos de pie hasta que le vieron ocupar su sitio en la tribuna, entre Arrese y Serrano

Suñer, que estaba allí en su condición de presidente de la Junta Política. Hubo un par de breves parlamentos. Después, el Jefe del Estado, tras echar un largo vistazo a los miembros de la Vieja Guardia, leyó con voz aflautada un discurso sobre la significación de la medalla que les iba a imponer:

—«No se trata de consagrar principios de veteranía incompatibles con nuestra manera de ser, ya que si así lo hiciéramos caeríamos como cayó lo anterior, por caduco y egoísta…»

Terminó su intervención dedicando un emotivo homenaje a los caídos por la Patria y elevando una invocación a José Antonio, que fue contestada con un atronador y unánime ¡presente! Revilla se descubrió a sí mismo gritando las consignas con una emoción y un ardor desacostumbrados. Esos rituales le devolvían a un momento del pasado en el que la vida tenía grandeza y las cosas parecían dotadas de un sentido superior, trascendente. Observó los rostros de los camaradas más próximos, iluminados por la certidumbre y la ilusión. ¿También a ellos esas proclamas y esos gritos les permitían atisbar un mundo más noble, más auténtico, más hermoso? Pero la exaltación fue aún mayor cuando llegó el momento culminante, en el que Franco recibió de manos de Serrano Suñer la primera medalla y la colocó sobre un almohadón de terciopelo negro custodiado por dos flechas del Frente de Juventudes. Era la imposición simbólica de la medalla al fundador, el líder perpetuo, el gran camarada, el mejor de todos ellos. Serrano Suñer clamó:

—¡José Antonio Primo de Rivera!

Y la réplica sonó como un estallido:

—¡Presente!

El siguiente en ser condecorado fue el propio Arrese, que hinchó el pecho como si se dispusiera a practicar submarinismo. A partir de ese momento, la ceremonia se volvió repetitiva y burocrática. Los camaradas se acercaban de uno en uno, saludaban brazo en alto al Caudillo y regresaban a su sitio con la medalla en el pecho. Pese a los uniformes, las banderas y los guiones de mando, tenía la escena un aire doméstico, menor, que lo deslucía todo: las pisadas sobre el suelo de mármol, que se oían desde cualquier punto de la estancia, los bisbiseos de unos y otros, alguna tos ocasional. Los propios laureados, de edades próximas a la de Revilla, carecían ya de la marcialidad de antaño y desfilaban ante los presentes sin apenas prestancia.

El acto acabó cerca de las doce. Los presentes despidieron a Franco igual que lo habían recibido: todos en pie y haciendo el saludo romano. Algunos miembros de su comitiva se apresuraron a salir con él mientras otros se demoraban junto a las escaleras. Se habían

formado varios corrillos. Arrese iba de uno a otro repartiendo abrazos y apretones de manos. Revilla observó su trayectoria y corrió a integrarse en el grupito de Palanca, que departía con otros camisas viejas. Solo para disimular, improvisó algún comentario circunstancial mientras con el rabillo del ojo vigilaba a Arrese, que seguía deteniéndose en todos los corrillos. Tal como había previsto, se detuvo también en el suyo. Sin embargo, lo hizo justo en el momento en el que un asistente se le acercaba y le decía algo al oído, por lo que el saludo quedó un poco a medias, una mano apoyada en el antebrazo de Palanca, la otra suspendida en el aire como reclamando atención. Cuando el asistente calló, Arrese, vuelto ya hacia las escaleras, dio a Revilla una palmada en el hombro y dijo:

—Me vais a tener que disculpar, camaradas…

Lo vio reunirse con algunos ministros y miembros del Consejo Nacional que se habían quedado rezagados. Revilla, que todavía cojeaba un poco, se alejó de allí. Santos lo esperaba junto a una columna.

—¿Has visto, Santitos? Me ha dado una palmada. ¿Qué tengo que pensar? —Llevaba las preguntas preparadas y las soltó todas seguidas, en una andanada—: ¿Se sabe algo de Ridruejo? ¿Van a adoptar alguna medida contra él? ¿Tú crees que Arrese utilizará el asunto de la carta para hacer una purga interna? ¡Quiera Dios que no sea así, porque después de la excursión a Gredos…! ¿Qué piensas? ¿Que, si cae Ridruejo, inmediatamente caigo yo?

Por temor a ser oídos, Santos lo agarró del codo y se lo llevó al extremo más alejado, al lado de una de las cristaleras. De la calle de Alcalá, tomada por una muchedumbre deseosa de aclamar al Caudillo, llegaba un rumor espeso hecho de voces juveniles, ruido de bocinas y retazos de canciones. Santos se disponía a decir algo pero el otro, alterado, no le dejaba hablar.

—¿Entiendes ahora por qué es tan importante la medalla? No solo porque la merezco. También porque con ella tendría seguridad. ¿Qué redactor de Cifra se atrevería entonces a hacer insinuaciones abominables? ¿Y qué periódico se atrevería a publicarlas? ¡La Vieja Guardia! El propio nombre lo indica: una medalla pensada para celebrar la pureza y la integridad de los ideales primigenios… Acuérdate: en ese momento, o estabas o no estabas. ¿Me quieres explicar por qué los que se subieron al carro dos años después pueden pasar por delante de los que estábamos ahí desde el primer día? ¡Me gustaría saber quién toma las decisiones en la Junta de Recompensas…!

El otro, alzando las manos, trataba de interrumpirle:

—Ya sé que tienes más derecho que algunos de ellos…

Pero fue Revilla quien le interrumpió a él:

—¡… Que muchos de ellos!

—La medalla te llegará cuando te tenga que llegar. Lo importante en este momento…

Interrumpió ahora a Santos un clamor repentino que avisaba de la aparición de Franco ante la multitud. Se inclinaron los dos sobre el ventanal para observar el exterior. Entre las autoridades que habían salido a despedir el vehículo del Jefe del Estado se distinguía claramente a Arrese. Revilla lo señaló con el dedo, repiqueteando la uña contra el cristal.

—¡Pensar que mi vida entera depende de él…!

Santos echó un último vistazo a la muchedumbre, que empezaba a dispersarse, y soltó una risita que ofendió a su amigo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Antes has dicho que, si fueras de la Vieja Guardia, ningún redactor de Cifra se atrevería a…

Revilla, impaciente, quiso anticiparse:

—Ningún periódico habría publicado nada. O, al menos, ninguno habría intentado implicarme… ¿Entiendes ahora por qué esa medalla es tan urgente?

—Tu nombre nunca ha sido mencionado.

—Mencionar la Comisión Revisora es mencionarme a mí. ¡No quiero ni imaginar lo que dirán cuando se celebre el juicio y el asesino empiece a airear los trapos sucios de su hermano! ¿Qué te crees? ¿Que los que están intentando hundirme van a desaprovechar la ocasión?

El comisario soltó otra risita y le palmeó la espalda.

—Te preocupas por nada. Es lo que llevo todo el rato tratando de decirte. Esta mañana lo han encontrado muerto. Me refiero a Esteban Ruiz Flores, el asesino. No estaba en su celda a la hora del recuento y ha aparecido en las duchas, colgado de una tubería con una cuerda hecha con trozos de tela. No lo sabías, ¿verdad? Pues ya lo sabes. No habrá juicio. Y, si no hay juicio, tampoco habrá trapos sucios ni revelaciones escandalosas ni, ¿cómo has dicho?, insinuaciones abominables… No volverá a hablarse del asunto. No volverá a publicarse nada que te relacione con eso. Ningún redactor de Cifra volverá a escribir sobre el asesinato de Aníbal. Ya está. Se ha terminado todo. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Revilla, boquiabierto, no acababa de creérselo.

—Te lo dije, Matías. No hay ninguna conspiración contra ti. Nunca la ha habido. —Imitó cómicamente la voz de su amigo—: «¡Es Arrese, es Arrese!». Eran todo figuraciones tuyas. Así que no te

preocupes tanto. Ni por ti ni por Dionisio. ¿Que Arrese se entera de que fuimos a verlo a Gredos? Pues muy bien. ¿Y qué?

—¿De verdad se ha terminado todo?

—De verdad. A la vuelta del verano vuelves a presentar la memoria de la Comisión. Ya verás como te darán algo. Algo bueno. ¿Qué? ¿Contento?

Exultante, Revilla se abrazó con fuerza a su amigo.

No era ni siquiera un campo de tiro. Era una vieja cantera abandonada que habían vallado con altas estacas de madera y doble fila de alambre de espino. Eso y un par de letreros de PROHIBIDO EL PASO era todo lo que se veía desde la carretera. Medio sepultado bajo la maleza, el camino serpenteaba entre encinas antes de llegar a los bancales, que parecían las gradas de un anfiteatro para colosos. Cuatro líneas de pedruscos pintados de blanco y rojo delimitaban las tres calles paralelas, más estrechas cuanto más cercanas a la pared debido a la irregularidad del terreno. Algunos de esos pedruscos llevaban números para indicar las distancias: uno, dos, tres, lo que quería decir diez, veinte, treinta metros. Entre los puestos de tiro y el alto frontón de piedra gris había ciento cincuenta metros, pero las dianas solían situarse en algún punto intermedio, casi nunca a más de cincuenta. Eran unas dianas grandes, de cartón, que reproducían siluetas masculinas con un corazón en el centro exacto del pecho. Salazar, el policía con cara de ardilla, regresaba de colocar la suya. Valentín llevaba un rato apuntando con la pistola.

—¡O corres o te apartas! —gritó—. ¡Yo disparo!

El otro no fue lo bastante rápido y Valentín apretó el gatillo. La bala ni siquiera le pasó cerca pero, entre el susto y las prisas, miró mal dónde ponía el pie y se dio una buena costalada. García, que esperaba junto a Valentín su turno para disparar, se echó a reír. Salazar, todavía con una rodilla clavada en la tierra, se sacudía el polvo de la ropa y protestaba:

—¡Con estas cosas no se juega!

—¡Solo era una broma! —se justificó Valentín.

—¡Pues maldita la gracia!

García estaba en la calle izquierda. Salazar se colocó en la derecha y comprobó el arma. Valentín, entre los dos, adoptó la postura de tiro: las piernas bien abiertas, el pie derecho algo adelantado, la espalda recta. Dijo:

—Ahora sí. Por turnos.

Dispararon hasta vaciar los cargadores. Virgilio, escondido entre

unas carrascas, asomaba la cabeza y la movía a derecha e izquierda como si quisiera seguir la trayectoria de las balas. Afinó el oído cuando los policías se acercaron a las dianas para comprobar los aciertos y con su peculiar taquigrafía anotó en la libretita los veintiséis puntos de Valentín, los treinta de Salazar (al que identificaba como el Canijo) y los treinta y ocho de García (el Calvo). De cada uno de los policías a los que seguía trataba de reunir toda la información posible, por irrelevante que fuera: si bebía o fumaba en exceso, si frecuentaba algún burdel, si conducía bien o mal, si era buen tirador. Volvieron los tres hombres a situarse en la línea de tiro.

—Empiezo yo —dijo Valentín.

Se oyó nuevamente el ruido de las descargas. La puntuación de Valentín no solo no mejoró sino que empeoró: diecinueve puntos frente a los veintiséis de antes. Su mala puntería acabó irritándolo.

—¡Es este chisme, que no va bien!

Los otros dos no replicaron nada y él se entretuvo limpiando el arma. Introdujo una baqueta por el cañón y la movió arriba y abajo como el mango de una zambomba. Volvieron a disparar y su puntuación volvió a empeorar. Virgilio habría querido marcharse ya pero, por miedo a encontrárselos más tarde en el camino, debía esperar a que concluyeran sus prácticas. Los policías realizaron otra ronda de disparos y el resultado de Valentín aún empeoró un poco más. Salazar, todavía resentido por la broma de antes, soltó una carcajada. El otro se la tomó a mal:

—¿Tú de qué te ríes? ¿Eh? ¿De qué te ríes? ¿Qué es eso que te hace tanta gracia? ¿Me lo vas a decir? ¡Venga, si es tan gracioso, dímelo! ¡Dime qué es, que también yo me quiero reír! ¡Te estoy diciendo que de qué te ríes! ¿Eh? ¡De qué! ¡Que me lo digas, coño! ¿De qué te ríes?

Cuanto más insistía, más se enfurecía. Las últimas preguntas las formuló a voz en grito. Luego lo encañonó a la altura del corazón y dijo muy despacio:

—Tienes suerte de que esté descargada. Aunque a lo mejor no… ¿Quién sabe? Puede ser que me haya dejado una bala dentro. Esas cosas pasan. ¿Disparo a ver? Sí, voy a disparar…

Había en su voz algo salvaje, despiadado, irrevocable. Nadie que lo oyera hablar dudaría de su disposición a cumplir su amenaza.

—Unaaaa, doooos y…

García se sintió obligado a intervenir:

—Vamos, jefe. Ya es suficiente.

Valentín exclamó ¡pum! y, apartando el arma, se echó a reír:

—¡Vaya cara que se os ha quedado, ja, ja! ¡Ni que hubierais visto

al mismísimo Satanás! ¿Pero qué os pensabais? ¿Que hablaba en serio? ¡Era broma! ¿No lo veis? ¡Por supuesto que era broma! ¿Qué otra cosa podía ser? ¿No veis cómo me río, ja, ja? ¡Si a vosotros os gustan las bromas, a mí más, ja, ja, ja!

No hubo más disparos. Los tres hombres se encaminaron hacia el automóvil, que habían dejado al principio de la cuesta. Virgilio descendió hasta el lecho seco del arroyo. Desde allí, oculto entre las altas hierbas de la orilla, podía vigilarlos sin correr ningún peligro. Asomó apenas la cabeza mientras el coche vadeaba el arroyo y luego lo siguió con la mirada hasta que desapareció detrás de la primera curva. Por prudencia, esperó aún un par de minutos antes de salir a la carretera y echar a andar.

Tenía por delante una buena caminata. Por suerte, un carretero que transportaba grandes serones de esparto encajados unos dentro de otros le permitió hacer parte del trayecto sentado en la trasera del carro. Se separaron en el desvío hacia Chamartín de la Rosa y caminó hasta Tetuán para coger el metro. Bajó en Sol y deambuló por el lado más alejado de la Dirección General de Seguridad, que los madrileños llamaban Gobernación. Lo hacía siempre que estaba en esa plaza. Se mantenía atento a la gente que entraba y salía y, para no levantar sospechas, evitaba detenerse y repetir itinerarios. A veces daba largos rodeos que le llevaban a abandonar la plaza por una esquina y reaparecer por la más alejada. En uno de esos rodeos, viniendo de la calle Carretas, se cruzó con Valentín, que salía del edificio y se dirigía hacia la Carrera de San Jerónimo. Virgilio torció el cuello y pasó de largo. Luego volvió sobre sus pasos y lo siguió a la distancia hasta la plaza de Canalejas. Había bastantes transeúntes entre ambos porque en verano, a esas horas, los madrileños se echaban a la calle para disfrutar de la brisa de la tarde. Virgilio sabía que Valentín vivía por ahí cerca, pero no sabía dónde. En la esquina de Echegaray temió haberlo perdido. Apuró un poco el paso y lo vio al fondo de todo, a punto ya de torcer hacia la calle del Prado. Allí unas churreras muy jóvenes vestidas con delantales blancos sostenían en alto unos alambres retorcidos de los que los churros colgaban como pulpos recién pescados. Virgilio atajó por un callejón que desembocaba en Ventura de la Vega, la recorrió hasta el final y se detuvo un instante a otear el terreno. Tardó en localizar a Valentín, que estaba en la otra acera. Al ir a cruzar, un joven ciclista que llevaba una corona de flores en el transportín trató de esquivarlo y estuvo a punto de caer. La corona saltó por los aires y rodó brevemente sobre el adoquinado. Las protestas del chico atrajeron la atención de la gente. Entre quienes se acercaron a curiosear estaba el propio Valentín, que se quedó mirando

a Virgilio con curiosidad, como si lo conociera de algo.

—¡Eh, tú, muchacho! —dijo.

Él, fingiendo no oírle, se encaminó hacia la plaza de Santa Ana. Un rápido vistazo por encima del hombro le bastó para comprobar que el policía lo seguía. Oyó:

—¡No corras! —Y dobló por la primera bocacalle.

Tras algunas vueltas y revueltas logró darle esquinazo. Se paró a tomar aire, manteniéndose siempre vigilante. Aquellas calles habían dejado de ser seguras para él. No muy lejos de allí, en Lavapiés, sabía de una pensión de confianza. Se llamaba La Campana y la regentaba la viuda de un teniente del Ejército Popular.

Le atendió la propia Aurita, que, sin descorrer la cadena del pasador, le habló a través del resquicio:

—Lo tengo todo completo. No admito huéspedes. Lo siento.

—¡Soy yo, doña Aurita!

—Quién.

—No me diga que no se acuerda de mí. —Retrocedió un par de pasos y se arrimó a la pared para que lo iluminara la débil luz de la bombilla—. ¡Soy yo! Ábrame. Ahora se lo explico.

—Lo siento. No te conozco. Y ya te he dicho que…

—¿Pero cómo no me va a conocer? —Y, como la otra no contestaba, acercó la cara a la rendija y le habló en voz baja—: Estábamos en el mismo radio. En Prosperidad. ¡Tiene que acordarse! Soy… Bueno, ahora me llamo Pascual, pero entonces todavía me llamaba Alberto…

Se cerró la puerta y, tras oírse el ruido de la cadena, se volvió a abrir. Virgilio soltó un suspiro y se dispuso a entrar. Sin tiempo para reaccionar, unas manos lo agarraron por el pecho, tiraron con fuerza de él y lo arrojaron contra el suelo. Trató de revolverse pero otras manos le rodearon el cuello y le cortaron la respiración. Fueron solo unos segundos pero le parecieron interminables. La oscuridad era casi total. Cerraron la puerta y, por fin, encendieron la luz. Virgilio, encogido sobre sí mismo, tragó aire. No se atrevía a levantar la mirada y solo veía piernas. Ocho, diez piernas, tal vez doce. Alguien se agachó a su lado y le habló con acento canario:

—Así que ahora te llamas Pascual, pero antes te llamabas no sé cómo…

Aunque Virgilio no lo conocía, era Quintín, antiguo secretario del comité, que durante esos dos años se había salvado milagrosamente de ser detenido.

—A ti no hace falta ni tocarte un pelo para hacerte hablar —añadió—. ¡Un poco más y cantas *La Internacional* !

Se oyeron algunas risas. Aurita apartó a Quintín y ayudó al chico a levantarse.

—¿Cómo no me iba a acordar de ti? Solo quería que entendieras que no te podía dejar pasar. No era prudente.

—¿A qué has venido? —dijo Quintín—. ¿Y por qué tantas prisas? ¡Espero que no te estuvieran siguiendo!

Virgilio no llegó a decir nada, porque la mujer se le adelantó:

—¿A qué habéis venido vosotros? A hablar, ¿no?, a analizar las novedades. Pues él también. —Se volvió hacia Virgilio—. ¿A que sí?

Quintín seguía sin estar convencido. Dijo:

—¿Cómo sabemos que no es un confidente o algo peor?

Aunque no parecía estar hablando en serio, Virgilio, atemorizado, no pudo evitar un estremecimiento. Aurita le ayudó a ponerse de pie y le atusó el flequillo, maternal.

—Este jovencito lo que necesita es una buena merienda. ¿Te apetecen unas rosquillas? Son de hoy mismo.

Se metieron los dos en la cocina mientras los otros se encerraban en un cuarto. Aurita, de cuerpo menudo, piel sonrosada y grandes ojos oscuros, tenía algo de muñeca de porcelana. Unas arrugas verticales que partían del entrecejo dividían su frente en dos mitades.

—¡Aquí están! —anunció, colocando sobre la mesa la bandeja de las rosquillas.

Un trapo de cocina las protegía de las moscas. La mujer lo levantó por una esquina e hizo el gesto de sírvete.

—Lo que no te puedo ofrecer es café. ¡Ya me gustaría!

Virgilio se zampó tres rosquillas seguidas y habló con la boca llena:

—Tengo que irme de Madrid. —Hizo una seña hacia el cuarto donde estaban Quintín y los otros—. A lo mejor estos me pueden ayudar.

—¿Ahora que empieza lo bueno te quieres marchar?

—¿Lo bueno?

Aurita bajó la voz:

—Están empezando a pasar cosas. En la radio han dicho que Franco ha echado del gobierno a Serrano Suñer.

—¿Al Cuñadísimo?

El chico no ocultaba su sorpresa.

—¡La Franca no consiente que le pongan los cuernos a su hermana, ja, ja! Dicen que es por sus líos de faldas, pero no sé, no sé… —Le acercó un *ABC* que había sobre la silla, abierto por las páginas de información nacional—. Toma. Lee aquí.

Un breve al pie de la página decía lo siguiente:

SENTENCIA CUMPLIDA . En la madrugada del martes día 1 se ha cumplido la sentencia en juicio sumarísimo contra Juan José Domínguez como autor del lanzamiento de una granada de mano en Begoña (Bilbao), que causó numerosos heridos. —Cifra.

Desconcertado, Virgilio miró a Aurita, que sacudió la cabeza y dijo:

—Ya veo. No sabes nada. Te pongo al día.

Un par de semanas antes, se había producido un grave enfrentamiento entre requetés y falangistas en el que se habían lanzado algunas bombas y había corrido peligro la vida del general Varela, ministro del Ejército.

—Gracioso, ¿no? Según los periódicos se ha fusilado al autor de un atentado que, según esos mismos periódicos, nunca tuvo lugar. El tal Juan José Domínguez era falangista y voluntario de la División Azul. Serrano Suñer trató de interceder por él, y ya ves lo que ha conseguido: lo acaban de echar del gobierno. —Como despachando el asunto, cerró el *ABC* con gesto resuelto—. En fin, de esos polvos, estos lodos…

Del otro cuarto llegaba un rumor de voces y risas. Era evidente que estaban de celebración.

—¿Por eso están tan contentos? —dijo Virgilio.

—¡Llevan tanto tiempo hablando de la descomposición del régimen! Desde que los conozco, la caída de Franco era cuestión de días… ¡Ya lo hemos visto! Pero ahora ¿quién sabe? ¿Y si al final resulta que tenían razón?

La mujer limpió las migas y se sacudió las manos en la palangana. Luego volvió a levantar la esquina del trapo.

—Toma. Come más.

—No, gracias.

—¡No sabes lo que me ha costado encontrar harina de la buena y azúcar! Venga, decídete. —Él, con gesto tímido, cogió una y se la llevó a la boca—. Ahora dime: ¿qué es eso de que te tienes que ir?

—En la policía empiezan a saber quién soy. No me extrañaría que uno de estos días… —Percibió cierto escepticismo en la mirada de ella y le mostró la libretita—. Me dedico a recoger información sobre la Brigada Social. Les sigo a todas partes. Intento averiguar dónde viven, con quién se relacionan…

Aurita hojeó algunas páginas.

—No se entiende nada.

—Precisamente —asintió él, ufano—. Nadie me lo ha pedido,

pero ya verá como dentro de un tiempo…

—¿Y a quién le pasas la información?

Virgilio se encogió de hombros.

—Los pocos camaradas que conozco están en Porlier.

Volvieron a oírse voces y risas al otro lado del pasillo. El chico se inclinó un poco para decir:

—¿Lo entiende ahora, doña Aurita? Alguien me tiene que ayudar a salir de Madrid.

Pero la mujer negó con la cabeza:

—Así no funcionan las cosas, hijo. Lo que se empieza hay que acabarlo. Después, ya se verá. —Y, como le vio hacer un gesto de contrariedad, añadió con dulzura—: Esta noche te puedo esconder. Dormirás en el cuarto de la plancha. Mañana…, mañana ya veremos.

—Un poco de diversión no nos vendrá mal —dijo Santos como excusándose.

Tiró de la cadenita del timbre y permaneció atento al sonido de la campanilla, difícil de distinguir entre el rumor de música y voces que llegaba del interior. Se entreabrió el ventanillo y se oyó una voz femenina:

—Buenas noches. Sean ustedes bienvenidos.

Santos miró a su amigo y le hizo el gesto de ¡anímate, hombre! Insistió:

—Nos desahogamos un poco, y lo que tenga que ser será.

Olía a una rara mezcla de sándalo y fruta escarchada. Acudió a recibirlos Madame Henriette, la dueña del negocio.

—¡Señor comisario, qué grata sorpresa! —Los cogió del brazo para hacerlos pasar—. ¡Llegan ustedes justo a tiempo!

El chalé estaba en la zona de la Fuente del Berro, junto al solar en el que hasta unos años antes había estado la antigua plaza de toros. Se llamaba Villa Petra: de ahí que a las chicas se las conociera como las Petras. Era uno de los prostíbulos más finos de Madrid, con estucados de guirnaldas en el techo, paredes forradas de damasco rojo y esculturas de ninfas con diademas de flores. Además de las habitaciones y los reservados del piso superior, tenía sala de fumadores y dos salones con nombres en francés: el Barbe Bleue y el Renaissance. Este último estaba decorado con frescos de las nueve musas con sus correspondientes instrumentos. En un extremo, una cacatúa con una vistosa cresta roja y amarilla comía pipas de girasol en su jaula de mimbre. En el otro estaba el pequeño escenario. En él se escenificaban los celebrados *tableaux vivants* de Villa Petra, que

Madame Henriette pregonaba como si se tratara de un estreno en La Scala de Milán. Los *tableaux* solían reproducir motivos clásicos de la historia del arte, como las tres Gracias, el juicio de Paris o el rapto de las sabinas, y permitían el lucimiento de las pupilas, que, con el pretexto de contribuir a una creación artística, se exhibían muy ligeras de ropa. A menudo servían también para presentar a las nuevas incorporaciones. El de esa noche estaba inspirado en el lienzo de Tintoretto *Susana y los viejos* y significaba el debut de una chica llamada Liz.

Madame Henriette subió de un saltito al escabel del entablado y, exagerando el acento francés, proclamó:

—¡Es Liz una *mujeg* sublime! ¡Una belleza sin igual! ¡Una *obga* de *agte* en sí misma! —Y para bajar se cogió de la mano que gentilmente le tendía un caballero.

Se apiñaban en el salón no menos de treinta personas, entre señoritas y clientes. Las luces del techo se apagaron. Se oyó algún carraspeo de impaciencia. El telón, que tenía la abertura en el lado derecho, inició el movimiento de recogerse hacia el otro extremo. Se desplazaba con una lentitud exasperante, frunciéndose como el fuelle de un acordeón, y los hombres inclinaban el tronco y estiraban el cuello para anticiparse al cuadro. Este se materializó por fin en una desnudez espléndida, cautivadora, la de una hermosa joven de piel lechosa y trenzas doradas, sentada de medio lado, la espalda y las nalgas vueltas hacia el público, las piernas a medio doblar, las muñecas y el cuello adornados con alhajas, un codo apoyado con languidez en un cojín y el otro tapándole el pecho, un velo sutil cubriéndole el pubis y parte de un muslo, la mirada puesta en unos tarros de afeites y otros objetos de tocador, mientras, ocultos detrás de unas plantas, la espiaban dos ancianos de mirada aviesa, personificados por otras dos chicas de la casa, dos Petras disfrazadas con túnicas y pelucas blancas… Cuando el riel del telón alcanzó el tope y se detuvo con un breve revoloteo de terciopelo, hubo un instante de inmovilidad absoluta en el que el tiempo quedó en suspenso. Aquella desnudez era una epifanía. Había en ella algo luminoso, superior, sagrado, que ninguno de los presentes se atrevería a profanar. Cualquier exteriorización que entonces se hiciera resultaría extemporánea, improcedente, de modo que todos la observaban en completo silencio y conteniendo el aliento. Pasaron varios segundos antes de que Madame Henriette se decidiera a romper el embrujo:

—¡Sublime! —Y el público estalló en una ovación entusiasta—. ¡Sublime, sublime!

Los *tableaux* duraban apenas lo que duraban los aplausos.

Terminó de cerrarse el telón y las tres chicas pasaron a un pequeño camerino detrás del escenario. La más veterana, la Charito, tenía la nariz ganchuda y la barbilla saliente.

—¡Has triunfado! ¡Estarás contenta! —dijo, arrancándose la peluca de un manotazo.

—Los aplausos eran para las tres.

—¿Me tomas por tonta? La próxima vez te pones tú estos trapos. —Y, dejando caer la túnica al suelo, se exhibió en ropa interior—. ¡No me digáis que con este cuerpo no podía hacer de Susana!

—¡Pero qué envidiosa eres, Charito! —intervino la tercera—. No le hagas ni caso, Alicia.

Sole era la única de Villa Petra con la que había entablado cierta amistad. Entre ellas se llamaban por el nombre real: Alicia en el caso de Liz, Consuelo en el de Sole. Esta se volvió hacia la otra y la reprendió cómicamente.

—Tú ya tuviste lo tuyo, Afrodita.

—¿Te acuerdas de la concha de escayola? —La Charito, al reír, mostraba una encías grandes y oscuras—. ¡Era gigante, ja, ja! ¡Y estaba tan bien pintada que parecía de oro macizo! ¿Dónde habrá ido a parar?

Sole se encogió de hombros y dijo:

—A mí me huele a Cuernavaca. —Que era su manera de decir, generalmente sin venir a cuento, que algo le olía a cuerno quemado.

—¡Pues que no te huela tanto! —rio otra vez la Charito con su risa chillona y vulgar.

Se abrió la puerta, que estaba forrada con el mismo papel de floripondios que la pared, y asomó la cabeza de la madama.

—¿Estáis listas, chicas? Los tenéis a todos ansiosos. —Ayudó a Alicia a deshacerse las trenzas y le habló en voz baja—: ¿Has visto como al final no era para tanto?

Para atender a los clientes, las Petras solían ir vestidas como si acabaran de levantarse de la siesta: negligés de raso, camisolas de organza, sedosos saltos de cama. Era importante que a través del tejido se adivinara la lencería.

—¿Estáis? —repitió Madame Henriette, que salió al pasillo y se quedó de guardia para meterles prisa.

Mientras terminaba de cepillarse el pelo, Alicia observaba a las otras dos, que, inclinadas sobre el espejo, se repasaban el maquillaje y la pintura de labios. Había en ella cierto candor infantil, y de su actitud se deducía que todavía estaba aprendiendo el oficio. Sole le envió una sonrisa.

—¿Estoy guapa? —Luego se besó la medallita del cuello y explicó

—: La Virgen del Rocío. Por lo que pueda pasar. ¡Se encuentra una con gente tan rara!

—Yo voy saliendo —anunció la Charito, abriéndose paso entre ambas.

—¿Tú no tienes ninguna?

—¿Ninguna qué?

—Ninguna virgen a la que encomendarte. Te vi besar una estampita.

Alicia rebuscó en su bolso hasta dar con la cartera. Sacó la foto. Sobre el habitual fondo de bambúes y palmeras, el pequeño Narciso posaba para la cámara subido a un triciclo. Era un niño de cara redonda y gesto serio, la camisa abotonada hasta el cuello. Sole emitió un suave murmullo de aprobación.

—¿Qué tiempo tiene?

—Un año y nueve meses. Es guapo, ¿verdad?

—Ahora me vas a decir que es tu sobrinito del pueblo. —Y, como vio a Alicia enrojecer, aclaró—: ¡Aquí todas tenemos un sobrinito en el pueblo, ja, ja!

Rieron las dos. Alicia besó la foto, se la apoyó en el pecho a la altura del corazón y la guardó.

—Parecerá una tontería, pero llevarla encima me hace sentir más fuerte. Si no fuera por esta foto…

—¿Lo ves? —Sole se acarició la medallita—. Como a mí con la Blanca Paloma.

Reapareció Madame Henriette dando palmaditas. Dijo:

—Os voy a decir a quién tenéis que hacer caso. Tratádmelos bien. Uno de ellos es un jefazo de la policía. No nos conviene que… —Y arqueó mucho las cejas, dejando en el aire una vaga advertencia.

Entre los que se habían repartido por las otras estancias y los que habían subido a las habitaciones, el salón Renaissance se había quedado medio vacío. Una pareja bailaba al son de una melodía que llegaba de una pianola lejana. Otra se besuqueaba en un diván. En el antepecho de una ventana descansaba la cubitera con el champán de Revilla y Santos. El primero hablaba, el segundo escuchaba.

—Avelina está fuera de sí. ¡Esa obsesión por limpiar que le ha entrado! Echa alcohol en la bañera y luego enciende una cerilla para desinfectar. Cuando veo cómo suben esas llamas azules, pienso que en el fondo está deseando que todo arda: la casa, los cuadros, los muebles… —Sacudió la cabeza, pesaroso—. ¡Qué mala idea, la primera comunión del niño! Quería que fuera una fiesta de lo más sonado y ya lo ves… No paran de llegar tarjetas. ¡Si te dijera todos los que habían confirmado su asistencia y en el último momento…! Por

supuesto, Carmen de Icaza, Mercedes Sanz… En fin, todas las que mangonean en el Auxilio Social. ¡A todas, de repente, les ha surgido un compromiso ineludible! Y lo que es peor: acaba de salir la lista de los próximos Hogares Modelo y el de Avelina, que tenía que estar ahí, al final ha quedado fuera. ¡Con lo que está haciendo por esos niños! ¡Y lo que sufre por ellos!

—Habíamos dicho que veníamos a divertirnos —protestó débilmente Santos—. Que por una noche no íbamos a hablar de eso…

Pero el otro continuó:

—No nos engañemos. La cosa no tiene que ver con ella sino conmigo. Nadie quiere ser visto conmigo. Nadie quiere que lo relacionen conmigo. Es eso. Solo eso. Me he convertido en un apestado.

El comisario hizo una pequeña reverencia al ver llegar a las dos chicas.

—¡Alegra esa cara, Matías!

Hicieron las presentaciones. Tras unos minutos de parloteo intrascendente, Santos agarró a Sole por la cintura y, como haciéndole los honores, cedió a Alicia a su amigo. No se podía quejar: la chica del numerito, la artista, la estrella de la noche. Entretanto, una doncella que no tenía ni catorce años rellenaba las copas y sacaba más botellas. Hicieron varios brindis seguidos, reproduciendo el clinc-clinc del cristal al chocar. Mientras duró aquel regocijo más bien falso, artificial, Revilla se esforzó por participar en él y sonreír. Recuperó su semblante mustio tan pronto como Santos y su chica se apartaron un poco y empezaron a cuchichear. Seguramente también las copas de champán influyeron en su brusco cambio de humor. Vuelto hacia la ventana, observó el reflejo de la luna en las hojas de un árbol que tal vez fuera un naranjo. Estaba de espaldas a Alicia, que imaginó a Madame Henriette espiando desde algún rincón. Se arrimó a Revilla con aire solícito y tentador, le acarició el pecho con las yemas de los dedos y le habló al oído:

—¿Estás triste, cariño? Yo sé cómo animarte. Para eso has venido. Para pasar un buen rato y animarte un poco. ¿O no?

No se reconocía en ese comportamiento y esa forma de hablar, pero le parecía que aquello no era muy distinto de lo que acababa de hacer en el escenario: representar, interpretar un papel, convertirse por un tiempo en alguien diferente. Había visto a sus compañeras actuar así. Si a las demás les funcionaba, también a ella tenía que funcionarle.

—¿Quieres que hablemos? Nos vamos a un sitio discreto y me cuentas por qué estás así.

—No te esfuerces. No estoy de humor. Prefiero estar solo.

—¿Solo? —Ahora copiaba la entonación melosa y algo infantil con la que Sole y las otras solían dirigirse a los hombres—. Aquí nadie viene para estar solo.

—Pues yo sí. Déjame.

Revilla, ignorando también a la otra chica, se dirigió a su amigo:

—¿Y si no hubiera firmado ese papel? Lo firmé porque Serrano estaba detrás y porque me lo pidió Dionisio. También porque se suponía que lo íbamos a firmar muchos y era impensable que hubiera represalias. Pero está claro que me precipité. Tenía que haber esperado a ver dónde soplaba el viento. Como hicisteis todos. Como hiciste tú. —Habló con retintín—. «Mejor ayudar desde dentro.» ¡Bonita manera de ayudar!

Ahora Santos, con gesto sombrío, se revolvió contra él:

—¿Me estás acusando de algo? Dime, Matías. ¿De qué me acusas exactamente? ¿De haberte conseguido la protección de Dionisio? En aquel momento parecía lo mejor. Y te recuerdo que fue idea tuya. Luego las cosas se han complicado. ¿Qué culpa tengo yo de que…?

—¡Maldita la hora en la que a ese imbécil de Domínguez se le ocurrió lanzar una granada! Si no lo hubiera hecho o si Dionisio no se hubiera empeñado en salvarlo… ¿Te das cuenta de que era justo lo que Arrese andaba buscando, una excusa para sus purgas?

Volvió Revilla a mirar por la ventana. Santos soltó a su chica y dijo con tono conciliador:

—Sabes muy bien que estoy de tu lado. Y lo seguiré estando. Todo lo que esté en mi mano… —Le palmeó el hombro—. Venga, hombre. Que no se diga. ¿No hemos quedado en que no hablaríamos de eso?

Aunque Revilla ignoraba a Alicia, esta no se amilanó. Lo agarró de la mano como para juguetear con sus dedos e hizo ademán de llevarlo hacia la escalera. Él, que seguía dándole vueltas a la cabeza, se desasió con facilidad. Ella lo volvió a intentar.

—Vamos, cariño…

Él acabó dando un tirón.

—Te he dicho que me dejes. Y no me llames cariño.

Alicia, dolida, dio un paso atrás.

—¡Está bien, está bien! No hace falta ser tan… —Y dejó la frase a medias.

No llegó a ser una disputa. Como mucho, un roce levísimo, que apenas si llamó la atención de los demás. Pero Madame Henriette, que estaba a la vez en todas partes y en ninguna, apareció justo en ese instante y malinterpretó la escena.

—¡Liz, por favor! ¿Puedes venir un momento?

Se juntaron al lado de la cacatúa, que seguía comiendo pipas, imperturbable. La madama hizo el gesto de exigir explicaciones pero, cuando Alicia trató de decir algo, la hizo callar.

—A los hombres hay que saber manejarlos. Lo primero, alegra esa cara, que las chicas serias me espantan a los clientes. Aquí se viene a pasarlo bien.

—Le juro que…

—No hace falta que jures nada. —Y, tras una pausa, añadió como hablando para sí misma—: Me parece a mí que vamos a tener que domarte. Como a los caballos.

Del otro salón seguía llegando música de pianola, mezclada con risas y cánticos desafinados. Todavía abrazado a Sole, el comisario miró a Revilla.

—Nos acabamos el champán.

—Yo me voy ya.

Santos hizo un gesto de resignación y despidió a su amiguita.

—Hala, guapa. Déjanos.

Sole apuró su copa de champán y fue donde las otras dos. Murmuró:

—¿De qué estaban hablando? ¿No han dicho algo de una granada? A mí estos dos me huelen a Cuernavaca.

Cuando Madame Henriette los acompañaba a la salida, sonó la campanilla. Al tiempo que se despedía de ellos, daba la bienvenida a un bullicioso grupito de falangistas. Entre ellos estaban algunos de los jóvenes que solían acompañar a Arrese a Pasapoga. Unos y otros se cruzaron sin saludarse. Se cerró la puerta y se oyeron unas risas estruendosas.

—Ya sabes lo que están celebrando estos —dijo Revilla.

Se detuvieron bajo el farolillo de la entrada, única fuente de iluminación en toda la calle. En torno a él revoloteaban polillas y mosquitos. Ahora Revilla parecía más calmado. Llamó con la mano al Hispano-Suiza de la Comisión Revisora, que esperaba en una esquina discreta, a una treintena de metros. La luz amarilla de los faros desgarró la oscuridad dibujando sobre el empedrado dos conos irregulares. Antes de entrar en el vehículo, Revilla volvió a hablar.

—Me creas o no, lo siento por Avelina más que por mí. Ay, qué lástima de primera comunión… ¡Con la ilusión que le hacía celebrarla por todo lo alto! Te digo yo quiénes estaremos: un puñado de parientes, tú, Valentín…

Santos dio un respingo, que al otro no le pasó inadvertido.

—¿Qué?

—Pensaba que habías visto el boletín del Consejo. —Y, como su amigo no reaccionaba, añadió—: Valentín ha entrado en Falange. Avalado por Arrese.

El coche esperaba con el motor en marcha. Hubo una pausa muy larga. De repente, a Revilla le dio algo parecido a una arcada. Se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo llevó a los labios. Lo mantuvo apretado casi un minuto. Luego lo acercó a la luz y estudió las manchas de sangre.

—Siempre igual.

—¿Estás bien?

—¡Bah, las encías!

Escupió contra una de las pilastras que sostenían el tejadillo de la entrada.

—Vámonos. Vámonos ya.

Dejó a Santos en el portal de su casa y siguió hasta la suya. Lo recibió el sonido de unos cascabeles que colgaban del marco de la puerta. Desde hacía tres meses era lo primero que oía cada vez que entraba en casa. Y aquel era solo uno de los variados sistemas de alarma que Avelina había mandado instalar para evitar que el niño se escapara.

—¿Matías? —se la oyó preguntar desde el fondo del sueño.

Él respondió con un gruñido. Al cerrar la puerta, los cascabeles volvieron a tintinear. Permaneció un rato mirándolos fijamente. Tenía los ojos brillantes. Subió al piso superior pero, en lugar de dirigirse al dormitorio conyugal, se detuvo en el de Rubén. Entraba algo de luz rebotada de la lámpara del pasillo, que dejaban encendida para que el niño no tuviera miedos nocturnos. Primero, desde la puerta, lo miró dormir. Luego se agachó despacio hasta ponerse a la altura de la cama. Rubén, que ni siquiera parecía soñoliento, abrió los ojos. Vuelto hacia él, le dedicó una mirada inexpresiva. Había apenas treinta centímetros entre los rostros de uno y otro.

—¿Quién eres? —dijo Revilla con un ligero temblor en la voz—. Desde que apareciste en mi vida, todo son desgracias. Has traído a esta casa una maldición. ¿Has venido a castigarme? Dime quién eres. ¿Quién eres realmente? ¿Eres un ángel o un demonio?

La casa, con una fachada de cierta prestancia pero algo deteriorada, estaba al comienzo de María de Molina. Los automóviles fueron llegando y tomando discretamente posiciones: dos en la avenida del Generalísimo, uno en la esquina con la calle del Pinar y dos más a cien metros de allí, en el cruce con Serrano. A diferencia de esos vehículos,

que no llevaban ninguna señal externa, el furgón Chevrolet que se paró ante el portal lucía en los laterales el distintivo del Ministerio de la Gobernación. Salieron dos policías de uniforme y se situaron a ambos lados de la puerta, los pulgares enganchados en el cinto de la cartuchera. Salió después el hombre que viajaba junto al conductor. Era Valentín, que iba de paisano. Se pellizcó las solapas para ajustarse la americana y comprobó en su agenda el número de la finca. El portero apareció con gesto obsequioso, pero ellos no le hicieron ningún caso. Subieron al segundo piso.

—¡Policía! ¡Abran!

Los recibió la familia al completo: la anciana madre, que se apoyaba en un bastón, las dos hermanas, cogiditas del brazo, el cariacontecido cuñado y él mismo, con su eterna cara de pájaro. Llevaban todos ropa de calle, pulcra más que elegante, como si se dispusieran a salir para ir a misa. Pero no iban a ninguna parte. Sencillamente, estaban esperando a que llegara la policía a detenerlo. Habló Valentín:

—Tendrá usted que acompañarnos, don Dionisio.

—¿De qué se me acusa? ¿Me enseña la orden de detención?

—Dispone de diez minutos para hacer el equipaje.

Ridruejo esbozó una sonrisa altiva e indicó con la cabeza algún lugar a su espalda.

—Ya está hecho. ¿Puedo despedirme?

Sin esperar el permiso, fue abrazando a los suyos. El cuñado y las dos hermanas consiguieron a duras penas contener las lágrimas. La madre, que hasta ese instante había mantenido la entereza, se vino abajo en cuanto lo apretó entre sus brazos.

—¡Dionisio! ¿Qué van a hacer contigo? —Miró a los policías por encima del hombro de su hijo—. ¿Dónde lo llevan?

—Lo siento, señora. No puedo decírselo.

Hizo Valentín una señal a uno de sus subordinados, que agarró las esposas.

—¿Es necesario? —dijo Ridruejo—. No tengo intención de escapar.

—Son las órdenes.

El poeta tendió las muñecas. Su cuñado se acercó con la maleta.

—Gracias, Luis. —Dirigió a los recién llegados una mueca displicente—. Comprenderán que con las manos así…

El mismo policía que le había puesto las esposas se hizo cargo de la maleta. Al levantarla soltó un bufido, dando a entender que pesaba más de lo previsto. Valentín se despidió con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señores.

Cuando llegaron a la calle, los otros vehículos estaban ya abandonando sus puestos y alineándose con el Chevrolet. En menos de un minuto se formó la comitiva: dos coches delante, tres detrás. Ridruejo ironizó:

—¿Tan peligroso les parezco? —Y echó un último vistazo a sus familiares, que le decían adiós desde el balcón.

—Tómelo como un signo de respeto.

Los asientos del furgón estaban sin tapizar. Antes de entrar, los policías alisaron un poco las mantas con las que ocultaban manchas de sangre y otras secreciones. Ahora también Valentín se situó en la trasera, sentado frente a Ridruejo. La caravana se puso en marcha despacio, muy despacio, y solo aceleró después de torcer por Serrano. Ridruejo miraba la calle a través de la rejilla metálica de las ventanillas. No vio nada que no se viera todos los jueves del año: repartidores en bicicleta, doncellas paseando carritos de niño, matrimonios curioseando delante de los escaparates, obreros empujando carretillas. Siendo tan poca cosa, aquello era mucho. Siendo tan normal, era excepcional. Ridruejo sabía que iba a tardar mucho tiempo en volver a ver algo así. Rodearon la Puerta de Alcalá y continuaron por Alfonso XII.

—Ahora se lo puedo decir. Ya da lo mismo —dijo Valentín—. Lo envían a Ronda. En Málaga. En la serranía. Prepárese para subir cuestas.

Ridruejo, esforzándose por hacer memoria, entornó los ojos.

—¿Cómo era? «Todo lo que apremia pronto habrá pasado, pues solo es capaz de consagrarnos lo que permanece…» Lo escribió un poeta extranjero que vivió en Ronda. ¿Le gusta la poesía?

La pregunta cogió por sorpresa a Valentín, que frunció los labios en una mueca ambigua. Ridruejo la interpretó como un sí y trató de alcanzar la maleta. El agente encargado de su custodia se lo impidió de un manotazo. Luego, a una indicación de su superior, le dejó hacer. Aun maniatado, Ridruejo no tuvo problemas para soltar las correas y abrir la maleta, cuyo contenido quedó a la vista de todos. Había allí más libros que ropa. Encontró lo que buscaba: un tomo fino, de apariencia austera, la cubierta decorada apenas con un ribete azul. Se titulaba *Poesía en armas* .

—No sé. Lo mismo le gusta.

Mientras él volvía a encajar las correas en las trabillas, Valentín hojeaba el librito. Leyó:

—«La catástrofe sorda navegaba sobre la inundación de la agonía con un sabor de escombros en el aire…» —Aquí se detuvo y miró

interrogativamente al poeta.

—Es una evocación del 18 de julio —explicó este.

—«… Y cerca de la cal de las aldeas la carne, amoratada por el miedo.» No parece que tuviera muchos motivos de celebración.

—Se equivoca usted. Entonces los tenía. Y muchos. Ahora es cuando… —Ridruejo mostró las esposas—. ¿Por qué se cree que estoy así?

Valentín siguió leyendo, pero ya en silencio. El otro, como hablando consigo mismo, dijo:

—Tal vez, si todo el mundo leyera algo de poesía de vez en cuando…

—Ya estamos —anunció uno de los policías.

Habían llegado a la estación. Tiesos como estatuas, dos números de la Guardia Civil con tricornio, capote y fusil esperaban ante una de las puertas laterales. Tras cumplimentar e intercambiar diferente documentación, los policías les entregaron al detenido. La comitiva se disgregó entonces y solo quedó el furgón. Un mozo de estación se hizo cargo del equipaje. Cuando ya los guardias se llevaban a Ridruejo, Valentín agitó el libro por encima de su cabeza.

—¿Qué hago con esto?

—Quédeselo. Es para usted.

Ridruejo y los guardias civiles desaparecieron detrás de la puerta. No había nada más que hacer. Los dos policías se instalaron en la parte de atrás del Chevrolet. Valentín iba a sentarse con ellos pero en el último momento se lo pensó. Antes de cerrarles la puerta y acomodarse en el asiento delantero, lanzó de mala manera el pequeño volumen de poesía, que fue a caer sobre el lío de mantas.

—¡Bah! —exclamó con desdén.

LIBRO CUARTO

SEPTIEMBRE DE 1943 A MARZO DE 1944

El Mancho tenía los labios sucios de moras.

—¿Ves algo?

—Qué voy a ver —contestó Eloy.

Llevaban dos horas escondidos detrás de unas zarzas. Como era seguro que el puente estaría vigilado, solo podían cruzar el río vadeándolo. Pero a veces también había Guardia Civil en el vado, así que primero mandaban a alguien a inspeccionar. Esta vez les había tocado a ellos. El Mancho agarró otro puñado de moras y se lo llevó a la boca algo despachurrado.

—Si todo fuera tan *fasi* como esto… —dijo con fuerte acento cordobés.

—Así era la vida en el paraíso terrenal. Si te apetecía algo, solo tenías que alargar la mano. ¿Un melocotón? Lo agarrabas y para dentro. ¿Una manzana? Lo mismo.

El otro soltó una carcajada.

—¿Y el *sielo* también es así?

—Supongo.

—¡Lo malo es que yo iré derechito al infierno! —Estuvo unos segundos en silencio, relamiéndose—. Ya lo sabes: desde que salí de allí, no lo puedo evitar. Cualquier cosa que se me ponga a tiro… —E hizo el gesto de lanzar un bocado—. ¡Hambre atrasada!

Cuando decía *allí* , se refería al Batallón Disciplinario de Trabajadores de San Roque, del que había escapado para echarse al monte. Una y otra vez contaba las mismas historias de hambre, insalubridad y vejaciones.

—Los escoltas que nos vigilaban se quedaban con lo mejor. Al caldero solo iban a parar los huesos. Y ahí estábamos nosotros, como perros, esperando a ver lo que pillábamos. Pero ni siquiera había huesos para todos. Yo vi a uno coger un hueso que otro acababa de tirar y seguir royendo… ¡Imagínate cómo era aquello!

El sol de la tarde se filtraba entre las ramas de los árboles. Eloy, con el pantalón de felpa lleno de zurcidos y la chaqueta de pana anudada a la cintura, oteó las riberas por encima del arbusto. En los dos años que llevaba viviendo en el monte, su aspecto se había vuelto selvático, feroz. Tenía la piel bruñida por el sol y la barba sin afeitar. Cuando volvió a mirar a su compañero, este se había quitado el poncho, que no era más que una manta con un agujero en el centro, y lo estaba enrollando para darle forma de almohada. El Mancho usaba ese poncho en verano y en invierno.

—Estás sudando —dijo Eloy.

El otro, por toda respuesta, soltó un pedo estruendoso.

—Serán las moras —dijo, llevándose la mano al vientre.

Dejó la escopeta apoyada encima del poncho y corrió a acuclillarse detrás de una encina. Eloy espantó con la mano un abejorro que zumbaba junto a su oreja. Regresó el Mancho atándose la cuerda que empleaba como cinturón. Mientras cagaba no había dejado de pensar en el Batallón.

—Nos pasábamos el día llevando sacos de arena. Cuando acababas, solo pensabas en dormir. No teníamos ni *fuersas* para pensar en escapar.

Eloy reclamó silencio con la mano.

—¿Has oído eso?

Empuñaron sus armas y aguzaron la vista. Una pequeña manada de lobos cruzaba el río. Lo hacían por una zona en la que unas piedras irregularmente alineadas formaban un azud natural. Eran siete lobos y no tenían prisa. Mientras unos hundían el morro atentos al rastro de algún pez, otros agitaban el lomo para sacudirse el agua. El primero que alcanzó la orilla se entretuvo revolcándose sobre unas piedras cubiertas de líquenes. El Mancho dijo: —¿A cuánto se paga el lobo muerto?

Y Eloy interpretó su pensamiento:

—Si no les han disparado es que no hay nadie.

De todos modos, tenían que esperar. Los lobos desaparecieron y las sombras se fueron tupiendo. Cuando ya era casi de noche, llegaron los otros con los bultos. Cruzadas sobre el pecho llevaban las cananas con los cartuchos.

—¿Qué? —dijo el Chaconero a modo de saludo.

—Ya ves —dijo el Mancho.

Uno de los hombres se quitó una bota y mostró una herida en el tobillo que no acababa de cerrar. Al que sostenía la linterna lo conocían como Mancebo porque había trabajado en una botica. Dijo: —Si no le ponemos algo para desinfectar…

Y el otro, que se llamaba Arsenio, lo corroboró:

—Lo tengo en carne viva.

—Pues tendrás que aguantar —dijo el Chaconero.

Este, mecánico de profesión, había hecho la guerra como conductor de blindados. Las dotes de mando y el apego a la jerarquía le venían de la convivencia con los instructores militares soviéticos. Hizo un gesto hacia Eloy y el Mancho.

—Vosotros ya sabéis. ¡Andando!

Los dos hombres vadearon el río por donde lo habían cruzado los lobos. Al llegar a la otra orilla, el Mancho hizo altavoz con las manos e

imitó el grito del búho. Era la señal convenida. Enseguida se les unieron los otros cuatro. Sin tiempo para descansar, se repartieron macutos y petates. El jefe de la partida miró la luna, en cuarto creciente, y dijo: —*Luna mendax* . Es latín. —Señaló al más viejo—. Tú, que has estudiado, ya sabes lo que significa.

Los otros rieron porque el aludido a duras penas sabía escribir su nombre: Caralarga.

—Significa que la luna miente —prosiguió el Chaconero—. Que cuando parece una ce no crece y cuando parece una de no decrece.

—Para saber eso no hacen falta muchos latines —dijo Caralarga, y los otros volvieron a reír.

—Tú delante. No te pierdas.

Echaron a andar. Marchaban en fila india, con varios metros de separación entre uno y otro y en completo silencio. Caralarga, que conocía bien la zona, solo encendía la linterna cuando era imprescindible. Trataba de caminar sobre piedras o terreno duro. Llevaban muchos meses en el monte y sabían cómo ir de un lado a otro sin dejar rastro. Se detuvieron junto a un mojón de piedra que marcaba la linde entre dos campos. Hacia el lado de los cerros se distinguían a la luz de la luna las siluetas oscuras de unos almiares, que parecían guerreros gigantescos realizando su turno de imaginaria. Al otro lado, en una vaguada, se alzaba la tapia trasera de una casa de labor.

—Aquí te van a curar —dijo el Chaconero.

A veces, un pequeño destacamento de guardias civiles se instalaba en ese tipo de casas aisladas con el propósito de sorprender a alguna partida. Aunque normalmente elegían cortijos grandes y ricos, no debían confiarse. Se acercó Caralarga dando un amplio rodeo. Del único ventanuco abierto escapaba un débil resplandor de quinqué. Un perro flaco y oscuro dormitaba delante del pajar. Caralarga, sigiloso, abrió el portillo. El perro tensó las orejas e inició un gruñido de advertencia. Antes de que llegara a convertirse en ladrido, el hombre tendió la palma de la mano, en la que llevaba unos azucarillos. El perro acudió moviendo el rabo con mansedumbre. Podía ser que se acordara de alguna vez anterior o simplemente que agradeciera el obsequio. Para los perros de caserías y cortijos siempre tenían azucarillos. Caralarga dejó que le lamiera una mano mientras con la otra le acariciaba la piel lustrosa.

—Eres bueno, eres muy bueno… —susurraba.

Salió a abrirles un hombrecillo menudo, de ojos brillantes.

—¡Salud! —dijo el Chaconero, empujando la puerta con una mano y sosteniendo la escopeta con la otra.

Hicieron una rápida inspección de la vivienda, que no podía ser más modesta. Un cuarto con aperos de labranza y sacos de arpillera, otro con una mesa y unas sillas de madera tosca, y dos más, muy angostos, con unos camastros de cañizo y farfolla puestos directamente sobre el suelo: eso era todo. Desde uno de los jergones, apretujados el uno contra el otro, dos niños miraban con expresión asustada. Volvieron a la estancia principal, la de la chimenea, que por toda decoración tenía un higrómetro con la imagen de un fraile y una estampa de la Virgen de la Fuensanta cubierta de alhajas y envuelta en suntuosos mantos recamados en oro. Del caldero escapaba el gluglú de la ebullición. Una nube de vapor lo impregnaba todo de un olor dulzón.

—¡Dulce de membrillo! —El jefe de la partida aspiró con fuerza —. ¡Me recuerda a mi madre!

—Es la temporada. Lo vendemos en Pozoblanco —dijo el hombre, como disculpándose, y encendió otro quinqué para que hubiera más luz.

En algún momento, la mujer, sentada muy quieta en el poyo de piedra, se cubrió la cabeza con un pañuelo. Llevaban los dos sendos mandiles. El Chaconero señaló a Caralarga y Eloy.

—Vosotros. Echad una mano. Y tú. —Ahora hablaba con Arsenio —. Enséñale el pie a la compañera.

Los dos primeros se disponían a pelar unos cuantos membrillos, pero el hombre insistió en que no hacía falta. Arsenio se quitó la bota y mostró el tobillo tumefacto, de un color rojo tirando a cárdeno, con pequeñas hendiduras en forma de U.

—Un cepo para lobos —explicó.

Entre Mancebo y la mujer limpiaron la herida con alcohol de quemar, cortaron la piel sobrante y vendaron el pie. Los otros, mientras tanto, se quitaban las cartucheras y los correajes, los amontonaban a la entrada junto a los petates y estiraban brazos y piernas para desentumecer los músculos. El Chaconero, por consideración a sus huéspedes, trató de entablar conversación.

—¿Qué? ¿Cómo andan las cosas por Europa? Lo último que supimos es que los yanquis estaban ya en Italia. Pero eso fue hace semanas. Algo más habrá ocurrido desde entonces. ¿Ya la han ocupado entera? —Y, como el otro no decía nada, prosiguió—: Me imagino que no tienes radio. ¿Algún periódico, aunque sea viejo?

—En esta casa no… —El hombre, avergonzado, dio a entender su analfabetismo.

—Algo habrás oído. En el mercado. En Pozoblanco.

—Abilio, el sacristán, dijo que los alemanes no pueden perder la

guerra porque tienen un arma secreta.

—¡Patrañas! Si esa arma secreta existiera, ya la habrían utilizado. ¡Los rusos les están dando para el pelo a los alemanes! ¿Has oído hablar de Stalingrado? —El otro se encogió de hombros—. Y de Stalin…, ¿tampoco has oído hablar?

Ahora no se atrevió a decir que no.

—Es-ta-lin —silabeó, muy serio.

El Chaconero, exasperado, lo señaló con el dedo.

—Una cosa te digo: Italia está a punto de ser liberada y la siguiente será España. ¿Por qué los italianos sí y nosotros no? Los yanquis están ya a punto de entrar. Cualquier tarde te los encuentras ahí fuera. —Levantó el índice y lo hizo girar como una hélice—. ¿Sabes lo que es un paracaídas? Si un día sales y ves a alguien colgado de un alcornoque…

—¡Puede que sea la Virgen de Fátima! —bromeó alguien.

—¡O una novia antigua que ha venido a buscarte! —dijo un tercero.

Unos y otros celebraban con risas cada nueva ocurrencia. Eloy, mientras tanto, observaba con atención el higrómetro de la pared. Era el clásico higrómetro del frailecillo barbudo que pronosticaba el tiempo señalando con la vara una columna en la que, a diferentes alturas, estaba escrito SECO , REVUELTO , VIENTO , BUENO … Chascó la lengua.

—¿Pero esto acierta alguna vez?

Como la pregunta iba dirigida a todos y a nadie en particular, no obtuvo respuesta. Se oyó la voz de Mancebo: —Esta herida ya está.

El Mancho se dio unas palmadas en la tripa.

—¡Pues a ver si ahora curamos esta otra, ja, ja!

Se sentaron y la mujer les sacó un cuenco de aceitunas, una hogaza de pan, unos chorizos, algo de queso, un platillo con higos… No era mucho, pero seguramente era más de lo que la propia familia había cenado. A pesar de todo, hubo protestas: ¿no había vino en esa casa?, ¿dónde se había visto una cena sin vino?

—Pagaremos lo que haga falta —declaró con solemnidad el jefe de la partida.

Llegó el hombre con dos cuartillos de vino. Mancebo, que había visto de dónde lo traía, se levantaba una y otra vez a rellenar las jarras.

—Tú siéntate —le decía, amistoso—. Siéntate y bebe con nosotros.

En menos de una hora estaban todos borrachos, incluido el hombre de la casa, que de vez en cuando reía sin motivo, ji, ji. La

mujer, entretanto, había vuelto a lo suyo: a pelar y trocear unos membrillos, a escurrir otros y desmenuzarlos con el pasapuré. Los de la partida se pusieron a cantar canciones de antes de la guerra, pero había muy pocas que supieran todos. El cabecilla entonó con voz de barítono: —«Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero, en el frente de batalla…»

Tampoco ahí hubo consenso porque cada cual adaptaba la letra a su propia hoja de servicios. Según quién cantaba, el paradero era un regimiento o una brigada o un destino determinado en primera línea de fuego. Todos, medio en broma, medio en serio, competían por imponer sus propias versiones, y el guirigay no paraba de aumentar. El hombrecillo, al que con el vino se le empezaba a soltar la lengua, se dirigió al Mancho.

—Yo a ti te conozco.

—¿A mí?

—Tú tenías una novia en Belalcázar.

El Mancho negó con la cabeza, sonriendo.

—Una morena. Alta. Bien plantada.

El guerrillero seguía negando.

—La hija de Ramiro, el del fielato.

—No conozco a ninguna hija de ningún Ramiro.

—Luego se echó otro novio. Uno que estudió en el seminario… —Entornó los ojos—. ¿Cómo se llamaba? ¿Gabriel? Sí, Gabriel. Pero ya no están juntos. La chica lo plantó poco antes de la boda, ji, ji. Fue un escándalo en Belalcázar.

El Mancho levantó la jarra para rellenarle el vaso.

—Me confundes con otro. Menuda tajada llevas. —Y, volviéndose hacia la mujer, pidió probar ese dulce de membrillo que llevaban oliendo desde que habían llegado.

—Pero si aún no ha *reposao* … —objetó ella con escasa convicción.

Alguien se arrancó con *¡Ay, Carmela!* y los otros le acompañaron dando golpes en la mesa y gritos:

—«El ejército del Ebro, rumba la rumba la rum…»

El hombre se levantó y la mujer le envió una mirada de advertencia.

—Han dicho que pagarán —susurró él, mientras agarraba dos de los moldes.

El dulce de membrillo todavía humeaba. Ellos hundían los dedazos, arrancaban un puñado y se lo metían entero en la boca, haciendo burdos gestos de aprobación. El Chaconero lo encareció: —Ni mi madre lo hacía tan rico.

Y la mujer, sentada bajo la estampa de la Fuensanta, correspondió con una sonrisa apagada.

—¡Riquísimo! —corroboró el Mancho.

Uno de los niños, atraído por el vocerío, lo miraba todo desde las sombras del otro cuarto. El cabecilla reparó en su presencia y lo llamó. El niño acudió con docilidad de animalillo. El Chaconero se lo sentó en las piernas, plantó la mano en la mesa y jugó a clavarse el cuchillo de cazador entre los dedos. La mujer, tan sumisa hasta ese momento, hizo un gesto instintivo de alarma.

—¿Qué te parece, chaval? —decía el jefe de la partida—. Otra vez. Y otra. ¡Ahora más rápido!

La punta de hierro rebotaba sobre la madera levantando pequeñas astillas y haciendo un ruido de repiqueteo. El niño lo contemplaba todo con la boca muy abierta y los ojos brillantes. La mujer agarró el cubo de los restos y se lo tendió a su marido.

—Hay que dar de comer a las gallinas. —Como él no parecía captar el mensaje, lo miró con intención—. Que Rafaelito te acompañe.

—¿Las gallinas a estas horas? —protestó el Chaconero—. ¿Cuándo se ha visto eso?

El hombrecillo se quedó a medio camino, paralizado por el miedo o el alcohol. Tuvo que ser la mujer la que saliera con el cubo y el niño para alejar a este de los guerrilleros. El perro aprovechó para entrar, se plantó delante de Caralarga y lo miró con ojos suplicantes.

—¿Qué quieres tú? ¿Eh? ¿Otro azucarillo? —rio, mostrando las manos vacías—. ¡Pues no es listo el animal!

—Vamos a hacer cuentas. —El Chaconero buscó a Eloy—. ¡Secretario pagador!

Cuando volvió la mujer, los hombres, ante la mueca de impotencia del marido, cargaban en sus petates hogazas de pan y ristras de chorizo. El niño, ajeno a todo, corrió a jugar con el perro. Eloy sostenía una cuartilla al lado del quinqué. Leyó: —«Por la presente, en pago por la adquisición de víveres, el Gobierno de la República de España se compromete al pago de la cantidad de…» — Consultó con la mirada al Chaconero, que dijo: —Veinte pesetas.

—Vein-te-pe-se-tas. —Eloy, con el lapicero en la mano, buscaba un sitio donde apoyar el papel—. Ya está. Solo falta la firma.

El Chaconero estampó un garabato, señaló al campesino y dijo, rumboso:

—No te quejarás. Eso no lo ganas tú en el mercado. —Luego añadió, sin venir a cuento—: ¡Salud y República!

Indeciso, el hombre de la casa se quedó mirando la cuartilla.

Estaba escrita a máquina y llevaba un sello en tinta azul que le daba cierto aire oficial.

—Tú guárdalo bien guardado y, cuando llegue el momento…

Ante la mirada inclemente de la mujer, el otro solo acertó a farfullar:

—Me busca usted la ruina.

—¿No crees en la victoria?

—No es eso… Es que si vienen los guardias… Si se enteran de que han estado aquí y les hemos dado de comer… Por menos que eso te matan a golpes. O te meten en la Prisión Provincial.

—Para eso luchamos, camarada. Para que nunca un guardia civil se atreva a tocarte un pelo. Ni a ti ni a tu familia.

—Si me encierran, ¿quién se ocupará de la cosecha?

—¿Pero no te he dicho lo de los yanquis? ¡Franco está a punto de caer!

El Chaconero, jovial, le dio una palmada en el hombro. Luego se volvió hacia sus hombres, que llevaban otra vez las cananas puestas.

—Vosotros. ¿Estáis listos? —Y salió de la casa sin decir nada más.

Marcharon de nuevo en fila india. Cerraba el grupo Eloy, que apuró el paso para preguntar al Mancho:

—¿Qué decía ese de una novia?

—¿No has visto que estaba borracho?

Anduvieron toda la noche. Tan pronto iban cuesta arriba como cuesta abajo, y a veces daba la sensación de que volvían a pasar por el mismo roquedal o a cruzar el mismo arroyo, como si caminaran en círculos. Pero Caralarga no dudaba. Cuando por fin se detuvieron, un resplandor difuso más allá de la sierra anunciaba un amanecer sin nubes.

—¿Es aquí? —dijo el Chaconero, escéptico.

—Es aquí —dijo el guía, muy serio, casi ofendido.

Los hombres, derrengados, se dejaron caer sobre sus macutos. Unos desleídos rayos de sol rebotaban en las altas paredes de los peñascos y esparcían la claridad muy poco a poco, como asperjándola. Las sombras iban adquiriendo proporciones y contornos. Encima de ellos, entre las afiladas piedras de los riscos, crecían solitarios matojos que brillaban como recién regados. Más abajo, unos arbolitos retorcidos se asomaban al despeñadero como si fueran a saltar. Aquel sitio era una atalaya privilegiada. Desde allí se dominaba el llano en quince o veinte kilómetros a la redonda.

—¡Olé! —exclamó el Mancho apartando un pedrusco y metiendo la mano en una oquedad.

Sacó una caja de latón con cepos para pájaros y conejos. Habían

estado en esa base hasta finales de mayo. El terreno era escarpado y pedregoso, y abundaban los escondites en los que ocultar los objetos que no podían llevarse. De un sitio sacaron los rollos de mecha y los botes de tomate que usaban para hacer bombas. De otro, los cacharros y las escudillas de aluminio, la lona para las tiendas… Recuperaron también los fardos de ropa, grandes, apretados, semienterrados bajo montones de ramas y raíces. Caralarga iba de aquí para allá cortando los cordeles con el cuchillo. Las prendas quedaban desparramadas.

—Preparado para el frío —dijo Mancebo, agarrando una pelliza de piel de cordero y una gorra rusa con orejeras.

—Este dice que va a llover —dijo Eloy.

—¿Este? ¿Quién?

—Valle-Inclán. —Mostró el higrómetro con el frailecillo de las barbas largas—. ¿Ves?

Con el dedo indicó la vara, que estaba apuntando hacia abajo, entre los letreros de HÚMEDO y LLUVIA .

—¿Lo has robado?

—Lo he cogido.

—Eso es robar.

El Chaconero, que acababa de encaramarse a un promontorio con los prismáticos en la mano, impuso su autoridad: —Mis hombres no roban. ¡Mis hombres incautan!

Los guardias jamás atacaban de noche, al menos no en la sierra, pero durante el día había que tomar precauciones para no encontrárselos. De hecho, la partida tenía órdenes de no alejarse del campamento. El problema era que para la techumbre de los chozos necesitaban retama y para encontrar retama debían bajar hasta un campillo que había en la ladera sur, la más soleada. Así que algún riesgo tenían que correr. Caralarga iba delante y Eloy detrás. El primero llevaba la escopeta a la funerala. El segundo, que iba unos cuantos pasos por detrás, la llevaba colgada del hombro. Caralarga se volvió y señaló unos arbustos altos y espesos en la linde de un campo abandonado. Gritó: —¡Mira, León! — Porque en la partida nadie conocía su verdadero nombre.

Eloy se asomó a los arbustos y soltó un silbido de admiración. Cuando volvió junto al otro, se había quitado el pañuelo del cuello para usarlo como bolsa. En su interior llevaba una docena de huevos pardos, con manchas.

—¿Cómo sabes siempre dónde están los nidos?

—La perdiz es lista. Sabe esconderse. Solo hay que ser un poco más listo que ella.

Siguieron andando. Caralarga, los labios fruncidos, la expresión alerta, se mantenía atento a las particularidades del terreno. A Eloy le parecía que ese hombre, iletrado, leía la naturaleza con la misma facilidad con la que otros leían libros o periódicos. Donde los demás no veían nada especial, Caralarga veía una serie organizada de signos y los interpretaba atinadamente.

—Liebres —dijo ahora, agachándose.

Sobre un mantillo de tierra gris había una veredita sutil, casi imperceptible, en la que Caralarga identificó unas huellas recientes. Por ahí cerca debía de haber una madriguera. Miró a su alrededor como imaginando posibles recorridos y señaló el punto en el que esos recorridos deberían confluir. Luego sacó del zurrón un cepo oxidado, ajustó el fleje y lo colocó en el suelo, medio tapado por hojas y tallos secos.

—¿Te acordarás del sitio, León? —preguntó, poniéndose otra vez en marcha.

Aún se detuvieron una vez más, debajo de un madroño que crecía al borde de un barranco. Estaba cargado de bayas amarillas y anaranjadas, y solo en las ramas superiores despuntaba el color rojo de las bayas maduras. Caralarga apoyó la escopeta en el tronco, se encaramó con agilidad al árbol y agitó enérgicamente las ramas. Cayeron ocho o diez madroños.

—¿Pero esto se come? —dijo Eloy.

Le hincó el diente a uno. Estaba duro pero bueno, con un sabor como el de las moras. Caralarga aterrizó de un salto a su lado y recuperó la escopeta.

—En mi pueblo se tomaba para los dolores de tripa.

Llegaron por fin al retamar. Había allí plantas de dos y hasta tres metros de alto, las más resistentes, las mejores para cubrir los chozos. Hicieron pronto dos grandes pacas, que ataron con tallos más finos y flexibles, y se las cargaron a la espalda. Sonaba a lo lejos un rumor de esquilas y balidos. El rebaño estaba en el valle, entre los primeros bancales y un camino de herradura bordeado de encinas. Las ovejas pastaban, quietas como figuritas de belén. Al pastor no se le veía por ningún lado, lo que quería decir que él sí los había visto y que trataba de pasar inadvertido. Era lo habitual. Los labradores y los pastores evitaban todo contacto con la guerrilla. Lo hacían sobre todo por miedo a los interrogatorios de la Guardia Civil: si no veían nada, no había nada que pudieran contar, y así se ahorraban represalias de unos y otros. Eloy tenía a veces la sensación de haberse vuelto invisible. Cuando estaban en temporada de siega y pasaban junto a un campo de cereal lleno de campesinos trabajando, permanecían todos

imperturbables, fingiendo no reparar en su presencia.

—Espera —dijo, dejando en el suelo la paca y el pañuelo con los huevos.

Bajó a paso ligero hasta el camino y se internó entre las encinas. Un perrillo gris con las orejas en punta lo recibió ladrando y luego no paraba de dar brincos a su alrededor. El pastor no podía estar muy lejos. Lo encontró subido a un árbol. Era un chico de unos catorce años, feo, enclenque, pelirrojo, que lo miraba con cara de espanto. Del bolsillo le asomaba una armónica. Eloy le apuntó con el cañón del arma pero blandamente, sin intimidación, como quien señala con una varita.

—Abajo. —Torció la cabeza y el chico obedeció con presteza—. ¿Cómo te llamas?

—Ginés.

—¿Vives con tus padres?

—No.

—¿Con quién?

—Con un tío.

—¿Dónde?

—A la entrada del pueblo. —El chico hizo una señal hacia el camino—. Enfrente del tejar.

—Escúchame, Ginés. Esta tarde te quiero ver otra vez por aquí. ¿Me has oído? Y no te me escondas. Si no estás, iré hasta donde haga falta para encontrarte.

El perro, sin parar de ladrar, iba y venía entre ellos y las ovejas. El pastorcillo asintió en silencio.

—Pues eso.

Volvió Eloy sobre sus propios pasos y se echó a la espalda su carga de retamas. Caralarga, cansado de esperar, ascendía ya por la empinada ladera. Visto desde abajo, era una maraña de ramas y poco más, como un nido de cigüeñas ambulante. No lo alcanzó hasta veinte minutos más tarde. Estaba extendiendo los tallos encima de una roca plana y sujetándolos con piedras.

—Cuando están secos son más fáciles de limpiar —explicó.

Extendió también Eloy los suyos y dijo:

—Vivimos como hombres primitivos.

Pero el otro no pareció entenderle.

Lo primero que hicieron en el campamento fue lavarse las manos, pringosas de resina. En un lado, el Chaconero dormía con las piernas dobladas y la boca abierta, roncando con fuerza. En el otro, en una hondonada protegida por árboles, el Mancho colgaba el caldero de un trípode de ramas y empezaba a preparar el rancho. Más allá, Arsenio

cortaba el pelo a Mancebo, sentado a lo indio. Arsenio y Mancebo eran del mismo pueblo y en agosto de 1940 habían escapado juntos de la cárcel de Hinojosa del Duque haciendo un agujero en la pared. Caralarga llevó al Mancho los huevos de perdiz y se entretuvo encendiendo el fuego con ramas de jara, que casi no hacían humo. Después, mientras cavaba el hoyo para los desperdicios, canturreó: —«El ejército del Ebro, rumba la rumba la rum…» —Y, hablando consigo mismo, protestó—: ¡Desde la otra noche no me la quito de la cabeza!

Eloy se dejó caer junto a los petates y miró a los demás: el Chaconero, el Mancho, Arsenio, Mancebo, Caralarga… Estaban juntos. Estaban juntos pero estaban solos.

—«… Una noche el río pasó, ¡ay, Carmela!, ¡ay, Carmela…!» —canturreó también él.

Luego rebuscó entre sus cosas hasta encontrar una cuartilla que había dejado a medio escribir y leyó para sí:

Hermana querida:

Desde la última vez que os vi han pasado, ¡Dios mío!, más de dos años. ¿O son tres? Ya lo ves: estoy perdiendo la cuenta de los días que llevo fuera de casa. Me pregunto si todavía, después de tanto tiempo, puedo hablar en esos términos: «mi casa». Me ocurre lo mismo con los recuerdos de mi vida de entonces, cuando estaba con vosotras. ¿Esa casa y esa vida siguen siendo «mi casa», «mi vida»? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que las cosas dejen de pertenecernos? ¿O es que dejan de pertenecernos en el mismo instante en que se convierten en recuerdos y creemos que seguimos teniendo algo que en realidad ya no tenemos? A veces pienso que el recuerdo es como una vaina vacía, una cáscara: creemos que tenemos algo pero solo tenemos lo de fuera, y dentro no hay nada.

Pero, ¡ea!, dejémonos de filosofías. Si hoy me he puesto a escribirte, es porque me he levantado optimista y quiero compartir mi optimismo contigo.

Supongo que sabrás que en Italia han encarcelado a su dictador. ¿Sabes lo que significa eso? Que después de Mussolini caerá Hitler y que Franco será el siguiente. Sí, Franco, el más débil de los tres, el que menos tiempo lleva en el cargo… ¿Por qué tendría que resistir él si los otros dos no resisten? Puede ser que, dentro de unos pocos meses, España sea otra vez un país libre y nosotros volvamos a ser dueños de nuestras vidas. ¡Ojalá!

Aquello no era más que un borrador que días atrás había dejado a medias. Sacó otra cuartilla, copió el primer párrafo (el único que la censura militar podría autorizar) y siguió escribiendo:

No quiero ni pensar que esta carta acabe perdiéndose y no llegando a tus manos. Ya sabes el bien que me hace escribirte: escribirte para no decirte casi nada y sabiendo que no obtendré respuesta, pero al menos sentirte cerca, en contacto, saber que sigue habiendo algo que nos une, unas palabras que salen de mí y llegan a ti, un papel que yo he tocado y luego tocarás tú. Confío en que también a ti te ocurra lo mismo. Y a mamá, claro. Me pregunto cómo está. Espero que muy bien.

(No le leas esta parte de la carta, por favor. Antes, cuando pensaba en ella, me la imaginaba joven, sana, risueña, como cuando éramos niños. Ahora, no sé por qué, me cuesta no recordarla en la cama, triste, llorosa, enferma, con esos bracitos que tenía la última vez que la vi y esa carita de gorrión, que daba auténtica pena. No sabes lo preocupado que estoy. Es como si mi cabeza estuviera tratando de mandarme algún

mensaje. En todo caso, un mensaje que me niego a aceptar.) En fin, cada vez estoy más seguro de que el momento del reencuentro está muy cerca. Y solo puedo decirte que el tiempo que llevamos sin vernos es un sacrificio que no puede quedar sin recompensa…

Te mando muchos besos para ti y muchos también para mamá.

Volvió a rebuscar entre sus cosas hasta encontrar un sobre con las leyendas habituales de ¡VIVA FRANCO! y ¡ARRIBA ESPAÑA! Escribió como siempre las señas del taller de Balbino y para el remite, que cambiaba cada vez, utilizó un nombre inventado y la dirección de un cortijo cualquiera de las cercanías.

Después del rancho volvió a bajar hacia el campillo de la retama. Hizo el mismo recorrido que por la mañana. Al pasar junto al cepo de Caralarga, vio que había una liebre atrapada. El animalillo había pisado el cepo con una de las patas delanteras, que al partirse se había doblado en un ángulo imposible, el hueso asomando entre tendones. Ahora, exhausto, sin energía ni para forcejear, permanecía inmóvil, temblando apenas, y observaba de reojo a Eloy. Este lo liberó de la trampa y lo acarició un poco para tranquilizarlo. Luego, asiéndolo con ambas manos por el cuello, le partió el espinazo, ¡clic!, con un movimiento seco y sencillo, parecido al de dar velocidad a una moto. Ya solo faltaba desollarlo. Con la punta del cuchillo le hizo una serie de incisiones en las patas, primero transversales, como recortando unos calcetines, y después longitudinales. Continuó luego con el tronco hasta que, llegado un momento, bastó con dar un tirón para que el pellejo se despegara limpiamente, como la piel de un plátano, y quedara colgando de la cerviz como un paraguas vuelto del revés. Apoyó entonces el bicho en una piedra y de un solo tajo le arrancó la cabeza. Lanzó los despojos a unas zarzas, volvió a colocar el cepo y agarró la liebre por las patas traseras.

El rebaño seguía en el mismo sitio que por la mañana. Eloy bajó hasta el camino y gritó:

—¡Ginés!

Entre las encinas asomó primero el perro, más tranquilo que por la mañana, y luego el chico. Cuando Eloy lo vio andar, se dio cuenta de que cojeaba del pie izquierdo, como él mismo.

—¿Qué te pasó?

—Nací así.

—¿Sabes echar una carta? —Le tendió el sobre—. Pero que no se entere nadie. Ni siquiera tu tío.

Ginés asintió. Ahora Eloy le tendió la liebre. El perro, hambriento, soltó un gemido.

—Tenla un par de horas colgada de un árbol.

Los enlaces se captaban así. Un pequeño favor un día, una transacción al día siguiente, un encargo mayor al cabo de un tiempo… Pero había que tener mucho cuidado, porque el enlace era el primero que, por conveniencia o coacción, podía traicionarte. Había que confiar y desconfiar a la vez.

—¿Y qué le digo a mi tío?

—¿Con quién hizo la guerra?

—Primero con los rojos, luego con los fascistas.

—Entonces no le digas nada.

El chico se quedó quieto, como esperando nuevas instrucciones. Eloy exclamó:

—¡Hala! ¡Lárgate! —Y Ginés echó a correr, seguido del perro.

Olía a barniz y el suelo estaba lleno de virutas y serrín. A la luz de los rayos de sol que entraban por los ventanucos traseros se veían motas de un polvillo minúsculo que flotaba en el aire y hacía cosquillas en la nariz. El local estaba por la zona de Usera. Al fondo, más allá de la mesa con la sierra y las herramientas, dos aprendices desbastaban tablas con el cepillo. Cristina se llevó los dedos a las ventanas nasales pero, ¡achís!, no pudo contener un estornudo. Uno de los chicos dijo: —Espera aquí. —Y se dirigió hacia la oficina, que estaba en un altillo.

Cristina, intrigada, miró junto al contador de la luz. Había allí una repisa en la que solían dejar recibos, correspondencia, etcétera. Le extrañó que ese día la repisa estuviera vacía. Notó trasiego en el altillo.

—Ahora voy —oyó.

—Cuando pueda —dijo ella.

El que había hablado era un navarro fuerte y coloradote apellidado Ochoa. Debido a la alta demanda de motores de gasógeno, los talleres mecánicos no paraban de prosperar. Hacía casi un año que el padre de Balbino había trasladado el suyo a una nave más grande y mejor situada, con espacio para la compraventa de vehículos. Ochoa había establecido la ebanistería en el local del antiguo taller. Las cartas que Eloy escribía a su hermana seguían llegando a esa dirección.

—Voy —volvió a decir el hombre desde arriba.

La escalera era de forja, semicircular, con unos peldaños estrechos y asimétricos que exigían la máxima atención. El hombre no soltó la barandilla hasta que estuvo abajo. En la mano libre llevaba un sobre. Cristina reconoció la caligrafía de Eloy.

—Eres la hermana de Balbino… —Ochoa alargó tanto la última

sílaba que la afirmación se convirtió en pregunta—. Viniste hace unos meses. Luego seguiste viniendo…

Los dos aprendices habían soltado sus herramientas y se mantenían atentos.

—Pues sí que está ocupado ese chico.

—Mucho. —Cristina tragó saliva—. El otro día…

—El otro día me encontré con su padre. Y me dijo que Balbino no tiene hermanas. Digo yo que no se habrá equivocado… ¡Siendo el padre! —El hombre, para celebrar su propia ocurrencia, echó un vistazo hacia sus empleados. Luego se puso serio—. ¿Quién eres? ¿Por qué te haces pasar por otra persona? ¿Y por qué tienes tanto interés en estas cartas?

—Aunque ponga Balbino, son para mí.

Ochoa levantó el sobre y lo miró al trasluz.

—¿Qué hay aquí? ¿Dinero? —Leyó el remite—. Viene de Córdoba. ¡O sea que tienes un novio cordobés!

—Démela. Es mía.

A Cristina le temblaba la voz. El otro, en cambio, parecía disfrutar.

—¿Sabes qué voy a hacer? La voy a abrir y la voy a leer. Así saldremos de dudas.

—¡No tiene derecho!

Ella alargó la mano hacia el sobre y él lo retiró con presteza. Luego ella trató de sorprenderle por el otro lado y nuevamente él fue más rápido cambiándoselo de mano… Desde lejos podría parecer que estaban jugando. Cristina, con lágrimas en los ojos, lanzó un último zarpazo antes de desistir y salir corriendo.

—¡Espera! ¡No te vayas! —oyó a su espalda, pero ni siquiera se volvió a mirar.

Regresó por la noche con Virgilio, que no paraba de refunfuñar:

—¡No sé cómo me he dejado convencer! ¿No te das cuenta de que estoy fichado?

Habían pasado varias veces por delante para inspeccionar el terreno. La puerta estaba cerrada y las luces apagadas. No parecía haber nadie dentro pero, para estar seguros, el chico tenía que acercarse y llamar con los nudillos.

—¿Y qué hago si abren?

—Di cualquier cosa. Que te has equivocado.

Cristina parecía tenerlo todo planeado. Tras comprobar que, en efecto, el taller estaba vacío, se metió por un callejón cercano y se encaramó a una tapia. Como no tenía linterna, había comprado unas cerillas largas, de las que usaban los señores para los puros. Prendió

una y la mantuvo encendida hasta que la llama le rozó las yemas de los dedos. No se veía nada de lo que había en el patio. Prendió otra, y lo mismo. Podía ser que hubiera una zanja, un pequeño huerto, un cobertizo… El chico, que la seguía a regañadientes, estaba ya a su lado.

—Voy a saltar —susurró ella.

—¿Estás loca?

—Ya no me puedo echar atrás.

—¡Haz lo que quieras!

Cristina se meció a un lado y a otro. Luego deslizó el culo hasta el borde de la tapia y se dejó caer poco a poco hasta que los brazos no dieron más de sí y se soltó del todo. Sonaron casi a la vez un ruido metálico, un gemido de dolor y un maullido furioso.

—¿Estás bien? —dijo Virgilio.

Entre las sombras de allá abajo se abrió paso la tenue claridad de una llama. Se veían unas puertas viejas, unos marcos de ventanas, una carretilla medio volcada. Cristina había aterrizado sobre la carretilla, que estaba tapada con una lona, y la había derribado. Ahora, cubierta en parte por la lona, encendía una cerilla detrás de otra para terminar de orientarse.

—Allá voy —anunció el chico.

Se descolgó con cuidado, apartó la carretilla y tendió una mano a su amiga. Esta señaló un rincón en el que brillaban unos acusadores ojos de gata. Pese a la oscuridad, se veía que era una gata inmensa, probablemente a punto de parir.

—¡Menudo susto que le he dado!

Encontraron la puerta del almacén, que estaba cerrada con un simple pestillo. Bastó con un par de empujones para abrirla. El fresco de la noche había diluido los olores, pero el polvo del serrín permanecía en el aire. ¡Achís, achís…! Cristina estornudó una, dos, tres veces seguidas.

—¿Quieres parar? —dijo Virgilio, irritado.

Fue dejar de estornudar y empezar a reír. Con los nervios le había dado la risa floja y no podía parar. Mientras ella trataba de contenerse, él no cesaba de soltar bufidos. Del almacén pasaron al taller y desde allí subieron al altillo. Las ventanas de la oficina daban a la calle, así que no podían arriesgarse a encender la luz. Cristina rebuscaba con una mano entre los rimeros de papeles y carpetas mientras con la otra mantenía en alto la cerilla. Virgilio, entretanto, curioseaba aquí y allá. En la pared, entre calendarios y esbozos de muebles, había varias fotos de Ochoa con el uniforme de requeté. En una de ellas sostenía una bandera de España con el escudo navarro y

llevaba un crucifijo enorme colgado del cuello. Murmuró: —¡Valiente meapilas! —Y, sin pensárselo, la descolgó e hizo el gesto de lanzarla al suelo.

—¡Déjala donde está!

—¿A ti qué más te da? —replicó Virgilio, que sin embargo obedeció.

Cristina le pasó las cerillas. Era una manera de tenerlo ocupado.

—Enciende tú. Y alumbra por aquí. Por la mesa.

Entre las páginas de un libro de contabilidad asomaban varios sobres. Uno de ellos era el de Eloy. Cristina lo cogió y se lo acercó a los labios, como si fuera a besarlo. Virgilio se agachó y abrió uno de los cajones de abajo.

—¡Mira!

Colocó sobre la mesa un objeto cuadradote, recio. Era una de esas huchas de acero que llamaban *caudalitas* . Tenía la llave puesta. La abrieron. Junto a unos sellos y algunas monedas, quedaron a la vista tres apretados fajos de billetes, doblados sobre sí mismos y sujetos con gomas. Eran billetes de cien pesetas. Virgilio y Cristina se miraron en silencio. Al chico la codicia le brillaba en los ojos.

—Necesitamos una imprenta y ¡mira por dónde…!

—¿Necesitamos? A mí no me incluyas.

Virgilio agarró un fajo, lo desdobló y, pasando por el canto la yema del pulgar, calculó la suma total.

—Con esto habrá suficiente. ¡Para una imprenta de las buenas!

Cristina le señaló con el dedo.

—Vuelve a dejar todo eso en su sitio. ¿No ves que, si falta algo, irán a por mí?

—A lo mejor, si cogemos solo un poco… —Se hacía el remolón.

Cristina le quitó los billetes, les puso la goma y los guardó en la hucha junto a los otros fajos. Luego cerró la hucha con llave y la devolvió al cajón. Virgilio la dejaba hacer.

—¿Quién te dice a ti que no voy a volver dentro de un rato? —dijo—. Sabiendo cómo se entra y dónde está…

—Tú eres tonto. Si me detienen a mí, el siguiente eres tú. ¿No lo entiendes? —Le quitó la caja de cerillas—. Y ahora vámonos.

Estaban cerca de la Colonia Moscardó, un barrio de casas baratas, todas idénticas, de tres alturas, alargadas, blancas, que vistas desde lejos parecían fichas de dominó. En torno a la colonia no había más que explanadas y desmontes sin iluminar por los que daba miedo caminar. Había que llegar hasta el puente del Matadero para volver a ver alguna farola, algún rótulo luminoso, algún vehículo con los faros encendidos. Cruzaron el Manzanares y Virgilio hizo una señal con la

cabeza.

—Por ahí conozco yo una taberna. Por la zona de Yeserías.

La taberna no estaba donde él decía, pero acabaron encontrándola. En las paredes había azulejos con propaganda de Anís del Mono, carteles de corridas de Marcial Lalanda y fotos de los futbolistas del Atlético Aviación que habían ganado la Liga un par de temporadas atrás. Las ventanas eran de cuarterones, con postigos verdes repintados y vueltos a pintar. Los cristales, gastados o sucios, parecían empañados como en las tardes de lluvia. El camarero les sirvió un platillo de aceitunas en adobo y un vino de Valdepeñas oscuro, casi negro, y cargado de posos. Cristina no le prestó atención. Sacó la carta. Al ver la cuartilla manoseada, no pudo ocultar su rencor: —¡Qué hijo de mala madre el ebanista! La ha leído.

Luego la leyó ella, para sí y haciendo leves gestos de asentimiento. Parecía contenta pero, cuando por fin dijo algo, sonó como un sollozo: —Casi prefiero que no me escriba.

—¿Pero por qué dices eso?

—¡Para lo poco que cuenta…!

Virgilio comía aceitunas frenéticamente. Se deshacía de los huesos lanzándolos a una palangana de loza que servía de escupidera. No fallaba nunca.

—No te pongas así, mujer. —Trataba de consolarla pero no sabía cómo.

Cristina, sin reparar en lo contradictorio de su propia actitud, añadió:

—¡Y ahora, encima, no podré volver por ese sitio a recoger sus cartas! —Se le quebró la voz—. ¿Cuándo volveré a tener noticias suyas?

—Pero si acabas de decir que casi no cuenta nada… —dijo él, y ella replicó, muy digna:

—¡Sé muy bien lo que acabo de decir! Mi hermano me seguirá escribiendo y sus cartas se irán amontonando. ¿A ti te haría gracia saber que un desconocido tiene unas cartas tuyas y que nunca las podrás leer?

Cogió otra vez la cuartilla y, en un estado de total recogimiento, releyó en voz baja alguna frase:

—«¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que las cosas dejen de pertenecernos?»

Tenía los ojos húmedos, como a punto de llorar, y cuando elevaba la vista parecía una Inmaculada de Murillo. De repente, se incorporó con gesto resuelto y rompió aquel papel en trozos muy pequeños, que tiró a la palangana, junto a los gargajos y los huesos de aceituna.

—¡Hala! —exclamó, hinchando los carrillos como para hacer una pedorreta.

—A ti no hay quien te entienda —dijo el chico, meneando la cabeza.

Las paredes todavía olían a pintura. Gloria dejó la chaqueta en el perchero y saludó con una sonrisa a la bibliotecaria, que estaba ordenando unos estantes medio vacíos. Luego colocó sus cosas en el extremo de una de las largas mesas, cerca del mirador que daba a la calle Ramón de la Cruz, cerca también de la estantería de los diccionarios. La Casa Americana había inaugurado su biblioteca a principios de año. Gloria iba todos los sábados por la tarde y se sentaba siempre por la misma zona. Le gustaba tener los diccionarios a mano para sus ejercicios de inglés. Era una estudiante aplicada y metódica. Copiaba los enunciados, incorporaba las soluciones y comprobaba los aciertos y los errores, que luego repasaba en su casa. Cuando terminaba con los ejercicios probaba a traducir algo: un poema, un fragmento de novela, un artículo de una revista. Entonces los diccionarios y los manuales revelaban con crudeza sus limitaciones. ¡Cuántos matices importantes se perdían por el camino! Gloria había descubierto que la lengua era a veces como una ostra con una perla en su interior y que en las traducciones la ostra casi siempre acababa vacía, sin la perla. Sacó un lapicero del plumier, abrió el cuaderno y empezó a transcribir el primer ejercicio.

—*Everything fine?* —oyó.

Era Frances, la bibliotecaria, que depositó a su lado un ejemplar de *Life* .

—*Everything ok* —asintió ella.

Frances respondía a la imagen que se tenía de las norteamericanas: pálida, con la cara llena de pecas y un eterno aire juvenil, con la melena más corta y la ropa más moderna que las españolas. Precisamente porque había tenido que recurrir a ella para consultar sus dudas, habían acabado entablando amistad. La norteamericana le escogía textos para traducir, le recomendaba lecturas (casi siempre de Hemingway y Steinbeck) y le daba conversación en inglés. A cambio, Gloria la ayudaba a perfeccionar su español, le enseñaba rincones pintorescos de la ciudad y la invitaba a tomar cócteles de champán en el Embassy, que estaba a solo una manzana de allí y era la única cafetería con ambiente cosmopolita que conocía.

Completó la tanda de ejercicios y agarró el *Life* . En la cubierta

aparecía fotografiada una joven con trenzas que había llegado a piloto de las fuerzas aéreas estadounidenses. Estaba sentada en el ala de un avión de combate y llevaba puesto un mono de mecánico. En España una foto así era impensable. En España cualquier mujer que hiciera un trabajo masculino levantaría todo tipo de suspicacias, como las madrileñas que durante la guerra se habían hecho cargo de los tranvías para que los hombres pudieran marchar al frente.

Echó un vistazo al índice y escogió un artículo sobre la penicilina. El texto hablaba de unos laboratorios en el estado de Illinois en los que habían conseguido acelerar la producción del antibiótico, lo que reducía drásticamente los costes. Si tres años antes el precio de una dosis era desorbitado, ahora no pasaba de los veinte dólares, y se calculaba que en muy poco tiempo llegaría a estar por debajo de un dólar. Entonces, y solo entonces, empezaría a distribuirse la penicilina por todo el mundo y se daría un paso de gigante para erradicar enfermedades que habían azotado a la humanidad desde el principio de los tiempos… Volvió a notar la proximidad de Frances, que recorría los pasillos entre las mesas ofreciendo con gestos de azafata ejemplares de *Semanario Gráfico* . A las personas con las que no tenía familiaridad les advertía:

—Léaselo aquí pero no se lo lleve a casa. —Y bajaba la voz para añadir—: Hay policías que lo consideran propaganda política.

Era el boletín de la delegación madrileña de la Office of War Information, apenas media docena de folios ciclostilados y grapados por una esquina. A diferencia de las noticias siempre sesgadas que difundía la prensa española, las de *Semanario Gráfico* , libres de censura, se consideraban fidedignas. Como se publicaba precisamente los sábados, esos días era habitual el ir y venir de jóvenes que acudían a informarse de las últimas novedades sobre la guerra. A Gloria le parecía que ese trasiego había aumentado los últimos sábados, debido seguramente al curso que estaban tomando los acontecimientos. En lo que llevaban de otoño todo habían sido malas noticias para la Alemania de Hitler: los bombardeos de las aviaciones británica y norteamericana habían certificado su hegemonía en el cielo europeo, Italia había cambiado de bando y declarado la guerra a su antiguo aliado… Hasta Franco, adelantándose al desenlace del conflicto, había abandonado a Alemania para regresar a la neutralidad y ordenar la repatriación de la División Azul. Ahora España se definía como una democracia «orgánica», lo que, según los ideólogos del régimen, quería decir jerárquica, unitaria, nacionalsindicalista, cristiana, ordenada y justa.

Al llegar junto a Gloria susurró:

—A ti no hace falta que te diga nada.

Era cierto que había policías que merodeaban por la entrada y recelaban de las publicaciones de la embajada. Como no se podía descartar que alguno de ellos se asomara de vez en cuando a fisgonear en la biblioteca, nadie se arriesgaba a hacer comentarios en voz alta y mucho menos a exteriorizar su satisfacción por las desventuras del ejército alemán, que tras la debacle de Stalingrado había perdido el aura de invencibilidad. Sin embargo, a pesar de los silencios y los disimulos, en todos esos lectores que aparecían los sábados para echar un vistazo al boletín de la OWI creía percibir Gloria una alegría y un optimismo difíciles de ocultar.

De vez en cuando, Frances salía al mirador a fumar un cigarrillo y Gloria le hacía compañía. Para cerrar la puerta, que carecía de picaporte exterior, tenían que arrastrar el canto de la hoja con la punta de las uñas, cuidándose de apartar a tiempo la mano. Gloria comprobó que la puerta quedaba medianamente encajada y dijo: —Un día me voy a pillar los dedos.

—¡Qué luz tan linda! —exclamó su amiga, que había aprendido español en México.

A esas horas de la tarde, las cristaleras reflejaban unos rayos de sol que llegaban desmayados, perezosos, como deslizándose por los tejados. Sacó el paquete de Camel y se encendió un cigarrillo.

—Es como si estuviéramos dentro de una burbuja. —Echó el humo por la nariz—. ¿Qué estás traduciendo?

Gloria resumió el artículo, insistiendo en el hecho de que en muy pocos años la penicilina salvaría millones de vidas en todo el mundo. Añadió: —¿Sabes por qué me gusta tanto venir aquí? Porque es como vivir en el futuro. En un futuro mejor. Dentro de un tiempo se curarán enfermedades que ahora son incurables. Dentro de un tiempo se podrán leer libros que ahora están prohibidos. —Hizo un gesto hacia la sala de lectura y su ejemplar de *Life* —. Dentro de un tiempo las mujeres pilotaremos aviones… ¡Aviones de combate!

La americana subió y bajó los brazos como si fueran alas, al tiempo que hacía con los labios un ruido de petardeo. La española le siguió el juego imitando el sonido de una explosión. Rieron las dos. Luego Gloria bajó la voz: —¿Sabes que el Embassy está lleno de espías?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi marido. Espías ingleses, alemanes… ¡Y nosotras ahí, tan tranquilas, tomándonos nuestro cóctel!

—A mi manera, también yo soy una espía.

Gloria volvió a reír, pero su amiga no hablaba totalmente en

broma.

—¿Para qué te crees que estoy aquí? Para convencer a los españoles de que nuestro modo de vida es preferible al de los otros países. Para predicar la fe en Estados Unidos.

—Pues las novelas que me recomiendas son muy críticas con tu país.

—Pero *son* mi país. ¿Qué te crees? ¿Que mi gobierno prefiere que leas novelas alemanas aunque sean contrarias a Hitler? —A través del cristal señaló una de las estanterías del fondo—. ¿Ves esas revistas de allí?

Era la sección de arquitectura y decoración: *The American Home* , *Architectural Record* , *House Beautiful* , *House & Garden* … Algunas de ellas estaban entre las lecturas habituales de Gloria, que asintió con la cabeza. Frances prosiguió:

—Algún día viviréis en casas así, como las nuestras, y… —Se entretuvo aplastando la colilla en el cenicero, lo que impacientó a la otra.

—¿Y?

—…Y mi gobierno ya no se preocupará por lo que leéis o no leéis.

Gloria tuvo nuevamente la sensación de que su amiga hablaba bastante en serio. Prefirió bromear:

—Pues para ser espía no das demasiado miedo.

Volvieron a sus sitios. Pasado un rato, Frances vio que un hombre se asomaba a la sala con expresión apurada y como buscando a alguien. Era Félix Benítez, pero ella aún no lo conocía. Salió a ver. Llegó al pasillo a la vez que Gloria. La conversación entre los dos cónyuges fue breve y llena de sobrentendidos. Félix silabeó, sin llegar a pronunciarlo del todo: —Tu padre.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

Gloria recogió sus cosas y se detuvo un instante delante de Frances, que dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Algún problema? Espero que no sea nada grave.

—Me tengo que ir. Ya te contaré. —Y, poniéndose la chaqueta sobre los hombros, corrió a colgarse del brazo de su marido.

El taxi los estaba esperando. Cruzaron la avenida del Generalísimo y recorrieron Bravo Murillo hasta más allá de Tetuán de las Victorias. De repente estaban en Valdeacederas, una barriada miserable, de calles enfangadas y viviendas bajitas con las paredes sin enlucir. Había cuerdas con ropa tendida entre los árboles, viejas sentadas haciendo labores de esparto y niños oscuros que chapoteaban en los charcos. El taxista había accedido a llevarlos porque iban a

comisaría. Si le hubieran dado otra dirección, no se habría atrevido. Detuvo el coche en la puerta del edificio, que parecía ser el único de dos pisos de todo el barrio.

—Espere aquí —ordenó Félix.

—Pero no tarden —suplicó el hombre.

Un policía de uniforme les hizo esperar unos minutos en un despacho sin ventanas y luego los acompañó a un cuarto con armarios hasta el techo y bancos sin respaldo pegados a la pared. Aquello parecía el vestuario de un gimnasio. No había allí nadie más que Basilio, silencioso y cabizbajo como los niños en la peluquería. Gloria corrió a sentarse a su lado y le cogió las manos como si quisiera calentárselas. Cuando él levantó la cabeza, quedaron a la vista un rasponazo en la sien y otro en la barbilla. La hija dijo: —¡Papá! ¿Cómo te has hecho eso? —Y se apresuró a sacar su pañuelo y a mojarlo en agua de colonia para limpiarle los restos de sangre seca.

Se hizo un silencio incómodo. El policía, al que le faltaba media oreja, lo rompió para decir:

—Si hubiera sido algo serio, yo mismo lo habría llevado a la casa de socorro.

—¿Está detenido? —preguntó Félix.

—Eso lo decidirá el comisario.

—¿Pero de qué pueden acusarle? Dar limosna no es delito.

—Alteración del orden público. ¡No vea usted el tumulto que se ha armado! Al principio, con las prendas de vestir, no había problema. Entonces todos se conformaban con lo que les cayera. Pero cuando ha empezado a repartir billetes… ¡Una batalla campal! Algunos billetes eran de cincuenta pesetas. En este barrio muy pocos habían visto un billete así. Créame si le digo que, cuando el comisario ha dado la orden de encerrarlo, ha sido sobre todo por su bien.

—¿Puedo hablar con él? Con el comisario, quiero decir.

Se quedaron a solas el padre y la hija. Basilio llevaba puesta una chaqueta vieja de cheviot, deshilachada, pasada de moda. Gloria, que no quería mostrarse muy severa, le habló con el tono condescendiente que se utiliza con los niños traviesos.

—Vas regalando por ahí la ropa buena y te quedas con la mala. Mírate. Pareces un ermitaño… Peor aún: un espantapájaros. —Se guardó el pañuelo en el bolso y, para que sus palabras no sonaran como un reproche, soltó una risita aguda—. ¡Papá, me prometiste que no lo volverías a hacer!

Ya sin manchas de sangre, su padre tenía mejor aspecto. Trató de sonreír con esa sonrisa, entre dulce y vesánica, que se había vuelto habitual en él.

—Acuérdate —prosiguió su hija—. Estábamos en aquel barrio… ¿Cómo se llamaba? La policía corrió a detener a aquella pobre gente. Los vieron con relojes buenos, con anillos, con joyas… ¡Las joyas de la abuela! Los vieron con todo eso y no podían creer que no lo hubieran robado.

—Mira que les insistí —cabeceó Basilio, haciendo un esfuerzo por recordar—. ¡Qué tontos!

—Decías que no querías tener nada que fuera valioso, nada de oro o de plata. Que todo aquello era vanidad, ostentación. Pero también me prometiste que no volverías a hacerlo. Que no regalarías nada más.

—No necesito nada. No quiero nada. Al contrario: tener cosas me molesta. Es como una cadena, como un lastre, algo que tira de mí hacia abajo. También Jesucristo, que expulsó del templo a los mercaderes, optó por la pobreza. Y Andrés y Simón abandonaron sus redes de pescadores para seguirle… ¿Por qué celebráis a los santos que reparten sus riquezas entre los pobres y a mí, en cambio, me consideráis un estrafalario? —Sin dejar de sonreír, ahuecó la voz para decir—: «Bienaventurados sean los que nada poseen porque suyo es el reino del Señor».

De repente, a Gloria le entraron unas ganas incontenibles de llorar. Su padre lo notó en su semblante y la cogió de los hombros para consolarla.

—Está bien. Está todo bien. Todo eso que a ti te parecía que eran desgracias no lo eran. Eran mensajes. Instrucciones para que reflexionara sobre mí mismo y cambiara de vida. ¡Y ya está! He reflexionado, he cambiado… Y ahora todo está bien, porque a la vida solo le pido lo poco que está dispuesta a darme. Con eso me basta. ¿No te das cuenta de lo feliz que soy? ¿No lo ves?

Ella se sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas. Volvió a coger las manos de su padre y se las llevó a las mejillas, como cuando era niña.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy pensando que en tu generosidad hay mucho egoísmo. Que solo piensas en ti. Que no piensas en los demás.

—Hija mía… —susurró él, negando afectuosamente con la cabeza.

Por la puerta entraban ya Félix y el policía, que dijo:

—Pueden irse.

Los cartuchos de dinamita llevaban varios meses en un escondrijo de la sierra y el relleno de serrín rezumaba nitroglicerina. Esta había empapado el recubrimiento y dibujado unas sombras grasientas en el

papel. Arsenio, que había trabajado en las minas de plomo de El Soldado, decía que estaban *sudados* . Eran diez cartuchos. Los juntó de cinco en cinco y dejó colgando los cables de los detonadores. A la luz de la linterna parecían manojos de zanahorias. El Mancho, que se había ofrecido voluntario para ayudarle, los observaba con desconfianza.

—Mira a ver si está todo —dijo Arsenio.

El otro se limitó a abrir el macuto y mostrar el contenido. Arsenio hizo un gesto de aprobación, guardó los cartuchos y apagó la linterna.

—¿Has estado atento a las campanas?

—Falta media hora.

—¿Sabrás llegar?

—¡No voy a saber!

La central eléctrica estaba junto a la carretera que llevaba a Añora. Era una zona de sembrados, con algún caserío aislado y campitos separados por veredas. Los dos hombres esperaban entre las ruinas de una alquería destruida por la guerra. A la hora convenida, agarraron las escopetas y el macuto y echaron a andar. Aunque no muy alto, el edificio de la Sociedad Anónima Electro Industrial tenía el empaque de un teatro de ópera o una iglesia, la chimenea de ladrillo sobresaliendo por encima del tejado a dos aguas y reflejando la pálida luz de la luna. La fachada, con dos grandes puertas correderas pintadas de rojo, le confería cierto aspecto de cuartel de bomberos. Cruzaron hasta la fila de cipreses que flanqueaba la entrada de camiones. Si los enlaces que tenían en el pueblo no estaban equivocados, por la noche nunca había más de dos personas vigilando. Pero no podían fiarse. Se cubrieron la cara con unos pasamontañas y se separaron. El Mancho dio un rodeo para asomarse a la ventanilla de la garita mientras Arsenio se ocultaba detrás de uno de los contrafuertes. Pasados unos segundos, y tal como habían acordado, le vio hacer con el brazo un movimiento de aleteo. Se reunieron delante de la puerta, que estaba entornada, y la abrieron de una patada.

—¡Te vas a estar quieto y no te va a pasar nada!

El vigilante, sentado en una silla de anea, se calentaba las manos en un brasero. Era un hombre gordo con gorra de plato y la guerrera a medio abrochar. Al verse encañonado volvió instintivamente la mirada hacia un arcón con las iniciales de la empresa. El Mancho lo abrió y encontró una carabina.

—¿Con esto tienes que defenderte? Ya ves lo poco que les importas.

El hombre, aturdido, no contestó. Arsenio le soltó un bofetón que le dejó la marca de los dedos.

—¿Quién más hay? —Volvió a abofetearle—. ¡Dime! ¿Quién hay?

Mientras le ataban las manos al respaldo de la silla les habló del mecánico de guardia. Le amordazaron pasándole una cuerda entre los dientes. El nudo estaba tan tenso que le congeló una mueca grotesca en los labios, como una carcajada. Recorrieron en silencio la sala de turbinas, con columnas y vigas de hierro, como los mercados. El mecánico había juntado dos sillas delante del cuadro de control y dormía plácidamente. Apartaron de golpe las sillas y el hombre cayó al suelo.

—¡Vaya *porraso* ! —rio el Mancho, clavándole la bota en el cuello para inmovilizarlo.

—Vas a ser buen chico y nos vas a ayudar, ¿verdad? —dijo Arsenio mientras lo maniataba.

El mecánico tenía que indicar dónde convenía colocar los explosivos para provocar un apagón general. El Mancho volvió junto al vigilante y se quitó el pasamontañas.

—¡Qué calor *hase* aquí!

Se sentó frente a él y, haciendo el gesto de armarse de paciencia, comenzó a instruirle sobre las bondades del comunismo.

—Supongo que sabes quién está ganando la guerra. ¡Stalin, claro que sí! ¿Y por qué? Pues porque el sistema soviético es una forma de organización superior a todas las demás. Así de *sensillo* : un sistema mejor significa una economía más fuerte, y una economía más fuerte significa un ejército más poderoso. ¡El Ejército Rojo es el mejor del mundo precisamente porque es rojo! ¿Lo entiendes? ¿Verdad que lo entiendes? —Y el otro, con la mandíbula desencajada, movía la cabeza arriba y abajo.

Media hora después aparecieron los otros dos. Arsenio señaló el pasamontañas.

—¿Por qué te lo has quitado?

—Si me cogen, me fusilan igual. ¿Cuánto falta?

Arsenio se encogió de hombros. Podía ser una cuestión de pocos segundos o de varios minutos. Aguardaron en silencio, la mirada puesta en las bombillas de la lámpara. Sonó por fin la explosión, lejana, amortiguada, y la luz ni siquiera tembló. Arsenio, fuera de sí, agarró al mecánico por las solapas.

—¿Estás jugando conmigo? ¡Me has hecho colocar un barreno para nada!

—No lo entiendo. —El hombre no se atrevía a levantar la vista del suelo—. Por ahí pasan todos los cables.

Arsenio le clavó el cañón de la escopeta en las costillas. Dijo:

—Me queda una carga. Solo una. No me gustaría desperdiciarla.

Espero que esta vez no te equivoques al elegir el sitio. ¡Como vuelva a fallar…! —Y, tras hacer el gesto de descerrajarle un tiro, lo sacó de la garita a empujones.

En el extremo opuesto del pueblo, los otros de la partida esperaban escondidos detrás de la tapia de una antigua harinera. El Chaconero, impaciente, se asomaba cada pocos minutos para mirar las farolas del camino del cementerio, que por ser la víspera de Todos los Santos permanecían encendidas toda la noche.

—Aún nada. ¿Qué habrá ocurrido?

Llevaban encima todas las armas y munición suficiente para asaltar un cuartel. Entre las piedras de la tapia había crecido un arbolito flaco y retorcido. Era una higuera. Mancebo la identificó por el olor, dulce, penetrante, que lo retrotraía a los veranos de la infancia. Se encaramó a un pedrusco y buscó a tientas entre las hojas por si todavía quedaba algún higo tardío.

—«El ejército del Ebro, rumba la rumba la rum…» —se oyó a su espalda.

Era Caralarga, que, tumbado a la bartola, canturreaba una y otra vez el eterno estribillo. El cabecilla le hizo callar: —¡Ya está bien!

—¿Quién nos va a oír?

—¡No es eso! ¡Es que llevas más de un mes con la misma murga!

—¿Y qué quieres que haga, si se me ha *pegao* ?

El Chaconero volvía a asomarse, miraba las farolas del cementerio y repetía:

—¿Qué habrá ocurrido?

Mancebo seguía rebuscando entre las ramas. A veces las sombras adoptaban la forma de un higo redondo, carnoso, moreno, que se desvanecía en el aire en cuanto trataba de atraparlo.

—¿Pero hay higos o no hay higos? —se burlaba Eloy, adivinando sus movimientos en la oscuridad.

La luz del pueblo no eran solo las farolas del cementerio y la neblina que las envolvía. La luz era también un resplandor velado que se adhería a la noche y repartía sus partículas por los campos de cultivo. De una de las ramas más altas colgaba un higo hermoso, solitario, inconfundible. Mancebo alargó el brazo con la certeza de que en esa ocasión no se desvanecería. Y, sin embargo, se desvaneció. Lo hizo en el instante mismo en el que sonó como en sordina el estallido lejano de la explosión. Donde antes había ese poquito de luz difusa, ya no había nada. Donde antes estaba el higo, ya no estaba.

—¡Vamos allá! —exclamó el Chaconero, enérgico.

Lo habían planeado todo al detalle y cada cual sabía muy bien lo que tenía que hacer. La débil luz de la luna les bastó para orientarse

entre los primeros huertos y localizar la casa de Emiliano. Rompieron a culatazos el cristal de la ventana y entraron. La casa olía a cera quemada, lo que quería decir que Emiliano había tenido tiempo de encender unas velas y las había apagado al percatarse de su presencia. Lo atraparon intentando escapar por la puerta de atrás, la de la herrería. Llevaba puesto un camisón recio del que asomaban unas pantorrillas blancas y regordetas. Lo enfocaron con la linterna.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Caralarga se había quedado fuera vigilando. El Chaconero señaló un taburete de madera.

—Siéntate y calla.

Eloy y Mancebo terminaron de inspeccionar la casa para asegurarse de que no había nadie más. En el cuarto de estar, Eloy acercó su vela a la cómoda. A juzgar por las fotografías, la mujer de Emiliano debía de haber muerto en plena juventud. Era pequeña, de cara redonda, con el pelo corto y ondulado. El cuarto de estar se comunicaba con la herrería a través de un pasillo sin techo del que colgaban ristras de ajo. Hasta la vivienda llegaba la voz del herrero, que se mantenía firme.

—Si lo que buscáis es dinero, os han informado mal. Sé quién tiene dinero en este pueblo. Pero lo que es yo… ¡Cómo se nota que no sois de por aquí!

El cabecilla le dejaba hablar. Apareció Eloy por el pasillo y el hombre se dirigió a él, persuasivo.

—Yo, toda mi vida, no he hecho otra cosa que trabajar y trabajar. ¡Siempre! Y ni siquiera la casa es mía… Es de la familia de Carmina, mi mujer, que nos la cedió cuando nos casamos. ¡Ya me gustaría a mí, con mi oficio, ganar lo suficiente para tener mi propia casa!

El siguiente en llegar fue Mancebo. Solo entonces la entereza de Emiliano empezó a resquebrajarse.

—¿Eres tú? —dijo, mirando al recién llegado con los ojos entornados y expresión incrédula.

—Soy yo. ¿Qué pensabas? ¿Que me había muerto?

—Podía ser que te hubieras ido lejos, fuera de España…

De unas barras de hierro colgaban decenas de herraduras de diferentes tamaños. Buscó Mancebo un sitio donde colocar la vela y acabó dejándola en la repisa de las herramientas. Con el vaivén de la llama, las sombras se multiplicaban en el suelo y las paredes. En la repisa había martillos, tenazas, limas, cuchillas, leznas… Agarró una maza, la más grande, y la mantuvo en alto como si fuera una antorcha. Había algo amenazador en su actitud. Por primera vez, la voz de Emiliano sonó implorante: —¿Qué queréis?

Habló el Chaconero, solemne:

—Hacer justicia. Solo eso.

—¿Justicia?

—Justicia del pueblo.

Emiliano se volvió otra vez hacia Mancebo.

—No sé qué te habrán contado, pero seguro que…

—Estabas en el somatén. Y, cuando visteis que no podíais atraparnos, fuisteis a por la familia. Cogisteis a mi padre y le rapasteis la cabeza, le hicisteis beber aceite de ricino, lo paseasteis por el pueblo… ¿Qué culpa tenía él?

—Yo a tu padre no le hice nada. Carmina y él eran medio parientes. ¿Me crees capaz de hacerle daño? ¡Si todo lo que soy lo soy gracias a…!

Como si la conversación le aburriera, Mancebo miró para otro lado y dijo:

—No soy yo el que te va a juzgar.

Estuvieron un rato en silencio, esperando nada más. Eloy, que se entretenía curioseando aquí y allá, agarró lo que parecía ser una pinza grande y tosca.

—¿Qué es esto?

—Un acial —dijo el herrero, y el Chaconero se echó a reír:

—¡Qué ignorantes sois los de la ciudad!

Luego, abriéndolo y cerrándolo, le explicó cómo se les ponía a las mulas en el belfo para inmovilizarlas.

—¿A quién aguardamos? —preguntó Emiliano, tembloroso.

—Pronto lo sabrás.

Arsenio llegó diez minutos más tarde, ya sin pasamontañas. Primero entró el Mancho y luego entró él. Emiliano y Arsenio se miraron en silencio. El primero se puso en pie y, con una mezcla de altanería y fatalismo, hizo un gesto hacia el camisón que llevaba puesto.

—Me dejaréis cambiarme de ropa. Eso no se le niega a una persona que va a morir.

El dormitorio, para aprovechar el calor del horno, estaba pegado a la cocina. En mitad del pasillo estaban, como olvidados, dos sacos de nueces. El Mancho se entretuvo cogiendo nueces a puñados y guardándoselas en los bolsillos mientras Eloy vigilaba a Emiliano desde la puerta. A un lado de la cama había un aguamanil de loza y una mesita con un rosario de cuentas negras y un tubo de aspirinas; al otro, un vetusto armario de dos cuerpos. El hombre descolgaba y volvía a colgar perchas con ropa de cazador, trajes remendados, una túnica de nazareno… Entre tanto trajín arrastró sin querer unas bolas

blancas de naftalina, que rodaron por el suelo irregular haciendo un ruido de canicas. En el armario estaba también su uniforme de Falange. Emiliano parecía dudar. Llegó el Mancho con los bolsillos llenos de nueces y le apremió: —Vamos, vamos. Que no tenemos todo el día.

Cuando en la herrería lo vieron aparecer vestido de falangista (la camisa azul como recién lavada, las mangas recogidas, las botas de caña alta relucientes), estaba aún terminando de ajustarse el correaje.

—Así ibas vestido en Hinojosa —dijo Mancebo—. ¿Te crees que no te vimos?

Entró también Caralarga, que no quería perderse la parte principal del espectáculo. Se subió a una silla y pasó el cabo de una cuerda por la argolla del techo que se usaba para atar a las bestias. Luego dio un par de tirones para asegurarse de que resistiría, bajó de la silla y se la acercó al reo para que tomara asiento.

—Prefiero estar de pie —dijo él, tensando el rictus.

El Mancho cogió una tenaza de la repisa y se apoyó en una columna a comer nueces. Con la primera nuez, salieron volando unos trozos de cáscara. El Chaconero, solemne, le llamó la atención: —No es el momento. —Y buscó a Eloy con la mirada—. ¡Secretario! ¡Los cargos!

Eloy desdobló un papel.

—«Emiliano Suárez, herrero, vecino de Pozoblanco, formó parte del somatén que el 1 de septiembre de 1940 dio muerte a seis de los veinte presos fugados de la prisión de Hinojosa del Duque, en la provincia de Córdoba. Se le considera responsable directo de las represalias posteriores contra familiares de los fugados, entre ellas el asesinato a sangre fría de…»

Emiliano hizo un gesto hacia la cuerda que pendía de la argolla.

—¿Y esto qué? ¿Esto no es un asesinato a sangre fría?

—Prosigamos —ordenó el Chaconero, pero Eloy apenas si pudo decir un par de palabras antes de que Arsenio, con la voz rota por la emoción, le interrumpiera: —¡Mi hermano Eusebio, pobrecito! Era un ángel. Estaba enfermo desde niño. Siempre estuvo enfermo. ¿Cómo pudisteis…? Lo sacasteis de la cama para fusilarlo y luego lo colgasteis del balcón del ayuntamiento. ¡Allí estuvo tres días! ¡Tres días pudriéndose a la vista de todo el mundo!

Emiliano rehuía su mirada.

—Nosotros solo hacíamos lo que nos decían.

—¿Lo que os decía quién?

—En Comandancia. La comarca se había llenado de bandoleros. Había que restablecer la seguridad y el orden.

—¿Mi hermano, un bandolero? ¿Mi hermano, que nunca hizo nada malo a nadie?

—Decían que había que dar un buen escarmiento. Para que la gente aprendiera. Para que supieran a lo que se arriesgaban si ayudaban a los fugados. Castigar a unos pocos para no tener que castigarlos a todos. Pero a veces…

—¿A veces qué?

—A veces pagan justos por pecadores.

Ahora fue Mancebo el que se encaró con él.

—Supongo que sabes que mi padre murió tres semanas después de que lo… —Contuvo un sollozo—. Siempre he pensado que eso lo mató. Que vosotros lo matasteis. Que *tú* lo mataste.

Volvió a hablar Arsenio:

—La idea era que cargáramos nosotros con la culpa, ¿no? «Si vuestros hijos y vuestros hermanos no hacen las cosas que hacen los hijos y los hermanos de esta gente, no tenéis nada que temer. Y, si las hacen, ya sabéis quiénes son los culpables.» Enhorabuena. Lo conseguisteis. ¿Por qué te crees que estoy aquí? Porque me siento culpable de la muerte de mi hermano y necesito limpiar mi culpa.

El herrero, que había perdido todo el aplomo y no levantaba la vista del suelo, solo acertó a susurrar:

—¿Matándome limpiarás tu culpa? Pero entonces no lo llames justicia. Llámalo venganza.

Como lo principal estaba ya dicho, Eloy leyó de corrido el último párrafo:

—«En el día de la fecha ha sido juzgado por este tribunal popular, habiendo sacado pena de muerte por ser falangista, criminal y somatenista, siendo ajusticiado por los hechos arriba expresados.»

El Chaconero, ceremonioso, se volvió hacia Emiliano. Dijo:

—¿Quiere el acusado decir algo en su defensa? —Y, viendo que el otro se limitaba a santiguarse y encogerse de hombros, añadió—: Pues ya está. No tenemos toda la noche. ¡Acabemos de una vez!

La respiración ansiosa de Emiliano resonaba entre las paredes de la herrería. Mientras Caralarga le pasaba la soga por la cabeza, empezó a cantar con voz desafinada, temblorosa, casi infantil: —«Cara al sol con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer, me hallará la muerte si me lleva y no te vuelvo a ver…»

Le hicieron encaramarse al taburete, que habían colocado debajo de la argolla. Caralarga, a su espalda, preparaba la cuerda con movimientos precisos, calculados, como los de un campanero que se dispone a llamar a misa. El Chaconero preguntó: —¿Te cubro los ojos?

Emiliano se santiguó otra vez y negó con la cabeza.

—Solo os pido una cosa.

—¿Qué?

—Que, si alguien os pregunta, le digáis que he muerto como un valiente.

El cabecilla soltó un gruñido que no significaba ni que sí ni que no. Caralarga tiró de la cuerda para tensarla. Emiliano se golpeó con la viga en la nuca y, al ladear la cabeza, quedó en una posición poco airosa, la barbilla clavada en el hombro. Con un hilo de voz muy tenue, siguió mascullando la canción: —«…Formaré junto a los compañeros que hacen guardia sobre los luceros, impasible el ademán…»

No había ni tiempo ni motivo para más ceremonias. Caralarga volcó la silla y contrarrestó la fuerza de la caída estirando ambas piernas y cargando el cuerpo hacia atrás, como si estuviera domando un caballo salvaje. Emiliano permanecía suspendido del techo, braceando y pataleando en el vacío, mientras de su garganta escapaba un sonido áspero, gutural, una especie de jadeo desesperado. Aquello no tendría que haber durado más de uno o dos minutos pero, extrañamente, el nudo se le había encajado en la mandíbula, sin llegar a cortarle del todo la respiración, y parecía que no fuera a morirse nunca. Arsenio, impaciente, acudió junto a Caralarga y tiró también él de la cuerda, como si eso fuera a acelerar las cosas. Emiliano, con los ojos desorbitados y la cabeza aplastada contra las vigas, echaba espumarajos por las comisuras mientras Arsenio, sin dejar de tirar, repetía entre dientes: —Tú colgaste a mi hermano, yo te cuelgo a ti…

Siguieron así durante cinco, ocho, diez minutos. Las sacudidas se iban debilitando al tiempo que los jadeos se convertían en estertores. En un momento dado, Emiliano tuvo un último estremecimiento y dejó de agitarse. Lo sostuvieron aún unos segundos en el aire. Cuando por fin estuvieron seguros de que no quedaba en él ni un hálito de vida, lo dejaron caer a plomo. El cuerpo se dobló sobre sí mismo y, tras mantenerse un instante sobre las rodillas, se venció hacia un lado, desmadejado. Caralarga y Arsenio se miraron, exhaustos.

—¡Se ha hecho justicia! —gritó el Chaconero—. ¡Salud y República!

Cristina echó a correr hacia el vestuario en cuanto sonó la sirena y no tardó ni dos minutos en cambiarse. Angustias, en mitad del pasillo, puso los brazos en jarras.

—¡Hija mía, qué prisas!

—Tengo que hacer un recado —se excusó ella sin detenerse.

Las líneas de tranvía más cercanas al taller de costura circulaban por el paseo de Santa María de la Cabeza. Caminó a buen paso hasta la esquina y allí aceleró al ver llegar el 48, que venía de Legazpi. Estaba tan lleno que tuvo que hacer parte del viaje con medio cuerpo fuera y agarrada a la barra de la puerta. Bajó en el cruce de la avenida del Generalísimo con el paseo de Eduardo Dato, que los madrileños seguían conociendo como paseo del Cisne. Gloria la esperaba en uno de los bancos.

—¿Qué? ¿Ha venido mucha gente? Multitudes, supongo.

—No te lo tomes a broma.

Sin abandonar nunca el cobijo de los árboles, avanzaron un poco por el bulevar para tener una buena visión del edificio de la embajada. Unos rollos de alambre de espino y unas vallas de madera que invadían parte de la calzada protegían la entrada principal. Cristina preguntó: —¿Eso siempre ha estado allí?

Y Gloria no supo qué contestar.

Por si acaso, no se detuvieron sino que continuaron hasta la siguiente esquina. Dieron la vuelta a la manzana, salieron de nuevo a Eduardo Dato y recorrieron despacio la acera contraria a la sede diplomática. No parecía haber muchos más transeúntes que cualquier otro día. Llegaron al banco en el que se habían encontrado. Una brigadilla de barrenderos amontonaba las hojas caídas de los árboles, que luego recogían en grandes serones y aplastaban con el envés de la pala.

—¿No nos habremos equivocado de fecha? —dijo Gloria, rebuscando en el interior del bolso.

Iba a sacar un papel, pero Cristina se lo impidió cogiéndola de la muñeca.

—¿Estás loca? Guarda eso.

Gloria miró a su alrededor, alarmada. Los barrenderos ni siquiera parecían haber reparado en ellas. Cristina insistió: —Seguro que hay policías vigilando. ¿Te crees que no se han enterado?

La octavilla, firmada por una desconocida Junta Suprema de Unión Nacional, llamaba a los españoles de todas las ideologías y clases sociales a concentrarse esa tarde ante las embajadas británica y norteamericana para homenajear a Naciones Unidas y conmemorar la derrota alemana de 1918. El texto concluía con la siguiente retahíla: «¡Abajo Hitler ya en derrota! ¡Abajo sus traidores agentes Franco y Falange! ¡Viva la victoria de Inglaterra, la URSS, los EE. UU., todas las naciones unidas! ¡Viva la Junta Suprema de Unión Nacional! ¡Viva España Libre e Independiente!».

—¿Qué hacemos?

—Vamos a la embajada inglesa. No tenemos nada mejor que hacer.

Estaba en Fernando el Santo, a unos diez minutos de allí. Fueron por la calle Fortuny y, al igual que habían hecho poco antes, se dedicaron a deambular por los alrededores sin llegar a detenerse. Había que evitar por todos los medios levantar sospechas. Dieron una vuelta completa a la manzana y volvieron a pasar por delante. La fachada, recién enlucida, destacaba en el gris de la calle, sucia de mugre y humo, y la Union Jack, medio enredada en el mástil, se mecía levemente, movida por la brisa. También allí, ocupando la calzada, habían puesto vallas y alambre de espino.

—¿Y ahora qué hacemos? —volvió a decir Gloria.

—Volvemos.

Esa vez cambiaron de ruta. En lugar de ir por Fortuny, dieron un pequeño rodeo y fueron por Almagro. En la esquina con Zurbarán se fijaron en un grupito de chicos que no parecían saber para dónde tirar. Y, algo más adelante, se cruzaron con otros dos que las miraron abiertamente a la cara, como si estuvieran tratando de transmitirles algún mensaje en clave.

—¿No hay muchas caras que te resultan familiares? —dijo Cristina—. Creo que a esos de ahí nos los acabamos de encontrar en la otra calle.

—Están como nosotros. Yendo y viniendo de un sitio al otro y sin atreverse a hacer nada.

—No te puedes fiar. ¿Quién te asegura que…? —dejó la frase a medias porque le pareció que un hombre con gabardina se había detenido a escuchar.

Pasaron nuevamente por delante de la embajada norteamericana y no se detuvieron hasta llegar a Juan Bravo, al otro lado de la avenida. Por allí las aceras estaban limpias. Los barrenderos ya habían pasado.

—¿Qué tal tu padre? —dijo Cristina.

—No sé qué decirte. Está bien. Es un hombre feliz, calmado, sin amargura, sin resentimiento. Un hombre en paz con el mundo. El problema es que no es él. Cuando hablamos, siento como si viviéramos en realidades diferentes, con diferentes problemas, diferentes lógicas. Ya no le importan las cosas que le importan a la gente. Desde luego, no las que me importan a mí. Puedo tenerlo a mi lado pero me doy cuenta de que está a miles de kilómetros. Y en la oficina, lo mismo. Intenta hacer su trabajo pero no se concentra, y es peor. Comete errores infantiles, entrega tarde las cosas… Félix no sabe cómo decirle que no hace falta que vaya más por el despacho. Pero,

pensándolo bien, ¿qué hará cuando deje de trabajar? ¿Pasarse el día metido en la iglesia?

—Lo siento por ti. Qué pena.

—Más que pena, es… rabia. Tengo tanta rabia dentro que a veces me avergüenzo de mí misma. No le perdono a Franco lo que le han hecho. No se lo perdono. —Miró a uno y otro lado y volvió a meter la mano en el bolso—. Por cierto… No hay nadie, ¿no? Toma. Pero no lo leas hasta llegar a casa.

Era el último número de *Semanario Gráfico* . Prosiguió:

—Aquí los periódicos siguen sin contar las cosas. ¿Te has enterado de que los rusos han liberado Kiev, que llevaba más de dos años ocupada por los alemanes?

Y Cristina se lo tomó a broma:

—No sé ni dónde está Kiev.

—¿Sabes qué comentan en la Casa Americana? Que Franco tiene los días contados. Que los yanquis se han tomado en serio lo de liberar Europa del fascismo y no lo van a dejar a medio hacer.

—¿Desde cuándo te interesan tanto esas cosas?

Gloria se tomó unos segundos antes de responder:

—Son las dos caras de la misma moneda, ¿no crees? Es como si mi padre fuera la pregunta y acabar con Franco fuera la respuesta. —Bajó la voz—. Me gustaría hacer algo para ayudar a derribar la dictadura. ¿Sigues viendo a tus amigos?

Cristina la miró muy seria, sin terminar de creérselo.

—¿Cuando dices mis *amigos* te refieres a los comunistas? Tienes una posición, Gloria. Eres una mujer casada. Estáis pensando en tener un hijo. No puedes arriesgar todo eso.

—Mi padre no arriesgó nada y lo ha perdido todo.

—¿Hace falta que te hable de mí? Un hermano fusilado, otro pegando tiros por el monte…

—Pero, cuando hizo falta, también corriste riesgos. ¿Por qué tú sí y yo no?

—En algún momento tendremos que empezar a pensar en nosotras mismas. Solo tenemos una vida. Esta vida. Y no podemos desperdiciarla. Debemos tratar de vivir el presente. No vamos a estar siempre a vueltas con el pasado.

Gloria no parecía muy convencida. Cristina volvió a hablar:

—Supongo que no te suena el nombre de Heriberto Quiñones… Yo lo conocí porque vino a traerme una carta de Eloy. Era un hombre íntegro, noble, valiente, generoso: un gran comunista. Lo dio todo por reorganizar el Partido en el interior. Y, cuando digo todo, digo todo. Hasta la vida. Pero a los dirigentes que estaban en Francia, en México,

en Rusia, no les gustaba que pensara por sí mismo. Hicieron correr el rumor de que era un aventurero, un delator, un infiltrado… Como fumaba cigarrillos ingleses le acusaron de ser un agente británico. ¡Llegaron incluso a decir que trabajaba para Franco! Cuando la policía lo cogió, ellos dijeron: ¿lo veis?, ¿qué más pruebas queréis?, ¡lo hacen para protegerlo! Luego lo torturaron salvajemente y ellos siguieron diciendo lo mismo: ¡lo hacen para engañaros!, ¡si no le hubieran tocado un pelo, no os lo creeríais! Como no conseguían hacerle cantar, los policías acabaron rompiéndole la espalda. Lo dejaron paralítico, ¡pa-ra-lí-ti-co!, y aun así en el Partido decían que eso no cambiaba las cosas: ¡era un agente de Franco! Lo condenaron a muerte. Para fusilarlo, tuvieron que atarlo a una camilla. Los compañeros que lo llevaron en camilla al paredón fueron fusilados justo después. También de ellos se decía que trabajaban para la policía de Franco. ¿Y qué crees? ¿Que en algún momento el Partido reconoció su error? Nada de eso. ¡Según ellos, ni siquiera morir fusilados demostraba que fueran inocentes! Pregunta a cualquiera de mis *amigos* y a ver qué te dice de Quiñones y su gente. ¿Se te ocurre una injusticia mayor? ¡Dar la vida por una causa y que los tuyos te recuerden como un enemigo y un traidor!

Unos operarios municipales estaban abriendo una boca de riego y conectando una manguera. En cualquier momento empezarían a regar las calles. Cristina soltó un hondo suspiro antes de añadir: —¿Lo entiendes ahora? ¿Entiendes ahora por qué me acabé alejando del Partido? Estaba convencida de haberme puesto en el lado de los buenos, pero, después de aquello… Vamos. Te acompaño a casa. Aquí ya no hacemos nada.

Gloria sacudió la cabeza, compungida.

—He quedado en recoger a mi padre.

—Te acompaño igual.

Caminaron cogiditas del brazo y sin decirse nada, como dos buenas amigas que ya lo han hablado todo entre ellas. Se despidieron ante la entrada de la iglesia. Cristina, que iba a cruzar para coger el metro, cambió de idea en el último momento y siguió a Gloria al interior del templo. Ahora a Basilio le había dado por permanecer horas y horas arrodillado. Se ponía en uno de los pasillos laterales, lejos de los reclinatorios, las rodillas clavadas en la piedra del suelo. Cuando, a última hora de la tarde, su hija iba a recogerlo, tenía las piernas tan doloridas y el cuerpo tan anquilosado que le costaba ponerse de pie.

—Vámonos a casa, papá. Es hora de cenar.

Basilio elevó hacia ella una sonrisa de extrema pureza, la sonrisa

de alguien que agradece al destino sus infortunios. Gloria lo sostuvo de un brazo mientras él se preparaba para levantarse. Sus movimientos eran extremadamente lentos: primero incorporaba el tronco, luego despegaba una rodilla del suelo y estiraba poco a poco la pierna, finalmente hacía el esfuerzo de ponerse de pie… Después el hombre aún necesitaba unos minutos más para terminar de desentumecerse y dar los primeros pasos. Cristina lo observaba todo desde detrás de una columna y aguzaba el oído para escuchar a Gloria, que usaba con su padre ese tono condescendiente que se suele reservar a los ancianos y los enfermos: —Yaaa está…, ya caaasi está. Un poquito más.

Salió de entre las columnas y esperó. Caminaban tan despacio que tardaron más de un minuto en pasar por su lado. Gloria envió a su amiga una sonrisa triste. Basilio, beatífico, la miró sin verla.

—Aaasí…, muuuy bien.

La oficina se había instalado en los bajos del ayuntamiento, un edificio austero, de granito claro, con rejas en las ventanas, banderitas de España en las cornisas y, como única peculiaridad, dos pequeños leones de piedra flanqueando el balcón principal. Había patrullas llegadas de varios pueblos de la comarca. Las camionetas del Sector Móvil habían tomado la calle Real y se estorbaban unas a otras cuando trataban de alinearse para salir en formación. Las ruedas rechinaban en los adoquines y el humo espeso del gasoil volvía el aire irrespirable. Había también algunas motos, que siempre parecían estar en medio. El sargento Antúnez, sudoroso pese a las bajas temperaturas, el charol del tricornio reflejando el sol de la mañana, los gemelos de campaña colgándole del cuello, se desgañitaba: —¡Tú, quieto! ¡Tú, atrás! ¡Ahora tú! ¿Pero es que no me oyes? ¡Tú, quieto! ¡Tú, atrás!

Salió de la fonda el capitán Delgado seguido de su ayudante. Llevaban el capote sin remiendos y un palillo entre los dientes para escarbarse los restos del desayuno.

—¿Tenemos guía o no tenemos guía, Antúnez? Alguien que conozca el terreno.

El sargento, no muy convencido, señaló la entrada del ayuntamiento, donde un viejo escuchimizado esperaba aterido de frío y con la boina arrugada entre las manos. Delgado lo observó con desprecio.

—Ese no nos aguanta ni la primera cuesta. Búscame alguien mejor. Un pastor. Los pastores siempre saben por dónde se mueven las

partidas. Y que sea joven.

—A la orden —dijo el otro, metiendo tripa.

Se había corrido la voz y todos se habían apresurado a ponerse a buen recaudo. Quien más, quien menos, tenían sus razones para no querer verse implicados. El pequeño Ginés llevaba un buen rato metido en una de las tinajas de boca ancha que usaban para la aceituna. Su tío estaba en el corral recogiendo huevos cuando empezó a oírse el ruido de un motor. Era una moto, que, como si estuviera rectificando después de haberse perdido, venía del camino del tejar y no del centro del pueblo. El perrillo gris de orejas puntiagudas la recibió a ladridos. En el sidecar viajaba Antúnez, que estaba furioso. Con el polvo del camino el bigote se le había teñido de gris.

—Tu sobrino, el pelirrojo. ¿Dónde está?

—Con el coro, supongo. Cuando no está con las ovejas, está con el cura aprendiendo canciones de iglesia.

—Al cura lo acabo de ver por la calle y estaba solo —mintió el guardia civil.

—Entonces no sé.

Antúnez bajó del sidecar y fue hacia él. Como los toros que están a punto de morir, el aliento se le condensaba en efímeras nubecillas en torno a la nariz y la boca.

—¡Te crees muy listo pero tú a mí no me engañas!

El perrillo seguía ladrando, ya sin fuerza. La puerta estaba abierta y Ginés lo oía todo como a través de un túnel. De los dos hombres captaba la modulación de las voces pero no lo que decían. En algún momento dejaron de hablar y se oyó un sonido recio de pisadas. No podían ser de su tío, que usaba alpargatas incluso en invierno. El chico, instintivamente, se encogió un poco más y quedó como enroscado en sí mismo. Los pasos se detuvieron junto a la repisa de las alcuzas, a solo unos metros de su tinaja. Había tres tinajas, ordenadas de mayor a menor. Él, tan menudo, se había metido en la más pequeña, encajándose entre las olivas del fondo, que no lo cubrían del todo. Imaginó al sargento asomándose primero a la más grande, después a la mediana, finalmente a la suya.

—¿Esto qué es? —le oyó decir, sin embargo.

—Una armónica. Era de mi hermano.

—¿Y cómo se toca?

Sonaron unas notas desafinadas y sucias, el aire escapando a chorros por las lengüetas.

—*O Fado Portuguez de M. Hohner* —leyó Antúnez—. ¡Lo que no inventen!

Se oyeron nuevamente los pasos del guardia sobre el suelo de

baldosa. Su voz sonaba cada vez más lejana: —Te quiero ver con el chico en el ayuntamiento. Tienes veinte minutos. Como no aparezca, ya sabes quién va a venir al monte.

Restalló en la distancia la ignición del motor. Luego el ruido fue poco a poco atenuándose hasta hacerse inaudible. La sombra del tío se proyectó en el interior de la tinaja. Ginés sintió sus fuertes manos de campesino cogiéndolo por las axilas y aupándolo sin esfuerzo.

—¿Qué te dije? ¿Eh? ¿Qué te dije? Te dije que no volvieras a hablar con esa gente. Que llevaras las ovejas a la zona del arroyo para no encontrártelos. ¡Pero tú, como quien oye llover!

La ropa del chico estaba escurridiza debido al aceite. Fue quitándosela y haciendo un rebujo con ella. El perrillo le lamía las piernas con glotonería. El tío seguía con su monólogo: —¡Bah! No sé por qué me extraña tanto, si tu padre era igual. ¡Igualito! Hacía las cosas sin encomendarse a nadie y luego teníamos que ser los demás los que le sacáramos las castañas del fuego. —Hizo una mueca de pesar y, como si estuviera dictando sentencia, añadió—: Lávate un poco.

Eso quería decir que iban a ir al ayuntamiento. El hombre, sin parar de hablar, salió con dos cubos para llenar el barreño.

—Con esa gente hay que tener cuidado. Me refiero a los guardias civiles. Si no les ayudas, porque no les ayudas. Y, si les ayudas, porque siempre piensan que podrías ayudarles más. Un consejo te doy: los guardias, cuanto más lejos, mejor. Y con los otros te digo lo mismo: lejos, lejos, lo más lejos posible… ¿Por qué demonios tuviste que hablar con ellos? Si creías que los guardias no se iban a enterar, estabas muy equivocado. Estos lo saben todo, se enteran de todo. ¡De todo!

Con el cuerpo embadurnado, la camisola pegada al tronco y el pelo macerado en orujo, Ginés recorrió la repisa con la mirada. Su gesto vivaz indicaba que estaba a punto de tomar una decisión. Agarró el zurrón, que colgaba del respaldo de una silla, y se puso a meter cosas a bulto: la armónica, la navaja, un cazo de hierro, una escudilla, la vieja foto de sus padres, una hogaza de pan. Las plantas de sus pies dibujaban en el suelo de la estancia un intrincado rastro de grasa. El animal, que lo seguía a todas partes, resbalaba una y otra vez. Entre revolcón y revolcón se quedaba muy quieto, estiraba el cuello y soltaba unos quejidos largos y desconsolados. Del exterior llegaban el monótono chirrido de la bomba de agua y la voz del tío protestando: —¿Y ahora qué le pasa a ese?

Buscó Ginés las alpargatas y, sin tiempo para vestirse, se apresuró a abrir la ventana de la cocina. Lanzó el zurrón fuera y se encaramó al

antepecho. El perro, adivinando sus intenciones, se puso a dos patas y ladró con fuerza. Ginés, con una pierna fuera y la otra dentro, le chistaba inútilmente: ¡chis!, ¡calla! En la parte delantera, el tío volvía a protestar: ¿se puede saber qué demonios le pasa al chucho? El chico bajó, lo agarró y lo encerró en un cuarto. A través de la puerta se le oía gemir y arañar la madera con las garras. Ginés se despidió con tristeza: —¡Adiós, Chispa! —Y dando un salto escapó por la ventana.

Corrió hasta el tendedero, que estaba en ese lado de la casa por ser el más alejado del corral. Agarró sobre la marcha lo que tenía más a mano y lo echó al zurrón. Cruzó el pequeño huerto, saltó por encima de la acequia y zigzagueó entre los olivos. Aunque el sonido de su propia respiración le impedía distinguirlos con claridad, todavía en la distancia resultaban audibles los ladridos de Chispa. No se detuvo hasta llegar a las primeras escarpaduras de la sierra. Los guardias, que tan libremente se movían por el llano, tomaban un sinfín de precauciones en cuanto el terreno comenzaba a empinarse, así que, por el momento, allí estaba seguro. Semidesnudo, agotado, sucio, se sentó en una piedra, se descalzó y se acarició el pie malo, que había empezado a dolerle. Analizó el contenido del zurrón: una sábana, un mandil, un par de trapos, ásperos como tela de saco… ¿A quién se le ocurría escaparse en pleno mes de noviembre y no llevarse ni una triste prenda de abrigo? Se lavó como pudo en un regato y se envolvió en la sábana para no pasar frío. Luego sacó la hogaza de pan y se comió la mitad. Repuestas las fuerzas, volvió a caminar.

Tardó casi dos horas en llegar al campamento. Los chozos estaban ahí pero del Chaconero y sus hombres no quedaba ni rastro. Aunque desde el asesinato de Emiliano Suárez no había tenido contacto con nadie de la partida, no podía imaginar que hubieran abandonado el lugar. Creía simplemente que en previsión de las posibles represalias permanecían ocultos, agazapados. Merodeó un poco por allí sin saber qué hacer. Intuía que en algún sitio cercano guardaban ropa, utensilios y hasta latas de comida, pero no sabía dónde. Subió hasta la zona de los riscos, donde las anfractuosidades del terreno facilitaban los escondrijos. Buscó algún indicio de tierra removida, alguna piedra mal asentada, algún resquicio sospechoso. Nada. Si los guerrilleros tenían por allí algún almacén secreto, no había manera de localizarlo. Algo entre unos hierbajos llamó su atención: era el higrómetro del frailecillo, que la humedad había reblandecido y echado a perder. Lo cogió, lo observó sin saber lo que era y lo tiró al suelo. Luego sacó la armónica y empezó a tocar una canción que había aprendido de oído escuchándola a través de la ventana en los bailes del Círculo Recreativo. Ginés no lo sabía pero esa canción era un tango y se

llamaba *Por una cabeza* .

Entretanto, la caravana de vehículos del Sector Móvil dejaba el pueblo por la carretera de Villanueva y acortaba por un camino entre encinares. Al frente, levantando nubes de polvo, iba la moto de Antúnez, que, incorporado en el sidecar y vuelto hacia atrás, no paraba de hacer aspavientos.

—¡Vamos, vamos! ¡Ya casi estamos!

Cada vez que las ruedas daban un salto al topar con un bache o un pedrusco, el hombre se hundía en el asiento para incorporarse con presteza, como impulsado por un resorte.

—¡Vamos, vamos!

La base de operaciones se había situado junto a una casa de labranza de la que solo dos paredes quedaban en pie. En la hondonada de atrás, al lado del pozo, estaban ya el camión ambulancia, con la cruz algo despintada, y el automóvil del capitán. Este, en compañía de su ayudante, se entretenía estudiando un mapa del Servicio Cartográfico mientras unos soldados imberbes se afanaban en montar la tienda de campaña en la que se iba a instalar el mando. El viento soplaba con fuerza. Mientras clavaban las estacas y tensaban las cuerdas, la lona de la cubierta golpeaba sobre sí misma y emitía un cadencioso plap-plap-plap. Una ráfaga repentina levantó el mapa por los aires y lo arrastró por el polvo. Antúnez, que acababa de bajar del sidecar, corrió como un sabueso a atraparlo. Cuando lo alcanzó, se había descuadernado y no había manera de volverlo a plegar. Delgado, en vez de darle las gracias, lo observó con disgusto, como si lo considerara responsable del desaguisado.

—¿Qué hay de los guías?

—Ahí los tiene.

Por el sendero, con aire atribulado, bajaban tres mozos del pueblo que ni siquiera eran pastores. El capitán no se molestó en mirarlos.

—Espero que sepa lo que hace, sargento.

—A la orden —dijo el otro, cuadrándose.

Las camionetas formaron un corro en torno a la sede del mando. Antúnez, que había ordenado colocar el mapa en un caballete, daba instrucciones a los cabos primeros y cabos mayores que tenía a su cargo.

—Hay tres accesos posibles. Por aquí, por aquí y por aquí. —Lo señalaba en el mapa y sus hombres estiraban un instante el cuello—. La idea es acabar con todo bicho viviente y juntarnos después en este punto. —Volvió a señalarlo y volvieron a estirar el cuello—. Así que ya sabéis. ¿Alguna duda?

Nadie quiso preguntar nada, lo que habría sido interpretado como

un rasgo de miedo o debilidad. El sargento adoptó la posición de firmes, dio por concluidas las explicaciones y empezó a entonar el himno del cuerpo. Los otros se le sumaron con entusiasmo: —«Instituto, gloria a ti, por tu honor quiero vivir, viva España, viva el Rey, viva el orden y la ley, viva honrada la Guardia Civil…»

Los destacamentos se organizaron en filas de a dos. El sargento, escoltado por los cabos mayores, pasó revista de armas. Todos los hombres estaban provistos de bombas de mano y pistolas. Algunos, además, llevaban subfusiles ametralladores y cintas de munición. El capitán permanecía junto al coche, con la bota apoyada en el estribo como esperando a un limpiabotas. Bajó el pie y dijo: —¿No se olvida de algo, sargento?

El otro lo miró sin comprender.

—Y nuestra santa patrona, ¿qué?

El ayudante se le aproximó y le tendió un librito encuadernado en piel. Era un devocionario. Estaba abierto por la mitad. Antúnez hinchó el pecho y recitó, solemne: —«Oh, Virgen del Pilar, reina y madre. Los españoles reconocemos con gratitud tu protección constante y esperamos seguir contando con ella. Danos fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor…»

Aquí el capitán le interrumpió para gritar:

—¡Danos también fuerza para acabar con esos bandidos, que violan a nuestras mujeres y asesinan a nuestros hermanos!

Y, haciendo la señal de la cruz, indicó al sargento que concluyera la oración:

—Por Jesucristo, Nuestro Señor…

—¡… Amén! —respondieron todos al unísono, santiguándose también.

—¡Amén! —gritó el capitán, jubiloso.

Ginés, entretanto, se había alejado del antiguo campamento y se había internado en una zona boscosa. Con las últimas lluvias habían crecido entre los árboles unas setas pequeñas y blancas. El chico, hambriento, las sacudía en el aire para quitarles la tierra y se las llevaba a la boca. No sabía qué setas eran venenosas pero sabía que esas no lo eran. Echó un buen puñado al zurrón. Tal vez fuera eso lo único que comería en días. Buscando un arroyo en el que saciar la sed, abandonó la espesura. Por allí la sierra era aún más escarpada, con altos barrancos y pequeños saltos de agua que aparecían y desaparecían entre las cavidades de la piedra. Los buitres, que desde el llano resultaban invisibles, parecían ahora extrañamente próximos, las alas negras, el pecho pardo, la cabeza afilada. En su vuelo circular cabía imaginar una caligrafía secreta. Ginés volvió a sentarse y a sacar

la armónica. Algo allá abajo, entre las encinas, reclamó su atención. Era un movimiento casi imperceptible, apenas un hormigueo difuso. Tratando de pasar inadvertidos, los guardias civiles ascendían por la ladera al arrimo de las sombras. Llegado un momento, los perdió de vista entre las prominencias del terreno. Lo siguiente, apenas media hora después, fueron los diversos focos de fuego. Los guardias estaban incendiando los chozos, quién sabía si el bosque entero. El viento esparcía el humo en dirección al sur y al oeste, y el olor a ceniza no tardó en alcanzar a Ginés, acompañado de un sordo rumor que conocía muy bien. Sin pensárselo dos veces, echó a correr hacia la cresta de la montaña. Cuanto más subiera, más seguro estaría. Cuando por fin se detuvo a recuperar el aliento, miró las nubes de humo, que el sol del mediodía teñía de blanco y amarillo. El pie izquierdo le volvía a doler.

La estafeta estaba en el tronco de un viejo sauce. Era noche cerrada, pero Eloy no tuvo problemas para encontrar el sitio. Introdujo la mano en el hueco, tocó un extremo del poncho y sacó la botella, que no contenía ninguna nota. Era el sistema que empleaban para avisar de posibles novedades o contraórdenes mientras estaban fuera. Se llevó las manos a los labios e imitó el grito del búho, por si el Mancho estuviera por ahí cerca. Nadie contestó, así que se recostó entre los helechos y se dispuso a esperar. En el bolsillo encontró una octavilla doblada que no había llegado a tirar. El texto, que casi podría recitar de memoria, decía:

> Ser guerrilleros es el mejor título de honor y gloria que puede ostentar un hijo del pueblo. Trabajamos sin descanso para hacer de nuestro Ejército Guerrillero el verdadero ejército del pueblo. No regatearemos esfuerzos ni sacrificios. No tememos el peligro. Seremos siempre los primeros en la pelea, dando con nuestro ejemplo a los demás camaradas la fuerza positiva. ¡VIVA LA LUCHA DEL PUEBLO! ¡VIVA LA REPÚBLICA!

La impresión era tan tosca que se transparentaba el texto del dorso, una breve advertencia contra las contrapartidas, formadas por pistoleros a sueldo que se hacían pasar por guerrilleros:

> ¡ALERTA CONTRA LOS FALSOS GUERRILLEROS! Quienes cometen actos de pillaje sobre personas indefensas, esos… no son guerrilleros. Son pescadores sangrantes en el río revuelto de nuestra Patria. Son piratas y nada más que eso: piratas.

Pasada casi una hora, percibió movimientos entre la maleza. Incluso con poca luz, al Mancho se le reconocía por la manera de andar. Caminaba a pasos largos, precisos, como midiendo el suelo, y a la vez mecía los hombros como los bailarines cuando se disponen a lanzarse a la pista. Eloy anunció su presencia imitando la voz del búho y el Mancho le correspondió con el canto de la chicharra. Eloy solía recriminárselo:

—¿Cuándo has oído una chicharra en diciembre?

—¿Qué sabrás tú de eso si eres de Madrid?

—De puntualidad sé bastante más que tú. ¿Por qué has tardado tanto? Llevo tres cuartos de hora esperándote.

—¡Ni que tuvieras tantas cosas que *haser* !

El Mancho sacó el poncho del hueco del árbol y se lo puso. Eloy

siguió con sus preguntas:

—¿Has repartido las octavillas?

—Sí.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Y estás seguro de que no te ha seguido nadie?

—¿Pero me vas a dejar tranquilo alguna vez?

Salieron al sendero, un camino de cabras que tan pronto desaparecía como reaparecía bajo sus pies. Para orientarse permanecían atentos a la luna, que estaba en fase menguante. Mientras la tuvieran a la izquierda, irían en la dirección correcta. O eso creían.

—¿Dónde cojones estamos? —dijo el Mancho al cabo de un rato.

—Tú sabrás. Tú ibas delante.

Lo poco que lograban atisbar en la oscuridad eran, a un lado, unas paredes de piedra y, al otro, un despeñadero.

—¡Pero qué frío *hase* ! ¡La madre que lo parió!

—¿Cuánto falta para que amanezca?

Buscaron casi a tientas una covacha donde echarse a descansar. El viento se internaba entre las formaciones de roca caliza y regresaba a ellos ululando con fuerza. Siglos y siglos de erosión habían moldeado el mineral dándole formas caprichosas. Algunas piedras enormes se sostenían en el aire casi sin apoyos y como desafiando la gravedad. Con el sonido del viento llegó a sus oídos algo parecido a un maullido.

—¿Qué es eso?

—Yo no oigo nada.

—¿Un gato? ¿Aquí?

—¿No será un niño?

—¿Un niño?

Se acercaron sigilosamente, pegándose siempre a las sombras. El viento amainó por un instante y Eloy dijo:

—Un tango.

—¿Un tango?

—De Gardel. ¿Sabes quién es Carlos Gardel?

Cuando encontraron el camino de vuelta al campamento, el sol estaba ya alto. El pequeño Ginés se encontraba tan flojo que, para avanzar más deprisa, Eloy acabó cargándolo sobre la espalda y llevándolo a caballito. El Mancho iba unos metros por delante, dejándose ver. Unos arbustos se agitaron levemente. Era una de las unidades de vigilancia que patrullaban los alrededores del campamento. Un centinela reclamó desde la espesura el santo y seña. El Mancho replicó:

—¿A ti no te han *enseñao* que la República no cree en santos?

Los arbustos volvieron a agitarse.

—A mí me han dicho lo que me han dicho.

La contraseña eran dos versos de un romance en honor a los capitanes Galán y García Hernández. Eloy, que llegaba por detrás, se paró y bajó a Ginés al suelo. Dijo:

—«Ya se sienten los disparos por las montañas de Jaca.»

Asomó el centinela, con gorra de visera, pañuelo al cuello y tirantes por encima del jersey. Detrás de él apareció el jefe de la guardia, con unos galones de sargento del Ejército Popular cosidos en la chaqueta de pana. El hombre, que se hacía llamar Sinesio, miró al chico e hizo un gesto de escepticismo.

—¿Y este quién es?

—Un enlace que ha tenido que huir —dijo Eloy.

—Uno más para luchar contra el fascismo —añadió el Mancho.

—Eso lo dirán los mandos. —Soltó un bufido—. ¿Y viene así, sin una mala escopeta? ¿Qué se cree? ¿Que nos sobran las armas?

Hizo con la cabeza una señal al centinela, que movió el máuser como si fuera una escoba y dijo:

—*¡P'alante!*

Desde esa vertiente de la montaña el campamento era casi inexpugnable. Para acceder había que atravesar una quebrada que a duras penas permitía el paso de acémilas. En los rincones umbríos la escarcha se adhería con fuerza a la piedra y no desaparecía en todo el invierno. Caminaban en fila india, procurando no resbalar. Cruzaron una torrentera que en época de lluvias se volvía intransitable y, superado el último repecho, divisaron los colores de la bandera republicana pintados en la roca.

—¡Ya estamos! —exclamó el Mancho.

A partir de ahí el paisaje cambiaba: onduladas pendientes cubiertas de altas hierbas, grupos de pinos inclinados por el viento, hilachas de nubes que habían quedado como atrapadas entre las cumbres. En primer término estaba el cercado para las cabras, que lo observaban todo con expresión escéptica. Algo más allá había una cuadra hecha de tablas, entre las que asomaban las cabezas de unas mulas, y la enfermería, la única construcción sólida, un viejo caserío con cubierta de tejas y paredes de mampostería. Entre la enfermería y las tiendas de campaña, que ocupaban casi por completo una amplia loma cercana al río, estaban las rudimentarias letrinas, los hoyos en los que enterraban los desperdicios, una fila de arbustos cubiertos de ropa puesta a secar, unos leños apilados con los que en algún momento se había querido levantar una empalizada. Salieron a

recibirlos los perros de la compañía, que no se separaron de ellos mientras llevaban al chico a lavarse y le conseguían un cazo de leche y unas galletas. En el prado que se usaba para la instrucción, una veintena de hombres con la impedimenta a cuestas obedecían las órdenes que un sargento ataviado con un ros de la guerra de Marruecos impartía a través de un altavoz: ¡rodilla en tierra!, ¡carguen!, ¡apunten!, ¡fuego…! Otros veinte o treinta guerrilleros, también con sus pertrechos, descansaban junto a los árboles, esperando para formar y pasar revista. Al otro lado del prado, cinco barracones idénticos se ceñían a la curva del camino formando una ce mayúscula. En el primer barracón tenían la multicopista; en el segundo, las oficinas de intendencia… En otro de los barracones solía estar Gavilán, al que sus hombres llamaban el Comandante. Eloy acompañó hasta allí a Ginés. Ante la entrada hacían guardia dos guerrilleros con prendas de pana. Uno de ellos les salió al paso.

—¿Qué queréis?

—Traigo a este. Es un enlace que ha tenido que huir.

—Tendréis que esperar. El Comandante tiene visita.

Debía de ser una visita importante, no un enlace de la zona ni un simple correo, porque por ahí cerca merodeaban tres desconocidos con ropa de montañero: botas con las suelas claveteadas, guantes de piel, jerséis recios, uno de ellos hasta sombrerito tirolés. Iban bien afeitados y saltaba a la vista que no formaban parte de la guerrilla. A la reunión asistían también los lugartenientes de Gavilán, algunos de los cuales eran los cabecillas de las antiguas partidas. Se había acabado eso de hacer la guerra por su cuenta. Siguiendo instrucciones que llegaban de la dirigencia de la Unión Nacional, las partidas debían organizarse en lo que ya se conocía como el Ejército Guerrillero, con una jerarquía clara, con disciplina militar, con distintivos propios, con sanciones y ordenanzas, como cualquier ejército.

—¡Compañía! —oyeron en la distancia—. ¡A formar!

Los hombres que hacían la instrucción y los que esperaban junto a los árboles formaron lentamente dos columnas y adoptaron la posición de descanso. De las tiendas llegaban, sin prisas, otros guerrilleros. Eloy y el chico seguían delante del barracón. El primero de los lugartenientes en salir fue el Chaconero, al que se le había agriado el carácter desde que le habían retirado la jefatura de su pequeña partida. Era como si lo hubieran degradado y no lo perdonaba. Miró al pelirrojo.

—¿Quién es este?

Eloy contó nuevamente la historia, a la que el Chaconero apenas si prestó atención, y volvió a hacerlo algunas veces más, a medida que

los otros iban saliendo. Cuando le dirigían la palabra a Ginés, este, para hacerse valer, hablaba de la batida de los guardias civiles en la zona de Pozoblanco.

—Lo quemaron todo. Arrasaron la sierra. No dejaron vivo ni un conejo.

La puerta del barracón había quedado abierta y desde fuera se veía a Gavilán hablando con el misterioso visitante. Era un hombre de cuarenta y tantos años, de pelo escaso y mirada risueña, que asentía vigorosamente con la cabeza, hundiendo la barbilla en el pecho. Al igual que sus acompañantes, iba vestido con prendas de alpinista y tenía aspecto de ser de ciudad. Eloy lo reconoció enseguida: era Trilla, Gabriel León Trilla, uno de los fundadores, allá por 1920, del primer partido comunista español, más tarde director de la revista *Nuestra Bandera* , que se imprimía en Valencia y que su hermano Bernabé le ayudaba a distribuir por Madrid… Eloy lo había conocido después del bombardeo que mató a Mateo, cuando apareció por la vivienda de la familia para dar el pésame, y aún lo había visto un par de veces más en compañía de Bernabé. Más tarde, acabada la guerra, no había vuelto a saber de él. Gavilán y Trilla salieron del barracón. Eloy se acercó a tenderle la mano. El veterano comunista lo miró a los ojos.

—Soy el hermano de Bernabé Donoso —se presentó—. ¿Se acuerda?

—¿Cómo no me voy a acordar? Qué gran tipo, Bernabé. Estaba siempre de buen humor y se podía confiar en él para cualquier cosa. —Hizo un gesto de conmiseración para confirmar que estaba al corriente de su fusilamiento—. Lo siento mucho. Sé que estaba en la cárcel con Ascanio y los otros. —Lo observó con atención—. Tú debes de ser el chiquillo que andaba por la casa, haciendo compañía a tu madre. Ahora que me fijo, os parecéis mucho. Como dos gotas de agua. ¿Sabes cómo nos conocimos? Acababa de montar el primer número de *Nuestra Bandera* y no sabía cómo hacer para distribuirlo en Madrid. Tu hermano, que estaba en Valencia por algo del Partido, se enteró a través de un camarada. Vino una mañana a buscarme y me dijo: tengo una camioneta esperando, cargamos la revista y vamos *p'allá* . Ese mismo día, al llegar, me consiguió un almacén por la zona de Estrecho, en una iglesia incautada por el Quinto Regimiento. Durante unos meses, hasta que la revista se trasladó a Barcelona, hacíamos juntos ese mismo viaje todas las semanas. Por eso nos hicimos tan amigos. Bernabé me hablaba mucho de vosotros, de tu madre, tan triste después de lo de tu hermano… Teníais un perrillo. ¿Cómo se llamaba?

—Rasputín.

—Eso es. Rasputín. Pero algo pasó y tuvisteis que sacrificarlo…

—Le había salido un bulto en el cuello. Estaba muy enfermo.

—De todas esas cosas hablábamos. Eran muchas horas de viaje. ¡Teníamos tiempo de sobra para contarnos nuestras vidas!

Eloy quiso decir algo pero no llegó a hacerlo porque, como si una conversación anterior hubiera quedado interrumpida, Gavilán se volvió hacia Trilla y le habló en voz baja. Los dos hombres volvieron a andar. Eloy los siguió y, en cuanto vio la ocasión, dijo:

—Comandante, el chico quiere unirse.

Gavilán se detuvo y observó con aire indiferente a Ginés, que llegaba por detrás renqueando un poco.

—Pero si es cojo.

—También yo.

Contaron por enésima vez su historia. Gavilán, dando a entender que su apariencia enclenque le inspiraba más desconfianza que su juventud, preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce —dijo Ginés, ahuecando la voz.

—¿Conoces el terreno?

—El de mi pueblo sí.

—Pero no estamos en tu pueblo, supongo. —Ahora su actitud era la de quien se ve forzado a perder el tiempo en nimiedades—. ¿Sabes disparar? ¿Sabes algo de mecánica? ¿Sabes conducir? ¿Cocinar? ¿Arreglar un hueso roto?

Los lugartenientes habían vuelto a cerrar un corro alrededor de ellos. El propio Trilla asistía a la escena con curiosidad. Ginés estaba abrumado.

—Yo solo soy un pastor. —Parpadeó varias veces seguidas—. Si vuelvo a casa, mi tío me entrega en el cuartelillo. Y eso sí que no.

—¿Qué hacemos con él, Profesor? —dijo Gavilán dirigiéndose a Trilla.

—Tendremos que hacer alguna atrocidad para que no diga a los guardias civiles dónde estamos —bromeó este.

Los lugartenientes le rieron la gracia, pero Gavilán no. Parecía tener la cabeza en otro sitio.

—¿De qué me sirves? —dijo—. Estoy tratando de montar un ejército de verdad y me traéis a un crío que no sabe hacer nada… ¿En qué ejército aceptarían a alguien así?

Ginés se apresuró a sacar la armónica del zurrón y tocó los primeros acordes de su tango favorito. Algunos, que conocían la canción, acompañaron el estribillo con movimientos de cabeza. Otros lo observaban con gesto burlón.

—¿Con eso quieres hacer la guerra? —dijo alguien.

El Chaconero, que hasta ese instante se había mantenido ajeno, intervino para decir:

—No hay ningún ejército que no tenga banda de música. ¡Si de verdad queremos que esto sea el Ejército Guerrillero…!

—¿Un crío con una armónica es una banda?

—Por algo se empieza. —El Chaconero se volvió hacia el chico—. ¿Sabes tocar *La Internacional* ?

Ginés se arrancó con los primeros compases. El otro, satisfecho, le interrumpió enseguida:

—¡Ya tenemos banda de música!

Aunque no hubiera sabido tocar nada, el Chaconero lo habría defendido igual. Como solo buscaba que se le reconociera alguna autoridad, no necesitaba muchos argumentos. Gavilán concedió:

—Pues muy bien. —Y buscó a Eloy con la mirada—. Te haces responsable.

En la loma estaban ya los guerrilleros formados para pasar revista. El sargento del viejo ros leía fragmentos del *Código de disciplina del guerrillero* con voz monótona:

—«Hace falta en cada guerrillero una verdadera fiebre unitaria y organizativa, no pudiéndose llamar dignamente antifascistas quienes no se organicen o actúen como tales.»

Eloy, seguido de Ginés, corrió a situarse en el extremo de una columna, no muy lejos del Mancho. Los lugartenientes se colocaron al pie del mástil. A paso ligero, Trilla y Gavilán pasaban ya revista a la tropa. El sargento dejó la lectura a medias para ordenar:

—¡Presenten armas! —Y cada uno presentaba lo que tenía: el máuser, la escopeta de caza, la carabina.

Se procedió al izado de bandera y Gavilán tomó la palabra para encarecer las virtudes clásicas del guerrillero: disposición, entrega, voluntad de sacrificio, discreción… Querido y respetado por sus hombres debido a su rectitud y su bravura, el Comandante carecía por completo de elocuencia. Cada dos o tres frases, como si no tuviera las ideas muy claras, se interrumpía a sí mismo para levantar la vista y hacer el gesto de ¿entendido? Y, por si acaso, acababa preguntando:

—¿Entendido? —A lo que los guerrilleros contestaban con un disciplinado rumor de aprobación.

Cuando ya parecía que el acto había concluido, habló el invitado, que fue presentado como representante de la Unión Nacional Española. Lo de Trilla era distinto. Trilla, el Profesor, era alguien que creía en el poder transformador de la palabra. En su presencia, en sus gestos, en las estudiadas modulaciones de la voz había una fuerza

secreta que enardecía, persuadía y magnetizaba a sus oyentes. Los hombres, que no siempre le entendían, le escuchaban invariablemente con devoción de feligreses.

—¿Somos guerrilleros? ¡Sí! —clamaba—. ¡Somos guerrilleros porque somos miembros del Ejército Guerrillero! Eso quiere decir que somos guerrilleros… ¡Gue-rri-lle-ros! ¡No ban-do-le-ros! ¡No bandidos ni salteadores de caminos ni atracadores, como dicen los esbirros y los periódicos de Franco! ¿Quién se atreverá ahora a llamarnos «huidos»? ¡Nosotros siempre damos la cara! ¡Nosotros no huimos porque huir es de cobardes! ¡Nosotros no huimos porque en nuestro lenguaje no existe el verbo *huir* ! ¿Qué otras palabras no existen en nuestro diccionario? ¡La palabra *rendirse* , la palabra *capitular* …! ¡Por eso vamos a vencer! ¡Porque nosotros no huimos ni nos rendimos! ¡Porque vamos a pelear hasta el final! ¡Porque con nosotros pelearán también los miles, decenas de miles, cientos de miles de patriotas del llano y la montaña, de la costa y el interior, del pueblo y la ciudad, millones de patriotas que pronto se sumarán a nuestra lucha! Una cosa os digo. Vamos a hacer buena la consigna de la Unión Nacional: ¡derribar a Franco antes de que caiga Hitler! Vamos a hacer buena esa consigna y la vamos a hacer buena pronto, muy pronto, ¡tan pronto que al mundo entero le costará creerlo! —Aquí hizo una pausa para tomar aliento y gritar—: ¡Viva el pueblo español!

—¡Viva!

—¡Viva la Unión Nacional!

—¡Viva!

Era imposible no compartir su optimismo, no creer en sus vaticinios. Ginés, que se había sumado a los vítores con entusiasmo, sentía cómo en su interior se encendía la llama del valor y el heroísmo.

—¡Viva la República!

—¡Viva!

Todos daban el acto por terminado cuando volvió a oírse la voz de Trilla:

—¿Y esa banda de músicos?

Al principio nadie le entendió. Luego, quienes intuían a qué se refería buscaron a Ginés con la mirada. El chico abandonó tímidamente la fila para colocarse delante de la bandera. Se llevó la armónica a los labios y entonó, primero lentamente, luego con más brío, los compases iniciales del *Himno de Riego* . A la tercera o cuarta estrofa, los hombres empezaron espontáneamente a cantar la versión que por entonces era popular:

—«Si los curas y Franco supieran lo poco que van a durar,

cantarían todos juntos ¡libertad, libertad, libertad! Si los reyes de España supieran la paliza que les van a dar…»

El chico apartó el instrumento y miró a aquellos hombres rudos, mal vestidos y peor equipados, celebrando la que ellos veían como una victoria inminente. El corazón le latía con fuerza. Por primera vez en su vida tuvo la sensación de formar parte de algo grande, superior a él. Se acababa de convertir en un guerrillero más.

De vuelta del taller de costura, pasó Cristina por la calle Mayor. En una tienda de ropa religiosa para la que trabajaba en sus ratos libres le tenían guardado un paquete con prendas que debía arreglar. Recogió el paquete y se fue a su casa. Delante de la entrada de la corrala estaba aparcada una camioneta con el yugo y las flechas. Doña Sole, con la escoba en la mano, le hizo un gesto que quería decir: ya están otra vez estas aquí. En el patio, subida a un escalón, una joven voluntaria de la Sección Femenina, con falda plisada y abriguito de paño sobre la camisa azul, leía con voz aflautada una cuartilla:

—«Atendiendo a razones económicas y sanitarias, el Ministerio de Industria y Comercio prohíbe taxativamente la utilización de papel impreso para envolver productos alimenticios o manufacturados de cualquier clase. Toda esa enorme cantidad de papel que por rutina o tacañería se destina a usos inadecuados, contrarios en muchos casos a la salud pública, será transformado en papel nuevo. De acuerdo con la Dirección General de Prensa y el Sindicato del Papel, Prensa y Artes Gráficas…»

Era el llamado Día del Papel, que se celebraba los últimos jueves de cada mes. Cristina se abrió camino entre los escasos vecinos que prestaban atención a la mujer y, al pasar junto a esta, saludó con un leve movimiento de cabeza. Delante de las puertas del primer piso esperaban pequeñas pilas de periódicos viejos, que otras dos voluntarias habían empezado ya a recoger y a amontonar junto a la escalera. En unos minutos llegarían a su vivienda. La gorda Anita cruzó el pasillo con un atado de ejemplares de *Arriba* .

—Aquí tienes.

—Estas son capaces de informar a la policía —susurró Cristina, guiñando un ojo a su amiga.

Se decía que la campaña también servía para obtener información sobre las lecturas de unos y otros y su grado de colaboración con las autoridades, así que los vecinos, con el fin de no levantar sospechas, se organizaban para repartirse periódicos, preferiblemente de Falange. Los ejemplares de *Arriba* los traía Anita de casa de un familiar que

trabajaba en el Ministerio de la Gobernación. La propia Anita los dejó delante de su puerta.

—Así no te molestarán —dijo.

Cristina entró en el piso, que a esas horas siempre estaba frío, y abandonó el paquete de ropa en cualquier sitio. Sin quitarse la chaqueta, se sentó en el borde de la cama. Algunos días llegaba tan cansada que, si se recostaba para reponer fuerzas, se quedaba dormida al instante. Pero casi nunca podía permitírselo. En la tienda le exigían siempre máxima urgencia. Lo necesito para ayer, le decía invariablemente el dueño, y ella mascullaba: ¡veinte siglos de historia y la misma impaciencia que un niño de teta! Bostezó, cogió unas tijeras y abrió el paquete. Lo normal: albas, casullas, hábitos, amitos. Vestiduras litúrgicas, en fin, que tras pasar por sus manos tenían que quedar como nuevas. O mejor que nuevas, como le decía el dueño de la tienda. Hizo un rebujo con todo, lo llevó al cuarto de Eloy y lo extendió sobre la cama. La prenda más lujosa era una dalmática que había pertenecido al cardenal Gomá. Para que no se arrugara, la colocó sobre el respaldo de la silla, que estaba justo delante de la puerta y se veía desde el pasillo. Cristina pensó en su hermano. La idea de que apareciera inesperadamente y descubriera su cuarto convertido en una especie de sacristía la hizo sonreír. Como si lo tuviera delante, le habló en tono de broma para hacerle un reproche:

—¡Ni se te ocurra quejarte! ¡Al menos sigue siendo tu dormitorio! ¡Cualquiera en mi lugar habría cogido huéspedes y te habrías quedado sin habitación! —Lo que quería decir que Cristina no había perdido la esperanza de volver a tenerlo en casa.

Luego, sin tiempo para distraerse, agarró una estola de seda y la acercó a la bombilla para estudiar algunos detalles del laborioso recamado de las cruces o de los delicados flecos en hilo de oro. La puerta, como siempre, había quedado entreabierta. Oyó ruidos al otro lado, en el patio. Debían de ser las mujeres de la Sección Femenina recogiendo las pilas de papeles. Sonó el timbre.

—¿Qué querrán estas ahora? —murmuró.

Salió al pasillo y vio una mano empujando la puerta. Era una mano de hombre.

—¿Cristina Donoso?

—Soy yo.

De repente tenía a dos desconocidos dentro de casa, los dos con sombrero, gabardina y bigote recortado. No hacía falta ser muy sagaz para comprender que eran policías. El único de los dos que hablaba tenía una cicatriz que le partía la ceja en dos mitades. Mientras uno rebuscaba en la cocina, otro, el de la cicatriz, husmeaba en las

habitaciones. Pero era el suyo un registro somero, desganado: palpar un poco la ropa de los armarios, echar algún vistazo bajo las camas y poco más. En el cuarto de Eloy, se detuvo a mirar la dalmática del cardenal. Cristina dijo:

—Trabajo para la diócesis.

No era una mentira pero sí una media verdad, porque solo trabajaba para una tienda que trabajaba para la diócesis. Y, de todos modos, su supuesta proximidad a la curia no consiguió impresionar al policía.

—Por mí como si trabajas para el Santo Padre.

—¿Se puede saber qué buscan?

De la cocina llegaba ruido de cajones y cacharros. El policía tardó en contestar:

—¿Dónde guardas el dinero? En algún sitio tiene que estar. Vamos a ver si no nos haces perder más tiempo… —Ella hizo un gesto que quería decir ¿qué dinero? y él dijo—: El dinero, repito. ¿Dónde lo guardas?

Pasaron nuevamente por delante de la puerta. Ahora las voluntarias de la Sección Femenina, ajenas a todo, lanzaban los fardos de papeles por encima de la barandilla para después recogerlos en el patio. En la cocina, el otro policía bebía a gollete de una botella de jerez barato que solo servía para alegrar el consomé. Cristina señaló la repisa.

—El pimentón.

Entre los frascos y las vinagreras había un bote de PIMENTÓN PURO GARANTIZADO . El de la ceja partida lo abrió y lo volcó sobre la mesa: una llave oxidada, una medallita, un broche, dos billetes doblados y algunas monedas sueltas.

—¿Dónde tienes la hucha?

—Yo no tengo ninguna hucha.

—Te digo que dónde está la hucha con el dinero. —Y, como la chica seguía negando con la cabeza, añadió, acariciándose el bigotito —: Si no nos lo dices aquí, nos lo dirás en jefatura.

—No pueden hacer esto. Tendrán que acusarme de algo.

—Tienes un minuto para cambiarte.

Cristina, que seguía en ropa de calle, se agarró las solapas como si tuviera frío e hizo un gesto de desamparo. El otro policía, que aún no había hablado, dijo:

—¡Pues andando!

Podrían haber ido a pie pero las mujeres de la Sección Femenina se ofrecieron a llevarlos en la camioneta. Viajaban los tres en la caja, medio cubierta con una lona, las pilas de periódicos viejos sujetas con

cuerdas. Los dos policías, repantingados, fumaban con parsimonia, como excursionistas disfrutando de un día de campo. Cristina, encogida entre los montones de papel, no se atrevía a levantar la mirada del suelo. Entraron en Gobernación por la puerta de la calle del Correo y uno de los policías la guio por un laberinto de pasillos. En uno de esos pasillos, dos jóvenes sentados en el suelo y esposados a un radiador contestaban a las preguntas de un hombre en mangas de camisa: ¿dónde está vuestro amigo?, ¿me vais a decir de una vez dónde está? Cristina pasó a su lado sin atreverse a mirar. En un despacho con un retrato de Franco con gorro de legionario, un funcionario con los dientes superiores de oro le tomó la filiación, le reclamó sus pertenencias y la hizo esperar en un cuarto que olía a desinfectante. Había allí unas cuantas sillas y nada más: ni mesa ni estanterías ni ventanas. Por un pequeño tragaluz que daba a un patio interior se filtraba el sonido lejano de unas voces y unas risas masculinas. La puerta estaba entornada. A Cristina, sin embargo, ni se le pasó por la cabeza la idea de escapar. Todo indicaba que en cualquier momento se harían cargo de ella. Le tomarían declaración, se aclararía el equívoco y la dejarían marchar… Pero no. El tiempo pasaba y no ocurría nada. Debían de ser cosas que se enseñaban en los cursos de técnica policial: inducir al detenido a contar el tiempo en minutos (o, mejor aún, en segundos) para que la espera se le hiciera más angustiosa y estuviera ansioso por acabar con ella al precio que fuera.

A veces llegaban del pasillo voces de mujeres, porque en esa ala del edificio se ocupaban de las redadas en burdeles y *meublés* . Cristina, nerviosa, era incapaz de permanecer sentada. Atenta al menor ruido o movimiento, se preparaba para el instante en que alguien se interesara por ella repitiendo para sí:

—¿Por qué me tienen aquí? ¿De qué se me acusa? Tiene que haber un error. Yo no he hecho nada. No he cometido ningún delito. Soy una mujer decente. Pregunten por mí en el vecindario, pregunten en el taller de costura…

Entraron a por ella cuando, ya sentada, sentía la fatiga bajándole por brazos y piernas. Un policía de paisano que no era ninguno de los dos que la habían llevado abrió la puerta. Dijo:

—Sígame. —Y, como vio que ella se disponía a soltarle un discursito, la hizo callar—: En silencio.

Bajaron por unas escaleras mal ventiladas. Cada nuevo escalón era un paso más en la mala dirección. En el sótano apareció un funcionario con un manojo de llaves. Se habían acabado las puertas entornadas. A partir de ahora, las puertas estarían cerradas.

—¡Una nueva! —exclamó el funcionario, agarrándola del brazo sin la menor delicadeza y conduciéndola a los calabozos.

¿También ese comportamiento se enseñaba en los cursos, ese trato sin miramientos, que las despojaba de toda dignidad, como si en vez de personas fueran ganado? Había celdas a ambos lados del pasillo, oscuras, pequeñas, lo justo para dos camastros, dos banquetas y el cubo para las necesidades. El ambiente no podía ser más sórdido. Una mujer repetía con voz de borracha cura, sana, cura, sana, si no te curas hoy te curarás mañana, y otra trataba de hacerla callar al grito de ¡cierra la boca, cerda! Se oían también ronquidos y lamentos. A Cristina la metieron en una pieza de suelo irregular que olía intensamente a orines. La reja se cerró a su espalda con un chirrido prolongado y un golpe seco. Se dejó caer en la banqueta. De repente, no tenía fuerzas para nada. El breve trayecto por el subsuelo del edificio había bastado para que se desmoronara. Encerrada en aquel sitio, sabía que lo suyo iba para largo y no se sentía capaz de protestar para hacer valer sus derechos. Peor aún: ni siquiera estaba segura de tener algún derecho… Por más vueltas que le daba a la cabeza, no entendía nada. ¿La habían detenido por ser la hermana de sus hermanos? Para la policía de Franco, ser hija o hermana de comunistas era sinónimo de ser comunista, así que todo podía ser. Acordarse de pronto de Bernabé y Eloy fulminó la escasa presencia de ánimo que le quedaba. No pudo más. Se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

—Llora, llora —oyó al cabo de un rato.

En el camastro del rincón, inmóvil, protegida por las sombras, estaba tumbada una mujer en la que no había tenido tiempo de reparar.

—Échalo todo. Expúlsalo. Te sentirás mejor.

Cristina se enjugó las lágrimas con la manga. La mujer soltó un gemido al cambiar de postura. Luego, como si ahí abajo rigiera una peculiar medida del tiempo, dejó pasar varios minutos antes de reiterar:

—Te sentirás más limpia. Y un poco de limpieza en esta pocilga nunca viene mal. ¿Por qué estás aquí?

—No lo sé. —Un violento sollozo dejó a Cristina casi sin habla—. ¡Si lo supiera…!

—Algo sospecharás.

—Ni idea. No tengo ni idea de lo que pueden tener contra mí. Así que, sea lo que sea, no puede ser muy grave, ¿no cree?

Sin responder, la otra se incorporó trabajosamente. Era una mujer morena, menuda, de expresión afligida.

—Yo a usted la conozco —dijo Cristina, que no se atrevía a tutearla—. Alguna vez la he visto en el mercado.

—Puede ser.

Era Aurita, la dueña de la pensión La Campana, que no estaba lejos del mercado de Antón Martín. Estuvieron nuevamente varios minutos sin hablar.

—¿Cuánto tiempo cree usted que me pueden tener encerrada?

—¡Uf! Se sabe cuándo se entra pero no cuándo se sale. Yo llevo aquí desde el lunes. —Hizo un cálculo mental—. Eso son cuatro días.

—¿Los cuatro días sin salir de aquí?

—De vez en cuando me suben, me interrogan y me vuelven a bajar.

—¿Qué es lo que quieren?

—Me preguntan cosas. Yo digo que no me acuerdo de nada y ellos dicen: pues te vamos a ayudar a acordarte. —Se desabrochó los botones superiores de la blusa y enseñó el hombro—. Mira.

Tenía una gran moradura en el hombro y un corte fino y alargado en la base del cuello, como si le hubieran arrancado el collar de un tirón.

—Pero eso está en carne viva. Tiene que vérselo un médico.

—No es nada. Solo es dolor. Dolor físico. El cuerpo es capaz de aguantar mucho más de lo que creemos.

—¿Usted por qué está aquí? Está claro que no es como… —Hizo un gesto hacia las prostitutas de las otras celdas pero enseguida se corrigió—. Perdone. Estoy siendo muy indiscreta.

Aurita le habló con tono maternal:

—Trata de descansar. Es lo único que se puede hacer. —Y lentamente volvió a tumbarse.

Ahí se acabó la conversación. A juzgar por el sonido de su respiración, Aurita no tardó en dormirse. En el otro extremo del pasillo, la mujer beoda, como si estuviera acunando a un niño imaginario, canturreó:

—«Duérmete, niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá…»

Y otra protestó:

—¡Que te calles, cerda!

Valentín llegó al edificio a las ocho de la mañana. Llevaba una cazadora de cuero, negra, con cuello de lana y cremallera hasta arriba, que le daba un vago aspecto de aviador. En el despacho contiguo, Senén Gracia, inspector como él pero con algo más de antigüedad, se arrancaba las cutículas con el cortaúñas.

—¡Vas hecho un pimpollo! —gritó por encima de la mampara.

Colgó la cazadora del perchero y se sentó ante el escritorio. Llevaba puesta la camisa azul. Se la ponía de vez en cuando para ir a jefatura. Era una manera de recordar a los otros el aval de Arrese, que seguía siendo el hombre fuerte de Falange. Murmuró:

—Vamos a ver… —Y del primer cajón sacó un fajo de fichas policiales.

Ahí estaban los comunistas detenidos en la redada de La Campana. Como si estuviera haciendo un solitario, colocó las seis fichas sobre la mesa, formando dos columnas de tres. Entró Senén y dejó caer sobre ellas un folleto con desvaídas imágenes de elefantes. Valentín hizo un gesto de escepticismo. Era el programa de mano de *Tarzán y su hijo* , que estaba teniendo mucho éxito.

—La gente lo pasó muy bien. A Sagrario le encantó.

—Ya, pero Sagrario es Sagrario y mi madre es mi madre.

—Había gente de todas las edades. ¿Por qué no le va a gustar a tu madre una película de elefantes?

A Valentín le molestaba la condescendencia de su colega. Apartó el impreso y volvió a concentrarse en las fichas. Senén tenía una verruga en la barbilla que le colgaba como una gota que no acabara de despegarse.

—No estuvo mal el soplo, ¿eh? Y esa mujer, la patrona, ¿por qué será tan testaruda? Si conseguimos hacerla hablar, será demasiado tarde.

—Cuando no es demasiado pronto, es demasiado tarde… —Valentín hizo un ademán de disgusto—. Así no vamos a ningún sitio.

—¿Por qué lo dices? —dijo el otro, acariciándose la verruga.

—¿Qué sabemos de estas personas? Que acababan de llegar de Francia y su único contacto era la mujer de la pensión… Nos hemos precipitado. Nos hemos vuelto a precipitar.

Senén se puso a la defensiva:

—Aún te parecerá poco: los seis tipos que estaban reunidos y la propia mujer. Una operación limpia, perfecta, sin sobresaltos. El comisario ha enviado una felicitación por escrito. ¿Qué más quieres?

Pero Valentín seguía el hilo de sus propios pensamientos:

—Y esa gente, los comunistas, ¿no se rinden nunca? Si pillas a uno, al día siguiente ya ha aparecido otro para reemplazarlo. Si pillas a cien, lo mismo. ¿Tan fuerte es su fe en el paraíso proletario y en el padrecito Stalin y en la Rusia de sus amores?

Senén agarró el programa de mano y lo agitó arriba y abajo, como si fuera una varita mágica.

—¿Lo quieres o no?

—Dame, dame —dijo Valentín, guardándoselo—. Yo se lo enseño

a mi madre y, si le apetece…

El policía de la ceja partida anunció su llegada golpeando con los nudillos el marco de la puerta. Cogido del brazo llevaba a un detenido, con las manos esposadas a la espalda, el pelo revuelto y restos de sangre en la nariz.

—¿Da su permiso, inspector?

El detenido era uno de los aprendices de la ebanistería de Ochoa, el requeté.

—Ha confesado. Tenía en su habitación la hucha y parte del dinero. Va a haber que soltar a la chica.

Senén alzó la barbilla como diciendo: ¿por qué me molestas con nimiedades?

—¿Sabe a quién me refiero? La chica… ¿Cómo se llama la chica? —El de la ceja partida lo repitió vuelto hacia su compañero, que en ese momento asomaba por la puerta del pasillo—. ¿Cómo se llama la chica? La que cogimos ayer, la que vive por Antón Martín…

—Cristina Donoso.

—Eso es. Cristina Donoso. El dueño del negocio sospechaba de ella.

Valentín, que hasta ese momento no había prestado atención, se volvió hacia el policía.

—¿Por qué sospechaba?

—Se ve que no para de recibir cartas a su nombre. A nombre de la chica, quiero decir.

—¿Qué tipo de cartas?

—Cartas… No sé. Cartas normales. Nos enseñó varias. Enviadas desde Córdoba, creo. No desde la capital. Desde pueblos de la provincia. Pero ya le digo que no tenían nada de especial.

El inesperado interés de su superior lo desconcertaba. En su esfuerzo por encontrar algo más que decir, entornó los ojos y apretó con fuerza los labios. Valentín, desdeñoso, lo despachó con un aleteo de manos.

—¿A qué espera? Vaya y suéltela. ¿No me ha dicho que contra ella no hay nada?

Cuando, media hora después, Cristina pasó por la Inspección de Guardia para recibir el volante de salida, Valentín observaba la escena desde una esquina. La chica, ojerosa, despeinada, parecía asustada. Nadie la había informado de nada.

—¿Me voy y ya está? ¿Así, sin más? ¿Y no me van a decir por qué me han tenido encerrada?

Aunque en sus palabras había un matiz de protesta, su tono de voz era quejumbroso.

—Alégrese. Ha tenido suerte —dijo el agente, un hombre mayor que debía de haber pasado muchas veces por situaciones similares.

Le entregaron también sus pertenencias: el monedero, las llaves, la cadenita, las horquillas. Insistió:

—¿Nadie me lo va a explicar? ¿Nadie me va a explicar por qué ayer me detuvieron ni por qué hoy me ponen en libertad? Aún no sé si me ha denunciado alguien o… ¿No cree usted que merezco al menos…?

Y Valentín, que estaba lejos, aguzó el oído para captar lo que el policía veterano, armándose de paciencia, le aconsejó:

—Hágame caso, señorita. No haga preguntas. No le conviene.

Salió Cristina a la plaza, dio unos pasos y se detuvo. Deslumbrada por el sol, se llevó la mano a la frente. Luego siguió con la mirada un trolebús con publicidad de Anís La Asturiana. Desde una ventana del edificio de Gobernación, Valentín, pensativo, no le quitaba el ojo de encima.

Con el letrero de SP atornillado en un guardabarros y la matrícula de Soria en el otro, el taxi esperaba en la esquina de la calle Nueva. El conductor, con gorra y guardapolvo, se apresuró a coger la maleta cuando vio salir del hostal a Félix, que dijo:

—¿Podemos pasar por el monasterio?

El hombre asintió con la cabeza: tenían tiempo de sobra. Recorrieron los dos kilómetros de carretera de tierra, cruzaron el arco de entrada y se detuvieron delante de la torre. Visto desde allí, el monasterio, con muros y almenas, tenía más bien aspecto de castillo. De algún lugar (o eso le pareció a Félix) llegaba el sonido de un coro infantil ensayando. Por la puerta central, la de carruajes, salió el curita lampiño que le había atendido la tarde anterior. Apiladas junto al muro había una docena de cajas de alcachofas, a las que Félix dirigió una mirada apreciativa. El religioso cogió una caja y se la tendió.

—Mire qué hermosura. Lléveselas. No las va a encontrar mejores.

—Le aseguro que no era mi intención…

—¡Que se las lleve! —insistió el otro, casi riñéndole.

El taxista zanjó el asunto agarrando la caja y guardándola en el portaequipajes mientras Félix seguía tratando de justificarse:

—En realidad, solo venía a despedirme…

—¿Pero no se despidieron bastante ayer? —dijo el otro y, como vio que Félix no respondía, aclaró confianzudo—: No me tome en serio. En esta tierra somos muy bromistas.

—Quiero saber qué tal ha pasado la primera noche. ¿Le importa que entre un momento?

—El hermano Basilio lleva en el huerto desde el desayuno. Venga por aquí. Y no se extrañe si lo llamo hermano, siendo seglar. Aquí todos somos hermanos en Cristo.

Accedieron al huerto por un caminito que rodeaba el viejo cementerio de los monjes. Al fondo de todo, pasadas dos hileras de frutales más bien tristes, de ramas frágiles, sin hojas, una veintena de hombres trabajaba la tierra. La mayoría vestía ropa talar, pero había también algunos que no. Basilio, arremangado como si estuvieran en pleno verano, abría surcos con el azadón. Estaba de espaldas a ellos, y tan concentrado en su labor que Félix prefirió no interrumpirle. El curita guasón volvió a hablar:

—¿Se preocupa usted tanto por todo? Pues le voy a dar una buena noticia: puede preocuparse por todo menos por él. Aquí va a estar muy bien. ¿No ve que el hombre es feliz? A veces pienso que ustedes, los que viven en Madrid y en Barcelona, no son capaces de apreciar la felicidad de las cosas modestas. Mírelo. Acaba de llegar y ya forma parte de la comunidad, ya disfruta de la plenitud de la naturaleza… Mejor aún: ¡ya disfruta del contacto directo con Dios! —Volvió a ponerse serio—. Por cierto, el padre abad me ha rogado encarecidamente que le agradezca su generosa donación.

—Cuando haga falta más, no duden en… Pero sobre todo no le digan nada a él. Que siga creyendo que se paga el hospedaje con su trabajo.

—A quienes no tienen medios nunca les exigimos nada —replicó el otro, suspicaz.

—No me malinterprete, por favor. Su misión es encomiable.

Los hombres labraban en completo silencio. Uno de los monjes clavaba unas estacas en la tierra para delimitar los sembrados. Cuando el viento se calmaba, solo se oía el toc-toc-toc del mazo. Félix miró la cumbre nevada del Moncayo y aspiró profundamente.

—Quiero retener todos los detalles de este momento: los ruidos, los colores del paisaje, el olor de la tierra y los árboles… —dijo—. ¿Ha tenido usted en alguna ocasión la sensación de estar haciendo algo por última vez?

—Nuestra vida es tan rutinaria… Cuando no estamos celebrando a Dios, Nuestro Señor, estamos trabajando. Ya lo sabe: *ora et labora* . Así un día tras otro hasta que Él nos reclame a su lado. Comprenderá usted que… —Adoptó un tono de voz cantarín para volver a regañarle —: ¿Pero qué pensamientos tan oscuros son esos? ¡Ni que hubiera encerrado a su suegro en una cárcel! ¡Podrá venir a verlo siempre que

quiera!

Vieron a Basilio apoyar el codo en el mango del azadón y alzar la cara hacia el sol de la mañana con expresión de gratitud.

—¿Cree usted que debería acercarme y decirle algo? Es que despedirme así, casi a escondidas…

El religioso no contestó pero en su gesto había algo disuasorio. Antes de encaminarse hacia el taxi, Félix echó una última mirada al huerto.

—¿Le dije que este hombre antes de ser mi suegro fue mi profesor? Un gran profesor. Un gran hombre. Yo a Basilio primero lo admiré y luego lo quise. En fin…

El conductor estaba ya haciendo la maniobra para salir a la carretera. Tenían dos horas por delante para llegar a la estación de Soria, donde Félix cogería el tren de vuelta a Madrid. El curita siguió al vehículo hasta el arco de piedra.

—¡Ya verá qué buenas las alcachofas! —gritó a modo de despedida.

Gloria no había podido acompañarlos porque el médico le había prescrito reposo absoluto. Debía permanecer el día entero acostada y solo podía levantarse para ir al baño. Cristina se había ofrecido a pasar la tarde con ella.

—¿Te duele la espalda?

La ayudó a incorporarse y con movimientos vigorosos esponjó almohadas y cojines. Luego la cogió por los hombros.

—Apóyate. Despacio. Aaasí…

—No me trates como si estuviera enferma.

—Te trato como me da la gana.

—¡Menuda gaita! Tanto incordio y tanto desvelo… Total, ¿para qué?

Estaba descorazonada. No era la primera vez que guardaba cama después de un retraso o una falta, pero nunca había servido de nada: una pérdida de sangre al cabo de unos días y vuelta a empezar. En su regazo descansaba la canastilla de la costura, con unos patucos a medio tejer. Gloria la cogió y la dejó en la mesilla.

—El doctor Sampedro dice que sí, que sí, que, si Dios quiere, tarde o temprano… Pero me parece a mí que…

—¡Ahora vas a saber tú más que el doctor Sampedro, que es una eminencia!

—Esas cosas una mujer no necesita saberlas: las siente. Es mi cuerpo, ¿no? El cuerpo que he tenido siempre, el único que tengo. Algo me dice que de esta tripa no saldrá nunca un bebé. Estoy harta.

—Estás triste. Es lo que te pasa. Que estás triste por lo de tu

padre.

Su amiga echó un vistazo a su alrededor, como buscando a alguien con la mirada.

—No sabes lo vacía que se ha quedado la casa. Casi nunca notabas su presencia, porque al final era como un espíritu, pero estaba ahí. Sabías que estaba ahí. Hace solo un día que se ha marchado pero es como si de golpe la casa hubiera perdido el alma. No sé muy bien cómo explicarlo… Mi padre se había convertido en una fuente de temores y preocupaciones, pero incluso eso, por raro que parezca, es ser algo. Y mejor ser eso que nada. ¡La llorera que cogí cuando anunció que se quería retirar a un monasterio!

—¿Lo ves? Ya te he dicho que estabas triste por tu padre.

—Estoy harta. Estoy aburrida. Estoy…, ¡yo qué sé! Echo de menos la oficina, salir a la calle, ver gente…

Sobre la cómoda, ocupando un espacio desproporcionado, estaba el aparato de radio, que en circunstancias normales debería estar en el salón, en un mueble de caoba hecho a medida.

—¿Enciendo? —dijo Cristina y, sin aguardar la respuesta, movió la ruedecilla del dial hasta dar con una cadena que emitía música de orquesta—. ¡Glenn Miller! ¡Me encanta!

Empezó a bailar al son de *In the Mood* , dando vueltas sobre sí misma, levantando mucho las rodillas y moviendo los brazos como un nadador. Tan pronto bailaba mirando a Gloria como dándole la espalda, y entonces, risueña, agitaba el trasero con descaro.

—Pero, mujer, ¿te has vuelto loca? —decía la otra, haciéndose la escandalizada—. ¿Dónde has aprendido tú eso?

Cuando la canción terminó, Cristina, exhausta, bajó el volumen y se dejó caer en la cama junto a su amiga, en el lado que correspondía a Félix. En la mesilla, junto al despertador y la lamparita, estaba el viejo ejemplar de *La vida de los insectos* de Fabre, el único libro que se había salvado de la biblioteca de Basilio.

—Félix casi no lee —explicó Gloria—. De vez en cuando lo coge y lo ojea un poco. Lo ha puesto ahí como un recordatorio, una especie de homenaje a mi padre. No sabes cuánto lo ha apreciado siempre. —Soltó una risita—. ¡A veces pienso que se enamoró de mí por ser la hija!

Cristina se incorporó y aplaudió blandamente, como los pingüinos.

—Bueno, ¡por fin te veo reír! —dijo, y volvió a ponerse en movimiento—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Saco las cartas? ¿Te apetece jugar a algo?

Sacaron el tablero de damas y jugaron unas cuantas partidas. A

media tarde llegó Félix, que se inclinó a besar a su mujer e hizo un resumen del viaje: la majestuosidad del monasterio, la sencillez de los miembros de la congregación, la beatitud de Basilio. Describió con detalle la celda que le habían asignado: la ausencia de mobiliario, el jergón incómodo, la pared con desconchados, las baldosas resquebrajadas del suelo, la ventana que no terminaba de encajar.

—Pero él, tan contento. Si le hubieran ofrecido una estancia más confortable o más lujosa, seguro que la habría rechazado. Así es él. Cuantas más incomodidades, mejor. —Echó un vistazo a la maleta, que había dejado en el pasillo, a la entrada del dormitorio—. Por cierto…

Habló de la obstinación del curita de Veruela en regalarle una caja de alcachofas. Por miedo a que en el tren le acusaran de hacer estraperlo, le había dado la mitad al taxista en Soria y el resto lo había disimulado entre la ropa sucia de la maleta. Se puso de pie y señaló a Cristina.

—Las tienes que probar.

—Gracias, Félix, pero…

—¿Y tú qué? —Ahora se volvió hacia su mujer—. ¿Creías que no me iba a acordar de pasar por la biblioteca? A ver qué me han dado para ti…

Fue hasta la maleta, sacó un libro y lo depositó suavemente sobre el embozo de la sábana, al lado del tablero. Era un ejemplar de *Por quién doblan las campanas* en inglés.

—Una de esas novelas prohibidas que tanto te gustan —anunció, sin rastro de ironía—. Y aunque no está del todo prohibido…

Entre las páginas del libro, doblado y vuelto a doblar, se escondía el último número, recién impreso, de *Semanario Gráfico* .

—Gracias, Félix.

Mientras él se iba a deshacer el equipaje, ella desplegaba el boletín. En la portada llevaba una foto del general Eisenhower encima de unos titulares que decían EL TIEMPO ES ENEMIGO DE LOS NAZIS — CADA MINUTO DE 1944 FORTALECE A LOS ALIADOS Y DEBILITA A LOS NAZIS . Gloria prestó atención a los ruidos de la casa. En cuanto estuvo segura de que su marido no podía oírlas, hizo un gesto a Cristina para que se acercara.

—Que no se me olvide. En la Casa Americana tienen una imprenta. —Mostró el ejemplar del boletín—. ¿No me dijiste que tus amigos estaban buscando una?

—¿Cuándo te he dicho yo eso?

—No recuerdo. Pero, si no me lo has dicho tú, ¿quién? ¡Seguro que no me lo he inventado! El caso es que en esa imprenta podrían hacerse revistas, octavillas… Frances, la bibliotecaria, es amiga mía.

Yo creo que, hablando con ella…

Cristina se puso seria:

—Esto no es ningún juego, Gloria. Y además es arriesgado, muy arriesgado. Estamos hablando de un enemigo poderoso y cruel, estamos hablando de la clandestinidad… ¿Por qué tendría que meterse en líos alguien como tú? ¡Si ni siquiera te atreves a llamar al Partido por su nombre! Siempre dices *tus amigos* , como si te fuera a pasar algo por decir *comunistas* … Y no te das cuenta de que pondrías en peligro a muchas personas: a la gente de la Casa Americana, a tus seres queridos… —Alargó la mano hacia la mesilla, levantó los patucos y los volvió a dejar en su sitio—. ¿Félix sabe algo? Espero que no.

Gloria hizo un mohín de disgusto y trató de concentrarse en el semanario. Cristina la agarró por los hombros y la miró a los ojos.

—Te voy a contar una cosa que no le he contado a nadie.

Le habló de su detención, a la que seguía sin encontrarle explicación. La habían tenido toda una noche encerrada en un calabozo infecto y ni siquiera sabía el motivo. Nadie se había molestado en decirle si la estaban investigando y por qué, o si todo había sido un desafortunado error, una equivocación. Gloria, impresionada, se había quedado sin habla.

—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Y por qué no quieres que nadie lo sepa?

—Al principio pensé que era por prudencia. Ahora creo que es por vergüenza.

—¿Vergüenza? No tienes nada de lo que avergonzarte. No has hecho nada. Eres inocente.

—¿Qué más da que seas inocente? Ellos saben cómo hacer para convertirte en culpable. Hasta yo he empezado a sentir la culpa. Si vuelven a detenerme, ya no me sorprenderá. Es como si de verdad hubiera hecho algo. Como si hubiera cometido un delito. Como si lo mereciera.

Cristina le habló también de su compañera de celda.

—Ni siquiera sé cómo se llamaba. Solo sé que esa mujer, que era pequeñita y poca cosa, tenía una fuerza especial. Una fuerza espiritual, interior. Había algo dentro de ella que la hacía capaz de resistirlo todo. Estaba dispuesta a sufrir tortura, a dejarse matar si hacía falta. Me impresionó el desprecio que sentía hacia el dolor. Tenía la certeza de que, por mucho que la hicieran sufrir, no podrían con ella.

—¿Y a ti te hicieron algo? ¿Te maltrataron?

—A mí solo me humillaron. Tenía miedo, me sentía débil, desvalida, estaba furiosa por la arbitrariedad que estaban cometiendo

conmigo… Pero sobre todo me sentía humillada. ¿Qué derecho tenían esos hombres a tratarme como me estaban tratando, con esa rudeza, con esos malos modos? Si en el mundo quedaba algo de gentileza o de consideración o de humanidad, ¿por qué no me correspondía a mí una pequeña parte? Pero contra eso…

—¿Contra eso qué?

—Contra eso no hay nada que se pueda hacer. Seguramente es verdad lo que esa mujer dijo sobre la resistencia al dolor. Con la humillación, en cambio, no ocurre lo mismo. Contra la humillación no existen defensas secretas. Contra ella no vale el heroísmo. Qué paradoja, ¿no? Puede ser que el dolor te haga más fuerte. Lo que es seguro es que la humillación te debilita.

Oyeron ruidos en el pasillo y para disimular reanudaron la partida de damas que habían dejado a medias. Apareció Félix con una cesta de mimbre cubierta con un trapo blanco. Cogió una alcachofa y la exhibió con orgullo.

—Es verdad que son una hermosura —dijo—. No sabía dónde ponerlas. Llévate la cesta, Cristina. El próximo día nos la devuelves.

—Tráeme agua, *Lusi* —dijo el Mancho, revolviéndose entre las mantas y señalando el vaso vacío.

—¿Otra vez? —protestó ella.

—Tengo sed. ¿Qué quieres que te diga?

—Tú lo que tienes es muy poca vergüenza —dijo ella, agarrando el vaso.

Su cuerpo era esbelto, de nalgas altas y talle estrecho, las clavículas como arcos de violín. Para el Mancho, cualquier excusa era buena con tal de verla caminar desnuda. Luciana quiso cubrirse con la bata pero él se lo impidió: ¡ni se te ocurra! Cuando volvió de la cocina, tiritaba de frío. Dejó el vaso en la repisa al lado de un cuenco con restos de galletas y se apresuró a meterse en la cama. Al Mancho, que la esperaba sosteniendo en alto el extremo de la colcha, el agua le traía sin cuidado.

—¿Se te ha pasado la sed? —ironizó ella.

Se abrazaron con fuerza para entrar en calor. Estaban tapados hasta el cuello y hablaban en susurros.

—A ver qué día puedo cocinar para ti —dijo ella, mimosa—. ¡Con lo tragaldabas que eres!

—Ay, ¿cuándo podremos volver a vernos a la luz del día? —dijo él con melancolía.

—Hoy te quedas hasta que cante el gallo.

—¿Qué hora es?

—Estoy muy sola. No tengo a nadie.

—Me tienes a mí. ¿Te parece poco?

—Te tengo a ti —repitió ella, poniendo morritos.

—¿Ya es la hora? ¿Qué hora es? Me tengo que ir.

Hizo ademán de incorporarse pero ella se colgó de sus hombros para retenerlo.

—Diez minutos más. Cinco. Solo te pido eso —dijo, llenándolo de besos.

Volvieron a sumergirse bajo las sábanas y a darse calor con los brazos y las manos. El Mancho, juguetón, le preguntó por el novio al que había dado plantón delante del altar. Ella suspiró.

—¡Pobre Gabriel! No entendía nada. Pensó que me había vuelto loca. ¿Pero cómo explicárselo sin delatarte? Unos días antes, éramos la pareja perfecta, nos dejábamos ver en el baile, en la iglesia, y de repente…

—A lo mejor es que no *hasíais* tan buena pareja.

—Habríamos sido un matrimonio feliz, como tantos otros. Estoy segura de eso. O al menos lo estaba antes de que tú… Pero es que yo creía que estabas muerto. O en la cárcel. O en Rusia. ¿Cómo iba a imaginar que aparecerías una noche, así, de golpe y porrazo, sin avisar, colándote por la puerta del corral?

—¿Preferirías que no hubiera venido? ¿Estarías más tranquila si estuviera en Rusia y nunca más hubieras vuelto a saber de mí?

—¿Qué importa lo que yo prefiera? Importa lo que ocurrió: que apareciste tú y todo cambió de repente. El sentido común me decía que tenía que seguir adelante con la boda. Era lo correcto, era lo conveniente, era lo sencillo… Pero luego no paraba de pensar en ti y, si por un momento pensaba en Gabriel, era solo para despreciarlo. ¿Cómo me iba a casar con él o, ya puestos, con cualquier otro? Habría acabado odiándolo, haciéndole la vida imposible. ¿Y qué culpa tenía el bueno de Gabriel? No se lo merecía. —Le agarró la barbilla y, como si fuera a darle un mordisco, le mostró los dientes—. ¡Me vuelves loca, bribón! Es pensar en ti y notar que me sube algo por dentro, como una llamarada, como un ventarrón, como un… ¡qué se yo!, y que se me revuelven las carnes y que me echo a temblar… ¡Canalla, descastado, sinvergüenza!

Media hora después, el Mancho saltó de la cama diciendo:

—Ahora sí que me voy.

Empezó a vestirse a todo correr. Había dejado la ropa arrebujada sobre la silla de anea. Debajo aparecieron las octavillas que tenía que haber repartido por Belalcázar. Luciana se puso la bata y lo abrazó por

la espalda, apoyando la mejilla en su hombro.

—¿Qué hago con esos papeles?

—Quémalos —dijo él, sosteniéndose sobre un solo pie para ponerse los calcetines—. Que no los vea nadie. Sobre todo, eso. Te juegas la vida.

Salieron al zaguán y se dieron un último abrazo.

—Siempre que me despido de ti, pienso que no volveré a verte nunca más.

—Pues no lo pienses y *arreglao* —replicó él, y acercó la oreja a la puerta para asegurarse de que no pasaba nadie.

Luciana retiró la tranca de madera y miró a través del resquicio. El Mancho le mandó un beso con la palma de la mano, se subió las solapas y echó a andar pegándose a las sombras. Ella siguió oteando la calle cuando ya él había desaparecido de su vista, engullido por la oscuridad.

Desde allí hasta la estafeta había una caminata de casi dos horas por veredas embarradas y senderos retorcidos. El tramo más empinado lo recorrió ya bajo la luz del amanecer, que se abría paso entre los jirones de niebla. A Eloy no se le veía por ningún lado. Imitó reiteradas veces el canto de la chicharra. Como no obtuvo respuesta, lo intentó también con el grito del búho. Metió la mano en el hueco del sauce y comprobó que no había ningún mensaje en el interior de la botella. Luego sacó el poncho y se lo puso. Sin perder un segundo más, echó a andar hacia el campamento. En un recodo del camino le esperaba una de las patrullas que hacían la ronda de vigilancia. Los tres centinelas, como si fueran un pelotón de fusilamiento, le apuntaban con el máuser al pecho o la cabeza. El Mancho reconoció a uno de ellos.

—¡Mira quién está aquí!

Era Ginés, el pastorcillo. Haciendo un gesto hacia el máuser, el Mancho soltó una carcajada. Dijo:

—¿Y eso? ¿Seguro que sabes usarlo? ¡Si es más alto que tú! Yo te enseño: corres el cerrojo hacia arriba y luego hacia atrás, colocas el cargador, empujas el cerrojo hacia delante y ya tienes una bala en la recámara. Cuando vayas a disparar, si no quieres romperte la clavícula, asegúrate de que la culata quede bien apoyada en el hombro. ¿Entendido? —El chico, que lo observaba sin parpadear, seguía apuntándole a la cabeza. El Mancho trató de bromear—: Anda, apártalo, no vaya a ser que tengamos un disgusto.

De entre los árboles salió Sinesio con sus galones de sargento republicano. Estaba muy serio.

—Levanta las manos. Que yo las vea.

El propio Sinesio le apartó el poncho y le pasó las manos por la cintura y los costados. No le encontró ningún arma porque para repartir propaganda no solían llevar. El Mancho no había perdido el buen humor:

—Esta vez me sé el santo y seña. ¿No me lo vais a pedir?

—Andando —dijo Sinesio.

—¿Me vas a decir qué ocurre?

—Andando.

En lugar de moverse, el Mancho se volvió nuevamente hacia Ginés, que seguía apuntándole con el arma.

—¿No eres muy joven tú para llevar un fusil? ¿Cuántos años dices que tienes? *¿Catorse?* Seguro que es mentira. No hay más que verte esos *brasillos* . Di la verdad. ¿Cuántos tienes? *¿Onse? ¿Dose?*

El chico apretó los labios y se mantuvo en silencio. En su mirada había un brillo de exaltación e intransigencia. Era la mirada de alguien que no dudaría en disparar en cuanto se lo ordenaran. Sinesio contestó por él:

—¿No mueren los niños en las guerras? Si no hay edad para morir, tampoco la hay para matar.

Pero el Mancho siguió dirigiéndose a Ginés:

—¿A cuántos has matado ya? Dime. ¿A cuántos? ¿A dos? ¿A tres? ¿A media *dosena* ? A ninguno, claro. Aún no has matado a nadie, pero lo estás deseando. ¿Verdad que lo estás deseando? Bueno, espero que no quieras estrenarte conmigo.

Sinesio, por gestos, le instó a caminar. El Mancho, echando un último vistazo a Ginés, rezongó:

—¡Qué rápido nos olvidamos de los amigos!

El chamizo se había levantado aprovechando los restos de un viejo chozo. En su interior se acumulaban objetos inservibles, producto de antiguas rapiñas: una máquina de coser estropeada, un bastidor para espejos pero sin espejo, unas piezas metálicas que en algún momento habían formado parte de una camioneta, unas cajoneras desfondadas. El chamizo era también el lugar en el que se cumplían los castigos. A los arrestados se les amarraba por el tobillo a unas argollas exteriores y se les dejaba alejarse hasta donde les permitía la longitud de la cadena. Esta, al tropezar contra las piedras del suelo, hacía un ruido sucio y seco de fricción, un croc-croc-croc que se oía desde todos los barracones. Aquello era una jaula, aunque no tuviera barrotes. El Mancho recorría una y otra vez su pequeño espacio, apurando los límites, tensando al máximo los eslabones. Sus pisadas habían acabado

trazando un semicírculo casi perfecto delante del chamizo. Vio llegar a Eloy desde el prado de la instrucción y lo llamó con las manos. Eloy, cauteloso, se detuvo fuera del perímetro. Para acortar la distancia, el Mancho alargó la pierna libre y se mantuvo un rato a la pata coja, el pie del grillete levantado en el aire, el extremo del poncho agitándose con la brisa.

—Tienes que sacarme de aquí. —Hablaba en voz baja, persuasiva —. Díselo al Chaconero. Díselo a Chacó. Dile que venga y me saque de aquí. Sigue siendo mi jefe.

—¿Estás bien? ¿Tienes agua?

—Sí, sí, tengo de todo… Tú consigue que me saquen de aquí y no te preocupes de nada más.

Mancebo, que se había detenido a orinar en un matojo, apareció con su pelliza y su gorra con orejeras. El Mancho se dirigió ahora a los dos:

—No puedo estar aquí ni un minuto más. ¿Qué hay que hacer para que me suelten? Hablad con el Chaconero. Con quien haga falta. Hablad con el Comandante. ¡Digo yo que no es pedir demasiado!

Los otros dos intercambiaron una mirada enigmática, que el Mancho no acertó a interpretar.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—¿Tienes manta? —dijo Mancebo—. Te traeré una manta para la noche.

—¿Qué ocurre? Solo dime qué es lo que ocurre.

Los otros dos siguieron su camino. El Mancho no tardó en comprender que se dirigían al barracón del Comandante y se le iluminó el rostro. Forzando nuevamente la cadena al máximo y dando saltos sobre un solo pie, les daba instrucciones:

—¡Habladle de mí! ¡Decidle quién soy! ¡Decidle que estuve en Brunete con la Brigada Líster y que me faltó poco para diñarla! —Se echó el poncho sobre el hombro y se levantó la camisa para mostrar la tripa, con cicatrices y señales de metralla—. ¡Decidle que pasé dos meses en el hospital y que solicité el alta antes de tiempo para volver al frente con los míos! ¡Decidle que después los *fasistas* me metieron en el Batallón Disciplinario y que en cuanto pude escapé para luchar por la República!

Entraron en el barracón dejando la puerta abierta. Gavilán, inclinado sobre la mesa, les daba la espalda.

—A sus órdenes —dijeron.

Estaba desenrollando un plano de Madrid. Para mantenerlo desplegado lo sujetó por un lado con unos prismáticos y, por el otro, con una piedra pintada con los colores de la bandera republicana que

utilizaba como pisapapeles. Aun así, los bordes tenían tendencia a retorcerse sobre sí mismos y la cartulina se combó por varios sitios.

—¿Cuál de los dos es el madrileño? —preguntó, volviéndose.

—Yo, señor —dijo Eloy.

—¿Y cuánto tiempo llevas fuera de Madrid?

—En julio hará tres años.

—Pues ya va siendo hora de volver, ¿no crees? —Miró al otro—. Y tú, ¿has estado alguna vez en la capital?

—En el treinta y ocho, señor. Diez días. Con un permiso del batallón.

Señaló unas sillas de tijera para que tomaran asiento. En el lado de Eloy, colgado de la pared, había un espejo pequeño, de marco ovalado. Se miró y no se reconoció. Esas greñas, esa barba descuidada. Hacía tiempo que había perdido la noción de su propio aspecto. Gavilán dijo:

—¿Te gustó? —Y, sin esperar respuesta, prosiguió—: Supongo que os acordáis de las palabras del Profesor: derribar a Franco antes de que caiga Hitler.

Cuando decía el Profesor, se refería a Gabriel León Trilla. La dirigencia lo había enviado a España para poner bajo un solo mando las partidas que hasta entonces actuaban por libre y a la buena de Dios. El Ejército Guerrillero debía conseguir el control de las montañas para desde allí ir haciendo incursiones en el llano. Pero eso no era suficiente. Dijo:

—¿De qué serviría llegar a dominar el territorio si los fascistas mantienen el control de las ciudades?

Y aquí hizo una pausa retórica en la que volvió a oírse en la distancia la voz del Mancho:

—¡Decidle que siempre he sido un soldado leal! ¡Decídselo!

Gavilán se colocó bajo el dintel y prestó atención.

—¡Estuve en Brunete con Líster! ¡Y escapé de San Roque para unirme a la guerrilla!

Ahora Gavilán cerró la puerta y se pasó una mano por la frente. Siguió hablando como si nada:

—Los detalles de la misión los conoceréis cuando tengáis que conocerlos. Os daremos ropa, documentación nueva, algo de dinero… Tendréis que tener mucho cuidado. Estamos en guerra, os lo recuerdo. Para nosotros la guerra continúa.

Volvieron a oírse gritos, pero ya no era el Mancho. Gavilán, que antes de la guerra había sido un pacífico maestro de pueblo, refunfuñó con expresión doliente, como si estuviera harto de las travesuras de sus alumnos:

—¿Y ahora qué pasa?

Abrió la puerta y salió a ver. Uno de los lugartenientes corría hacia el barracón. Eloy y Mancebo se pusieron de pie y esperaron órdenes. Vieron a varios guerrilleros pasar corriendo, algunos de ellos a medio vestir, otros cargando sus fusiles o poniéndose los cinturones con la munición. Alguien gritaba:

—¡A las armas! ¡A las armas!

Había habido un intercambio de disparos al otro lado de la quebrada. Podía ser el anuncio de una batida en toda regla. Gavilán y el lugarteniente, empuñando sendas pistolas, echaron a andar por el camino del río. En menos de un minuto estaba todo el mundo en movimiento. Mientras corrían a ponerse a las órdenes del Chaconero, Eloy y Mancebo pasaron por delante del Mancho, que intentaba arrancarse la cadena a tirones y rugía desesperado:

—¡Dadme mi escopeta! ¡No me dejéis aquí!

Entre el prado y las tiendas de campaña se cruzaron con el rebaño de cabras, que un guerrillero, ayudado por los perros, se apresuraba a llevar a lugar seguro. Algo más allá, otro hombre hacía lo mismo con las mulas, puestas en reata, mientras un tercero perseguía gallinas para meterlas en unas jaulas y cargarlas en carretillas. De la enfermería salió un chico joven y flaco, decidido a arriar y poner a salvo la bandera de la República. De tan débil que estaba, no podía con la cuerda. Eloy se detuvo a echarle una mano.

—¡La bandera es sagrada! —exclamaba el otro, entre temblores febriles—. ¡Sobre todo, que no nos quiten la bandera!

—¡Vamos, vamos! —Mancebo apremiaba a Eloy.

Dejaron al enfermo doblando la bandera y volvieron a correr. A su unidad le correspondía reforzar una de las posiciones de defensa. Alcanzaron al grupo, del que formaban parte Caralarga, Arsenio y un par de hombres más. El Chaconero los recibió a gritos:

—¡A buenas horas! ¿Dónde estabais?

Se encaminaron a buen paso hacia un peñasco que en las maniobras habían bautizado como la Cota Lenin. Las otras unidades estaban ya distribuyéndose por los riscos cercanos. Se oían voces imperiosas dando órdenes. Del otro lado de la quebrada llegaba el ruido disperso de la fusilería, escandido por ráfagas de ametralladora, que resonaban entre las altas rocas. El Mancho, los ojos brillantes por la excitación, se dejó caer de rodillas.

—No me dejéis aquí… —seguía diciendo, aunque ya nadie podía oírle.

El campamento se había vaciado de hombres y animales, y daba la impresión de que el mundo entero se estaba vaciando. El Mancho,

atento a todos los sonidos, respondía con leves movimientos de cabeza al ruido de los disparos, que iban poco a poco espaciándose. Hizo un inventario mental de los sonidos habituales: las voces de los hombres, el percutir de las herramientas, los ladridos de los perros, los balidos de las cabras, el tolón-tolón de los cencerros… Todo eso que siempre estaba se había esfumado, y en su lugar había quedado un silencio transparente, delicado, que hasta el aleteo del pájaro más pequeño sería capaz de quebrar. Al Mancho le pareció que era aquel el silencio del origen del mundo, el del principio de los tiempos, un silencio sobrenatural, anterior al ser humano.

Transcurrieron casi dos horas antes de que empezaran a regresar los ruidos cotidianos. En la distancia, las primeras voces sonaban aliviadas e incluso festivas, lo que quería decir que todo había ido bien. Ocurría con frecuencia: estaban siempre a la espera de una gran ofensiva de los guardias, el ejército y el somatén, y al final todo quedaba en un encuentro fortuito, una escaramuza, un intercambio de tiros. Desde el chamizo no se veía el campamento al completo pero sí el camino de la enfermería, donde se estaban congregando algunas de las unidades. Percibió el Mancho cierto trasiego de camillas. ¿Había habido heridos? ¿Tal vez incluso muertos?

El lugar donde hacían los enterramientos estaba en el otro extremo, más allá de los barracones. Vio a unos hombres dirigirse hacia allí con picos y palas.

—¿Quién ha muerto? —preguntó y, como nadie contestaba, siguió insistiendo hasta que alguien dijo:

—El muchacho.

—¿Qué muchacho?

Las muertes se despachaban con rapidez en el campamento. A la media hora estaba ya organizado el pequeño cortejo fúnebre, que pasó lentamente por delante del chamizo. Sinesio iba delante, presidiéndolo. Sus hombres lo seguían portando la camilla con el cadáver, envuelto en una mortaja de arpillera. Por la complexión no podía ser otro que Ginés. Por si hubiera alguna duda, sobre su vientre reposaba la armónica, que también iba a recibir sepultura. El Mancho, con la mirada perdida, se acurrucó junto a la pared. Uno detrás de otro, fueron pasando todos. El Chaconero le llevó una escudilla con rancho. Dijo:

—No has comido nada en todo el día. —Y la depositó a sus pies.

El otro la ignoró.

—¿Cómo ha sido?

—Dicen que hubo un cruce de disparos. Que los nuestros se retiraron y él se quedó rezagado. Cuando lo sacaron de allí, se le iban

saliendo las tripas.

—Pobre crío.

—Se llamaba Ginés. ¿Y qué más? Nadie lo sabe. ¿Tú lo sabes? Ginés, el pastorcillo. Ginés, el de la armónica…

El Mancho se encogió de hombros y el Chaconero se fue. La brisa traía y llevaba el ronco sonido de las voces entonando los himnos habituales. Poco después fueron otra vez pasando todos por delante del chamizo, en pequeños grupos o en solitario. El Mancho captaba miradas recelosas, esquinadas. Cuando ya no quedaba nadie por pasar, la escudilla seguía intacta. Volvió el Chaconero, que ahora llevaba el arma colgada del hombro. Con él estaba el hombre de confianza de Gavilán, que le daba instrucciones en voz baja. El Mancho aguzó el oído: ¿estaban hablando de llevarlo a las cuevas, con las mulas y las cabras, por si había otro ataque? El lugarteniente se fue y el Mancho preguntó:

—¿Qué ha dicho, Chacó? ¿Ha dicho algo de un ataque?

El Chaconero no contestó. Llegó también Eloy, que soltó el grillete de la pared y se lo puso en el otro pie. El Mancho trataba de bromear:

—¿Tengo que ir de rodillas, como en las procesiones? ¡A ver si es que estamos en Semana Santa y yo no me he *enterao* !

—Tira —dijo Eloy, sin esforzarse en sonreír.

Echaron a andar. El campamento quedó bien pronto fuera de su vista, protegido por los cerros. La cadena rechinaba al rebotar en las piedras del camino. En el barro todavía húmedo se mezclaban huellas de botas, de ida y vuelta. Luego las huellas iban poco a poco desapareciendo y el propio camino, tras dividirse sucesivamente en senderos cada vez más estrechos, se confundía con los herbazales. De repente estaban en campo abierto, sin la menor señal de presencia humana. El Mancho no paraba de rezongar:

—Qué tontería, llevarme a las cuevas. ¡Si de verdad creen que puede haber un ataque, que me den un arma y me digan dónde me tengo que poner! ¿Cuándo se ha visto que un ejército prescinda de sus hombres más experimentados por miedo a un ataque? Ahí se ve quién ha aprendido con la guerra y quién no. Quién se ha hecho militar y quién sigue siendo maestro de escuela o peluquero o lo que sea… Dejadme que os diga una cosa. Nos están engañando: esto no es un ejército. Esto es una partida pero más grande. ¿Tengo razón, Chacó? Estábamos mejor cuando éramos menos y tú eras el jefe. Dime, Chacó: ¿tengo razón o no?

Con gesto sombrío, los otros dos caminaban detrás, las escopetas colgadas del hombro a media altura, los cañones apuntando hacia

delante. En la linde del bosque, Eloy le hizo callar para decir:

—Aquí a la derecha.

—¿Aquí? Esas no son las órdenes. Por aquí no se va a las cuevas.

—Tú obedece.

Se adentraron en la espesura. A partir de ahí, todo eran vericuetos. Filtrada por las ramas de los árboles, la luz adquiría una tonalidad amarilla. El Mancho, la boca entreabierta en una mueca de estupor, echaba fugaces vistazos por encima del hombro. Empezaba a entender lo que estaba ocurriendo.

—Decidme que esto no es real. Decidme que estoy soñando. ¡Ni que fuera la primera vez que hay un intercambio de tiros y muere uno de los nuestros! ¿De verdad creéis que han descubierto el campamento por mi culpa? ¡En la sierra todos lo sabían! Los cabreros, los pastores… ¡Todos! ¡Cualquiera puede haberles ido con el cuento! —Se detuvo e, implorante, miró al Chaconero—. ¡Chacó, Chacó, tú me conoces! Sabes quién soy. ¿Verdad que, cuando tú mandabas…?

El interpelado, herido en su orgullo de jefe depuesto, se limitó a gruñir:

—¡Cuando yo mandaba…!

Volvieron a caminar. Por esa zona la ladera se empinaba y había que saltar de piedra en piedra para sortear socavones y arroyos.

—¿Dónde me lleváis? ¿Al muladar? —El Mancho seguía instalado en la incredulidad—. Decidme que no es cierto. Que no me lleváis al muladar. O que sí me lleváis pero que, cuando lleguemos, me diréis: ¡hala, corre!, ¡y no vuelvas por aquí! Es lo más sencillo, ¿no?, lo mejor: yo me echo a correr, desaparezco y nadie me vuelve a ver el pelo. De aquí a Portugal no hay ni cinco días de camino. Sé cómo llegar. De crío fui varias veces con un tío mío que era hojalatero y compraba la mercancía en Elvas. En Portugal no tienen nada contra mí. Ya no es como antes. La policía de Salazar no nos está esperando en la frontera para entregarnos a Franco. ¿Qué creéis? ¿Que os van a preguntar por mí en el campamento? Y aunque os pregunten… Si les decís que me habéis dado un tiro en la nuca y me habéis echado a los buitres…

Atravesaron un claro del bosque. La tarde caía lentamente más allá de los pinos. El Mancho abandonó el tono de súplica y hablaba ahora con una mezcla de cólera y arrogancia:

—¿Y todo por qué? ¿Por la muerte de ese chico? Si no hubiera muerto, seguro que no estaríamos aquí. ¡En mala hora lo recogimos y le salvamos la vida! ¡Más me valdría haberlo dejado morir de frío en aquella madriguera! ¿Qué culpa tengo yo? ¿Eh? ¡Decidme! ¿Qué culpa tengo? —Se volvió hacia Eloy—. ¿Y tú qué viste en él? ¿Te viste a ti

mismo porque era cojo? ¡El cojo grande y el cojo pequeño, qué bonita pareja! Escucha bien lo que te digo: lo mataron por cojo. ¿Lo sabías? Lo mataron porque no corrió lo suficiente. ¿También yo tengo la culpa de eso, de su cojera? A lo mejor resulta que el único culpable eres tú. ¿Quién lo convirtió en *enlase* ? ¿Quién lo trajo luego a la guerrilla? ¡Si no hubieras *empesao* por pedirle que te echara las cartas al correo…! Es eso, ¿no? Me vas a matar para acallar la voz de la culpa. Me vas a pegar un tiro, me vas a dejar en el muladar para que se me coman las alimañas. Piensas que, cuando no queden de mí ni los despojos, te habrás librado de la culpa. ¿Es eso lo que piensas? Pues te equivocas. Podrás matarme, podrán desaparecer todos mis huesos, pero yo seguiré vivo para ti. Te visitaré en los sueños. Convertiré tus sueños en pesadillas. Me tendrás siempre ahí, todas las noches de tu vida, acusándote de mi asesinato… ¿De verdad crees que a partir de mañana podrás conciliar el sueño? Llegará un día en que desearás no estar vivo. Ser tú el muerto, no yo…

Sus palabras, que inspiraban un respeto casi religioso y en ningún momento trataron los otros de interrumpir, desembocaron en un abrupto sollozo. De pronto, el Mancho lloraba como un niño sin consuelo.

—¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que pasarme esto? No es justo, no es justo… ¿Cómo puedo ser tan desgraciado? Hace unos meses, cuando estábamos en la partida, no habría ocurrido nada de esto. Entonces todo era diferente… ¿Por qué las cosas no son como entonces, Chacó? ¿Por qué, de repente…?

Las lágrimas le impedían concluir las frases. Como si llevaran toda la tarde esperándolos, unos buitres volaban en círculos sobre las cimas cercanas. Estaban cerca ya del barranco, en un paraje en el que las formaciones rocosas emergían de la tierra como escalonándose, las piedras más grandes a un lado, las más pequeñas al otro. Los tres sabían que no iban a ir mucho más lejos. El Mancho se detuvo e hincó una rodilla en la hierba. La cadena de un pie se le enganchó en la planta del otro. Se sorbió ruidosamente las lágrimas, cerró con fuerza los ojos y dijo:

—Acabemos cuanto antes.

El Chaconero y Eloy dudaban. Tenían la sensación de que faltaba algo. En momentos así era cuando habrían preferido ser creyentes: le habrían invitado a persignarse por última vez o a rezar una oración de despedida o a hacer cualquiera de esas cosas que hacían los buenos cristianos. Inesperadamente, el Mancho sonrió.

—Pero ha valido la pena correr el riesgo, ya os digo yo que sí… ¡Qué mujer, la *Lusi* ! ¿Cómo negarle nada a alguien así? Los momentos

mejores de mi vida me los ha dado ella. Primero, cuando éramos novios y ahorrábamos para casarnos y formar una familia. Después, cuando volví a verla y supe que en todos esos años no había dejado de esperarme y pensar en mí… Me sentía el hombre más afortunado del mundo. ¡Cuánta gente ha vivido ochenta o noventa años y no ha tenido ni la mitad de suerte que yo! Es tanta la *felisidad* que me ha dado que ni siquiera creo merecerla… —Su voz sonaba cálida, cordial —. ¿Cómo puede nadie resistirse a eso? ¿Quién es capaz de resistirse a la *felisidad* ? Hace falta ser muy *desaborío* , no tener alma, corazón, para dejar escapar algo así. Si volviera a nacer, volvería a hacer lo mismo, exactamente lo mismo. ¡Cualquier cosa con tal de…! Me entendéis, ¿no? ¿Verdad que me entendéis?

Ahora el Mancho lloraba y reía a la vez. Los otros dos le apuntaban a la cabeza con sus escopetas y solo esperaban a que dejara de hablar.

El grifo regurgitó lentamente un par de gotas de agua turbia y luego, como si estuviera tratando de decir algo, siguió haciendo glo-gló.

—¡Siempre igual! —murmuró Cristina con resignación.

Por aquellas fechas, las restricciones de agua eran constantes y las familias tenían que apresurarse a llenar cacharros y barreños cuando había abastecimiento. Cristina utilizaba para eso la tina de hierro, que ya no se molestaba en guardar debajo del fregadero. Para ahorrarse el andar siempre sacándola y metiéndola, la dejaba en una esquina de la cocina. Se desnudó de cintura para arriba, hundió la esponja en el agua fría y, con leves estremecimientos, se fue frotando la cara, el cuello, los hombros. Mientras estiraba un brazo para lavarse la axila, sonó el timbre de la puerta. Depositó con sigilo la esponja en el suelo y guardó un silencio absoluto, los brazos cruzados sobre el pecho como para protegerse de un mirón imaginario. Estaba asustada. El sonido del timbre no podía augurar nada bueno. Ella, que toda la vida había dejado abierta la puerta de la vivienda, desde el episodio de la detención se había acostumbrado a cerrar con llave. Anita y las otras vecinas anunciaban su presencia con el clásico repiqueteo de nudillos: tótoto-toto-totó, ¡una copita de ojén! Solo un desconocido llamaría al timbre, y ella no quería saber nada de desconocidos. Todavía inclinada sobre la tina, permaneció alerta, inmóvil, tratando de no respirar. Los minutos pasaban y no volvió a oírse nada. Se envolvió en una bata y, lenta, muy lentamente, se decidió a acercarse y observar por la mirilla. Al otro lado no había nadie. Abrió la puerta y se asomó al pasillo sin llegar a salir. Ni en su piso ni en lo poco que veía de los

otros pisos se veía a ningún extraño. Quienquiera que fuese, se había marchado sin volver a llamar. Mejor así.

Todavía sobresaltada, terminó de asearse. Se cambió de ropa y se arregló el peinado ante el espejo del dormitorio. Consultó la hora en el despertador de la mesilla: eran casi las ocho. No podía permitirse llegar tarde al taller de costura, pero aún podía apurar unos minutos más. Cuando agarró la cesta de mimbre y salió de casa, eran las ocho y diez. En la esquina de Santa Isabel, como obedeciendo a algún oscuro presentimiento, miró para ambos lados con cautela. No percibió nada inusual. Por fin tranquila, siguió adelante.

A la altura de Buenavista, un hombre le salió al paso:

—Señorita Donoso, ¿tiene un minuto?

—¿Quién es usted?

Cristina no lo conocía pero era Valentín. Hubo un instante de indecisión, en el que parecía que iban a pararse a conversar, pero ella, alterada, apuró el paso farfullando alguna excusa. El policía no tardó en alcanzarla y durante unos metros caminó a su lado. Llevaba en la mano un pequeño fajo de sobres.

—Esto es suyo, si no me equivoco.

Se detuvieron. Cristina recordó que, no muy lejos de allí y también abordándola en plena calle, Heriberto Quiñones le había entregado dos años y medio antes la primera carta de Eloy. Su letra era inconfundible. Valentín le tendió las cartas.

—Tome. Quédeselas. —Y, como la chica no se atrevía a hacer ningún movimiento, insistió—: ¿No le digo que son suyas?

Eran cuatro. Estaban todas dirigidas al mismo destinatario, el antiguo taller del padre de Balbino en Usera, pero cada una de ellas tenía un remitente distinto, con domicilio en diferentes localidades de las provincias de Córdoba y Ciudad Real. Los sobres estaban abiertos y llevaban el sello de la CENSURA MILITAR en tinta de varios colores. Valentín se encogió de hombros.

—A mí no me interesa su correspondencia privada. Ya me imagino que Eloy, su hermano, no dejará escapar ninguna información relevante. No es tan tonto. A mí lo que me interesa son las fechas… ¿Ve usted? —Señaló el matasellos de uno de los sobres—. Diciembre.

Hablaba despacio, atento a las reacciones de ella, y al final de cada frase arqueaba un poco las cejas, como animándola a intervenir.

—Estamos en marzo. Eso son… Enero, febrero, marzo: eso son tres meses. Tres meses sin carta de su hermano. ¿Por qué cree usted que será? ¿No será que Eloy se ha enterado de que las cartas ya no le llegan a su querida hermanita y ha tenido que cambiar de sistema? Podría ser. Eso querría decir que ustedes dos han conseguido

establecer contacto por otras vías. Y eso querría decir que usted sabría llevarme hasta él. ¿O no?

Al tiempo que guardaba las cartas en la cesta, Cristina negaba con la cabeza.

—Le aseguro que…

Valentín, sonriente, le hizo un gesto tranquilizador.

—No se preocupe. Su hermano jamás la pondría en peligro escribiéndole a su dirección. No lo ha hecho: me he encargado de comprobarlo. ¿No ha notado cierto retraso en el correo? Los carteros del barrio hace un par de meses que están avisados. Todas sus cartas y postales, todos los paquetes que le envían…: todo eso pasa por mis manos antes de llegar a usted. Ya no me importa que lo sepa. También me he asegurado de que Eloy no ha empezado a escribirle a su puesto de trabajo. Y tampoco eso me importa que lo sepa.

Ahora la chica se llevó la mano al pecho como si le faltara el aire. Al otro se le escapó una sonrisita triunfal.

—Había que extremar la vigilancia. Es lo que he hecho. Me juego el cuello a que usted no se ha dado cuenta de nada. A ver si adivina quién se ha ocupado de revisar su correo en el taller de costura. Bueno, su correo y el de sus compañeras… —Aquí hizo una pausa—. Angustias, la de administración. No fue difícil convencerla. Una gran mujer, una gran española. ¿Sabe usted desde cuándo forma parte de la Sección Femenina? Desde el 35, solo un año después de su fundación… Con alguien así la colaboración está asegurada. Hablé con ella. Le hablé de sus hermanos. De Bernabé, de Eloy. No se lo podía creer. Uno fusilado, el otro huido… Dígame, Cristina, ¿cómo se las arregló para que nadie se enterara? ¡Pero no ponga esa cara! Si en su momento lo hubieran sabido, no la habrían contratado. Pero ahora… Ahora no creo que vayan a echarla por eso. —Hizo un gesto en dirección a Atocha—. Me parece que llega tarde. La acompaño un poco.

—No hace falta. No se moleste.

—¡Si no es molestia! —replicó el otro, con tono burlón.

Recorrieron juntos una cincuentena de metros y volvieron a detenerse.

—¿Qué cree? ¿Que le ha podido pasar algo? La vida en el monte no es sencilla. Todos los días hay accidentes, tiros, explosiones… He mirado las fotos de los muertos.

Cristina, que se había limitado a escuchar con la cabeza gacha, dio un respingo. El otro prosiguió:

—No se alarme. Eloy no estaba entre ellos. ¿Sabe lo que creo? Tenemos noticias de que las partidas están enviando hombres a

Madrid. ¿Podría ser Eloy uno de ellos? No me extrañaría que su hermano llevara semanas en Madrid y usted no lo supiera. Pero también podría ser que usted lo supiera y no quisiera decírmelo… —Volvió a adoptar el tono burlón—. ¿Sería usted tan mala como para ocultárselo a la policía? No, seguro que no. Dígame que no nos lo ocultaría, Cristina. ¡Con esa cara de niña buena que tiene!

En la otra acera había una relojería.

—Ahora sí que me va a tener que perdonar… —murmuró ella, haciendo un gesto hacia el reloj de la marquesina.

—Claro. Yo me voy por ese lado. —Parecía que no iba a decir nada más, pero en el último momento añadió—: ¿Me avisará si aparece su hermano? Es fácil encontrarme. Estoy en jefatura. En la Puerta del Sol. Pregunte por Valentín Aja.

Cuando Cristina llegó al taller, pasaban veinte minutos de las ocho y media. Angustias, que tenía la mesa muy cerca de la puerta para vigilar a las chicas, levantó la cabeza al verla entrar en el vestuario. Cristina, cabizbaja, esquivó su mirada.

La estación estaba en medio de la nada: a un kilómetro de Almadenejos y a unos doce de Almadén, cabeza del partido. A su alrededor no había casas ni granjas ni fábricas. Solo terrenos sin cultivar, alquerías abandonadas y caminos de tierra: nada. Eloy y Mancebo llegaron por separado y se situaron en los extremos más alejados del andén. Llevaban los dos el pelo recién cortado y ropa de ciudad. Llevaban también sendas maletas, compradas una semana antes en la única tienda de Guadalmez. Caía una lluvia muy fina, ni siquiera una llovizna. Entre los escasos viajeros que se arracimaban debajo de la marquesina de hierro forjado había varios con atuendo de cazador: pelliza, gorra de pana, botas altas. Era todavía la temporada de la perdiz roja. Aquellos hombres, mayorales de las fincas cercanas, esperaban a los señoritos de la ciudad para acompañarlos en una jornada de caza. Silenciosos, adustos, mantenían la mirada fija en cualquier punto lejano mientras sujetaban con mano firme las traíllas. Los perros, a los que en esas tierras tenían por costumbre no dar de comer el día anterior a la cacería, se removían excitados y soltaban de vez en cuando un par de ladridos, que eran rápidamente replicados por todos los demás.

—¡Sultán! ¡Graco! ¡Tiberio! —gritaban entonces los hombres, chistándoles para hacerlos callar.

Eran perros mil leches, con algo de pointer y mucho de no se sabía qué, el lomo moteado de manchas marrones o negras, la mirada

triste, casi humana. Algunos de ellos, los más viejos, serían despachados el último día con un tiro en el cráneo: no salía a cuenta mantenerlos hasta la siguiente temporada. Por el camino que discurría en paralelo a la vía llegaba sin prisas la pareja de la Guardia Civil, el capote con sombras de humedad, las botas sucias de barro. Rodearon la caseta del guardagujas y accedieron al andén por el extremo en el que estaba situado Mancebo. Cuando los perros los vieron acercarse, los recibieron tratando de abalanzarse sobre ellos y ladrándoles con furia. Los mayorales tiraban con fuerza de las correas.

—¡Sultán! ¡Graco! ¡Tiberio!

Los guardias fingieron no darse por enterados y se apostaron en la esquina más alejada. Todavía alguno de los perros se volvía de vez en cuando hacia ellos y soltaba algún ladrido aislado. Eloy y Mancebo intercambiaron una mirada en la distancia: en la guerrilla se jactaban del republicanismo de los perros de los campesinos, que a ellos los recibían amistosamente y a los guardias siempre les ladraban.

Cuando llegó el tren con su alto penacho de humo y su silbido característico, había dejado de llover. Bajaron dos o tres grupos de señoritos con escopetas y los perros corretearon a su alrededor moviendo el rabo. Subieron después los otros viajeros, entre los que por fortuna no estaban los dos guardias. Aun así, Eloy y Mancebo ocuparon asientos en vagones diferentes.

Hacia el mediodía llegaron a Alcázar de San Juan, importante nudo ferroviario por el que pasaban todos los trenes de Andalucía y Levante que iban a Madrid. Una docena de vías se repartían a ambos lados del andén central. El convoy estaba ya esperando frente al edificio de viajeros y una pareja de policías de paisano revisaba equipajes un poco al azar. Eloy siguió con la mirada a Mancebo, que no tuvo problemas para subir a su vagón. Mientras cruzaba las vías por el paso central, uno de los policías lo llamó por señas.

—Documentación, por favor.

Mostró su salvoconducto, expedido por el Gobierno Civil de Córdoba. Figuraba en él como Miguel Guerrero García, con domicilio en Rute, representante. En una esquina llevaba un sello de cincuenta céntimos con la efigie de José Antonio y en la otra la foto de carné. El hombre le echó un vistazo desganado y se lo devolvió.

—¿Representante de qué?

—Licores y anisados.

Sin dar tiempo a que el otro llegara a pedírselo, abrió la maleta. Junto a unas cuantas prendas de vestir cuidadosamente dobladas llevaba dos botellas de anís de la marca Raza. Para mayor credibilidad, había dejado a la vista un talonario de albaranes y un

libro de contabilidad con transacciones inventadas. El hombre cogió una de las botellas.

—Vamos a ver. —Achinó un poco los ojos para leer la etiqueta—: ANISADO SECO - FINÍSIMO ANÍS DE…

—El mejor anís de España, el de Rute. Y el mejor anís de Rute, el anís Raza.

—Que tenga usted buen viaje —dijo el policía, haciendo un vago gesto de aprobación.

Mancebo, que había asomado la cabeza por la ventanilla, no volvió a meterla hasta que vio a Eloy cerrar la maleta y subir. Partieron un cuarto de hora después. La tenue neblina de finales de invierno daba un aire vagamente espectral al paisaje, llano, árido, ocre. Además de algunos apeaderos de nombres desconocidos para Eloy, aquel tren tenía paradas en lugares como Villacañas o Tembleque, que le resultaban más familiares. Durante los pocos minutos que duraba cada parada, unos campesinos recorrían el andén ofreciendo a través de las ventanillas zanahorias, calabacines y berenjenas, que los compradores, seguramente estraperlistas, ocultaban entre sus pertenencias. En Aranjuez estuvieron parados un cuarto de hora. Miró la fachada de ladrillo rojo y piedra blanca, los altos arcos como de iglesia, los remates en forma de almena. Miró también a los viajeros que subían y bajaban. Después de casi tres años dando tumbos, llegar por primera vez a un sitio conocido le hizo sentirse como en casa.

El itinerario a partir de ahí lo conocía bien porque lo había hecho en varias ocasiones, la última de ellas con su hermana. Al pasar por Seseña, Ciempozuelos o Valdemoro, le venía a la cabeza la mirada de Cristina, con la mejilla pegada al cristal, vigilando a quienes subían al tren por si entre ellos hubiera algún policía. Qué lejos quedaba todo eso… Tan lejos que parecía formar parte de una vida anterior. Al igual que entonces, también ahora se desarrollaba en todas las estaciones un sigiloso pero intenso trasiego de fardos. El convoy llegó a la zona de curvas en la que reducía velocidad y los estraperlistas arrojaban su carga por las ventanillas para que los muchachos de las barriadas cercanas la pusieran a buen recaudo… El recuerdo de aquel viaje le trajo nuevas imágenes del pasado, primero de Cristina y él, luego de su madre y sus otros hermanos, de su vida en el barrio, de su infancia. Era como si, a punto ya de completar el regreso a Madrid, la memoria estuviera tratando de anticiparlo y ganar tiempo.

En la estación del Mediodía intercambió una mirada de despedida con Mancebo y salieron por puertas diferentes. Eloy, que tenía instrucciones de hospedarse lejos de su barrio, eligió la zona de Argüelles. Para su sorpresa, ahora se podía llegar hasta allí en metro.

Ni la estación en la que salió ni otras por las que acababa de pasar existían tres años atrás. ¡Qué sensación tan rara la de estar en una ciudad que era la suya pero que ya no lo era del todo! En la primera casa en la que vio un cartel de ARRIENDO HABITACIÓN entró a preguntar. Pagó lo que le pidieron, dejó sus cosas y volvió a echarse a la calle. Para él era importante ese primer paseo por Madrid después de tanto tiempo.

La tarde había empezado a caer pero aún quedaba más de una hora de luz solar. Salió a Princesa y siguió caminando. Para evitar encuentros inoportunos, se había calado el sombrero hasta las cejas y envuelto el cuello en una bufanda que le tapaba media cara. Su excitación crecía a medida que se acercaba a la Gran Vía. Solo ahora se daba cuenta de lo mucho que había echado de menos su ciudad. Se detuvo al llegar a la plaza de España, que era como una plaza de pueblo pero en grande, rodeada de casitas bajas, descuidada, más bien sucia, las heridas de la guerra ocultas bajo los árboles. ¿Cuáles de esos árboles estaban tres años antes y cuáles habían sido replantados después de los bombardeos? Se detuvo ante el monumento a Cervantes, que seguía a medio hacer, como él lo recordaba, y buscó una fuente en la que remojarse las manos. Luego fue por Leganitos y Jacometrezo hasta la plaza del Callao. Las voces desde los balcones, las canciones de la radio escapando de los portales, el traqueteo de los vehículos sobre los adoquines, el olor a vino y fritanga de las tabernas, la abigarrada mezcla de olores de las fruterías…: nada de eso era nuevo para él. Paseaba despacio, atento a todos los detalles, porque en todos descubría algo que le atraía o reconfortaba. Estaba otra vez en su Madrid, el Madrid de antes, el de siempre.

Al pasar por delante del rascacielos de Telefónica, vio gente que entraba. Sin pensárselo dos veces, entró también él. No solo era el edificio más alto de la ciudad, sino también uno de los más característicos, pero, por extraño que fuera, nunca había estado en su interior. Quiso detenerse en el amplio vestíbulo para contemplar los suelos de mármol, las altas columnas, el elaborado barroquismo de los techos, pero el hormigueo de personas que iban de aquí para allá le fue desplazando hasta los ascensores. Entró en uno. Las puertas se abrían y se cerraban, la gente salía y entraba. Sin saber muy bien ni cómo ni por qué, se encontró en uno de los pisos superiores, junto a las puertas cerradas de unos despachos y lo que, a juzgar por el ruido, parecía ser el cuarto de máquinas de los ascensores. Al final del pasillo había unas escaleras. Siguió subiendo y salió a una azotea que daba a la parte de atrás. Le pareció hermosa aquella vista: la ciudad mostrándose ante él como una inmensa duna, el rojo sol del atardecer

reflejándose en los tejados, los afilados chapiteles de iglesias y palacios apuntando hacia las alturas. Intentó dar la vuelta por el lado de la calle de Valverde, el más perjudicado por los bombardeos durante la guerra, pero unas vallas lo impedían. Retrocedió y fue por el otro lado. Vio una puerta abierta y volvió a subir escaleras. Ahora estaba en lo más alto de la torre y Madrid entero se desplegaba a sus pies como un tapiz. Solo tenía que girar un poco sobre sí mismo para verlo todo, para poseerlo con la mirada: la sierra al fondo, soñolienta, envuelta en bruma, la masa parduzca de la Ciudad Universitaria asomando entre edificios, después fachadas y más fachadas, ¿aquello era el Cuartel de la Montaña?, más allá el parque del Oeste aportando distintas tonalidades de verde, los reflejos grises y blancos del Palacio Real, la ciudad que se deshilachaba, se difuminaba, se abría al campo, ¿qué barrios eran aquellos que se adivinaban detrás de la inacabable ondulación de los tejados?, venían después la mancha imprecisa del Retiro, la Puerta de Alcalá señalando un vértice imaginario, las columnas de humo de las fábricas de las afueras, y de nuevo las fachadas blancas y pardas y los tejados rojos y anaranjados, y las torres y las cúpulas y los campanarios recortándose contra el horizonte… De la Gran Vía llegaban, confusos, los ruidos de la ciudad, una densa sinfonía hecha de campanilleo de tranvías, petardeo de motores, rodar de carros, voces de hombres y mujeres, risas de niños, ladridos de perros. Sí, aquello era Madrid, su ciudad; a pesar de todo, una ciudad hermosa.

—No pierda la esperanza —dijo la mujer, maternal como siempre—. Ya verá como, el día menos pensado…

Gloria, compungida, hizo un gesto de asentimiento y se metió en el ascensor. La consulta del doctor Sampedro estaba en Claudio Coello. Cuando llegó a la calle, solo tenía ganas de encerrarse en casa, tumbarse en la cama y ponerse a llorar. Tantas esperanzas, tantos desvelos, tantos sacrificios. ¿Todo para qué? Para nada. Se detuvo a enjugarse las lágrimas con un pañuelo y vio que en la esquina siguiente un municipal desviaba el escaso tráfico hacia las calles cercanas. Siguió caminando hasta el cruce con Lista. Unos policías a caballo bajaban despacio hacia la avenida del Generalísimo. Había gente parada en las dos aceras. Por la parte central de la calzada, esposados de dos en dos y unidos en hilera por una cuerda, avanzaba un grupo de unos sesenta hombres. Gloria asomó la cabeza y vio que más abajo, torciendo ya hacia la avenida, había un grupo similar y que más arriba, rodeando la glorieta del Marqués de Salamanca, había

uno o dos grupos más. Eran los presos de Porlier, más de dos mil hombres que esa misma mañana eran conducidos a una cárcel recién construida, a unos diez kilómetros de allí. Las autoridades habrían podido organizar un traslado discreto, en fechas y horarios menos concurridos, por rutas más apartadas, utilizando incluso furgones y camionetas, pero habían preferido hacerlo así, a plena luz del día y atravesando las principales vías de la ciudad, de forma que la caravana, que iba a tardar varias horas en llegar a su destino, fuera vista por la mayor cantidad posible de gente. Ese traslado de ningún modo podía hacerse a escondidas. Ese traslado era una exhibición de fuerza que debía servir como aviso y escarmiento de la ciudadanía: quien osara alzarse contra el régimen ya sabía a lo que se exponía.

Entre los presos, vestidos todos con prendas viejas, dispares, remendadas, había algunos con el pelo rapado debido a los piojos, otros de aspecto famélico y decaído, con vendas en la cabeza o los brazos, otros que caminaban con muletas y acababan quedando rezagados… Saltaba a la vista que vivían en unas condiciones lamentables y, sin embargo, la atmósfera general era más bien festiva. Aquellos hombres estaban contentos porque ese traslado les permitía interrumpir, aunque fuera momentáneamente, su prolongado cautiverio. Algunos se volvían hacia los curiosos y, sin venir a cuento, gritaban ¡olé, olé, olé! Otros saludaban con la mano libre a la gente asomada a los balcones, que podía ser conocida o no. Otros movían los labios como si estuvieran cantando. Esa rara mezcla de circunspección y alegría recordaba la de las cuadrillas de los toreros en el momento de hacer el paseíllo. Gloria, intuyendo el itinerario, atajó por una de las calles paralelas y llegó hasta la plaza de Colón, que la cabeza de la expedición acababa de alcanzar. La primera cuerda de presos avanzaba por un lateral de la avenida, flanqueada por policías a pie y a caballo que de vez en cuando, como restallando un látigo, agitaban en el aire su vergajo o su fusta. En su atrocidad, aquello tenía algo de espectáculo circense, y la gente, para no perderse detalle, se arremolinaba a uno y otro lado y se levantaba de los veladores de los cafés.

—¡Ahí los ves! —comentó alguien en tono jocoso—. ¡Tan panchos y viviendo a costa nuestra!

—Ahora, a estrenar cárcel —dijo otro—. ¡Nuevecita!

Por pudor o por ese respeto casi sagrado que inspiran las desgracias, Gloria se mantenía en segundo término, medio oculta entre los curiosos, las sombrillas recogidas de los cafés, los árboles del bulevar, los setos. Caminaba despacio, muy despacio, en paralelo a los presos pero guardando una distancia de varios metros, y luego se

detenía a esperar al siguiente grupo y volvía a caminar despacio, muy despacio. Era su manera de acompañar a esos hombres: acompañarlos en el sentido de ir con ellos, pero sobre todo en el sentido de participar, aunque fuera simbólicamente, en sus sentimientos.

Todos los madrileños que ese día andaban por el centro acabaron encontrándoselos en un momento u otro. Eloy se acercaba por las mañanas a dar un paseo por la plaza de Santa Bárbara, porque era el sitio acordado para establecer el contacto con el Partido. Quienquiera que fuese el emisario se las arreglaría para comunicarse con él, que no tenía que hacer nada especial: solo dejarse ver un día tras otro por los alrededores del templete de los urinarios, fingiendo curiosear entre los puestos de libros. En la plaza proliferaban los limpiabotas. Lo de la caravana de presos lo supo por uno de ellos.

—¿No se ha enterado? Cierran Porlier, que después del verano volverá a ser un colegio. Y a los presos se los llevan todos a Carabanchel.

Sin dudarlo, se encaminó por la calle Génova hacia la avenida. Lo que estaba haciendo era una temeridad, porque la zona estaba infestada de policías, tanto de uniforme como de paisano. Pero la tentación era demasiado fuerte. ¿Cómo no acercarse a mirar a esos desdichados, entre los que había tantos camaradas? En el grupo que entonces pasaba por Colón reconoció a Amancio, que se había quedado en los huesos y miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, con esa falsa expresión de asombro de los niños desnutridos. Sus miradas se cruzaron en algún momento y, para pasar inadvertido, Eloy torció aún más el ala del sombrero y se lo sujetó con la mano como si un golpe de viento fuera a arrancárselo. Sentía la necesidad de estar cerca de esa gente, su gente, pero por todos los medios debía evitar que repararan en su presencia. Se ajustó la bufanda a la altura de los labios y apuró un poco el paso para alcanzar a los grupos que iban por delante. En uno de ellos vio a Antonio, al que él conocía como Abel, el dibujante que había aprendido a falsificar salvoconductos. En otro vio a Bienvenido, que no era otro que Paniagua, el tapicero, y a Quintín, el canario, que había sido secretario del comité… Para Eloy, ver a esos hombres caminar arrastrando los pies, esposados, conducidos como reses, tratados con desprecio por los policías, era como verse a sí mismo en una de sus vidas posibles, la que le habría correspondido vivir si hubiera tenido peor suerte y lo hubieran detenido cuando escapaba de Madrid para echarse al monte. Sí, del mismo modo que ahora estaba libre, habría podido estar como ellos, amarrado a otro preso por unas esposas, atado con una cuerda a los que iban delante y detrás, abandonando

una prisión para ser inmediatamente encerrado en otra. El espectáculo le resultaba a la vez siniestro y cautivador. No era capaz de alejarse de allí, pero tampoco se atrevía a echar más que algún que otro vistazo disimulado y furtivo mientras se abría paso entre los clientes de tiendas y cafés, que habían salido a curiosear y bloqueaban la acera. Se detuvo poco antes de llegar a Cibeles. Entre grupo y grupo había una cincuentena de metros, y en ese momento no pasaba ninguno por ahí. Los transeúntes cruzaban y se distribuían a ambos lados del lateral. En el extremo del bulevar, que estaba bastante despejado, una figura permanecía inmóvil. Era la figura de una mujer joven, esbelta, de aspecto distinguido, que había empezado a quitarse los guantes pero se había quedado a medias, una mano enguantada, la otra no. Eloy, también inmóvil, la reconoció al instante. Para que su rostro quedara a la vista y nada se interpusiera entre los dos, se quitó el sombrero y se apartó la bufanda de la cara. Susurró:

—Gloria…

Y ella, como si le faltara el aire, se llevó al pecho la mano sin guante.

LIBRO QUINTO

FEBRERO A SEPTIEMBRE DE 1945

En el cruce de la Carrera de San Jerónimo, Mancebo lo vio venir por la esquina del Banco Hispano Americano. Fue dando un paseo en dirección a la calle del Carmen, se entretuvo un poco ante el kiosco de los periódicos para dejarlo pasar y luego lo siguió a la distancia. Eloy aguardaba junto a la entrada del hotel Florida. No echó a andar hasta que los vio cruzar la plaza del Callao e internarse en la Gran Vía. Mancebo desapareció enseguida por una de las calles laterales. Eloy caminaba entre la gente tratando de no mirar a su presa, que era uno de los muchos pagadores que con sus maletines repletos de billetes se dispersaban por Madrid en cuanto se aproximaba el final de cada mes. No era difícil identificarlos: ropa discreta, edad indefinida, bigotito fino, gesto serio, mirada vigilante. Cualquiera que por esas fechas se apostara a la salida de una caja de ahorros o un banco acabaría conociéndolos a todos: a los que tenían un vehículo esperándolos en la calle y a los que, por tratarse de una distancia corta, iban a pie a su destino. Este en concreto trabajaba para una empresa situada en Martín de los Heros, una fábrica de instrumental quirúrgico realizado, según proclamaba la publicidad, «con el mejor acero alemán». En la plaza de España estaba Lucio, el cabecilla del grupo, llegado de Francia tras la fracasada invasión del Valle de Arán, que los comunistas llamaban Operación Reconquista de España. Era un hombre exaltado, terco, intemperante, con una fuerza física descomunal, como esos forzudos que se exhibían en los circos levantando pesas. Tenía fama de salvaje y al hablar usaba siempre la misma muletilla: ¡cucha, qué frío hace!, ¡cucha, qué hambre tengo! En un momento dado, al pasar junto a unos árboles, el pagador se detuvo y miró a su espalda para cerciorarse de que nadie lo seguía. Por suerte, Lucio aún no se había sumado al seguimiento y Eloy, que en vez de torcer por mitad de la plaza había continuado recto, estaba ya llegando a Princesa. El hombre no notó nada sospechoso y, tranquilo, siguió adelante.

Si todo iba como estaba previsto, Mancebo, que había atajado por callejuelas para llegar antes, le saldría al paso en cuanto entrara en Martín de los Heros, mientras los otros dos se aseguraban de que no hubiera peligro. Uno estaba en la esquina de la plaza, el otro en Ventura Rodríguez, al lado de la camioneta que tenían preparada para la huida. Mancebo, en efecto, se echó sobre el hombre, le clavó el cañón del arma en el abdomen y, sin darle tiempo a reaccionar, lo empujó hacia el portal más cercano. Tenía que ser cosa de un instante. Visto y no visto: asustarlo un poco, quitarle el maletín y escapar de

allí a toda velocidad. Pero los segundos pasaban y del portal no salía nadie. Los escasos transeúntes no parecían haber notado nada inusual. Eloy y Lucio intercambiaron un gesto de perplejidad y fueron acercándose lentamente hacia el portal. Eloy, la mano dentro del bolsillo, empuñaba con fuerza su pistola, una Búfalo de calibre 7,65. A través de la puerta les llegaron los lamentos de su compinche:

—¡No puede ser, por Dios!

Abrieron. Allí dentro se estaba casi a oscuras. A la escasa luz que llegaba de fuera vieron el gesto de incredulidad y fatalismo de Mancebo.

—¡No te jode!

Le agarró el brazo al hombre como exhibiéndolo y le recogió la manga de la americana. Los otros dos se acercaron a mirar. El pagador llevaba el maletín sujeto a la muñeca por una cadena y un grillete. Instintivamente, Lucio cogió el maletín con ambas manos y dio un fuerte tirón, lo que solo sirvió para que el hombre, llevándose la otra mano al hombro, soltara un gemido de dolor. Lucio señaló el grillete.

—¡La llave!

—Dice que no la lleva —dijo Mancebo—. Que tienen una copia en el banco y otra en la empresa.

Ahora Lucio señaló el maletín y Mancebo volvió a hablar:

—Lo mismo.

—¡Pues de aquí no nos vamos sin el dinero, cucha!

Eloy vigilaba la calle a través del resquicio de la puerta. Lucio sacó de algún lado una navaja de hoja ancha y cachas de nácar. El hombre, con algún hueso dislocado, seguía frotándose el hombro. Cuando vio que Lucio acercaba la navaja a su muñeca y no al maletín, empezó a temblar.

—¡No, por favor…!

—¿Cómo que no? ¿Eh? ¿Cómo que no?

Habían empezado hablando en susurros pero ahora casi gritaban. Por el hueco de la escalera llegó una voz de mujer.

—¿Quién anda ahí?

—¡Policía! ¡Métase en su casa y cierre bien la puerta!

Oyeron un leve murmullo de protesta, seguido del clac-clac de la cerradura.

—Vamos a tener que hacer algo —dijo el cabecilla.

A un gesto suyo, Mancebo tiró del brazo del pagador y buscó un punto de apoyo en el extremo de la barandilla. Lucio enarcó varias veces los hombros para desentumecer los músculos. Le recriminó:

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta de lo que me obligas a hacer?

Parecía decidido a arrancarle la mano, partiéndole primero el

hueso a golpes y trinchándole después carne y tendones como si fuera un cochinillo. En el último momento se detuvo y se encaró con el hombre, que lo miraba aterrorizado, los ojos saliéndosele de las órbitas. Le tapó la boca con la mano, una mano fuerte, con unas venas abultadas como espárragos, y dijo:

—Vas a gritar, ¿no? Seguro que te vas a poner a gritar y vamos a molestar a los vecinos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Molestar a los vecinos? Yo, desde luego, no quiero molestar a nadie. Será mejor que te pegue un tiro, ¿no crees? Así molestaremos menos.

Sin volverse, alargó el brazo hacia Eloy para reclamarle el arma pero luego, en lugar de agarrarla, hizo un gesto hacia la calle. Eloy asomó la cabeza y, enganchando los dedos en el labio inferior, soltó un silbido fuerte, de cabrero. Apenas unos segundos después, la camioneta se detenía delante del portal. Era una Fiat de antes de la guerra. En las portezuelas estaba escrito MUDANZAS PIRINEOS y en la caja no había más que un lío de cuerdas y mantas sucias de polvo. Metieron al hombre a empujones y se agacharon junto a él. Lucio gritó:

—¡Adelante!

Y una voz juvenil respondió desde la cabina del conductor:

—¡Vamos allá!

El vehículo echó a andar. Por las rendijas de la lona entraba como en alfilerazos la luz de la mañana. En solo unos minutos cruzaron el Manzanares por el puente del Rey, y de las calles de adoquines pasaron a los caminos de tierra de la Casa de Campo. El pagador, lloroso, se sujetaba con la mano el brazo lastimado, que le colgaba inerte sobre el muslo.

—La llave… —consiguió decir con un hilo de voz.

—¡Qué! —dijo Lucio, todavía con la navaja en la mano.

—La llave…

El hombre, entretanto, se afanaba en descalzarse, presionando con la puntera de un pie el talón del otro. El último puntapié fue tan impetuoso que el zapato salió despedido. Una llavecita con la cabeza en forma de trébol rebotó en algún sitio y cayó entre los pliegues de una manta. Mancebo se agachó a cogerla y la encajó en el cierre del grillete, que saltó con un pequeño chasquido. Luego abrió el maletín, que tenía la misma cerradura. Quedaron a la vista varios fajos de billetes perfectamente ordenados, más unas libretas y algunos sobres.

—¡A buenas horas! —exclamó Lucio, blandiendo la navaja.

El camino se había empinado y la camioneta avanzaba ahora con un traqueteo exhausto. Eloy levantó el extremo de la lona. Árboles, árboles y nada más que árboles. Lucio estaba rabioso.

—¿Qué voy a hacer contigo? ¿Eh? ¿Me vas a decir qué tengo que hacer contigo?

Pasados unos minutos, golpeó la pared de la cabina con la palma de la mano. El vehículo se detuvo. Descorrieron la lona. Detrás de la camioneta todavía flotaban pequeñas nubes de polvo. Lucio miró con un desprecio infinito al hombre, que había humillado la frente como un animal dispuesto para el sacrificio.

—Iba a matarte cuando creía que me estabas diciendo la verdad. ¿Y ahora qué? Ahora que sé que me estabas engañando, ¿te tengo que dejar marchar? No es justo, ¿no te parece?

Hizo con la cabeza una seña hacia el camino. Como el otro no se movía, lo agarró del sobaco y lo empujó afuera. Con un aullido de dolor, el hombre cayó al suelo. Lucio lo volvió a agarrar y dijo:

—¿Cómo te voy a dejar marchar, sabiendo que me has querido engañar?

El pagador, en un intento por escabullirse, trastabilló y cayó a los pies de Ratón, el conductor, que había salido a mirar. Era un joven de cara redonda y abundante pelo negro, peinado con gomina. El hombre lo reconoció mientras trataba de incorporarse. Dijo, incrédulo:

—¿Tú? ¿Tú aquí? ¿Qué haces tú con…? —Y no terminó la frase.

Los otros tres, que ignoraban su relación, miraron con curiosidad al chico. Este se sintió obligado a dar explicaciones.

—Trabajé en su empresa. Por eso conocía sus rutas y sus horarios. Era lo que necesitabais, ¿no? Me pedisteis información y eso es lo que os di. Información.

—¿Y no sabías que llevaba el maletín con una cadena, cucha?

Entre sollozos, el pagador intentaba apostillar algo, pero no le salían las palabras.

—¡Habla más alto, que no se te oye! —le gritaron, y el hombre logró decir:

—Lo despidieron… Lo despidieron por robar.

Se volvieron todos hacia el chico, que dijo:

—Usted sabe, don Clemente, que no fui yo el que… —Por algún oscuro atavismo, seguía tratando de usted al pagador, como cuando trabajaba para él en el departamento de contabilidad—. Allí se robaba antes de que yo llegara. Yo lo único que hice…

—Por robar —insistió el otro, tajante, tomándose una pequeña e inútil venganza.

—Eso no lo sabíamos —dijo Eloy—. Solo nos dijiste que tu padre murió en prisión y querías hacer justicia.

Ratón, acobardado, se apresuró a contestar:

—Yo lo que quiero es luchar por la revolución, por el triunfo del

proletariado… —Pero en el aire siguió flotando la sospecha de las rencillas personales.

Lucio le cogió la Búfalo a Eloy y soltó un bufido que quería decir: vamos a ir terminando. Don Clemente, que ya no tenía ninguna duda sobre su destino inmediato, aprovechó para levantar la mirada hacia su antiguo subordinado e implorarle ayuda. En sus ojos no cabía más desesperación ni más horror. Fue apenas un instante pero a Ratón le pareció larguísimo. Lucio, sin miramientos, lo asió por el brazo bueno y lo arrastró unos metros como si fuera un saco.

—¿Dónde está el pozo?

Se refería al pozo negro de un antiguo pabellón de caza, ahora en ruinas. No era la primera vez que lo usaban. Alguien señaló un sendero. Ratón, con la voz estrangulada, empezó una frase:

—¿No sería mejor que…?

Los demás se volvieron hacia él. Bastaba con verle la cara para adivinar sus pensamientos.

—Nadie había hablado de…, ya sabéis a qué me refiero. ¿De verdad es necesario que lo…? —No se atrevía a pronunciar el verbo matar—. Ni siquiera dijisteis que iba a haber armas de por medio.

—¿Y qué quieres, cucha? ¿Que hagamos los atracos con abanicos? Querías colaborar, ¿no? Por vengar a tu padre, por la revolución o por lo que sea. Pues lo vas a hacer.

Como Ratón no acababa de comprender, el cabecilla le hizo gestos para que se acercara y se lo aclaró:

—Aquí todos somos iguales. Vas a dejar de creerte mejor que los demás. —Le entregó la pistola—. Solo te daré un consejo. Cuando llegue el momento, procura no mirarle a los ojos. ¡Vamos!

Ratón, ahora sí, comprendió. Lanzó a los otros una mirada de angustia y, con el arma en la mano, acabó siguiendo a Lucio, que nuevamente arrastraba al pagador entre los árboles. Mancebo, con un pie montado en el estribo, se lio un cigarrillo. Eloy se limitaba a esperar. Soplaba un viento muy suave. Lo único que se oía eran los lamentos desgarrados del hombre, cada vez más distantes y más débiles.

—¿Qué os decía? ¿Era aquí o no era aquí?

Lucio se detuvo debajo de un farol solitario que daba una luz tristona, cenicienta. Por detrás llegaban Eloy y Mancebo, sosteniendo entre los dos a Ratón, que estaba completamente borracho y cantaba desafinado:

—«Que sí, que sí, que sí, que sí, que a la Parrala le gusta el vino.

Que no, que no, que no, que no, ni el aguardiente ni el…»

Se atascaba siempre al llegar a ese punto y, como no encontraba la palabra, volvía a empezar. Esa vez Mancebo acudió en su ayuda:

—«Ni el aguardiente ni el marrasquino.»

—¿El qué?

—El ma-rras-qui-no —repitió el otro, paciente.

Ratón cabeceó, dándolo por bueno, pero de nuevo volvió a atascarse:

—«… Que no, que no, ni el aguardiente ni el…»

El chico tenía unos andares algo ridículos, como si le rozaran los muslos. Lucio, que lo miraba condescendiente, soltó una risotada.

—¿Qué? ¿Se te ha pasado el disgusto, cucha?

Estaba de buen humor. Solía estarlo cuando daban un golpe y las cosas salían bien. Desde que, por la mañana, se habían deshecho del pagador, no habían parado de celebrarlo por tascas y figones. Lo hacían para levantarle el ánimo a Ratón, pero lo habrían hecho igualmente si él no hubiera estado. Como fin de fiesta tenían prevista una visita a El Cortijo. Mancebo y Lucio lo conocían de alguna ocasión anterior, pero no se ponían de acuerdo sobre su ubicación. Uno decía que estaba a un lado de la Gran Vía; el otro, que al otro. Después de un corto callejeo, resultó que Lucio tenía razón. Señaló el letrero, escrito en caracteres arabizantes, y volvió a decir, triunfal:

—¿Era aquí o no era aquí?

Antes de ser un burdel, El Cortijo había sido un tablao de cierto tronío, frecuentado por el general Primo de Rivera y su camarilla. La decoración, de aire andaluz, había perdido gran parte de su antigua prestancia: la mugre y las telarañas se acumulaban entre los barriles de jerez, la fuentecita del falso patio estaba seca y al azulejo que reproducía la Giralda le faltaban, como a las dentaduras de los viejos, las piezas principales. La entrada estaba hecha a imitación de la mezquita de Córdoba. Cuando los cuatro hombres aparecieron bajo el arco de herradura, las prostitutas se incorporaron en sus taburetes, arreglándose el peinado con las manos. Algunas llevaban kimonos; otras, enaguas y corsés que dejaban los pechos al aire. Era un miércoles de invierno y los escasos clientes debían de estar en las habitaciones y los reservados. Tenían a todas esas mujeres, casi una docena, a su disposición. Exultante, Lucio abrió los brazos y cruzó el local al grito de:

—¡Mujeres guapas!

Y Mancebo lo ratificó:

—¡Las más guapas de España! —Aunque había que estar algo ofuscado para percibir belleza en esas señoras ojerosas, repintadas,

marchitas, la huella del hastío impresa en sus rostros.

Arrojaron unos cuantos billetes sobre el mostrador, pidieron música y en solo unos minutos tenían la fiesta montada. En aquel sitio los tenían por campesinos ricos que, cuando aparecían por Madrid para cerrar algún trato, gastaban dinero a manos llenas. Las mujeres se mostraban con ellos particularmente solícitas y obsequiosas. Los agasajaban, los besuqueaban, se los quitaban unas a otras para sacarlos a bailar, y ellos se limitaban a dejarse hacer. Era lo que Lucio llamaba «el lado bueno» de su trabajo: la parte del botín que se repartían entre ellos, un dinero que les quemaba en las manos, ¿qué sentido habría tenido ahorrar, guardar para el futuro, sabiendo que podían morir al día siguiente?

—¡Coñaquito rico! —exclamó Mancebo llevándose la botella a los labios y lanzando al aire más billetes.

Ratón hacía esfuerzos por mantenerse despejado y sumarse a la juerga. Agarrado a la madama, una mujer de enormes caderas con varios hilos de perlas alrededor del cuello, se dejaba llevar de un lado para otro con expresión alelada y feliz. Si se trataba de hacerle olvidar lo de esa mañana, parecía que lo estaban consiguiendo.

—¡Muy bien, chaval! ¡Muy bien! —le animaba Lucio.

Solo Eloy, que se había sentado en un taburete en la parte más oscura del local, se mantenía ajeno a la alegría general. Cuando la madama enviaba a alguna de las prostitutas a darle conversación, él negaba con la cabeza y la apartaba de su lado.

—Déjame. —Y, si la otra insistía, añadía con aspereza—: ¿No me has oído? Que me dejes.

Una de las mujeres reaccionó volviéndose hacia las demás y gritando con voz aguardentosa:

—¡Yo sé lo que le pasa a este! ¡Que tiene novia y está guardando ausencias!

—¡Él se lo pierde! —replicó otra, riendo, y una tercera añadió desde el rincón:

—¡A mí me huele a Cuernavaca!

La fiesta siguió hasta que sus tres compinches escogieron compañía y desaparecieron detrás de una cortina de tiras de bambú. Entretanto, de ese mismo pasillo salían algunas prostitutas con sus respectivos clientes, los únicos de la noche aparte de ellos. Una de ellas era Alicia. Su aspecto había cambiado. Sus rasgos habían perdido gran parte de su antigua lozanía, y su manera de vestir, vulgar, sin gracia, se parecía muy poco a la de cinco años antes. Pero estaba claro que era ella. Eloy la reconoció enseguida. Ella no reparó en él hasta que, de regreso de despedir a su cliente, acudió al perchero a buscar

un chal con el que protegerse del frío. Permanecieron unos instantes mirándose de un extremo a otro del mostrador. Luego él hizo un leve movimiento de cabeza y ella se le aproximó. Llevaba puesto un vestido de florecitas blancas y amarillas.

—Alicia… —susurró él, pero ella puntualizó:

—Liz. Ahora me llamo Liz.

Estaba tensa, a la defensiva, como si temiera un reproche. Eloy trató de sonreír.

—Qué situación tan extraña. No sé qué decir.

Esa parte del local estaba iluminada por unos farolillos de forja. Se escrutaron mutuamente en la penumbra.

—Casi no te reconozco, Eloy. Pareces otro.

—*Soy* otro.

—Tienes la cara más masculina, más… trabajada. Más triste también. Estás cambiado. —Adoptó un tono pretendidamente ligero para decir—: También yo estoy cambiada, lo sé. ¡No me lo recuerdes, por favor!

La madama, que se había sentado a hacer calceta, les lanzaba miradas por encima de las gafas y de vez en cuando intervenía para decir:

—Sea usted amable con la señorita, caballero. Trátela bien. Si no va a ir con ella a la habitación, invítela a un anisado. Es lo mínimo.

Eloy hizo una seña hacia la cortina y Alicia lo siguió. Las otras prostitutas, viéndolos salir, no desaprovecharon la oportunidad de burlarse: míralo a ese, el modosito, qué pronto cambia de opinión. El pasillo, mal iluminado, estaba decorado con carteles de la Feria de Abril. Entraron en el primer cuarto que vieron abierto. No podía ser más austero: una lámina con vistas del Albaicín, una silla de anea, un espejo pequeño, una cama con las sábanas no demasiado arrugadas. Alicia se sentó en el borde, dejó caer el chal y empezó a desabrocharse el vestido.

—¿Qué haces? —dijo Eloy, sentándose en el otro lado—. Me has entendido mal. Solo quiero conversar.

Ella, avergonzada, se cubrió el escote con las manos.

—Lo siento. Pensé que…

—Háblame de ti.

—No hay mucho que contar. Me quedé embarazada y, a partir de ahí, todo fue de mal en peor. Luego te enseño la foto de mi hijo. ¿Quieres verla? No la tengo aquí. Es muy guapo. En diciembre cumplió cuatro años. Vive en el pueblo, con mis padres.

—¿Cómo se llama?

—Narciso.

—Pensaba que le habrías puesto el nombre de algún actor famoso. ¡Como estabas siempre leyendo esas revistas sobre las estrellas de Hollywood! Estabas al día de todo: que si Gary Grant…

—Cary —le corrigió ella, sonriendo.

—Carole Lombard…

—¡Pobrecita! Murió en un accidente de aviación. ¿No te enteraste? Salió en todos los periódicos. ¡A saber dónde estarías!

—Por ahí. Dando tumbos. Así es mi vida ahora.

—Déjame que te diga que no me gustabas demasiado. Tan desgalichado, tan distraído, tan metido en tus cosas, en tus secretitos… Aunque en realidad no, no es que no me gustaras. Es que me parecías poco para Gloria. Una chica como ella se merecía algo más que tú. Se merecía lo mejor.

Eloy sonrió y dio unos golpecitos en el colchón.

—Ven. Siéntate a mi lado.

Ella obedeció y él, afectuoso, le apretó la mano. Se había establecido entre ambos una rara intimidad que hacía innecesaria la conversación. Estuvieron varios minutos así, sin decirse nada, simplemente cogidos de la mano. Del otro lado de la puerta llegaba ruido de pasos, voces, risas. Alicia se apartó un poco y dijo con un ligero temblor en la voz:

—¿Sigues viéndola? A Gloria, quiero decir. No he vuelto a saber de ella. Si la ves, por favor, no le hables de mí. No le digas que… Ya me entiendes. Ni a Gloria ni a nadie.

—Descuida.

Volvieron a quedarse callados. Eloy sacó del bolsillo un fajo de billetes unidos con una goma.

—Cómprale algo a tu hijo. Hazle un buen regalo.

—¡Es mucho dinero! ¿De dónde ha salido?

—Tú cógelo y no hagas preguntas. —Le puso los billetes en la mano—. ¿Qué es lo que más ilusión le hace? ¿Una bicicleta?

—¿Una bicicleta? —Se le escapó una risita—. ¿A un niño de cuatro años?

Las voces de fuera habían ido subiendo de tono. De vez en cuando, por encima del rumor general, se destacaba lo que igual podía ser un gemido que una risa sofocada. Eloy salió al falso patio. Ratón estaba sentado en un banquito de obra con la cara entre las manos. Junto a él, algunas de las prostitutas lanzaban invocaciones a la Virgen y preparaban vasos de agua con limón. La madama, con expresión de alarma, corrió hacia el pasillo murmurando:

—No sé qué demonios está diciendo este hombre sobre unos ojos. ¡Está obsesionado! Todo el rato lo mismo: unos ojos que le

preguntaban por qué me haces esto, por qué me haces esto… —Imitó la entonación castiza del chico para decir—: «¡Esos ojos, esos ojos!».

Ratón, sabiéndose el centro de atención, se empeñaba ahora en bromear y fingir ataques de risa, ¡ja, ja!, ¡ja, ja! Cuando vio a Lucio aparecer a medio vestir, le hizo un gesto tranquilizador y se puso a cantar *La Parrala* con una voz traspasada de desasosiego: que sí, que sí, que a la Parrala le gusta el vino… La mujer, suspicaz, se encaró con el cabecilla:

—¿De qué pueblo me dijiste que erais? No sé muy bien qué negocios os traéis entre manos. Pero escúchame. Agarráis ahora mismo a vuestro amigo y os vais de aquí. ¡Yo no quiero líos! Cuanto antes os vayáis, mejor para todos.

Mientras, de fondo, seguía oyéndose a Ratón:

—«… Que no, que no, ni el aguardiente ni… ¡el marrasquino!»

Concluyó el verso con un gorjeo alegre, celebratorio. Por primera vez había logrado completar el estribillo sin atascarse.

Habían encontrado la camioneta Fiat medio volcada en mitad del arroyo, cerca del puente que llamaban de la Garrapata. Era una zona de riberas abruptas y arbolado espeso, y para sacarla habían necesitado cuatro mulas. Entre la lluvia y lo accidentado del terreno, tardaron casi dos horas en arrastrarla hasta el camino. Con expresión aburrida, los dos inspectores seguían la operación desde el interior del coche policial. El mulero se protegía con un saco la cabeza y los hombros, como los repartidores de hielo. Cuando le vieron quitárselo, Senén dijo:

—Parece que ya no llueve.

—Ve a ver —ordenó Valentín.

Senén asomó medio cuerpo fuera del coche. Viendo que todavía lloviznaba, agarró el paraguas antes de salir. Cuando Valentín decía una cosa, se hacía y punto. En el último año, había recibido varias felicitaciones de los superiores, incluida alguna del ministro, Blas Pérez González, y ya nadie en la Dirección General de Seguridad discutía su autoridad. Junto a la reata de mulas, dos policías de uniforme esperaban órdenes bajo la lluvia. Para reivindicar su propia jerarquía, Senén les soltó unos gritos:

—¿Y vosotros qué? ¿Os gusta mojaros? ¡Vamos, vamos!

Los dos hombres se pusieron en movimiento. Uno apartó la lona y subió a la caja, donde el lodo y el agua habían convertido las mantas y las cuerdas en una masa indistinta del color de la brea. El otro, provisto de un trapo, se asomó a la cabina y rebuscó en la guantera de

rejilla, entre los pedales, debajo de los asientos. Entretanto, el barro de la carrocería iba poco a poco desprendiéndose. Del letrero de la portezuela se leían algunas letras sueltas. Senén se acarició por enésima vez la verruga de la barbilla y lo completó:

—MUDANZAS PIRINEOS . —Se volvió hacia sus subordinados—. ¿Algo especial? ¿Alguna pista? ¿Algún papel?

Los otros, fuera ya de la camioneta, negaban con la cabeza.

—¿No llevaba carga? ¿Ha podido caer al agua? —Y, como los dos hombres volvieron a negar, aprovechó para desahogarse—: ¡Seréis capaces de no encontrar nada!

Tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo tontamente. Si no hubiera sido por la insistencia de Valentín, no estaría ahí en ese momento. Echó un vistazo al mulero, que permanecía a la espera, tensando ramales y retrancas, revisando arreos y colleras. Los mismos animales que habían rescatado el vehículo lo iban a remolcar hasta Madrid.

—¡Marchando, hombre! —le gritó, con malos modos—. ¡Marchando!

Volvía a llover con fuerza. La reata echó a andar muy despacio. Quienquiera que fuera el que había robado la camioneta se había tomado la molestia de rajar los neumáticos antes de empujarla hacia el arroyo. Iban a tardar horas en llegar al taller. Cuando terminó de pasar el pequeño convoy, Senén observó las rodadas que habían quedado impresas en el barro: nítidas, definidas, como talladas en madera. Se acercó después al coche. Valentín no se había movido de su sitio. Hablaron a través de una rendija de la ventanilla.

—Nada —dijo Senén—. Ni mercancía ni documentación ni nada.

—¿Cuándo se denunció el robo?

—Ayer miércoles por la mañana.

—¿Y cuándo encontraron la camioneta?

—Ayer también, pero por la tarde.

Cerró el paraguas, lo sacudió en el aire y entró en el automóvil. Ya sentado, observó contrariado las suelas de sus zapatos, sucias de barro. ¡Joder, cómo se había puesto! El vaho cubría los cristales y los mantenía aislados del exterior, encerrados en una nube de vapor. Los dos policías entraron también y abrieron las ventanillas para que circulara el aire. Valentín, más que hablar, reflexionó en voz alta:

—Robar un vehículo así para abandonarlo poco después… Y aquí, tan cerca. Es raro, ¿no? ¿Qué sentido tiene?

—Una gamberrada —dijo Senén—. O un cambio de planes. Alguien tenía que llevar una carga y algo salió mal. ¿Quién sabe? Lo que está claro es que son delincuentes comunes. Estraperlistas tal vez.

—¡Estraperlistas! —dijo Valentín con desprecio, porque nadie robaría una camioneta para ir a vender unas cebollas o unas patatas.

Senén, humillado, se incorporó hacia el conductor.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos movemos o no?

Cristina sacó un trapo de la cesta y lo pasó por la superficie de mármol.

—¿Cómo puede haber siempre tanto polvo? —susurró.

Le había costado buena parte de sus ahorros pero al final lo había conseguido. Los restos del pequeño Mateo, sepultado en su momento en el otro extremo del cementerio, descansaban ahora en el mismo columbario que sus padres, separados sus nichos por media docena de metros. Si hubiera tenido más dinero, habría comprado un panteón para tenerlos a los tres juntos. Pero con eso se conformaba: unos nichos orientados al este para que los acariciara el primer sol de la mañana; unos cipreses a la espalda dándoles sombra en las tardes de verano; sus padres, enterrados a ras de suelo; su hermano Mateo, un poco más arriba y a la izquierda. Aunque no pudiera enterrarlo junto a este, Cristina había hecho grabar en la misma lápida el nombre de su hermano mayor, cuyo cadáver había ido a parar a la fosa común junto a los otros fusilados. Verlo ahí con su nombre completo le proporcionaba cierto consuelo y la ayudaba a recordarlo al lado de los demás, lo que era como revivir los buenos tiempos, los años de felicidad, cuando todavía estaban todos y la desgracia aún no había entrado en casa.

—Así, mejor —dijo para sí, sacudiendo el trapo en el aire.

Retiró el ramillete mustio y lo sustituyó por una rosa de invernadero que acababa de comprar a la entrada del cementerio, en una floristería de la avenida de Daroca. Se agachó después para repetir la operación en el nicho de sus padres: pasó el trapo por la lápida, quitó las flores secas, colocó la rosa. Lo hacía todo sin prisas, demorándose en cada acto. Por uno de los senderos apareció un pequeño cortejo fúnebre encabezado por un sacerdote que con una mano sostenía un libro de oraciones y con la otra sacudía briosamente el hisopo. Detrás de él, los familiares y allegados del fallecido, todos de aspecto pobretón, hundían la cabeza entre los hombros y respondían débilmente a las jaculatorias. Cristina los siguió con la mirada hasta que desaparecieron detrás de los cipreses. Al cabo de unos minutos, se santiguó y, agarrando de nuevo la cesta de mimbre, se dispuso a regresar por el mismo sitio por el que había llegado. Alguien la llamó por la espalda:

—Buenos días, Cristina.

Valentín llevaba un abrigo pardo y una gorra verde aceituna que se mimetizaban con el color de los árboles en invierno. La chica se preguntó cuánto tiempo llevaría ahí.

—¿Qué quiere?

Sin contestar, el policía se acercó al nicho de Mateo y se quitó la gorra. Luego enderezó la rosa, que estaba un poco inclinada, y silabeando con claridad leyó:

—Bernabé Donoso Gómez. Lo conocí bastante. No era mal chico. Un idealista, un soñador, como tantos otros.

Golpeó la lápida con los nudillos como para comprobar que sonaba a hueco. A Cristina le pareció que en ese acto había algo acusatorio, como si le diera a entender alguna irregularidad. ¿Era ilegal grabar en un mármol el nombre de un fusilado? Su primera reacción fue agachar la cabeza, sintiéndose cogida en falta. Luego él dijo:

—Si lo que quiere es sacarlo de donde está y reunirlo con sus seres queridos… Mucho tendrían que cambiar las cosas.

Y ella se revolvió rabiosa:

—No puedo enterrar a los míos. ¿También está prohibido recordarlos?

—Yo solo digo que las cosas son como son. No como a usted le gustaría.

—¿Me va a decir a qué ha venido?

El policía hizo un gesto teatral que pretendía abarcarlo todo: los trinos de los pájaros, las blancas nubes, los altos cipreses, la tierra del camino. Luego abrió mucho las ventanas nasales para llenarse de aire los pulmones y espiró ruidosamente, como un deportista después de un gran esfuerzo.

—Hay quien lo llama intuición. Yo lo llamo olfato. Huelo las cosas. ¿Sabe usted? Mis compañeros no se explican por qué yo hago mi trabajo mejor que ellos, y es solo eso: cuestión de olfato. Le pregunto una cosa a mi olfato, y unas veces mi olfato me dice que sí y otras, que no. Así de sencillo. Ahora, por ejemplo… —Volvió a aspirar con fuerza—. Ahora, por ejemplo, me está diciendo que su hermano Eloy ha estado aquí. ¡Claro que para llegar a esa conclusión no hace falta ningún olfato! Hace casi un año que Eloy volvió a Madrid. ¿Cómo no iba a venir en algún momento a visitar la tumba de su querida madre? Y lo normal sería que alguna de esas visitas la hubiera hecho con su hermana, ¿no le parece? Pero no le voy a preguntar cuántas veces se han visto a lo largo de este año…

—Si de verdad cree que siguiéndome a mí conseguirá llegar a mi

hermano… —Cristina torció el cuello—. Soy la última persona a la que Eloy tratará de acercarse. Por no ponerme en peligro. Y por no ponerse él mismo. Le iría a usted mejor si vigilara a cualquier otro.

—¿Sabe usted lo que es el silencio, el silencio de verdad? No poder hablar con nadie, más allá de un buenos días, buenas tardes. No permitirse el menor desahogo. No poder ser uno mismo. Fingir siempre que eres otro. Intentar ser uno de esos tipos en los que nadie repara. Intentar no existir. Andar esquivando a la gente. Vivir aislado del mundo. Sí, eso es el silencio, el verdadero silencio. Para no correr el riesgo de ser descubierto, las personas como su hermano tienen que guardar un silencio así todas las horas del día, todos los días del año. ¿Y qué quiere que le diga? Eso no lo aguanta nadie. No toda la vida.

—Pero al menos están en libertad.

—Están en libertad porque no están en la cárcel. Pero eso no quiere decir que sean libres. Un día, de repente, se dan cuenta de que llevan la cárcel con ellos, una cárcel que no es como las otras porque ni siquiera se puede intentar escapar. A partir de ese día… —Aquí el policía hizo una pausa—. A partir de ese día solo aspiran a ser descubiertos. Créame. Lo he visto muchas veces. De repente, los que han demostrado más destreza a la hora de esconderse empiezan a dejar pistas, a cometer errores infantiles, a exponerse innecesariamente… ¿A qué cree usted que se debe?

Cristina se encogió de hombros y, por hacer algo, apretó la cesta entre los brazos. Valentín volvió a ponerse la gorra.

—Volveremos a vernos —dijo, a modo de despedida.

La nueva prisión estaba lejos de todo, en mitad de un secarral, entre desmontes, zanjas y montañas de grava, como una obra dejada a medias. Por encima de los altos muros asomaban los pabellones, de geometrías sencillas y aspecto despojado. La cúpula de la torre central, que parecía una escudilla enorme vuelta del revés, lanzaba en los días claros intensos reflejos dorados. La entrada principal, con rosetones a los lados y columnas medio ocultas detrás de las garitas, estaba como engastada en la fachada de ladrillo rojo. Delante había un pequeño jardín con apenas tres arriates, los jóvenes setos sostenidos todavía con estacas y cordeles. Las familias de los presos esperaban junto a la arcada de la derecha, que era donde a esa hora daba el sol. El pequeño Juan, que a finales de ese mes cumpliría cinco años, se empeñaba en soltarse de la mano de su madre y corretear entre las columnas. Maite, con los brazos en jarras, no le quitaba el ojo de encima: ¿no había manera de que ese diablillo se estuviera quieto? Sobre el voladizo de

la puerta había un balconcito al que cada cierto tiempo se asomaba un policía. Allí se conocían todos. Según a quién buscara con la mirada el policía, sabían cuál sería el siguiente preso en salir. Cuando llevaba casi dos horas esperando, Maite supo que había llegado su turno. Alargó la mano hacia su hijo.

—¡Corre, corre! ¡Va a salir papá!

Efectivamente, unos segundos después se abrió el gran portón de madera y apareció Amancio con un hatillo al hombro. Estaba algo más fuerte que un año antes, cuando lo trasladaron desde Porlier junto a los demás. Avanzó solo unos pasos, hasta detenerse entre las dos garitas. A Maite le pareció que achinaba un poco los ojos, como quienes no han visto la luz en mucho tiempo. Seguramente era solo la emoción. La emoción de recuperar la libertad después de casi cuatro años.

—¡Amancio! —gritó.

El niño corrió hacia su padre, que lo agarró por las axilas y se lo puso a horcajadas sobre los hombros.

—¡Pero cuánto pesa este chaval!

Maite se cogió del brazo de su marido. Hicieron un vago gesto de despedida hacia la fila de familiares y echaron a andar, muy juntos. Para llegar a su barrio tenían que coger dos tranvías. Caminaban despacio, tratando de no tropezar con las piedras del camino. Cuando llegaron a las tapias del reformatorio, que señalaban el límite entre los dos Carabancheles, Amancio bajó al niño al suelo. Maite se negó a volverse. Dijo:

—No me hagas mirar. No quiero ni despedirme de este sitio. ¿Quién era aquella de la Biblia, la que se convirtió en una estatua por volverse a mirar?

En el barrio no había habido muchas novedades: unas cuantas casas a medio construir, algún comercio nuevo, más chabolas que nunca al otro lado de la plaza de toros. Lo que sí había cambiado era La Toledana. Los postigos, que todos los días había que montar y desmontar, habían sido sustituidos por una persiana. El antiguo almacén se había convertido en comedor, separado del resto del local por una mampara de madera. Eso había permitido alargar la barra por la parte anteriormente reservada a las mesas y liberar espacio para la puerta de vaivén, junto a la que ahora había un reloj de pared. Desde el otro lado del mostrador, Julito saludó agitando el trapo por encima del hombro. Julito era el primo de Amancio que había ocupado su puesto durante su ausencia. Amancio le devolvió un gesto de aprobación: era una auténtica bendición ver que no solo se las habían sabido arreglar sin él, sino que incluso habían conseguido que el

negocio prosperara.

—Ahora, a casa —anunció Maite.

Su padre había muerto de tuberculosis sin llegar a obtener plaza en ningún sanatorio. Maite había aprovechado para hacer cambios y adecentar la vivienda. El dormitorio del anciano había pasado a ser el del matrimonio, y el del matrimonio, el del niño. En el de ellos había puesto una lamparita con unas lágrimas de cristal que parecían pececillos y un papel de pared con un dibujo como de helechos o plumas de pavo real. En el de Juan había pintado los marcos de puertas y ventanas de un suave color verde y colocado unas cuantas láminas de payasos, un pupitre con una pizarra, un globo terráqueo, un cuadrito con el alfabeto bordado en punto de cruz.

—¿Qué? ¿Qué te parece?

Maite, en mitad del pasillo, esperaba la reacción de su marido conteniendo la respiración. Amancio apretó los labios como para hacer buches y dijo finalmente:

—¡Pero qué mano tenéis las mujeres para estas cosas!

En su voz, más que aquiescencia, había admiración. Maite, halagada, bajó la cabeza con modestia.

—¡Un poco más de dinero y te habrías quedado turulato!

—¿Para qué gastar más si así está perfecto?

—Lo siguiente será el cuarto de estar. Sé muy bien lo que quiero hacer. ¡Y tampoco te pienses que nos costará una fortuna! La taberna la tenemos siempre llena de clientes. Entre lo que ya tengo ahorrado y lo que consigamos ahorrar los próximos meses…

Le estaba hablando de la vivienda y del trabajo, pero lo que en realidad le estaba diciendo era: si estando tú en la cárcel las cosas no nos han ido del todo mal, imagínate a partir de ahora. Le estaba diciendo: si yo he sido capaz de sacar todo esto adelante, ¿de qué no seremos capaces los dos juntos? Le estaba diciendo: no pongamos todo esto en peligro, prométeme que no volverás a meterte en líos. Le estaba diciendo: aléjate de tus camaradas, olvídate de la política, tú ya hiciste bastante, que se sacrifiquen otros ahora…

—¡La pelota! ¡La pelota! —oyeron.

El pequeño Juan, que se había entretenido con otros niños en el portal, entró en tromba y rescató de debajo de la cama una pelota de tenis. Se la había regalado un chico algo mayor que solía rebuscar junto a las pistas de la calle O'Donnell. Aquella despeluchada pelota de tenis era su tesoro más preciado. Se abrazó a las piernas de su madre y dijo con voz implorante:

—¿Puedo ir a jugar con Andrés? ¡Dime que puedo! Puedo, ¿verdad? ¡Dime que sí!

La mujer hizo una señal de asentimiento y el niño echó a correr escaleras abajo. Ella lo siguió con la mirada por el hueco de la escalera, cerró sigilosamente la puerta y dedicó a su marido una sonrisita traviesa. ¡Ah, cuánto tiempo hacía que Amancio no veía esa sonrisa! Maite llevaba puesta una falda de franela gris que le llegaba por debajo de las rodillas. Inclinó ligeramente el torso, introdujo las puntas de los dedos por las aberturas laterales y, sin tocar casi la tela y ayudándose de un leve contoneo de cadera, deslizó la braga hasta los tobillos. Se incorporó y permaneció varios segundos inmóvil, mirándolo a él a los ojos, sonriéndole. Después trató de desprenderse de la braga sin agacharse, esbozando algo así como un paso de baile, trazando en el aire un escueto caracoleo. La prenda, que se zafó sin problemas de un zapato, acabó enganchándose en la hebilla del otro. Amancio hizo ademán de ir a agacharse para ayudar, pero ella se lo prohibió con la mirada. Después, sin ninguna prisa, se descalzó. Los zapatos y la braga quedaron allí, en el pasillo, y Maite se acercó a su marido caminando de puntillas. De repente, quién sabía si por esa manera de andar como de bailarina de ballet o porque esos juegos eróticos solo los habían practicado en sus primeros meses de vida en común, a Amancio le pareció que su mujer aparentaba bastantes menos años de los que realmente tenía. Por unos minutos volvió a ser la chica de la que se enamoró el día en que entró en la bodega cargando con una caja de arenques y la vio detrás de la barra, echando una mano a sus padres.

—¿Vamos a la habitación? —le susurró ella al oído.

Una hora después, seguían en la cama, abrazados. Sabiendo que el niño podía llegar en cualquier momento, empezaron a vestirse. Maite salió a recoger las prendas que habían quedado desperdigadas por el pasillo y se las fue poniendo sobre la marcha, de regreso al dormitorio. Amancio miraba el reloj de la mesilla al tiempo que se abrochaba los botones de la camisa.

—¿Por qué te levantas? —dijo ella—. Quédate descansando. Bajo a ayudar un rato con las comidas. En cuanto pueda, te subo algo de comer.

—Guárdame las sobras para la cena. Tengo que ver a unos amigos.

—¿Unos amigos? —Maite intentaba no parecer suspicaz—. ¿Qué amigos?

—Unos amigos —repitió él con indolencia, y ella, aún a medio vestir, hizo un leve gesto de desaliento.

Del dintel colgaban unas piezas de latón que al contacto con la puerta emitían un leve tintineo. En el local no había nadie. Más que saludar, Amancio preguntó:

—¿Buenas tardes?

La tienda era pequeña y oscura, con una única estantería repleta de albaranes, agendas, cartapacios, resmas de folios, tinteros, estuches escolares, lápices. A Amancio le pareció que olía a cola de carpintero. Se acercó al mostrador y anunció nuevamente su llegada dando unos golpes con los nudillos.

—¿No hay nadie?

Se descorrió una cortina y apareció sonriente Antonio Simón, el dibujante.

—¿Qué creías? ¿Que te había dado plantón?

Se abrazaron. Por uno de esos misterios de la administración franquista, a Antonio, con idéntica condena que Amancio, lo habían soltado cuatro meses antes. A su espalda apareció un joven flaco, debilucho, con la palidez de un moribundo, al que presentó como el «hombre orquesta» y «chico para todo». Era Virgilio, que seguía haciéndose llamar Pascual.

—¿Qué os parece? —dijo Antonio, sacando de algún sitio una cuartilla encabezada por un llamativo ¡INSURRECCIÓN NACIONAL!

—Esconde eso. —Virgilio echó un vistazo a la calle a través de los visillos y corrió el cerrojo de la puerta—. ¿Y si le han seguido?

—¿Quién le va a seguir hasta aquí?

La papelería estaba en Vicálvaro, en una calle algo apartada. Desde que Jesús Monzón se había hecho cargo de la reorganización del Partido en el interior, no faltaba financiación para las labores de propaganda. A Virgilio le habían dado unos sobres con dinero y encargado que comprara una imprenta. Él había cogido en traspaso esa modesta papelería, que tenía en su trastienda una minerva. Un negocio ya en funcionamiento pero con poca actividad: la tapadera perfecta. Oficialmente seguía imprimiendo tarjetas de visita, calendarios de propaganda y recordatorios de primera comunión, y de tapadillo se dedicaba a la publicación de panfletos y octavillas. Antonio, que había aprendido a utilizar la imprenta cuando hacía *Redención* en Porlier, se ocupaba de las cuestiones técnicas. Virgilio traía y llevaba lo que Antonio imprimía.

—Pasa —dijo Antonio, sosteniendo con la mano la cortina—. Ahora verás.

La parte trasera, que daba a un jardín abandonado, era la más luminosa del negocio. La imprentilla estaba al fondo de todo, junto al ventanal. Era una minerva clásica, de las de rueda lateral, y sus piezas

de hierro galvanizado brillaban al sol de la tarde. Podía ser que no fuera demasiado vieja, pero sus bastidores, engranajes, correas de transmisión, etcétera, evocaban la maquinaria de un siglo atrás, cuando la Primera Revolución Industrial. Junto a ella estaban el chibalete con los tipos bien ordenados, los rodillos de repuesto, los botes de tinta. Amancio pasaba las yemas de los dedos por encima de aquellos objetos pero solo acariciándolos, sin llegar realmente a tocarlos. En su actitud quedaban vestigios de una veneración antigua, de naturaleza casi religiosa: para un revolucionario una imprenta era algo sagrado. Antonio, guasón, pisó el pedal e hizo girar la rueda al tiempo que fue colocando en la platina cuartillas que, ya impresas, retiraba de inmediato. Lo hacía todo con gestos maquinales, de autómata. Un chirrido de piezas mal engrasadas, no muy distinto del graznido de las gaviotas, se mezclaba con un traqueteo de tranvía. Cuando se detuvo, se habían acumulado sobre el tablero diez o doce octavillas que, como la primera, exhortaban a la insurrección nacional.

—¿Es seguro este sitio? —dijo Amancio.

—¿Qué sitio lo es? —dijo Antonio.

—Lo digo porque hay policías en todas partes. Desde que mataron a los dos falangistas de Cuatro Caminos…

—El almacén está en un sitio seguro. Aquí no encontrarían más que esto.

—No necesitan mucho más para volver a meterte en Carabanchel.

—¡No seas cenizo! —exclamó Antonio, inclinándose para coger de la repisa una damajuana forrada de mimbre—. ¿Qué? Habrá que brindar por tu libertad. ¿O no?

Se sirvieron unos chatos de vino y hablaron de otros compañeros de cautiverio: de los que habían muerto fusilados, de los que seguían en la cárcel, de algunos que, como ellos, habían salido antes de tiempo. Sonó el timbre de la calle. Virgilio y Antonio se consultaron con la mirada: no esperaban a nadie. El chico se apresuró a esconder el molde y las octavillas en un hueco entre los anaqueles y la pared.

—¡Voy!

Los otros dos permanecieron a la espera, guardando completo silencio. Se oyó después el tintineo del colgante de latón, seguido de un rumor de voces indistintas. Virgilio volvió a la trastienda acompañado de un hombre de ojos claros, nariz ancha y frente despejada. Era el secretario de agitación y propaganda y creador del Ejército Guerrillero, Gabriel León Trilla, el Profesor, que había conseguido burlar a la policía desde su regreso a España a finales de 1943. Antonio le presentó a Amancio, el único de los presentes al que

no conocía. Este, al verlo entrar, no pudo reprimir una mueca de contrariedad, que nadie dio señales de advertir. Trilla sacó un periódico que llevaba oculto dentro de la ropa y lo desdobló sobre la mesa.

—¡Recién llegado del otro lado del charco!

Era un número reciente de *Reconquista de España* . A diferencia de las precarias publicaciones clandestinas que circulaban por Madrid, esta, impresa en México, presentaba un acabado muy pulcro, profesional, con doce páginas en formato sábana, abundancia de fotografías e ilustraciones y una elegante cabecera en la que el nombre del periódico descansaba sobre una silueta de la península ibérica cruzada por un fusil y una rama de laurel. Un titular a seis columnas clamaba: ¡CONTRA EL TERROR DE LA FALANGE! Trilla señalaba aquí y allá diversos párrafos que previamente había marcado con lapicero. Eran los textos escogidos para aparecer en las octavillas. Uno aludía al apoyo internacional cosechado por la Unión Nacional; otro, a los cientos de juntas que estaban formándose en España; un tercero, al general De Gaulle, que había sabido unir a franceses de muy diversas ideologías…

—Si ellos, unidos, han conseguido derrotar a los nazis, ¿por qué no vamos a poder nosotros con los fascistas? ¡Pero para eso tendremos que unirnos también!

Con su conocida elocuencia, Trilla se extendió sobre la situación del conflicto en Europa y sus posibles derivaciones: ¡tendría gracia que los españoles, que habían liberado París, no fueran capaces de liberar Madrid!, tenían que hacer cosas, poner de su parte, demostrar que estaban vivos, no iban a quedarse de brazos cruzados, aguardando a que vinieran de fuera a liberarlos… Amancio, que, como si estuviera ordenando sus pensamientos, se había mantenido en silencio, le interrumpió para decir:

—Ese invento vuestro, la Unión Nacional… Sabemos que habéis hecho buenas migas con burgueses, monárquicos y gente así. También sabemos de otros que intentaron lo mismo y luego se descubrió lo que se descubrió…

En ese plural Amancio incluía a Monzón, además de a Trilla, y con ese *otros* se refería a Quiñones, cuya condición de agente extranjero y traidor no ponía en duda. El concepto que tenía de Trilla no parecía ser mucho mejor. Este lo observaba imperturbable, como si desde el principio hubiera estado esperando ese momento.

—Vuestra Unión Nacional está muerta. Todo el mundo lo sabe. —Amancio hizo un gesto que abarcaba a los otros dos—. ¿Qué te crees? ¿Que a la cárcel no llegan las noticias?

Sin mencionarla, estaban hablando de una carta abierta de la dirección del Partido que criticaba a Jesús Monzón, presidente de la Junta Suprema de Unión Nacional, por su elitismo, su ineficacia y su falta de confianza en las masas. Monzón había sido llamado a Toulouse a rendir cuentas ante los dirigentes del Partido en el exilio. Si todavía no habían llamado también a Trilla, estaba claro que no tardarían en hacerlo. Amancio cerró el ejemplar de *Reconquista de España* y se lo devolvió con brusquedad.

—¿A qué has venido? ¿A ver si todavía tienes alguna autoridad? Tú aquí ya no eres nadie. Te diré lo que van diciendo por ahí: que en realidad eres un provocador que ha sabido infiltrarse en la organización. O algo peor: un confidente de la Brigada Social.

—¿Y tú lo crees?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer. Te acabo de conocer.

—Me enviaron de Francia con el encargo de reorganizar el Partido en la clandestinidad. Supongo que sabes que nunca antes habíamos sido tan fuertes. El aparato de *agitprop* , los comités locales, el Ejército Guerrillero, la organización de los trabajadores en las fábricas, la red de enlaces… Nunca habíamos estado tan vivos. Nunca habíamos colaborado tantos camaradas. Si trabajara para la policía de Franco, sería al revés, ¿no crees? De eso no quedaría nada y todos los militantes estarían en la cárcel.

Amancio no contestó. Trilla interrogó con la mirada a Antonio. Este chascó la lengua y dijo:

—¡Yo qué sé!

—Me conoces desde hace años. Desde que ilustrabas artículos para *Nuestra Bandera* . ¿De verdad crees que soy todo eso que dicen: un provocador, un infiltrado?

—Repito: ¡yo qué sé! Ya no te puedes fiar de nadie.

Ahora el Profesor miró a Virgilio, que se mantenía en silencio.

—¿Y tú? ¿Tampoco te fías? El dinero para pagar esto te lo traje yo. ¿Te acuerdas? Traje dinero, no policías. ¡Si trabajara para Franco, hace meses que te habrían detenido!

El chico inició una débil réplica:

—Entonces, ¿por qué el Partido cree…?

Que el otro interrumpió, sarcástico:

—El Partido siempre tiene razón. La tiene incluso cuando no la tiene. Hay que estar con el Partido aunque no tenga razón. Nunca contra el Partido aunque no la tenga. ¡Así somos los buenos comunistas!

Con semblante serio, volvió a guardarse el periódico entre la ropa y se fue sin despedirse. Oyó cómo a su espalda corrían el cerrojo de la

puerta, se subió las solapas del abrigo y miró con desconfianza a su alrededor. ¿Había caído en desgracia? Acostumbrado a esconderse de los policías de Franco, ¿tendría también que esconderse de sus camaradas? A cuatro calles de allí, en una parada próxima al cuartel de artillería, cogió el tranvía, atestado de trabajadores que volvían a sus casas al término de la jornada laboral. Por si acaso, se situó al final del convoy, junto a la salida. Estudió con disimulo el rostro de los viajeros más cercanos, tratando de detectar posibles amenazas.

Las gotas rebotaban con fuerza en la carrocería y hacían un ruido de toco-pun, toco-pun, toco-pun. Eloy, incorporado en su asiento, se dirigió al taxista por el espejo retrovisor.

—Aguarde un momento en la esquina, si es tan amable.

Los transeúntes caminaban pegados a las fachadas, esquivando el agua que salía a chorros por los canalones, y, tras sortear los charcos que se formaban junto a los bordillos, apuraban el paso para cruzar el bulevar. Con sus paraguas negros y sus impermeables grises, costaba distinguirlos a través de la lluvia y los cristales empañados. Bajó un poco la ventanilla y miró por la rendija. Al cabo de unos minutos la vio aparecer por la esquina de Ayala. Llevaba el paraguas algo inclinado, como si tratara de anticiparse a la lluvia.

—Avance un poco. Hasta la farola. O mejor, hasta el buzón.

El vehículo se detuvo a solo dos metros de Gloria. Eloy salió y la invitó a entrar. Ella, titubeante, miró a su alrededor con inquietud. Eloy, con una jovialidad algo impostada, la apremiaba:

—¡No querrás mojarte! —Aunque el que más estaba mojándose era él.

Apenas si hablaron durante el trayecto. El taxista los observaba como preguntándose qué clase de relación había entre ellos, o seguramente adivinándola. No iban muy lejos. Iban al barrio de La Guindalera, a una zona de casas bajas de aire extranjero, con un pequeño jardín delante y balcones de hierro forjado. A esas casas las llamaban *hotelitos* . Algunos de ellos exhibían sobre la cancela un letrero con el nombre. El suyo era el Villa Pilar. Corrieron a refugiarse bajo la cornisa y llamaron al timbre.

—Es una locura —susurró Gloria—. ¿Qué le digo luego a Félix?

—Algo se te ocurrirá. Siempre se te ocurre algo.

Ella insistió:

—No tendría que haber subido al taxi, no tendría que estar aquí contigo… —Pero un ligero temblor en su voz daba a entender lo contrario.

Salió a abrirles la doncella, alta, medio negra, con cofia y delantal, y los acompañó a una habitación de la zona noble, en el piso superior. Los suelos estaban cubiertos de alfombras, y de las paredes colgaban grandes espejos con marcos dorados. La cama, con dosel, tenía el cabecero adornado con flores de lis. Sobre una mesita redonda había un frutero de porcelana con media docena de manzanas relucientes. Mientras ellos colgaban las gabardinas del perchero, la doncella cruzaba la habitación para terminar de correr las cortinas.

—Ahora mismo les traigo un refrigerio —dijo con acento cubano.

La mujer cerró la puerta al salir. Ellos, por fin sin testigos, corrieron a abrazarse. Eloy pegó los labios al cuello de ella y respiró con fuerza. Gloria, con los ojos entornados, reaccionó emitiendo un ronroneo suave, pausado, apenas audible. En un intento por prolongar el cosquilleo que le recorría el cuerpo de arriba abajo, se apretó aún más a él, buscando el mayor contacto posible: pecho, vientre, muslos. Su sonrisa desfallecida sugería un dulce abandono. Aun así, dijo:

—Es una imprudencia. Nos jugamos muchas cosas. Nos lo jugamos todo… —Y, como cayendo en la cuenta de algo, agregó—: Le diré al taxista que me deje en la farmacia. Compraré cualquier cosa y diré que he tenido que esperar a que me prepararan una fórmula magistral.

—¿Ya estás pensando en marcharte? —bromeó Eloy.

Se separaron al oír el golpeteo de unos nudillos contra la puerta: ¿permiso? La doncella, lenta, ceremoniosa, colocó la bandeja sobre la mesita redonda y lo fue disponiendo todo alrededor del frutero: la jarrita con el zumo, el plato con las pastas de té, el azucarero, la tetera, las tazas. Esos últimos minutos de espera parecían pensados para terminar de inflamar la pasión de los amantes. Eloy, por hacer algo, se acercó a una ventana y apartó el visillo con las yemas de los dedos. Cuando por fin la mujer se fue, se tumbaron en la cama sin desvestirse. Eloy le tapó los ojos con la mano.

—Descríbeme lo que hay en la habitación. Pero de memoria. Sin mirar. ¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza?

Gloria apretó los párpados y movió la cabeza de izquierda a derecha, recorriéndolo todo. Dijo:

—El grabado. En la esquina, al lado de la cómoda. El de Venus y Cupido.

—¿Ese cuadrito?

—Me fijé en él el primer día. Ese Cupido tan extraño: musculoso, con cara de viejo, con esas alas que parece que están sucias… Un monstruo. Si me encontrara con algo así por la calle, me echaría a correr.

—¿Qué más recuerdas?

Gloria le apartó la mano, acercó su cara a la suya y empezó a desabrocharle la camisa.

—Un hombre huesudo, lleno de cicatrices. Uno que me abraza tan fuerte que me deja la piel marcada. Como una res.

Estuvieron un rato sin hablar. Estaban tan juntos que para besarse ni siquiera tenían que torcer la cabeza o alargar el cuello.

—Un hombre huesudo al que nunca sé cuándo volveré a ver.

—No digas eso.

—O si volveré a verlo.

—Peor aún.

—Tengo miedo. Miedo de que pase algo. Miedo de que cada vez sea la última vez.

Se besaron. Eran besos pequeños, besos de pájaro, apenas un roce de labios. Gloria siguió hablando:

—Y, aun así, prefiero este miedo al de antes. El miedo a no saber amar. El miedo a haber perdido un don. Imagínate a un violinista que de repente no se acuerda de cómo se toca el violín. Yo me sentía igual. Había olvidado cómo era el amor. Había olvidado lo que se sentía, esa fuerza extraña, esa locura, ese arrebato… ¿Entiendes ahora por qué estoy aquí? Porque aquí, contigo, vuelvo a tener ese don que había perdido.

Ahora ella acariciaba el pecho de él, enroscando y desenroscando los dedos en el vello rizado. Dijo:

—¿Qué tendría que pasar para que tú y yo pudiéramos estar juntos, sin escondernos, como cualquier pareja normal? ¿Te imaginas? Pasear por la calle, sentarnos tranquilamente en un banco, ir a un cine o un restaurante, ir de compras… ¡Las cosas más sencillas del mundo! ¡Qué complicada es nuestra vida, que ni siquiera nos permite hacer las cosas sencillas! —Soltó un suspiro y añadió, súbitamente risueña—: ¿Quiénes son los que creen en la reencarnación? ¿Los budistas? A lo mejor la solución es esa: hacernos budistas y confiar en que haya otra vida en la que podamos coincidir. ¡Lo que sí sé es que en esa vida seríamos tan felices…!

Volvieron a besarse y Gloria volvió a hablar:

—A veces pienso que tendría que unirme a ti y hacer lo que tú haces, sea lo que sea. Unir mi destino al tuyo, para bien o para mal, y llegar hasta el final, hasta donde la vida quiera llevarnos… O escaparnos. ¿Por qué no nos escapamos? Es lo único que se me ocurre. Desaparecer. Empezar una nueva vida juntos. En cualquier sitio. Donde nadie nos conozca.

—Eso sería más complicado.

—¿Más complicado que qué?

Era una conversación que ya habían tenido. Eloy siempre acababa encerrándose en un mutismo áspero, obstinado. Se consideraba un soldado, y los soldados no abandonaban el puesto en mitad de la batalla. Irse equivaldría a convertirse en un prófugo, un desertor. Esa era sin duda su opinión, pero sobre todo era la opinión del Partido. Había oído hablar de camaradas que habían pasado a Francia tras arriesgar la vida en la guerrilla y que no solo no habían sido bien recibidos, sino que el Partido los había escarnecido y apartado. A Eloy le costaba admitir que la causa por la que luchaba, que en definitiva era la de la justicia, amparara tales desafueros.

—Más complicado que la reencarnación de los budistas —acabó contestando.

—Te conté lo de mi madre, ¿verdad? Que nos dejó cuando yo era niña. Se fue, rompió con todo y con todos, desapareció con otro hombre. Yo nunca se lo perdoné. ¡Toda la vida odiándola por lo que hizo, y ahora la que habla de escapar soy yo!

—No es lo mismo. Tú jamás abandonarías a un hijo tuyo. ¿Has vuelto a tener noticias suyas?

—Ni siquiera sé si está viva. Lo curioso es que últimamente he vuelto a pensar en ella, cosa que no había hecho en años. Y creo que estaría incluso dispuesta a perdonarla. ¿Por qué?, me pregunto. ¿Por qué, si no ha habido ninguna novedad, si no ha cambiado nada? Bueno, sí, algo ha cambiado. Yo he cambiado, ¿no crees?

En algún momento, Eloy cerró los ojos y se adormiló. Gloria se acordó de lo que le había dicho Rosalía en la cárcel: el primer amor es para siempre, nunca se olvida, no te esfuerces por borrarlo. Luego se acercó a la ventana y miró la calle a través de los visillos. Ya no llovía. El rumor del agua había dejado paso a una algarabía de niños que lanzaban piedras a los charcos y se salpicaban unos a otros. Eloy, en sueños, emitió una breve serie de gemidos. Gloria se sentó en el borde de la cama, le agarró una mano y se la llevó a los labios. Él parpadeó varias veces antes de mirarla a la cara.

—Estabas teniendo una pesadilla.

—Es un sueño que me persigue.

—¿Te apetece contármelo?

Eloy negó con la cabeza. Hizo un esfuerzo por recordar. No era siempre el mismo sueño. Había detalles que cambiaban. A veces era de día; a veces, de noche; unas veces estaba en una especie de granja; otras, en algo parecido a un hospital o una iglesia… Pero al final siempre ocurría lo mismo: que el Mancho iba hacia él, se echaba a reír y le señalaba con el dedo. ¿Qué te dije?, le decía, ¡te dije que te

visitaría en tus sueños!, ¡te dije que convertiría tus sueños en pesadillas!, ¡te dije que acabarías deseando estar muerto!

—Es un sueño sobre algo que hice en el pasado —dijo—. Algo que preferiría no haber hecho.

—A lo mejor, contándomelo, te libras de él.

—Ni siquiera sé si quiero librarme de él.

Ella, compadecida, le besó en el pelo y volvió a tumbarse a su lado.

En vísperas del Día de la Victoria se hacían redadas preventivas, que solían ser masivas e indiscriminadas. Se practicaba la pesca de arrastre. Cualquiera que en el barrio tuviera fama de *comunistoide* acababa pasando el día en jefatura, y con frecuencia bastaba con que te hubieran detenido sin motivo el año anterior para que volvieran a detenerte sin motivo al año siguiente. A las siete de la mañana del domingo 1 de abril, las comisarías madrileñas estaban llenas de gente encadenada a los radiadores, las rejas de las ventanas, las patas de los muebles. En los pasillos de Gobernación había hombres de muy diversas edades, desde adolescentes de rostro lampiño hasta viejos sarmentosos que habían hecho la guerra en Cuba. Algunos habían tenido tiempo de arreglarse un poco; a otros parecían haberlos pillado en ropa de casa. Había también varias mujeres, de rasgos ordinarios y expresión contrita. Valentín, que estaba a cargo de una parte del dispositivo de seguridad, se asomó al pasillo. ¿De dónde salía esa capacidad de los comunistas para sobreponerse a las adversidades y, si hacía falta, enfrentarse al martirio? ¿De su fe en el más allá, como los primeros cristianos? El rumor de protesta, aunque tímido, era constante. Valentín golpeó la pared con la mano abierta y soltó un grito:

—¡No quiero oír ni una palabra!

Detrás de él estaban García, Salazar y otros agentes, todos vestidos de paisano porque su misión consistía en infiltrarse entre el público del desfile para prevenir posibles alborotos. Los detenidos enmudecieron. Valentín volvió a encerrarse en el despacho con sus colaboradores. Encima de una mesa, apoyado en carpetas y archivadores, había un plano de Madrid con indicaciones sobre el itinerario del desfile. La ubicación de la tribuna presidencial, en la acera de los pares de la avenida del Generalísimo, de espaldas a la calle Lista, estaba marcada con dos grandes aspas. En la acera de enfrente, tocando con Marqués de Riscal y marcada solo con un aspa, se situaba la que llamaban «tribuna de respeto», reservada a las

esposas del Caudillo, los ministros y los generales. Las otras tribunas estaban señaladas con sus correspondientes capitulares, encerradas en un circulito: la P de prensa, la A de Ayuntamiento, la D y la C de Diputación y Capitanía. Entre los cruces de la avenida con las calles de Eduardo Dato y Alcalá había multitud de señales menores repartidas un poco a la buena de Dios, una llovizna de trazos, números e iniciales cuyo significado profundo no parecía fácil desentrañar. Valentín golpeteó con la punta de la uña uno de los puntos y anunció:

—Nosotros, aquí.

A su grupo le había sido asignado un tramo de la avenida muy próximo a Colón desde el que, entre los árboles, se adivinaban las tribunas principales, de volúmenes grandiosos pero líneas sencillas, adornadas con plantas y reposteros. No había en esa zona ninguna fachada que no estuviera engalanada con colgaduras, estandartes y gallardetes. De lo alto de algunos edificios colgaban gigantescos retratos del Generalísimo y carteles de FRANCO — CAUDILLO DE ESPAÑA . Los colores de las banderas de España y del Movimiento lo llenaban todo. A un lado de la plaza estaban los sectores acotados para el personal de los ministerios, militares con graduación, miembros del cuerpo diplomático. Al otro lado se había instalado el altar para la misa de campaña, presidido por una imagen de la Inmaculada Concepción y custodiado por una escuadra de gastadores. Aunque el comienzo de la ceremonia no estaba previsto hasta las diez, hacía más de dos horas que la gente había empezado a ocupar los laterales de la avenida. Por la calzada se repartían las tropas que se disponían a desfilar, encabezadas por varias compañías de marinería e infantería de marina. Sin bajar del automóvil, el capitán general pasó revista entre los aplausos del público. Luego, rodeado de su séquito, fue a situarse delante del altar. La misa la ofició el vicario castrense, ayudado por dos soldados. A esas alturas de la mañana, no quedaba ni un hueco libre en toda la avenida. La multitud, abigarrada, inquieta, adoptó una actitud de admiración y recogimiento en el momento de la consagración, en el que la banda militar interpretó el himno nacional al tiempo que la tropa rendía armas en señal de respeto. La ingente energía contenida se liberó de golpe con el *ite, missa est* del oficiante, que dio paso a un griterío desbordado, de feria o de verbena.

Volvió a sonar el himno para recibir a Carmen Polo, que iba acompañada de su hija y otras señoras. Valentín, por señas, preguntó la hora a Salazar. Este acercó el reloj de pulsera a sus ojos estrábicos y dijo:

—Menos veinte. Las once.

Las cosas se estaban ajustando al horario previsto. Empezaron a

oírse gritos de ¡Franco, Franco!, porque la muchedumbre intuía la inminente llegada del Caudillo. Pronto esos gritos se convirtieron en un clamor. Asomaban ya por un extremo de la avenida los primeros jinetes de la Guardia Mora con sus lanzas enhiestas, los blancos alquiceles flotando al viento, los lomos de las cabalgaduras brillando al sol de la mañana. La proximidad del Jefe del Estado resultaba más fácilmente perceptible para el oído que para la vista. Valentín, que desde su puesto de vigilancia a espaldas del público carecía de la perspectiva adecuada, supo que lo tenía a solo unos metros cuando en su sector todos gritaron hasta desgañitarse. Algunos espectadores provistos de prismáticos comentaban en voz alta detalles que podían pasar inadvertidos a los demás: el inesperado caracoleo de un caballo, la irrupción de un perro que estuvo a punto de morir atropellado… Un joven encaramado a una rama lo narraba todo con especial fruición: ahora el Caudillo baja del coche, ahora saluda a las autoridades, ahora se sube a un caballo, ahora… El fragor de la multitud, modulado por la distancia, recordaba el sonido del mar retenido en el interior de una caracola, decenas de miles de gargantas componiendo una sola voz indistinta, vagamente humana.

—¿Has visto que Arrese no está? —oyó Valentín a su espalda.

Era Senén, que se sacó una pipa de girasol del bolsillo, se la llevó a la boca y, tras abrirla con los dientes, escupió la cáscara.

—Ya lo dijeron los periódicos. Tenía otros compromisos.

—¿Compromisos?

—Algo de la Semana Santa. Presidir no sé qué procesiones.

—¡Claro! ¡Que hoy es Domingo de Resurrección!

Valentín lo miró con aspereza, porque hacía tiempo que nadie usaba con él ese retintín.

—¿Todo bien por tu zona?

El otro, que llevaba los bolsillos de la chaqueta llenos de pipas, volvió a comerse una y dijo:

—Todo en orden.

El desenlace de la guerra en Europa se consideraba inminente y no podía ser más adverso para los intereses de Franco. De nada serviría que los periódicos se empeñaran en seguir ocultando la realidad. ¿Empezaba a zozobrar el régimen? El dictador se estaba dando prisa en echar tierra sobre sus antiguas alianzas. Si, como se rumoreaba, iba a haber cambios en el gobierno, era seguro que entre los ministros sacrificados estaría Arrese, ferviente admirador de la Alemania nazi: de ahí el retintín de algunos colegas.

—Bueno, yo me vuelvo a mi sitio —dijo Senén, pasándose la mano por los labios, donde se le había quedado un resto de cáscara.

El problema para Franco era que, para granjearse el favor de las potencias aliadas, no le bastaba con alardear de su teórica neutralidad. Además tenía que demostrar que estaba preparado para repeler posibles ataques o invasiones. Por eso ese Desfile de la Victoria, el sexto desde 1939, debía ser el más vistoso y espectacular de todos, toda una exhibición de marcialidad, disciplina y poderío que enviara a los representantes extranjeros (y también a la sociedad española) un mensaje de seguridad y fortaleza. El desfile, que no comenzó hasta que Franco terminó de pasar revista y ocupó su sitio en la tribuna presidencial, estaba diseñado según un *crescendo* pensado para despertar una admiración cada vez mayor. Lo abrían el capitán general y su Estado Mayor montados a caballo y escoltados por una sección de lanceros, y a continuación venían las compañías de marinería, los batallones de infantería, los escuadrones de caballería… ¿Cuántos soldados componían la marcha? ¿Veinticinco, treinta, cuarenta mil soldados que, puestos en formación, parecían muchos más? El retumbar unánime de sus pasos en la calzada, la precisión milimétrica de sus gestos y los vastos juegos de perspectivas producían un efecto multiplicador que, como la soledad del océano, transportaban al público al mundo de lo ilimitado, lo inabarcable, lo infinito. Si en ese momento alguien hubiera proclamado que el ejército español era el más grande del mundo, ninguno de los presentes se habría atrevido a contradecirle.

Pero la verdadera exhibición de fuerza no se produjo hasta algo más tarde, cuando empezaron a pasar los escuadrones de morteros, los antitanques, los cañones de montaña, las unidades de artillería motorizada con baterías antiaéreas y ametralladoras, la moderna unidad de motocicletas anfibias, los soldados del grupo de defensa química…

—¿Ha visto eso, jefe?

Ahora era García, el policía con nariz de boxeador, el que se le había acercado. Los miembros de la unidad de defensa química iban ataviados con una especie de mono de buceo de amianto y goma, unas gafas flexibles como de soldador y una capucha arrugada, hecha de algún tejido reflectante. Parecían alienígenas. A García, que lo observaba todo con brillantes ojos de niño, le provocaban por igual hilaridad y fascinación.

—¿Eso es el futuro? ¿Así iremos vestidos todos?

Aún faltaba el plato fuerte, la apoteosis: las divisiones acorazadas. Las columnas de tanques estaban organizadas de menor a mayor: primero los tanques ligeros y medios, después los tanques pesados, finalmente lo mejor del armamento español, los tanques superpesados,

que levantaban a su paso unas ovaciones también crecientes. Con los últimos carros de combate, enormes, descomunales, que se detenían cada cierto tiempo y giraban acompasadamente la torreta y el cañón, la multitud, atrapada en un raro trance, una especie de sugestión colectiva, alcanzó un estado de delirio que se propagaba con rapidez y como en oleadas. Desde su rama, el chico de los prismáticos repetía, embelesado:

—¡Es un Panzer! ¡Un Panzer!

Y el propio García, que a fuerza de aplaudir se estaba desollando las manos, no paraba de decir, embobado:

—¿Ha visto, jefe? ¿Ha visto?

Valentín era el único que no exteriorizaba emoción alguna. Donde los demás veían un ejército poderoso al que ninguna potencia osaría desafiar, él veía una caterva de mozos desarrapados y hambrientos y unos cañones y unos tanques, de fabricación alemana, que se convertirían en simples piezas de atrezo en cuanto, derrotado Hitler, llegara el momento de reponer munición. ¿Con unos tanques inútiles y unos soldaditos que eran pura carne de cañón pretendían resistir una posible invasión? Alrededor de Valentín todos estaban exultantes. Él no.

El operativo no empezó a desmontarse hasta que sonaron nuevamente los acordes del himno nacional y Franco bajó de la tribuna para meterse en el coche que debía llevarlo al Palacio de Oriente. Los policías fueron llegando al edificio de Gobernación. Cuando Valentín entró en su despacho, acababa de comenzar la recepción de palacio. La radio de la oficina, colocada en una balda junto al perchero, transmitía en directo los discursos que las autoridades pronunciaban en presencia del Caudillo:

—«… En la vida de los pueblos, como en la de los individuos, hay épocas tan decisivas, tan densas de empresas y de trabajos, tan preñadas de consecuencias, que cuentan mucho más que otras que les aventajan en duración material. Acontecimiento trascendental en la historia de España fue la Cruzada, en la que vuestro genio nos llevó a la victoria y que será en los tiempos venideros recordada como un hito. Pero su valor decisivo y fundamental se ha visto agravado, ya que a nuestro hecho particular ha venido a sumarse el hecho de esta gran guerra que incendia el mundo y cuyo prólogo y anticipación fue la que ganamos en nuestra casa solariega en defensa de la civilización cristiana…»

Miró las tres fotos que adornaban su mesa. En las tres salía su madre. En una, la más antigua, aparecía con su padre cuando eran novios. En otra, hecha por un fotógrafo ambulante y con la Puerta de

Alcalá de fondo, estaba sola. En la tercera se la veía junto a Arrese y él mismo el día de la inauguración del nuevo estanco. Valentín cogió la última foto y discretamente la guardó en un cajón. Llegaron Salazar y García.

—¿Con esos qué hacemos?

Se referían a los detenidos que, sentados en el suelo y amarrados a muebles y radiadores, seguían llenando cuartos y pasillos.

—Soltadlos. Que se vayan. —Pero antes de que los otros dos tuvieran tiempo de obedecerle rectificó—: Esperad.

Salió del despacho y paseó entre los detenidos. No decía nada. Se limitaba a observarlos a los ojos, escrutando su interior, tratando de averiguar sus pensamientos. Ellos, humillados, cansados, sucios, hambrientos, con los miembros entumecidos, permanecían inmóviles. A unos los descartaba casi al momento; a otros, después de estudiarlos más a fondo, atravesándolos con la mirada como un hipnotizador. De la oficina seguía llegando el sonido de la radio:

—«… Con los ataques de una anti-España, vigilante siempre del otro lado de las fronteras, para aprovechar toda coyuntura que pudiera parecer propicia y utilizar todas las armas, aun las más abyectas…»

Al final del pasillo las palabras del orador resultaban ya casi inaudibles. Se detuvo ante un joven de cara redonda y pelo aplastado con brillantina. Dijo:

—Tú. Quiero hablar contigo. —Y, sin volverse, ordenó a sus subordinados—: Los demás pueden irse.

El joven Ratón miró a uno y otro lado como pidiendo ayuda. Luego hizo un gesto de resignación y esperó a que le soltaran las esposas para ponerse de pie.

Era la mejor tienda de moda femenina de Madrid. Salió a recibirla una dependienta que muy bien podría trabajar como maniquí: distinguida, esbelta, con ingrávidos movimientos de gacela, vestida como para una puesta de largo. Alicia la siguió hasta un saloncito anexo a lo que llamaban el Taller de Boutique. Era uno de los dos espacios que daban a la avenida, con suelo de tarima recién barnizado, varias butacas distribuidas al buen tuntún y una chimenea de mármol claro con algunas revistas francesas en la repisa. Se sentó, cruzó las piernas y apoyó el bolso en el regazo. La chica le ofreció algo de beber y ella hizo un gesto desmayado de rechazo. Otra dependienta tan espigada como aquella cruzó el salón en dirección al pasillo de los probadores. Alicia la siguió con la mirada y a través del espejo creyó verlas

intercambiar una sonrisita sutil. Suspicaz, se preguntó si habrían averiguado algo sobre ella desde que, el mes anterior, había aparecido por allí para elegir la tela y tomarse las medidas. El mundo era muy pequeño. ¿Quién sabía si no habían hablado con alguien que la conocía y estaban al tanto de cómo se ganaba la vida? Pero en realidad daba lo mismo. Le traía sin cuidado lo que aquellas chicas pudieran pensar.

—Un momento, haga el favor —dijo la primera.

Volvió al cabo de unos minutos con una percha de la que colgaba un traje de color café, con falda por debajo de la rodilla y chaqueta de solapas pequeñas y doble botonadura. Era lo que llamaban un vestido de cóctel, que esa temporada se llevaban entallados, marcando mucho la silueta. Para que pudiera apreciar con luz natural la calidad del tejido y la confección, la chica la invitó a acercarse al ventanal. Sostenía el conjunto con la misma delicadeza con que un sacerdote sostendría la Sábana Santa. Alicia se recordó a sí misma pasando por la avenida y espiando de reojo a las clientas de clase alta que frecuentaban esa tienda. Ahora era ella la que estaba dentro y podía ser espiada desde fuera.

—¿Qué le parece? ¿Buscamos una blusa y unas medias?

—Y unos zapatos, por favor.

Unos minutos después estaba mirándose en el espejo del probador. Hacía mucho tiempo que no se gustaba tanto a sí misma. Del otro lado de la cortina llegó la voz de la dependienta:

—¿Qué tal?

Volvió al salón y dio unos pasos, aplanándose con las manos la falda a la altura de las caderas. La dependienta hizo un gesto de aprobación que no pareció insincero. Alicia trató de prolongar el momento girando sobre sí misma y torciendo el cuello para observarse por detrás.

—Ya viene doña Flora —oyó decir.

La propietaria del negocio, una mujer de unos cincuenta años con el pelo recogido en un moñete, no era una cualquiera. Su tienda era lo más parecido a la alta costura que había en Madrid. Entre su clientela estaba lo más granado de la ciudad: aristócratas, actrices famosas, mujeres de embajadores. Alicia echó un vistazo a su bolso, que había dejado en la banqueta. Llevaba en él todos sus ahorros, y eso le daba una sensación de invulnerabilidad.

—Veamos lo que hay por aquí…

Doña Flora tenía a gala atender personalmente a todas sus clientas. Con las gafas apoyadas en la punta de la nariz, le tiró de los bajos, le ahuecó las solapas, le pasó las manos por los hombros. Más

que como a una clienta, la trataba como a una modelo a punto de salir a la pasarela: para doña Flora lo importante no era Alicia sino la ropa que vestía. Finalmente dictaminó:

—La verdad es que le queda divinamente.

Y Alicia, sin dejarse intimidar, asintió:

—No le digo yo que no.

—¿Quiere que se lo envolvamos?

—¿Sabe qué? Me gusta tanto que no me voy a cambiar. Me lo llevo puesto.

—¡Es lo más bonito que me pueden decir! —exclamó la otra, sonriendo.

La acompañaron a un despacho en el que el contable la invitó a sentarse mientras él se disponía a hacer cuentas a la luz de una moderna lámpara con forma de sombrilla. Allí los muebles estaban tapizados de un velludillo claro de un gusto exquisito. Sobre la mesita, abierto por una página cualquiera, había un álbum con recortes de revistas y fotografías de conocidas actrices que solían lucir los modelos de la casa. Lupe Sino, famosa por ser la pareja de Manolete; Conchita Montes, que acababa de triunfar con *La vida en un hilo* ; Mercedes Vecino, criticada por las autoridades eclesiásticas por haber rodado un beso particularmente escandaloso; Ana Mariscal, recién premiada por su papel en *Una sombra en la ventana* … Alicia soltó un suspiro. Aquello se parecía mucho a la vida con la que había soñado años atrás.

—Su factura —dijo el contable, alargándole un sobre decorado con el dibujo de un figurín.

Era mucho dinero pero Alicia ni se inmutó. Sacó unos billetes del bolso con estudiada indiferencia. El hombre se fue y regresó con una bandejita. Ella recogió el cambio sin contarlo. La dependienta que la había atendido le trajo su ropa en una bolsa de papel y se ofreció a pedirle un taxi. Alicia dio a entender que vivía muy cerca y se despidió con una inclinación de cabeza. Unos segundos después, ya en la calle, pasó por delante del salón y vio a través del ventanal a las dos chicas. Hablaban animadamente junto a la chimenea de mármol. Le habría gustado escuchar sus comentarios, oír lo que pudieran estar diciendo. ¿Estarían hablando de ella? De ser así, habría querido saber si la habían tomado por una auténtica dama o la consideraban una advenediza, la amante quizá de algún estraperlista enriquecido. ¿Se habían dado cuenta de que no era más que una impostora?

Dobló la esquina de Génova, pasó por delante del Palacio de Justicia y llegó a las Salesas. A partir de ahí caminó más despacio, consultando los números de las casas. Se detuvo ante un portal. El

portero, que estaba sacudiendo una alfombrilla contra el tronco de un árbol, la vio vacilar. ¿Buscaba a alguien? Alicia señaló la placa de FÉLIX BENÍTEZ — PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES . El hombre la hizo pasar y le abrió la puerta del ascensor. Su deferencia resultaba reconfortante: para él, era una señora, una dama, no una buscona disfrazada.

Un par de meses antes habían hecho reformas en la oficina. Ahora Gloria, que ya no se ocupaba de recibir a las visitas, tenía su propio despachito, contiguo al de Félix. Desde allí, a través de un espejo estratégicamente colocado, veía quién entraba y quién salía. Cuando vio a Alicia, tardó en reconocerla, seguramente porque no se lo acababa de creer. Se reunió con ella en la sala de espera. Su sorpresa era mayúscula.

—¡Dios mío, qué alegría! ¡Tanto tiempo sin saber de ti!

—¡Gloria, querida! ¡Qué ganas tenía de verte!

—¡Y yo! ¿Cómo has dado conmigo?

—He ido a nuestra antigua calle y, preguntando, preguntando…

—¡Qué bien te veo! ¡Y qué vestido tan bonito!

Se abrazaron. Alicia advirtió a su amiga que tenía que coger el tren para volver al pueblo y que no se podía quedar más de unos minutos: solo había venido a decir hola. Seguían de pie, una enfrente de otra. Del otro lado del tabique llegaba el repiqueteo cadencioso de las máquinas de escribir, escandido cada pocos segundos por el tintineo del final de línea y el sonido del arrastre del carro: tin-tin, truiii, tin-tin, truiii… Alicia bajó la voz para decir:

—Ya sé que te casaste y que te empeñas en seguir trabajando. ¡Siempre has sido una moderna!

—¿Y tú? ¡Cuéntame! Son tantas cosas que a lo mejor no sabes ni por dónde empezar. Como desapareciste así, de esa manera…

Había intentado que no sonara como un reproche, pero la otra se sintió obligada a decir:

—Tenía que haberte dicho algo. Pero las cosas fueron como fueron…

La sorpresa iba dejando paso a la emoción: a una emoción espesa, embarullada. Hablaban desordenadamente, sin acabar las frases, interrumpiéndose la una a la otra.

—¿Quieres tomar algo?

—Luego, cuanto más tiempo pasaba, más complicado era y más explicaciones tenía que dar…

—Puedo hacer que nos suban algo de la cafetería.

—El caso es que encontré a un hombre que aceptó ser el padre de mi hijo. Un hombre bueno, honrado…

—¿Cuántos años tiene?

—¿Mi marido?

—¡No, tonta! ¡El niño!

Se echaron las dos a reír. Gloria señaló la bolsa de la ropa, que llevaba grapada una tarjeta con el nombre de Flora Villarreal al lado del característico figurín.

—Por lo que veo, las cosas no le van del todo mal. —Y, para evitar que la otra contestara con un chiste, se adelantó a hacerlo—: Al niño no. A tu marido.

Alicia rebuscó en el bolso hasta dar con la foto de su hijo.

—Se llama Narciso.

Era la foto más reciente. Por primera vez, el fotógrafo había cambiado el fondo. En ella Narciso no posaba ya delante de los bambúes y las palmeras de siempre sino delante de un popurrí de monumentos que mezclaba la Torre Eiffel y el Big Ben con el Coliseo romano y la Gran Muralla china. Alicia sospechaba que con ese cambio de decorado el fotógrafo estaba certificando a su manera el paso del tiempo: la niñez había quedado atrás, el pequeño Narciso se había convertido en chiquillo, en cualquier momento pasaría a ser un mozalbete y no mucho más tarde un hombretón… A Alicia, que casi no había visto a su hijo en todos esos años, esa foto la entristecía un poco. Sin embargo, no pudo sino sonreír cuando Gloria exclamó con alborozo:

—¡Pero qué niño más guapo, por Dios! ¡Tus mismos ojos!

—Y mis labios. Todo el mundo lo dice.

—Tus labios también, sí. ¿Es buen chico?

—¡Buenísimo! ¡No sabes lo cariñoso que es y lo mucho que nos quiere!

En un arranque de sinceridad, Gloria se llevó la mano al vientre y trazó una especie de círculo. Alicia interpretó el gesto como una confidencia. Por si hubiera alguna duda, Gloria aclaró con una sonrisa triste:

—Teniendo niños es más fácil quedarse en casa. Estar todo el día sola… Se te caen las paredes encima. Para eso prefiero trabajar.

—¡A ver si al final no vas a ser tan moderna! ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que tenga fe. Que cuando menos me lo espere…

—Pues eso.

Gloria le devolvió la fotografía y adoptó un tono de voz desenfadado:

—Que sepas que te tengo envidia, ¡pero envidia sana! Háblame de tu vida en el pueblo. ¿Cómo es tu casa? ¿Es bonita? ¿Tienes muchas amigas? ¿No habéis pensado en tener más niños? ¡Seguro que Narciso

sería feliz con un hermanito!

Félix, que había notado algún revuelo, se acercó a ver. Gloria hizo las presentaciones. Le había hablado muchas veces de ella, de Alicia: ¿no se acordaba?, era su mejor amiga cuando eran jovencitas, ¡gracias a Alicia entraba en el cine sin pagar!

—Y ahora mírala. Se volvió al pueblo y está tan contenta con su marido y su hijo.

Alicia, feliz, asintió con la cabeza. También aquello le ofrecía un atisbo de la vida con la que siempre había soñado. Tras un par de comentarios bienintencionados y circunstanciales, Félix se retiró a su despacho. Las dos amigas se miraron sonriendo. De repente, no tenían muchas más cosas que decirse. Alicia señaló la puerta.

—En fin, me tengo que ir. No quiero perder el tren.

—¿Vienes mucho por Madrid? Prométeme que la próxima vez, con algo más de tiempo…

Alicia se fue y Gloria salió al balcón a despedirla con la mano. Desde la acera, Alicia dijo, silabeando con claridad:

—Voy a ver si encuentro un taxi. —Y señaló el paseo de Calvo Sotelo.

Su amiga la siguió con la mirada. Alicia no se volvió a mirarla ni una sola vez. Cuando llegó a la esquina, había empezado ya a llorar en silencio. En lugar de buscar taxi o seguir camino de la estación, se metió por una de las callecitas laterales. Si apuraba un poco el paso, en veinte minutos llegaría a El Cortijo. Entretanto, Gloria cerraba el balcón y, de vuelta a su mesa, se asomaba al despacho de su marido para decir:

—No sabes cómo me alegro de que le vayan bien las cosas.

En el tejado de la embajada, la bandera con la cruz gamada ondeaba a media asta. A la entrada del edificio, bajo una especie de baldaquino, habían puesto una mesa con el libro de condolencias y un retrato del Führer. La cola de personas que esperaba para dar el pésame y ofrecer un tributo de admiración y respeto daba la vuelta al jardín, salía a la avenida y llegaba hasta la esquina. A cincuenta metros de allí, en el bulevar, Mancebo murmuró:

—Hace unos días, Mussolini. Ayer, Hitler. Los cabrones van al infierno de dos en dos.

A su lado estaba Lucio, que dijo:

—¿Por qué no de tres en tres?

—En El Pardo no saben dónde meterse.

—¡Cuando las barbas del vecino veas pelar…! —Apuntó hacia la

embajada con un arma imaginaria escondida dentro del bolsillo e imitó el tableteo de una ametralladora, ¡ta-ta-ta-ta-ta!—. Hoy por matar a esa gente te fusilan. Dentro de unos días, por lo mismo, te harán teniente coronel. ¡Como en Francia, cucha!

—Eso quiero yo. Que me hagan teniente coronel y retirarme con una pensión del ejército.

Vieron aparecer a Eloy por la esquina de Hermosilla. Llevaba la cremallera de la cazadora subida para ocultar las armas y las cajas de munición.

—¿Y el coche? —preguntó Lucio.

—No me atrevo —contestó Eloy.

—Pues tendrás que atreverte. —Hizo una señal hacia la embajada y trató de reanudar la conversación donde la había dejado—: ¿Te he dicho que en Francia, por matar a gente así, te hacían teniente coronel?

—Yo me conformo con volver a arreglar bicicletas.

Cruzaron al lateral en dirección a un taxi aparcado. Eloy propuso:

—Que nos lleve, que nos espere a la entrada del pueblo y que nos traiga.

—Lo haremos a mi manera —dijo Lucio.

El taxi era un Adler pequeño, gris, algo rozado, la caldera de gasógeno tan alta como la chimenea de un barco. En el interior del vehículo olía a picón recién quemado y a brasero de casa humilde. Lucio se sentó junto al conductor, dio una dirección de las afueras, por Ciudad Lineal, y se puso a silbar una canción. El conductor torció hacia Velázquez para desde allí girar a la derecha. En el asiento de atrás, Mancebo tendió la mano a Eloy para que le pasara disimuladamente una de las pistolas. Desde hacía unas semanas tenían armas para todos. Dejaron atrás María de Molina y la ciudad empezó a diluirse en el campo. Las viviendas, separadas unas de otras por solares y descampados, eran cada vez más pequeñas y más escasas. El taxista esperó a que pasara el tranvía para después tomar un desvío, pero Lucio señaló hacia delante. Dijo:

—Siga por ahí. Yo le indico. —Y volvió a silbar, tan tranquilo.

Era un miércoles de principios de mayo y las amapolas coloreaban ya los campos. A ambos lados de la carretera se alineaban casitas modestas con rejas en las ventanas y veletas en el tejado. En segundo término y escondidas entre los árboles, se adivinaban las altas tapias de las fincas de recreo. El vehículo avanzaba muy despacio, a la espera de nuevas indicaciones. Ahora Lucio señaló una pista de tierra que se internaba entre encinas. El conductor no parecía muy convencido.

—¿Seguro que saben adónde van?

—Seguro.

Superado un primer repecho, la pista se hundía en una pequeña vaguada que parecía aislada del mundo. Salvo por alguna casa de labor medio abandonada, no había rastros de presencia humana. Nadie diría que a pocos kilómetros de allí se levantaba una ciudad de un millón de habitantes, con sus tranvías, sus cines, sus fábricas, sus chimeneas. En la distancia, un azor planeó sobre unas eras antes de lanzarse en picado sobre su presa, tal vez una culebra o un ratón de campo. El conductor redujo la velocidad e interrogó con la mirada a Lucio, que dijo:

—Necesitamos cuerdas.

—¿Van a cargar algún bulto?

Desde el asiento de atrás, Mancebo le encañonó con la pistola. Ataron al hombre con sus propias cuerdas al tronco de un árbol y volvieron al coche. Eloy, enfadado, se encaró con Lucio:

—No era esto lo que estaba planeado. Ya te he dicho que casi no sé conducir. Solo he conducido una vez.

—Así terminarás de aprender —replicó el otro, al que la situación parecía divertirle.

Se puso Eloy al volante. Consiguió poner el coche en marcha y hacerlo avanzar a trompicones una cincuentena de metros. Al llegar a un cruce de caminos e iniciar la maniobra para regresar a la carretera, no acertó a frenar a tiempo y el vehículo acabó en mitad de un campillo. Lucio se echó a reír. Nada podía alterar su optimismo, alimentado por las novedades que llegaban de Europa. Salieron los tres a empujar y devolvieron el coche al camino. Mancebo tocó sin querer la base de la caldera, que estaba ardiendo, y soltó un aullido de dolor. Lucio volvió a reír.

—¡A ver dónde ponemos las manos!

Dieron un pequeño rodeo que los llevó a pasar junto al árbol al que habían amarrado al conductor. Este, con la cabeza gacha, ni siquiera los miró. Lucio se despidió gritando:

—¡Tranquilo, hombre! ¡Dentro de un rato te lo devolvemos!

Salieron a la carretera y por unos minutos dio la impresión de que Eloy se había convertido en un conductor avezado. Era una carretera ancha, recta, bien pavimentada, con los mojones kilométricos recién pintados en blanco y rojo, y casi no había tráfico. Los neumáticos, más que rodar, parecían deslizarse, y el motor emitía un sonido suave y regular, un ronroneo mecánico. Desde el asiento trasero, Mancebo, excitado, animaba a Eloy: ¡corre, corre! Él pisó a fondo el pedal. El vehículo fue acelerando poco a poco hasta rebasar primero los

sesenta, luego los setenta y hasta los ochenta kilómetros por hora, lo que les pareció una barbaridad y les hizo sentir algo cercano al vértigo.

—¿Lo ves como no es tan difícil? —decía Lucio, exultante.

Llegaron a las obras de ampliación del aeródromo, al que estaba previsto añadir cuatro nuevas pistas, una de ellas de trescientos metros de ancho por tres mil de largo. Además, se estaban construyendo nuevos pabellones de la terminal de pasajeros, pistas de rodadura, hangares, estaciones de combustible. No había obreros a la vista pero los trabajos de desbroce y movimiento de tierras ya habían empezado. A ambos lados de la carretera se acumulaban las enormes piezas de hormigón, los remolques cargados de material para el terraplenado, las montañas de arena preparada para hacer el cemento. El nuevo aeropuerto, que estaba pensado para acoger viajes transoceánicos e iba a costar noventa millones de pesetas, era el futuro: la España de 1945 avanzaba a toda velocidad hacia la segunda mitad del siglo. Pero a su lado seguía viviendo el pasado, muy anterior al propio siglo XX . Un carro de mulas cargado hasta el cielo con balas de paja apareció en un cruce y obligó a Eloy a frenar con brusquedad. Las ruedas derraparon y el vehículo, tras culebrear un poco, quedó medio atravesado en mitad de la calzada. El motor esperó hasta el último instante para soltar un estallido seco, seguido de un petardeo que sonó como una protesta, y apagarse. El campesino, entretanto, siguió su camino sin dignarse a mirarlos. Volvieron los tres hombres a bajar del coche. Ninguno de ellos sabía qué era lo que había que hacer para poner otra vez el motor en marcha. Eloy preguntó:

—¿Se habrá acabado el combustible? —Y al decir combustible se refería a la mezcla de carbón, leña menuda, mondas de naranja, fruta pocha, cáscaras de nueces y otros restos orgánicos que consumía el gasógeno—. No tengo ni idea de cómo se carga.

—Como cualquier caldera normal, digo yo —dijo Lucio.

—Si tanto sabes, hazlo tú.

—¡Yo a eso ni me acerco! —dijo Mancebo, soplándose la quemadura de las manos.

No había por los alrededores nadie a quien pedir ayuda. Probaron a ponerlo en marcha empujando. Lucio y Mancebo empujaban desde atrás. Eloy lo hacía desde la puerta del conductor, al tiempo que sostenía el volante con la mano derecha. De vez en cuando saltaba al interior del vehículo y metía una marcha. Se oía entonces un ruido de engranajes encajándose unos en otros, pero al final todo acababa en un sonido sordo, breve, fatigado, un jadeo mortecino. Una de las veces, ese jadeo empezó a ganar fuerza y, cuando ya Eloy estaba fuera

del coche, este echó a andar por la carretera, que por esa parte tenía una leve pendiente.

—¡Cuidado!

En apenas unos segundos el Adler alcanzó una velocidad considerable. Los tres hombres se lanzaron desesperadamente en su persecución, pero cada vez lo tenían más lejos. El vehículo, que al principio estaba en el lado derecho de la carretera, se fue poco a poco escorando hacia el izquierdo. Luego, de golpe, desapareció con gran estruendo de metal y cristales rotos. Lucio y los otros se asomaron al talud y lo vieron allí abajo, el morro completamente achatado, los guardabarros desencajados, la puerta meciéndose todavía en el aire como el ala de un buitre agonizante.

—¿Qué hacemos? —dijo Mancebo.

Lucio echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había testigos.

—Nosotros, a lo nuestro.

—¿O sea?

—A acabar con los esbirros. ¿No dijo el Comité que había que liquidar a los jefes de Falange, a los magistrados que firman sentencias de muerte, a los torturadores de la Social…? Por cada uno de los nuestros tienen que morir dos de ellos. A ver, alguien que sepa de números: ¿a cuántos nos toca por cabeza?

Los otros dos lo miraron sin contestar. Lucio, que seguía de buen humor, dijo:

—¡Alegrad esas caras! Hace un par de años os jugabais el pellejo solo porque sí, creyendo que todo acabaría mal. Ahora que sabemos que la guerra la están ganando los nuestros, con más razón. ¡A partir de ahora todo lo que hagamos tendrá premio! Vamos al pueblo ese, buscamos al tal Valentín y le pegamos tres tiros. ¡Y premio! Os lo he dicho antes: te hacen teniente coronel y eso lo cambia todo. ¡Pura magia! Te pones el uniforme y, ¡abracadabra!, lo que antes era un asesinato ahora es un mérito de guerra y te cuelgan, ¿cómo se llama?, la Laureada. ¡Eso es! ¡La Cruz Laureada de San Laureano!

Sacó una libretita del bolsillo. Eran las anotaciones de Virgilio. En una de las páginas había un croquis que era una indescifrable maraña de rayas, tachaduras y signos en clave. Dijo:

—¡Esto no hay quien lo entienda! Nosotros llegamos al pueblo y buscamos el estanco. Raro sería que en un pueblo así hubiera dos estancos. —Y con un gesto de desprecio lanzó la libreta a la zanja.

Algo más adelante había un pequeño núcleo de viviendas apiñadas alrededor de una fábrica de hielo llamada La Esmeralda. Por prudencia, decidieron dejar la carretera y caminar campo a través.

Cruzaron una amplia zona de frutales, las ramas de los árboles cargadas de pequeñas flores blancas. Mancebo pidió a Eloy que les hablara de Valentín.

—Casi no llegué a conocerlo. Durante la guerra estaba en las juventudes comunistas. Después, en cuanto pudo, se metió en la policía y empezó a cantar. Al principio, como tantos otros, lo hacía por salvar el pellejo. Luego empezó a hacerlo por gusto. O por abrirse camino en la vida, ¡qué sé yo!

Eloy se detuvo un momento a frotarse el pie malo, que solía dolerle cuando llevaba mucho tiempo caminando. Prosiguió:

—Todos los que yo conocía cayeron por su culpa. Yo mismo me salvé por los pelos. Luego he sabido que lo han visto en todas partes: en Zaragoza, en Valencia, en Bilbao. Cada vez que caía un grupo de los nuestros, él estaba por ahí. ¿Por qué te crees que ha llegado tan alto?

Ahora Mancebo se dirigió a Lucio:

—Lo que no sé es qué te hace pensar que estará hoy aquí. Lo lógico habría sido esperarlo a la puerta de su casa.

Y el otro se hizo el misterioso:

—He hecho mis averiguaciones. En su parroquia encontré su fecha de nacimiento. La de la madre, digo. Y…

Los otros dos aguardaban en silencio a que concluyera su razonamiento:

—Y… ¡hoy es su cumpleaños! —Lucio les dedicó una sonrisa triunfal—. Así que en algún momento vendrá el hijo a felicitarla. ¡Es su único hijo!

Entraron en el pueblo por una de las calles que desembocaban en la plaza. En la esquina de la iglesia acababa de instalar su puesto un candelero, que pregonaba el género haciendo bocina con las manos: ¡velas!, ¡cirios!, ¡candelas!, ¡chisqueros! Todos los días había cortes de luz que se iniciaban a las nueve de la mañana y nunca se sabía cuándo concluían, así que en las casas se hacía acopio de velas. De las diferentes esquinas empezaron a afluir vecinos, que miraban con suspicacia a Lucio y los otros. Ellos habrían preferido no llamar la atención, pero en los pueblos los forasteros siempre levantaban sospechas. Abandonaron la plaza y callejearon un poco. Después de varias vueltas seguían sin encontrar el estanco. Volvieron a pasar junto al puesto de las velas y volvieron a sentirse observados. Uno de ellos, por fin, señaló un letrero: EXPENDEDURÍA . Se pararon en la esquina, medio ocultos detrás de un carromato, y de forma instintiva se llevaron la mano al arma. Estaban ya los tres en tensión. La idea era vaciar el cargador sobre el cuerpo del policía y correr a esconderse en

los campos de trigo aprovechando que la mies estaba alta. Después, ya se vería.

—Los inspectores van en coche a los sitios —advirtió Eloy, indicando que por ahí no había ninguno.

Lucio hizo una señal a Mancebo. Como el local estaba a oscuras debido al apagón, este necesitó casi un minuto para echarle un vistazo. Regresó haciendo una mueca de negación. Podía ser que fuera el cumpleaños de la mujer, pero ahí no tenía pinta de que fueran a celebrar ninguna fiesta. Y, desde luego, el hijo no estaba. Se quedaron los tres en silencio. En el aire flotaba la pregunta ¿y ahora qué?

—Si no está, esperamos hasta que esté —dijo Lucio, que no parecía haber previsto esa posibilidad.

Para disimular, caminaron de nuevo hasta la plaza. El buen humor de Lucio se había esfumado en solo un instante. Ahora, si había algún plan, era rondar por el pueblo hasta que apareciera Valentín. ¿Pero quién les aseguraba que acabaría apareciendo? Desde un zaguán, un anciano con boina y blusón azul los miraba receloso.

—Vámonos —dijo Eloy.

—¿Con las manos vacías, cucha?

Se volvieron hacia el otro lado y vieron asomar a la estanquera, reseca, borrosa, vestida de negro de los pies a la cabeza. La mujer, que debía de haber advertido su presencia, no les quitaba el ojo de encima.

—La madre de Valentín es más vieja —dijo Eloy—. Seguro que le han cambiado el estanco por uno mejor. Cazar comunistas tiene premio.

El siguiente en hablar fue Mancebo:

—Ahora sí que nos vamos.

En lugar de cruzar la plaza, la bordearon. A los pocos minutos estaban otra vez caminando por campos de cultivo. La discusión explotó cuando llegaron a la zona de frutales que habían atravesado un rato antes. Lucio se detuvo en seco.

—¿Para eso hemos venido hasta aquí? Hemos secuestrado a un hombre, le hemos robado el coche, lo hemos estrellado… ¿Y todo para nada? Tenemos que volver al pueblo y terminar lo que hemos comenzado.

—¡Estuviste muy agudo con lo del cumpleaños! —exclamó Mancebo, sarcástico—. ¿Preguntamos cuándo empieza la fiesta?

—A estas horas el pueblo podría estar lleno de guardias civiles —dijo Eloy, y Mancebo insistió:

—Eso es lo que hemos conseguido: alertar a la policía.

—¡Como si hasta ahora no nos estuvieran buscando! —replicó

Lucio, furioso.

—Una cosa es correr riesgos por el Partido y otra correr riesgos porque sí —dijo Eloy.

—¡Nuestra vida es eso! ¡Correr riesgos! —gritó el jefe—. Cuando volvéis por la noche a vuestros cuartitos de mierda, y cuando os despertáis por la mañana, y cuando os metéis en un cine a matar las horas… Nuestra vida es estar siempre pendientes de si alguien nos sigue o hace un movimiento sospechoso. ¿De qué os quejáis? Yo elegí vivir así. Y vosotros también. ¿Queríais una vida tranquila, segura, sin riesgos? ¡Demasiado tarde! ¡Haberlo pensado antes, cucha!

Con una elocuencia que no era habitual en él, Lucio había logrado ganarse la atención de los otros dos. Hizo un último esfuerzo por convencerlos:

—Si de verdad hemos levantado la liebre, el que no faltará será Valentín. ¿No es eso lo que queremos? —Estiró el brazo y apuntó con el dedo un objetivo imaginario—. Localizarlo, tenerlo a tiro y… ¡pum!

Pero ni Eloy ni Mancebo cambiaron de opinión.

—Conmigo no cuentes.

—Conmigo tampoco.

El cabecilla, rabioso, echó a andar hacia la carretera. Eloy y Mancebo, que lo seguían a la distancia, tuvieron que apurar el paso para no perderlo de vista. Llegaron a un punto desde el que se veían las obras del aeródromo: los remolques con el material, las montañas de arena. Estaban cerca del lugar en el que se había despeñado el coche. Cuando ya casi habían desistido de alcanzar a Lucio, se lo encontraron esperando junto a la fábrica de hielo. Estaba en la parte de atrás. Era un edificio de líneas sencillas, una gran caja de zapatos con el tejado en forma de sierra. De la pared que había a su espalda asomaba una hilera de caños mohosos, cortados en bisel y apenas inclinados, que desaguaban en un pequeño regato. Parecían los tubos de un órgano que alguien hubiera derribado en una mudanza. Un goteo constante y acompasado componía una modesta sinfonía acuática. Sin darles tiempo a reflexionar, dijo Lucio:

—Lo he dicho antes. Yo de aquí no me voy con las manos vacías. —Y, sacando la pistola, saltó por encima del murete de la acequia y abrió un portón de madera claveteada.

Los otros dos no pudieron hacer otra cosa que empuñar sus armas y seguirlo. Unos segundos después estaban los tres en el almacén de la fábrica, una estancia oscura y estrecha, las grandes barras de hielo apiladas sobre un suelo de láminas eternamente húmedo. Eloy hizo un gesto de protesta: ¿qué coño estaban haciendo en ese sitio? Lucio se llevó un dedo a los labios y prestó atención a un sonido mecánico que

llegaba del taller, al otro lado del tabique. Para indicar que también allí estaban sufriendo un corte de electricidad, dijo:

—Eso no suena como un generador. Vamos.

Abrió la puerta y, efectivamente, un obrero solitario trabajaba a la escasa luz de unas claraboyas. El hombre, de espaldas a ellos, hacía girar la enorme rueda dentada de la grúa. Un entrechocar de cadenas, ¡trin-trin-trin!, resonaba en las altas paredes desnudas, al tiempo que unas guías atornilladas al techo se desplazaban en horizontal. De ellas colgaban los grandes moldes llenos de agua que había que sumergir en salmuera. Sujetos por una anilla a unos ganchos de matadero, los moldes tenían algo de sarcófagos. El mismo hombre que manipulaba la grúa se ocupaba luego de introducirlos en el depósito correspondiente y cubrirlos con planchas metálicas. Era un trabajo más bien mecánico, que solo requería cierta concentración en el momento de encajar y bajar cada molde, cosa que el operario hacía moviendo adelante y atrás las manos enguantadas, como un boxeador estudiando a su adversario al comienzo del primer asalto. Lucio salió del almacén y, aprovechando las sombras, se ocultó detrás de una columna de forja. Llamó a los otros dos y señaló lo que parecía ser la oficina, que estaba en el lado opuesto. El hombre les dio nuevamente la espalda para accionar la manivela de la rueda. Lucio rodeó la estancia pegándose a las paredes. Los otros dos lo veían moverse con absoluta seguridad, como si hubiera adquirido el don de la invisibilidad. Alcanzó su objetivo y les hizo una seña con la mano: ¡vamos, vamos! Ya no podían volverse atrás. Siguieron sus pasos en cuanto el operario, ajeno a todo, volvió a ocuparse de la grúa. Lucio, que los esperaba en el pasillito de la oficina, cerró sigilosamente la puerta. Sostenía en la mano una palmatoria con una vela a medio consumir.

—Casi no encuentro las cerillas.

Sus ojos tardaron unos segundos en habituarse a la penumbra. Mancebo se quedó vigilando mientras los otros dos registraban armarios, cajones y anaqueles a la luz de esa única vela. Dando a entender que en una fábrica con un solo empleado difícilmente encontrarían una fortuna, Eloy murmuró:

—Si lo que buscamos es dinero…

—¿No se trata de eso? ¿De conseguir dinero para el Partido?

En todas las oficinas, más o menos escondida, tenían una caja de caudales. Eloy la sacó del cajón, la tanteó con las manos y la agitó en el aire como para comprobar su peso.

—Aquí parece que hay algo.

La electricidad volvió antes de que llegara a concluir la frase. Tras

un parpadeo largo, perezoso, los tubos de neón difundieron una luz sucia, grisácea, casi sin sombras. Estaban en un despacho de aspecto tristón, con muebles baratos y archivadores de pino, dividido en dos piezas por un tabique con una lucerna en lo alto. Lucio apagó la vela con los dedos.

—Mira a ver si encuentras la llave.

La caja de caudales era verde, con los bordes afilados y el asa curva. Eloy volvió a mirar, ahora con luz, en los mismos sitios en los que había rebuscado a oscuras.

—Por aquí no está.

Entretanto, el ir y venir de las guías en el techo del taller había dejado de sonar. Apareció Mancebo con expresión de alarma: el operario iba para allá. Cerraron armarios y cajones y corrieron a esconderse en la segunda pieza, únicamente iluminada por el tenue fulgor de la lucerna. Oyeron al hombre trastear al otro lado del tabique. Fueron solo unos instantes pero se les hicieron larguísimos. Tenían los tres el arma preparada. Si el operario hubiera entrado y los hubiera descubierto, habrían tenido que matarlo. Pero no. Se limitó a apagar la luz y regresar al trabajo. A los pocos segundos volvió a oírse el trin-trin-trin de la grúa desplazando los moldes.

—Vamos —murmuró Lucio, echando a andar hacia la salida.

Unos minutos después estaban de nuevo en campo abierto. Mientras buscaban un pedrusco con el que reventar la caja, no paraban de reír y hacer bromas. La combinación de peligro y fortuna les había devuelto el buen humor. La cerradura saltó al cuarto o quinto golpe. Allí dentro, sumando billetes y monedas, no había ni mil pesetas, pero no les importó.

—¡Para mí, como si fuera un millón, cucha!

No había vuelto por el pueblo desde la inauguración del nuevo estanco. El veterinario, que consideraba a Valentín un hombre influyente y bien relacionado, había sacado una silla a la calle y lo esperaba hojeando el *Arriba* delante del zaguán. En cuanto vio asomar el coche policial, se levantó y se apresuró a abrir la puerta. Saludó, untuoso:

—¿Qué tal doña Jacinta? ¡No sabe cómo la echamos de menos!

Pero Valentín, que no estaba para melindres, lo atajó:

—Eran tres hombres. ¿Llegó usted a hablar con ellos? Dígame qué aspecto tenían.

—Yo, en realidad…

Sin esperar a que acabara la frase, Valentín entró en el estanco, que seguía tal como lo habían dejado seis meses atrás, con las mismas estanterías medio vacías y el mismo olor a barniz. Solo el calendario había cambiado y, aun así, el de ese año seguía anunciando la misma marca de papel de fumar que el del año anterior. Soltó un bufido. Ahora se daba cuenta de lo poco que le gustaba aquel sitio.

—Aún no me ha dicho qué tal está su señora madre… —decía el veterinario, que, imbuido de no se sabía qué autoridad, lo seguía a todas partes—. Si es tan amable, transmítale mis mejores deseos.

Detrás de Valentín entró Salazar, que le cortó el paso con sequedad.

—Déjenos a solas, haga el favor.

La nueva estanquera, viuda de un guardia civil muerto en un enfrentamiento contra el maquis, esperaba junto a la vitrina apretando entre los dedos un rosario de cuentas de azabache. La mujer, intimidada, se santiguaba una y otra vez y parecía incapaz de hablar sin atropellarse.

—Como no había luz, yo estaba aquí, mirando la calle. ¿Qué otra cosa podía hacer? Los vi pasar una vez y luego otra… ¡Qué mala espina me dieron! Después uno de ellos se asomó a la puerta y le juro que… Aquí mismo, aquí mismo estaba, mirándome pero sin acabar de verme, y yo… —Volvió a santiguarse—. ¿Sabe usted el miedo que pasé?

Valentín se armó de paciencia y le pidió que le describiera a ese hombre. La mujer había retenido algunos detalles vagos y escasamente reveladores, como la mueca algo forzada o los ojos achinados, que seguramente se explicaban por el contraste entre la luz de fuera y la oscuridad del local. A los otros dos hombres aún los recordaba peor. Salazar tomaba notas en un cuaderno. Valentín, hastiado, le indicó por

señas que no se molestara: no hacía falta, sabían muy bien quiénes eran.

—¿Dónde hay un teléfono? —dijo.

Incomprensiblemente, la estanquera reaccionó bajando la vista, como los niños que temen ser castigados. Valentín insistió:

—Digo yo que algún teléfono habrá…

Y, como la mujer seguía sin reaccionar, intervino Salazar:

—En el ayuntamiento. Si no, en el cuartelillo o en el sindicato.

Salieron sin despedirse. Antes de cerrar, con todo el desprecio del que era capaz y sabiéndose escuchado, exclamó Valentín:

—¡Será inútil la vieja!

En ese momento, el suyo era un odio total, supremo, un odio sin fisuras que le llenaba el alma y no dejaba hueco para otros sentimientos. Solo existía aquello que reflejaba o justificaba el odio, porque solo el odio daba sentido a las cosas. Valentín percibía ese odio como algo físico, no exactamente un dolor pero sí una desazón, un malestar que le fruncía los labios, le oprimía el cuello y finalmente le bajaba por el pecho, los brazos y las piernas dejándole una sensación de agarrotamiento.

—El sindicato está más cerca —dijo Salazar.

La sede local de la Central Obrera Nacional Sindicalista estaba en los bajos de un caserón alargado y feo incautado a la UGT, sin más adornos que las banderas de rigor y las siglas de la organización pintadas sobre el dintel de la puerta: CONS. Aquello, por dentro, parecía más un club social que un sindicato: una repisa para la radio, el futbolín en una esquina, dos grupitos de jugadores de cartas, un sofá con un hombre adormilado. La decoración quedaba limitada a un cuadro con una escena de exaltación del campesinado: campos de trigo hasta el horizonte, recios agricultores acarreando aperos de labranza, mujeres con pañuelos en la cabeza agavillando la mies. El teléfono estaba en la pared del pasillo, junto a un tablón lleno de edictos, anuncios de compraventa y consignas del Movimiento.

—¡Las fichas! —rugió Valentín—. ¿Quién se encarga?

El hombre del sofá, que no tenía brazo y se recogía la manga con imperdibles, corrió a atenderle. Valentín dio el número de Gobernación y ordenó que le pusieran con su despacho. Tardaban en contestar y el manco del sindicato se mantenía atento por si tenía que proporcionar más fichas. Al final descolgó uno de los hombres de Senén. Valentín dijo:

—¿Quién hay por ahí? Manda a un par de agentes al estanco de mi madre. ¿Sabes dónde es? Correcto. Que echen un vistazo. Que vigilen quién entra y quién no. No me fío. Pero que vayan ya. Ahora

mismo. ¿Me has oído? ¡Ahora mismo! —Y, apartando el auricular, añadió—: ¡Si han sido capaces de venir hasta aquí…!

Un enorme grumo de rabia le subió por la garganta y le impidió acabar la frase. Ese estanco, el de Barajas, había sido de su madre durante tres años; y esa había sido su vivienda; y ese, su pueblo… Por esas mismas calles había caminado todos los días, en esas tiendas se había acostumbrado a hacer la compra, en esa iglesia había asistido a misa. ¡Ahí estaba la ventana a la que su madre se asomaba a regar sus geranios! Era ella lo único verdaderamente sagrado que había en el mundo. Era la pureza, era el amor, la generosidad, la virtud. Cualquiera de las cualidades que solían asociarse a la maternidad su madre la tenía en grado sumo, multiplicada por cien, por mil, por un millón. No podía ser que en el mundo hubiera una madre mejor que la suya. El simple hecho de que esos malhechores, quién sabía con qué intención, se hubieran acercado hasta allí le parecía una profanación intolerable. No es que esa gente no tuviera derecho a coexistir en el mismo espacio físico que su madre. ¡Es que ni siquiera sus nombres podían coincidir en la misma frase! Echaron a andar hacia la calle. Junto al coche los esperaba el veterinario, tan obsequioso como siempre. Dijo:

—Si necesitan algo, ya saben que…

Pero Valentín entró en el coche sin mirarlo.

La idea era reproducir el itinerario seguido por aquellos hombres. Bordearon una zona de cultivos y por un camino vecinal llegaron a la fábrica de hielo. Valentín, pensativo, apoyó el pie en el murete del regato y observó los caños herrumbrosos. Del edificio salía, amortiguado, un ruido de máquinas. Salazar hizo una seña hacia el portón.

—¿Quiere que lo llame? —dijo, refiriéndose al operario.

Valentín negó con la cabeza. Todo lo que ese hombre tuviera que decir ya lo había dicho en la denuncia: que por el olor de la vela había detectado la presencia de extraños en el despacho y que luego había visto a tres individuos salir corriendo.

—Vamos al sitio ese.

Llegaron al punto en el que se había despeñado el Adler. La descripción del taxista, al que un pastor no había tardado en liberar, también constaba en la denuncia. El taxi seguía ahí abajo. El viento lo había cubierto de polvo. Visto desde arriba, parecía una de esas construcciones que hacían los niños con arena de playa. Valentín recorrió en silencio el borde del talud. Salazar lo seguía con la mirada. En un momento dado lo perdió de vista. Cuando reapareció, llevaba algo en la mano. Era la vieja y manoseada libretita de Virgilio. En el

viaje de vuelta, Valentín no hizo otra cosa que pasar páginas, tratando de desentrañar ese barullo de garabatos, flechas y palabras sin sentido. Se detuvo en el croquis que Lucio no había sido capaz de descifrar. Donde otros no habrían visto nada, Valentín vio diferentes rutas que confluían en un mismo punto, y ese punto no era sino el antiguo estanco de su madre. Su odio no paraba de crecer.

—¡Desgraciados! —murmuró.

El nuevo estanco estaba en una ubicación privilegiada: en pleno centro de Madrid, a solo unos pasos del Ministerio de Agricultura, entre la estación del Mediodía y el parque del Retiro. Rodeado de dependencias oficiales, el flujo de personas en busca de sellos y papel timbrado era tal que una sola persona no daba abasto, no al menos Jacinta, que con la edad se estaba volviendo lenta y despistada. El propio Valentín se había ocupado de buscarle una ayudante, una tal Natacha a la que había obligado a recuperar el nombre de pila, Natalia, porque el otro le sonaba «algo soviético». En general, la chica se bastaba para atender a la clientela, así que ahora Jacinta se pasaba el día sentada detrás del mostrador, haciendo como que llevaba las cuentas y escrutando a la gente que entraba y salía, y solo cuando se formaban colas se ponía también a ella a despachar. El local, sin ser grande, era bonito y luminoso, y disponía incluso de una pequeña sección de artículos para el fumador: encendedores, pipas, boquillas, pitilleras. Las cosas, sin duda, habían ido a mejor.

Salazar, al volante del coche, señaló con la mano a García, que se encendía un cigarrillo delante del estanco. Dijo:

—Todo en orden, parece.

Y el propio García, como si pudiera oírlos, hizo un gesto de asentimiento.

Se juntaron en la esquina del ministerio. Salazar le hizo un resumen a su compañero. ¿Quién sabía lo que buscaban esos pistoleros en el antiguo estanco de Jacinta? ¿Y cuánto tardarían en averiguar cuál era su nuevo estanco? Durante un tiempo, por si se les ocurría intentar algo, habría que montar una vigilancia discreta. Valentín murmuró:

—Han estado siguiendo a mi madre, ¡a mi madre!, la han estado espiando, han estado a punto de… ¿Quién sabe de qué? —Y les ordenó por señas que esperaran fuera.

La mujer se acercó a dar un abrazo a su hijo en cuanto lo vio entrar.

—¿Tú otra vez? ¡Pero si ya has venido esta mañana!

—Esta mañana he venido para felicitarte el cumpleaños. Ahora vengo para ver si estás bien.

—Claro que estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

Jacinta, que siempre había sido muy menuda, estaba empezando a encogerse, a perder estatura, o eso le pareció a su hijo, que tenía la sensación de poder abarcarla entera con un solo brazo. Se acordó de cuando era un crío y esa mujer, ahora empequeñecida y frágil, le parecía alta, lozana, resplandeciente: ¿todos los niños creían en algún momento que su madre era la mujer más guapa del mundo? Jacinta hizo ademán de soltarlo y volver detrás del mostrador, pero ahora fue Valentín el que se abrazó a ella y la retuvo. Una especie de fogonazo acababa de mostrarle a su madre como una persona que había empezado a deslizarse por la cuesta de la vejez, la enfermedad y la muerte. ¡No, la muerte no! ¡Un mundo sin su madre era algo que ni siquiera podía concebir! Si en la misteriosa alquimia de su alma el miedo a que pudiera pasarle algo a Jacinta se metamorfoseaba en un odio visceral hacia la humanidad, el vislumbre de un posible deterioro aderezaba ese odio con sentimientos que lo embellecían, lo dignificaban. Sentimientos como la compasión, la lealtad y el amor. Sentimientos como la certeza del propio desamparo y como esa soledad profunda, metafísica, que ya había experimentado durante la agonía de su padre. Si ahora Valentín insistía en mantener abrazada a Jacinta era porque su contacto le certificaba una serie de verdades irrefutables. Que ese odio suyo no era algo de lo que tuviera que avergonzarse. Que ese odio era producto del amor. Que ese odio era amor, en definitiva.

—¿Has notado algo raro últimamente? —le preguntó al oído—. ¿Ha venido alguien de aspecto extraño, alguien que se comportara de un modo especial?

—¿Alguien de aspecto extraño? —Jacinta soltó una risita que sonó como un gorjeo—. No, no, aquí toda la gente que entra es muy normal.

Valentín echó una ojeada a la chica, que en ese momento estaba atendiendo a un cliente.

—Y ella, Natalia, ¿qué tal se porta?

—Bien. Es una muchacha obediente y trabajadora. —Frunció el ceño—. ¿Se puede saber qué es eso que tanto te preocupa?

—Cosas mías. Tonterías. ¡Pero es que solo imaginar que pudiera pasarte algo…!

—¿A mí? —Volvió a reír y al hacerlo mostró los dientecillos de conejo—. ¿Qué me va a pasar?

Salieron a la calle. Valentín señaló con la barbilla a los dos policías, que hicieron una pequeña inclinación de cabeza y dijeron al unísono:

—Felicidades, señora.

—¿Te acuerdas de ellos? Estuvieron en la fiestecita de inauguración. De vez en cuando se pasarán a echar un vistazo. Cualquier cosa que veas…

De allí fueron a Gobernación. Valentín ojeó los papeles que se apilaban en su escritorio y preguntó a García:

—El chico ese. ¿Lo has encontrado?

—Ahí lo tiene esperando.

Habían encerrado a Ratón en uno de los cuartos del segundo piso. Dejaron pasar un rato antes de ir a verlo. Sabían por experiencia que, cuanto más se hacía esperar a los confidentes, mejor era la información que proporcionaban. Subieron los tres a interrogarle. El cuarto, sin ventanas, iluminado con una única bombilla, tenía restos de sangre seca en las paredes. También eso ayudaba a soltarles la lengua. Ratón estaba sentado en una silla en mitad del haz de luz. Había un par de sillas más. Valentín colocó una delante del chico y se sentó. Apoyó los codos en las piernas y le habló en voz baja, confianzudo:

—Hicimos un trato pero no parece que lo estés cumpliendo. Sé que me ocultas cosas. Sé que no me estás diciendo todo lo que sabes. Te dije que hicieras memoria. Seguro que estos días habrás averiguado algo, te habrás acordado de algo…

—Lucio, el jefe del grupo, el que mandaba… —Ratón agitó la cabeza—. Una vez le oí decir que desde su habitación oía los goles del Atlético.

—¿Ves como ya empezamos a entendernos?

La casita, de dos pisos, se encontraba en Fuente del Berro, en una de las colonias Iturbe, cerca del camino de la Elipa. La pared lateral, orientada al este y con macetas hasta media altura, rebosaba de rosas, geranios y jazmines. A esa mezcla de colores (blanco, rojo, amarillo) se sumaba el azul intenso que desde el rincón menos soleado del pequeño jardín aportaba un tupido macizo de hortensias. La mujer, de vivaces ojos negros y pelo recogido con horquillas, lo miraba todo con melancolía.

—Esto es lo que más pena me da —murmuró.

El hombre, calvo, no muy alto pero fuerte, con el cuello recio, como de toro, limpió la cazoleta de su pipa golpeteándola contra la reja de la ventana y dijo:

—Sabías que tarde o temprano…

—Pero no deja de ser una lástima. ¡Que nos tengamos que ir justo

cuando están todas floreciendo!

Él era Jesús Monzón y ella, Pilar Soler. Esta ejercía de correo del Partido desde su llegada a Madrid, un año antes. Durante unos meses, por razones de seguridad, se habían hecho pasar por marido y mujer, y al final habían acabado convirtiéndose en pareja. Pilar se volvió hacia Trilla, que estaba a la espalda de Monzón, el hombro apoyado en el marco de la puerta.

—¿Te preparo un ramo?

—¿Y qué hago con él? ¿Le declaro mi amor a la primera que pase?

—Alguna novia tendrás por ahí. ¡Seguro que sí!

Entraron. El equipaje descansaba al pie de la escalera: dos maletas medianas y una grande, una bolsa de piel a punto de reventar, un neceser con aspecto de sombrerero. En el lado derecho estaban la cocina y el *office* y en el izquierdo, el cuarto de estar, con una chimenea de ladrillo, cuadros de flores secas y un piano de pared. Era una vivienda bonita, casi lujosa.

—¿Qué? ¿Te gusta la casa? Ojalá hubieras podido venir antes —dijo Pilar—. Los dormitorios están arriba. Mi madre vivía con nosotros. Hace unos días la mandé de vuelta a Valencia. Está claro que a Francia no la podemos llevar.

Se les unió Monzón, que dejó la pipa en un platillo de barro y dijo:

—Si vives con una anciana, la policía no sospecha.

—¿Hay algo más inofensivo que un matrimonio con una suegra? —corroboró ella.

Monzón se sentó en la banqueta del piano, levantó la tapa y tocó las primeras notas de *Para Elisa* .

—¿Sabéis qué es lo que más me fastidia? Que en Toulouse no hay plaza de toros.

—La acabará habiendo. ¡Con tanto exiliado! —dijo Trilla.

—Tampoco tenemos que quedarnos allí —dijo Pilar—. Podemos ir a cualquier sitio. Podemos ir a México.

Se oyó el ruido de un vehículo acercándose por la carretera. Monzón se incorporó un poco y prestó atención, por si era el coche que esperaban. El automóvil pasó de largo y Trilla preguntó:

—El conductor. ¿Es de confianza?

—¿Quién lo es? —dijo Pilar, sentándose en el extremo de la banqueta.

Monzón le hizo sitio y rebuscó entre las partituras hasta dar con las *Danzas húngaras* de Brahms. Empezaron a tocar a cuatro manos una pieza que al principio era sencilla y poco a poco se iba

complicando. La clandestinidad también daba para eso: para enamorarse, para cultivar flores, para practicar con el piano. Alguno de los dos cometió un error y el pequeño recital concluyó de golpe. Monzón y Pilar se miraron a los ojos como culpándose mutuamente y luego se echaron a reír. Trilla, que no sabía quién se había equivocado, rio también. Monzón se volvió hacia él.

—¿Seguro que no vienes?

Trilla negó con la cabeza.

—Para irme siempre estoy a tiempo. ¿No tienes miedo de lo que te puedan tener reservado?

Monzón hizo una mueca que podía interpretarse como: más miedo me da quedarme. Trilla siguió hablando:

—Todavía hay camaradas que confían en mí y están dispuestos a luchar a mi lado. Es el momento de movilizar a la sociedad. Ahora sí. Tenemos que aprovechar el nerviosismo del ejército, jugar con el descontento de la sociedad, forzar las cosas para que el franquismo se resquebraje por dentro…

—¡Llevamos tanto tiempo diciendo eso! Las famosas «contradicciones del régimen».

—Pero es que esta vez es verdad. La situación internacional ha cambiado y están más débiles que nunca. Nuestros sacrificios, lo que hemos hecho hasta ahora… No puede ser que todo eso haya sido inútil. Que no haya servido para nada. ¿Y los camaradas que se han quedado por el camino? Estoy seguro de que, diga lo que diga Carrillo, la militancia piensa lo mismo que yo. ¿Cómo pueden saber en Toulouse lo que piensa la gente en España?

Pilar se desentendió de la conversación y se arrancó con una polonesa de Chopin. Tenía la partitura delante y de vez en cuando le echaba una ojeada, pero en realidad tocaba de memoria. La pieza era alegre, con una frescura y una ligereza que evocaban el vigor de la juventud y la alegría de las fiestas. Los otros dos la escucharon hasta el final con expresión absorta y le dedicaron un débil aplauso de cortesía. La mujer hizo un gesto gracioso de agradecimiento y bajó la tapa. No estaban las cosas para muchas celebraciones. Monzón, impaciente, se acercó a la ventana y echó un vistazo a la carretera.

—Franco, el paladín de la paz… —dijo Trilla—. ¿De verdad alguien puede creer que en Europa se van a tragar ese cuento?

—¡Si hubiéramos encontrado nuestro De Gaulle! —exclamó el otro, pesaroso.

Ya no había diálogo entre ellos. Cada uno seguía el hilo de sus propios pensamientos, que les llevaba a revisar su proceder durante el último año y medio: qué habían hecho mal, cuáles de las decisiones

que habían tomado eran erróneas.

—¿Te imaginas que tuviéramos la capacidad de adivinar el porvenir? —dijo Monzón—. Aunque solo fuera un instante… Tener la posibilidad de asomarnos durante unos minutos al futuro, ver cómo andan por ahí las cosas y regresar al presente. Sería perfecto. Sabríamos en todo momento a qué atenernos y nunca nos equivocaríamos.

—Lo que estás diciendo es que uno de los dos puede estar equivocándose. ¿Cuál? ¿Yo, que me quedo, o tú, que te vas?

—Lo que estoy diciendo es que podemos estar equivocándonos los dos, ¡ja ja!

Pasó Pilar con una regadera de zinc, que iba dejando un rastro de gotas en el suelo. A través de la ventana la vieron regar sus flores. Lo estaba haciendo por última vez. Se estaba despidiendo de ellas. Monzón hablaba con una ironía algo impostada.

—Sé lo que me espera. Nada que no haya ocurrido antes. «El camarada tiene gustos burgueses. Al camarada le gustan demasiado las corridas de toros, la ropa de calidad, los restaurantes buenos, las mujeres guapas…» ¡Ja, ja! ¿Eso es el comunismo para ellos? ¿Que te gusten la comida mala y las mujeres feas? Si es así, que no cuenten conmigo. ¿A quién no le gustan las mujeres guapas? ¡A todos nos gustan las mujeres guapas! —Volvieron los dos a mirar a Pilar, que ahora se inclinaba para regar las hortensias, y Monzón, innecesariamente, bajó la voz—. ¿Cómo van tus líos amorosos?

Trilla se encogió de hombros y no dijo nada.

—Ten cuidado. No hay nada más peligroso que una mujer despechada.

—«No desearás a la mujer del prójimo.» ¿También tú me sales con eso?

—Yo solo te digo que tengas cuidado. Lo utilizarán todo contra ti. Las antiguas novias, si la camisa que llevas es buena, si fumas puros habanos o cigarrillos ingleses…

Sin mencionarlo, estaban los dos pensando en Heriberto Quiñones, que había sido expulsado del Partido tras fracasar en su intento de unir a las fuerzas de oposición. Monzón siempre había desdeñado un poco a Quiñones. Ahora, viéndose en una situación no muy distinta, su figura empezaba a inspirarle simpatía. Trilla dijo:

—Siempre dijiste que era un menchevique, ¿te acuerdas? Aunque eso no es nada al lado de lo que luego dijeron de él…

—¡A saber lo que dirán de nosotros!

—De ti ya lo sabes. Te hacen responsable del fracaso de la Operación Reconquista. Lo mío es peor. Están haciendo correr el

rumor de que pasaba información al ejército de Franco.

—¿Y aun así quieres quedarte? Esos camaradas que dices que siguen confiando en ti… Primero, a ver quiénes son y, segundo, a ver cómo reaccionan cuando les vayan con el cuento. Creer a un sospechoso de traición te convierte en sospechoso de traición. Te lo repito: ten cuidado. Ten mucho cuidado.

El coche tardaba en llegar y a Monzón aún le dio tiempo de encenderse otra pipa.

—Lo que echo de menos de Aix-en-Provence es el pan —dijo Trilla, y el otro se echó a reír.

—¡En realidad, te mueres de ganas por dejar todo esto y volver a Francia!

—Ese olor, ese sabor, esa miga blanca que se deshacía en la boca… ¡Año y medio sin probar un trozo de pan decente!

La puerta estaba abierta y una corriente ligera cruzaba la casa agitando los visillos, el extremo de los tapetes, las partituras del piano. De vez en cuando, acompañado del canto de los mirlos, entraba un olor a flores, a hierba, a naturaleza. Una sensación de paz lo impregnaba todo. Era una de esas agradables mañanas de comienzos de verano en las que la vida invita a un disfrute silencioso, reposado, como cuando no queda nada por hacer después de un día ajetreado. Si a cualquiera de esos dos hombres le hubieran preguntado por su idea de felicidad, habría echado un largo vistazo a su alrededor y habría dicho: esto. Pilar volvió a entrar en la casa, dejó la regadera en cualquier sitio y luego la arrastró con el pie hasta la pared. Ese sonido, parecido al de los cepillos con púas de acero de algunos artesanos, duró poco más de un segundo, lo suficiente sin embargo para que el hechizo del instante se desvaneciera en el aire. Monzón preguntó:

—¿Qué hora es? —Y justo en ese momento empezaron a oír el motor de un coche, que, esta vez sí, era su coche.

Trilla se apartó de la ventana para no ser visto desde fuera. Era una de sus reacciones naturales, instintivas. Pasados unos segundos, viendo que no había peligro, salió y ayudó a Monzón a cargar el equipaje. El vehículo se lo había proporcionado un navarro, antiguo compañero del colegio de jesuitas de Pamplona, que no tenía nada que ver con el Partido y ni siquiera sabía de su militancia comunista. Tenían previsto llegar a Barcelona y luego ya verían. Pilar preguntó:

—¿Los salvoconductos?

Y Monzón, que había descolgado del perchero su capa española y su sombrero de ala ancha, se palpó el bolsillo, dando a entender que los llevaba.

Ella entró a cortar el agua y la luz y asegurarse de que no

olvidaban nada. Los dos viejos amigos se dieron un abrazo de despedida. Trilla dijo:

—No sé cuándo volveremos a vernos. —Pero lo que realmente quería decir era: no sé si alguna vez volveremos a vernos.

Miró las ventanas de las casas cercanas con la sensación de estar siendo vigilado. Solo habían pasado dos días y las flores habían desaparecido. ¿Un vecino fisgón? ¿Un transeúnte cualquiera? Quienquiera que fuese, viendo que la casa estaba deshabitada, se había colado en el jardín y se había llevado las plantas con tiestos y todo. Bien pensado, era lo mejor que les podía ocurrir, ya que de otro modo no habrían tardado en secarse y morir. Y sin embargo la casa ya no era la misma. Le faltaba algo, algo esencial: le faltaba vida. Los soportes de hierro de la pared, ahora vacíos, invocaban silenciosamente ese pasado reciente en el que las flores, la música, las risas, las voces lo llenaban todo. Sigiloso, caminó hasta la parte de atrás. La puerta, que daba a la cocina y al *office* , estaba solo encajada. Él mismo, dos días antes, se había ocupado de dejarla así. Debajo de la pila, en un hueco tapado con una cortinilla de cuadros, encontró una canasta de mimbre con algo de comida: un par de pimientos, varias cabezas de ajo, una patata con la piel cubierta de brotes retorcidos. En la repisa había botes con restos de sémola y arroz y un tarro con lo que parecía ser confitura de ciruela. Llevaba un hatillo de ropa envuelto en papel, como un paquete. Lo dejó en cualquier sitio y pasó al cuarto de estar. Levantó la tapa del piano y de inmediato la volvió a bajar: ni sabía tocar ni quería arriesgarse a que un ruido delatara su presencia. En la pared de la chimenea había una estantería con treinta o cuarenta libros puestos de cualquier manera. La mayoría eran volúmenes de las colecciones La Novela Semanal o La Novela de Hoy, literatura popular de la década de los veinte que ya nadie leía. Rebuscó un poco hasta dar con alguna novela que tal vez valiera la pena leer, como *Volvoreta* de Wenceslao Fernández Flórez o *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque, también muy populares quince o veinte años atrás. Las dejó sobre el piano, al lado de unas partituras.

Subió al piso de arriba, en el que había dos dormitorios, un ropero y un baño. Los dormitorios eran casi idénticos: dos camas gemelas, una mesilla entre ambas, un armario, un espejo. Trilla supuso que el dormitorio de atrás era el de la pareja y que el de delante, visible desde la calle, se lo habrían dejado a la suegra. Eligió el de atrás, más recogido y discreto. En el armario había sábanas,

mantas, toallas, alguna prenda vieja e inservible. Se sentó en el borde de la cama y con un ligero meneo comprobó la elasticidad del colchón. Las ventanas tenían visillos pero no persianas ni cortinas. Si encendía la lámpara de la mesilla, le verían desde cualquiera de las casas vecinas. Se dejó caer sobre la cama y suspiró. Tendría que acostumbrarse a vivir como los pastores, levantándose con las primeras luces y acostándose al anochecer. Tendría que convertirse en algo parecido a un fantasma. Tendría que tener cuidado.

La estación de metro más cercana estaba en Cuatro Caminos y la vía más directa hacia el estadio era la avenida de la Reina Victoria. Era un barrio curioso, de ambiente festivo y popular, con fruterías que invadían las aceras y pescaderos que salían a la calle a vocear el género, pero también con un bulevar tirando a coqueto, un par de cines que pretendían emular los de la Gran Vía y varios edificios, como los Titanic, que con sus quince alturas y su aire vagamente neoyorquino pasaban por ser los rascacielos más antiguos de la ciudad. Salazar y García se turnaban por la mañana y por la tarde para vigilar la zona. El que no faltaba a ninguna hora era el joven Ratón, que debía identificar a Lucio. Aparcaban el coche en el lado de las horchaterías y desde allí controlaban a la gente que iba y venía. En un extremo de la avenida estaba la estación de metro y en el otro la parada de la línea 2 del autobús, que era la que llevaba a la plaza de España. Lo lógico era pensar que, tarde o temprano, Lucio acabaría pasando por ahí. El Stadium Metropolitano, destruido por la guerra y recientemente reinaugurado, se encontraba al final de la avenida. Era un estadio grande pero de escasa altura y sin cubierta. Según desde dónde se observara, podría pensarse que, más que construirlo, lo habían excavado en el suelo. Todo él era una enorme hondonada que se prolongaba hasta los terrenos de la Ciudad Universitaria, y a su alrededor, salvo alguna edificación que se había mantenido milagrosamente en pie, no había más que desmontes, usados como escombreras.

Después de varias semanas de vigilancia, la espera empezaba a resultar tediosa. Podía ser que Lucio hubiera cambiado de barrio y estuvieran perdiendo tontamente el tiempo.

—¿Qué le vais a hacer si lo cogéis? —preguntó Ratón desde el asiento trasero.

—Eso no es asunto tuyo —contestó Salazar.

—Pero sus compañeros sabrán que he sido yo.

—Razón de más para que nos ayudes a encontrarlos a todos.

—No puedo estar toda la vida trabajando para vosotros. En algún momento…

—En algún momento, ¿qué? —dijo el otro, conteniendo un bostezo.

—En algún momento dejaré de estar en deuda con el inspector…

Salazar soltó un bufido que quería decir: ¡que te crees tú eso! Ratón se hundió en el asiento y dijo en voz baja, hablando para sí:

—¿Y si no los encontráis? Son gente violenta, peligrosa. Tienen armas. Podría ser que intentaran vengarse.

—Espera aquí —dijo el policía, y salió a estirar las piernas.

Un afilador ambulante había plantado su puesto unos metros más allá. Delante de él hacían cola varias personas con sus cuchillos y sus llaves, porque además de afilador era cerrajero. Ordenadas por tamaños y enganchadas con anillas, las copias de las llaves, casi todas grandes, de portal, se arracimaban en los soportes de hierro que sostenían el toldillo: aquello parecía un emparrado visto a través de los ojos de un pintor vanguardista. En el centro del tablón que hacía de mesa estaba la prensa, y a uno y otro lado se amontonaban las herramientas. El hombre trabajaba concentrado, ajeno a todo, y Salazar se entretenía viéndolo manejar sus limas y sus muelas. Ratón, hundido en el asiento del coche, cerró los ojos y trató de descansar. Desde hacía meses le costaba conciliar el sueño, y a menudo se despertaba en mitad de la noche con el corazón encogido y la frente bañada en sudor. ¿Por qué demonios había tenido que ceder a la tentación de vengarse de don Clemente, su antiguo jefe? Desde entonces vivía en un continuo sobresalto. Ahora estaba en manos de la Brigada Político-Social y su suerte dependía del fruto que pudieran dar sus soplos. Pasaron unos minutos. Volvió a abrir los ojos y vio a Lucio a través de las dos filas de árboles del bulevar. Sí, era él, su chaqueta arrugada, su corpulencia, esa manera desganada de caminar, como si arrastrara algo. Iba por la acera más alejada, la del Hospital de la Cruz Roja. Ratón se incorporó y buscó con la mirada al policía. Este, concentrado en el quehacer del cerrajero, estaba de espaldas a la avenida, y no parecía que fuera a volverse antes de que Lucio llegara al cruce de la Escuela de Enfermería, que estaba en curva y ofrecía una perspectiva más limitada. Era cuestión de un par de minutos, tal vez menos. Sin saber qué hacer, Ratón se tapó la cara, como los niños en las películas de terror. Pero no podía permanecer así eternamente. Optó por contar hasta veinte. Se concedió esos pocos segundos de tregua. Cuando terminara de contar tendría que haber tomado una decisión. Uno, dos, tres… ¿Qué debía hacer? ¿Avisar a Salazar o dejarlo estar, fingiendo que no había visto a Lucio? …Nueve, diez,

once… Tenía claro qué era lo más decente pero no qué era lo más conveniente. … Dieciocho, diecinueve y veinte. Apartó las manos. Lucio aún no había llegado a la esquina y de repente, para su sorpresa, Salazar había desaparecido. ¿Dónde demonios se había metido ese hombre? No estaba junto al puesto del afilador ni entre los corrillos cercanos. Tampoco en el bulevar ni en la otra acera, la de la Cruz Roja. Sencillamente, no estaba. Eso quería decir que por el momento se había librado del problema y no debía darle más vueltas: no iba a avisar porque ni siquiera tenía a quién avisar. La lógica indicaba que podía tranquilamente quedarse en el coche, fingiendo no haber visto a nadie. En vez de eso, y sin obedecer a ningún razonamiento definido, salió y empezó a seguir a Lucio.

Caminaba Ratón por la acera contraria, la de la Clínica Nacional del Trabajo, atento a mantener la distancia suficiente sin llegar nunca a perder de vista a su presa. No se decidió a cruzar hasta que llegaron a una zona de tabernas y comercios baratos en la que era más fácil pasar inadvertido. Seguían los dos por la avenida. Algo más adelante, los solares abandonados y los bloques de viviendas a medio construir se mezclaban con edificios que todavía mostraban las huellas de los bombardeos. Algunos tenían la fachada apuntalada y boquetes mal tapados con maderas y cartones. Por esa parte empezaban a escasear los transeúntes. Ratón, para no ser visto, avanzaba arrimándose a tapias y paredes. Estaban ya lo bastante cerca del estadio como para que, en días de partido, se oyera desde allí la celebración de los goles: no podía faltar mucho. Vio a Lucio lanzar una mirada vigilante a su alrededor y entrar en una casa vieja, más bien pobre, con ropa tendida en los balcones y una carbonería en los bajos. Ratón apuró el paso y se asomó al zaguán. El carbonero, con la cara y los brazos totalmente tiznados, iba y venía apilando sacos. Ratón, por disimular, preguntó:

—¿A cuánto va el kilo? —Y casi sin esperar respuesta se marchó.

Con los brazos en jarras y cara de pocos amigos, Salazar lo esperaba al lado del coche. Cuando Ratón lo vio, estaba todavía en la otra acera de la avenida. A paso normal, le quedaban unos veinte segundos para llegar hasta él. Nuevamente veinte segundos para tomar una decisión. Uno, dos, tres… No tenía por qué revelar el escondrijo de Lucio, podía inventarse cualquier excusa. … Ocho, nueve, diez… Después de todo, ¿quiénes eran los suyos y quiénes sus enemigos?… Quince, dieciséis, diecisiete… ¿No eran los tipos como Valentín y Salazar los que habían llevado a su padre a morir en la cárcel? …Dieciocho, diecinueve… ¿Por qué no intentar, aunque solo fuera por una vez, comportarse decentemente, hacer algo de lo que no tuviera que avergonzarse, hacer lo correcto? ¿Por qué no hacerlo,

además, como un homenaje íntimo a su querido y desdichado padre? ¡…Y veinte! En ese instante, Ratón tenía clara la trascendencia de su decisión. Obedecer a esos policías no era solo delatar a un hombre, a Lucio. Obedecerles era en buena medida condenarse. También negarse a colaborar era algo más que salvar a Lucio. Era salvar a su padre, la memoria de su padre. Era salvarse a sí mismo. En cierto modo, era salvar a la humanidad entera.

Salazar frunció el ceño y le señaló con el dedo:

—¿Dónde coño te habías metido? Me voy a mear y desapareces. ¿No te dije que no te alejaras del coche?

Ratón buscó unas palabras que estuvieran a la altura de sus nobles sentimientos pero no las encontró. Tras unos segundos de indecisión, entrevió una rendija por la que podría tratar de escurrirse y preservar algún resto de dignidad. Dijo, muy serio:

—Si os entrego a Lucio, quedamos en paz… —Pero, debido a la inflexión de la voz, cada vez más aguda, lo que había empezado como una aseveración concluyó como una interrogación.

El otro contestó con indiferencia:

—Tú nos lo entregas y luego harás lo que se te diga. Y no hay más puñetas.

Sintiendo cómo se extinguía en su interior un último rescoldo de decencia, Ratón agachó la cabeza y anunció:

—Lo he seguido hasta su casa. Sé dónde vive. No os quejaréis de mi colaboración.

A esas horas, en uno de los despachos de Gobernación, varios inspectores celebraban una fiestecita para despedir a Senén Gracia, que acababa de ser ascendido a inspector de primera y destinado a su ciudad, Zaragoza. Habían mandado subir del bar de abajo unas bebidas y algo de comer. Un camarero de no más de quince años se apresuraba a descorchar botellas y rellenar vasos. El propio Senén repartía el vino, repitiendo frases como: ¿hay algo mejor que ser policía?, ¡que no se diga que entre nosotros no hay compañerismo! Las botellas corrían de mano en mano. Landa, navarro, se arrancó con una jota de la Ribera, que pronto fue seguida por canciones de otras regiones de España. Uno que había estado destinado en Barcelona cantó en un catalán chapurreado *Baixant de la font del gat* , lo que dio pie a todo tipo de burlas y comentarios jocosos. Valentín se quedó al lado de la mampara, bebiéndose su vino a sorbos y sin terminar de integrarse.

—¿Y tú? —le preguntó Senén con una de sus sonrisitas aviesas—. ¿No te sabes ningún chotis?

Valentín negó con la cabeza. No estaba de humor para fiestas. El

día anterior se había confirmado la destitución de Arrese: era uno de los muchos gerifaltes a los que Franco había dejado caer para congraciarse con los americanos. El Caudillo parecía dispuesto a sacrificar lo que hiciera falta con tal de asegurarse la supervivencia política. ¿Acabaría también desprendiéndose de quienes, como él, se habían entregado en cuerpo y alma a la lucha contra la subversión y habían unido su destino al del propio régimen? ¿O directamente sería el régimen el que acabaría cayendo? Miró a Senén y a sus otros colegas, que cantaban, reían y brindaban, despreocupados. La mayoría pertenecía a la Brigada Criminal, no a la Político-Social, así que no tendrían problemas para adaptarse a una situación diferente. ¿Iban a ser ellos los que acabaran mandando en la policía si los americanos se decidían a echar a Franco? No quería ni imaginar que tal cosa llegara a ocurrir, porque sería lo mismo que decir que los comunistas habían vencido, como en Italia o en Francia. ¿Era él, Valentín, el único ahí que podía salir perdiendo? Las reglas del juego eran las que eran. Se habían repartido las cartas. A él le habían dado cartas nuevas y ya no podía volver a pedir. Tenía que jugar con las que tenía. La vida a duras penas te permitía rectificar en una ocasión: ¡como para intentar rectificar una segunda vez! No, él ya no podía elegir. Su única posibilidad era acabar con el comunismo, aunque tuviera que hacerlo solo.

Un andaluz hinchó el pecho y empezó a cantar:

—«Granada, tierra soñada por mí. Mi cantar se vuelve gitano cuando es para ti…»

Algunos policías de las escalas inferiores se apiñaban en el pasillo para participar discretamente de la fiesta. Por el pasillo asomó la enorme cabeza de García. Valentín acudió a su encuentro.

—¿Qué?

En menos de una hora, nueve vehículos policiales se repartían por la avenida Reina Victoria y las calles adyacentes cerrando las posibles vías de escape. Lucio vivía en una de las buhardillas del último piso. Algunos policías vigilaban desde las ventanas y los balcones de las otras casas. Otros, con la pistola en la mano, subían sigilosos por las escaleras. A la cabeza de estos iba Valentín, que al llegar al rellano señaló la puerta, entornada. La empujó muy lentamente. La vivienda, diminuta, estaba dividida en varios habitáculos que la hacían parecer aún más pequeña: allí solo había sitio para los tabiques. El camastro, con un rebujo de sábanas y ropa sucia, ocupaba casi todo el espacio de uno de los cuartos, el más grande, también el único con ventana. En los otros, entre cajas y trastos, se amontonaban ejemplares viejos de *Mundo Obrero* . Pero a Lucio no se le veía por ningún lado. ¿Dónde se

había metido? La ventana, que daba al tejado de la casa, estaba abierta. Se asomó Valentín e imaginó los posibles recorridos por tejados y azoteas. Se encaramó al alféizar y, agarrándose con cuidado a uno de los canalones, bajó hasta el borde. Desde ahí, dando un salto de poco más de un metro, se podía pasar al tejado contiguo, desde el que a su vez era fácil escabullirse hacia otros tejados. Vio Valentín varias tejas sueltas, como si alguien las hubiera desplazado en una huida precipitada. ¡No podía ser que Lucio se les hubiera escapado delante de sus narices! Para subir volvió a agarrarse al canalón. García, colgado del marco de la ventana, le tendía el brazo.

—Mucho cuidado, jefe.

Valentín lo rechazó de un manotazo y rezongó, sin referirse a nadie en particular:

—¡Panda de inútiles! —Hizo un gesto de impaciencia—. Registradlo todo. Buscad papeles, libretas, cartas… Habrá que poner vigilancia por si a alguno de sus amigos se le ocurre venir.

Uno de los policías se agachó a coger algo debajo de la cama. Dijo:

—¡Inspector! —Y levantó una pistola como si fuera una trucha recién pescada.

Los demás se acercaron, incrédulos. Era raro que Lucio se hubiera escapado sin su arma. ¿Tan precipitada había sido la huida? Sonó en ese momento un ruido de cañerías que procedía del pasillo. Los policías se miraron compartiendo el mismo pensamiento: ¡en aquella buhardilla no había letrina! Valentín volvió a dejar la puerta como la habían encontrado y se llevó el dedo a los labios para reclamar silencio. Lucio, que sufría de estreñimiento y tenía unas evacuaciones largas y trabajosas, no había salido del retrete desde que había llegado a la casa. Cuando los policías lo creían huyendo por los tejados de Madrid, estaba tratando de cagar en la letrina comunitaria. Ahora volvía por el estrecho pasillo cargando con el orinal de loza, que había aprovechado para lavar. Entró en la buhardilla con el orinal en la mano y se encontró a media docena de tipos apuntándolo con sus armas. Lo único que acertó a exclamar fue:

—¡Cucha! —Y el orinal se le cayó al suelo.

Después de tres días de interrogatorios no habían conseguido arrancarle más que vaguedades sobre su antigua militancia, informaciones ya conocidas o irrelevantes, identidades de personas que hacía meses que habían sido encarceladas o fusiladas. A Valentín le interesaban sus dos cómplices. Eloy y el otro, el tal Mancebo.

—¿Dónde viven? ¿Dónde se esconden?

Estaban en Gobernación, en uno de los cuartos sin ventanas del segundo piso. Lucio, sentado en una silla con las manos esposadas a la espalda, sangraba por una ceja, y su posición, encogido en sí mismo, doblado hacia un lado, daba a entender que tenía algunas costillas rotas. Todos los detenidos acababan hablando; la cuestión era cuándo. Valentín sabía muy bien que Lucio, un tipo duro, curtido, bregado, solo estaba tratando de ganar tiempo para que los otros, enterados de su detención, corrieran a ponerse a salvo. Eso precisamente era lo que quería evitar: que Eloy y el otro se le escaparan. Para no romperse los nudillos se protegió el puño con una toalla y le golpeó en la cara, el tórax, el abdomen.

—¡Vamos, habla! ¿Dónde están tus cómplices?

Lucio, con la nariz reventada a puñetazos, respiraba por la boca y en las comisuras se le formaban pompas rosáceas de sangre y saliva. Su actitud era la de alguien ausente, ajeno al mundo, alguien que había conseguido encerrarse en algún rincón acorazado del alma y desligarse de las penalidades de la carne. Pasado un rato, levantó la cabeza hacia Valentín y movió los labios como tratando de decir algo. El otro, la mirada encendida, el rostro descompuesto, se inclinó hacia él y le oyó decir:

—Mátame. Mátame de una vez.

—Ni lo pienses. No te voy a ahorrar ningún sufrimiento.

Salazar y García no estaban acostumbrados a verlo de ese modo, tan fuera de sí. Normalmente eran ellos los que se ocupaban de hacer el trabajo sucio y él el que imponía las pausas. Ahora era al revés. No ignoraban la verdadera razón de ese encarnizamiento: la madre. Si Lucio no hubiera ido a meter las narices en el antiguo estanco de doña Jacinta, las cosas habrían sido distintas. Valentín no se lo podía quitar de la cabeza. ¿Para qué había ido con su banda a Barajas? ¿Qué demonios hacían rondando el estanco? ¿Qué querían de su madre? ¿Pretendían solamente darle un susto o tenían previsto algo peor? ¿Y de quién había sido la idea? ¿Había sido de Eloy? ¿Lo había propuesto Eloy al enterarse de sus contactos con Cristina? ¿Era una especie de advertencia, algo así como: más te vale no acercarte a mi hermana si no quieres que le pase algo a tu madre? Las preguntas se le agolpaban en la cabeza y de ellas brotaba una energía oscura que solo se podía liberar mediante la violencia.

—No te pienses que vas a poder conmigo —dijo.

El siguiente puñetazo fue tan fuerte que tumbó al detenido, con silla y todo. El golpe del cráneo contra las baldosas sonó como un ladrillazo. Desde el suelo, Lucio soltó un quejido largo y profundo que

recordaba el ulular del viento en las noches de invierno. Si no estaba inconsciente, le faltaba poco. Salazar tocó el cuerpo con la punta del zapato e hizo un gesto que significaba: ¿lo bajamos al calabozo para que se recupere un poco? Valentín miró a sus hombres y, como justificándose, preguntó:

—¿Cuándo se decidirá a hablar?

Entró en el baño a lavarse las manos y refrescarse. Tenía todavía el pulso alterado. Pasado un rato, volvió al cuarto y dijo:

—Esta noche nadie se va a casa. Tenemos que terminar lo que hemos comenzado.

Lucio aún aguantó unas cuantas horas más antes de decir todo lo que sabía. Al amanecer, con la sangre ya seca y el rostro tumefacto, accedió a firmar donde le dijeron. Mientras lo hacía, abría y cerraba los ojos y mascullaba algo entre dientes. Valentín, cansado, sudoroso, ordenó:

—¡Más alto, que no te oigo!

Y el otro obedeció:

—… *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie*…

—Pero si sabes rezar… ¡Ah, claro! Que estudiaste en un seminario. ¡Pues de qué poco te ha servido!

El último domicilio conocido de Eloy era una pensión en la calle Fernán González. La patrona, que no había vuelto a verlo desde dos días antes, les acompañó a la habitación. En el armario estaban las botellas de anís, los albaranes, el libro de contabilidad.

—Es un joven muy educado y muy correcto —decía la mujer, chismosa—. Siempre ha pagado con puntualidad y nunca ha dado problemas. ¿Por qué lo buscan?

—Por comunista —dijo García.

—¡Dios santo! —exclamó ella, santiguándose.

Valentín miraba por la ventana. Sonó el timbre y entró Salazar con una maleta vieja.

—¿Qué? —dijo Valentín.

El otro se encogió de hombros, como diciendo: nada. Dejó la maleta sobre la cama. Ahí dentro, entre otras prendas arrugadas, estaban la pelliza de piel cordero y la gorra rusa de Mancebo. Valentín hizo un gesto de impaciencia. Tal como se temía, Lucio había aguantado lo suficiente para que los otros dos pudieran ponerse a buen recaudo. García se acercó la pelliza a la nariz y puso cara de asco.

—¡Esto huele a choto! —exclamó.

Se estaba echando una siesta. Le despertaron unos ruidos en el piso de abajo. Se asomó descalzo a la escalera y oyó una voz femenina que decía:

—Mi marido era pianista. ¡Llegó a tocar delante del rey de Italia! Aquí tienen el piano. Y aquí las partituras, por si alguno de ustedes… O sus hijos. ¿Tienen hijos? ¿Alguno de ellos estudia música?

Con la dueña de la casa estaba un matrimonio de mediana edad que casi no hablaba. Alguien, por hacer algo, pulsó varias veces una tecla y dejó caer la tapa del piano. Los oyó trastear un poco más en el cuarto de estar y luego entrar en la cocina. La mujer protestó:

—¿Y esto? ¿Estos restos de comida? ¡Pero a quién se le ocurre! En dos días se te llena todo de bichos.

Cuando ya se disponían a subir, Trilla, dejando la cama tal cual, hizo un hatillo con sus cosas y lo escondió entre las mantas del armario. Salió por la ventana. La cornisa, que llegaba hasta la esquina, era lo bastante ancha para que cupiera sentado, las piernas colgando en el vacío. Las ramas de un castaño que llevaba años sin podarse se doblaban al tocar el tejado y formaban una especie de escondrijo natural. La ventana, que había dejado entreabierta, se abrió del todo. Vio asomarse una mano con unos dedos flacos y largos, cargados de sortijas. A menos de dos metros de él, la dueña de la casa seguía perorando:

—Ya lo ven: ni siquiera se han molestado en quitar la ropa de cama. Lo dejan todo manga por hombro y se van como si tal cosa. Que quede entre nosotros: esos dos no eran trigo limpio. ¡Dijeron que eran marido y mujer pero yo aún estoy esperando que me enseñen el libro de familia!

Su voz, muy aguda, continuaba oyéndose mientras iba y venía por las habitaciones de arriba. De los otros dos, en cambio, solo le llegaba un murmullo ininteligible.

—¡Si mi Andrés siguiera vivo, no me habría mudado jamás! Un sitio tranquilo, en plena naturaleza y a la vez muy cerca del centro… —la oyó decir antes de cerrar la ventana.

Unos minutos después, los vio salir del edificio, dar un breve paseo por el jardín y demorarse con las despedidas delante de la cancela. Aunque no era fácil que lo vieran, para estar menos expuesto se desplazó hasta el extremo de la cornisa, donde las hojas del árbol lo cubrían casi por completo. Luego esperó pacientemente a que se fueran. Gateó hasta la ventana y probó a abrirla desde fuera, pero la mujer se había asegurado de que quedara todo bien cerrado. Puesto de puntillas, alargó la mano hacia el tejado. Las piezas de pizarra, irregulares, oblongas, estaban encajadas unas en otras y pegadas con

cemento. Tardó solo unos segundos en encontrar una que estuviera suelta. Utilizándola como una hachuela rompió el cristal.

Apenas unos instantes después caminaba por los descampados de Doctor Esquerdo en busca de la parada de la línea 10. Era el autobús que llevaba a Vallecas. Desde el final de línea aún tuvo que andar un poco más. La casita, pegada a un taller que se anunciaba como TINTORERÍA ESPAÑA — GRAN TREN DE LAVANDERÍA Y PLANCHADO , estaba en el extremo del pueblo, cerca de las chabolas de Entrevías. En el agua de los charcos, densa, oleaginosa, el cielo se reflejaba con destellos de arcoíris. La tierra tenía un extraño color azulado y el olor acre de los disolventes lo impregnaba todo. Trilla se detuvo a escuchar el teclear de la máquina de escribir. Este se interrumpió en cuanto llamó a la puerta con la aldaba, que tenía forma de puño cerrado. Se abrió la ventana de la cocina y asomó la cabeza de Josefina, con el moño aplastado y medio deshecho.

—¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.

—Te he traído un par de regalos. —Mostró las novelas de Fernández Flórez y Remarque—. ¡Como sé que te gusta tanto leer!

La mujer, como si estuviera pensándoselo, tardó bastante en abrir la puerta. Aunque no era vieja, tenía todo el rostro surcado de pequeñas arrugas. Sus ojos, muy claros, apenas si conservaban algo de su antigua luminosidad de maestrita joven y entusiasta, deseosa de llevar el conocimiento hasta el pueblo más recóndito de España.

—¿Qué quieres? —volvió a decir.

—Necesito que me escondas. No tengo donde ir.

—Sabes que me pones en peligro.

—Ya veo. Las noticias vuelan.

—¿No sería mejor que obedecieras y fueras a Toulouse?

—Van a pasar cosas. Cosas importantes. Quiero estar aquí cuando pasen.

Con un gesto de resignación, la mujer cogió los dos libros y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—Serán solo unos días. En cuanto pueda…

La máquina de escribir estaba en la mesa de la cocina, junto a dos diccionarios abiertos por la mitad.

—¡La de artículos que he escrito en esa máquina! —exclamó él—. ¿Te acuerdas, Fina? —Era el único que la llamaba así.

Depurada en 1940, Josefina Rubio se ganaba la vida haciendo traducciones de libros técnicos. Ahora estaba trabajando en un manual de jardinería. Era un volumen pequeño, con ilustraciones. Para que no se pasaran las páginas, las mantenía sujetas por las esquinas con pinzas de oficina, lo que hacía que al menor movimiento se

balancearan. Trilla siguió con el dedo unas líneas elegidas al azar y leyó con un acento impecable:

—*… plantes, arbres et arbustes d'ornement cultivés dans les champs et les jardins…*

—Dame. Te lavaré eso. —La mujer señaló el hatillo—. ¿Por qué llevas tan poca cosa? Y siéntate. No te quedes ahí en medio.

Lo más parecido a un sofá era un viejo arcón con respaldo de mimbre. Para dormir tendría que ponerse de lado y encogerse en sí mismo. Josefina iba y venía con el barreño de la colada. Trilla esperó a que terminara de tender.

—¿Vamos al cine? He visto que en el Numancia echan *Inés de Castro* .

—¡A saber con quién te puedes encontrar!

Trilla soltó un bufido pero, por si acaso, se puso la gorra antes de salir. El Numancia, que también se usaba para representaciones teatrales y combates de boxeo, era un cine grande, de unas mil localidades. Se sentaron en una de las últimas filas, cerca de la salida. Se apagaron las luces y en el NO-DO apareció el gobernador de Barcelona, Antonio Correa Veglison, presidiendo los actos de conmemoración del centenario de Mosén Jacinto Verdaguer. Trilla se arrellanó en su butaca. En la oscuridad de los cines siempre se sentía relajado y seguro. En un momento dado, alargó la mano para acariciar la rodilla de Josefina por encima de la falda. Ella, apartándole la mano con firmeza, susurró:

—¡Quieto ahí! —Y, sin embargo, en su actitud ya no había el desabrimiento de antes.

La película era un dramón histórico con amores imposibles, mujeres forzadas a recluirse en conventos y trágicas ejecuciones que levantaban entre el público exclamaciones de rabia y desconsuelo. Al final, el cadáver de Inés de Castro era exhumado y sentado en el trono para su proclamación como reina de Portugal. Al término de la proyección, hubo aplausos del público, que se levantó sin esperar a que sonara el *Cara al sol* . Hacía poco que el saludo romano había dejado de ser obligatorio.

—Lo que no tengo es cena —dijo ella, encaminándose hacia la salida.

Algo había: unos chuscos de pan duro, un par de tomates y unas cebollas que al menos les sirvieron para matar el hambre. Luego, mientras ella retiraba las cosas, él soltó las pinzas del librito y empezó a traducir:

—«… Los órganos de los vegetales están generalmente protegidos por una envoltura llamada epidermis, de la cual nacen varios órganos

superficiales que…»

—¡Espera, espera!

—¡Bah! Entre los dos despachamos este libro en media hora.

Josefina, que había apartado la máquina de escribir y los diccionarios, volvió a colocarlos en la mesa. La bombilla, como casi siempre, despedía una luz floja y temblona. Unas veces parecía a punto de apagarse y, otras, recuperaba de golpe la plena potencia. Apenas habían traducido un par de párrafos cuando se quedaron completamente a oscuras.

—¡Ahora sí que…! —exclamó ella, chascando la lengua.

Por la ventana entraba algo de luz de luna. Josefina fue en busca de una vela y volvió a su silla. Trilla le hizo una caricia en la barbilla. Esta vez ella, sorbiéndose la nariz, no lo rechazó. Estaba a punto de llorar.

—Dejarme como me dejaste. Irte así. No tienes perdón de Dios.

—Mi vida es muy complicada. No quería ponerte en peligro.

—¿Y a la otra sí? ¿A la otra no te importó ponerla en peligro?

—La otra… La otra no significó nada para mí.

—¿Por qué llevas tan poca ropa? ¿Me lo vas a decir?

—Te puedes imaginar cómo vivo últimamente. A salto de mata.

El reflejo de la llama se multiplicaba en los ojos de ella, que se habían llenado de lágrimas. Trilla la agarró por la cintura y se la sentó en las rodillas.

—Fina, Fina, Fina… —dijo nada más.

Parecía la clásica escena hogareña: la pareja que, no teniendo nada mejor que hacer, se concedía unos instantes de intimidad y ternura mientras esperaban a que volviera la luz. Permanecían en silencio, escuchando solo sus respectivas respiraciones, entregados a percibir la proximidad del otro. De repente la bombilla empezó a emitir su titubeante resplandor y Josefina, como quien sale de un sueño, regresó a su silla. Para recolocar el rodillo de la máquina pulsó varias veces la barra espaciadora.

—Vamos a aprovechar antes de que se vuelva a ir.

Trilla, que antes de vivir en Francia ya se ganaba la vida dando clases de francés, traducía de corrido y sin dificultad. Josefina, cuyo francés era más limitado, aceptó convertirse en su mecanógrafa, porque era verdad que de ese modo avanzaban más deprisa. Entre capítulo y capítulo se tomaban un pequeño descanso.

—Sigo sin entender por qué te has quedado. Ve a Toulouse y arréglalo todo.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Porque es mi obligación? ¿Porque si te llama el Partido tienes que ir, aunque sea al

degolladero?

—Hazlo solo porque te conviene. No querrás pasarte toda la vida escondiéndote.

—No te reconozco, Fina. —Trilla sonrió—. ¡Decirme que haga algo por conveniencia y no por disciplina comunista!

Ella, que por un instante dudó entre tomárselo como una ofensa o como un cumplido, sonrió también. Luego, apartando el libro, le cogió las manos y le habló con una voz cálida, casi mimosa:

—Puedo intentar ir contigo. Pero el viaje hay que prepararlo con tiempo: los salvoconductos, los pasadores… Tal vez lo mejor sería intentarlo por Navarra. Eso sí, hay que hacerlo pronto. No podemos esperar al invierno. Viajamos juntos a Toulouse, das todas las explicaciones que tengas que dar y después…

—¿Y después?

Josefina hizo un mohín infantil. Como una jovencita enamorada, volvía a soñar con reconquistar su corazón y, ¿por qué no?, con iniciar una nueva vida en común, en Francia o donde fuera, acaso en una agradable ciudad de provincias, en una casita de las afueras con un huerto pequeño, ni siquiera un jardín, trabajando como profesores o tal vez como traductores, conscientes los dos de estar construyendo algo juntos, poniendo mucho cuidado en rectificar antiguos errores sin incurrir en nuevos. En la ensoñación de Josefina había algo candoroso y puro que los exoneraba de cualquier responsabilidad pasada y que les presentaba el futuro como algo inevitablemente grato, bello, armonioso. Pero entonces dijo:

—Si voy contigo, por lo menos me escucharán.

Esas palabras fueron como un fogonazo que lo iluminó todo. De repente a Trilla no le cupo la menor duda de que había sido ella la que había redactado el informe para el Partido. ¿Alguien más habría informado sobre él? Imposible saberlo, pero casi seguro que no había sido la única. Las cosas funcionaban así: alguien hacía sonar el cuerno de caza y los demás se lanzaban en persecución del zorro. Podía ser que Josefina hubiera sido la primera o podía ser que no, pero eso ya se le antojaba irrelevante. ¿Sobre quién más habría redactado informes? ¿Sobre Jesús Monzón? ¿Sobre Pilar Soler? Ella, ilusionada, se llevó las manos de él a los labios y le besó los nudillos. Dijo:

—¿En qué piensas? ¿Por qué te has quedado sin habla? Estoy segura de que me escucharán, de que me harán caso. ¿Tú no lo crees?

Trilla acercó la cara y la besó en los labios.

Al día siguiente, Josefina se despertó temprano para hervir agua y preparar una infusión de achicoria. Volvió al dormitorio para despedirse de él, que remoloneaba entre las sábanas. Le habló en voz

baja:

—Me voy a la cola del racionamiento. ¡A ver cuánto me hacen esperar hoy! —Y, dándole un beso en la frente, le subió el embozo hasta la barbilla.

Trilla esperó unos minutos antes de levantarse. No se molestó en rebuscar en los cajones, por si había alguna copia de su informe. Agarró una maleta vieja y fue en metro hasta la glorieta de Bilbao. Volvía a desaparecer de la vida de Josefina sin dar explicaciones. Entró en la primera pensión que vio y alquiló una habitación. No era una de las pensiones de confianza, pero es que para él ya no había pensiones de confianza. La maleta, casi vacía, la llevaba solo para no levantar sospechas.

—¿Te he hablado de un chico que estaba conmigo en la guerrilla? Era pastor. Tenía catorce años. Yo le daba cartas para que las echara al correo. Cuando los guardias civiles lo descubrieron, escapó de casa y se vino al monte con nosotros. Le dimos un arma, le enseñamos a usarla, lo pusimos a hacer guardia… Un día hubo un intercambio de tiros y una bala perdida lo mató. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta de que yo, cuando le entregué la primera carta, estaba decidiendo su destino sin saberlo? Si no le hubiera dado esa carta, no habría tenido que dejar el pueblo. Y si no hubiera dejado el pueblo, no se habría unido a la guerrilla ni habría recibido ese disparo… Lo que quiero decir es que, aunque no nos demos ni cuenta, nuestros destinos se deciden en un instante concreto, preciso. ¿En qué instante se decidió el nuestro? ¿Qué fue lo que hicimos que nos llevó a estar como estamos ahora, sin poder vernos o viéndonos así, a escondidas? ¿En qué momento nos condenamos a no poder vivir nuestro amor como el resto del mundo, como cualquier pareja de enamorados? Yo creo que fue cuando robé en el cine para sacar a mi hermano de Porlier. ¡Total, para lo que sirvió! ¿Cuánto hace de eso? ¿Cinco años? ¿Seis? Ahora pienso que, si no hubiera robado ese dinero, todo habría sido diferente, y probablemente tú y yo seguiríamos juntos. ¿Pero para qué darle más vueltas?

—Sí, ¿para qué?

—Aunque también puede ser que algunas relaciones estén condenadas desde el principio. ¿Te imaginas que viviéramos cien vidas y que en ninguna de ellas pudiéramos estar juntos, compartiendo las cosas normales, paseando tranquilamente a la luz del día?

—No, no me lo imagino. Si viviéramos cien vidas, seguro que en

las otras podríamos querernos libremente, a la vista de todos.

—¿En todas? ¿En las noventa y nueve?

—En todas. Solo en esta no podemos.

—Pues ya es mala suerte.

—Muy mala. ¡Malísima!

Trataban de mostrarse risueños. Gloria se envolvió en una sábana y se sentó en el suelo, sobre una alfombra, la cabeza apoyada en el borde de la cama. Eloy se sentó a su lado, abrazándose las piernas por los tobillos. Permanecieron un rato en silencio, solo mirándose. Luego ella alargó las manos hacia él, le agarró el pie deforme y lo masajeó despacio, muy despacio. En el contacto de esas manos y ese pie había una intimidad extraña, que era física pero no necesariamente sexual, una ternura triste y dolorida, como en algunas representaciones del descendimiento. Gloria estaba a punto de llorar.

—¿A qué has venido? ¿A despedirte?

Eloy la cogió de la mano y la llevó frente a uno de los grandes espejos de marco dorado. Dejó caer la sábana y le rodeó la cintura desde atrás, el pecho de él pegado a la espalda de ella. Hablaron mirándose al espejo.

—He venido a decirte que eres la mujer de mi vida. Que nunca querré a ninguna como te quiero a ti. Esas cosas las entendéis muy bien las mujeres, que os gustan las historias románticas, las novelas de amoríos…

—¿A qué te refieres? ¿A *Madame Bovary* ? ¿A *Ana Karenina* ? ¿Eso es lo que tú consideras una *novela de amoríos* ?

—Nunca te he hablado de lo que hacía cuando estaba en la montaña. Te lo digo ahora: pensar en ti. Igual que Ana Karenina. ¿No es ella la que se pasa todo el tiempo pensando en no sé qué conde del que está enamorada? Pues yo lo mismo. Todo el día pensando en ti, todo el día soñando con el momento en el que volviéramos a encontrarnos. Y gracias a eso aguantaba el frío, el hambre, el peligro…

—¿Y las románticas somos las mujeres? —dijo ella, burlona.

—Mis sacrificios tuvieron premio. Encontrarte ahí aquel día, en mitad del bulevar, con los guantes en la mano…: fue como una aparición. ¡El vuelco que me dio el corazón!

—Pero eso ya es el pasado. ¿Y mañana? ¿Y pasado mañana? ¿Y dentro de un mes?

—Hoy estamos aquí, mañana quién sabe. Pero, sencillamente, no concibo la idea de no volverte a ver. Es una idea que mi cerebro se niega a aceptar.

Gloria se enjugó una lágrima con el dedo y dijo:

—Solo te pido una cosa. Que no me digas adiós. Que no te despidas de mí. Si te despides, es que te has ido. Si no, todavía puedo pensar que sigues un poco conmigo.

Eloy cerró los ojos y le apartó el pelo con la mano para besarla detrás de la oreja.

Virgilio llegó por Alberto Aguilera y fingió entretenerse ante el escaparate de una tienda de mantas. Luego bajó por San Bernardo y esperó delante de una peluquería que a esas horas estaba todavía cerrada. Ahora Eloy vivía muy cerca de allí, en Divino Pastor. Virgilio lo vio aparecer por la esquina y sacó disimuladamente un objeto que llevaba dentro de la cazadora. Era un cuchillo, uno de esos cuchillos largos y estrechos que usan los carniceros para deshuesar. Estaba envuelto en un trapo. Eloy se resistió a cogerlo.

—No pienso hacerlo.

—No te puedes negar. Eres un soldado. Un soldado no discute las órdenes.

—Yo no me he hecho comunista para matar camaradas.

Hizo un gesto de desdén y volvió a caminar. Despreciaba a ese tipo desde que supo que había sido medio novio de su hermana. ¿Qué habría visto ella en él, enclenque, cheposo, los bracitos caídos, casi sin nervio, y esa piel blanquecina más propia de un enfermo? Aunque no hubiera tenido ninguna relación con Cristina, lo habría despreciado igualmente, por dogmático, por ordenancista, por autoritario. Había comunistas que habían nacido para servir a los demás y comunistas que habían nacido para dar órdenes. Virgilio era de estos, un dictador en ciernes, un comisario político. De nuevo con el cuchillo oculto entre la ropa, el chico lo seguía a la distancia. Llegaron a Fuencarral y continuaron por Apodaca hasta la esquina de Larra, muy cerca de la redacción de *Arriba* , un nido de falangistas. Pararse a discutir ahí era una imprudencia pero a Eloy, furioso, le daba lo mismo. Se encaró de nuevo con el otro.

—Eres de los que están todo el rato diciendo lo que hay que hacer. Hazlo tú.

El chico, con un brillo de intransigencia en la mirada, le habló en voz baja:

—Sabes muy bien cuál es el castigo por poner en riesgo la seguridad del grupo.

—¿Me estás amenazando?

Le estaba diciendo que el Partido estaba al corriente de su relación con Gloria, muy parecida a la del Mancho con su antigua

novia, la Luci. Le estaba diciendo que el Partido estaba siendo más magnánimo con él de lo que él mismo había sido con el Mancho. Le estaba diciendo que, si se negaba a obedecer las órdenes del Partido, no había motivo para seguir siendo magnánimos. Virgilio, tajante, se lo resumió así:

—O Trilla o tú. O haces con él lo que hiciste con tu amigo o alguien lo hará contigo. Así de sencillo. Tú eliges.

—¿Por qué yo? ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

—¿Hace falta que te lo explique? Eres el anzuelo perfecto.

Eloy estaba rabioso, pero, sobre todo, descorazonado, triste, cansado.

—¿Cuántos años tienes? ¿Veintidós? ¿Veintitrés? Yo tengo veinticuatro pero es como si tuviera cien. Peor aún: como si ya estuviera muerto. ¿Has participado alguna vez en una ejecución? No, está claro que no: se te nota en la cara. Nadie vuelve a ser el mismo después de matar a un hombre. Nadie vuelve a reír ni a sentir ni a dormir del mismo modo. Cada vez que matas a alguien, muere algo en ti, ¿lo entiendes? Hasta que un día descubres que también tú estás muerto. Sí, caminas y comes y te afeitas y haces muchas de las cosas que hace la gente que está viva… Pero estás muerto. Yo ya lo estaba cuando vivía en el monte. Todos allí estábamos muertos. Y lo sigo estando ahora. Como todos. Por eso no tenemos miedo a morir. Porque ya estamos muertos. ¿Me dejas que te dé un consejo? No se te ocurra tocar un arma. Nunca. El día que lo hagas estarás perdido para siempre.

El chico alzó los hombros y adoptó una rigidez casi marcial.

—Estamos en guerra. Cuando se está en guerra, no se puede elegir.

—Tú todavía puedes. Luego es cuando ya no podrás. La primera vez que apunté a alguien con una pistola… —Le vinieron a la cabeza la imagen del abogado Rubiños y su secretaria con las manos arriba, aterrorizados, sometidos a su voluntad, y la de María Luisa echándolo de su vivienda y reprochándole que hubiera descubierto el placer de hacer sufrir—. ¡Ojalá nunca hubiera agarrado esa pistola!

De la chaqueta de Virgilio asomaba el envoltorio del cuchillo. Eloy hizo un gesto con la cabeza que el otro no entendió a la primera. Era un gesto que quería decir: venga, dame eso, acabemos de una vez. Eloy insistió y Virgilio le entregó el cuchillo con ademanes furtivos.

—Ya está. —Se lo guardó en el bolsillo interior y se subió la cremallera hasta el cuello—. ¿Estás contento?

Virgilio miraba con recelo a la gente que pasaba por su lado. Aunque tratara de disimularlo, estaba asustado. Preguntó:

—¿Conoces el plan? La hora, el sitio…

Eloy, sin contestar, le volvió la espalda y echó a andar. Estaba solo a seis o siete calles de la oficina de Gloria y de repente le pareció absurdo no acercarse. Necesitaba sentirla cerca, saber que el destino podía volver a reunirlos, aunque solo fuera por unos segundos. Bajó por Mejía Lequerica, cruzó Hortaleza y siguió por Fernando VI. A cada paso que daba, las distancias se acortaban y las probabilidades de encontrársela se multiplicaban. Al llegar a Bárbara de Braganza caminó más despacio. Trataba de apurar el tiempo porque intuía que era su última oportunidad. Pero ahora sus afanes no tenían tanto que ver con el sentimiento amoroso como con un deseo de redención. Se detuvo delante de un zaguán del que salía un frescor primitivo, de caverna, y le invadió la certeza de que la salvación aún era posible. Al igual que en esos juegos infantiles en los que el cumplimiento de un deseo está en manos del más modesto de los azares (una brizna de hierba más larga o más corta, un pétalo de más o de menos), esa salvación dependía solo de encontrarse a Gloria o no encontrársela. Intentando estirar al máximo cada segundo, avanzó hasta la esquina. Su imaginación, en un estado de máxima viveza, le proporcionó una imagen muy precisa de ella saliendo del portal, dando un leve respingo al descubrir su presencia, saludándole con una sonrisa callada y dulce… Pero no. Nada de eso ocurrió, y Eloy supo que tenía que seguir andando. El milagro, ese milagro que creía haber tenido al alcance de las manos, se desvaneció en el aire y se volvió inalcanzable. Caminó hasta Calvo Sotelo y cruzó por Colón. Conocía al dedillo las calles que Gloria solía frecuentar. Nada más fácil para él que trazar una pequeña cartografía privada: el Embassy en la avenida del Generalísimo, la Casa Americana en Ramón de la Cruz, la consulta del doctor Sampedro en Claudio Coello, el propio domicilio familiar de la calle Velázquez… Podía seguir merodeando por esos lugares en busca de un encuentro no tan fortuito, y seguramente este se acabaría produciendo. Pero sería como hacer trampas, engañarse a sí mismo.

Encerrado en su habitación, Gabriel León Trilla podía pasarse horas y horas observando a la gente que iba y venía por la glorieta. Su balcón, en la esquina de Fuencarral, era una buena atalaya. A los que deambulaban por Sagasta o Luchana los veía a través de los visillos, sin necesidad de asomarse. Para ver a los que llegaban desde Carranza tenía que salir, lo que implicaba ciertos riesgos. Desde la detención de Monzón en Barcelona, toda precaución era poca. Los dirigentes del Partido en Toulouse habían hecho circular el rumor de que en

realidad se había hecho detener por la policía, lo que según ellos confirmaba las viejas sospechas acerca de su condición de infiltrado y chivato del régimen. De Trilla no habían vuelto a decir nada, pero estaba claro que, si Monzón era un traidor, él no podía no serlo. El Profesor, que durante varias semanas había intentado establecer contacto con los militantes que se mantenían leales, ahora apenas si se atrevía a salir a la calle, e incluso en la pensión trataba de coincidir lo menos posible con los otros huéspedes. La casera, ante la que se había presentado como un dramaturgo necesitado de aislarse en busca de inspiración, le permitía hacer algunas de las comidas en el cuarto.

Oyó la voz de Jesusa al otro lado de la puerta:

—¿Le retiro la vajilla, don Julio?

—¡Adelante! —respondió Trilla, que ahora se hacía llamar Julio Torres.

La bandeja con los restos del almuerzo estaba en un extremo de la mesa, al lado de unas cuartillas emborronadas que simulaban ser el manuscrito de la genial obra de teatro. El título, que parecía tomado en préstamo de Arniches o los Álvarez Quintero, destacaba en mitad de la primera página: *Donde hay confianza da asco* . La criada, recién llegada de un pueblo manchego, le profesaba una admiración tan ciega como ilimitada. Era la primera vez que un artista se cruzaba en su vida y, embebida en los clichés más rancios, daba por sentado su inconmensurable talento, merecedor de la inmortalidad y de la gloria. La muchacha, dentuda, inocentona, buscaba siempre algún pretexto para granjearse su atención.

—¿Le han gustado los higos? Ya ha visto que le he puesto tres.

—Buenísimos.

—Yo misma los he elegido. —Hizo una seña hacia las cuartillas—. ¿Me leerá algún cachito, don Julio?

—¿Alguna escena, quieres decir?

—Eso es. Alguna escena. ¡Mira que soy bruta!

La chaqueta de Trilla colgaba del respaldo de la silla. Ella, en vez de agarrar la bandeja, se sacó un cepillo del bolsillo del delantal y se entretuvo frotando los hombros. Sus movimientos, rítmicos, vigorosos, se prolongaban en suaves oleadas por todo su organismo, que retemblaba acompasadamente. Trilla intuía que no le resultaría difícil engatusar a esa chica y darse un buen revolcón.

—¿Qué haces, Jesusa?

—Ayer me fijé en que la tenía llena de pelusas. No me cuesta nada. No tardo ni un minuto. ¡Como dijo que hoy tenía una cita importante! —En la voz de la criada se mezclaban la adulación y un ansia de complicidad—. ¿Con quién ha quedado? ¿Con algún actor

famoso? ¿Con el dueño de algún teatro? Bueno, si no quiere decírmelo, no me lo diga.

—Aún no sé si acudiré —dijo Trilla, que por tomarle un poco el pelo añadió—: Depende de una amiga algo esquiva llamada Talía. Ya sabes: la musa.

—¡La musa! —repitió la otra con embeleso.

El hecho es que acudió. El punto de encuentro estaba en la glorieta de Quevedo, junto a la boca de metro. Trilla dio un amplio rodeo para acercarse por San Bernardo y caminó despacio entre los árboles, buscando siempre tener la suficiente perspectiva para, a la menor señal de alarma, desaparecer por una calle transversal. A su lado, una mujeruca le ofreció un cucurucho: ¿almendras, señor? En la cesta de mimbre había también pipas de girasol, pan de higo y caramelo de coco. Él buscó una moneda y se la dio sin dejar de mirar a Eloy, que esperaba apoyado en el murete de la estación. En ese lado de la calle había un despacho de pan, una ortopedia abarrotada de muletas y piernas de madera, el velador de una horchatería. Delante de una frutería que olía a mandarinas pochas, un mozo recogía unas manzanas que habían rodado por el suelo. Eran unas hermosas manzanas, grandes, amarillas, de piel brillante, sin manchas ni impurezas. Las nubes de septiembre se deshilachaban poco a poco, desvaneciéndose, para luego apretarse unas contra otras y recomponerse con una forma no muy distinta de la anterior. El viento agitaba las hojas de los árboles y producía un rumor de lluvia. De algún balcón llegó el canto de un canario. Que sea lo que Dios quiera, pensó Trilla, y fue hacia Eloy. Este lo recibió diciendo:

—¿Se acuerda de mí, Profesor? Estaba con Gavilán, en la guerrilla.

—Claro. El hermano de Bernabé. —Le tendió el cucurucho—. ¿Una almendra?

Aquel sitio no era seguro. Subieron por Bravo Murillo y se desviaron hacia una zona de pequeños huertos separados por cañizo. De un descampado que se usaba como vertedero salió un perro con el lomo despellejado, que soltó un par de ladridos perezosos, como para cubrir el expediente, y se volvió por donde había venido. Entre los arbustos se adivinaban los tejadillos de zinc y las paredes de tablones de las chabolas. Un olor a estiércol y hoguera mal apagada lo impregnaba todo. Trilla hizo una pelota con el cucurucho y la lanzó a un matorral.

—¿Dónde es la reunión?

—Aquí al lado.

—¿Quién más habrá?

—Dos o tres. No sé sus nombres.

—¿Cómo sé que son de fiar?

—¿Cómo sabe que yo lo soy?

—Eres el hermano de Bernabé —contestó el otro, con el tono de quien formula una obviedad.

Llegaron al Campo de las Calaveras. Ese mismo recorrido por el Callejón de los Cementerios, que bordeaba los viejos camposantos abandonados, lo había hecho Eloy una noche de 1941, justo antes de echarse al monte. Recordaba perfectamente el canto de las chicharras y el titilar de las luciérnagas, que parecían enviar algún mensaje secreto. Las zarzas, más crecidas ahora, ocultaban las tapias hasta media altura e invadían parte del camino.

—Me acuerdo mucho de Bernabé —dijo Trilla—. Una vez, en uno de los viajes, me habló de la primera vez que visteis el mar. ¿Dónde fue? ¿En Alicante? Allí estabais: tus padres, tus hermanos, tú… Habíais visto el mar en fotos, en películas, pero no podíais imaginaros que fuera tan grande. Estuvisteis mucho rato sin decir nada, boquiabiertos, hipnotizados, solo mirando la inmensidad del Mediterráneo y escuchando el ruido de las olas. Recuerdo que me dijo que el viaje en autobús había sido largo y accidentado, pero que solo por ver esas caras vuestras había valido la pena. ¡No sabes cuánto os quería! —Se volvió hacia Eloy con una sonrisa—. Ahora tú. Háblame de él.

—No sé… —dijo Eloy en un susurro—. Lo primero que me viene a la cabeza son las visitas a Porlier.

Trilla no ocultó su decepción.

—¿Eso es lo que recuerdas? ¿La parte dolorosa de su vida? No es justo. Ni para ti ni para él. Nadie quiere ser recordado por sus desdichas. Piensa en tu infancia, en las fiestas familiares, en vuestras excursiones… ¡Seguro que entre los hermanos no parabais de haceros bromas y reír! —Volvió a caminar y entornó los ojos como escudriñando algo que no estaba fuera sino dentro, en su corazón—. Ya no sé ni cuándo fue la última vez que nos vimos. Supongo que en el treinta y ocho, en febrero o marzo, antes de que los fascistas llegaran a Vinaroz. La revista se hacía ya en Barcelona. La República se partió en dos. Yo quedé en un lado y él en el otro. ¡Y ahí se acabó todo! Hablábamos de continuar la guerra, pero ya todo estaba perdido.

—¿Todo? —protestó Eloy con voz lastimera—. Entonces, ¿por qué seguimos luchando? ¿Por qué hacemos lo que hacemos?

—Dímelo tú. A lo mejor tú lo sabes mejor que yo.

Eloy apartó la cara. Trilla insistió, suspicaz:

—Tienes que estar muy convencido para hacer las cosas que haces. Tener las ideas muy claras. ¿Por qué estamos tú y yo aquí ahora mismo, cuando podríamos estar, no sé, en un cine o en un café o en el estanque del Retiro? ¿Por qué llevamos la vida que llevamos, que no se la deseo a nadie? Digo yo que será porque queremos seguir mirándonos al espejo sin avergonzarnos de nosotros mismos. Porque tenemos ideales y no podemos renunciar a ellos. Porque no podemos renunciar a la igualdad, a la justicia…

—¿Justicia? —le interrumpió Eloy con los ojos húmedos—. ¿Quién puede saber si algo es justo o no lo es?

—No digas eso. Tú lo sabes muy bien.

—Le juro que no, Profesor. Le juro que a veces…

Se detuvieron junto a la tapia.

—Bueno, ¿se puede saber dónde me has traído?

Estaban delante de la hendidura vertical por la que, cuatro años atrás, Eloy había entrado en el cementerio. La peana de piedras seguía más o menos como entonces. De golpe, el semblante de Trilla se había ensombrecido. Dijo:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué ya no me miras a los ojos? —Y, como Eloy no contestaba, insistió—: ¿Qué hacemos aquí? ¿A quién esperamos? ¿A qué te referías exactamente con lo de si era justo o no lo era?

Pasaron varios segundos y todo lo que el otro acertó a decir fue:

—Lo siento, Profesor.

Se oyó entonces un ruido de pisadas y apareció Mancebo, que estaba escondido detrás de una higuera. Apuntó a Trilla con la pistola, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo empujó hacia la tapia.

—¡Adentro!

El Profesor fue el primero en encaramarse a las piedras y entrar en el cementerio. Durante unos instantes, cuando él ya estaba dentro pero los otros dos aún no, habría podido tratar de salvar la vida: echarse a correr, esconderse entre las ruinas de tumbas y columbarios, esperar a que cayera la noche. Pero no lo hizo. Fuera porque aún confiaba en poder disuadir a sus verdugos o porque había aceptado su final con mansedumbre, el caso es que se limitó a avanzar despacio entre las filas de panteones. No muy lejos de allí estaba el mausoleo que cuatro años antes había cobijado a Eloy, con la escultura del ángel lector y las rejas de hierro desencajadas. Mancebo apuró el paso para alcanzarlo. Había guardado la pistola y llevaba en la mano el cuchillo.

—Para ahí —dijo.

Trilla obedeció y buscó con la mirada a Eloy, que se ocultaba tras las espaldas del otro. En sus ojos había reproche pero sobre todo

lástima. A esas alturas tenía ya muy pocas dudas sobre su destino inmediato.

—¿Qué crees que habría hecho Bernabé? —murmuró—. ¿Y qué crees que pensaría ahora de…?

La frase quedó inconclusa porque Mancebo le lanzó una primera cuchillada, que consiguió repeler con la mano abierta. La visión de la sangre goteándole desde la punta de los dedos lo paralizó. Mancebo aprovechó su desconcierto para abrirle el vientre de un tajo, al tiempo que tiraba de su hombro para hacer más presión. Se mantuvo abrazado a él hasta que notó cómo se le doblaban las piernas y quedaba de rodillas, el tronco basculando ligeramente, la cabeza inclinada hacia un lado. Con la siguiente acometida, para la que Mancebo se agachó como un torero en el descabello, se derrumbó del todo. Ahora Trilla, en el suelo, se desangraba lentamente, tratando de sujetarse las tripas, una masa sanguinolenta que se le escapaba entre los dedos. Tenía la boca muy abierta, como los peces que agonizan en la orilla, y la mirada fija en algún punto impreciso por encima de los árboles y las tapias. Un charco de sangre se extendía lentamente bajo su abdomen. No iban a hacer falta más cuchilladas: apenas si le quedaban unos instantes de vida.

—Ayúdame —dijo Mancebo.

Tirando de una manga, empezó a quitarle la chaqueta. Luego le soltó los tirantes e intentó bajarle los pantalones.

—¿Qué haces?

—Son las órdenes.

—¿A ti te parece correcto?

—Huele a mierda. Huele muchísimo a mierda. ¿No lo notas?

Le dejaron los pantalones por las rodillas y el calzoncillo por los muslos. Aquel era un lugar de citas clandestinas entre homosexuales. Si hacían que pareciera un asunto entre sodomitas, un «crimen de maricas», eso entorpecería las investigaciones y les permitiría ganar tiempo para la huida.

—Mírate las manos —dijo Eloy—. Están llenas de sangre.

Mancebo restregó los dedos contra el polvo del suelo y fue a buscar un sitio donde deshacerse del cuchillo. Eloy, entretanto, permaneció al lado de Trilla, que, aún vivo, yacía inerte, medio encogido en sí mismo, la cara hundida en la tierra, las nalgas al aire. Se oyó el ruido metálico del cuchillo al rebotar contra una piedra.

—Vámonos —dijo Mancebo sin detenerse.

Las órdenes eran viajar en tren hasta Almadenejos e incorporarse al Ejército Guerrillero. Tenían que ir bien vestidos para no levantar sospechas. Se lavaron con el agua de un regato y se cambiaron de ropa

en un cobertizo cercano, en el que había una maleta con prendas limpias y bien planchadas. Todo eso lo había organizado Virgilio, que además les había proporcionado nueva documentación. Ahora Eloy ya no era Miguel Guerrero García, con domicilio en Rute (Córdoba), representante, sino Tirso Gutiérrez Ruiz, natural de Molina de Aragón (Guadalajara), de profesión panadero. Caminaron hasta la parada de José Antonio para coger el metro. Desde allí hasta Atocha había cuatro estaciones. Durante todo el trayecto no intercambiaron ni una palabra. Habían llevado a cabo la misión pero, a diferencia de otras veces, no tenían nada que celebrar. Salieron del metro en la esquina de Alfonso XII, cruzaron el paseo y entraron en la estación por una de las puertas laterales. En el vestíbulo, atravesado por la luz verduzca y amarilla que procedía de las altas vidrieras, reinaba el bullicio de siempre: campesinos con cestas de las que asomaban conejos, grupos de soldados que volvían de un permiso, mozos de cuerda empujando sus carretones, vendedores de lotería anunciándose a gritos. La bóveda amplificaba los ruidos y las voces en múltiples resonancias. En una esquina los carreteros se entretenían atormentando a una gallina atada por las patas, que aleteaba desesperadamente y se desplazaba en círculos, dejando un rastro de plumón. En otra, unas monjas diminutas aprovechaban la espera para rezar el rosario. La cola para comprar los billetes avanzaba despacio. Mientras Mancebo se liaba un cigarrillo, Eloy consultó los paneles informativos. El tren para Alcázar de San Juan no partía hasta dos horas después. Se asomó a los andenes y buscó con la mirada la salida que daba a Méndez Álvaro. Hizo memoria: allí mismo, tiempo atrás, un tipo conocido como el Tuerto les había robado todo un cargamento de miel.

—Ahora vuelvo —dijo.

El taller estaba muy cerca. Vestidas con batas azules y blancas, las costureras se afanaban ante las máquinas de coser, el cuello torcido hacia el mismo lado, los codos despegados del torso, las manos aplastando los retales. El espeso golpeteo de agujas y lanzaderas competía con el runrún de las voces y alguna que otra risita aislada. Las trabajadoras eran muy jóvenes y no desperdiciaban ninguna oportunidad de burlarse unas de otras, hacer bromas, canturrear. Cristina, que con cuatro años de antigüedad era ya una de las veteranas, estaba en la primera fila, en un extremo, no en el lado del apartadero y las vías muertas sino en el otro, el que daba al paseo. Entre la cristalera y ella había unos sesenta metros cuadrados en los que se apiñaban compañeras, máquinas de coser, bustos de maniquíes

sin brazos ni piernas, rollos de tela. Como las mesas estaban orientadas hacia el pasillo, no había motivos para que las chicas se volvieran a mirar esa esquina y, si por casualidad lo hacían, lo único que veían era un rimero de cajas, tablas y trastos viejos. ¿Qué rara intuición llevó a Cristina a echar un vistazo? ¿Qué inesperada percepción le hizo girar la cabeza y alargar el cuello hacia ese rincón anodino en el que jamás había reparado? Fue todo muy rápido, apenas un fogonazo, un vislumbre, y ella misma no estaba segura de haber visto lo que había visto. Por unos instantes lo consideró un espejismo, una alucinación, la dislocada fantasía de una persona sugestionada que ansía reencontrarse con un ser querido. ¡Y sin embargo parecía tan real! Tras volver una y otra vez la mirada como quien, recién despierto, intenta rescatar los últimos coletazos de un sueño, se asomó a la oficina y pidió permiso para ir a la farmacia.

—Tengo que comprar unas sales. Será cosa de cinco minutos.

—¿Te encuentras mal, muchacha? —preguntó Angustias.

—Un poco floja. Nada más.

Salió al paseo de las Delicias. Aunque a su hermano le había dado tiempo de alejarse un centenar de metros, lo reconoció por la manera de andar. Tuvo que correr para alcanzarlo.

—¡Eloy! —dijo, echándose en sus brazos.

—Es peligroso, hermanita. Nadie puede saber que hemos estado juntos.

—¿Pensabas irte así, sin decirme nada?

—Solo quería verte. Sentirte cerca. Saber que estabas.

—¿No nos hemos visto en años y eso es todo lo que tienes que decirme?

Eloy, vigilante, no paraba de lanzar ojeadas a su alrededor. A la distancia vieron a Angustias, que había salido del taller y, con los brazos en jarras, buscaba a Cristina con la mirada. Se ocultaron detrás de un árbol.

—En realidad, sí quería decirte una cosa. Quería decirte que, si me pasa algo, quiero que me recuerdes riendo.

Ella lo observó entristecida y él se esforzó por sonreír.

—¿Te acuerdas de aquel día en la Casa de Fieras?

Antiguamente, bastaba con que uno de los dos hiciera esa pregunta para que se echaran a reír. Se referían a una vez que, siendo niños, habían hecho creer a todos que Cristina se había colado en la jaula de los osos. Pero esa vez ella no rio.

—Tú, escondida detrás del árbol y yo, agarrado a los barrotes, señalando el gorrito de lana… «¡El gorrito de Cristina! ¡Al lado del oso! ¡El gorrito de Cristina! ¡El oso se ha comido a mi hermana!»

—¡Qué susto se llevaron!

—¿Y el que te llevaste tú, que luego no parabas de llorar?

—No lloraba por eso. Lo sabes. Lloraba porque era el gorrito que me gustaba ponerle a Rasputín. Por culpa de tu broma ya nunca se lo pude volver a poner.

Eloy respondió imitando los ladridos sincopados del perrito de su infancia, ¡guaj, guaj, guaj!

—Me acuerdo de que acababas de aprender a silbar y te pasabas todo el día silbando, fíu-fíu-fíu. ¡Menuda lata!

Intercambiaron una sonrisa callada. Permanecieron así un rato más, solo mirándose. Luego él hizo con la cabeza un gesto de disculpa: ahora sí que se tenía que marchar. Ella dijo, casi llorando:

—Adiós, Eloy. Cuídate. Cuídate mucho.

Él echó a andar hacia la estación. Ella, sin moverse de su sitio, lo siguió con la mirada. Parecía que él ni siquiera iba a dedicarle un último ademán de despedida, pero en un momento dado se volvió y, agitando la mano, ladró de nuevo como el pequeño Rasputín, ¡guaj, guaj! Luego ya nada. Cristina lo vio apurar el paso y desaparecer por la primera bocacalle.

Cuando Eloy ya estaba llegando a la estación, hubo algo que le llamó la atención: las palomas de las cornisas, como si hubieran notado algo anormal, salieron de repente volando en bandada. Lo interpretó como una advertencia.

La camioneta se detuvo al principio de la curva. Los guardias civiles se distribuyeron alrededor del caserío, cerrando las posibles vías de escape. Los dos perros ladraban, excitados, pero de la casa no salía nadie. El coche llegó unos minutos más tarde, recorrió lentamente el camino y se paró al lado del pilón. Sin cesar de ladrar, uno de los perros se abalanzó sobre la puerta del conductor.

—¡Nerón! —gritó el tío Germán, asomándose al sombrajo.

El perro, al apartarse, dejó la huella de las pezuñas en la carrocería. Valentín y sus dos ayudantes salieron del coche. Salazar, con la pistola en la mano, observó con desconfianza al animal, que gruñía amenazadoramente. El tío Germán soltó un fuerte silbido y Nerón corrió a su lado.

—Ata a esos chuchos —ordenó Valentín.

—¿Qué quieren?

—¿Dónde está?

Los guardias, armados con sus máuseres, habían formado dos filas y empezado a estrechar el cerco en torno a la casa. García echó un

vistazo al interior del cobertizo, pero allí solo estaban las tinajas de la miel.

—No nos hagas perder el tiempo. Sabemos que está aquí.

El hombre se encogió de hombros y se hizo a un lado. Los tres policías entraron. En torno al hogar, una nube de vapor empañaba techos y paredes, que parecían rezumar resina. Ayudándose de unos trapos y unas manoplas rudimentarias, la tía Antonia sacaba humeantes tarros de cristal de un caldero de agua hirviendo. Luego los ordenaba en filas a sus pies y reanudaba la operación introduciendo los tarros sucios. El borboteo del líquido recordaba el rodar de los carros sobre un camino enfangado. Los perros se habían cansado de ladrar. Salazar y García volvían ya de registrar las habitaciones.

—Aquí no está.

—Aquí tampoco.

Valentín se acercó a la mujer, que estaba sentada en una especie de arcón de cantos redondeados.

—Levántese.

El tío Germán la agarró del brazo y se la llevó al otro extremo de la estancia. La mujer miró la lámina de Pío XII en la silla gestatoria y se encomendó a él haciendo la señal de la cruz. Los tres policías se situaron en torno al arcón y apuntaron con sus pistolas. Valentín alargó lentamente la mano hacia la tapa del mueble y luego lo abrió con un movimiento brusco. Los hombres bajaron las armas. Allí no había más que tarros y más tarros de cristal. Valentín empezaba a perder la paciencia. Fue hacia el tío Germán y le habló acercando mucho la cara:

—¿Dónde lo tienes escondido? O me lo dices aquí o me lo dices en el cuartelillo. —Como el otro se limitaba a mirar al suelo sin contestar, insistió—: Sabes que tarde o temprano lo voy a encontrar. ¿Y qué ocurrirá cuando lo encuentre? Que irás derechito a la cárcel. Y tu mujer lo mismo. Por encubrimiento y resistencia a la autoridad. Te voy a dar un consejo. Y te lo voy a dar una sola vez: colabora. Es lo mejor para todos pero, sobre todo, es lo mejor para ti. —Se volvió hacia la tía Antonia—. Señora, dígaselo usted. Dígaselo usted, que a lo mejor le hace más caso…

Le interrumpió un sonido de pisadas que llegaba del exterior.

—¡Inspector! —Era la voz del cabo de la Guardia Civil—. ¡Lo tenemos, inspector!

Eloy se había escondido en la tartana, debajo de la lona que protegía las rejillas y los cepillos de apicultor. Los tres policías llegaron a tiempo de verlo saltar y correr en dirección a las colmenas.

—¡Que no dispare nadie! —gritó Valentín.

La de Eloy era una carrera desesperada, terminal, el último recurso de alguien que se sabe perdido y ha de jugarse el todo por el todo. Corría con la cabeza gacha y los brazos muy juntos, como ovillándose en sí mismo y, al mismo tiempo, alargando mucho la zancada para esquivar matojos y pellas. Saltaba, trompicaba, daba traspiés. Solo si conseguía alcanzar las colmenas, que estaban en la linde de la arboleda, tendría alguna posibilidad de salvarse. Pero Valentín no lo iba a permitir.

—Vamos allá —dijo.

Decidido a cobrarse la pieza, siguió su trayectoria con la pistola, teniéndolo en todo momento en el punto de mira. Podría haber hecho fuego en el primer instante, cuando lo tenía más cerca, y difícilmente habría fallado. Sin embargo, como un cazador experto y confiado, le dejó alejarse unos cuantos metros, apurando la distancia de alcance, y solo disparó cuando ya empezaba a ser demasiado tarde. Eloy cayó a plomo, sin inercia ninguna, junto a la primera fila de colmenas.

—Buen tiro, jefe —dijo Salazar.

—Muy bueno —dijo García.

Se acercaron todos a mirar. El disparo, limpio, certero, definitivo, le había dado en mitad de la espalda, rompiéndole la columna y perforándole un pulmón. Eloy, con los ojos en blanco, echaba sangre por la nariz y la boca. Estaba ya más cerca de la muerte que de la vida, pero conservaba aún un resto de consciencia. Valentín hizo señas a los otros para que ampliaran el corro y le dejaran a solas con el moribundo. Se acuclilló junto a él y susurró nada más:

—¿Qué pensabas, Eloy? ¿Que te ibas a librar de mí?

En la consulta siempre olía a una mezcla de eucalipto y agua oxigenada. El doctor Sampedro terminó de auscultarla, se colgó del cuello el estetoscopio y señaló el biombo.

—Puede vestirse —dijo, inexpresivo, y luego le hizo una seña a la enfermera, su mujer—: Hazle pasar.

Cuando Gloria terminó de vestirse, Félix ya había entrado. El médico señaló unas sillas mientras él se sentaba en la esquina de la mesa y, como armándose de paciencia, les decía:

—¿Qué les dije? Díganme qué les dije la última vez y la anterior…

—…Y la anterior —corroboró su mujer con vocecilla infantil.

—Les dije que no perdieran la esperanza, ¿verdad? Sí, eso fue lo que les dije.

Gloria y Félix, tensos hasta ese momento, empezaron a relajarse.

—¿Entonces es que…? —dijo él.

—Entonces es que sí. Que esta vez no hay vuelta atrás. Está embarazada de quince semanas. Hemos superado la etapa más complicada. La experiencia me dice que en esta ocasión nada va a fallar. —Sonrió por primera vez—. De aquí a seis meses tendrán ustedes un hijito.

—O una hijita —se oyó corear a la mujer, que abría y cerraba las vitrinas para ordenar el instrumental—. ¡Ya pueden ir pensando el nombre!

Félix y Gloria se cogieron de la mano. Él sonreía, exultante. Ella hizo unos pucheros y, sin poder aguantarse más, empezó a llorar a lágrima viva. Los otros la miraban con indulgencia, como se mira a alguien que llora de felicidad.

—Llore, hija, llore —dijo la mujer del doctor Sampedro—. Llore todo lo que haga falta. Le hará bien.

NOTA DEL AUTOR

Para escribir esta novela he manejado abundante bibliografía, de la que solo mencionaré los títulos más destacados: Rafael Abella, *Crónica de la posguerra, 19391955* (2008); Emília Bolinches, *Pilar Soler, rebelde con causas* (2013); Julián Chaves, *Historia del maquis* (2022); Carlos Fernández Rodríguez, *Los otros camaradas* (2020); David Ginard i Féron, *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España* (2000); Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo* (1983); Pablo León Aguinaga, «Los canales de la propaganda norteamericana en España», en *Ayer* (2009); Pedro Montoliú, *Madrid en la posguerra* (2005); Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España* (1986); Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco* (2001); Xavier Moreno Juliá, *La División Azul* (2004); Ignacio Peiró, «La continuidad innecesaria», en *La alargada sombra del franquismo* (2019); Manuel Penella, *Dionisio Ridruejo* (2013); Alejandro Pérez-Olivares, *Victoria y control en el Madrid ocupado* (2018) y *Madrid cautivo* (2020); Eduardo Pons Prades, *Guerrillas españolas* (1977); Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias* (1976); Samuel Ros y Antonio Bouthelier, *A hombros de la Falange. De Alicante a El Escorial* (1940); Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española* (1937); Andrés Trapiello, *Madrid, 1945. La noche de los Cuatro Caminos* (2022); y José Américo Tuero y María del Pilar Tuero de Blas, *Mi desquite* (2015).

Castillos de fuego
Ignacio Martínez de Pisón

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño © de la fotografía de la portada, Adaptación autorizada de una imagen original de © Francesc Català-Roca - Arxiu Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© Ignacio Martínez de Pisón, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-322-4190-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

En la boca del lobo

Lindo, Elvira 9788432242069
272 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Julieta y su madre llegan a La Sabina a pasar las vacaciones. A sus once años esa aldea perdida le parece a Julieta el mejor lugar para dejar atrás problemas a los que no sabe poner nombre. Ese verano eterno lleno de primeras veces, descubrirá que los cimientos del pueblo están hechos de secretos y recuerdos; los lindes del bosque, de cuentos y leyendas; y el corazón de las personas de miedo, odio, amor y esperanza, los cuatro sentimientos que nutren sus sueños y también

sus peores pesadillas.
En la boca del lobo surge de la mirada de una autora que ha destinado gran parte de su obra a observar la infancia en toda su riqueza, singularidad y vulnerabilidad, y muestra que las historias que compartimos, y las que nos contamos, pueden romper la maldición de una herencia envenenada.
Elvira Lindo regresa a la pura ficción creando un territorio literario propio, la despoblada Sabina y sus bosques, un escenario en el que realidad y fábula se dan la mano, como en los cuentos clásicos. El lector que se adentre en él, se verá inmerso en una novela magnífica, de intensidad creciente, ante cuyo misterio solo podrá responder con asombro y emoción.

Cómpralo y empieza a leer

Dientes de leche

Martínez de Pisón, Ignacio 9788432214424
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El italiano Raffaele Cameroni llega a España en 1937 para luchar como voluntario en el bando franquista, y pronto su amor por una guapa enfermera española le hace renunciar a volver a su país. A través de la historia de tres generaciones de la peculiar familia

Cameroni seremos testigos de cómo el tiempo transforma a los seres queridos, borra las promesas y desentierra los secretos.
En *Dientes de leche* la saga familiar convive con una singular crónica de medio siglo de la reciente historia española. A veces tierna y divertida, a veces dura y vibrante pero siempre conmovedora, es una novela que se disfruta con la emoción con que se comparten las cosas de casa.
La esperada nueva novela de Ignacio Martínez de Pisón consigue convertir al lector en un miembro más de la familia Cameroni y le empuja a compartir su destino, con sus grandezas y sus miserias. La obra más importante de un escritor con una de las trayectorias narrativas más sólidas y reconocidas de este país. Una novela para todos.

Cómpralo y empieza a leer

Palabras para sanar

kaur, rupi 9788432241888
320 Páginas Cómpralo y empieza a leer

rupi kaur nos introduce en su mundo de escritura y creatividad a través de su cuarta obra, sanar con palabras, en la que revela el poder curativo de las palabras y explica cómo el acto de escribir ha sido una experiencia catártica que la ayudó a sanar. En este viaje hacia una misma, nos propone una autoexploración consciente y liberadora a través de la escritura.
Esta colección de ejercicios de escritura guiada ideados por la autora invita a explorar temas como el trauma, la pérdida, la angustia, el amor o la sanación convirtiéndose en una poderosa herramienta de creatividad y autoconocimiento. Solo te pide que no tengas miedo a

mostrarte vulnerable y honesta, tanto contigo misma como con la página. No necesitas ser escritora para emprender este camino; solo necesitas comenzar a escribir, eso es todo.

Cómpralo y empieza a leer

El país de las mujeres

Belli, Gioconda 9788432242090
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En Faguas –país imaginario que aparece en las novelas de Gioconda Belli– ha triunfado el PIE (Partido de la Izquierda Erótica). Sus integrantes tienen un propósito inclaudicable: cambiar el rumbo de su país, «poner orden en esta casa destartalada y sucia que es nuestra

Patria». Pero nada de esto resulta fácil para la presidenta Viviana Sansón y sus ministras, sometidas a constantes ataques por parte de sus enemigos. ¿Podrán sobrellevarlo y sobrevivir? ¿Podrán convertir Fraguas en un país mejor?
El país de las mujeres es una novela divertida y audaz, por la que la reconocida autora nicaragüense obtuvo el Premio Hispanoamericano de Novela La Otra Orilla en 2010.

Cómpralo y empieza a leer

El peligro de estar cuerda

Montero, Rosa
9788432240782
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Partiendo de su experiencia personal y de la lectura de numerosos libros de psicología, neurociencia, literatura y memorias de grandes autores de distintas disciplinas creativas, Rosa Montero nos ofrece un

estudio apasionante sobre los vínculos entre la creatividad y la inestabilidad mental. Y lo hace compartiendo con el lector numerosas curiosidades asombrosas sobre cómo funciona nuestro cerebro al crear, desmenuzando todos los aspectos que influyen en la creatividad, y montándolos ante los ojos del lector mientras escribe, como un detective dispuesto a resolver las piezas dispersas de una investigación.

Ensayo y ficción se dan la mano en esta exploración sobre los vínculos entre la creatividad y la locura, y así el lector asistirá en directo al mismo proceso de la creación, descubrirá la teoría de "la tormenta perfecta", esto es, que en el estallido creativo confluyen una serie de factores irrepetibles, químicos y situacionales, y compartirá la experiencia personal de cómo Rosa Montero vivió en directo, y durante años, muy cerca de la locura.

El peligro de estar cuerda habla de que "las hadas" nos dan un don, y nos hacen pagar un precio por él; los normales no pagamos ese duro precio, pero corremos el riesgo de morir de tedio, en lugar de morir de amor. «Como en todo, la clave está en el equilibrio entre el porcentaje de desapego y el de sentimiento, en lograr cierta armonía entre el yo que sufre y el yo que controla», dice la propia autora.

Cómpralo y empieza a leer